

La historia político detectivesca más impactante del siglo XX



TODOS LOS HOMBRES DEL PRESIDENTE

**CARL
BERNSTEIN**

**BOB
WOODWARD**



Lectulandia

17 de junio de 1972, sábado por la mañana.

En el majestuoso edificio Watergate de Washington se ha perpetrado un robo. A dos jóvenes periodistas del *Washington Post* se les asigna la redacción de la crónica de lo que al parecer es un allanamiento común y corriente... y así es como inicia el escándalo Watergate, la historia político detectivesca más importante del siglo xx.

Todos los hombres del presidente es el sobrecogedor relato de Bob Woodward y Carl Bernstein, los dos valientes periodistas que, desde sus primeras sospechas, superaron falsas pistas, mentiras, secretos, intrigas y presiones de las más altas esferas del poder, hasta que consiguieron dar forma a un increíble rompecabezas.

Esta historia se estructuró a partir de las notas e investigaciones acumuladas para escribir los célebres reportajes publicados en el *Washington Post* gracias a los cuales el rotativo ganó el Premio Pulitzer.

El libro, que reveló por primera vez la existencia de «Garganta Profunda», una fuente secreta de Woodward, se convirtió en un superventas y en 1976 fue adaptado al cine en una película que protagonizaron Robert Redford y Dustin Hoffman.

Todos los hombres del presidente vinculará para siempre los nombres de Woodward y Bernstein con un periodismo de investigación de altísimo nivel... y con la caída de Richard Nixon.

Lectulandia

Carl Bernstein & Bob Woodward

Todos los hombres del presidente

ePub r1.0

Titivillus 03.02.16

Título original: *All the President's men*
Carl Bernstein & Bob Woodward, 1974
Traducción: Joaquín Adsuar Ortega
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota a la edición digital

Datos curiosos sobre el título del libro.

Se dice que el título del libro hace alusión a una frase atribuida a Henry Kissinger, Asesor de Seguridad Nacional en la primera administración de Nixon. La frase habría sido pronunciada como respuesta a cuestionamientos a la Casa Blanca después de la invasión a Cambodia en 1970, en los siguientes términos: «We are all the President's men». (Todos nosotros somos los hombres del Presidente).

Otros señalan que el título en realidad es un eco de una conocida rima infantil llamada *Humpty Dumpty*. La rima, una de las más populares de la lengua inglesa, dice:

*Humpty Dumpty sat on a wall,
Humpty Dumpty had a great fall.
All the king's horses and all the king's men,
Couldn't put Humpty together again.*

Existen muchas traducciones libres de esta rima, y una de ellas sería la siguiente:

*Humpty Dumpty en un muro se sentó,
Humpty Dumpty, con un gran estruendo, desde allí cayó.
Ni todos los caballos del rey y ni todos los hombres del rey,
pudieron a Humpty componer otra vez.*

La relación entre la rima y el título del libro se da en el sentido del comportamiento del *staff* del presidente Nixon una vez que el escándalo Watergate salió a la luz.

Sobre los documentos del caso Watergate.

Los documentos de los periodistas Bob Woodward y Carl Bernstein relativos al Caso Watergate están a resguardo del Centro Harry Ransom de la Universidad de Texas en Austin, que los tiene en exhibición permanente. En el sitio web del Centro, están disponibles en línea algunos ejemplos. Ahí pueden verse, entre otros, notas, borradores, apuntes, memorandos y cartas, así como artículos publicados originalmente en el *Washington Post*. El contenido del sitio está en inglés y el

enlace es el siguiente:

[The Woodward and Bernstein Watergate Papers](http://www.hrc.utexas.edu/exhibitions/web/woodstein/)

<http://www.hrc.utexas.edu/exhibitions/web/woodstein/>

Sobre la publicación del libro.

Otro dato curioso es que el libro *Todos los hombres del presidente*, se publicó en junio de 1974, exactamente dos años después del allanamiento al Watergate y *dos meses antes* de la renuncia de Nixon.

Sobre «Garganta Profunda».

En el libro se mencionó por primera vez la existencia de una fuente informativa de Bob Woodward a quien los elementos del *Washington Post* bautizaron como «Garganta Profunda». Woodward dijo que no revelaría la identidad de su fuente y lo cumplió. Fue el propio «Garganta Profunda» quien en 2005, 33 años después del escándalo Watergate, reveló su identidad en un artículo publicado por la revista *Vanity Fair*. El contenido está en inglés y el enlace es el siguiente:

[«I'm the Guy They Called Deep Throat»](http://www.vanityfair.com/news/politics/2005/07/deepthroat200507)

<http://www.vanityfair.com/news/politics/2005/07/deepthroat200507>

Sobre las licencias literarias y otras cosas.

El director Alan J. Pakula dirigió en 1975 la película *Todos los hombres del presidente*. Como parte de la preparación del filme entrevistó a diversos elementos del *Washington Post* entre ellos a Barry Sussman uno de los editores del *Post* durante los hechos del Watergate. En esa entrevista Sussman dijo que el libro que los conocidos como Woodstein habían decidido escribir por sí mismos era «trivial en términos de lo que decían había sucedido en el *Post*». Se habrían «equivocado a menudo en los detalles» y «sentimentalizaron» la historia. Sussman también advirtió que algunas cuestiones de fondo se trataron de forma inexacta en el libro, es decir, «algo de lo que escribieron no es cierto».

La entrevista apareció en los documentos del fallecido director Pakula que se encuentran en poder de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas en Los Ángeles.

El artículo que abunda más sobre las «licencias literarias» que se utilizan en favor de una «verdad superior» está disponible (en inglés) en el siguiente enlace:

«[What Director Alan Pakula's Papers Reveal About Watergate](http://www.thedailybeast.com/articles/2012/06/12/what-director-alan-pakula-s-papers-reveal-about-watergate.html)»

<http://www.thedailybeast.com/articles/2012/06/12/what-director-alan-pakula-s-papers-reveal-about-watergate.html>

Sobre las fotografías que aparecen en esta edición digital.

La edición en papel utilizada para editar este libro carece de fotografías. Las contenidas en la edición digital se encuentran disponibles en la red y se han agregado con fines ilustrativos.

Sobre las notas.

Las notas que los autores incluyeron en su libro se distinguen de las agregadas por el traductor porque las de éste último incluyen la anotación: (NT).

RECONOCIMIENTO

Al igual que la información ofrecida por el *Washington Post* sobre el caso Watergate, este libro es el resultado de un trabajo y un esfuerzo de colaboración entre todos nuestros colegas: ejecutivos, redactores, reporteros, bibliotecarios, archiveros, telefonistas y auxiliares del servicio de noticias. Desde el 17 de junio de 1972, hemos contado con su asistencia, apoyo y consejo. Entre estos colaboradores destacan algunas personas. Así, debemos expresar nuestra especial gratitud a Katharine Graham, Benjamin C. Bradlee, Howard Simons, Harry M. Rosenfeld, Barry Sussman, Leonard Downie, Jr., Lawrence Meyer, Larry Fox, Bill Brady, Douglas Feaver, Elisabeth Donovan, Philip Geyelin, Meg Greenfield, Roger Willkins y Maureen Joyce.

Muchos otros han contribuido con su tiempo, su energía y su consejo a la preparación de este libro. Estamos en deuda con Taylor Branch, Mary Graham, Elizabeth Drew, Haynes Johnson y David Obst por su ayuda y su amabilidad. Para Nora Ephron, Barbara Cohen y Richard Cohen, nuestro especial afecto y agradecimiento.

Richard Snyder y el equipo de Simon and Schuster —en particular Chris Steinmetz, Elise Sachs, Harriet Ripinsky y Sophie Sorkin, quienes prepararon el manuscrito para su impresión— nos concedieron gran tolerancia cuando hubo que alterar fechas de confección, cuando se presentaron graves problemas técnicos y hubo errores y erratas. Todo el equipo, y en especial Dan Green, Milly Marmur, Helen English y Terry Mincieli, fueron una auténtica fuente de entusiasmo y, lo que es más importante, de amistad.

Este libro no hubiese sido posible sin el trabajo de Robert Fink, que nos ayudó en la investigación, nos cedió sus ideas y nos ofreció su crítica.

Y por encima de todo, nuestro aprecio y respeto para Alice Mayhew, nuestra editora, cuyas ideas y guía se reflejan en cada página.

CARL BERNSTEIN

BOB WOODWARD

Washington D. C.

Febrero de 1974

*A los otros hombres y mujeres del Presidente
—en la Casa Blanca o en cualquier otro lugar—
que se enfrentaron a graves riesgos para poder
facilitarnos información confidencial.
Sin su ayuda no hubiera existido el relato Watergate,
tal y como fue contado por el «Washington Post».*

Y a nuestros padres.

LISTA DE PERSONAJES

EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

RICHARD M. NIXON

LOS HOMBRES DEL PRESIDENTE

ALFRED C. BALDWIN III

Miembro del Servicio de Seguridad en el Comité para la Reelección del Presidente (CRP)

ALEXANDER P. BUTTERFIELD

Funcionario ayudante del Presidente. Ayudante de H. R. Haldeman

JOHN J. CAULFIELD

Auxiliar en el equipo de John Ehrlichman

DWIGHT L. CHAPIN

Funcionario ayudante del Presidente. Secretario encargado de las audiencias del Presidente

KENNETH W. CLAWSON

Subdirector de Comunicaciones en la Casa Blanca

CHARLES W. COLSON

Consejero especial del Presidente

KENNETH H. DAHLBERG

Director Financiero, en el Medio Oeste, del Comité del Partido Republicano

JOHN W. DEAN III

Consejero del Presidente

JOHN D. EHRLICHMAN

Ayudante del Presidente para Asuntos Internos

L. PATRICK GRAY III

Director en funciones, FBI

H. R. HALDEMAN

Ayudante del Presidente; Jefe de Personal de la Casa Blanca

E. HOWARD HUNT, JR.

Consejero de la Casa Blanca

HERBERT W. KALMBACH

Subdirector Financiero del Comité del Partido Republicano; abogado personal del Presidente

HENRY A. KISSINGER

Asesor del Presidente en Asuntos de Seguridad Nacional

RICHARD G. KLEINDIENST

Fiscal General de Estados Unidos^[1]

EGIL KROGH, JR.

Ayudante segundo del Presidente para Asuntos Internos; auxiliar de Ehrlichman

FREDERICK C. LARUE

Vicedirector del Comité del Partido Republicano; ayudante de John Mitchell

G. GORDON LIDDY

Consejero de Finanzas del CRP; exmiembro del equipo de John Ehrlichman

CLARK MACGREGOR

Director de la campaña electoral del CRP

JEB STUART MAGRUDER

Subdirector de la campaña; exayudante de Haldeman y Subdirector de Comunicaciones de la Casa Blanca

ROBERT C. MARDIAN

Coordinador Político del CRP. Exayudante del Fiscal General

JOHN N. MITCHELL

Director de la campaña electoral del CRP. Ex Fiscal General

POWELL MOORE

Subdirector de Prensa del CRP. Exayudante de Prensa de la Casa Blanca

ROBERT C. ODLE, JR.

Director de Administración y Personal del Comité para la reelección del Presidente. Exayudante del Jefe del Servicio de Personal de la Casa Blanca

KENNETH W. PARKINSON

Abogado, miembro del CPR

HERBERT L. PORTER

Director en funciones; exayudante de Haldeman

KENNETH RIETZ

Director de las Juventudes del CRP

DONALD H. SEGRETTI

Abogado

DEVAN L. SHUMWAY

Director de Asuntos Públicos del CRP. Exayudante del Jefe de Prensa de la Casa Blanca

HUGH W. SLOAN, JR.

Tesorero del CRP. Exayudante de Haldeman

MAURICE H. STANS

Canciller de Finanzas del CRP. Ex Secretario de Comercio

GORDON C. STRACHAN

Ayudante del servicio de personal de Haldeman

GERALD WARREN

Subsecretario de Prensa del Presidente

DAVID R. YOUNG

Ayudante de Personal del Consejo de Seguridad Nacional; Ayudante de Henry Kissinger y de John Ehrlichman

RONALD L. ZIEGLER

Secretario de Prensa del Presidente

LOS ASALTANTES

BERNARD L. BARKER

VIRGILIO R. GONZÁLEZ

EUGENIO R. MARTÍNEZ

JAMES W. McCORD, JR.

FRANK A. STURGIS

LA ACUSACIÓN DEL ESTADO

HENRY E. PETERSEN

Ayudante del Fiscal General

EARL J. SILBERT

Ayudante del Fiscal General para el Distrito del Columbia. Fiscal jefe

DONALD E. CAMPBELL

Ayudante del Fiscal de los EE. UU.

SEYMOUR GLANZER

Ayudante del Fiscal de los EE. UU.

EL JUEZ

JOHN J. SIRICA

Magistrado. Juez Superior del Tribunal Federal de EE. UU. para el distrito de Columbia

EL WASHINGTON POST

KATHARINE GRAHAM

Propietaria

BENJAMIN C. BRADLEE

Director

HOWARD SIMONS

Director-Gerente

HARRY M. ROSENFELD

Redactor Jefe Nacional

BARRY SUSSMAN

Redactor Jefe Local (Distrito de Columbia)

EL SENADOR

SAM J. ERVIN, JR.

Presidente del Comité para el Caso Watergate



El complejo Watergate a principios de la década de los setentas del siglo pasado

17 de junio de 1972, un sábado por la mañana. Hora: las nueve. Demasiado temprano para telefonar. Woodward tomó el receptor de manera vacilante y acabó de despertarse. El redactor jefe local del *Washington Post* estaba al otro lado de la línea. Cinco hombres habían sido detenidos esa madrugada cuando trataban de penetrar ilegalmente en el Cuartel General del Partido Demócrata; llevaban consigo un completo equipo fotográfico y una serie de instrumentos electrónicos. ¿Podía presentarse para hacerse cargo del asunto?

Woodward llevaba sólo nueve meses trabajando para el *Post* y siempre había deseado que se le presentara una buena oportunidad para llevar a cabo una misión profesional para la edición del domingo; pero aquel trabajo no parecía ser la oportunidad esperada. Un asalto al Cuartel General del Partido Demócrata parecía ser, más o menos, lo mismo que venía haciendo: investigar locales que no reunían las suficientes condiciones sanitarias, en algunos restaurantes, o descubrir casos insignificantes de corrupción policiaca. Woodward confiaba en haber salido ya de este tipo de trabajo; acababa de poner punto final a una serie de reportajes sobre el intento de asesinato del gobernador de Alabama, George Wallace. Pero, al parecer, volvían a meterle en el mismo tipo de insignificancia informativa anterior.

Woodward salió de su apartamento de una sola habitación en la ciudad baja de Washington e hizo a pie las seis manzanas que lo separaban del edificio del *Washington Post*. La gigantesca redacción de noticias del periódico —más de ciento cincuenta pies cuadrados, cubiertos con filas de mesas de colores brillantes, sobre un acre de mullida alfombra que absorbía el sonido— estaba tan tranquila y en calma como suele estarlo usualmente en las mañanas de los sábados. Pero cuando Woodward se detuvo para recoger sus recados telefónicos y su correo en la entrada de la sala de redacción de noticias, notó una extraña actividad junto a la mesa del redactor jefe local. Cambió impresiones con él y se enteró, con la consiguiente sorpresa, de que los ladrones no habían entrado en la pequeña oficina del Partido Demócrata, sino en el Cuartel General del Comité Nacional del Partido Demócrata en el complejo de apartamentos y oficinas del Hotel Watergate.

Era un lugar extraño para encontrar a los demócratas. El opulento Hotel Watergate, en las riberas del río Potomac, en la ciudad baja de Washington, era tan republicano como el Club de la «Union League». Entre sus inquilinos se contaban el exfiscal general de los Estados Unidos, John Mitchell, en esos días director del Comité para la Reección del Presidente; el ex Secretario de Comercio, Maurice H. Stans, jefe de finanzas de la campaña para la reelección del Presidente; el senador Robert Dole, de Kansas, jefe nacional del Partido Republicano (PR); Rose Mary Wood, secretaria del Presidente Nixon, y Anna Chennault, viuda del as de la aviación militar, de los «Tigres Voladores», Claire Chennault, que en esos momentos era una

de las «azafatas» más populares del Partido Republicano. Y, además, vivían allí otras figuras destacadas de la administración Nixon.

El complejo arquitectónico de estilo futurista, con sus balaustradas serpenteantes (y tan amenazadoras como auténticas serpientes en lo que a precios se refiere, unos cien mil dólares por muchos de sus apartamentos de dos dormitorios), se había convertido en el símbolo de la clase gobernante del Washington de Richard Nixon. Dos años antes, había sido el objetivo de 1 000 manifestantes anti-Nixon, que se habían desgañitado frente al edificio gritando «cerdos», «fascistas» y «Sieg Heil^[2]», mientras intentaban tomar al asalto la ciudadela del poder republicano. Pero tropezaron contra una sólida muralla de policías de Washington, equipados especialmente para contener manifestaciones, que les hicieron retroceder hasta el campus de la Universidad de George Washington, a base de bombas lacrimógenas y golpes de porra... Desde sus balcones y terrazas, los ansiosos inquilinos del Watergate habían podido observar la confrontación y muchos de ellos hasta vitorearon y brindaron por las fuerzas del orden cuando los manifestantes fueron obligados a retroceder y los vientos occidentales del Potomac arrastraron el gas lacrimógeno lejos de su fortaleza. Entre los que habían sido golpeados hasta dar con sus huesos en el suelo se hallaba el reportero del *Washington Post* Carl Bernstein. El policía que lo había tumbado de un golpe de porra posiblemente no había visto su carnet de Prensa que exhibía, colgado del cuello, seguramente atraído visualmente por sus largos cabellos.

Cuando Woodward comenzó a hacer llamadas telefónicas, se dio cuenta de que Bernstein, uno de los dos informadores políticos de Virginia que trabajaban en el periódico, se ocupaba también del asunto del Watergate.

«¡Oh, Dios mío, Bernstein, no!», fue el primer pensamiento de Woodward, cuando recordó ciertos rumores que circulaban por la redacción sobre la capacidad de Bernstein para abrirse camino cuando se trataba de un buen reportaje y hacerse con la gloria de la información.

Esa mañana, Bernstein ya había conseguido fotocopias de las notas enviadas por los reporteros que se encontraban en el escenario de los hechos y se puso en contacto con el redactor jefe del servicio local para comunicarle que seguiría informándose del caso. El redactor jefe aceptó a regañadientes y para ese entonces Bernstein había comenzado ya una serie de llamadas telefónicas a todo el mundo en el Watergate que se le puso a tiro: recepcionistas, porteros, camareras encargadas de cuidar los departamentos en los distintos pisos del hotel, y camareros del restaurante.

Bernstein dirigió su mirada a todo lo largo de la sala de redacción. Había una columna entre su mesa y la de Woodward, separadas por unos veinticinco pies. Bernstein retrocedió unos pasos. Se dio cuenta de que Woodward estaba trabajando en el mismo caso. Bob Woodward era una *prima donna* cuya influencia pesaba en la política de la redacción. Graduado en Yale. Excombatiente del Cuerpo de Oficiales

de la Armada. Gran jugador de tenis en todo terreno, hierba, tierra, o de salón. Bernstein supuso que sería capaz de hacer un buen reportaje de investigación y se quedó corto. Pero sabía, también, que Woodward no era un buen escritor. Corría el rumor por la redacción de que el inglés no era el idioma materno de Woodward.

Bernstein se había hecho desde abajo. Empezó como botones en el *Washington Star* cuando tenía 16 años y a los 19 era ya reportero con contrato fijo. Trabajaba para el *Washington Post* desde 1966. Ocasionalmente escribió reportajes señalizados, fue reportero judicial y redactor municipal y le gustaba escribir artículos largos y controversiales sobre la gente que vivía en la capital federal y sus alrededores.

Woodward sabía que Bernstein, ocasionalmente, escribía para el *Post* sobre música *rock*. Eso parecía propio de él. Cuando se enteró de que Bernstein, de vez en cuando, también escribía comentarios sobre música clásica, sólo pudo aceptarlo con dificultad. Bernstein tenía el aspecto de ser uno de esos periodistas de la contracultura a los que Woodward despreciaba. Por su parte, Bernstein creía que el rápido ascenso de Woodward en el *Post* tenía mucho menos que ver con su capacidad y talento que con sus influencias y credenciales en el Establishment.

Jamás habían trabajado juntos en un reportaje. Woodward tenía 29 años y Bernstein 28.

Los primeros detalles del caso los había comunicado por teléfono, desde el interior del propio Watergate, Alfred E. Lewis, un periodista de 35 años veterano de la información de sucesos que trabajaba para el *Post*. Lewis era un tipo legendario en el ámbito periodístico de Washington, medio policía, medio periodista, un hombre que muchas veces se metía dentro de una de las zamarras de oficial de la Policía Metropolitana, abrochada por abajo con una hebilla que era una estrella de David de metal. A sus treinta y cinco años de edad, Lewis, realmente, jamás había escrito un reportaje; su trabajo se limitaba a enterarse de los detalles y enviarlos a un redactor que se encargaba de escribirlo por él. Durante años, el *Washington Post* ni siquiera tuvo una máquina de escribir en la sala de Prensa del cuartel general de la Policía.

Los cinco hombres detenidos a las 2:30 de la madrugada iban vestidos con trajes oscuros de negocios y todos ellos llevaban guantes de goma Playtex de los que usan los cirujanos para operar. La policía les había intervenido un «walkie talkie^[3]», cuarenta rollos de película virgen, dos cámaras de 35 milímetros, ganchos, pequeñas pistolas de gas lacrimógeno del tamaño de una estilográfica, y micrófonos y aparatos de escucha que parecían aptos para recoger y captar conversaciones por teléfono o que se celebrasen dentro de una habitación determinada.

Uno de los hombres llevaba encima 814 dólares, otro 800, el tercero 234, el cuarto 215 y el último 230 —había dictado Lewis por teléfono— y la mayor parte del dinero en billetes de cien dólares con numeración correlativa... Parecían conocer el terreno donde operaban, al menos uno de ellos tenía que estar familiarizado con él. Habían tomado habitaciones en el segundo y el tercer piso del hotel. Aquella noche

cenaron en el restaurante sus buenas langostas, todos ellos juntos, en la misma mesa. Uno de ellos vestía un traje comprado en Raleigh. Otro una americana con un escudo en el bolsillo del pañuelo.

Woodward se enteró por Lewis de que los sospechosos iban a comparecer ante el juez aquella tarde para una audiencia preliminar. Y decidió asistir a ella.

Woodward ya había estado con anterioridad en el edificio de la Audiencia. El procedimiento seguido en esas audiencias previas estaba rígidamente regulado por la ley; era un sistema institucionalizado dentro del estilo de la justicia local. Una breve comparecencia ante el juez que fijaba la fianza que debían pagar los chulos, las prostitutas y demás gentes de mal vivir detenidos durante la noche... Y, ese día, los cinco hombres arrestados en el Watergate.

Un grupo de letrados —conocidos como «los abogados de la Calle Quinta», debido a la situación geográfica de la Audiencia y de sus respectivas oficinas situadas enfrente— vagaba por los corredores, como era su costumbre, en espera de que el Estado les nombrara defensores de oficio, pagados por el contribuyente para defender a los criminales indigentes. Dos de los abogados que habitualmente estaban por allí —uno de ellos un tipo esquelético y alto, enfundado en un rozado terno de ese género brillante conocido como piel de tiburón, y el otro un hombre obeso, de mediana edad, que ya había sido amonestado en cierta ocasión por tratar de buscar clientes en el bloque de celdas para detenidos del piso bajo de la Audiencia— paseaban rumiando su fracaso profesional. En un principio se les había designado para representar de oficio a los cinco acusados de Watergate, pero después les habían informado de que los cinco detenidos tenían su propio abogado particular, lo cual resultaba cosa poco corriente.

Woodward entró en la sala de la Audiencia. En una de las filas de asientos, en el centro, estaba sentado un hombre joven con el pelo largo y bien cuidado, cortado a la moda, vestido con un traje caro y distinguido, solapas anchas y altas. Mantenía la barbilla alzada agresivamente mientras sus ojos recorrían la sala como suele hacerlo quien se encuentra en un lugar que no le resulta familiar.

Woodward se sentó a su lado y le preguntó si se encontraba allí a causa de los detenidos del Hotel Watergate.

—Tal vez —le respondió el desconocido—. Yo no soy el abogado designado oficialmente. Actúo, más bien, de manera privada.

Se llamaba Douglas Caddy y le presentó a otro hombre, de aspecto anémico, que estaba a su lado y que resultó ser el asesor legal de los detenidos. Se llamaba Joseph Rafferty, Jr. Daba la impresión de que le habían sacado de la cama de forma imprevista; no parecía haberse lavado ni afeitado y la luz lastimaba sus ojos. Los dos abogados entraron y salieron de la sala en varias ocasiones. Finalmente, Woodward volvió a encontrar a Rafferty en uno de los corredores del Palacio de Justicia y consiguió el nombre y la dirección de los cinco sospechosos. Cuatro de ellos procedían de Miami. Tres eran de origen cubano.

Caddy no quiso hablar.

—Por favor —dijo a Woodward—, no lo tome como algo personal. Sería una equivocación que lo interpretara así. Lo cierto, verdaderamente, es que no tengo nada que decirle.

Woodward pidió a Caddy detalles sobre sus clientes.

—No son mis clientes —dijo.

—Pero ¿usted es abogado? —preguntó Woodward.

—No puedo hablar con usted.

Caddy regresó a la sala. Woodward le siguió.

—Por favor —insistió el abogado— no tengo nada que decirle.

Woodward, sin embargo, le preguntó si creía que los cinco hombres estarían en condiciones de pagar la fianza.

Después de negarse a responder varias veces, ante la insistencia de Woodward, Caddy le dijo, brevemente, que todos ellos trabajaban en empleos fijos y tenían familia, hechos éstos que el juez debía tener en cuenta a la hora de dictaminar su libertad bajo fianza. Y volvió a salir al pasillo.

Woodward le siguió.

—Dígame algo sobre usted. ¿Cómo ha llegado a verse introducido en el caso?

—No lo estoy.

—¿Por qué está usted aquí?

—Mire —cedió por fin Caddy—; conozco a uno de los acusados. Me lo presentaron en una reunión de sociedad.

—¿Dónde?

—En la capital. Se trataba de un coctel en el Club del Ejército y la Armada. Tuvimos una agradable conversación. Eso es todo lo que puedo decirle...

—Pero ¿qué tiene usted que ver en este caso?

Caddy dio la vuelta y entró de nuevo en la sala de la Audiencia. Al cabo de media hora volvió a salir.

Woodward le preguntó de nuevo cómo era que estaba allí, interviniendo en el asunto.

En esa ocasión Caddy se mostró algo más explícito y le dijo que le habían telefoneado poco antes de las 3 de la mañana. Al otro lado de la línea estaba la esposa de Barker.

—Me dijo que su esposo le había avisado que me telefonara en caso de que no hubiera vuelto a casa a las tres de la madrugada, pues eso podía significar que se encontraba en dificultades.

Caddy añadió que el motivo de la llamada debía ser que él era el único abogado que Barker conocía en Washington, y se negó a escuchar más preguntas. Comentó que tal vez ya había hablado demasiado.

A las 3:30 de la tarde los cinco sospechosos, todavía con sus ropas oscuras pero sin corbatas ni cinturones, fueron conducidos por el *marshall* a la sala de la

audiencia. Se sentaron silenciosos en un banco y fijaron sus ojos en el estrado del magistrado, mientras conservaban las manos cruzadas. Parecían nerviosos, preocupados y respetuosos.

Earl Silbert, el fiscal del gobierno, se levantó cuando el escribiente anunció que se iba a tratar su caso. Delgado, escurridizo y astuto, con aspecto de búho debido a sus lentes de gruesa montura de concha, era conocido por el sobrenombre de «Earl The Pearl» entre los asiduos de la Calle Quinta, debido a su preferencia por los gestos dramáticos y su hablar florido y grandilocuente ante el Tribunal. Arguyó que los cinco sospechosos no debían ser puestos en libertad bajo fianza. Habían dado nombres falsos y se habían negado a cooperar con la policía, poseían en total, y en metálico, «2 300 dólares y una clara tendencia a viajar al extranjero». Habían sido detenidos cuando iban a llevar a cabo un «escalo profesional con violación de morada» y con «intención clandestina». Silbert subrayó e hizo hincapié en la palabra «clandestina».

El juez preguntó a los sospechosos cuáles eran sus profesiones. Uno de ellos dijo, levantándose, que eran «anticomunistas» y los demás hicieron gestos de asentimiento confirmando la declaración de su compañero. El juez, que estaba acostumbrado a oír mencionar las más extrañas profesiones, las descripciones menos convencionales de ocupaciones raras, no pudo menos que sentirse perplejo. El más alto de los sospechosos, que había dicho llamarse James W. McCord Jr., fue interpelado por el juez, que le pidió se acercase a su estrado. Estaba medio calvo, tenía la nariz grande y plana, la mandíbula cuadrada, dientes perfectos y una expresión benigna que contrastaba incongruentemente con sus duras facciones.

El juez le preguntó cuál era su ocupación.

—Consejero de seguridad.

El juez le preguntó dónde ejercía su oficio.

McCord, con voz suave, respondió que hacía poco se había retirado del servicio del gobierno. En ese momento, Woodward se cambió a la primera fila y se inclinó hacia adelante, interesado.

—¿En qué servicio del gobierno? —insistió el juez.

—La CIA —respondió McCord casi en un susurro.

El juez vaciló ligeramente.

«¡Mierda! —pensó casi en alta voz Woodward—. La CIA».

Tomó un taxi, regresó a la redacción e informó sobre la declaración de McCord. Ocho reporteros, siguiendo las instrucciones de Alfred E. Lewis, estaban ya trabajando en la historia dándole consistencia y unidad. A las 6:30 de la tarde llegó el momento crucial, cuando Howard Simons, el director del *Post*, se presentó en el despacho del redactor jefe local, en la parte sur de la sala de redacción de noticias.

—¡Es una historia sensacional...! —le dijo al redactor jefe local, Barry Sussman, y ordenó que se publicara en la primera página de la edición del domingo.

El primer párrafo de la información decía así:

Cinco hombres, uno de los cuales afirma ser exmiembro de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), fueron detenidos ayer a las 2:30 de la madrugada cuando intentaban llevar a cabo lo que las autoridades han descrito como un plan bien elaborado para colocar aparatos de escucha en las oficinas del Comité Nacional del Partido Demócrata en esta ciudad.

Mientras tanto ya se había anunciado que un gran jurado federal realizaría una investigación del asunto. Sin embargo, en la opinión de Simons, quedaban todavía muchos factores ignorados en el caso que podían hacer de él una noticia de primera página.

—Puede tratarse de un grupo de cubanos chiflados —dijo.

Sin embargo, la idea de que el intento de allanar las oficinas pudiera ser, de un modo u otro, obra de los republicanos, parecía totalmente improbable. El 17 de junio de 1972, menos de un mes antes de la Convención Demócrata, el presidente estaba por delante de todos los candidatos anunciados por los Demócratas por no menos de 19 puntos. La visión anticipada de Nixon de un resurgir de la mayoría republicana, que podría dominar el último cuarto de siglo, así como los demócratas habían dominado en las dos generaciones anteriores, parecía posible. Cuando la brutal sesión primaria se acercaba a su fin, el partido demócrata aparecía totalmente dividido. El senador George McGovern, de Dakota del Sur, a quien los políticos profesionales de la Casa Blanca, al igual que los del Partido Demócrata, consideraban el más débil de los posibles oponentes de Nixon en las elecciones, se estaba perfilando como el candidato favorito de los Demócratas para la Presidencia de la nación.

El reportaje del *Post* decía así:

No hay explicación inmediata del por qué los cinco sospechosos deseaban someter las oficinas del Comité Nacional Demócrata a ese espionaje y escucha, y tampoco si están trabajando para otras personas privadas u organizaciones.

Bernstein escribió otro informe sobre los sospechosos para el diario del domingo. Cuatro de ellos procedían de Miami: Bernard L. Barker, Frank A. Sturgis, Virgilio R. González y Eugenio R. Martínez. Había telefoneado a un reportero del *Miami Herald* y había conseguido una lista muy extensa de los líderes cubanos exiliados. Otro reportero del *Post* que se hallaba asistiendo a una reunión de Prensa del presidente en Cayo Bizcaino, fue enviado a investigar en el seno de la comunidad cubana en Miami. Los cuatro detenidos de Miami fueron sospechosos, anteriormente,

de andar mezclados en actividades anticastristas y se decía que tenían contactos y conexiones con la CIA. «Yo nunca llegué a saber si mi marido trabajaba para la CIA o no —le dijo la señora Barker a Bernstein—. Los maridos no suelen decir a sus mujeres esas cosas».

Sturgis, un soldado mercenario norteamericano, el único no cubano de entre ellos, había estado reclutando cubanos militantes para manifestarse en el transcurso de la Convención Nacional del Partido Demócrata, según decían varias personas. Un líder cubano exilado le dijo a Bernstein que Sturgis y otros, a los que describió como «antiguos tipos de la CIA», habían estado intentando conseguir provocadores pagados para combatir a los manifestantes demócratas antibelicistas, en las calles, durante las convenciones políticas nacionales.

Woodward dejó la redacción a eso de las ocho de la tarde ese sábado. Sabía que debía haberse quedado hasta más tarde y tratar de localizar a James McCord. Ni siquiera había comprobado el listín telefónico local para ver si había un tal James McCord residente en Washington o en sus suburbios^[4].

El equipo nacional del *Washington Post* raramente se ocupa de reportajes sobre asuntos criminales o policíacos. Así, por petición de Sussman, tanto Woodward como Bernstein regresaron a la redacción a la mañana siguiente, un brillante domingo de sol, 18 de junio, para continuar con su trabajo. Una noticia en el teletipo de la Associated Press les hizo ver con claridad y embarazo que McCord hubiera debido merecerles mayor interés e investigación por su parte. De acuerdo con los archivos del gobierno, James McCord era el coordinador de seguridad del Comité para la Reelección del Presidente (CRP).

Los dos periodistas, en el centro de redacción de noticias, quedaron mirándose el uno al otro. «¿Qué crees que significa esto?», preguntó Woodward. Bernstein no lo sabía.

En Los Ángeles, John Mitchell, el ex-Fiscal General de Estados Unidos y director de la campaña presidencial, hizo una declaración:

La persona implicada es el propietario de una agencia privada de seguridad que fue empleada por nuestro Comité hace meses para ayudarnos en la instalación de nuestro sistema de seguridad. Como ya estábamos informados, esa persona tiene un buen número de intereses, negocios y clientes, y nosotros no tenemos el menor conocimiento de esas relaciones. Deseamos subrayar que ni ese hombre ni los otros implicados estaban actuando por encargo nuestro ni con nuestro consentimiento. En nuestra campaña, o en el proceso electoral, no hay lugar para ese tipo de actividad y nosotros no permitiríamos ni perdonaríamos algo semejante.

En Washington, el presidente nacional del Partido Demócrata, Lawrence F. O'Brien, dijo que:

... el allanamiento pone sobre el tapete la más fea cuestión sobre la integridad del procedimiento político con que me he encontrado en veinticinco años de actividad política. Una simple declaración de inocencia hecha por el jefe de la campaña de Nixon, John Mitchell, no basta para disipar las dudas.

Los servicios telegráficos que habían distribuido las declaraciones de Mitchell y O'Brien podían ser considerados como las versiones oficiales de los políticos nacionales. Los reporteros creyeron conveniente dedicar su atención a los autores del allanamiento.

En el listín telefónico figuraba la Agencia de Seguridad dirigida por McCord. Pero las llamadas hechas a ese número no dieron la menor respuesta. Entonces miraron en el listín que ofrece los números por direcciones. Tampoco obtuvieron respuesta, ni en la casa particular de McCord ni en sus oficinas. La dirección de McCord Asociados, en el número 414 de Hungerford Drive, Rockville, Maryland, era un extenso edificio de oficinas y el listín telefónico de Rockville tenía los números de los inquilinos. Los dos periodistas se repartieron los nombres de todos ellos y empezaron a llamarlos uno por uno a sus casas. Un abogado se acordaba de una jovencita que había trabajado por horas para él, el verano anterior, y que conocía a McCord, o tal vez era el padre de la muchacha quien le conocía. No lo recordaba bien. El abogado sólo podía recordar el apellido de la muchacha: Westall, o algo por el estilo. Tuvieron que ponerse en contacto con cinco personas de ese apellido antes de que, finalmente, Woodward diera con Harlan A. Westrell, quien dijo conocer a McCord.

Westrell, que obviamente no había leído los periódicos, se preguntó con sorpresa cuáles eran las razones por las que Woodward se interesaba por McCord. El periodista se limitó a comunicarle que estaba reuniendo material para un posible reportaje. Westrell se sintió halagado y facilitó bastante información sobre McCord, su amigo, y su formación y origen. Además, dio a Woodward algunos otros nombres a los que podía llamar.

Poco a poco fue surgiendo la imagen de McCord. Era natural de Texas, en Panhandle; había sido miembro activo y profundamente religioso de la Primera Iglesia Baptista de Washington; tenía un hijo que era cadete en la Academia Militar de las Fuerzas Aéreas y una hija retrasada mental; había sido agente del FBI, oficial de la reserva, exjefe de seguridad física en la CIA; profesor en un curso sobre seguridad en el College Junior de Montgomery; un hombre de familia, extremadamente concienzudo y digno de confianza. Tranquilo y serio. La declaración hecha por John

Mitchell no concordaba con las ideas de los que conocían a McCord, que coincidían en afirmar que estaba trabajando en exclusiva para el Comité de reelección del presidente.

Muchas de las personas interrogadas hicieron referencia a la integridad de McCord, a su carácter «firme como una roca». Y había algo más: Westrell y otras tres personas describieron a McCord como un consumado «hombre del gobierno», poco dado a actuar por iniciativa propia, respetuoso con las jerarquías en lo que a las órdenes se refiere y obediente a éstas sin preguntar sus motivos.

Woodward escribió a máquina los tres primeros párrafos de una historia en la que se describía a uno de los implicados en el allanamiento de Watergate como coordinador de los servicios de seguridad, a sueldo del Comité para la reelección del presidente, y lo puso en manos de uno de los redactores de información local. Un minuto más tarde, Bernstein estaba mirando por encima de los hombros del redactor lo que Woodward le había entregado. Woodward se dio cuenta de ello. Después Bernstein regresó a su mesa con la primera página de su reportaje y pronto se le vio dándole de nuevo a la máquina de escribir. Mientras tanto, Woodward había terminado su segunda página y la pasaba al redactor jefe. Bernstein se interesó de nuevo por lo escrito y después volvió a su máquina. Woodward decidió que lo mejor que podía hacer era enterarse de lo que estaba sucediendo.

Bernstein estaba escribiendo el reportaje de nuevo, con todos los datos. Woodward leyó la nueva versión. Era mucho mejor que la primera.

Esa noche, Woodward tomó el coche y se dirigió al domicilio de McCord, una casa grande, de ladrillo, de dos pisos, típicamente suburbana, situada en un callejón sin salida no lejos de la Carretera 70-S, la autopista principal que atraviesa Rockville. Las luces de la casa estaban encendidas, pero nadie respondió a sus llamadas.

Después de la medianoche, Woodward recibió en su casa una llamada telefónica de Eugene Bachinski, el reportero del *Post* de servicio regular nocturno en la Policía. Ese trabajo de reportero de sucesos en la jefatura de Policía y durante la noche está considerado como lo peor de todo el periódico. Las horas de trabajo son malas: desde las 6:30 de la tarde a las 2:30 de la noche. Pero Bachinski, alto, barbudo y tranquilo, parecía satisfecho, como si le gustara ese trabajo o, al menos, le gustaran los policías. Había llegado a conocer a fondo a algunos de ellos, tenía algún que otro contacto social privado con ellos y se movía entre ellos con facilidad, acompañando en sus distintas rondas nocturnas a los diversos servicios y patrullas de la jefatura: homicidio, orden público, vicio (llamada elocuentemente la División de la Moral), drogas, servicio de inteligencia, sexo, fraude, robos... es decir, todo el catálogo de la delincuencia de una gran ciudad a ojos de un policía.

Bachinski tenía algo de lo que se había enterado por una de sus fuentes informativas en la policía. Dos agendas de direcciones, pertenecientes a dos de los hombres detenidos en el interior del Watergate, contenían el nombre y el número de

teléfono de Howard E. Hunt, con las breves anotaciones «W. House» y «W. H.»^[5].

Woodward se sentó en una de sus sillas de madera, junto al teléfono, y consultó el listín telefónico. Halló el nombre de E. Howard Hunt Jr., en Potomac, Maryland, uno de los distritos suburbanos de Montgomery County. Llamó. No obtuvo respuesta.

En la redacción, a la mañana siguiente, Woodward hizo una lista de las cosas que tenía que hacer por orden de preferencia. Uno de los vecinos de McCord le había dicho que había visto a McCord vestido con uniforme de oficial de las Fuerzas Aéreas y otro lo había confirmado, añadiendo que era teniente coronel de la reserva de dichas fuerzas. Tuvo que hacer media docena de llamadas al Pentágono hasta que un oficial encargado del servicio de personal le informó de que James McCord era teniente coronel de una unidad especial de la reserva destinada en Washington, agregada a la Oficina de Prevención de Emergencias. El oficial le leyó la lista de componentes de la unidad que contenía sólo quince nombres. Woodward comenzó a llamarlos. A la cuarta llamada dio con un tal Philip Jones, un soldado movilizado, que le dijo como de modo casual, sin darle importancia, que la misión de esa unidad era conseguir listas de los individuos sospechosos de radicalismo y ayudar a desarrollar planes de urgencia para la censura de los medios de información y el correo de Estados Unidos en caso de guerra.

Woodward hizo otra llamada a James Grimm, cuyo nombre y teléfono en Miami, según le había dicho Bachinski, figuraba en la agenda de direcciones de Eugenio Martínez. El señor Grimm se identificó como funcionario del servicio de alojamiento en la Universidad de Miami y le dijo que el señor Martínez se había puesto en contacto con él, hacía como unas dos semanas, para preguntarle si podía encontrar en la Universidad alojamiento para 3 000 jóvenes republicanos, durante la GOP, Convención Nacional en agosto. Woodward llamó al CRP, en su cuartel general, y a varios funcionarios del Partido que trabajaban en la preparación de la convención en Washington y Miami. Todos ellos dijeron que jamás habían oído hablar de Martínez y menos aún de sus planes de utilizar la Universidad para alojar a los jóvenes republicanos.

Pero el trabajo que tenía prioridad ese lunes era Hunt. Los objetos de los sospechosos de Miami estaban registrados en una relación confidencial, un inventario de la policía que Bachinski había conseguido obtener. En la lista figuraban dos «trozos de papel amarillo rayado», uno dirigido a un «Querido amigo señor Howard» y el otro a un «Querido señor H. H.», así como un sobre que no había sido enviado por correo, que contenía un cheque personal firmado por Hunt, por 6.36 dólares, pagadero al Lakewood Country Club en Rockville, junto con una factura por el mismo importe.

Woodward llamó a un viejo amigo que a veces le facilitaba información, y que trabajaba para el gobierno federal al que no le gustaba que le llamasen a su oficina.

Su amigo le dijo que el allanamiento se estaba convirtiendo en un «hierro al rojo», pero no quiso darle más explicaciones y cortó.

Eran aproximadamente las 3:30 de la tarde cuando los redactores jefes responsables de las distintas secciones del *Washington Post* presentaron la relación y «el nuevo presupuesto» de los reportajes y demás colaboradores que esperaban para el periódico del día siguiente. A Woodward, a quien se había asignado la misión de escribir para el martes el reportaje sobre el caso Watergate, tomó el teléfono y marcó el 4561414, el teléfono de la Casa Blanca. Preguntó por Howard Hunt. La encargada de la centralita conectó con una extensión determinada. No hubo respuesta. La operadora volvió a hacer acto de presencia en la línea.

—Hay otro lugar en el que puede estar —dijo—. En la oficina del señor Colson.

—El señor Hunt no está aquí en estos momentos —le dijo a Woodward la secretaria de Colson y le dio el número de teléfono de una firma de relaciones públicas en Washington, «Robert R. Mullen y Compañía», donde, según dijo, el señor Hunt trabajaba como redactor.

Woodward cruzó la sección de información nacional y preguntó a uno de los redactores de información política nacional quién era Colson. J. D. Alexander, el hombre en cuestión, un individuo serio y reflexivo, entre los treinta y los cuarenta, con una espesa barba, se echó a reír. Charles W. Colson era un consejero especial del presidente de los Estados Unidos, el «hombre duro» de la Casa Blanca, según dijo.

Woodward volvió a llamar a la Casa Blanca y le preguntó a uno de los empleados de la sección de personal si Howard Hunt estaba en la nómina del Presidente. La empleada le dijo que esperase un momento que consultaría los ficheros. Pocos momentos después le informó que Howard Hunt era un consejero que trabajaba al servicio de Colson.

Woodward volvió a llamar a Mullen, la empresa de Relaciones Públicas, y preguntó por Howard Hunt.

—*Howard Hunt al aparato* —dijo la voz.

Woodward se identificó.

—*¿Sí? ¿Y qué desea?* —La voz de Hunt tenía un tono de impaciente nerviosismo.

Woodward le preguntó por qué razón su nombre y su número de teléfono figuraban en la agenda de direcciones de dos de los detenidos en Watergate.

—*¡Dios mío...!* —No pudo evitar exclamar Hunt, que enseguida se controló y añadió rápidamente—: *Como el asunto está sometido a investigación judicial, no puedo hacer el menor comentario.*

Hunt colgó el teléfono.

Woodward pensó que con todo lo que sabía había suficiente para escribir su historia. Ciertamente que el nombre y el teléfono de cualquiera podía estar en una agenda de direcciones. Pero la cuenta del Club de campo y el cheque parecían ser una prueba adicional de que Hunt estaba, o había estado, en contacto con los sospechosos. Pero ¿cuál era esa conexión? Titular su reportaje: «Un consejero de la Casa

Blanca relacionado con los sospechosos de espionaje telefónico», podía ser un grave error, poco limpio con respecto a Hunt y engañoso para el lector.

Woodward llamó a Ken W. Clawson, el subdirector de los servicios de comunicaciones de la Casa Blanca, que había sido periodista del *Washington Post* hasta el mes de enero anterior. Le dijo lo de las agendas y lo que sabía del inventario de la Policía, para pasar a preguntarle cuáles eran los deberes de Hunt en la Casa Blanca. Clawson le respondió que lo averiguaría.

Una hora más tarde, Clawson lo llamó y le dijo que Hunt había trabajado como consejero de la Casa Blanca en la clasificación de los llamados «Papeles del Pentágono» y, más recientemente, en un proyecto de los servicios especiales sobre narcóticos. La última vez que Hunt había cobrado de la Casa Blanca como consejero había sido el 29 de marzo. Desde entonces no había hecho ningún otro trabajo para la Casa Blanca.

—*Me he ocupado del asunto muy a fondo* —le dijo—. *Y estoy convencido de que ni Colson ni nadie en la Casa Blanca tiene el menor conocimiento ni participación en ese deplorable incidente del Comité Nacional Demócrata.*

Era un comentario que nadie le había pedido.

Woodward telefoneó a Robert F. Bennett, presidente de la Compañía de Relaciones Públicas Mullen, y pidió informes de Hunt. Bennett, hijo del senador republicano Wallace F. Bennett, del Estado de Utah, dijo:

—*Creo que no es ningún secreto que Hunt estuvo en la CIA.*

Pero para Woodward sí que había sido un secreto. Después llamó a la CIA, donde un portavoz le dijo que Hunt había pertenecido a la Agencia de 1949 a 1970.

Realmente Woodward no sabía qué pensar. Hizo otra llamada a su amigo en el gobierno y le pidió consejo. Su amigo parecía nervioso. Partiendo de la base de sus conocimientos, le dijo a Woodward que el FBI consideraba a Hunt como uno de los primeros sospechosos en la investigación sobre el asunto Watergate y que tenía para ello varias razones, además de las anotaciones de las dos agendas de los detenidos y su cheque. Pero le dijo a Woodward que no empleara su información para el reportaje, pues se trataba de información confidencial obtenida en los ficheros. Sin embargo, por lo demás, su amigo consideraba que no habría nada censurable ni de juego sucio en escribir un reportaje mencionando lo de las agendas y las conexiones existentes a través del club de campo. Naturalmente esta recomendación tampoco debía ser mencionada en letra impresa.

Barry Sussman, el redactor jefe de la sección local estaba intrigado. Inspeccionó en los archivos del *Post* hasta dar con la carpeta de Colson y se encontró con que en el mes de febrero se había publicado un reportaje en el que, basándose en una información de fuente anónima, se describía a Colson como «una de las eminencias grises... un hombre osado, uno de esos tipos dispuestos a poner las cosas en orden cuando se salen de madre y a hacer el trabajo sucio cuando las circunstancias así lo requieren». El artículo de Woodward que identificaba a Hunt como consejero que

había trabajado en la Casa Blanca, para Colson, incluía la anotación de que la información procedía de datos ofrecidos por «Ken W. Clawson, un funcionario de la Casa Blanca que, hasta fecha bastante reciente, había sido reportero del *Washington Post*».

Así, el reportaje fue titulado:

Consejero de la Casa Blanca relacionado con los sospechosos de espionaje telefónico

Esa mañana, en la Casa Blanca de Florida, en Cayo Bizcaino, el Secretario de Prensa del presidente, Ronald L. Ziegler, respondió con brevedad a una pregunta que se le hizo sobre el allanamiento del Watergate con la siguiente observación:

Ciertos elementos están tratando de extender el asunto mucho más allá de lo que verdaderamente es.

Ziegler describió el caso como un «intento de robo de tercera clase», que no merecía ningún otro comentario de la Casa Blanca.

Al día siguiente, el presidente del Partido Demócrata, O'Brien, presentó una demanda de un millón de dólares por daños contra el Comité para la Reelección del Presidente. Mencionaba la potencial intervención de Colson en el allanamiento, y O'Brien hizo la acusación de que los hechos, «tal y como se desarrollaban, señalaban una relación clara con la Casa Blanca». Y añadía:

Nos enteramos de ese intento de instalar aparatos de escucha en nuestras oficinas sólo porque fue descubierto. ¿Cuántos otros intentos pueden haberse dado ya y quién estaba implicado en ellos? Creo que estamos a punto de ser testigos de una última prueba de la esencia de esta administración, que tan piadosamente se declaró a sí misma dispuesta a establecer una nueva era de ley y orden, hace justamente cuatro años.

2

Sussman le había dicho a Bernstein que se tomara vacaciones el lunes y el martes. El miércoles fue enviado a tratar de averiguar todo lo que pudiera sobre Charles W. Colson. Telefonó a un exfuncionario de la administración de Nixon que pensó estaría en condiciones de facilitarle algunos datos biográficos que pudieran serle de ayuda. Pero en vez de darle una biografía, el hombre le dijo a Bernstein:

—*Quienquiera que sea el responsable del allanamiento de Watergate tiene que ser alguien que no sabe un pepino de política pero que está convencido de que sí sabe... Por eso, a mi juicio, cabe aquí el nombre de Colson... Cualquiera que supiera algo no iría allí en busca de información política. Seguramente estaban buscando otra cosa... escándalos, chismes.*

Aquel hombre conocía el trabajo interno de la Casa Blanca del cual Bernstein y Woodward estaban a oscuras casi de modo total, y, lo que era mejor, aún mantenía amplios contactos con sus excolegas.

Bernstein le preguntó si creía que existía la menor posibilidad de que el Comité de la campaña presidencial o —menos posiblemente— la Casa Blanca fuera a patrocinar una misión tan estúpida como la invasión del Watergate. Bernstein esperaba una respuesta negativa.

—*Yo conozco al presidente lo suficientemente bien para saber que si necesita que se haga una cosa como ésa no lo haría de un modo tan estúpido* —dijo el exfuncionario. Pero no resultaba de todo punto inconcebible que el presidente deseara que sus ayudantes en la campaña electoral conocieran cualquier dato de información política y chismes de sus adversarios. Recordó que uno de los consejeros políticos de la Casa Blanca se pasaba el tiempo hablando continuamente de *walkie-talkies*. Uno le hablaba de política y él respondía hablando de instrumentos de escucha. En la Casa Blanca existió siempre una gran preocupación por todas esas tonterías del espionaje. Algunos de aquellos tipos eran lo suficientemente estúpidos como para creer que allí podía haber un sistema de escucha o espionaje electrónico semejante.

La imagen que su amigo le ofrecía de la Casa Blanca era muy distinta, un duro contraste con la máquina suave y bien engrasada que Bernstein estaba acostumbrado a identificar en los periódicos cuando mencionaban la casa presidencial: esos vigilantes, de idéntico aspecto, cuidadosos y disciplinados, que guardaban el palacio y a los que invariablemente se mencionaba como «los hombres del Presidente».

Bernstein le preguntó sobre uno de ellos, Robert Odle, en esos momentos director de personal del CRP y exayudante de la Casa Blanca. El comité había identificado a Odle como el hombre que contrató los servicios de McCord, como coordinador de los servicios de seguridad.

—*Eso es pura mierda* —le respondió el exfuncionario—. *Mitchell jamás hubiera dejado escapar de sus manos una decisión como ésa. Mitchell no hubiera decidido sin el*

consejo de alguien que supiera algo sobre seguridad.

—En la contratación de McCord tenía que estar involucrada, cuando menos, otra persona —le dijo, un ayudante de Mitchell al que describió como la antigua mano derecha del Fiscal General, Fred LaRue. Bernstein tomó nota del nombre (escribiéndolo La Roue) y se enteró de más cosas sobre él.

—Cabe esperar que, si había alguna cinta magnetofónica grabada en el momento del allanamiento, LaRue estuviese enterado de ello.

El exfuncionario le ofreció, además, una idea adicional. Le habló de Murray Chotiner, el viejo amigo del presidente Nixon y especialista en tácticas rastreras en las campañas políticas. Desde los días de la campaña electoral para el Congreso de Nixon contra Jerry Voorhis y Helen Gahagan Douglas, Murray Chotiner estuvo a cargo de algo a lo que se llamó «seguridad electoral». Aun cuando oficialmente esa ocupación no estaba definida, parece ser que la misión del detentador de ese cargo era evitar que los Demócratas le robaran la elección, como el Presidente y sus leales (al igual que algunos Demócratas) mantenían que había sucedido en 1960.

Algo después, esa misma tarde, David Broder, el reportero y columnista especializado en política nacional del *Post*, le dio a Bernstein el nombre de un funcionario del Comité Nacional Republicano y le sugirió que se pusiera en contacto con él. Broder describió al funcionario como «un tipo muy recto» que tal vez podía saber algo del asunto porque se encontraba entre los que se ocupaban de planear las medidas de seguridad para la Convención GOP. De acuerdo con lo dicho por el CRP, McCord había trabajado como consejero de seguridad en la convención.

—La verdad es que McCord jamás hizo el menor trabajo relacionado con la seguridad ni ningún otro para la convención —le dijo el funcionario a Bernstein—. Lo que hizo, según creo, fue tomar a su cargo la seguridad del Comité de Reelección. Lo único que a ellos les importa es Richard M. Nixon. No pueden preocuparse menos de lo que lo hacen por el Partido Republicano. Si se les diera la oportunidad de hacerlo, lo hundirían.

¿Creía aquel funcionario del partido en las declaraciones que negaban toda relación con el caso Watergate hechas por John Mitchell y el CRP?

El hombre se echó a reír.

—Bob Dole y yo estuvimos hablando del asunto el día de las detenciones y estuvimos de acuerdo en que el responsable de todo el asunto debía ser uno de esos «generales de trece por docena» que siempre están dando vueltas en torno al Comité en la Casa Blanca. Chotiner o Colson. Ésos fueron los nombres que salieron a relucir.

Bernstein no hubiera esperado nunca que alguien tan estrechamente ligado a la administración de Nixon pudiera hablar con tanta ironía y desprecio de los hombres que rodeaban al Presidente.

Después de la conversación, fue a ver a Sussman y le contó lo que le habían dicho. El redactor jefe de la sección local opinó que la información resultaba muy

interesante. Pero, un tanto molesto y a disgusto, le dijo a Bernstein que tenía que apartarlo de la información del caso Watergate, porque su otro trabajo usual, la sección política de Virginia, no podía permitirse el prescindir de uno de sus dos reporteros políticos en época de elecciones.

Bernstein regresó a su mesa aparentando indiferencia, pero de un humor pésimo. El *Post* le debía casi cuatro meses de vacaciones. Hasta que se presentó el asunto Watergate había estado pensando en utilizarlos durante el verano para hacer una excursión en bicicleta por todo el país. Decidió hacer un último intento para seguir con el asunto. Escribió un memorándum de cinco páginas, en el que hacía el sumario de lo que llamó la «Teoría de Chotiner», y envió copias de él a Sussman, Woodward y Harry M. Rosenfeld, el redactor jefe metropolitano del *Post*.

Se trata de algo arriesgado, seguro, comenzaba el memorándum, pero... Colson es el sucesor de Chotiner en la Casa Blanca... Es posible que Colson pueda seguir atado, en ciertos aspectos, a la «seguridad de las elecciones» con Chotiner. Es decir, evaluando cualquier información que pueda conseguir Chotiner.

Al día siguiente Rosenfeld le dijo a Bernstein que prosiguiera con la «Teoría de Chotiner» y viera de lo que podía enterarse sobre ella.

En una conferencia de prensa de esa misma tarde, el 22 de junio, el presidente Nixon hizo su primera declaración pública sobre el caso:

La Casa Blanca no tiene la menor relación con ese particular incidente.

Bernstein y Woodward tomaron nota de lo de «ese particular incidente». Existían ya demasiadas coincidencias que no podían dejarse de lado tan a la ligera: un abogado de Washington había dicho que podía identificar positivamente a Frank Sturgis como uno de los varios hombres que habían atacado a uno de los acusados en el caso de los «Documentos del Pentágono», a Daniel Ellsberg, cuando salía de asistir a un servicio religioso en memoria del difunto J. Edgar Hoover, en el mes de mayo. En la agenda de otro de los acusados había el burdo esbozo de un plano de las habitaciones del hotel que habían sido utilizadas como cuartel general por el senador McGovern en la Convención Demócrata. Un arquitecto de Miami dijo que Bernard Barker había tratado de hacerse con copias de los planos de la sala donde se celebraría la convención y de su sistema de aire acondicionado. El jefe de Hunt en la firma Mullen, Robert Bennett, había sido el organizador de unos cien comités

electorales dedicados a conseguir millones de dólares en contribuciones secretas para la campaña de reelección del presidente. Cuando McCord fue detenido llevaba encima un impreso de solicitud del carnet de identificación de Prensa para asistir a la Convención Demócrata. No hacía mucho había realizado un viaje a Miami Beach. Algunos de los acusados de Miami habían estado en Washington tres semanas antes de su detención cuando se llevaron a cabo varios robos en las habitaciones ocupadas por algunos destacados abogados del Partido Demócrata en el Hotel Watergate.

Una hora después de la declaración del Presidente, DeVan L. Shumway, el director de Relaciones Públicas del CRP, informó a algunos reporteros de que John Mitchel había ordenado una investigación interna sobre el allanamiento del cuartel general de los demócratas.

El día 1 de julio, nueve días después de la declaración del presidente Nixon, Mitchell presentó la dimisión como director de la campaña electoral, dando como pretexto la insistencia de su esposa.

Woodward preguntó a muchos de los miembros de la sección de política nacional del *Post*, a los que informó del asunto, si creían que la dimisión de Mitchell estaba relacionada con el caso Watergate. La respuesta fue afirmativa.

Al día siguiente, el redactor jefe de la sección metropolitana, Harry Rosenfeld, le dijo a Woodward:

—Un hombre como John Mitchell no renuncia a todo ese poder por complacer a su esposa.

Poco antes de que el nombre de Charles Colson llamara por vez primera la atención de Bernstein, un joven colega le había dicho que, en cierta ocasión, salió con una muchacha que trabajaba en la Casa Blanca, según creía recordar, en la oficina de Colson. Bernstein se puso al habla con ella por teléfono. La joven había trabajado con uno de los ayudantes de Colson y no personalmente con éste. Y había llegado a conocer, aunque superficialmente, a Howard Hunt.

—*Yo sospechaba de todo su grupo, pero en especial de Colson, porque éste siempre se mostraba en exceso protector del Presidente y muy a la defensiva cuando se trataba de sí mismo* —dijo la muchacha—. *Siempre estaba yendo de un lado para otro con documentos y era muy reservado.*

Sin embargo a Hunt lo había encontrado «*realmente simpático, un hombre agradable y con personalidad. Era una de las pocas personas que andaban por allí que le hacían a una sentirse como formando parte del conjunto*». Incluso ocasionalmente la llevó a almorzar. Aun cuando no era más que un consejero contratado, «*se pasaba trabajando allí casi todo el día. En cierta ocasión se marchó a Florida por algún tiempo... e hizo algunos viajes a California*».

Eso había ocurrido en el verano y comienzos de otoño de 1971. Hunt era casi tan

reservado como Colson, continuó la chica, pero...

—... alguien en la oficina me dijo que Howard estaba llevando a cabo trabajos de investigación sobre distintas cosas, entre otras sobre los «Documentos del Pentágono».

Tenía la impresión que no estaba trabajando en el «análisis» de los documentos del Pentágono, como había dicho la Casa Blanca, sino más bien tratando de averiguar cómo había sido posible que llegasen a manos de la Prensa.

—Casi al mismo tiempo observé que sobre su mesa había un libro sobre Chappaquiddick, y le pregunté sobre el asunto. También estaba investigando ese asunto de Kennedy. De todos modos nadie hablaba demasiado... jamás conseguí que me dieran información suficiente.

¿Quién le había dicho que Hunt estaba investigando sobre Kennedy?

Otra secretaria de la oficina de Colson. Después había visto sobre la mesa de Hunt otros libros y documentos relacionados con el senador Kennedy y el accidente de automóvil ocurrido en Chappaquiddick. Recordaba que uno de esos libros era una edición barata en rústica.

—Tenía un título muy sencillo, algo así como «Kennedy y Chappaquiddick».

Parte del material había sido conseguido en la biblioteca de la Casa Blanca, creía. También otro de los colaboradores de Hunt, no recordaba cuál, le había dicho que Hunt estaba investigando a Kennedy.

Bernstein telefoneó a la Casa Blanca y pidió hablar con la bibliotecaria. Le pusieron en comunicación con Jane F. Schleicher, ayudante de la bibliotecaria. Se identificó como periodista y le preguntó si recordaba el nombre del libro sobre el senador Kennedy que el señor Hunt había sacado de la biblioteca.

—Creo recordar algo de eso —explicó la bibliotecaria—. Se llevó un montón de material sobre el senador Kennedy y Chappaquiddick.

La señora Schleicher añadió:

—Creo que debo tenerlo anotado.

Y le pidió a Bernstein que la llamara más tarde para darle oportunidad de mirar en los archivos.

Cuando Bernstein la llamó por segunda vez, la señora Schleicher le explicó:

—Creo que el libro al que usted probablemente se refiere puede ser uno escrito por Jack Olsen y que se titula «The Bridge at Chappaquiddick»^[6].

A continuación, Bernstein le preguntó si recordaba cuándo había sacado Hunt el libro. La señora Schleicher le dijo que siguiera al teléfono y esperase un momento. Cuando volvió al aparato, unos minutos más tarde, parecía muy agitada.

—En mis tarjetas no consta que el señor Hunt se llevara ese libro —dijo—. Recuerdo que saqué el libro para alguien, pero no consta en mis archivos que el señor Hunt se lo llevara.

En el libro ya no estaba la tarjeta donde se anota quién lo saca, como suele hacerse en las bibliotecas norteamericanas; jamás Hunt le había pedido ningún libro.

Ni siquiera sabía quién era Hunt y le dijo a Bernstein que si quería saber algo más se dirigiera a la Oficina de Prensa.

Después Woodward la telefoneó y le preguntó sobre el material relacionado con Kennedy.

—*Yo no tengo nada que ver con lo que él (Bernstein) sepa* —le contestó.

Seguidamente Woodward, sin dejar la comunicación con la centralita de la Casa Blanca, le pidió a la operadora que le pusiera con un funcionario de la presidencia, un muchacho joven al que había conocido en una reunión de sociedad. Hablaron durante una hora. Después de recibir la promesa de que su nombre no se utilizaría, el funcionario le aseguró que Hunt había sido destinado por la Casa Blanca para que llevara a cabo una investigación sobre la vida privada del senador Kennedy. Recordaba que Hunt había recibido bastante material informativo sobre Kennedy de la Biblioteca del Congreso.

Bernstein y Woodward tomaron un taxi y se dirigieron allí. Hallaron la oficina que se ocupa de las peticiones de material procedentes de la Casa Blanca. Una bibliotecaria habló con los reporteros en el pasillo, casi sin dejarles entrar en su despacho y les informó cortésmente de que las transacciones con la Casa Blanca eran confidenciales. Por casualidad, los periodistas encontraron otro empleado más amigo de cooperar y se pasaron la tarde en la sala de lectura revisando millares de fichas de petición, todas las que se habían hecho a partir de julio de 1971, cuando Hunt fue contratado por la Casa Blanca.

Woodward llamó a Ken Clawson y le relató la conversación que Bernstein había tenido con la bibliotecaria de la Casa Blanca. Clawson le llamó más tarde y le dijo que había hablado con la señora Schleicher.

—*Niega que haya habido tal conversación (con Bernstein)* —dijo Clawson—. *Afirma que las dos veces que ustedes llamaron se limitó a indicarles que se dirigieran a la Oficina de Prensa.*

Clawson afirmó que Hunt nunca había recibido ningún encargo de la Casa Blanca en relación con el senador Kennedy.

—*Es posible que estuvieran realizando esa investigación por cuenta propia* —añadió Clawson—. *Hunt ha escrito cuarenta y cinco libros, ¿sabes?*

Howard Hunt, en efecto, escribía novelas de espionaje.

Seguidamente Bernstein llamó al exfuncionario de la administración de Nixon, quien le dijo:

—*La Casa Blanca estaba verdaderamente en un estado de paranoia con respecto a Kennedy...*

El Presidente, el Jefe de servicios y personal de la Casa Blanca, H. R. Haldeman, y Colson, habían estado «obsesionados» por la idea de obtener información que pudiera perjudicar a la candidatura de Kennedy.

Bernstein y Woodward escribieron un reportaje en el que informaban que Hunt

había estado investigando en la vida de Kennedy mientras estaba contratado por la Casa Blanca. La importancia de ese relato estribaba en el hecho, así pensaban sus autores, de que Hunt no era un consejero corriente de la Casa Blanca sino que operaba en un terreno estrictamente político.

Harry Rosenfeld se mostró entusiasmado con el reportaje y lo presentó a Benjamin C. Bradlee, el director ejecutivo del *Post*. Éste salió de su despacho acristalado, situado en uno de los extremos de la sala de redacción y tomó asiento en una silla al lado de la mesa de Bernstein. Llegó con una copia del reportaje en la mano y moviendo la cabeza dubitativamente. Era la primera vez que el reportero se encontraba con Bradlee desde que había comenzado el asunto Watergate. El *Wall Street Journal* lo había descrito, otrora, como un hombre con aspecto de ladrón internacional de joyas. Bradlee, que tenía 50 años, había sido amigo íntimo del presidente Kennedy y se mostraba muy susceptible en lo que se refería a las historias relacionadas con la familia Kennedy.

Retrepado en su silla, le dijo a Bernstein:

—No, no han conseguido nada. Una bibliotecaria y una secretaria dicen que Hunt estaba leyendo un libro. Eso es todo.

Woodward le explicó que una fuente cualificada de la Casa Blanca había dicho explícitamente que Hunt estaba realizando esa investigación.

Se aproximaba la hora de cierre. Otros periodistas estaban presenciando la escena.

—¿De qué categoría? —preguntó Bradlee.

Woodward se mostró un tanto inseguro. No conocía exactamente las reglas sobre revelación de las fuentes de información a un director en funciones. Así que le preguntó:

—¿Desea usted conocer la fuente informativa?

—Sólo quiero que me diga su categoría. ¿Está a la altura de un ayudante del Presidente? —dijo Bradlee.

Woodward no estaba demasiado enterado de títulos y escalafones, así que le describió la situación de la persona en cuestión en la Casa Blanca. Bradlee no pareció impresionado. Tomó su pluma y comenzó a revisar el reportaje, cambiando el primer párrafo hasta dejarlo reducido a la afirmación de que «Hunt mostraba un interés especial» por Kennedy y por el accidente de Chappaquiddick. Tachó por completo otro párrafo en el que se hablaba de la actitud de la Casa Blanca en relación con la candidatura de Kennedy. Rosenfeld le preguntó a Bradlee si el reportaje debía ser publicado en la primera página.

Bradlee dijo que no. Y añadió:

—La próxima vez consigan información más consistente —terminó mientras se alejaba.

Mientras tanto, Howard Hunt no había podido ser localizado desde que mantuvo su breve conversación telefónica con Woodward. El FBI había destinado ciento

cincuenta agentes a su búsqueda. El día 7 de julio, es decir el mismo en que la historia sobre Hunt y su interés sobre Chappaquiddick apareció en el *Post*, Hunt «regresó del frío». Varios días después, Bernstein habló con un abogado de Washington que conocía al abogado que se había hecho cargo de la defensa de Hunt, William O. Bittman.

Bittman, dijo el abogado, había recibido 25 000 dólares en billetes, dentro de un sobre marrón, para que se hiciera cargo del caso Hunt. El hombre estaba un tanto molesto. Bittman era un hombre altamente respetable, miembro respetado del Colegio de Abogados y socio de la prestigiosa firma legal Hogan and Hartson. Había sido el fiscal del Departamento de Justicia que, con tanto éxito, acusó a Jimmy Hoffa, el expresidente de la «Teamsters Union».

—*Es una información digna de crédito, eso es todo lo que le puedo decir* —le explicó el hombre. Después pasó a hablarle de otra cosa. Al menos 100 000 dólares del presupuesto del CRP se habían destinado a la «Seguridad de la Convención». Y terminó:

—*El dinero es la mejor clave para desvelar este asunto.*

Bernstein llamó a Bittman. Éste no quiso explicarle cómo había sido contratado para el caso Hunt.

¿Había recibido 25 000 dólares dentro de un sobre?, le preguntó Bernstein.

Bittman se negó a discutir cualquier aspecto de su relación con el caso. Pero, con gran sorpresa de Bernstein, no negó específicamente haber recibido el dinero.

Sin embargo, Woodward y Bernstein no pudieron encontrar a nadie más que hubiese oído hablar de esa historia del sobre con el dinero. Pasaron horas y horas sin conseguir nada que los llevara a parte alguna. Y no sólo en lo que se refería al dinero.

Funcionarios de la Casa Blanca y del CRP estaban empeñados en desviar la atención de los periodistas en una dirección falsa. Había habido filtraciones que decían que el allanamiento del Watergate era obra de los cubanos anticastristas que intentaban probar que los Demócratas estaban recibiendo ayuda económica de Cuba^[7].

La historia sobre el caso Watergate parecía haberse atascado, quizá muerta para siempre. Los periodistas no comprendían por qué se había llegado a esa situación. El contacto de Bernstein con la administración, el exfuncionario, no estaba en condiciones de conseguir la menor información que sirviera de algo y bromeó —al menos así lo pensó Bernstein— diciendo que la Casa Blanca había entrado «*en la clandestinidad*».

Protestando, Bernstein fue enviado de nuevo a su sección de política de Virginia. Woodward decidió tomarse unas vacaciones.

El 22 de julio, el día en que Woodward salía para el Lago Michigan, el *Newsday*, el periódico de la tarde de Long Island informaba de que un exayudante de la Casa Blanca llamado G. Gordon Liddy, que había estado trabajando como consejero

jurídico en el Comité de la Campaña Electoral, había sido despedido por Mitchell, en junio, por haberse negado a responder a las preguntas del FBI en relación con el caso Watergate.

Liddy, de 42 años, había dejado la Casa Blanca el 11 de diciembre de 1971, para pasar a ocupar el cargo de consejero general del CRP. Posteriormente fue designado consejero de finanzas y regía las cuestiones relacionadas con las finanzas y las contribuciones recibidas para la campaña. Al igual que McCord, era un exagente del FBI, pero Devan Shumway, el portavoz del comité, dijo que las obligaciones de Liddy no tenían nada que ver en absoluto con los asuntos de la seguridad o de la información.

En la Casa Blanca, Ken Clawson reconoció que, a finales de 1971, Liddy había trabajado allí en problemas relacionados con «la aplicación forzosa de la Ley», y que lo hizo «como miembro del equipo de John D. Ehrlichman», el principal ayudante del Presidente Nixon para asuntos internos.

Tres días después, en su día libre de la batalla política de Virginia, Bernstein recibió en su casa una llamada telefónica de Barry Sussman. ¿Podía presentarse en el periódico? El *New York Times*, en su primera página, publicaba una historia informando que se había descubierto que desde los teléfonos de Barker, en Miami, se habían hecho como mínimo 15 llamadas telefónicas al CRP. Más de la mitad de esas llamadas tuvieron lugar entre el 15 de marzo y el 26 de junio y se hicieron en una oficina del CRP compartida por Liddy con otro abogado.

Bernstein contaba con suficientes fuentes de información en la Compañía Bell^[8]. Sin embargo, siempre se mostró vacilante en utilizarlas, sobre todo en lo que se refería a conseguir datos sobre comunicaciones privadas, por lo que había de poco ético en la cuestión. Se trataba de romper la intimidad, la vida privada de una persona mediante el estudio de su ficha de llamadas telefónicas. En su mente esto constituía un problema para el que jamás encontró solución. ¿Por qué un periodista tenía acceso a las fichas personales y financieras individuales, cuando esta investigación le hubiera parecido un ultraje de haber sido él el sometido a tal intromisión en su vida privada por parte de los investigadores?

Sin preocuparse por el problema en esta ocasión, Bernstein llamó por teléfono a su fuente informativa en la Compañía y le pidió una lista de las llamadas interurbanas de Barker. Esa misma tarde, su contacto le llamó a él y le confirmó la lista publicada en el *Times*. Pero añadió que no podía ofrecerle la lista completa porque la ficha de las llamadas telefónicas de Barker había sido requisada judicialmente por el fiscal del distrito de Miami.

—¿Quiere usted decir el FBI, el Fiscal Federal o su despacho, no es eso? —preguntó el periodista.

—No. La delegación de la Compañía Telefónica en Miami dice que ha sido el fiscal local del distrito —le contradijo su informador.

¿A qué podía deberse que un fiscal local se interesara en esa ficha? Antes de hacer su versión sobre lo que había publicado el *Times*, Bernstein telefoneó al Fiscal Federal en Miami, quien le dijo que no había hecho esa requisita.

Inmediatamente Bernstein comenzó a llamar a los distintos fiscales locales de los distritos de la zona de Miami. En la tercera de sus llamadas se puso en contacto con Richard E. Gerstein, el Fiscal del Estado para el distrito del Condado de Dade, que incluía el área metropolitana de Miami. Había sido su oficina la que había ordenado la requisitoria de la ficha telefónica de Barker porque deseaba determinar si alguna ley del Estado de Florida había sido violada por las personas implicadas en el Caso Watergate. Gerstein dijo que no sabía lo que figuraba en la ficha pero que su jefe de investigación, Martin Dardis, estaba enterado de ello. Le ordenaría que cooperase con ellos si le prometía que el *Post* no revelaba que estaba en tratos con su oficina. Aquella misma tarde, a última hora, Bernstein recibió una llamada telefónica de Dardis.

Éste parecía tener prisa y no estaba dispuesto a hablar por teléfono. Había requisado, también, algunas fichas de las cuentas bancarias de Barker, así como las del teléfono, y Bernstein sería bien recibido si tomaba el avión a Miami para cambiar impresiones con él y discutir el asunto. Bernstein le preguntó si sabía el origen de la suma de 89 000 dólares^[9], que el ayudante del Fiscal Federal, Silbert, había dicho que fueron depositados y sacados de la cuenta corriente de Barker, en Miami, durante la pasada primavera.

—*Son algo más de 89 000 dólares* —le dijo Dardis.

—¿Más bien 100 000? —le preguntó Bernstein.

—*Algo más.*

—¿De dónde procede el dinero?

—*De la Ciudad de México* —le replicó Dardis—. *De un hombre de negocios de aquella ciudad, un abogado.*

No quiso darle a Bernstein el nombre del abogado, pero dijo que estaba dispuesto a discutir el asunto con él si se llegaba a Miami. No podría ver a Bernstein en los próximos días, así que fijaron la cita para el lunes 31 de julio. Sussman aprobó, por el *Post*, el viaje del periodista.

Bernstein, como era habitual en él, llegó al aeropuerto sólo unos minutos antes de la hora fijada para el despegue de su avión. Cuando corría para subir a él, tomó un ejemplar del *Post* y otro del *New York Times* y pasó la puerta de entrada de pasajeros. Estaba ya en la zona interior del aeropuerto cuando vio en la primera página del *Times*, a tres columnas: «La pista del dinero lleva a México». Bernstein dedicó muy malos pensamientos a Gerstein y Dardis. El reportaje del *Times*, firmado por Walter Rugaber, estaba fechado en México City. Bernstein estaba casi seguro de que Rugaber había conseguido la información en Miami y tomó inmediatamente el avión a México para completarla y escribirla desde allí. El reportaje mencionaba: «fuentes próximas a la investigación», sin citar al FBI, al

gobierno federal o al Departamento de Justicia. Rugaber había hallado la pista de los 89 000 dólares en la cuenta corriente de Barker como procedente de cuatro cheques firmados por el cajero del Banco Internacional y a nombre de Manuel Ogarrio Daguerre, un destacado abogado de México^[10].

Bernstein llamó a Sussman desde el aeropuerto de Miami. ¿No le parecía que debía marchar a México y dejar que Woodward, que ya había regresado de sus vacaciones, se encargara de negociar con Dardis por teléfono? Sussman pensó que era mejor que Bernstein se quedase en Miami, al menos durante ese día.

Media hora más tarde, Bernstein se registraba en el «Sheraton Four Embassadors», el hotel más caro de Miami. Le pidió al conserje el número de habitación de Walter Rugaber.

—El señor Rugaber ha dejado libre su habitación durante el fin de semana —fue la respuesta que obtuvo.

La oficina del Fiscal del Estado en el Condado de Dade, Florida, ocupaba el sexto piso del Palacio de Justicia del Condado Metropolitano de Dade, situado frente a la cárcel del condado y separado de ésta por una calle estrecha bordeada de palmeras. Bernstein tomó el ascensor, se detuvo en la oficina de recepción y preguntó por Dardis.

La recepcionista le dijo que el señor Dardis le pedía que lo disculpara pero había tenido que salir para un caso urgente. La joven no tenía idea de cuándo regresaría. Bernstein decidió esperar y empezó a ojear algunas revistas.

Transcurrió una hora. Agentes uniformados de la policía, detectives en mangas de camisa, con sus chatos «treinta y ocho» en la sobaquera, acusados y acusadores, entraron y salieron. Algunos de ellos se detenían durante un momento para charlar con la recepcionista cuyo nombre era Ruby y preguntarle cómo le iba al «jefe» — Gerstein— en su campaña electoral. Diez días antes había anunciado que iba a hacer algo sin precedentes: presentar su candidatura para la reelección a la Fiscalía por quinta vez consecutiva.

Bernstein le preguntó a Ruby algunos detalles sobre la personalidad de Gerstein. Era demócrata, tenía 48 años de edad, había sido piloto de bombardeo en la Segunda Guerra Mundial y el hombre que había conseguido mayor número de votos en la historia de las elecciones a la Fiscalía del Estado.

—Todo el mundo le quiere —terminó Ruby.

Bernstein estaba repasando un periódico local de la tarde. «**Gerstein aniquila un sucio negocio interestatal de venta de bebés**», decían los titulares. ¡Vaya, vaya...!, pensó Bernstein casi en voz alta. Las primarias del Partido Demócrata estaban fijadas para el 12 de septiembre. Ya podía ver, en los periódicos del 11: «**Gerstein pone fin al caso Watergate**».

Transcurrió otra media hora y Bernstein le preguntó a Ruby si no podía ponerse en contacto telefónico con el coche de Dardis.

—No está disponible en este momento, pero con toda seguridad llamará dentro de poco —le dijo la mujer.

Bernstein cruzó el pasillo que lo separaba de la oficina de registros del Condado y le pidió al empleado de servicio las copias de todas las requisitorias dictadas por Gerstein en el mes de julio. El empleado regresó con un acordeón de fichas ordenadas por los días del mes. Bernstein las revisó hasta dar con una dirigida a la «Bell Southern», la Compañía telefónica local, pidiéndole que pusiera a disposición de la fiscalía la ficha con el registro de todas las llamadas interurbanas realizadas por Bernard L. Barker o Barker Asociados, como era el nombre de su compañía de bienes raíces. Se había presentado otra requisitoria al Republic National Bank, pidiendo el extracto de cuentas de Barker. Había órdenes semejantes dirigidas a otros Bancos y a la compañía telefónica pidiendo «todos y cualquier documento y fichas» relacionados con los otros tres sospechosos del caso Watergate residentes en Miami. La firma de Dardis estaba en todas esas requisitorias. Bernstein tomó nota de los documentos que llevaban la firma de Dardis. Después llamó a Woodward desde un teléfono público.

Woodward no había podido localizar a Ogarrio y no había estado en condiciones de confirmar, de ningún modo, el relato publicado por el *Times*. Sin embargo se había hecho con una importante información en Capitol Hill. Los hombres de Miami habían comprado su equipo fotográfico, y habían pagado el revelado de unas películas en una tienda de fotografías en el barrio cubano de Miami.

Bernstein tomó la guía telefónica, páginas amarillas, y comenzó a telefonar a las tiendas de fotografías. Así pasó otra hora. Dardis seguía sin dar señales de vida.

—¿No está su secretaria en la oficina? —preguntó el periodista.

—Se ha ido con él —le dijo la recepcionista.

Bernstein estaba a punto de explicar a Ruby el problema que tenía con la hora de cierre de su periódico, cuando Gerstein hizo su entrada rodeado de una corte de ayudantes. Bernstein lo reconoció por la fotografía que acababa de ver en el diario vespertino.

¿No podía ver al señor Gerstein? Su petición fue medio súplica medio exigencia. Ruby transmitió su mensaje. Bernstein fue conducido a la antesala del despacho de Gerstein. Su secretaria le dijo que estaba en una conferencia. Media hora más tarde se abrió la puerta y Gerstein invitó a entrar a Bernstein. El fiscal del estado era un hombre de casi dos metros y vestía un traje de verano immaculado y de buen corte.

—*Cuénteme cómo va el caso* —comenzó Gerstein—. *No puedo pedirle al FBI que me lo explique.*

Bernstein le respondió que tendría mucho gusto en tener una oportunidad de pasar con él la tarde discutiendo el asunto Watergate, pero que eran ya casi las cinco y que la primera edición del *Washington Post* se cerraba dos horas más tarde (realmente no lo hacía hasta tres horas más tarde, pero Bernstein no podía permitirse mayores riesgos). Si él, Bernstein, podía conseguir de inmediato datos para su reportaje del

día, después tendrían todo el tiempo libre para hablar. Había llegado a Miami esperando ser recibido por Dardis, con el que estaba citado, a primeras horas de la tarde y conseguir cierta información que podía servirle para un reportaje. Pero lo que había ocurrido era que, le explicó a Gerstein, el reportaje se había publicado en el *New York Times* de esa mañana y la fuente era Dios sabía cuál.

—*Yo no sé lo que Dardis tiene sobre el asunto* —le dijo Gerstein—. *Lo he dejado por completo en manos de Martin porque me encuentro totalmente agobiado de trabajo. Sé que existen ciertos cheques, pero no estoy seguro de lo que eso significa ni su cuantía. Le pondré en contacto con Dardis tan pronto pueda localizarlo.*

Bernstein dio las gracias al fiscal. Cuando salía de su oficina se le ocurrió algo. El cambiar información con lo que hasta entonces había pensado era una fuente informativa para él era un asunto delicado y un último recurso, pero no había tenido el menor éxito en la localización de la tienda fotográfica que le había indicado Woodward. Así que decidió poner en antecedentes de ello a Gerstein. Si sacaban algo en limpio de ello, ¿le llamarían por teléfono?, preguntó a Gerstein.

—*Desde luego* —le respondió éste.

Después de esperar otros cuarenta y cinco minutos en la sala de recepción, Bernstein volvió a llamar a Woodward desde el teléfono público. Parecía mentira, pero llevaba toda la santa tarde esperando en aquel lugar, le explicó. Le dijo que finalmente había sido recibido por Gerstein pero que lo único que había sucedido fue que, en vez de ofrecerle una formación, el fiscal quiso obtenerla de él.

Después de colgar, Bernstein regresó por el corredor, abrió una puerta sobre la que se leía **NO ENTRAR** y vio el nombre de Dardis sobre otra puerta, tras aquella especie de antesala. Había en ella una secretaria que estaba hablando por teléfono:

—*Sí, señor Dardis* —estaba diciendo—. *De acuerdo, le haré pasar enseguida.*

Tratando de conservar su calma en todo lo posible, Bernstein se presentó y le explicó a la secretaria que llevaba toda la tarde esperando para ver al señor Dardis.

—*El señor Dardis está en una conferencia* —le dijo la secretaria—. *Lo siento, pero usted no debe permanecer aquí. Vuelva a la sala de recepción y ya le avisaremos.*

Bernstein le dio las gracias y volvió a los dominios de Ruby; ya estaban cerrando las puertas.

Volvió rápidamente al departamento señalado con un **NO ENTRAR**, pasó a lo largo de la oficina de Dardis y cruzó el corredor hacia el despacho de Gerstein. Éste estaba ya a punto de marcharse.

—*Mire* —dijo Bernstein estallando—. *Si existe alguna razón por la que el Departamento del Fiscal del Estado no puede hablar sobre lo que sabe o no puede dejar que el *Post* lo publique, no tienen más que decirlo. Pero le habían estado tomando el pelo durante todo el día. Dardis estaba en su oficina y posiblemente había estado allí toda la tarde, desde hacía horas y...*

—*Haré que le reciba inmediatamente* —dijo Gerstein—. *Yo no sé nada de lo que*

pasa. Lo siento.

Parecía verdaderamente afectado y sus excusas sinceras. Bernstein regresó a la sala de recepción por una puerta lateral interior, pues la principal ya estaba cerrada. Pocos momentos más tarde Dardis entraba en ella. Era un hombre bajo, con el rostro enrojecido y una nariz aún más roja. Su viejo *blazer* estaba rozado por los codos. Inmediatamente dirigió una mirada a su reloj de pulsera.

—*¡Jesús...!* —Dijo—. *Tengo una cita a las siete. Tengo que salir de aquí a las siete menos diez. ¿No podemos discutir el asunto mañana? ¡Jesús...!*

Bernstein trató de mantenerse sereno. Si podían echar un vistazo y tratar de los cheques rápidamente, al día siguiente podían ocuparse del caso con más detenimiento...

—*De acuerdo, de acuerdo* —dijo Dardis. Parecía irritado—. *¿Qué ocurrencia ha sido esa de mencionar lo del New York Times a Gerstein? ¿Está tratando usted de crearme problemas con mi jefe? Se suponía que usted iba a tratar conmigo y no con él. Vamos, regresemos al despacho y terminemos cuanto antes.*

Bernstein se sentó al otro lado de la mesa de Dardis mientras el investigador jefe abría un archivo metálico con cierre de clave, sacó de él una carpeta y de ésta un montón de impresos de teléfonos con el registro de las llamadas de Barker. Se las pasó a Bernstein, al otro lado de la mesa:

—*Puede ir mirando esto mientras saco el material del Banco* —le dijo.

Bernstein empezó a tomar notas rápidamente.

—*Oiga, un chico con el que solía trabajar está ahora en la Oficina de campaña de Washington del FBI* —dijo Dardis—. *Su nombre es... ¿Lo conoce usted?*

Bernstein, sin levantar la cabeza ni dejar de escribir, respondió negativamente con la cabeza.

Dardis sacó los estados de cuentas del Banco y se los extendió al periodista como el comerciante que ofrece su mercancía. Comenzó a hablar, casi gritando, sobre las transacciones de lo que decía era el estado de cuentas de Barker en su banco.

—*¡Dios mío, no podremos salir de aquí a las siete menos diez!* —Se quejó.

—Mire —le dijo Bernstein—, ¿no tiene una fotocopidora?

Dardis le respondió que no podía arriesgarse a sacar una copia fotográfica de los estados de cuentas ni de los cheques.

—*Alguien podría suponer que he sido yo la fuente de la información.*

—De acuerdo —le dijo Bernstein—. Sáqueme fotocopias de las fichas telefónicas y yo copiaré los cheques.

—*Muy bien* —concedió Dardis—; *pero, por amor de Dios, dese prisa.*

Los cheques mexicanos eran exactamente como los había descrito el *Times*. Cada uno de ellos estaba librado contra un Banco distinto de los Estados Unidos y endosado, con una firma ilegible, colocada encima de una anotación mecanografiada: «Señor Manuel Ogarrio D. 99-026-10».

Pero había otro cheque más, por 25 000 dólares. Era un poco más ancho que los

otros y estaba fechado el 10 de abril. Bernstein lo copió como había hecho con los otros cuatro, es decir como si estuviera dibujando un facsímil. Era también un cheque firmado por un cajero, girado al «First Bank and Trust Co.» de Boca Ratón, Florida, y llevaba el número 131138, pagable a la orden de Kenneth H. Dahlberg.

Dardis regresó en ese momento, cuando Bernstein terminaba de copiar los cheques. Los 25 000 dólares habían sido depositados el 20 de abril conjuntamente con los otros cuatro cheques mexicanos. El total de la suma depositada ascendía a 114 000 dólares. Cuatro días más tarde, Barker sacó 25 000. Los restantes 80 000 habían sido retirados por separado.

—*Todavía estamos tratando de averiguar quién es ese Dahlberg* —dijo Dardis—. *¿No oyó nunca hablar de él?*

Bernstein le respondió negativamente.

Dardis le entregó las fotocopias de las fichas telefónicas y le dijo:

—*Venga mañana a las nueve y podremos hablar. Ahora tengo que darme prisa.*

—Gracias —le dijo Bernstein—. Realmente le agradezco su ayuda.

Bernstein cruzó el corredor, dio la vuelta y se dirigió al ascensor. Eran las siete. Llamó a Woodward desde un teléfono público del vestíbulo, le contó lo del quinto cheque y le dictó los números y los demás detalles. Después regresó a su hotel para tratar de averiguar lo que pudiera de aquel misterioso Kenneth H. Dahlberg.

En el Banco de Boca Ratón no le respondió nadie. El Departamento de Policía de esa ciudad le dio el nombre y el número de teléfono de un funcionario del Banco que podía ser localizado en caso de emergencia. El banquero en cuestión jamás había oído hablar de Dahlberg. El cheque estaba firmado por un funcionario del Banco cuyo nombre de pila era Thomas, pero el apellido resultaba ilegible. En el Banco había dos funcionarios que se llamaban Thomas, pero ninguno de ellos recordaba la transacción. Bernstein le pidió al segundo de los funcionarios, el último con el que habló, el nombre y el número de teléfono del Presidente del Banco.

El presidente conocía a Dahlberg sólo superficialmente y sabía que tenía una residencia de invierno en Boca Ratón y que era director de un Banco en Fort Lauderdale. El presidente de dicho Banco era James Collins.

Puesto en comunicación con Collins, éste le dijo que, en efecto, Dahlberg era un director de su Banco. Cuando le estaba explicando el por qué de su interés en los asuntos financieros de Dahlberg, Collins hizo una pausa y añadió:

—*No sé exactamente cuál es el título oficial de su cargo, pero presidió la campaña electoral en favor del Presidente Nixon en el Medio Oeste en 1968, según creo.*

Bernstein le pidió que repitiera sus últimas palabras.

Eran las nueve cuando Bernstein volvió a telefonar a Woodward. Sussman respondió a la llamada. Woodward estaba hablando con Dahlberg.

—¡Por amor de Dios, comunícale que Dahlberg era el presidente de la campaña en favor de Nixon en el Medio Oeste en el 68! —le gritó Bernstein.

—Creo que ya está enterado de eso —dijo Sussman—. Volveré a llamarte enseguida.

En Washington, Woodward había comprobado la información de Boca Ratón y encontró el número de teléfono de Dahlberg en el listín. Pero el teléfono estaba desconectado. Después, también llamó a la policía, que le informó de que el hogar de Dahlberg estaba en una zona residencial que tenía su propia cerca privada y su servicio de seguridad y vigilancia particulares. Woodward llamó al hombre de guardia en la puerta de entrada, quien no pudo decirle otra cosa salvo que Dahlberg sólo vivía allí en invierno.

Woodward preguntó a uno de los encargados del archivo si había algo sobre Dahlberg en los archivos. No, no lo había. Sussman pidió que se examinara el registro de fotografías. Pocos minutos después tenía ante sí una fotografía de un diario, que puso sobre la mesa de Woodward. Era una fotografía del senador Hubert H. Humphrey, de pie, junto a un hombre pequeño de jubilosa sonrisa. En el pie de foto se le identificaba como Kenneth H. Dahlberg.

¿Era Dahlberg demócrata? La fotografía no tenía fecha. Sin confiar demasiado, Woodward llamó a información de Minneapolis, la mayor de las ciudades del Estado natal de Humphrey y consiguió el número telefónico de Kenneth H. Dahlberg. Sin estar seguro de si se trataba de la persona que buscaba, el periodista marcó el número. Cuando Dahlberg se puso al aparato, Woodward le dijo que había intentado ponerse en contacto con él llamándole primero a su residencia de Florida. ¿No tenía allí su casa de invierno?

—Sí —respondió Dahlberg.

—En cuanto al cheque de 25 000 dólares depositado en la cuenta bancaria de uno de los asaltantes de Watergate...

¡Silencio!

—Ese cheque que, como usted sabe, lleva su nombre...

¡Silencio!

—Vamos a escribir un reportaje sobre el asunto y si usted desea hacer algún comentario...

Dahlberg, finalmente, le interrumpió:

—*No sé lo que ha sucedido con ese cheque... No tengo la menor idea de ello... entregué todo el dinero al Comité.*

—¿Al Comité para la reelección de Nixon?

—Sí.

—¿Le ha preguntado a usted el FBI cómo es que su cheque ha ido a parar a la cuenta corriente de Barker?

—*Yo soy un ciudadano honrado y todo lo que hago es limpio* —le respondió Dahlberg. Su voz denotaba tensión. Después pareció relajarse por un momento y pidió comprensión a Woodward e indulgencia por su estado de ánimo—. *Acabo de*

sufrir una terrible prueba —explicó—. Mi muy apreciada amiga y vecina Virginia Piper ha sido raptada y los secuestradores la han tenido en su poder durante dos días^[11].

Woodward volvió a insistir sobre el cheque.

Dahlberg reconoció que era suyo, pero se negó a discutir el asunto y colgó. Sin embargo, minutos más tarde era él quien llamaba. Había vacilado antes de contestar a las preguntas porque no estaba seguro de que Woodward fuera verdaderamente un periodista del *Post*. Hizo una pausa como si lo invitara a preguntarle lo que deseara saber.

—¿De dónde provenían esos 25 000 dólares?

—*Contribuciones que recogí en mi calidad de director de finanzas en el Medio Oeste.*

Woodward se esforzaba en conservar la calma. Tenía miedo de que sus preguntas delatasen su ansiedad.

—*Sé que no debería contarle a usted esto...* —resumió Dahlberg.

«¡Cuéntamelo, cuéntamelo!», pensaba Woodward.

—*Pero se lo voy a decir. En una reunión del Comité (de la campaña) en Washington, le entregué el cheque al tesorero del Comité (Hugh W. Sloan, Jr.), o sería tal vez al propio Maurice Stans.*

Woodward apenas si podía esperar a que el otro cortara. ¡Stans, el jefe de colectas de Nixon y el director financiero del CRP!

Eran las 9:30, una hora antes, exactamente, del cierre de la segunda edición. Woodward comenzó a escribir en su máquina:

Un cheque de 25 000 dólares, al parecer destinado a la campaña de reelección del Presidente Nixon, fue depositado en abril en la cuenta corriente de Bernard L. Barker, uno de los cinco hombres detenidos por el allanamiento y el intento de colocar micrófonos en el Cuartel General del Comité Nacional Demócrata en esta ciudad, el día 17 de junio...

La última página de la copia del artículo fue entregada a Sussman precisamente a la hora de cierre. Sussman dejó su pluma y su pipa sobre la mesa y se volvió a Woodward:

—Jamás hemos tenido una historia como ésta —dijo—. Exactamente eso: ¡nunca!

3

A las seis semanas después de la declaración inicial de Mitchell, afirmando la plena dedicación del CRP al tradicional proceso electoral norteamericano, las protestas del Comité de no haber intervenido para nada en el caso Watergate se habían desintegrado.

Woodward telefoneó a Clark MacGregor, sucesor de Mitchell como director de la campaña electoral de Nixon y le dijo todo lo que el *Post* sabía del asunto.

—*Yo no sé nada de todo eso* —le respondió MacGregor, que continuó—: *Esos sucesos tuvieron lugar antes de que yo me incorporase. Es posible que Mitchell y Stans lo supieran.*

Parecía disgustado, aunque más que con Woodward con Mitchell y Stans.

A primeras horas de esa noche George McGovern anunció que su camarada de candidatura, el senador Thomas F. Eagleton, de Missouri, había sido apartado del equipo demócrata después de que su historial médico fuese revelado en el transcurso de la campaña electoral^[12]. La reelección de Nixon parecía más segura que nunca.

A la mañana siguiente Woodward volvió a hablar con Dahlberg.

—*Es obvio que estoy atrapado en medio de algo raro. No sé lo que pueda ser* —le dijo Dahlberg. En ese momento afirmó que estaba seguro de que había entregado el cheque de 25 000 dólares a Maurice Stans, personalmente, el 11 de abril.

El secretario de Stans le dijo a Woodward que, de momento, no había comentario alguno. Añadió que su jefe se sentía como si «*agonizase en medio de las circunstancias reinantes*», que hacían que para él resultara imposible explicar lo que realmente había ocurrido, pero que se reafirmaba en lo que se refería a su integridad personal.

En la Casa Blanca, Ron Ziegler dijo que el presidente continuaba concediendo su completa confianza a Stans y afirmó, igualmente, que se estaban realizando investigaciones para comprobar lo que había ocurrido con aquel cheque de 25 000 dólares entregado al CRP. La declaración del Comité, hecha pública en su nombre por Clark MacGregor, decía que no sería «adecuado» hacer nuevos comentarios porque el asunto seguía sometido a investigación.

Woodward telefoneó a Philip S. Hughes, director de la nueva División Federal Electoral del Departamento General de Finanzas, un Departamento federal autónomo.

Al contrario que el Departamento de Justicia o el FBI, que forman parte de la rama ejecutiva y por lo tanto deben rendir cuentas al presidente, la GAO^[13] es el brazo investigador del Congreso y opera, consecuentemente, con independencia del poder ejecutivo. Hughes dijo que lo que el *Post* había revelado ese día significó la «*primera insinuación de que el incidente del posible espionaje electrónico del Watergate había entrado en conflicto con las leyes financieras de la campaña electoral...* En el informe presentado por Maury (Stans) no hay nada que se refiera al cheque de Dahlberg».

Hughes, que había trabajado en la Oficina de Presupuestos durante la administración de Eisenhower, que también estuvo dirigida por Stans, añadió:

—*Estamos dispuestos a llevar a cabo una completa revisión para descubrir lo que hay detrás de todo esto.*

La revisión sería llevada a cabo, en primer lugar de acuerdo con la Ley Federal de Gastos en las Campañas (electorales), que había entrado en vigor el 7 de abril y establecía un estrecho control sobre las donaciones anónimas en favor de la campaña y exigía que se informara de todos los gastos.

Un investigador de la GAO telefoneó a Woodward aquella tarde para pedir una información adicional sobre el cheque de 25 000 dólares. Woodward le respondió que tanto él como Bernstein habían escrito todo lo que sabían sobre el asunto.

Antes de escribir una relación de los hechos a la GAO, para su revisión, Woodward trató de ponerse en contacto con Hugh Sloan, el tesorero del CRP. Pero ya hacía tiempo que Sloan no trabajaba para el comité electoral. Un reportero perteneciente a la redacción de asuntos locales se dirigió a casa de Sloan, en la Virginia suburbana. Sloan era un hombre joven, correcto, pero se negó a discutir el caso Watergate, con la excepción de su afirmación de que estaba cooperando con el FBI y el Gran Jurado.

Van Shumway le dijo a Woodward que Sloan había presentado la dimisión «*por razones personales que no tenían relación con el caso Watergate*». Añadió como justificación: «*Está enfermo de úlcera y su esposa está embarazada*».

Woodward siguió llamando al investigador de la GAO cada día para enterarse del curso que seguía la revisión.

—*Cientos de miles de dólares en efectivo que no han sido registrados* —le dijo el hombre de la GAO—. *Un montón de dinero en efectivo* —añadiría después.

—*Un nido de ratas por debajo de la superficie de eficacia de los informes financieros computados* —le dijo otro.

Mientras más días pasaban sin que Woodward escribiera sobre el caso Watergate, los investigadores se iban sintiendo más libres para hablar con él. Uniendo las observaciones obtenidas con los informes de otro de los investigadores, Woodward comenzó a estar convencido de que los «*fondos secretos*» en metálico constituían el mismo «*dinero para la seguridad de la convención*» de que Bernstein había oído hablar ya a principios de julio. Los fondos, que totalizaban como mínimo unos cien mil dólares, incluían el dinero depositado en la cuenta de Barker y entre esos fondos se contaba el dinero obtenido de cobrar el cheque de Dahlberg, según se expresó el investigador.

Bernstein hizo una de sus llamadas normales a su amigo, el antiguo funcionario de la administración, que le dijo:

—*Había una gran cantidad de dinero sometida al control de Liddy... Sí, se trata del*

mismo dinero. El plan establecía que Liddy asumiera la responsabilidad. La noticia de que el Comité para la reelección iba a renunciar no tenía nada que ver con la verdad. Los miembros del comité dirían que se hallaban profundamente preocupados por la seguridad de la convención y que por lo tanto necesitaban una buena cantidad de fondos para evitar interferencias y atentados contra la seguridad. Esto era un truco. Mitchell, según se decía, era el autor de la idea. Pero demasiada gente conocía el destino real de los fondos.

Los reporteros esperaron. Varios días después, el 16 de agosto, Clark MacGregor recibió a un buen número de reporteros, seleccionados, acreditados en la Casa Blanca, e hizo su primer intento público de cargar la responsabilidad sobre Liddy. MacGregor dijo que Liddy había gastado los fondos de la campaña siguiendo sus propias iniciativas mientras prestaba sus servicios como consejero financiero del CRP, con el objetivo de «determinar qué debía hacerse si “los perturbados” llevaban a cabo un ataque contra el presidente» durante la celebración de la Convención Republicana.

Algo después, esa misma tarde, mientras hablaban por teléfono, MacGregor se mostró disgustado con Woodward, cuando éste intentó conseguir una explicación completa del asunto.

—No tengo la menor idea de la razón por la que Gordon Liddy pudiera desear disponer de dinero contante —le gritó MacGregor—. Por lo tanto resulta imposible para mí decírselo... Yo jamás vi a Liddy... No sé absolutamente nada de lo que sucedió.

Woodward sugirió que MacGregor estaba insinuando, de forma implícita, que se hallaba totalmente fuera de todo contacto con la campaña que oficialmente se suponía debía dirigir.

—Si publica usted eso, se terminan nuestras relaciones —le dijo MacGregor, que se apresuró a añadir—: No estoy amenazándole. Simplemente me limito a decirle lo que sucederá.

MacGregor era uno de los pocos funcionarios de la administración de Nixon que tenía la reputación de ser amable con la Prensa.

El 22 de agosto, el segundo día de la Convención Republicana en Miami, el *Washington Post*, en su primera página, informó sobre los primeros hechos descubiertos por la revisión de la GAO. Basándose principalmente en la conversación de Woodward con los investigadores, el reportaje decía que la GAO había determinado que el CRP había administrado inadecuadamente más de 500 000 dólares de los fondos recogidos para la campaña, entre los que se incluían al menos cien mil dólares conservados, de modo aparentemente ilegal, como «fondos de seguridad».

Paul E. Barrick, el sucesor de Hug Sloan como tesorero, respondió en nombre del CRP:

Las informaciones del «Washington Post» que alegan que el (...)

comité ha informado de modo incorrecto o ha dejado de informar acerca de contribuciones y gastos, de acuerdo con la Ley, son totalmente incorrectas.

Sin embargo, el nervio más sensible tocado por la investigación preliminar de la GAO y sus descubrimientos no fue que medio millón de dólares por lo menos hubieran sido mal administrados, sino la revelación de la existencia de un «fondo para la seguridad» dentro del Comité. Durante más de cinco semanas Van Shumway, un exreportero de los servicios radiofónicos que había pasado a formar parte del Comité desde el personal de la Casa Blanca, había venido afirmando que tales fondos no existían. En el mes de julio le había dicho a Bernstein:

—*Una de las cosas que jamás haré es decirle algo a sabiendas de que no se trata de la verdad.*

Y ahora Shumway decía que, posteriormente, se había enterado de la existencia de tales fondos.

—*Temo que hay gente, entre los nuestros, que no me estaba diciendo la verdad* —añadió.

El informe de la GAO debía ser hecho público en ese mismo día. Una hora antes de su publicación, la GAO envió un mensaje a los medios de información de que habría un retraso en dicha publicación.

Woodward llamó al investigador de la GAO.

¿Qué había pasado?

—*No lo creerá* —le dijo el investigador—. *Stans ha llamado a Hughes y le ha pedido que vaya a verlo a Miami, en la Convención, para conseguir más material... Naturalmente tenía que ir... Pero en realidad se trata de que ellos no deseaban que el informe apareciera hoy. No puedo censurarles por ello.*

Esa noche, en Miami, Richard Nixon iba a ser designado como candidato del Partido Republicano para un segundo período en la presidencia de los Estados Unidos.

También ese mismo día, 22 de agosto, el juez Charles R. Richey, del distrito federal de Estados Unidos, que había celebrado la audiencia preliminar sobre la reclamación de un millón de dólares presentada por el Partido Demócrata en calidad de indemnización por daños civiles, dio marcha atrás de su decisión anterior y declaró que todas las declaraciones pre-juicio relacionadas con el caso se mantendrían en secreto, confidencialmente y fuera del conocimiento público, hasta que se completara la investigación preliminar y se dictaran los autos de procesamiento del caso. Eso significaba que las declaraciones juradas hechas por Mitchell, Stans y otros no serían hechas públicas antes de las elecciones. Lo que

resultaba más extraño de todo era el hecho de que el juez Richey había dado ese viraje total en su opinión sin que se hubiese presentado una moción en tal sentido por parte de los abogados del CRP. Lo había hecho por propia iniciativa. Los motivos de su decisión fueron, según dijo al Tribunal, porque deseaba actuar de modo que protegiera los derechos constitucionales de todos aquellos que se hallaban sometidos a investigación.

Varias horas después de haber tomado esa decisión, el juez Richey telefoneó a Bernstein a la redacción del *Post*.

—*Me gustaría que usted comprendiera las bases de mi decisión* —le explicó al periodista, añadiendo que debía considerar los peligros que implicaba prestar testimonio en un caso civil antes de un proceso criminal.

Después dijo una cosa que hizo pensar a Bernstein en algo que hasta entonces no se le había ocurrido: la posibilidad de que el juez hubiera sido contactado por alguien que tenía interés en una decisión favorable al CRP.

—*Quiero que quede bien claro que no he discutido el caso con nadie fuera de la sala de audiencia y que las consideraciones de tipo político no juegan el menor papel en mi decisión.*

Bernstein se quedó atónito. Jamás, con anterioridad, había hablado con el juez Richey. Su llamada telefónica fue como algo caído del cielo.

Hasta el día 1 de agosto, cuando se publicó el reportaje sobre el cheque de Dahlberg, las relaciones entre Bernstein y Woodward habían sido más bien competitivas que cualquier otra cosa. Cada uno de ellos temía que el otro se le adelantara con lo que quedaba del caso desplazando al rival. Si uno de ellos se había pasado toda una noche, o un fin de semana, trabajando en el caso, el otro se creía en la obligación de hacer lo mismo. El reportaje del 1 de agosto fue firmado por ambos conjuntamente. Woodward le preguntó a Sussman si el nombre de Bernstein podía figurar con el suyo en la firma, aun cuando Bernstein estaba todavía en Miami y no había trabajado en él. A partir de ese momento, toda la serie de reportajes sobre el caso Watergate llevarían ambas firmas.

Gradualmente la mutua desconfianza entre Bernstein y Woodward fue desapareciendo. Se dieron cuenta de la ventaja que significaba trabajar en equipo, particularmente dada la circunstancia de su diversidad de caracteres. La envergadura y la importancia del caso, los riesgos inherentes y la necesidad de precaverse contra cualquier contingencia recomendaba que, al menos, dos periodistas estuvieran trabajando conjuntamente en el asunto. Dividiendo el trabajo y repartiéndose las indagaciones aumentaron sus contactos.

Cada uno de ellos mantuvo una relación separada de teléfonos. Llamaban a todos ellos al menos dos veces por semana. (El simple hecho de que una de las fuentes informativas no se pusiera al teléfono y no los llamara en respuesta a su

comunicación, frecuentemente significaba que algo importante estaba ocurriendo). Entre ambos llegaron a tener una lista de nombres que creció hasta alcanzar varios centenares, de los que menos de cincuenta estaban interrelacionados, es decir en ambas listas. Inevitablemente, muchas veces sus caminos se cruzaban.

En cierta ocasión un abogado le preguntó a Woodward:

—*¿Es que trabajáis juntos los dos? Hace sólo un minuto que acabo de hablar con Carl.*

En otra ocasión uno de los funcionarios de la Casa Blanca comentó:

—*Muchas veces hemos tratado de comprender las razones de que algunos de nosotros seamos llamados por Bernstein mientras que otros parecemos estar en la lista de Woodward.*

No había ninguna razón para ello. Los reporteros trataban de evitar el meterse uno en el terreno del otro en tanto que eso resultara posible. Por regla general querían tener sus contactos divididos porque algunas de sus fuentes confidenciales de información se sentían más tranquilas de ese modo. Además, así podían dedicarse más tiempo a desarrollar relaciones personales.

Para los que ocupaban las mesas próximas a ellos, en la sala de redacción, quedaba claro que ni Woodward ni Bernstein eran simples piezas de la maquinaria periodística que trabajaba tan suavemente. Ambos discutían entre sí frecuentemente y en ocasiones en público. En ocasiones se peleaban durante un cuarto de hora simplemente por el empleo de una palabra o una frase determinadas. Los matices eran muy importantes desde un punto de vista crítico. El énfasis tenía que ser el adecuado. La búsqueda de los métodos periodísticos que debían ser empleados conducía a discusiones a todo volumen y no resultaba extraño ver al uno separarse enfadado de la mesa del otro. Pero más tarde o más temprano (generalmente tarde) el reportaje salía.

Cada uno de ellos desarrollaba su peculiar sistema. Por regla general Bernstein, el peor organizado de los dos, era quien conservaba las notas y fichas del archivo, cuidadosamente, en carpetas de cartulina sobre las que campeaban los nombres de casi todos aquellos con los que tenían contacto o estaban involucrados en el asunto. La forma como Woodward conservaba sus papeles era bastante más informal; pero ambos estaban de acuerdo en la aceptación de una regla inviolable: no tiraban nada y conservaban todas sus notas y los borradores de los primeros trabajos. Pronto tuvieron llenos cuatro armarios archivadores.

Usualmente, Woodward, que era el más rápido de los dos escribiendo, hacía el primer borrador que era después corregido por Bernstein. A veces Bernstein no tenía tiempo para hacer la revisión, o lo tenía sólo para revisar la primera parte de la historia y dejaba la segunda parte, como un apéndice, tal y como Woodward la había escrito. El proceso de redacción de cada artículo ocupaba a veces la mayor parte de la noche.

A medida que iba aumentando el número de datos y componentes del caso

Watergate, los reporteros empezaron a sentirse como poseídos por él. Y, poco a poco, fueron haciéndose amigos. Ninguno de los dos tenía demasiados compromisos ni obligaciones en su tiempo libre. Woodward estaba divorciado y Bernstein separado. Frecuentemente se quedaban en la redacción hasta bien entrada la noche, comprobando datos, leyendo recortes, planeando los nuevos pasos a dar o discutiendo teorías. A veces se unía a ellos Barry Sussman que, últimamente, fue apartado de sus deberes regulares como redactor jefe local para hacerse cargo de la responsabilidad de dirigir la información y el trabajo en el caso Watergate, tal y como lo presentaba el *Post*.

Sussman tenía treinta y ocho años, era de maneras agradables, simpático, un poco metido en carnes, con el pelo corto y el aspecto de un hombre de carrera. Había sido redactor en un pequeño periódico cerca de la línea Virginia-Tennessee, profesor de lectura rápida en la Universidad de Nueva York, redactor de sociedad, y, después, redactor jefe de la sección suburbana del *Washington Post*. Un periodista un tanto vagabundo que había dejado Brooklyn para abrirse camino en Washington.

Sussman tenía una gran habilidad para poner en claro los hechos y archivarlos en su memoria, donde se quedaban hasta que era necesario recordarlos, lo que hacía de modo casi instantáneo. Más que ninguno de los demás redactores del *Post*, más que Woodward o Bernstein, Sussman se convirtió en una enciclopedia sobre todo lo relacionado con el caso Watergate, una fuente de referencias a la que se podía recurrir cuando fallaban los archivos. Cuando se aproximaba la hora de cierre y no había material disponible, podía cocer esos datos en rápida infusión y sacar de ellos una información significativa para apoyar lo que, de otro modo, hubiese parecido la más débil de las revelaciones. En la mente de Sussman todo se acoplaba. Watergate era un rompecabezas y él recogía y montaba sus componentes.

En el fondo de su corazón, Sussman era un teorizador. En otros tiempos, seguramente, hubiese sido un profesor de Talmud. Había cultivado el método socrático y presentaba cuestión tras cuestión a sus redactores: «¿Quién había sido trasladado, conjuntamente con Stans, desde el Departamento de Comercio al CRP? ¿Qué había de la secretaria de Mitchell? ¿Por qué nadie quería decir cuándo Liddy fue a la Casa Blanca o quiénes trabajaban con él allí? ¿No era cierto que Mitchell y Stans dirigieron el comité presupuestario? ¿Qué os dice todo eso?». Una vez puestas sobre el tapete todas las cuestiones, Sussman daba una profunda chupada a su pipa con un gesto de satisfacción en el rostro.

Las dos pasiones de Sussman eran las encuestas y la historia. Su héroe, Jefferson; pero los reporteros siempre pensaron que George Gallup estaba en el segundo lugar de sus preferencias y muy cerca del primero. Casi cada vez que se produjeron manifestaciones importantes en la ciudad, durante el periodo de gran efervescencia del movimiento antibelicista, Sussman enviaba un numeroso equipo de reporteros para preguntar a los manifestantes su edad, sus ideas políticas, su lugar de nacimiento

y en cuántas manifestaciones habían tomado parte anteriormente. Cada vez llegaba a la misma conclusión, a la que también había llegado casi cada uno de los reporteros de calle; el movimiento contrario a la guerra había adquirido una base popular más amplia y se hacía menos radical. Desde el allanamiento del Cuartel General de los Demócratas, Sussman había venido estudiando a fondo el escándalo de Teapot Dome durante la administración de Harding. Tenía una teoría sobre el Watergate que Bernstein y Woodward no comprendían del todo: que era una consecuencia y estaba relacionado con la inevitabilidad histórica, con la ética postbélica norteamericana, la mercantilización y Richard Nixon.

Sussman, como los demás redactores responsables del *Post* era, por carácter, poco dado a las formalidades. Así los reporteros que de ellos dependían, y en este caso Woodward y Bernstein, nunca fueron encargados formalmente de trabajar en el caso Watergate de modo permanente. Ellos se dieron cuenta, sin embargo, de que mientras siguieran produciéndose novedades no tendrían problemas. Si fallaban en un descubrimiento podía pasar cualquier cosa en ese ambiente competitivo de la redacción del *Post*. En la semana que siguió al relato sobre el cheque de Dahlberg, Rosenfeld se fue poniendo nervioso a medida que Simons y Bradlee mostraban un interés creciente en el caso Watergate. La pregunta invariable que los redactores responsables, o redactores jefes, hacían cada día, aunque estuviera envuelta en un tono de broma, era «¿Qué ha hecho usted hoy para mí?». El ayer estaba bien para los libros de historia, no para un periódico.

Desde que Ben Bradlee se hizo cargo del *Post*, en 1965, primero como redactor jefe y más tarde como director en funciones, en 1967, ésta fue la norma de trabajo del periódico. Bradlee había sido reclutado para el *Post* con la idea de que no era absolutamente necesario que el *New York Times* ejerciera la primacía en el periodismo norteamericano.

Este punto de vista sufrió un duro golpe en 1971, cuando el *Times* publicó los Documentos del Pentágono. Pero el *Post* fue la segunda organización informativa en conseguir una copia del estudio secreto sobre la guerra del Vietnam, y Bradlee observó que «había sangre en cada palabra» del reportaje inicial del *New York Times*. Bradlee podía exponer su opinión con una simple mirada de disgusto a un reportero o redactor indolentes.

Desde su regreso de Miami, Bernstein siguió obsesionado con aquellos 89 000 dólares en cheques mexicanos que habían sido ingresados en la cuenta bancaria de Bernard Barker. ¿Por qué desde México? De acuerdo con los investigadores de la GAO, Maurice Stans había dicho que el dinero procedía inicialmente de Texas. Pero nadie en la GAO estaba en condiciones de entender por qué esos 89 000 dólares de contribución a la campaña llegaban vía México.

A mediados de agosto, Bernstein había comenzado a telefonar a todos los

empleados y funcionarios del Comité de Texas para la Reección del Presidente. Un secretario de las oficinas del Comité en Houston dijo que el FBI había estado allí para entrevistarse con Emmett Moore, el tesorero del comité.

—*Me interrogaron sobre el modo como el dinero se había enviado a México* —dijo Moore—. *Me dijeron que se habían hecho alegaciones a ese efecto; que el dinero fuera transferido a y desde México.*

Moore, de inmediato, se preocupó de aclararle a Bernstein que los agentes del FBI no estaban interesados en sus propias acciones, sino en las del presidente del comité de Texas, Robert H. Allen, que también era presidente de la Gulf Resources and Chemical Co. de Houston. Los agentes habían mostrado especial interés en las relaciones de Allen con el abogado de la capital mexicana, Manuel Ogarrío Daguerre, que representaba los intereses de la Gulf Resources en México.

La conexión mexicana. ¿Qué significaba eso?

Moore dijo que a él la visita del FBI le había puesto tan poco nervioso como la llamada de Bernstein puesto que no sabía nada en absoluto sobre las razones que hubieran existido para mover aquel dinero a través de la frontera.

Bernstein, seguidamente, empezó a dejar recados en casa de Allen y en sus oficinas. Pero no tuvo la menor respuesta a ellos. Finalmente, la mañana que Maurice Stans fue convocado por el auditor de la GAO para que se presentara en Miami, Bernstein se levantó a las 6 de la mañana (una hora antes en la hora de Texas) y llamó a Allen a su casa de Houston. Allen, todavía soñoliento, se negó a discutir el asunto porque «*estaba viéndose ante el gran jurado*».

Usando su primitivo español, aprendido en la escuela secundaria, Bernstein intensificó su búsqueda telefónica de Ogarrío y de cualquier información que pudiera obtener del elusivo abogado mexicano. Gradualmente, sus intentos se fueron convirtiendo en objeto de burlas benévolas en la redacción. Bernstein era incapaz de formar frases en castellano, salvo las propias de los libros escolares y en presente siempre. Ken Ringle, un reportero del equipo de Virginia, que se sentaba en la mesa próxima a la de Bernstein, exclamaba de vez en cuando:

—Bernstein está hablando español otra vez.

Y los demás colegas, reporteros y redactores, se aproximaban para ofrecer los oportunos comentarios. Las llamadas a México tenían por objetivo banqueros, parientes de Ogarrío, sus excompañeros de trabajo en la abogacía, sus clientes, los delegados de los bancos mexicanos, la policía, la Facultad de Derecho ¡*Nada!*^[14]. El chiste que circulaba por la redacción era que a Bernstein le estaban contando (en español) toda la historia del Watergate y que él no lograba comprenderla.

No era para sorprenderse; la conexión mexicana de la campaña de Nixon no sabía inglés.

El 24 de agosto Bernstein llamó a Martin Dardis en Miami. El jefe investigador

dijo que estaba consiguiendo informaciones sobre los cheques mexicanos, y que se trataba de un asunto demasiado serio para tratarlo por teléfono. Dardis le aseguró a Bernstein que valdría la pena que esta vez volviera a hacer el viaje a Miami. Bernstein tomó el primer vuelo que salió de Washington, el viernes 25 de agosto y, de nuevo, se pasó la mayor parte del día en los dominios de la recepcionista Ruby. Indignado, se marchó de allí para continuar buscando la tienda donde se suponía que los sospechosos de Miami habían comprado sus películas.

En la autopista, un cartel le llamó la atención. Era la fotografía de un hombre guapo, rubio, de unos treinta y tantos años de edad, que parecía el modelo de un anuncio de cigarrillos. **Vote a Neal Sonnet para Fiscal del Distrito en el Condado de Dade**, decía el cartel. El enfado que sentía contra el jefe investigador se transformó en rabia.

Unas semanas antes, Dardis le había telefonado pidiéndole un favor.

—*Se trata de un caso en el que estamos trabajando que no tiene nada que ver con el Watergate* —le dijo a Bernstein—. *Es posible que tengas algún amigo en el Pentágono o en cualquier otra parte entre los militares. Si pudieras conseguir que alguien echara un vistazo en los archivos militares...*

Le pidió que tratara de ver si existía algo que pudiera resultar perjudicial, como, por ejemplo, detenciones, enfermedad mental, homosexualidad o algo semejante, en la ficha de un tal Neal Sonnet.

Un coronel del Pentágono había accedido a intentar conseguir la información de la hoja militar de Sonnet para Bernstein, y, poco antes de la celebración de la Convención Republicana, Bernstein llamó a Dardis para decírselo así. Afortunadamente, Dardis le dijo que ya no precisaba esa información.

A la mañana siguiente, 26 de agosto, a las seis de la mañana Bernstein llamó a Dardis. La campaña electoral de Gerstein, según estaba previsto, debía comenzar a las siete y media. Dardis tomó el teléfono tan pronto sonó el primer timbrado.

—*¡Maldito seas, Carl!* —le dijo—. *Espera a que nos veamos más tarde. Ahora tengo mucha prisa. El asunto puede esperar unas horas.*

Bernstein comentó lo bonito que era el póster de Neal Sonnet que se veía por todas partes en la ciudad.

—*Supongo que no debí pedirte que hicieras aquello* —le dijo Dardis como avergonzado.

Bernstein le preguntó qué era lo que sabía de nuevo sobre los cheques mexicanos.

—*Lo llaman «operación limpieza»* —comenzó Dardis—. *Se pone en marcha una cadena de dinero que hace imposible saber dónde está su origen. La mafia lo suele hacer así corrientemente. Y también Nixon, o al menos eso es lo que nos ha dicho ese tipo que es el abogado de Robert Allen. Ese hombre dice que Stans fue quien puso en marcha todo el asunto. Fue una idea de Stans. Me ha dicho también que lo estaban haciendo en otras partes; que Stans no quería, en modo alguno, que se supiera de dónde procedía el dinero..*

Dardis dijo, además, que se había enterado de todo el asunto gracias a Richard Haynes, un abogado de Texas que representaba a Allen. Haynes fue quien le describió la «operación limpieza» mexicana a Dardis. Fue así:

Poco antes del 7 de abril, el día que entraba en vigor la nueva ley sobre la financiación de las campañas electorales y el último día en que podían aceptarse, legalmente, aportaciones anónimas, Stans realizó un nuevo viaje relámpago en busca de fondos por el Sudoeste. Cuando los Demócratas se mostraban vacilantes en apoyar económicamente la campaña de un candidato republicano a la presidencia, Stans les aseguraba que se podía garantizar su anonimato de modo absoluto; en caso necesario haciendo que su contribución llegara por intermedio de un enlace mexicano cuyo estado de cuentas bancarias no podía ser exigido ni controlado por las autoridades judiciales norteamericanas. Esa protección permitiría al CRP recibir también donativos de corporaciones, a las que según la nueva ley les estaba prohibido contribuir económicamente a las campañas de los candidatos políticos. O de los directores de grandes empresas de negocios, o de los jefes sindicales que tenían dificultades con los Departamentos reguladores del gobierno; de determinados grupos de intereses y de esas fuentes clandestinas de ingresos tan importantes, como los grandes casinos de juego de Las Vegas y las Uniones sindicales. Para garantizar el anonimato de las «donaciones», tanto los cheques, como los valores certificados o las acciones, serían sacados del país, llevados al otro lado de la frontera, a México, se cambiarían por efectivo en la capital mexicana a través de una cuenta abierta a nombre de un ciudadano mexicano sin la menor relación con la campaña de Nixon.

Y sólo entonces serían enviados de nuevo a Washington. El único registro lo guardaría celosamente en Washington el propio Stans, con el único objeto de que el contribuyente tuviera la seguridad de que no sería olvidado en caso de necesidad.

Desde Houston, Haynes confirmó a Bernstein los detalles de la operación tal y como se la había explicado Dardis. Haynes era un hombre familiarizado con los enjuagues de la política en Texas y las intrigas de sus corporaciones. Hablaba con un estilo rápido, arrollador, que le había valido el apodo de «Caballo de Carreras» en todos los tribunales, desde Dallas a Austin.

—¡Mierda! —dijo—. *Stans llevaba realizando esa operación desde hacía años, con Nixon. No hay nada de torcido en ello. Así es como se pagan los diezmos.*

Robert Allen, el jefe de la organización de la Campaña para la reelección de Nixon en Texas, era simplemente el conducto para los fondos que se trasladaban a México, incluyendo los 89 000 dólares que habían sido ingresados en la cuenta de Barker, dijo Haynes. Ogarrío era la persona que cambiaba el dinero, quien convertía los cheques y los valores que le entregaba Allen en dólares norteamericanos, bien en billetes, bien en cheques librados a su cuenta en el Banco Internacional.

Haynes estimaba que unos 750 000 dólares, conseguidos por Stans y sus dos principales peticionarios, en Texas, habían sido trasladados a México las últimas

semanas antes del 7 de abril.

—Maury (Maurice Stans) se lanzaba a la búsqueda de fondos con la velocidad y la potencia de una locomotora y sin andarse por las ramas. A los demócratas, a los hombres ricos que antes no habían contribuido nunca a la campaña de un republicano, les decía: «Pronto tendremos de nuevo en el Este a ese loco de Ruckelshaus^[15], que cerrará su fábrica tan pronto crea que ésta sobrepasa su límite de contaminación. Es un hombre duro, difícil de controlar, y no es el único de ese tipo que existe en Washington. La gente necesita tener a quien acudir para solucionar algún asunto cuando hay un tipo así detrás de uno. Bueno, no me entienda mal; no estamos prometiéndole nada, todo lo que podemos hacer es ser accesibles en caso...».

—Naturalmente —añadió Haynes—, habían captado el mensaje.

—Maury —dijo— es un buen tipo, jamás amenazaría a ninguno de esos hombres. Pero les decía que no había peligro de que los demócratas o la competencia de sus compañías se enterasen de que habían contribuido a la campaña republicana porque todas las pistas del dinero se perderían en México... Si había alguien que decía que estaba mal de fondos, Maury conseguía que le diera acciones de su compañía u otros valores. Hablaba del diez por ciento y decía que valía la pena que ese diez por ciento de grandes hombres de negocios mantuviesen a Richard Nixon en Washington y pudieren estar en contacto con él en caso necesario.

Esto ocurrió el sábado 26 de agosto, es decir tres días después de que el presidente fuese nominado de nuevo como candidato a la presidencia por los Republicanos. En Washington, Woodward acababa de recibir el informe de la GAO que, finalmente, se había facilitado a la Prensa para su publicación el domingo. En ese informe se mencionaban «11 posibles o aparentes violaciones» de la nueva Ley y pasaba el asunto al Departamento de Justicia para una eventual intervención de la autoridad judicial y la fiscalía del Estado. Se decía, también, que Stans mantenía un fondo secreto en metálico, en su oficina, que totalizaba como mínimo 350 000 dólares. En cierto momento en esos fondos se incluían 25 000 dólares del cheque de Dahlberg y los cuatro cheques mexicanos por un total de 89 000 dólares.

Woodward escribió la parte principal de un reportaje basándolo en el informe de la GAO. Desde Miami, Bernstein dictó un relato de la «operación de limpieza» de México y mencionó los cálculos de Haynes de que no habían sido 89 000 dólares los que habían cruzado la frontera y fueron «limpiados» en México, sino 750 000 dólares.

Después de largas conversaciones, Bernstein y Woodward decidieron no referirse a las tácticas seguidas por Stans, según Haynes, para conseguir fondos. Ambos se mostraban un tanto cautelosos debido a la forma de hablar del abogado. La descripción de Haynes en cuanto a «la estremecedora cruzada de Stans», como éste la había llamado, fue archivada para ser investigada más adelante y más a fondo. En lo básico, el investigador de la GAO confirmó a Woodward la «operación limpieza»

mexicana.

Tres días después, el 29 de agosto, el presidente convocó una conferencia de Prensa en su residencia de San Clemente, junto al océano. Los periodistas esperaron a la sombra de las grandes palmeras y eucaliptos en una soleada mañana.

—*Con respecto al asunto de cómo se manejaron los fondos de la campaña* —dijo el presidente— *nos hallamos frente a una nueva ley de la que se han dado, y se dan, violaciones técnicas por ambas partes.*

—¿Cuáles han sido las violaciones cometidas por los Demócratas? —preguntó un periodista.

—*Creo que se pondrán en claro esta semana. Dejaré que sean los políticos quienes hablen de ello, pero yo creo que ha habido violaciones por ambas partes* —insistió Nixon con calma.

Stans, dijo después el presidente, «*es un hombre honrado y muy meticuroso*».

—*Realmente* —explicó—, *Stans está investigando el asunto muy a fondo, porque no desea que pueda haber la menor prueba que indique, en modo alguno, que nosotros hemos dejado de cumplir la Ley.*

El presidente rechazaba la sugerencia de que debía ser designado un fiscal especial, independiente del Departamento de Justicia, y aclaró que su consejero John W. Dean III había llevado a cabo una investigación sobre el caso Watergate.

Puedo decir categóricamente que esa investigación indica que nadie del equipo de la Casa Blanca, nadie de la administración, actualmente empleado en ella, está mezclado en ese grotesco incidente. Lo que realmente duele en asuntos de ese tipo no es el hecho de que ocurran, porque en el transcurso de las campañas electorales hay siempre gente excesivamente celosa que hace cosas que están mal. Lo que realmente hiere es que alguien trate de encubrirlos^[16].

Woodward, en Washington, escribió un artículo sobre la conferencia de Prensa y dio una lista de algunas de las personas sometidas a investigación que, según el presidente había tenido tanto cuidado en subrayar, no «estaban empleadas actualmente» en la administración: Hunt, Liddy, Stans, Sloan y Mitchell.

Bernstein seguía en Florida tratando de seguir el rastro a los cuatro hombres de

Miami. Esa mañana había hablado con Enrique Valledor, presidente de la Asociación de Agentes de la Propiedad Inmobiliaria de Florida, el exjefe de Barker. Según él, Barker estaba preocupado por el temor de perder su licencia como agente de la Propiedad Inmobiliaria y había ido a verlo después de haber sido puesto en libertad bajo fianza. Valledor relató parte de su conversación.

—*Le dije* —contó Valledor—: *¿qué hay de esa demanda de indemnización de un millón (pedida por los demócratas)? ¿No está preocupado por ello?*

—*No, no lo estoy* —le respondió Barker—. *Ellos están pagando a mis abogados.*

—*¿Quiénes son «ellos»?*

—*No puedo decírselo:*

Este incidente fue incluido en el artículo sobre la conferencia de Prensa del Presidente. Fue la primera insinuación de que se había pagado directamente, y en billetes, a los conspiradores.

Desde el 17 de junio el CRP pareció ser inalcanzable, inviolable, tan impenetrable como un departamento de seguridad nacional supersecreto. Los visitantes eran recibidos en la puerta por un guardia uniformado y sólo se les permitía el acceso a las secciones de Prensa y de Seguridad escoltados por guardas que los acompañaban igualmente a su regreso. La lista de los números de teléfono de los funcionarios de la campaña, que no era más que una simple página de papel con cien nombres o más, estaba clasificada como documento secreto. Uno de los investigadores del *Washington Post* que obtuvo una copia de ella de un amigo que trabajaba en el Comité, tuvo que oír cómo éste le decía:

—*Date cuenta de que perderé mi empleo si se enteran.*

Los jefes de las varias secciones del Comité, el segundo escalón desconocido por lo general por la Prensa y el público, estaban preocupados por la lista, porque en ella, debajo de sus nombres, estaban los de sus correspondientes secretarías particulares. Debido a que los pisos y habitaciones estaban junto a los nombres y los números de las correspondientes extensiones telefónicas de cada uno de los miembros del comité, resultaba fácil saber quién trabajaba al lado o cerca de quién. Y tomando los números de las extensiones telefónicas y poniendo éstas en orden sucesivo, incluso resultaba posible saber quién trabajaba para quién.

El estudio de esa relación se convirtió en un ejercicio no del todo diferente del arte de leer el porvenir en los posos del té. Ninguna de las personas con cargos importantes hablaba cuando se conseguía que se pusieran al teléfono. Entresacando nombres de la lista, Bernstein y Woodward, a mediados de agosto, comenzaron a visitar a los miembros del CRP en sus casas, por las tardes. La hora de cierre de la primera edición del periódico era a las 7:45 de la tarde, y cada noche, después de esa hora, se ponían manos a la obra, bien por separado, bien juntos, en el Karmann Ghia

modelo 1970 de Woodward. Cuando viajaba solo, Bernstein utilizaba un auto de la compañía o pedaleaba en su bicicleta.

La primera persona a cuya puerta llamó Bernstein le pidió que se marchara enseguida, «antes de que lo vean aquí». El empleado estaba literalmente temblando.

—*Por favor, déjeme solo* —le rogó—. *Comprendo que usted sólo trata de cumplir con su trabajo, pero ¡es que no puede darse cuenta de las presiones a que estamos sometidos!*

Bernstein trató de entrar en conversación sobre el tema que le interesaba, pero su interlocutor le dijo:

—*Espero que comprenda que no quiero ser rudo, pero, por favor, váyase...*

Y la puerta se cerró en sus narices.

Una secretaria le dijo:

—*Me gustaría ayudarle* —y empezó a llorar—, *pero es que es todo tan espantoso...*

Y el reportero fue puesto de patitas en la calle.

Esas visitas de primeras horas de la noche eran como excursiones de pesca. En todas sus visitas había un propósito determinado. Se refería a Sally Harmony, quien, al parecer, no había dicho todo lo que sabía al FBI y el gran jurado. Bernstein se enteró de ello, por primera vez, a finales de agosto por medio de un reportero de otro periódico. Había anotado el informe en una cuartilla, que dejó sobre la montaña de papeles, recortes, libros y tazas sucias de café que cubrían su mesa. «... Mintió para proteger a Jeb Magruder...», escribió.

Un abogado del Departamento de Justicia confirmó que los fiscales que llevaban el caso Watergate sospechaban de la veracidad del testimonio de la señora Harmony, pero carecían de pruebas para acusarla de perjurio. En el cuartel general de la campaña electoral era del dominio público la falta de candor de la mujer. Pero nadie sabía, o bien nadie estaba dispuesto a decir, en qué consistían sus mentiras, salvo vagas referencias a que lo había hecho para «proteger a otros». Poco a poco el asunto de las escuchas y el espionaje electrónico comenzó a adquirir forma a partir de los fragmentos de información que los periodistas iban recogiendo en sus visitas nocturnas. Algunos empleados del comité hablaron de una total destrucción de fichas y archivos que se llevó a cabo en los días siguientes al allanamiento del Watergate, si bien todos ellos declaraban que se habían enterado de ello por segundas personas y no sabían nada en concreto.

Personas en posiciones clave, que debían saber algo sobre la operación de escucha, en particular algunas secretarias, al parecer, no habían sido interrogadas por el FBI. El FBI había llevado a cabo todos sus interrogatorios del personal de la campaña electoral en el cuartel general del Comité, en vez de hacerlo en sus casas, donde los interrogados podían sentirse más cómodos y mejor dispuestos a hablar con libertad; además, las entrevistas siempre tuvieron lugar en presencia de un abogado del Comité, o bien de Robert C. Mardian, el coordinador político del Comité y

exlugarteniente del Fiscal General, que estaba al frente de la División de Seguridad Interna del Departamento de Justicia.

Algunas personas afirmaron que Mardian y otros les habían dicho que dieran por propia voluntad la menor información posible a los agentes, salvo que fueran preguntados de manera específica y concreta y no pudieran eludir la respuesta. Esto debía tenerse en cuenta, especialmente cuando se tratara de cuestiones relacionadas con las finanzas del Comité.

Las informaciones que los periodistas estaban consiguiendo en ese punto les llegaban por piezas, a trozos y, casi siempre, procedían de gente que no quería discutir el asunto. Su intención más clara era hacer comprender a Woodward y a Bernstein que lo que estaba en juego era más de lo que en un principio habían creído. Y, naturalmente, ellos también comenzaron a sentirse a disgusto por las reacciones de sus visitados.

El truco consistía en lograr la entrada en el apartamento o en casa de alguien. Allí se podía proseguir la conversación; se trataba de mover las conciencias. Los periodistas trataban de que sus interlocutores se dieran cuenta de que ellos también eran seres humanos. Siempre se identificaban de inmediato como reporteros del *Washington Post*, pero la forma de acercamiento que parecía dar mejor resultado era añadir casi de inmediato: «Un amigo del comité nos ha dicho que usted se encuentra un tanto molesto por alguna de las cosas que estaban sucediendo allí, que usted sería la persona adecuada para hablar a..., que usted es una persona absolutamente recta y honesta y que no sabe exactamente qué debe hacer; nosotros comprendemos su problema... usted cree en el Presidente y no quiere hacer nada que pueda parecer desleal...».

Woodward podía añadir, sin mentir, que él era miembro del Partido Republicano; por su parte, Bernstein podía argüir su sincera antipatía por la política de ambos partidos.

A veces esto daba resultado. La gente quería saber quién había dado sus nombres a los periodistas. Esto resultaba muy conveniente porque les daba la oportunidad de decirles que no podían comunicárselo y explicarles la necesidad de proteger el secreto de las fuentes confidenciales de información, de modo que si él, o ella, les contaban algo, también se verían igualmente protegidos. Jamás se utilizaron carnets de notas.

Después empezaban con sus preguntas... ¿Ha hablado el FBI con usted? «*No lo comprendo, nunca me preguntaron*». ¿Van mejor las cosas desde que se fue John Mitchell? «*¿Irse...? Puede que haya dimitido, pero lo cierto es que aparece por allí tres veces a la semana para decirle a Fred LaRue y Bob Mardian lo que tienen que hacer*».

Consiguieron pequeños datos: «*Jeb (Magruder) parece estar verdaderamente preocupado, como si temiera que el techo le fuera a caer sobre la cabeza en el momento menos pensado...*». «*Alguien me ha dicho que MacGregor deseaba escribir un informe y*

contar todo lo que sabe, pero la Casa Blanca dijo que no». «El fiscal no hacía más que preguntarme si sabía algo sobre algún otro intento de colocar aparatos de escucha, tal vez en el cuartel general de McGovern...». «Cintas magnetofónicas, insistían en preguntar sobre eso. Si yo había oído algo sobre cintas magnetofónicas, u otras grabaciones, enviadas a la Casa Blanca». «El FBI quería saber si yo había visto a alguien manejando cintas...». «He oído decir de alguien que trabaja en el Departamento de Finanzas que, si los otros lograban echar un vistazo a los libros, todo estaría perdido, así que los quemaron...». «Sally (Harmony) dijo que Gordon (Liddy) jamás hablaría y que ella tampoco lo haría, que tenía mala memoria...». «Por lo que he oído, estaban espionando a todo el mundo, siguiéndolos por doquier, a todos...». «Por favor, no se le ocurra siquiera llamarme por teléfono... ¡Dios mío...! En especial no lo haga a la oficina. Nadie sabe de qué serían capaces. Están desesperados».

Un incidente que ocurrió a principios de septiembre hizo que los reporteros se dieran cuenta de que el miedo no era infundado.

Habían conseguido una copia del último informe de los gastos del comité, en el cual figuraban los nombres de los empleados asalariados. Bernstein se dio cuenta de que entre esos nombres se contaba el de una mujer que había conocido anteriormente y la llamó para invitarla a almorzar. El periodista propuso una serie de restaurantes y cafeterías donde no podrían ser vistos, pero su invitada insistió en que se vieran en un pequeño *snack* donde acudían a almorzar docenas de empleados en la campaña electoral de Nixon. Cuando estuvieron sentados en una de las mesas, ella le explicó:

—Me están siguiendo. Aquí estamos a la vista de todos, en público, y por lo tanto nadie puede pensar que estoy escondiendo algo. La gente no se atreve siquiera a hablar por teléfono. ¡Es espantoso!

Bernstein le pidió que se tranquilizara. Le dijo que creía que estaba exagerando el dramatismo de la situación.

—Me gustaría que fuera así —le respondió—. Lo cierto es que saben todo lo que ocurre en el Comité. Saben que el auto de acusación del gran jurado se pronunciará en una semana y que los acusados sólo serán siete. Una vez, una persona fue interrogada por el FBI, que no le hizo las preguntas convenientes. Aquella misma noche su jefe estaba enterado de ello. Siempre hubo una institución en la que confié y creí: el FBI. Ahora ya no.

—Yo he cumplido mi deber de buena ciudadana —continuó luego—. He declarado ante la administración. En estos momentos me siento fatalista. La verdad completa jamás se sabrá. No pueden conseguirla unos reporteros que se interesan por el bien público. Están enterados de que ustedes se pasan las primeras horas de cada noche visitando a gentes que trabajan en el Comité. Alguien de la oficina de Prensa llegó a nuestra oficina esta mañana y dijo: «Podéis estar seguros de que me gustaría saber quién, en este comité, tiene relaciones con Carl Bernstein y Bob Woodward».

—A mí —prosiguió—, el FBI nunca me preguntó si estaba en el Comité el fin de semana que se llevó a cabo el allanamiento. Y lo estaba. Me paso allí casi todo el tiempo.

Odle no les dijo tampoco nada de lo que sabía. Ni que se pasó el tiempo cambiando los ficheros; aunque no sé si los destruyó o no. Les pidió a todos los empleados que salieran de la habitación y cerró la puerta por dentro. Después se marchó llevándose los ficheros. Todo lo que sé es sucio, desagradable. He cumplido con mi deber y he declarado lo que sabía... Pero el asunto está muy bien encubierto y nadie llegará a saber nunca lo que ha sucedido.

El Departamento de Policía del Condado del Prince George podría hacer su trabajo mejor que el FBI y la mujer afirmó que había terminado para siempre con la política presidencial. Le pidió a Bernstein que regresara a la oficina con ella, para evitar toda apariencia de encuentro furtivo. Mientras estaban esperando junto al semáforo para cruzar la calle 17 y la Avenida Pennsylvania, Maurice Stans cruzó la avenida, al salir de su coche, para entrar en el número 1701.

—Antes de que todo esto comenzara era un hombre honesto. Ahora está mintiendo también, como todos —le dijo su acompañante.

Bernstein se quedó mirando a Stans, desde el otro lado de la calle. La secretaria estaba ya a punto de despedirse para entrar en el edificio.

—Está bien —le dijo—. Se lo voy a decir, pero no creo que sirva de nada. Y no me llame, no venga a verme ni me haga la menor pregunta sobre cómo me he enterado. LaRue, Porter y Magruder lo saben todo sobre el caso del espionaje telefónico o, al menos, están mintiendo ante el gran jurado sobre lo que saben. Y también Mitchell, aunque en este caso sólo se trata de una opinión. Acepte mi palabra en cuanto a los otros tres. Lo sé con seguridad.

Frederick LaRue, Herbert L. Porter y Jeb Stuart Magruder, todos ellos habían dejado la Casa Blanca para unirse al CRP.

A eso de las cinco de la tarde la mujer que había hablado con Bernstein llamó a éste a su oficina. Su voz sonaba casi histérica.

—Estoy en una cabina pública. Tan pronto llegué de regreso a la oficina se me ordenó que me presentara en el despacho de un pez gordo donde me dijeron que me habían visto hablando con un periodista del Post. Querían saber todo lo que habíamos hablado. Me trataron bastante mal. Eso es todo lo que tengo que decirle. Estoy segura de que me están siguiendo, así que no me telefonee ni venga a verme.

Aquella noche, algo más tarde, Bernstein y Woodward fueron a verla a su apartamento.

—¡Márchense de aquí...!

Bernstein y Woodward lo hicieron así para seguir llamando a otras puertas.

Por esos días, Clark MacGregor llamó al director en funciones del *Post*, Ben Bradlee, para protestar por estas visitas. Bradlee no se lo dijo a los dos periodistas hasta muchos meses después, pero recuerda que MacGregor le pidió entrevistarse con él y con Katharine Graham, la propietaria del *Post*. La cita se fijó para el día siguiente, pero posteriormente fue cancelada por el propio MacGregor.

—Quería hablarme de vuestros excesos —les dijo a los dos periodistas—. Me explicó que cinco mujeres del CRP se habían quejado de haber sido molestadas insistentemente por ustedes dos. Yo le dije: «Eso no me parece propio de mis muchachos...». Y me dio vuestros nombres. «Bueno», le pregunté, «¿y qué tipo de molestias le han causado?», y MacGregor me respondió: «*Van llamando a las puertas de sus casas muy tarde, por la noche, y telefoneando desde el vestíbulo, insistiendo en ser recibidos*». Y yo le dije: «¡Vaya, vaya... eso es lo más agradable que he oído decir de cualquiera de los dos en los últimos años!».

La noche del 14 de septiembre Bernstein llamó a la puerta principal de una pequeña casa en un suburbio de Washington. Desde que había almorzado con su conocida del CRP, tenía la impresión de que la dueña de la casa era la persona que su conocida le había dicho que no fue interrogada debidamente por el FBI y fue llamada de nuevo por el Fiscal del Distrito. Había estado haciendo discretas averiguaciones y había oído por doquier lo mismo: «Sabe mucho». La mujer trabajaba para Maurice Stans.

Una señora abrió la puerta y dejó entrar a Bernstein.

—Usted no me busca a mí, sino a mi hermana —le dijo.

La hermana se presentó en la habitación. Bernstein había esperado encontrarse con una mujer de unos cincuenta años, con el pelo posiblemente gris, pues ésa era la imagen de tenedora de libros que se había hecho el periodista y eso era lo que ella era. Pero la mujer era mucho más joven.

—*¡Dios mío...! ¡Usted es del Post...! Tiene que marcharse de inmediato. Lo siento mucho.*

Bernstein empezó a rumiar rápidamente los medios que debía usar para no ceder terreno. La hermana estaba fumando y el periodista se dio cuenta de que había un paquete de cigarrillos sobre una mesita. Le pidió un cigarrillo y la hermana dio unos pasos para ofrecerle el paquete.

—No se moleste, ya lo tomaré yo —dijo el periodista y se dirigió hacia la mesita. Eso le dio tres metros más de penetración en la casa. Después dijo que comprendía perfectamente que estuviera asustada; había mucha gente como ella en el comité, fantaseó Bernstein, que deseaba decir la verdad, pero también parecía que no deseasen conocerla. Sabía que algunas personas habían vuelto a hablar con el FBI o con la fiscalía para ofrecerles más información...

La mujer vaciló.

—*Ustedes, los periodistas, ¿dónde y cómo consiguen sus informaciones?* —preguntó—. *Estoy segura que nadie del comité...*

Bernstein le preguntó si podía sentarse y acabar de fumar el cigarrillo.

—*Sí, pero después tendrá que marcharse. En realidad, no tengo nada que decirle.*

Estaba tomando una taza de café, y su hermana le preguntó a Bernstein si le

apetecía una taza. La tenedora de libros hizo un gesto disimulado a su hermana, pero ya era demasiado tarde, pues Bernstein había aceptado el ofrecimiento y, muy lentamente, comenzó a sorber su taza.

La mujer sentía curiosidad.

—*Desde luego, alguien le ha dado una buena información si sabe que yo volví a ver al fiscal* —dijo. Y mencionó unos cuantos nombres de las personas que sospechaba podían haberlo hecho. Nombres que, como es lógico, Bernstein trató de conservar en su memoria. Si aquella mujer los mencionaba como fuentes de información posiblemente podrían serlo. Debían tener algo de lo que informar, o no se sentían satisfechos con la marcha que estaban tomando las cosas en el seno del Comité.

Bernstein se lanzó a un monólogo sobre toda la gente agradable que él y Woodward habían encontrado y que estaba deseosa de ayudarles pero que no tenía información de importancia, sólo conocían rumores oídos aquí y allá, de tercera o cuarta mano.

—*Ustedes sigan escarbando, muchachos* —dijo—. *Realmente han dado muy cerca del blanco.*

¿Cómo lo sabía?, preguntó Bernstein.

—*Yo hago cuentas para ellos. Tengo una máquina calculadora y manos hábiles...* —hablaba casi en tono burlón, como si se diera cuenta de que había visto demasiadas veces La Ciudad Desnuda. Agitó la cabeza y se echó a reír, como si lo hiciera de sí misma—. *A veces no sé si reír o llorar. Yo soy contable, apolítica. Yo no hago nada que no sea correcto. Pero en cierto modo «algo se pudre en Dinamarca», y yo formo parte de ello.*

Seguidamente, continuó tratando de adivinar cuáles podían ser las fuentes de información de Bernstein, y éste tratando de conservar los nombres en su cerebro. La mujer no apartaba la vista de la taza de café del periodista y trataba de aparentar tranquilidad jugando con su perro, pero estaba sometida a una gran tensión. Parecía deseosa de hablar de lo que sabía pero temerosa de hacerlo al *Washington Post*, el enemigo. Bernstein se dio cuenta que se hallaba en un momento crucial y no sabía si le iban a poner de patitas en la calle o acabarían por contarle toda la historia.

—*Mi única lealtad es para con Maurice Stans, la reelección presidencial y la verdad* —dijo.

Bernstein había oído decir que la esposa de Stans se hallaba enferma y hospitalizada. Le preguntó cómo se encontraba y si creía que Stans debía ser tomado como cabeza de turco por John Mitchell.

—*Sería muy agradable que pudiera usted pescar a Mitchell. Pero en realidad no tengo ninguna prueba de que supiera lo que estaba ocurriendo y que pudiera mantenerse ante un Tribunal. Tal vez sus hombres, sus colaboradores más próximos las tengan.*

—¿Quiénes?

Las manos de la mujer temblaban. Se quedó mirando a su hermana, que se encogió de hombros con un gesto que indicaba claramente que ella no tenía nada que ver con el asunto. Bernstein pensó que en ella tenía un aliado. La hermana se levantó

y fue a buscar otra taza de café. El periodista tomó el último sorbo de la suya y se la tendió. La mujer se la llenó de nuevo. Bernstein decidió arriesgarse. Sacó su libro de notas y un lapicero de su bolsillo interior. La contable se le quedó mirando. Posiblemente no iba a decirle nada que él no supiera ya, le dijo Bernstein, y, desde luego, no aparecería en el periódico nada que no pudiera ser comprobado en otra parte.

—Hay muchas cosas equivocadas y muchas otras rotundamente malas en el seno del Comité —dijo la contable—. A mí, el gran jurado me citó muy pronto, pero nadie sabía qué preguntarme. Ya con anterioridad otras personas habían estado mintiendo.

—¿Sally Harmony?

—Ella y yo no hemos discutido el asunto... Pero Sally... y otros... han mentido.

La contable había trabajado para Hugh Sloan y después de que éste dimitió, fue ascendida y pasó a trabajar para Stans.

—Hubo algunos de nosotros que se sintieron preocupados por conseguir sus ascensos. Sloan era su chivo expiatorio. Su mujer afirmó que se separaría de él si no se mantenía en su lugar y hacía lo que creía justo. Él se fue porque se dio cuenta de lo que pasaba y no quería tomar parte. No nos enteramos hasta el 17 de junio, pero sumando dos y dos, el 19 de junio, nos dimos cuenta exacta de lo que había sucedido.

La mujer cambió de tema. Pocos días antes el *Post* había informado que había otro participante en el asunto de espionaje telefónico y microfónico cuya identidad no había sido hecha pública, y a quien habían prometido inmunidad contra la acusación si hablaba, y que lo había hecho.

La contable comenzó a especular sobre quién podría ser.

—¿Baldwin? Ni siquiera figuraba en la nómina.

Probó con otros nombres.

Bernstein movió la cabeza negativamente (en realidad no tenía la menor idea de quién pudiera ser).

—Tiene que ser uno de los tres —dijo ella—. Por mi parte estoy casi completamente segura de que es Baldwin.

Bernstein le preguntó si sabía quién había recibido transcripciones de conversaciones grabadas en cinta magnetofónica.

—No sé nada en absoluto sobre cómo terminó la operación ni cómo trabajaba el espionaje —dijo—. Sólo sé quién recibía el dinero y quién aprobaba las asignaciones. Y, por lo que puedo ver, usted ya tiene todos los nombres. Siga la pista un poco más arriba, hacia el comité de finanzas —le aconsejó—. Han sido los elementos políticos... Pero esto no implicará diferencia alguna. Lo que tiene que conseguir es que la ley se ponga de su lado si es que quiere lograr algo. La acusación se hará sólo contra esos siete y eso es todo. El poder de los políticos es demasiado fuerte.

—¿A cuántos hombres pagaban?

—Trece o catorce personas, pero sólo seis o siete están mezcladas en el asunto. El gran jurado ni siquiera ha preguntado si se realizaron pagos extralegales.

¿Sabía Stans quiénes recibían tales pagos?

—Él sabía menos que yo. Yo soy leal a Hugh y al señor Stans —subrayó—. Y tengo razones para ello. El señor Stans tenía la impresión de que debíamos resistir las presiones durante algún tiempo.

Había hablado con Sloan aquella mañana y éste le había mencionado un artículo publicado por el *New York Daily News* que daba la impresión de que Sloan estaba enterado de la operación de escucha y espionaje.

—Le dije que debía desmentirlo, pero él me respondió que lo único que deseaba era apartarse de aquello. Supongo que el gran jurado tampoco le hizo a él las preguntas adecuadas.

¿Quién conocía todas las respuestas a las preguntas justas?

—Liddy y Sally Harmony. Ella cuenta con mucha más información que yo. Pero jamás habló conmigo de lo que sabía. Le he pedido, de vez en cuando, que hiciera lo que debía. Pero Sally ha sido ascendida.

No trabajaba para Robert Odle.

¿Estaba éste implicado en el asunto?

—Seguro que no en lo que respecta al conocimiento del asunto de la escucha clandestina. No es más que un chico de oficina, un servidor fiel de Magruder. Jeb, desde luego, está mezclado en el caso. Todo el mundo sabe que el asunto fue planeado en el sector político. Todos los que están envueltos en el caso proceden del comité político y no del financiero.

Pero no quería decir quién estaba por encima de Magruder y éste era el segundo de a bordo en el CRP. Bernstein empezó a lanzar nombres al azar, eligiendo aquellos que conocía gracias al informe de la GAO y la lista que ésta le había facilitado. ¿Lang Washburn? Había olvidado que Washburn estaba en finanzas y no en la sección política.

—¿Está de broma? Lang es tan estúpido que el lunes que siguió al descubrimiento del allanamiento telefoneó a todo el mundo en la sección financiera y los reunió para decirles que nosotros no teníamos nada que ver con el caso. Y después le pidió a Gordon que dijera unas palabras a los reunidos. Seguidamente Gordon Liddy se levantó y nos lanzó un breve discurso sobre cómo esa manzana podrida, McCord, debía ser apartada de la cesta para evitar que nos pudriera a todos.

Bernstein le pidió a la hermana otra taza de café y probó con otro nombre.

—Nunca. La Casa Blanca se lo quitó de encima porque no estaba dispuesto a hacer todas las locuras que ellos querían.

—¿Quién?

—Un poco por debajo de Mitchell —sugirió la contable.

Bernstein mencionó los nombres de LaRue y Porter. La mujer no respondió. Probó de nuevo.

¡Silencio!

¿Qué pruebas tenía de que los ayudantes de Mitchell estaban implicados?

—Yo tenía las pruebas, pero todos los archivos han sido destruidos... ¡Yo no sé quién los destruyó, pero estoy convencida de que Gordon hizo algo en ese sentido!

—¿Eran pruebas de peso?

—No especificaban positivamente que ellos planearan el espionaje telefónico y microfónico; no implicarían necesariamente su intervención, pero desde luego llevarían muy cerca de estas conclusiones.

¿En qué se basaba para decir que estaban relacionados con el asunto del espionaje telefónico?

—Antes del 7 de abril existía una cuenta especial. Antes de esa fecha sólo había gastos en lo que a mí se refiere. Yo no tenía idea de qué se trataba. Pero después del 17 de junio no hacía falta ser un lince para suponer para qué servía esa cuenta. Yo he visto las cifras y he visto los nombres. Y no había recibos.

Liddy se encontraba entre los que recibían dinero, dijo. Después, como si de repente surgieran en su mente otros pensamientos, añadió:

—Hay demasiada gente siguiéndonos. Saben que estoy enterada y me vigilan como halcones.

Estaba convencida de que su teléfono estaba intervenido.

¿Cuánto dinero se había pagado?

—Mucho.

¿Más de medio millón?

—Ustedes lo han publicado ya.

Finalmente las cosas iban saliendo bien. Muchas veces podía ser increíblemente lento, pensó Bernstein de sí mismo. Pasaron a tratar de los fondos secretos guardados en la caja fuerte de Stans.

—Nunca supe que se trataba de un «fondo de seguridad», o comoquiera que ellos lo llamasen —dijo la contable—, hasta después del 17 de junio. Antes pensé que se trataba de reservas para hacer frente a cualquier eventualidad política, de la que no se hablaba nunca, como por ejemplo invitar a una buena cena a un pez gordo, pero siempre asuntos legales.

¿350 000 dólares para cenas? ¿Cómo se sacaba dinero de esa cuenta?

—No de una vez. Yo sé lo que ocurrió con ese dinero pues fui quien hizo las cuentas.

Había una simple hoja de papel en la que se llevaba el estado de cuentas y ésta había sido destruida: el único registro...

—Se trataba de un papel rayado con nombres que ocupaban aproximadamente la mitad de la página, unos quince con la cantidad distribuida a cada uno de ellos junto a su nombre. Vi la lista más de una vez. Las cantidades recibidas por cada uno de ellos iban creciendo.

Ella ponía al día la lista cada vez que se realizaba un desembolso. Sloan también conocía el asunto. Era él quien manejaba el dinero.

Bernstein volvió a preguntar los nombres. Estaba un poco confundido porque había quince nombres en la lista y ella creía que sólo seis personas estaban

involucradas. ¿Por qué sólo seis?

—*Tras estudiar el informe de la GAO, creo que todas ellas han comparecido ante el gran jurado. Resulta fácil separar cada caso y cada nombre. Algunos de ellos ya han sido mencionados en la Prensa aunque no necesariamente en conexión con este caso.*

¿Cómo se distribuían los fondos?

Las llamadas telefónicas tenían algo que ver con el modo como el dinero era distribuido. Sólo tres de las seis personas involucradas habían recibido dinero. La relación de los otros con el asunto se limitaba a recoger ciertas llamadas telefónicas.

¿Quiénes eran esas seis personas?

—*Los principales ayudantes de Mitchell... los que estaban en el escalafón más alto de su equipo. Magruder es uno de ellos.*

Bernstein empezó a lanzar nuevos nombres. Sin resultado. Trató de probar con sus iniciales. Si ella le decía sólo las iniciales, podría decir, justamente, que jamás le había dado nombres a Bernstein y él, por su parte, estaría en condiciones de tener una idea sobre su identidad. Anteriormente, en la conversación, ella no había contestado cuando él preguntó si LaRue y Porter estaban involucrados. Probó, pues, con la «L».

—«L», y «M» y «P», y eso es todo lo que voy a decirle —dijo la contable.

Bernstein terminó su taza de café. Deseaba que le permitiera volver a hablar con ella y sabía que había estado presionando demasiado. Cuando ya le daba las gracias en la puerta, le preguntó quién del comité, a su juicio, sabía algo y tal vez deseara hablar del asunto. La contable le mencionó precisamente el nombre de la mujer con la que había almorzado.

De camino hacia Beltway, Bernstein se detuvo en una cabina telefónica y llamó a Woodward a su casa. Entre las varias tazas de café, la euforia del momento y las informaciones que deseaba retener en la memoria, Bernstein estaba sobreexcitado y así se lo pareció a Woodward. Le dijo que no deseaba hablar demasiado por teléfono pues la paranoia estaba vigilando. Y anunció que iría a verlo inmediatamente.

Woodward copió a máquina las notas que Bernstein le dictó y las archivó. Las implicaciones parecían bastante claras. El dinero de la caja de caudales de Stans estaba relacionado con la operación de escucha clandestina y de espionaje telefónico; Liddy había recibido algo de ese dinero, pero lo que resultaba más importante era saber que los ayudantes de Mitchell —incluido Magruder— habían recibido igualmente parte del dinero y estaban enterados de la operación de espionaje.

Woodward puso su *stereo* a todo volumen y escribió en cabeza de la página: «Entrevista con «X». Septiembre, 14».

Después le pasó un trozo de papel a Bernstein y le preguntó el nombre de la persona que le había dado la información. Bernstein escribió el nombre en la tira de papel, y la rompió cuando Woodward la hubo leído.

Al día siguiente, 15 de septiembre, el gran jurado presentó la acusación. Como se

esperaba, estaban acusados Hunt, Liddy y los cinco hombres detenidos el 17 de junio. Los siete hombres estaban acusados por lo menos de ocho delitos por separado cada uno de ellos, todos relacionados con conspiración para el delito, robo, allanamiento y por infracción de las leyes federales que prohibían la interferencia electrónica de las comunicaciones orales. En su información del día el *Post* observaba que los cargos «no se referían a la principal cuestión del objetivo y patrocinio del supuesto caso de espionaje».

El fiscal general Richard Kleindienst dijo que la acusación representaba la culminación de una de las:

... investigaciones más intensas, objetivas y concienzudas llevadas a cabo en varios años, que había tenido que ser realizada en distintas ciudades de Estados Unidos e, incluso, en países extranjeros.

En el *Post*, Bernstein, Woodward y sus jefes directos se sentían cada vez más escépticos en cuanto al resultado de la investigación federal. ¿Por qué no se mencionaban en la acusación los 89 000 dólares en cheques mexicanos, el cheque de Dahlberg por 25 000 dólares ni los fondos secretos de Stans? ¿Cómo podía el gobierno limitar de ese modo la acusación si tenía la misma información que el *Washington Post*?

Bernstein telefoneó a un funcionario del Departamento de Justicia, cuya ayuda le había sido de utilidad en algunas ocasiones, y le preguntó cómo se compaginaban los cargos hechos con la información que él tenía, la que había recibido de la contable. ¿No había sido todo confirmado por Sloan? Ciertamente que el gobierno había establecido firmemente, al menos, esos dos hechos: que los fondos de la caja de caudales de Stans estaban relacionados con el espionaje electrónico y que ese dinero estaba controlado por los ayudantes de Mitchell.

La fuente consultada se mostró, en principio, evasiva, y desde luego incómoda. Después, se puso a la defensiva y acabó por confesar que, desde luego, tenían información de ello, incluyendo las aseveraciones de Sloan y de la contable.

Bernstein, indignado, preguntó qué razones existían para que el *Washington Post* no publicara un artículo acusando al gobierno de ignorar pruebas delictivas. Había pruebas de que los fondos de la caja fuerte de Stans estaban relacionados con el caso y había testigos que conocían hasta qué punto estaba implicado el comité.

—*Está sacando conclusiones erróneas. Yo le creería si firmara un artículo en el que asegurase que alguien estaba dispuesto a atestiguar la existencia de unos fondos destinados a subvencionar el caso Watergate.*

Bernstein recordó que la contable le había dicho que sus pruebas no demostraban, sin lugar a dudas, que el dinero se utilizara para financiar la operación Watergate. Así

que volvió a plantear la cuestión con otras palabras:

¿No existían suficientes pruebas que indicaban que otras personas habían tenido conocimiento previo de la operación de interferencia electrónica y que esos fondos estaban relacionados con la intervención de otras personas?

Su interlocutor vaciló:

—*Si lo que dice es cierto, saldrá a relucir cuando se lave la ropa sucia. Las novedades surgirán durante el juicio.*

¿Qué pasaba con los interrogados que habían vuelto para ofrecer otras informaciones al FBI o a la Fiscalía?

—*Esas son cosas que ocurren en toda investigación* —dijo el funcionario, que añadió—: *Usted no sabe nada que nosotros no sepamos. Tenemos todos los hechos. No me está diciendo nada nuevo.*

¿Sería eso el fin de todo?

—*Puedo decirle tranquilamente que la investigación por el momento descansa, está en estado de reposo. Parece altamente improbable que vaya a abrirse de nuevo.*

Bernstein se excedió y dijo que tal vez los federales debían traerse a Dick Gerstein y su eficiente jefe de investigación, Martin Dardis, a Washington para que los ayudaran.

—*Me importa un pito que ese Gerstein sea miembro de la Fiscalía* —le respondió el funcionario—. *Nosotros conocemos los hechos. No Gerstein, ni tampoco usted.*

Woodward contaba con una fuente de información del Ejecutivo que tenía acceso a los informes del CRP, así como a la Casa Blanca. Nadie más que él conocía la identidad de este informador. Sólo podía establecer contacto con él en ocasiones muy importantes. Woodward había prometido que jamás daría su nombre ni su posición a nadie en absoluto. Además se había comprometido a no mencionarlo nunca, ni siquiera en calidad de fuente anónima. Sus conversaciones debían servir tan sólo para confirmar informaciones recibidas en otros lugares y añadir alguna otra perspectiva o punto de vista a lo ya conocido.

En la terminología periodística esto significaba que la conversación era «subterránea». Un día Woodward le explicó su acuerdo al subdirector, Howard Simons. El periodista comenzó a referirse como «mi amigo» al informador, pero Simons lo bautizó con el nombre de «Garganta Profunda», que era el título de una película pornográfica muy célebre en esos días. El apodo prendió definitivamente.

Al principio, las conversaciones de Woodward con «Garganta Profunda» se celebraron por teléfono, pero a medida que crecía la tensión producida por el caso Watergate, aumentaba también el nerviosismo de «Garganta Profunda». Se negaba a hablar por teléfono, pero accedió a encontrarse con Woodward llegada la ocasión.

«Garganta Profunda» ni siquiera se atrevía a usar el teléfono para concertar las entrevistas. Sugirió que Woodward abriera las persianas de su apartamento para darle una señal. «Garganta Profunda» vigilaría cada día y, cuando las viera abiertas, eso significaría que ambos debían encontrarse esa noche. Pero a Woodward le gustaba que el sol entrara en su apartamento y, por lo tanto, siempre tenía abiertas las persianas, por lo que sugirió otra señal.

Varios años antes, Woodward había encontrado en la calle una bandera de tela roja. De unos treinta centímetros por treinta de tamaño, estaba unida a un pequeño bastoncito y parecía el tipo de señal utilizado por los camiones cuando llevan una carga que sobresale de su caja. Woodward había llevado la bandera a su apartamento y uno de sus amigos la había hincado en una maceta sin flores de las que había en su terraza. Y allí seguía.

Cuando Woodward tuviera que hacer una consulta urgente con su amigo, movería la maceta con la bandera a la parte de atrás del balcón. Durante el día, «Garganta Profunda» pasaría por delante de la casa para comprobar si la maceta había sido movida de sitio. Si era así, se encontrarían a las dos de la madrugada siguiente en el aparcamiento subterráneo acordado entre ellos de antemano. Woodward saldría de su apartamento por las escaleras que daban a la parte trasera y a un callejón y desde allí iría al aparcamiento.

Caminando una parte del camino y tomando uno o dos taxis hasta el garaje, el periodista podía estar razonablemente seguro de que no le había seguido nadie. En el

garaje podían hablar durante una hora o más sin ser vistos. Si resultaba difícil encontrar taxis, como en ocasiones solía ocurrir a tales horas de la noche, a Woodward le llevaba dos horas el llegar hasta el garaje haciendo el camino a pie. En dos ocasiones, la cita había quedado establecida, pero su fuente no apareció, lo que constituyó una experiencia depresiva y terrible, cuando Woodward hubo de esperar más de una hora, solo en un garaje subterráneo, en medio de la noche. Una vez tuvo la sospecha de que era seguido —dos hombres bien vestidos fueron tras él durante cinco o seis manzanas—, pero se metió por un callejón y no volvió a verlos.

Si «Garganta Profunda» deseaba un encuentro, lo que no era frecuente, el procedimiento era distinto. Woodward debía mirar cada mañana la página 20 de su ejemplar del *New York Times* que llegaba a su casa antes de las 7 de la mañana. Si su amigo deseaba una cita, el número de la página estaría rodeado con un círculo y en la parte baja de la página estarían dibujadas las manecillas de un reloj indicando la hora. Woodward no sabía cómo «Garganta Profunda» tenía acceso a su periódico.

La posición de su amigo en el Poder Ejecutivo era extremadamente delicada. Jamás le dijo a Woodward nada que no fuera totalmente correcto. Fue él quien le avisó, el 19 de junio, de que Howard Hunt estaba definitivamente involucrado en el caso Watergate. Durante el verano le dijo que el FBI estaba extremadamente interesado en conocer de dónde sacaba el *Post* sus informaciones sobre el asunto Watergate. Pensaba que tal vez Woodward y Bernstein eran seguidos por agentes federales y les previno de que tuvieran cuidado al utilizar sus teléfonos. En su última reunión le había dicho que la Casa Blanca consideraba el caso Watergate mucho más importante de lo que podían pensar los que estaban fuera. Ni siquiera el FBI se daba cuenta exacta de lo que estaba ocurriendo. Su informador había sido deliberadamente ambiguo; sin embargo, hizo veladas referencias a la CIA y la seguridad nacional, lo que Woodward, realmente, no comprendió del todo.

El día antes de que se dictara el auto de procesamiento en el caso Watergate, Woodward rompió la regla que establecía que no recurriera a su amigo telefónicamente. «Garganta Profunda» parecía nervioso al otro extremo de la línea, pero escuchó el borrador de un artículo que Woodward le leyó. Se decía en él que los investigadores federales habían recibido información de personas que trabajaban en la campaña para la reelección de Nixon que indicaban que altos funcionarios del CRP estaban involucrados desde el principio en la operación Watergate.

—*Demasiado suave* —dijo «Garganta Profunda»—. *Puedes ser mucho más duro.*

La contable había tenido razón en cuanto a los fondos de la caja de caudales de Stans. Habían servido para financiar la operación de espionaje electrónico en el Watergate y otras importantes actividades de espionaje, le dijo su amigo. Los ayudantes de John Mitchell sólo se encontraban entre los que controlaban los fondos. No podía decir si el ex-Fiscal General había tenido conocimiento previo del intento de intervención electrónica de los teléfonos y los locales del cuartel general demócrata.

Las cintas magnetofónicas habían llegado a manos de los mismos ayudantes de Mitchell que habían administrado los fondos en cuestión, le dijo.

Siguiendo la conversación, Woodward le leyó las notas que había escrito sobre la entrevista de Bernstein, que debían servir para un nuevo artículo:

Los fondos para la operación de espionaje del Watergate fueron controlados por algunos de los principales ayudantes de John Mitchell, el exdirector de la Campaña electoral del Presidente Nixon, y se guardaban en una cuenta especial en el Comité para la Reelección del Presidente, según ha llegado a conocimiento del *Post*.

El artículo informaba además: los fondos consistían en más de trescientos mil dólares, reservados para proyectos políticos de índole delicada. Gordon Liddy se encontraba entre los que recibieron dinero procedente de esos fondos; los ficheros relacionados con esa cuenta habían sido destruidos; la dimisión de Hugh Sloan era el resultado de sus sospechas sobre el caso Watergate. Quizá más importante que los detalles específicos del reportaje era su significado conjunto. El procesamiento de los que intervinieron en el caso Watergate no había acabado con la conspiración. Y había muchos de los que trabajaban en la campaña presidencial en el CRP que tenían respuestas para muchas de las preguntas que aún quedaban en pie.

Cuando se aproximaban las 6:30 de la tarde, hora de cierre para la edición dominical del periódico, Woodward telefoneó a Van Shumway para pedirle la respuesta del CRP. Media hora más tarde, Shumway le telefoneó para hacerle una declaración:

Ha habido y hay en este Comité fondos en metálico usados para diversos propósitos legítimos, tales como el pago de dietas o gastos de viaje anticipados. Sin embargo, nadie empleado en este comité, actualmente, ha usado tales fondos para (propósitos) que resultaran ilegales o inapropiados.

La declaración, tomada literalmente, no desmentía plenamente lo que se decía en el reportaje.

Esa tarde, George McGovern mantuvo una conferencia de Prensa y calificó a la investigación sobre el caso Watergate de una:

... limpieza hasta la blancura... De lo que aquí se trata no es

sólo de la vida política de la nación, sino además de la definitiva moralidad de nuestros líderes en unos momentos en los que Estados Unidos necesita desesperadamente revitalizar sus niveles de moralidad. Y por eso debo seguir este caso a todo lo largo y ancho del país.

Al día siguiente, 17 de septiembre, los dos reporteros fueron de nuevo a casa de la contable. Era domingo por la tarde y la mujer no parecía inclinada a hablar con los periodistas, sobre todo después de haber visto que en la primera página del *Post* había un reportaje que contenía datos que sólo podía saber ella y muy pocos de los demás miembros del Comité de Nixon.

Pero la contable prefería tener a los periodistas alejados de la vista de todos, mejor que en el quicio de la puerta, donde éstos le estaban rogando que escuchara cierta información que tenían. Así que los hizo pasar. Deseaban que ella les dijera exactamente quiénes eran «L», «M» y «P». ¿Liddy o LaRue? ¿McCord o Mitchell? ¿Magruder? ¿Porter? ¿A cuánto ascendía el dinero pagado? ¿Qué había con los otros que figuraban en la lista?

La contable estaba asustada y empezó a hablar con reservas. Pero también empezó a tutear a Bernstein.

En un principio Woodward guardó silencio. Bernstein estaba dando cifras. Se detuvo en 700 000 dólares.

—*Por lo menos eso; 350 000 dólares era lo que quedaba.*

Parecía haberse roto el hielo.

¿Había querido referirse a Liddy, con la «L», o a LaRue o a cualquier otra persona con esa inicial, al decir que «L» había recibido también dinero de esos fondos?

No quiso decirlo.

Los periodistas dijeron que sabían que Liddy era el único cuyo apellido empezaba con «L» que fuese pagado con esos fondos. Y ella lo confirmó.

Se estaba alcanzando un acuerdo no especificado. La contable parecía dispuesta a confirmar o negar declaraciones de los periodistas haciéndose la indiferente y tratando de dar la impresión de que ellos sólo necesitaban confirmación y no una información primaria, básica. Si había que convencer a la gente de que Sloan y Stans eran inocentes, le dijeron a ella, resultaba de todo punto necesario, crítico, que el *Post* informara con datos precisos. Era en ese terreno en el que podía serles de ayuda.

—*La moral es terrible en la sección de finanzas —dijo—. Aquellos de entre nosotros que saben algo estamos cansados de que nos consideren como sospechosos. Se hacen chistes de mejor o peor gusto, como, por ejemplo, cuando alguien le pregunta a una de nosotras: «¿Qué ha hecho usted con los veinticinco grandes, señora?».*

—¿Fue ésa la cantidad cobrada por Liddy?

Respondió con un gesto negativo de cabeza.

—¿Más de cincuenta mil? —preguntó Woodward.

Movió la cabeza afirmativamente.

—Magruder recibió cuando menos la misma cantidad, ¿no era así?

De nuevo respondió afirmativamente.

—¿Era Magruder el único «M» que recibió dinero?

Otro gesto afirmativo. Pero seguidamente dijo que había más cosas que convenía saber sobre Magruder.

—*Digamos que no me fío de él en absoluto, y principalmente cuando se trata de su propio beneficio* —dijo—. *No hay nada capaz de detenerle. En las tres últimas semanas incluso ha tratado de emplear sus encantos conmigo.*

¿Y LaRue? Los periodistas dijeron que sabían que él también estaba involucrado, aun cuando pensaban que no había recibido dinero.

—*Es muy resbaladizo, sabe cubrir sus rastros* —dijo—. *Él y Mitchell son como uña y carne.*

Y no quiso decir lo que LaRue pudiera saber.

«P» era Bart Porter, dijeron los periodistas. Estaban seguros de ello.

—Recibió una buena suma. En billetes de 100 dólares. Pagaban a todo el mundo con billetes de cien.

Bernstein le recordó una broma que ella misma le hiciera en otra conversación:

—*Somos republicanos y, por lo tanto, operamos con grandes sumas, ya lo sabe.*

La contable dijo que Porter había recibido, también, más de cincuenta mil dólares.

La contable estaba indignada por lo limitado de la acusación.

—*Fui con la mayor buena fe para testificar que resultaba obvio que los resultados no eran ciertos. Creo que el FBI canaliza la información y que ésta va a las más altas esferas... Ahora todo lo que deseo es mantenerme al margen. O irme. Hugh Sloan ha sido el que ha tomado la resolución más inteligente: dimitir. El señor Stans ha dicho que le pidió que se quedara, pero que no quiso hacerlo.*

Añadió que mucha gente había eludido las preguntas del gran jurado.

—*Bob Odle me dijo a su regreso de ser interrogado por el gran jurado: «¿No tiene la impresión de haber pasado por la cámara del tormento?».* Y yo le respondí: *«No. Y usted tampoco se encontraría así, tan mal, si les hubiera dicho toda la verdad».*

Pero no quiso decir lo que creía que Odle había ocultado a sus interrogadores.

—*La propaganda desde el allanamiento ha sido: «No tenemos nada que ver con eso y podemos seguir con la cabeza alta»,* —les dijo a los periodistas cuando éstos salían ya de la casa.

De vuelta en la redacción, Woodward se fue a una de las mesas más apartadas para desde allí llamar a «Garganta Profunda». Bernstein hubiera deseado tener una fuente de información semejante. La única fuente que él poseía con conocimientos tan buenos y específicos sobre un tema determinado era Mike Schwing, que tenía la

tienda de Bicicletas Deportivas de Georgetown. No había nada relacionado con las bicicletas y, lo que era más importante, sobre los ladrones de bicicletas, que Schewering no supiera. Bernstein sabía algo sobre ladrones de bicicletas: la noche que se pronunció el procesamiento contra los acusados de Watergate, le habían robado su «Raleigh» de diez piñones, en el garaje donde la había dejado aparcada. Ésta era la diferencia entre él y Woodward. Éste iba a un garaje en busca de una fuente informativa que le diría lo que los hombres de Nixon se traían entre manos. Bernstein fue a otro para encontrarse con una cadena de cuatro kilos, cortada netamente en dos, y que su bicicleta había desaparecido.

Esa tarde de domingo el tono de la conversación fue bastante desapacible. Cuando «Garganta Profunda» oyó la voz de Woodward, hubo una larga pausa. Ésta sería su última conversación telefónica, le dijo claramente. Tanto el FBI como la Casa Blanca estaban decididos, con todas sus fuerzas, a enterarse de dónde el *Post* conseguía su información y, además, a poner fin a ella. La situación se estaba haciendo más peligrosa de lo que Woodward suponía. La historia sobre los ayudantes de Mitchell había puesto furiosa a la Casa Blanca.

Estaba claro que la llamada había sido un error. Su amigo estaba disgustado, más aún, indignado con él. Pero lo que más llamó la atención de Woodward fue darse cuenta de lo asustado que parecía «Garganta Profunda». El miedo se estaba levantando como un edificio amenazador, pero el periodista no lo había apreciado hasta ese momento. Sólo una parte de ese miedo era personal. Tenía más que ver con la situación, con los hechos, las implicaciones que el asunto podía tener para quienes sabían algo. Woodward nunca había visto a su amigo tan precavido, tan serio. En su último encuentro le había encontrado más delgado, desmejorado. Si Woodward entendía bien a su amigo, era indudable que algo terriblemente malo estaba ocurriendo.

Woodward le dijo lo que le había dicho la contable sobre Magruder y Porter.

—*Ambos están profundamente implicados en el asunto Watergate* —respondió «Garganta Profunda». Su voz sonaba resignada, defraudada.

Woodward le pidió que se explicara con mayor exactitud.

—*Watergate* —repitió. Después hizo una pausa y añadió—: *Todo el asunto...*

Confirmó que Magruder y Porter habían recibido cada uno al menos 50 000 dólares de los fondos de Stans. Woodward podía estar condenadamente seguro de que ese dinero no había sido utilizado para objetivos legítimos. Era una afirmación y no una suposición. Pero era todo lo que estaba dispuesto a decirle. A partir de ese momento, Woodward y Bernstein quedarían a merced de sus propias fuerzas durante algún tiempo.

Bernstein se las venía entendiendo ya con la máquina de escribir. Woodward dirigió una mirada a lo que su colega había escrito:

Dos altos funcionarios de la campaña de Nixon, recibieron,

cada uno de ellos, no menos de 50 000 dólares de unos fondos secretos que sirvieron para financiar el intento de espionaje electrónico en el Cuartel General del Partido Demócrata, según informan fuentes próximas a la investigación del asunto Watergate.

Woodward se puso en contacto con Powell Moore, el subdirector de Prensa de CRP, y le dijo en términos generales lo que el *Post* pensaba publicar en su edición del lunes. Moore era un jocosos georgiano de 34 años de edad que ya trabajaba en el servicio de Comunicaciones de la Casa Blanca antes de la campaña.

—*Muchas gracias, hombre* —le dijo Moore—; *eso es precisamente lo que necesitaba un domingo por la tarde.*

Estaba seguro de que la historia no era cierta. Creía que los dos reporteros estaban recibiendo información falsa en alguna parte, no sabía dónde, pero le hubiese gustado que abandonaran aquella cruzada o, al menos, que comprobaran mejor las cosas antes de hacerlas imprimir en su periódico.

Woodward creyó que esto podía serle de utilidad. Ellos estaban seguros de los hechos y comprobaban sus informaciones en distintas fuentes antes de publicarlas, pero podía ser que él tuviera alguna otra explicación que ellos ignorasen. Si Moore conseguía que Magruder le telefonara y discutieran el asunto fríamente, Woodward estaba conforme en retener su información hasta haberle escuchado. Y si Magruder podía convencerles de que su historia estaba equivocada o tergiversada de algún modo, o basada en alguna mala interpretación, la retendrían hasta comprobar la verdad.

Moore se mostró conforme. Para los reporteros significó una penetración en las líneas adversarias, una oportunidad de penetrar más allá de la línea de declaraciones ambiguas y anónimas del Comité. Magruder les telefoneó media hora más tarde y les dijo que era «*absolutamente falso*» que él hubiese recibido ni un solo céntimo de ningún fondo secreto.

—*Lo único que he cobrado ha sido mi sueldo y mis compensaciones de gastos, de acuerdo con la lista que hay de ellos* —le dijo a Woodward.

En ese caso, ¿a qué atribuía el hecho de que la investigación federal hubiera determinado que había recibido cuando menos 50 000 dólares de los fondos guardados en la caja fuerte de Stans?

—*Fui interrogado sobre el asunto, pero esa posibilidad fue descartada... y se llegó a un acuerdo entre las partes de que resultaba incorrecta.*

Poco después, como si lo hubiera pensado, añadió:

—*También he sido interrogado por el FBI... Esto en confianza.*

Woodward le dijo que podía haberlo pensado mejor antes de decir una cosa y, posteriormente, decir que era confidencial. Él había trabajado como segundo en la

oficina de Comunicaciones de la Casa Blanca antes de convertirse en el subdirector de la campaña electoral.

—*Pero usted tiene que ayudarme* —le rogó Magruder—. *Me creará dificultades si se menciona mi nombre y se citan mis palabras.*

Woodward le dijo que incluso era posible que publicara esta última observación. Cuando Magruder le pidió que todo aquello pasara a segundo término, Woodward le dijo que el *Post* intentaría seguir adelante con la publicación de sus artículos, salvo en el caso de que Magruder pudiera darles alguna razón convincente para que lo aplazara de momento. Magruder no discutió. Pero le pidió a Woodward que escribiera que ciertos «*investigadores del gobierno*» le habían advertido de que había sospechas contra él, en vez de decir que había sido el FBI quien le había informado.

—*Debe ayudarme, al menos en eso.*

La cosa tenía poca importancia. Magruder, era obvio, pensaba que unas sospechas atribuidas al FBI sonaban más serias que si se atribuían a «*investigadores del gobierno*». A Woodward la petición no le sonó irrazonable y se mostró conforme. Había sido el tono de Magruder el que había impresionado a Woodward más que sus palabras. Magruder era el segundo jefe del CRP. Su trabajo en la Casa Blanca había consistido en el trato con la Prensa. Y, pese a todo, su voz temblaba cuando hablaba con Woodward.

Una parte de su reportaje se refería a Hugh Sloan. «Garganta Profunda» le había dicho que Sloan no había tenido conocimiento previo del intento de escucha ilegal ni de cómo se gastaba el dinero de los fondos. Si había renunciado a su cargo de tesorero poco después del caso Watergate lo hizo porque «*no quería formar parte de lo que, según entonces se había enterado, venía sucediendo*». En el reportaje se citaba anónimamente a la tenedora de libros, que había dicho: «*No quería tener nada que ver con el asunto. Su esposa estaba dispuesta a abandonarlo si no se despedía y hacía lo que creía justo*».

Había un problema a la hora de escribir el reportaje. «Garganta Profunda» había sido bastante explícito al indicar cómo se financiaba el asunto del espionaje Watergate, pero la contable —aunque tenía bastantes sospechas— no podía confirmarlo. Los dos periodistas conferenciaron con Sussman y Rosenfeld, que decidieron pecar mejor por exceso de precaución y decir que el dinero había sido utilizado para financiar amplias «*actividades de espionaje contra los Demócratas*». Gradualmente se fueron dejando guiar, por una regla no escrita: salvo en el caso de que hubiera dos fuentes distintas que confirmasen una acusación relativa a una actividad que pudiera ser considerada criminal, esa sospecha específica no se publicaría en el periódico.

A la mañana siguiente, el *New York Times* no mencionaba la historia de los fondos secretos. En la Casa Blanca nadie preguntó nada sobre ella a Ron Ziegler (el jefe de Prensa). Ninguna información fue dada por las grandes cadenas de la Televisión ni tampoco fue publicada en la mayor parte de los periódicos. En el

Capitol Hill, el líder republicano en el Senado, Hugh Scott, senador de Pennsylvania, llevó a cabo una conferencia de Prensa no oficial, por la mañana, y en ella dijo que el caso Watergate no le importaba demasiado al votante medio, sino que sólo interesaba al senador McGovern y a los medios de información. «*Nadie está prestando la menor atención a lo que están escribiendo ustedes*», dijo. En la redacción de noticias, Bernstein y Woodward esperaban la llegada de la primera edición del diario de la tarde, *Washington Star-News*. Lo único que en él se publicaba sobre el caso Watergate se refería a un profesor de Derecho de la Universidad George Washington que había presentado una moción ante un tribunal federal, pidiendo el nombramiento de un fiscal especial para llevar el caso.

Algo después, esa misma tarde, Bernstein firmó el boleto para disponer de un coche de la compañía y fue a McLean, en los suburbios de Virginia, para visitar a Hugh Sloan, el extesorero del CRP. El viaje, que de ordinario es de media hora, duró tres veces más a causa de la lluvia. Sloan vivía en una urbanización nueva y Bernstein tuvo dificultades en dar con su casa.

La urbanización consistía en una serie de casas imitando el estilo Tudor, situadas al lado de pequeños callejones para peatones con aceras de cemento y césped. El lugar, indudablemente, estaba planeado para servir de residencia a familias con niños pequeños; las zonas de tráfico rodado y de aparcamiento estaban aisladas para mayor seguridad y casi cada una de las casas parecía disponer de un triciclo, una bicicleta o algo semejante sobre el césped del jardín. La lluvia dejó empapado a Bernstein mientras buscaba la casa de Sloan.

Fue la señora Sloan quien le abrió la puerta. Era muy bonita... y estaba encinta. Bernstein se presentó y le preguntó por su esposo. Éste había ido a la ciudad y no regresaría hasta eso de las 7:30. Fue muy amable y preguntó a Bernstein dónde podría localizarle su marido cuando volviera. Bernstein estaba tratando de encontrar un pretexto para conversar con ella aunque sólo fuese un momento. Ella había trabajado también en la Casa Blanca, como secretaria de la sección social, según le constaba al periodista, y había jugado un papel importante al influir en la decisión de su esposo de abandonar la campaña electoral de Nixon.

Bernstein juzgó que la señora Sloan tendría unos treinta años de edad y su próxima maternidad parecía complacerle. Tenía grandes ojos oscuros. Bernstein pensó que aquéllos debían ser días muy duros para los Sloan —un exmiembro importante del equipo personal del Presidente que se encontraba sin trabajo, envuelto en una nube de sospechas y con una esposa a punto de tener su primer hijo—. Esos días, cuando más felices podían haber sido, su nombre estaba apareciendo en los periódicos a diario y de un modo generalmente poco halagador... y ella tenía que pasarse las horas esperando a que su marido llegara a casa después de haber sido interrogado por el gran jurado. Algún agente del FBI, indudablemente, estaría hablando con sus amigos y vecinos tratando de conseguir información... y los

reporteros llamando a su puerta a todas las horas del día...

Bernstein compartía esos pensamientos con ella y, por lo tanto, trataba de que no le considerase relacionado con esas hordas.

La mujer se dio cuenta de su incomodidad. Le dijo que comprendía que él sólo trataba de cumplir con su deber, realizar su trabajo como periodista. Como había hecho su esposo.

—*Ésta es una casa honrada* —fue su declaración, orgullosa y firme.

¿Había leído lo publicado por el *Washington Post*? La señora Sloan contestó con un movimiento afirmativo de cabeza. Le había gustado. Para él resultó un alivio darse cuenta de que ella tenía idea de lo que era el trabajo periodístico. Bernstein le dijo que el equipo del *Post* no tenía ideas preconcebidas. Y que había mucha gente a la que la verdad no parecía preocuparle lo más mínimo, y menos todavía, añadió, lo que pudiera pasarle a su esposo.

—*Lo sé* —replicó. Hablaba con tono de tristeza en su voz. Su marido se había visto abandonado por gente en la que había confiado, gente que él había creído tenía los mismos principios y conceptos de los valores morales que eran los suyos. Pero había resultado que los principios de muchos de ellos eran sólo pura palabrería. Había en sus palabras, de vez en cuando, un destello de indignación, pero en general su tono era de tristeza.

¿Cuál fue la primera reacción de su esposo cuando le pidieron por primera vez que facilitara dinero para aquello? Bernstein estaba tratando de cruzar la línea lentamente, pero ella se dio cuenta de lo que pretendía de forma inmediata.

Sobre eso tendría que hablar con su esposo. No sería propio de ella comentarlo. La señora le pidió de nuevo su teléfono y Bernstein se lo escribió en una página de su cuaderno de notas. Bernstein mintió y le dijo que tenía que ver todavía a otra persona en el barrio; si terminaba temprano, ¿les molestaría que volviera a visitarlos para hablar con su marido?

Sería bien recibido si venía, le respondió ella, pero no sabía si su marido querría hablar con él.

¿No podría ella hacer algo por convencerlo? Bernstein sonrió como si tratara de insinuar una noble y bien intencionada conspiración.

Ella sonrió:

—*Ya veremos.*

Había una bonita tienda de bicicletas en McLean, y Bernstein se dirigió a ella para alquilar una y entretenerse así unas horas. Deseaba buscar una sustitua para su querida, y robada Raleigh. Y, mientras, seguía pensando en Jeb Magruder. Se había enterado de algo que le había disgustado enormemente: Magruder era, como él, un fanático de la bicicleta. Al periodista le costaba trabajo aceptar que un «fan» de la «bici» pudiera ser un espía del caso Watergate. Y en realidad Magruder lo era. Incluso era socio del club de amigos de la bicicleta, e iba a su trabajo en la Casa

Blanca con su bicicleta de diez velocidades a diario. Nadie le robaría allí la «bici» a Magruder. Bernstein lo sabía porque él mismo fue en alguna ocasión a la Casa Blanca en bicicleta, por ejemplo, el 14 de julio —no en su Raleigh, pero sí en una Holdsworth, que había hecho fabricar en Londres—, y tan pronto cruzó las puertas de la residencia presidencial estuvo seguro de que allí nadie se aproximaría a su máquina.

Bernstein la dejó apoyada contra el muro en la casa del guarda de la entrada, sin molestarse siquiera en ponerle la cadena. Había acudido para oír el discurso del presidente Agnew sobre la necesidad de conseguir ayuda para las víctimas de la gran inundación causada por el huracán «Agnes». Y había aprovechado la ocasión para visitar a Ken Clawson.

—*Vosotros, los muchachos del Post, estáis dando hachazos sobre un árbol sano con lo de Watergate* —le había dicho Clawson.

Unas horas más tarde, Hugh Sloan respondió a la llamada de Bernstein a la puerta de su casa. Parecía como si acabara de salir de las páginas del *Management Intern News*. Estaba en sus treinta años de edad, era delgado, con el pelo cuidado y bien peinado, justamente lo suficientemente largo como para estar a la moda, con un *blazer* azul, camisa discreta, y corbata roja. Un hombre guapo, quizá excesivamente delgado.

—*Mi esposa me dijo que tal vez regresaría usted* —le dijo, permitiendo que Bernstein se resguardara de la lluvia en el *hall* de su casa. Pero dejó la puerta abierta—. *Como usted sabe* —añadió—, *no he querido hablar hasta ahora con la Prensa.*

Lo dijo con cierto tono de excusa, lo que sin duda era un buen síntoma. Con un ojo en la puerta abierta, Bernstein decidió arriesgarse y disparar al vacío. El reportaje publicado aquella mañana había cambiado la situación, argüyó. La gente sabía ya que Sloan no era culpable en el caso Watergate. Pero sabía quién era el culpable o, al menos, cosas que podrían llevar a dar con él. Ahora que una parte de la historia se había hecho pública, Sloan podía poner el resto en los relatos, librar su nombre de sospechas y dejar que la gente supiera la verdad. Tal vez había una explicación legítima para justificar la entrega de fondos a los ayudantes de Liddy y de John Mitchell. Si la había, y ésta era la historia completa, debía contarla. Quizá las cosas eran todavía peores de lo que sugería el reportaje. Si eran peores...

—*Son mucho peores* —le interrumpió Sloan—. *Por eso me marché, porque sospeché lo peor.*

De repente, adquirió el aspecto de quien se siente herido. No parecía haber resentimiento en su actitud, sólo dolor. Movi6 la cabeza con vacilaci6n.

En ese caso, ¿por qué no decía lo que sabía? Ahora. Públicamente. Para evitar que otros pudieran ser heridos también. A la larga eso incluso podría beneficiar la elecci6n de Nixon, explic6 Bernstein, porque el propio presidente resultaría lastimado gravemente si el asunto seguía en la prensa, sin aclarar, durante mucho tiempo.

Sloan afirmó con un movimiento de cabeza. Le gustaría hacerlo, dijo. Realmente le gustaría. Pero sus abogados le habían advertido que no lo hiciera. Cualquier cosa que dijera públicamente podía ser utilizada contra él y podría dar motivo a un procedimiento, un pleito civil contra él como consecuencia de su papel como tesorero de la campaña de Nixon.

Bernstein resistió la tentación de aconsejarle que buscara otros abogados; eso es lo que él habría hecho, de ser inocente, en el lugar de Sloan: buscar un nuevo abogado y demandar al CRP.

También la acusación le había pedido a Sloan que no hiciera ninguna declaración pública antes de que comenzara el juicio por el caso Watergate. Así que, dijo, se encontraba doblemente atado a la ley del silencio.

¿Hasta qué punto tenía Sloan la seguridad de que los fiscales estaban de su parte?

Creía que lo estaban, dijo, pero la verdad era que ya no tenía demasiada fe en nadie.

¿A qué se debía que sólo hubiesen sido acusados siete hombres?

—*A la situación global* —respondió.

Bernstein recordó que la contable le había dicho que los abogados del Comité estuvieron presentes durante los interrogatorios llevados a cabo por el FBI con los empleados del CRP.

Sloan dijo que eso era cierto.

¿Le habían indicado los abogados lo que debía responder, o que se mantuviera alejado de determinados asuntos?

—*No se nos dijo de forma tan explícita. Sólo «no hablen»* —dijo Sloan—. *Pero el mensaje quedaba claro. Era más o menos: «mantenerse unidos», «lavar la ropa sucia en casa».*

¿Significaba eso que había que mentir?

Bernstein podía sacar sus propias conclusiones, le dijo Sloan. Desde luego, era una suposición que no parecía totalmente irrazonable.

¿Quién había transmitido el mensaje? ¿Los abogados? ¿Mardian? ¿LaRue?

Bien, Mardian y LaRue habían sido elegidos por John Mitchell para desarrollar las respuestas del Comité al asunto del espionaje telefónico. Por lo tanto, era seguro que ellos debían saber de qué se trataba, dijo Sloan. Eran ellos los que habían «fabricado las respuestas».

¿Era eso otra forma de decir «echar tierra al asunto»?

Definitivamente no era un plan para seguir adelante y decir la verdad, concedió Sloan.

¿Supo Mitchell el asunto de la escucha ilegal antes de que se llevara a cabo? ¿O LaRue? ¿O Mardian?

Mitchell estaba enterado de ese asunto y de muchas otras cosas antes de que se llevaran a cabo, dijo Sloan, pero no tenía pruebas fehacientes de ello, salvo la cuestión del dinero, información de segunda mano y su conocimiento privado de las

personas involucradas y de cómo funcionaba el Comité.

—*Mitchell tenía que saber lo de los fondos. No se entrega una cantidad tal de dinero sin que el jefe de la campaña sepa en qué va gastarse, sobre todo cuando el dinero se paga en billetes y sin recibos.*

LaRue era el «ayudante de campo» de Mitchell, le explicó Sloan. Así que lo más probable era que estuviese mezclado en todo. No estaba tan seguro en lo que se refería a Mardian, que se había incorporado al Comité procedente del Departamento de Justicia, el 1 de mayo, después de que el dinero hubiese circulado ya. Después del 17 de junio, quedaba fuera de duda que Mardian, que había sido el coordinador político en el CRP, había quedado enterado de todo lo que había que saber. Después fueron él y Mitchell quienes comenzaron a poner en marcha ese *show*, de acuerdo con Mitchell.

¿Incluso la destrucción de archivos y fichas?

Eso formaba parte del asunto.

La contable había parecido insinuar que los archivos relacionados con los fondos y la cuenta secreta de la caja fuerte de Stans habían sido destruidos inmediatamente después de la entrada en vigor de la nueva ley reguladora de la campaña electoral, el 7 de abril. Pero Sloan dijo que no era así, que habían sido destruidos inmediatamente después de la detención de los acusados del caso Watergate, como también lo fueron, al mismo tiempo, otros archivos y documentos. Entre éstos se contaban siete libros de cuentas, cada uno de ellos de dos centímetros de grosor, donde estaban registradas las contribuciones recibidas para la campaña antes de que la nueva Ley entrara en vigor. Se había hecho limpieza general después del intento de allanamiento y escucha electrónica.

Seguían hablando en el *hall* de entrada de la casa de Sloan. Éste, de vez en cuando, miraba la puerta abierta y Bernstein hacía como si no se diera cuenta de ello. Sloan empezaba a encontrarse a disgusto. No hacía más que repetir que había ido más lejos con sus palabras de lo que hubiera deseado hacer antes de tomarse tiempo de pensarlo a fondo.

Bernstein estaba impresionado por la confianza de Sloan. Éste parecía convencido de que el presidente, cuya reelección deseaba, no sabía nada de lo ocurrido antes del 17 de junio; pero estaba seguro de que Nixon había sido mal servido por sus subordinados antes del espionaje del cuartel general demócrata y que desde entonces le estaban colocando en una situación cada vez más difícil. Sloan creía que los miembros de la acusación fiscal eran gente honesta, decididos a descubrir la verdad, pero que existían obstáculos que no podían evitar. No podía decir si el FBI se había mostrado torpe o había actuado sometido a presiones para seguir procedimientos que, desde luego, impedían la realización de una investigación completa. Creía que la Prensa estaba cumpliendo con su obligación, haciendo su trabajo, aunque, basándose en la falta de inocencia del Comité, había llegado a sacar falsas conclusiones sobre determinadas personas. Él mismo, Sloan, era un ejemplo de ello. No se sentía

amargado, ni herido, pero sí desilusionado. Ahora todo lo que deseaba era terminar de llevar a cabo sus obligaciones —testificar en el juicio y en el pleito civil— y abandonar Washington para siempre. Estaba buscando un empleo en la industria, una posición directiva, pero no resultaba fácil encontrarlo. Su nombre había aparecido en los periódicos con demasiada frecuencia. No volvería jamás a trabajar para la Casa Blanca, ni siquiera en el caso de que le pidieran que regresara. Le gustaría estar en el lugar de Bernstein, le gustaría saber escribir, pues tal vez en ese caso sabría expresar todo lo que estaba pasando por su mente. No necesariamente los hechos fríos y desnudos del caso Watergate —que no eran lo realmente importante—, sino lo que significaba para un hombre y una mujer jóvenes venirse a Washington porque creían en algo, entrar en ello, ver cómo se hacen las cosas y observar cómo sus propios ideales se desintegran.

Él y su esposa creían en las mismas cosas antes de venirse a Washington. Algunos de los amigos y compañeros de la Casa Blanca también, pero esa gente había decidido que era posible seguir creyendo en las mismas ideas y adaptarse a la realidad. Después de todo, los objetivos seguían inalterados, seguimos trabajando por aquello en que creemos, ¿no? La gente de la Casa Blanca creía que estaba autorizada a hacer cosas distintas, a suspender regulaciones y reglas porque estaba llevando a cabo una misión, y que esta misión era lo único que importaba. Era fácil perder la perspectiva, dijo Sloan. Él había visto cómo eso ocurría muy frecuentemente. Pero él y su mujer deseaban marcharse de Washington antes de que ellos también pudieran llegar a perderla.

Bernstein no podía creer que Sloan dijese esas cosas de no estar convencido de que la Casa Blanca estaba involucrada en la cuestión del espionaje electrónico y en el intento de ocultar la verdadera historia.

—*No sé nada verdaderamente importante de lo que ocurría al otro lado de la calle (se refería a la Casa Blanca) —dijo Sloan—, pero, a juzgar por quienes están mezclados en los asuntos del Comité, no me extrañaría que fuese así.*

De todos modos, continuó explicando Sloan, la cuestión era ampliamente semántica, una cuestión de matiz: desde el caso Watergate, la Casa Blanca y el propio presidente habían hablado como si el CRP fuera una compañía particular creada por partidarios de Richard Nixon, que intentaban lanzarlo para su reelección y contratar su campaña con una firma de consultores. Pero lo cierto era que el Comité para la Reelección Presidencial era la Casa Blanca, total creación de ésta, equipado por la Casa Blanca y debía informar y rendir cuentas sólo a la Casa Blanca.

Bernstein le preguntó si los nombres de algunas personas que aún trabajaban en la Casa Blanca habían estado inscritos en la simple hoja de papel que constituía todo el estado de cuentas de los fondos sacados de la caja fuerte de Stans. Sloan no lo quiso decir. Pero añadió que Liddy y Porter constituían un «*agrupamiento lógico*» y que nadie había sacado de esos fondos cantidad comparable a la de ellos.

Bernstein pensaba, por deducción de lo que le había dicho la contable, que Liddy

y Porter habían recibido bastante más de 50 000 dólares cada uno. Esa cifra de 50 000 dólares era simplemente lo que ella había podido calcular basándose en la supuesta suma total.

Sloan confirmó sus sospechas. El total se aproximaba más bien los 300 000 dólares. Ese fondo llevaba ya más de 18 meses de existencia y había representado la contribución en metálico a la campaña de Nixon. Todo el dinero que llegaba al Comité se entregaba a la caja fuerte de Stans. En algunos momentos debió haber más de 700 000 dólares en ella.

Antes del 17 de junio, añadió Sloan, nadie le había dicho cuáles eran los fines específicos de esos fondos.

¿Qué pasaba con la «seguridad de la convención» o el «fondo de seguridad»?

Sloan no había oído ninguna de ambas denominaciones antes del allanamiento en Watergate. Fue entonces cuando comenzó a circular la historia, en el seno del CRP, de que los fondos sacados por Liddy, Porter y Magruder habían estado disponibles para «la seguridad de la convención» y que Liddy se había apropiado indebidamente de su parte y la había usado para financiar el Watergate. Pero eso no tenía sentido para Sloan. Los fondos legales de seguridad se incluían en el presupuesto oficial de modo muy cuidadoso y detallado, dijo. Se pagaban mediante cheques nominales y se registraban en las cuentas fiscales destinadas a la GAO. Si ése hubiera sido el fin de los gastos, Sloan hubiera estado informado de ello y se le hubiera especificado en qué se invertía el dinero. Al fin y al cabo él era el tesorero.

Bernstein, seguidamente, le hizo una pregunta que resultaba obvia. Pero Sloan no quiso decir quién le había ordenado que hiciera los pagos secretos. Necesitaba más tiempo para reflexionar sobre la sugerencia que le había hecho el periodista de que consultara los archivos. Bernstein le dijo que el *Post* le permitiría establecer las reglas fundamentales a su gusto. ¿Qué opinaba sobre una entrevista registrada en cinta magnetofónica? Si Sloan deseaba que su abogado estuviera presente, no había inconveniente, le parecía bien. Sloan podría recibir las copias de los reportajes antes de su publicación y borrar de ellas todo lo que su abogado creyera que iba a ocasionarle problemas legales, en tanto que la omisión no falseara los hechos.

Bernstein deseaba regresar con Woodward. Si entre los dos conseguían que Sloan se tranquilizara y confiara en ellos, tendrían una buena oportunidad de conseguir que hablara sin tantas precauciones. Muchas de las cosas que le había dicho Sloan resultaban ambiguas y poco claras, pero sus palabras sugerían la existencia de una amplia conspiración sobre la que tal vez pudieran hacerle hablar.

Sloan le dijo a Bernstein que lo llamara al día siguiente y que entonces le daría una respuesta sobre la entrevista. Y si no resultaba posible, tal vez podían llegar, los tres, a un acuerdo sobre otras bases.

Hablaron amistosamente durante unos minutos más sobre el bebé —podría nacer cualquiera de estos días, dijo Sloan—, sobre la campaña electoral, la Prensa en general. Sloan preguntó si en realidad los periódicos no eran demasiado exigentes y

críticos al pretender de los demás un alto nivel mientras que para ellos no exigían tanto; dudaba de que los reporteros tuvieran idea de la angustia que podían causar a la gente con sólo una breve sentencia contra ellos. No lo decía sólo por sí mismo, o al menos no de modo principal, pero su esposa y sus padres... Aquel asunto había sido muy duro y desagradable para ellos.

De regreso a la redacción, Bernstein seguía pensando en lo que Sloan le había dicho en esos últimos minutos^[17]. Woodward y él ya habían cambiado impresiones sobre ese problema. Suponiendo por un momento que Magruder y Porter sólo fueran dos hombres caídos en desgracia, que alguien en el Comité o en la Casa Blanca hubiera deseado que el reportaje de aquel día se publicara, y se las hubiera arreglado para hacer llegar a ellos una información falsa que sabía aparecería en el *Post*... O que Magruder y Porter estuvieran siendo utilizados para proteger a cualquier otra persona...

Bernstein telefoneó a un agente del FBI asignado al caso Watergate. Conocía al hombre sólo de modo superficial y el agente no pareció entusiasmarse demasiado al oír su voz. Los reportajes del fin de semana sobre los fondos secretos y Bart Porter y Jeb Magruder habían causado problemas al FBI, dijo. L. Patrick Gray III, el director en funciones de la Oficina Federal de Investigación, había telefoneado personalmente al jefe de su departamento de Washington pidiéndole se asegurase de que el *Washington Post* no estaba consiguiendo información allí, a través de alguno de sus agentes.

—*No sé cómo os las estáis arreglando, pero habéis logrado acceso a los 302* —dijo el agente— *y son muchos los que creen que estáis consiguiendo esa información de nosotros.*

Los formularios 302 del FBI son los que contienen los informes de los interrogatorios y son rellenados por los agentes tan pronto acaban de interrogar a los testigos.

—Bueno, si quiere hablar conmigo, llame a la centralita, dé su nombre y pida por mí. Gracias —le dijo.

Bernstein sugirió que el agente le respondiera en voz alta que no podía hablar con ningún reportero y que después, cuando tuviera ocasión, lo llamara. Y así se hizo.

Bernstein le leyó parte de sus notas: Robert Odle había sacado de su lugar algunos documentos durante el fin de semana en que ocurrió el caso Watergate y es muy posible que destruyese algunos de ellos. Alguien, que no tenía que ser necesariamente Odle, había destruido memorándums en los que se describían las conversaciones que habían sido grabadas a los funcionarios del Partido Demócrata. Robert Mardian y Fred LaRue, a partir del 19 de junio, habían dirigido la maniobra de réplica al descubrimiento del allanamiento y la escucha clandestina y estaban enterados de la destrucción de determinados documentos. Esto formaba parte de las medidas de réplica. LaRue y Mardian habían dicho a los empleados del CRP que

evitaran ciertos temas cuando les interrogasen los investigadores, en especial si éstos insinuaban la posibilidad de que se hubiesen destruido fichas o documentos. Mitchell había elegido a Mardian y LaRue para que se encargaran de esas medidas.

El agente se puso furioso. Sólo había una fuente de información a través de la cual los periodistas pudieran haberse enterado de esas cosas: los 302, dijo. Era contrario a la Ley, dijo, que Bernstein tuviera esos impresos o copias de ellos y si el *Post* publicaba algo basado tan claramente en los formularios 302, él trataría de conseguir que Bernstein y Woodward fueran citados por un juez y se les obligara a entregar todos los documentos que obraran en su poder y que pertenecieran al gobierno.

Bernstein se dio cuenta de que la actitud del agente significaba una clara confirmación de lo que sabía. Pero ¿de qué le servía?

¿Hasta qué punto tenían base las sospechas?

El agente no se lo dijo.

Además, estaba aquel problema de los 302, que Bernstein comprendía. Se trataba de informes que pudiéramos llamar en bruto, sin evaluar, sin base sustancial. Cualquiera podía haber comunicado esas cosas al FBI, constanding así en el resumen de su interrogatorio, en los 302. Hechos, informaciones de tercera mano, sospechas personales, trucos. No cabía pensar, en modo alguno, en utilizar sólo un 302 como base para un reportaje.

La confirmación indirecta que había obtenido del agente sobre lo que sabía de Odle, Mardian y LaRue, o sobre la destrucción de documentos, en general, significaba tan sólo que el FBI había recibido la misma información que ellos tenían. Pero esto no probaba nada, no era suficiente.

Bernstein llamó a Sloan, pero éste estaba tan ocupado que no podía recibirlos, ni siquiera ponerse al teléfono. Bernstein podía telefonarle más tarde si así lo deseaba.

Mientras Woodward hacía su serie diaria de consultas telefónicas, lo que en ocasiones duraba horas, Bernstein comenzó a escribir un borrador del reportaje. Estaba seguro de que podían montar un relato tangible capaz de probar que se había llevado a cabo un intento organizado de ocultar los hechos del caso Watergate. Woodward se mostraba escéptico al respecto.

Y no era él solo. Rosenfeld había llamado a Woodward a su oficina, pocos días antes, para decirle que Bernstein, paso a paso, se iba aproximando a los hechos. Las teorías de Bernstein solían ser acertadas con frecuencia, dijo Rosenfeld, y no deseaba desalentarlo. «Pero usted debe asegurarse de que no se publique nada que no tenga una base sólida», le suplicó Rosenfeld.

El informe borrador de Bernstein decía que los principales asociados de John Mitchell en el CRP, Mardian y LaRue, habían dirigido una «masiva limpieza casera», en el curso de la cual fueron destruidos archivos y documentos y se habían dado instrucciones a los miembros del personal de que «cerraran filas» en respuesta a las detenciones del Watergate. Y que la «limpieza casera» había

precedido de inmediato a la decisión personal de Mitchell de designar a LaRue y Mardian para que dirigieran la «réplica del comité» a tales actos.

El informe describía algunas de las cosas que habían sucedido en el CRP los días que siguieron al allanamiento del Watergate. La destrucción de documentos —los memorándums grabados, la hoja con el estado de cuentas de los fondos secretos (en el que se incluían las sumas sacadas por Porter, Magruder y Liddy) y nada menos que siete libros en los que habían quedado registrados los que habían contribuido a la campaña y los fondos que éstos entregaron antes del 7 de abril— se había realizado de manera total. Mardian y LaRue habían comenzado a buscar pruebas incriminatorias el 19 de junio, y los documentos que podían haber revelado algo ya no existían cuando el FBI comenzó el examen de los archivos del CRP. Robert Odle había pasado el fin de semana siguiente al asalto al Watergate haciendo inventario de los archivos del Comité y apartando de ellos muchos documentos. Después de la destrucción de éstos había sido destinado al CRP para facilitar al FBI los documentos por éste solicitados.

Más todavía: Mardian y LaRue y los abogados del Comité habían aconsejado a determinados individuos «que se mantuvieran alejados de ciertas zonas» cuando fueran interrogados por el FBI, la acusación o el gran jurado. Se citaba, anónimamente, a Sloan como alguien que dijo que los que participaban en la campaña «nunca dijeron demasiadas cosas». «No habléis...». Había que mantener las filas cerradas y permanecer unidos. Y, todavía más: otros empleados habían dicho que sus superiores les sugirieron respuestas específicas a ciertas preguntas que seguramente les serían hechas por los investigadores. Los interrogatorios del FBI habían sido llevados a cabo en presencia de abogados del Comité o del propio Mardian. Varios empleados que tenían información que podría resultarles perjudicial habían sido ascendidos de modo repentino e inesperado durante las semanas que siguieron a la detención de los sospechosos de Watergate. Empleados del comité habían recibido instrucciones de no hablar con la Prensa sin permiso especial de sus superiores, hasta el punto en que, incluso, se les prohibió decir su grado dentro de la organización. Una empleada le había dicho que fue seguida a su cita para almorzar con un reportero y, a su vuelta, fue interrogada sobre cuál había sido el tema de su conversación con éste.

Cuando Bernstein hubo terminado, llamó por teléfono a Sloan le leyó el borrador de su artículo. Sloan confirmó virtualmente todo lo que en él se decía.

Bernstein añadió algunos detalles, entre los que se incluía la referencia que hizo Liddy, en su charla con sus colegas el martes que siguió al descubrimiento del allanamiento del Watergate, sobre que «una manzana podrida» podía estropear todo el cesto.

Woodward y Bernstein llevaron el borrador a Rosenfeld. A los 44 años de edad, había sido redactor jefe del servicio extranjero en el *New York Herald Tribune* y el *Washington Post*. Audaz y precavido al mismo tiempo, tenía un especial talento

para descubrir los fallos y los huecos en lo que escribían sus reporteros. Desde la semana que siguió al allanamiento en el Watergate, Rosenfeld había sido el que más había luchado por persuadir a Bradlee y los otros altos jefes (después de haberse dado por satisfecho él mismo) de que los dos reporteros habían dado con una buena base para sus informaciones. Desde el día de 1970 en que dejó la mesa de «extranjero» para pasar a convertirse en redactor jefe responsable del servicio metropolitano, la misión de Rosenfeld había sido hacer que el cuerpo de redactores y reporteros locales perdiesen su puesto de segunda categoría en el *Post*. Valorando el potencial de la historia de Watergate, había luchado para que ésta siguiera dentro de la redacción metropolitana y lo había conseguido venciendo los intentos de la redacción de nacional para hacerse con el caso.

Rosenfeld dirigía el equipo metropolitano del *Post*, el más numeroso de todos, como quien dirige un equipo de fútbol. Alababa o criticaba a sus jugadores, haciéndoles saber que había prometido «resultados» a su jefes, rogando, gritando, halagando, apaciguando, elaborando sus expresiones faciales para conseguir resultados instantáneos, haciendo que su rostro expresara rabia, satisfacción, disgusto o preocupación, de acuerdo con las necesidades del momento.

Había nacido en el Berlín prenazí y se trasladó a la ciudad de Nueva York cuando tenía sólo diez años. Hizo esfuerzos, con éxito, para olvidar su alemán nativo y hablaba inglés sin el menor rastro de acento extranjero. Rosenfeld comenzó a trabajar para el *Herald Tribune* después de haberse graduado en la Universidad de Siracusa y siempre fue redactor y nunca reportero. Se sentía inclinado a mostrar su disgusto por el hecho de que tantos reporteros del servicio metropolitano fuesen incompetentes, y pensaba que incluso los mejores reporteros sólo podían salvarse de su propia autodestrucción gracias a los conocimientos y la habilidad de un buen redactor. Su natural desconfianza en los reporteros se agudizaba especialmente en el caso Watergate, en el cual los riesgos eran muy grandes y se hallaba en una posición muy incómoda al tener que confiar en Bernstein y Woodward mucho más de lo que jamás había confiado en ningún otro reportero. Convencido de que una gran parte de la información se le escapaba de las manos, trataba de ejercer el máximo control posible; rondaba en torno de las mesas de trabajo de los reporteros, fisgando las cuartillas que había en sus máquinas de escribir, les hacía preguntas y más preguntas, cada vez que telefoneaban, sobre la identidad de sus fuentes de información, pedía ser informado de las conversaciones cuando colgaban el teléfono o cuando regresaban de una entrevista.

En esos momentos, después de tragarse un puñado de tabletas contra la acidez de estómago, sometía a Woodward y a Bernstein a un auténtico tormento, tratando de comprobar la solidez de su último reportaje. Se sintió algo más seguro al conocer la conversación de Bernstein con el agente del FBI. Al menos el FBI tenía los mismos datos y sospechas en sus archivos. Rosenfeld siempre se sentía más tranquilo cuando sabía que en alguna parte, por inaccesible que ésta fuera, había un trozo de papel que

podía apoyar lo dicho en un reportaje.

No le cabía duda de que el caso Watergate era una historia peligrosa. Realmente, el *Post* estaba haciendo sus propias acusaciones, y no sólo contra los funcionarios de la campaña electoral proreelección del presidente sino también contra la integridad del FBI y de los investigadores del gran jurado. Los cargos, en cierto modo, eran mucho más graves que los que el gran jurado había presentado en su auto de procesamiento cuatro días antes.

Después de dar por terminado el interrogatorio de sus reporteros, Rosenfeld aprobó el reportaje. Bernstein llamó al CRP para conocer sus comentarios de ritual. La anotación (indicar que el CRP niega) fue señalada entre los párrafos dos y tres, exactamente después de cuando se describía a Mardian y LaRue como dirigentes de la «limpieza casera».

La oficina de Prensa del Comité no les respondió hasta después de transcurridas más de hora y media. Los reporteros estaban seguros de que en su declaración, cuando menos, estaría la afirmación de que Fred LaRue y Robert Mardian habían sido modelos de probidad en sus esfuerzos por conseguir la reelección del presidente.

Después de haberse pasado varios años informando sobre la Nueva Izquierda, los movimientos antibélicos, manifestaciones y alborotos, *hippies*, drogados y dementes, radicales de la nueva y la vieja escuela, durante el tiempo que Mardian estuvo al frente de la División de Seguridad Interna, del Departamento de Justicia, Bernstein sentía un saludable temor por éste.

La División de Seguridad Interna había sido la que dirigió el control electrónico de los teléfonos por cuenta del gobierno. Y Mardian había supervisado con éxito la acusación fracasada en muchos de los casos más célebres de conspiración o «juicios políticos», en los cuales tanto los acusados como sus defensores habían estado sometidos a vigilancia electrónica y por otros medios.

Finalmente, Van Shumway les llamó con el comentario del CRP en respuesta a su reportaje:

—*Las fuentes de que se nutre el Washington Post son una mina de falsa información.*

Bernstein esperó, pues suponía que diría algo más, pero se equivocó y eso fue todo.

Dado que las implicaciones que podían derivarse del reportaje eran contrarias en todo al mensaje contenido en la acusación, Bernstein y Woodward habían esperado que mereciera especial atención. Pero para la mayor parte de los más importantes medios informativos de la nación no fue así. La historia pasó desapercibida, ignorada, o los comentarios se refirieron a la negativa de Mardian, que no quería hablar con los periodistas del *Post*.

El periódico *Los Angeles Times* citaba la frase de Mardian que describía la historia del *Post* como «*la mayor sarta de mentiras que he leído en mi vida*». El

Washington Star-News ponía tres párrafos al final de otro reportaje sobre el caso Watergate y mencionaba que Mardian había calificado la información del *Post* de una «mentira», y negaba que él u otros funcionarios de la campaña presidencial hubieran llevado a cabo nada parecido a una «limpieza casera» o la destrucción de cualquier clase de documentos.

Clark McGregor, en una reunión pública en New Hampshire, ante una gran audiencia, comentó que:

... la Prensa importante no discute un caso como éste (el caso Watergate) con tanto detalle si no es para tratar de crear prejuicios en un posible proceso.

En el programa de la Public Televisión «Treinta Minutos con...», Richard Kleindienst fue interrogado por Elizabeth Drew, la corresponsal en Washington del *Atlantic*, sobre la historia publicada por el *Washington Post*. El Fiscal General no sabía nada acerca de que hubiera sido destruido ningún documento; no tenía la menor idea de que nadie en el seno del CRP tuviera intención de hacer desaparecer documento alguno. Si Mardian y LaRue habían destruido ficheros u otros documentos, esto, desde luego, constituía obstrucción a la acción de la Justicia.

Bernstein y Woodward se dieron cuenta de que había indicios que comenzaban a señalar inconfundiblemente hacia John Mitchell, ex-Fiscal General de los Estados Unidos. Desde su declaración original de la inocencia del Comité para la Reección del Presidente, el 18 de junio, Mitchell había sido objeto de una constante investigación por parte de los reporteros, que ahora habían llegado a enterarse de que la opinión prevalente en el Comité era la de que John Mitchell estaba implicado en el caso.

Después de su admisión como jefe de la campaña, Mitchell había seguido ayudando directamente en los esfuerzos por conseguir la reelección de Nixon. Un funcionario del CRP dijo que Mitchell había colaborado en la redacción de muchos de esos mentís que nada desmentían, que fueron publicados como réplica a sus reportajes. Mitchell había sido interrogado por el gran jurado.

Y estaba el asunto de su esposa. Desde el 22 de junio, cuando ésta telefoneó a Helen Thomas, de la *United Press International*, para decirle que «se sentía asqueada y enferma de todo el asunto» y había amenazado con abandonar a su esposo, el exabrupto de Martha Mitchell se convirtió en un rasgo especial del caso Watergate. Tres días después de la primera llamada, volvió a telefonar para declarar que se sentía como un prisionero político. «No estoy dispuesta a enfrentarme con todas estas cosas sucias que están ocurriendo. Si usted pudiera verme no lo creería, pero estoy negra, morada».

Los Mitchell se habían trasladado de nuevo a Nueva York y vivían en la Essex House, al Sur del Central Park. Woodward tomó el último avión para Nueva York la noche del 21 de septiembre, con la esperanza de localizar por teléfono a la señora Mitchell a la mañana siguiente en su hogar, después de que su marido se hubiera marchado a su oficina en la firma «Mudge, Rose, Guthrie y Alexander», abogados, de la que él y Richard Nixon habían sido socios.

A las nueve de la mañana siguiente, Woodward le preguntó al empleado por el número del apartamento de J. N. Mitchell. Pero nadie figuraba registrado allí con ese nombre.

Abandonó el edificio y se dirigió a un teléfono público desde donde marcó el número de la Essex House.

—Deme el número de la habitación que ocupan los Mitchell; de prisa, por favor, es muy urgente.

—Habitación 710 —dijo la telefonista, y marcó la extensión.

Un hombre se puso al teléfono. Preguntó quien llamaba y Woodward se identificó como reportero del *Post*. La señora Mitchell no podía ponerse al aparato, dijo el hombre, y colgó.

Pocos minutos después, Woodward tomaba el ascensor para el piso séptimo y se

dirigía a la habitación 710, que era la «*suite* Marriot», de acuerdo con la placa de bronce que indicaba su nombre sobre la puerta de esmalte blanco. Se situó en un ángulo del corredor y llamó a la puerta. No le respondió nadie, que era exactamente lo que Woodward esperaba; pero podía quedarse frente a la puerta todo el día, si era necesario, en espera de que alguien la abriera.

Ya había hablado anteriormente con la señora Mitchell, en 1971, cuando ésta le llamó después de que publicase un reportaje suyo sobre una gran planta generadora que lanzaba demasiado humo y estaba contaminando el aire distinguido de las proximidades del Watergate. Tras comprobar sus archivos de la ciudad, Woodward había descubierto que entre las muchas quejas que se habían presentado contra la central en cuestión había una de Martha Mitchell, residente en el Watergate. Había tratado de ponerse al habla con ella por teléfono, antes de escribir su reportaje, para preguntarle si estaba enterada de que ese humo, esa contaminación, procedía de una central monstruo que suministraba energía eléctrica a la Casa Blanca y al Departamento de Justicia. Pero no pudo ponerse en contacto con ella. La señora Mitchell le había llamado la misma mañana que apareció el reportaje y Woodward la había encontrado simpática y sincera.

Cariño, le había dicho, a ella no le importaba si su esposo John y el señor presidente tenían que trabajar a la luz de las velas. Ya sabía bastante sobre el asunto, desde Fine Bluff, en Arkansas, para comprender que los seres humanos no tienen por qué estar sometidos a los atropellos de nadie.

Esto había ocurrido un año antes. Siempre había sido considerada como una de las pocas personas que en Washington solían decir la verdad, aunque tal vez fuera un poco liberal. Ahora, pensaba Woodward, Martha Mitchell se había convertido en el coro griego de la tragedia del Watergate, que no vacilaba en cantar sus advertencias a todo el que quisiera escucharlas.

Woodward llevaba esperando en el corredor como unos veinte minutos cuando uno de los guardias de seguridad de Mitchell, un negro de elevada estatura, abandonó el departamento y tomó el ascensor hacia la planta. Woodward hizo lo mismo y desde una cabina telefónica del vestíbulo llamó a la habitación 710. Martha Mitchell respondió al teléfono. Su voz sonó jovial y parecía dichosa de tener la oportunidad de charlar con alguien. Hablaron sobre Washington, la política, las próximas elecciones, Manhattan... En ese momento la operadora les interrumpió para advertirles que debía depositar otros cinco centavos si deseaban seguir hablando.

—*No quisiera que Katie Graham (la propietaria del Post) gastase otro nickel por mi causa* —bromeó la señora Mitchell.

Woodward puso un cuarto de dólar en la ranura del teléfono. Pero, de repente, la voz de la señora Mitchell adquirió un tono de ansiedad y le dijo que tenía que colgar. Woodward volvió a tomar el ascensor hacia el piso séptimo.

Después de esperar varios minutos, unas camareras del hotel llamaron a la puerta de la *suite* 710 y Martha Mitchell las dejó entrar. Woodward corrió a la puerta, pero

llegó en el momento en que ésta se cerraba. Llamó. La señora Mitchell, que posiblemente pensó que era alguna otra camarera que se había quedado fuera, abrió la puerta. Vestía una blusa estampada, pantalones azules y sandalias blancas.

—*Me siento violenta* —dijo—. *Me ha sorprendido con la cara llena de crema.*

Durante quince minutos de conversación, con el ruido de los aspiradores como música de fondo, la señora Mitchell le dijo que proyectaba escribir un libro sobre sus experiencias en Washington y que se sentía muy feliz de «*transformar a mi familia en una entidad apolítica*». El tema Watergate, desde luego, le hizo ponerse visiblemente nerviosa. Cada vez que Woodward sacaba a relucir la cuestión, ella respondía: «*No sé nada...*». «*Usted lo dice*», o «*Eso aparecerá en el libro que voy a escribir*». Y después se mostraba elusiva. No estaba dispuesta a caer como antes en declaraciones tales como «*sucia política*», o «*este asunto de policías y ladrones*», como hiciera antes, cuando respondía a las llamadas de los periodistas a medianoche.

Habló sobre la próxima elección. Predijo que el presidente Nixon ganaría por «*la mayor diferencia de votos de la historia de este país... consiguiendo el 99.9 de los votos*».

—*Yo creo* —continuó— *que no se debería votar ahora. El presidente debería tener un período de gobierno de siete años y, después, ¡fuera!, sin posibilidad de reelección. Realmente un presidente sólo empieza a poder gobernar cuando ya lleva dos años en su cargo. Y no me importa de qué partido esté usted hablando.*

Woodward escribió un breve reportaje para la sección de entrevistas del *Post*. Pero había sido un viaje perdido.

Melisa Madison Sloan, la hija del matrimonio Sloan, nació el 25 de septiembre, en el Hospital Georgetown, en Washington. Bernstein llamó por teléfono a Hugh Sloan al día siguiente. Sloan parecía más tranquilo, como si su mente estuviera ya lejos de los problemas del caso Watergate y del CRP. Bernstein había estado intentando volver a ver a Sloan desde hacía varios días. Pero a la mañana siguiente al nacimiento de su hija, incluso la sola mención del caso Watergate sonaba inadecuada. Charlaron durante unos minutos sobre la recién nacida, de su madre —se sentía bastante fatigada, como era lógico esperar, dijo Sloan—, de los abuelos, que llegarían a la ciudad dentro de unos días.

Esa tarde Bernstein meditaba, casi discutía consigo mismo, sobre si debía llamar a una floristería para ordenar un ramo de flores para la paciente del Hospital Georgetown. Tenía miedo de que su gesto fuera mal interpretado. No podía negar que el motivo del envío era egoísta. Pero, por otra parte, no podía olvidar la circunstancia de que, realmente, sentía simpatía por los Sloan, especialmente por la esposa. Confió en que las flores no llegaran mientras se hallaba allí Maurice Stans o alguno de sus otros amigos de la Casa Blanca.

Dos días después, Bernstein volvió a llamar a Sloan. Éste dispondría de algún tiempo la mañana siguiente, pero realmente no sabía en qué podría serle útil... Bien, si los periodistas tenían alguna información que él pudiera confirmar o desestimar, de

acuerdo. Con ello no violaría ninguna norma de fidelidad. ¿Podrían encontrarse a primeras horas de la mañana siguiente?

Bernstein le llamó antes de las ocho.

Sloan les dijo que tenían que limpiar la casa antes de que llegaran los padres de su esposa, pero que, si los reporteros se apresuraban en llegar a McLean, podrían charlar durante unos minutos.

Sloan vestía un traje deportivo y, de no ser por la escoba que tenía en la mano, hubiera parecido el estudiante universitario de Princeton que fuera antaño. Estrechó la mano de Woodward, que inmediatamente expresó su deseo de ayudarle a limpiar la casa. Sloan rechazó la oferta y les ofreció café. Una tarjeta de felicitación, enmarcada, con la fotografía del presidente Nixon y su esposa, dedicada, colgaba junto a la mesa de la cocina-comedor. Había un cariñoso saludo a mano firmado por el presidente y la Primera Dama.

En la sala de estar había otros recuerdos: otra tarjeta de felicitación de Navidad, carteritas de cerillas de la Casa Blanca con el escudo del Presidente (Bernstein encendió un cigarrillo con una de ellas, que después se guardó en el bolsillo), recuerdos de la campaña de 1968.

Sloan se sentó en una silla de alto respaldo, con la cabeza baja, mientras removía lentamente el azúcar en su taza de café. Era un hombre tímido.

Empezaron a cambiar impresiones sobre el departamento de Maurice Stans, quiénes trabajaban allí, las normas por que se regía. Sloan sentía devoción por Stans. Quienes creyesen que, a sabiendas, Stans tuviera algo que ver con el espionaje político, era porque no conocían al secretario, dijo. Stans estaba angustiado. Había permitido que la Prensa hablara mal de él para proteger a los políticos. Nunca supo adónde iba a parar el dinero retirado por Liddy, Porter y Magruder.

¿Significaba esto que sabía de antemano que alguien había retirado dinero de esos fondos?

Sloan vaciló. Había tratado de defender el caso de Stans y, en vez de hacerlo así, lo estaba complicando más.

La contable se había negado a decir si Stans conocía o no aquellas entregas de dinero. Bernstein trató de hacer el papel de «abogado del diablo» y sugirió que Stans no debía haber insistido en que le informasen de en qué se gastaba el dinero que salía de su propia caja de caudales. Sloan estuvo conforme. Después dijo que Stans había dado su aprobación antes de que Liddy, Porter o Magruder recibiesen autorización para retirar dinero de aquellos fondos. Pero no había dado su permiso sin antes recibir la garantía de los directores políticos de la campaña de que éstos estaban conformes con el desembolso del dinero.

¿Quiénes eran estos directores políticos?

Sloan se sintió incómodo al oír esta pregunta. Bastaba con saber que Stans no obró por iniciativa propia, dijo.

Woodward se precipitó por la rendija que acababa de abrirse. En otras palabras,

un grupo de gente, en la jefatura política de la campaña, era el que tenía la suprema autoridad para aprobar los desembolsos de los fondos secretos, ¿era así?

Justamente, confirmó Sloan, pero no quiso ir más lejos en la discusión del tema.

Si conseguimos esos nombres todo habrá terminado, pensaba Bernstein.

Sloan se mostraba más interesado en discutir la información sobre la «limpieza casera» de Mardian-LaRue. Sentía curiosidad por saber cómo habían conseguido los dos periodistas esa información. Estaba conforme con sus propias deducciones, pero le sorprendía que hubiera alguien en una posición tal que le permitiera enterarse de tales asuntos, directamente; alguien capaz de hablar de modo tan explícito.

De pronto, Bernstein sintió agitarse el pánico en su estómago. Le había dado la impresión de que Sloan estaba confirmando la casi totalidad de su historia y que lo hacía basándose en datos de primera mano, no en deducciones. Otras fuentes habían confirmado ya básicamente su reportaje, era cierto, pero una gran parte de él seguía basado en lo que Sloan había dicho, y ahora parecía que éste estaba retirando su apoyo. Volvieron a discutir de nuevo el relato, con la dificultad de no tener un borrador ante los ojos. A medida que lo fueron revisando, punto por punto, Woodward y Bernstein volvieron a sentirse algo más tranquilos. Pocas cosas de las que Sloan había dicho anteriormente eran deducciones. No estaba seguro de que hubiera caracterizado los datos específicos del relato como prueba de «la limpieza casera», pero eso era cuestión de interpretación de los reporteros. No sabía demasiadas cosas sobre Odle, pero esto, de todos modos, no podía ser causa de gran preocupación puesto que la información al respecto podía haber sido facilitada por cualquier otra persona. En realidad, nada en toda la historia variaba de lo que él creía cierto, acabó por reconocer Sloan.

La discusión siguió bordeando la cuestión de los fondos secretos. ¿Había alguna posibilidad de que los gastos se hubieran autorizado para llevar a cabo actividades legales? ¿Para proyectos de los servicios de inteligencia, tales como misiones inocuas, como por ejemplo grabar los discursos y declaraciones públicas de la oposición o archivar y localizar los recortes periodísticos publicados sobre el tema? Con respecto a casi todas las cuestiones relacionadas con los fondos secretos, las respuestas de Sloan venían a decir más o menos que las circunstancias le habían forzado a «presumir lo peor». Y acababa por preguntar a los periodistas lo que ellos pensaban. Él, dijo, había estado en la Casa Blanca y en el CRP y había trabajado en otras campañas electorales anteriormente, pero tal vez ellos conocían cosas que podían obligarles a dar una nueva dirección a sus planteamientos.

No, no lo hicieron. Sus ideas se dirigían hacia el sector político del Comité, en especial a John N. Mitchell. Bernstein recordó a Sloan su observación de que Mitchell, casi con toda seguridad, había conocido los pagos en metálico procedentes de los fondos secretos. ¿Era él uno de los que —según Sloan había dicho unos minutos antes— estaban «autorizados» para aprobar esos desembolsos?

—Eso es obvio —dijo Sloan.

Había, según él, cinco personas que tenían autorización para el manejo de los fondos y Mitchell era uno de ellos. Stans era otro.

¿Había conocido Mitchell las entregas que se habían hecho a Magruder, Porter y Liddy?

Sloan afirmó con un movimiento de cabeza. Pero no había pruebas de que Mitchell hubiese conocido el caso de espionaje electrónico en Watergate. Existía la remota posibilidad de que los tres hubieran actuado por cuenta propia y hubieran gastado el dinero en proyectos no autorizados, aunque Sloan dudaba de que éste pudiera haber sido el caso. Andaba con tiento.

¿Cómo funcionaba aquello? ¿De qué modo ejercía Mitchell su control de los fondos? ¿Mediante vales?

Era un procedimiento rutinario, dijo Sloan, y dentro del contexto de la campaña, de una campaña con un presupuesto de más de 50 millones de dólares, aquello había parecido algo insignificante, al menos por aquel entonces. La primera vez que Sloan tuvo algo que ver con ese dinero, se limitó a descolgar el teléfono y llamar a Mitchell al Departamento de Justicia. Todo fue cuestión de segundos. Mitchell le dijo que podía entregar el dinero. Hubo algunas llamadas telefónicas semejantes a partir de 1971.

Los dos reporteros, Woodward y Bernstein, evitaban cambiar miradas entre sí. Mientras John Mitchell fue Fiscal General de los Estados Unidos, había autorizado el empleo de fondos de la campaña para actividades contra la oposición política que resultaban aparentemente ilegales. Los periodistas trataron de asegurarse de que habían entendido bien a Sloan.

Así había sido. Mitchell no sólo era uno de los cinco hombres que ejercían control sobre los fondos secretos, sino que frecuentemente había hecho uso de esa facultad. Lógicamente, al principio, fue él la única persona que podía autorizar los gastos. Después, esa autoridad fue pasando también a otros. Magruder se encontraba entre ellos, dijo Sloan.

El relato de la contable en relación con los fondos secretos, comenzaba a tener sentido. Ella dijo que había unas seis personas implicadas, pero sólo conocía a tres de ellas: Porter, Magruder y Liddy, que recibieran dinero. Los otros se conformaban con efectuar el control telefónico. Las cosas iban coincidiendo. Los otros nombres eran los de aquellos que autorizaban los pagos. Eran las personas consultadas por Sloan antes de entregar los fondos. Magruder había recibido, inicialmente, el dinero por autorización de Mitchell. Por lo visto, éste tenía autoridad para aprobar los pagos... y algunos otros también.

Mitchell, Stans y Magruder... había otros dos que podían autorizar los pagos, según Sloan. ¿Formaban parte estos otros de las filas políticas del CRP?

Ninguno de ellos trabajaba en el comité para la reelección, dijo Sloan, que no quiso ser más explícito.

Incluso dejando a un lado la cuestión de los nombres, los dos periodistas no

podían comprender totalmente cuál era la utilidad de aquellos fondos. ¿Quién estaba autorizado a recibir fondos de la caja fuerte de Stans? ¿Tenían, forzosamente, que estar enterados de la acción de espionaje?

Sloan no tenía motivos para creer que todos los que recibían dinero estuvieran mezclados en el asunto, o que el dinero que recibieran fuera ilegal o impropio desde un punto de vista financiero. Sólo Porter, Liddy y Magruder habían recibido grandes sumas. Cantidades que no podían compararse con las entregadas a los demás.

¿Cómo podía saber Sloan que el dinero recibido por esos tres antes citados pudiera ser destinado a un uso impropio o ilegal si el resto del dinero se gastaba legalmente?

De nuevo, Sloan dijo que temía lo peor. Pero había algo más que meras suposiciones. Había oído y visto muchas cosas.

Woodward, que con anterioridad no había visto a Sloan, estaba impresionado por su atención y su cuidado en no mencionar nombres de personas de las que no tenía motivos para suponer que hubieran dado un paso en falso. Las garantías de Sloan como fuente de información parecían impecables. Seguía siendo partidario de la reelección del presidente Nixon y parecía convencido de que el presidente no sabía nada de las indiscreciones cometidas por su equipo electoral.

Y parecía comprender cómo habían ocurrido las cosas. Exceso de celo, exceso de capacidad, un deseo de no dejar nada a la casualidad en el esfuerzo por conseguir la reelección de Richard Nixon... Todo eso ya lo había visto con anterioridad en la Casa Blanca. Se respiraba una atmósfera enrarecida cuando se estaba al servicio del Presidente. Y Sloan pensaba que la Casa Blanca estaba implicada en el asunto Watergate.

Las otras dos personas autorizadas para aprobar pagos de los fondos secretos, ¿eran miembros del personal de la Casa Blanca?

Sólo uno de ellos, dijo Sloan. El otro no era funcionario ni de la campaña electoral ni de la administración. Ni siquiera era de Washington.

Los reporteros sugirieron que sólo tres personas de la Casa Blanca parecían estar en condiciones de haber asumido el control de los fondos: H. R. Haldeman, Charles Colson y John Ehrlichman. Ellos apostaban por Colson.

Sloan hizo un movimiento negativo de cabeza. Ése no era el modo de actuar de Colson, dijo; Chuck era demasiado precavido, demasiado cuidadoso como para meterse en algo que pudiera perjudicarlo de tal modo. De haber sido Colson no lo hubiera hecho directamente sino a través de otra persona, y no había sido así.

La única razón que había movido a los reporteros a mencionar en sus relatos a John Ehrlichman había sido su alta posición en la Casa Blanca. Si Stans y Mitchell tenían que ser consultados antes de que el dinero fuera concedido, alguien que ocupase una posición equivalente en la Casa Blanca tenía que estar involucrado también. Ehrlichman no jugaba un papel de importancia en la campaña por lo que sabían los reporteros. Por lo tanto, la de Haldeman parecía una elección más lógica,

debido a que él era el supervisor del CRP y, también, a causa de su reputación.

Haldeman apenas si era conocido por los reporteros salvo por su reputación de ejercer un control autocrático del personal de la Casa Blanca, y ser los ojos y los oídos del presidente en la campaña electoral. Sloan se mostró conforme con ello. Por medio de su ayudante y consejero político Gordon Strachan, Haldeman se mantenía informado de cualquier decisión importante que tomara el CRP. Magruder era, también, un hombre de Haldeman en el Comité, al que se había colocado allí para asegurarse de que John Mitchell no dirigiese el comité sin recibir las oportunas instrucciones de la Casa Blanca.

Todavía Sloan seguía sin decir ni sí ni no. No dijo nada que desviara la atención que los dos periodistas habían puesto en Haldeman, contrariamente a lo que hiciera cuando éstos mencionaron a Colson. Por lo tanto, estaban casi convencidos de que se trataba de Haldeman.

Esto dejaba en la sombra sólo a una persona: la que no había trabajado ni en el Comité ni en la administración.

¿Murray Chotiner?

—*No* —dijo Sloan.

Bernstein sacó a relucir un nombre que Woodward no había oído con anterioridad: Herbert Kalmbach, el abogado personal del presidente Nixon. Era una simple suposición. Sloan se mostró sorprendido.

Bernstein recordó que había leído en cierta ocasión un artículo del *New York Times*, exactamente el pasado mes de febrero, que aludía a Kalmbach como «el abogado personal de Nixon en la Costa Occidental», y afirmaba que los posibles clientes que tenían negocios con el gobierno no podían consultarle por menos de diez mil dólares. Decía que su práctica legal se había multiplicado y que sólo Maurice Stans le superaba en el equipo encargado de conseguir fondos para la campaña de reelección del Presidente. Era secretario de la Fundación Nixon, que estaba planeando la Biblioteca Nixon. El reportaje en cuestión decía que trabajaba frecuentemente en proyectos privados para el Presidente y la Casa Blanca.

Sloan afirmó que no deseaba entrar en el juego de las adivinanzas. Los reporteros no podían saber si esa postura se debía a que lo de Kalmbach era una suposición acertada o porque resultaba ridículo el mencionar su nombre. Bien, eso podía esperar. El nombre importante era el de Haldeman, si es que se trataba de Haldeman.

Los periodistas habían tomado tres tazas de café ya cada uno de ellos y volvieron a la cocina para llenarlas de nuevo. Sloan había mirado continuamente el reloj y les recordó que tenía que terminar de limpiar la casa. Llevaban hablando más de dos horas. Hubiera sido una estupidez estropear la buena acogida. Pero trataron de insistir una vez más sobre Haldeman.

Si no era Haldeman, ¿por qué no decirlo con claridad?

—*Simplemente, no quiero volver sobre este asunto* —dijo Sloan, sin hacer nada por rebatir el convencimiento de los periodistas de que se encontraban sobre la verdadera

pista.

Después de unos minutos más de conversación en general sobre la campaña, los tres se dirigieron a la puerta.

—Es posible que un día llegue usted a Presidente —le dijo Woodward a Sloan.

Bernstein se quedó atónito por la observación, porque no había sonado como algo dicho a la ligera. Woodward había querido hacer con ello un cumplido, pero, además, había un punto de respeto en sus palabras. Y algo más: la esperanza de que Sloan sobreviviera a ese sucio asunto.

Era más de mediodía cuando los reporteros llegaron a la redacción. Woodward hizo una llamada rápida a una fuente que trabajaba en el FBI. Después los reporteros hicieron comprobaciones, como era normal en ellos, con media docena de otras personas del Departamento de Justicia y del FBI que a veces se mostraban dispuestas a confirmar sus informaciones, siempre que éstas hubiesen sido conseguidas en otras partes. Pero estas fuentes jamás iban más lejos y, muchas veces, ni siquiera llegaban a lo que ellos ya sabían.

En esa ocasión Woodward tuvo suerte. Sloan había expuesto a los investigadores la historia completa de los fondos; y lo mismo había hecho la contable: Mitchell, Stans y Magruder. Así era. La fuente no estaba dispuesta a facilitarle los nombres de las otras dos personas que habían controlado los fondos. Era seguro que ese dinero había sido utilizado para pagar actos de espionaje contra los Demócratas, aunque no estaba del todo claro que hubiese servido para financiar el caso Watergate, dijo. Cada uno podía pensar lo que gustara. Pero los detalles de la operación con los fondos secretos era tal y como había sido descrita por Sloan y la contable, confirmó.

¿Y Haldeman?

La fuente no quiso decir nada.

Pocos minutos después se reunieron con Bradlee, Simons, Rosenfeld y Sussman, en el despacho de Bradlee, una habitación confortable, con una gruesa alfombra, un amplio ventanal que daba a la redacción, una mesa moderna y ovalada de palo de rosa, en vez de la normal mesa de despacho, y un cómodo diván de cuero negro. Mientras duró la conversación en su oficina, Bradlee se entretuvo con el juego que era su pasatiempo favorito: arrojar una pequeña pelota de baloncesto, de espuma de goma, para tratar de encestar en una canasta, también de tamaño reducido, colgada con una ventosa en uno de los paneles de su amplia ventana. Era un gesto que en él denotaba relajamiento e interés y daba a la conversación un aire desprovisto de rígida formalidad. En Bradlee había una mezcla de aristocracia y clase media: Boston Brahmin, Harvard, la Segunda Guerra Mundial en la Armada, agregado de Prensa en la Embajada de Estados Unidos en París, reportero de sucesos, comentarista político en semanarios de noticias y jefe de redacción del *Newsweek*, en Washington, eran los galones de su carrera.

Simons, tan retraído como Bradlee, podía convertirse en un acusador rudo y

destemplado, capaz de advertir a Bradlee que no dejara sus colillas en su taza de café, después de una cena de gala. Bradlee era una de las pocas personas que podían hacer ese tipo de cosas y dejar a sus anfitriones comentando lo encantador que era.

Al no darse cuenta de la imagen que proyectaba, Bradlee no la cultivaba. Le gustaba desplegar sus conocimientos profesionales de periodista de calle y no vacilaba en decirle, con malos modos, a un reportero que se pusiera en movimiento en vez de quedarse con el culo pegado a la silla y tratara de hablar con policías de verdad y no con simples tenientes o capitanes, que no se mueven de detrás de sus mesas, para después levantarse con toda solemnidad e ir a esperar a dos distinguidos visitantes, altos jefes de *Le Monde* o *L'Express*, a los que recibía con un francés formal y correctísimo, sin una sola falta, y con un par de besos en las mejillas.

Bradlee escuchó atentamente a medida que Woodward seguía detallando lo que los dos reporteros sabían de los fondos secretos, el control que sobre éstos ejercieron Mitchell y Stans y la posibilidad de que Haldeman también ejerciese su autoridad sobre ellos. Bradlee enfocó su interés en Mitchell y la forma como Sloan había descrito la intervención de Mitchell en la administración de los tan cacareados fondos.

Bernstein y Woodward creían que estaban a punto de descubrir los nombres de las cinco personas que controlaban los fondos secretos y, más aún, tal vez sobre las transacciones efectuadas con ellos. Consecuentemente, planeaban escribir lo que podría ser un relato definitivo: quién controlaba los fondos y la forma precisa en que ese dinero se relacionaba con el caso Watergate.

Comenzaron a explicar su proyecto a Bradlee, y se dieron cuenta de que estaba haciendo garabatos en un trozo de papel que tenía sobre la mesa, lo que era un indicio de que se impacientaba. Les interrumpió al fin con un gesto de la mano y seguidamente fue de lleno al asunto:

—Escuchadme, muchachos, ¿estáis seguros de lo que decís de Mitchell? —hizo una pausa—. ¿Absolutamente seguros? —Se quedó mirando a los reporteros y después movió la cabeza con gesto afirmativo para acabar preguntando—: ¿Podéis escribirlo ahora mismo?

Los dos periodistas vacilaron un instante para acabar por decir que sí, que podían hacerlo.

Bradlee se levantó de su asiento:

—Pues entonces, ¡manos a la obra!

En voz alta expresó su presunción de que los periodistas se daban cuenta de las derivaciones que podían resultar de una historia como ésta, que John Mitchell no era un cualquiera al que pudiera complicarse en un grave asunto así como así. ¿Se habían dado cuenta de que estaban metidos de lleno en un juego muy duro? Bradlee no estaba haciendo preguntas sino un conjuro.

Los dos reporteros respondieron afirmativamente, convencidos de que era así, de que estaban a punto de dar el paso más arriesgado y largo que ninguno de ellos

hubiese dado con anterioridad.

—Un magnífico reportaje, una estupenda historia —dijo Simons, repitiendo una frase que ya había quedado estereotipada en la redacción del periódico. Y todos se echaron a reír.

—Bien, marchaos —dijo Bradlee, echándolos de su despacho.

Bernstein se sintió defraudado cuando terminó la reunión. Bradlee se había arremangado y Bernstein pudo ver en su brazo el tatuaje de un ave. Bernstein, momentáneamente, se olvidó de Watergate. Bradlee, a quien consideraba con una enfermiza mezcla de respeto, miedo, rabia y autocompasión (Bradlee no le comprendía a él, había decidido hacía ya mucho tiempo), cada vez le deparaba nuevas sorpresas. Le hubiera gustado poder echar un vistazo más detenido al tatuaje.

La redacción del artículo llevó menos tiempo del previsto. Pasó de la máquina de escribir de Bernstein a la de Woodward, después a las mesas de Rosenfeld y Sussman y, finalmente, a las de Bradlee y Simons. Sólo se hicieron ligeros cambios sobre el original. A las 6 de la madrugada estaba en la linotipia.

John N. Mitchell, mientras prestaba servicios como Fiscal General de los Estados Unidos, controlaba personalmente los fondos secretos republicanos que estaban siendo utilizados para conseguir información sobre los Demócratas, según fuentes relacionadas con la investigación del caso Watergate.

A principios de la primavera de 1971, casi un año antes de que dejara el Departamento de Justicia para convertirse en el director de la campaña de reelección del Presidente Nixon, el 1 de marzo, Mitchell, personalmente, aprobó la entrega de diversas cantidades procedentes de esos fondos, según le han comunicado al *Washington Post* fuentes dignas de confianza.

Esas mismas fuentes aseguran que otras cinco personas, además de Mitchell, estaban autorizadas a aprobar pagos con dichos fondos.

Dos de ellas han sido identificadas como el exsecretario de Comercio, Maurice H. Stans, en la actualidad director de finanzas de la campaña para la reelección del Presidente, y Jeb Stuart Magruder^[18], director de la misma campaña

antes de que Mitchell se hiciera cargo de ella y en la actualidad su subdirector. Los otros dos, siempre según esas mismas fuentes, son altos funcionarios de la Casa Blanca, involucrados en dicha campaña y representantes de ella fuera de Washington.

El resto del reportaje se ocupaba de cómo se operaba con esos fondos secretos: llamadas telefónicas de Sloan a Mitchell, sumas sacadas por Liddy, Porter y Magruder, y la opinión de la GAO de que incluso la mera existencia de esos fondos resultaba aparentemente ilegal ya que no se había informado de los gastos. El gran jurado que investigaba el caso Watergate: no había establecido que los fondos destinados a los «servicios de inteligencia» financiaran directamente las maniobras ilegales de escucha contra los demócratas.

Bernstein telefoneó al CRP para los normales ritos de mentís y negativas y se puso al habla con Powell Moore. Una hora más tarde, Moore volvió a llamarle para darle el comentario oficial del Comité.

—*Yo creo que sus fuentes de información son malas y les están facilitando datos erróneos. No vamos a hacer ningún comentario que vaya más allá de esto* —dijo. Y no hubo modo de arrastrarle a discutir el asunto de forma específica.

Bernstein se quedó aquella noche en el *Post* tratando de seguir la aparente implicación de Haldeman y leyendo los recortes de Herbert Kalmbach. A eso de las 11 de la noche recibió otra llamada de Moore, que había hablado con John Mitchell y tenía una nueva declaración que hacer:

No hay absolutamente nada de verdad en las acusaciones del *Post*. Ni el señor Mitchell ni el señor Stans tienen el menor conocimiento de ningún desembolso del supuesto fondo, tal y como se describe en el *Post*, y ninguno de ellos controló ninguno de los gastos del Comité mientras eran funcionarios del gobierno.

Bernstein estudió la declaración y señaló los párrafos más destacados. *Las acusaciones en el «Post»*. ¿Qué acusaciones? *Desembolsos del supuesto fondo como lo describe el «Post»*. Esto no significaba una negativa de la existencia de los fondos, ni de que el dinero hubiera sido desembolsado. Lo único que se decía era que no se había hecho del modo descrito por el *Post*. *Ninguno de ellos controló gasto alguno del comité*. Técnicamente correcto. Sloan había controlado los gastos; Mitchell y Stans sólo dieron su aprobación.

Era un mentís muy inteligente, le dijo Bernstein a Moore, y trató de arrastrarle a discutir el asunto, pero Moore no le siguió el juego.

La nueva declaración fue archivada, conjuntamente con la negativa de Moore a colaborar, y Bernstein se lo dijo así a Moore. Si el comité de Nixon no respondía, tal vez Mitchell lo haría, añadió, y le dijo a Moore que trataría de ponerse en contacto con el Fiscal General.

Escribió una nota sobre la nueva declaración y marcó el número de la Essex House, en Nueva York. Pidió la habitación 710. Mitchell le respondió. Bernstein reconoció su voz y comenzó a tomar nota de sus palabras. Quería ponerlo todo sobre el papel, incluso sus propias preguntas. A los pocos momentos de cortar la comunicación, Bernstein se sentó ante la máquina de escribir y pasó todas las notas. Estaba tan excitado que le costaba trabajo pulsar las teclas adecuadas.

MITCHELL: *¿Sí...?*

BERNSTEIN (Después de identificarse): Señor, siento mucho molestarlo a estas horas, pero en nuestro periódico de mañana se publica un reportaje que, en general, dice que usted controlaba los fondos secretos del Comité, mientras era todavía Fiscal General.

MITCHELL: *¡Jesús, Dios mío...! ¿Ustedes dicen una cosa así? ¿Qué es lo que han escrito?*

BERNSTEIN: Le voy a leer a usted el primer párrafo. (Leyó hasta el tercer párrafo y Mitchell, cada cuatro o cinco palabras, repetía la misma exclamación: ¡Jesús, Dios mío!).

MITCHELL: *¿Están ustedes poniendo en el periódico toda esa sarta de falsedades? Lo niego todo. Katie Graham se va a ver metida de culo en una buena trampa si se publica eso. ¡Jesús...! Es la cosa más repugnante que jamás oí.*

BERNSTEIN: Señor, me gustaría hacerle algunas preguntas sobre...

MITCHELL: *¿Qué hora es?*

BERNSTEIN: Las once treinta. Siento haberle llamado tan tarde.

MITCHELL: *Once y treinta... ¿De qué?*

BERNSTEIN: Las once treinta de la noche.

MITCHELL: *¡Oh!*

BERNSTEIN: El Comité ha hecho una declaración al respecto, pero me gustaría hacerle algunas preguntas sobre detalles específicos de lo que publicamos.

MITCHELL: *¿Le ha dicho a usted el comité que siga adelante y publique la historia? Os estáis metiendo en un juego peligroso. Ni Ed Williams ni sus compañeros^[19] a los que pagáis van a evitar que nosotros escribamos una buena historia sobre vosotros.*

BERNSTEIN: Señor, con respecto al artículo...

MITCHELL: *Llame a mi asesoría jurídica por la mañana.*

Y colgó.

Para Bernstein, la única sensación fue la de que había herido profundamente a Mitchell. Eso podía deducirse de sus constantes exclamaciones. Desde su primer

¡Jesús!, el periodista supo que había dado en el blanco. Hubo un momento en que incluso llegó a temer que Mitchell se quedara muerto al teléfono a causa de un exceso de adrenalina. Por vez primera se dio cuenta de que Mitchell era un ser de carne y hueso y no simplemente el director de la campaña de Nixon, la sombra de Kent State, el guardián de Carswell, el gran *sheriff* de la Ley y el Orden, la cabeza del Watergate. A Bernstein se le puso la carne de gallina. Mitchell se había librado de la acusación del gran jurado, que guardaría su secreto, pero los periodistas estaban hablando muy alto. Aunque usando el lenguaje neutral de un reportero que conoce su oficio, habían llamado a Mitchell fullero. Pero Bernstein no saboreó el momento. El tono de Mitchell estaba tan lleno de odio y aversión que se sintió amenazado. Bernstein se sintió desagradablemente sorprendido por su tono, sus malignas amenazas. *¿Le ha dicho a usted el Comité que siga adelante y publique la historia? Nosotros vamos a escribir una buena historia sobre vosotros.* Mitchell había dicho vosotros. Una vez que las elecciones hubieran pasado, ellos podrían hacer casi todo lo que les viniera en gana. Y seguir adelante.

Bernstein estaba decidido a poner las palabras de Mitchell en el periódico.

Cuando terminó de escribir sus notas a máquina, se puso en contacto con Bill Brady, el redactor jefe de noche para los asuntos metropolitanos y le propuso la inserción de esos dos párrafos. Brady, que había sido ya redactor jefe del viejo *Washington Times Herald* cuando el periódico fue comprado por el *Post* en 1954, era, sin lugar a dudas, una de las personas menos impresionables en toda la redacción del periódico. Pero jamás en su vida había oído algo como aquello, y le preguntó a Bernstein si estaba seguro de que había sido Mitchell la persona con la que había hablado. Cuando recibió respuesta afirmativa, Brady movió la cabeza indeciso. No estaba decidido a hacerse responsable del modo de tratar el comentario de Mitchell.

Bernstein, en vista de ello, llamó a Bradlee a su casa y lo sacó de la cama.

Bradlee se quedó sorprendido:

—¿Sabes lo que acaba de decir Mitchell? —le preguntó a su esposa.

¿Estaba Mitchell borracho?

Bernstein le respondió que no podía decírselo.

¿No cabía duda de que Bernstein se había identificado adecuadamente, sin lugar a dudas, diciendo quién era?

Así fue, seguro.

¿Se había dado cuenta Mitchell que estaba hablando a un reportero?

Definitivamente.

¿Y Bernstein había tomado nota de la conversación?

Sí, seguro.

Bradlee le pidió, por tercera vez, a Bernstein que le leyera los párrafos que pensaba insertar mientras meditaba si llamar a la señora Graham, la editora del *Post*.

Decidió que no había necesidad de molestarla.

—Déjalo todo tal y como está, menos lo del «culo» —le dio instrucciones Bradlee—. Puedes decirle al redactor jefe que yo he dado el visto bueno.

El director rechazó la suave petición de Bernstein de dejar el párrafo intacto. No era necesario, dijo Bradlee. La cosa era de todos modos suficientemente clara.

Cinco minutos después sonaba de nuevo el teléfono. Powell Moore deseaba asegurarse de si su segunda declaración había llegado a tiempo para ser insertada.

Bernstein le dijo que sí, y que también el comentario adicional sobre el tema que acababa de hacerle Mitchell.

Moore pareció preocupado. ¿Qué le había dicho el Fiscal General?

Bernstein le leyó su declaración y le dijo que ya estaba en la imprenta.

—¡Oh...! —exclamó Moore.

Bernstein salió del periódico y se dirigió a casa. Tenía la cabeza llena de inquietantes visiones. Apenas llevaba unos minutos en su hogar cuando sonó el teléfono. Era Moore. Bernstein comenzó a tomar notas.

MOORE: *Carl, ¿estás seguro de no haber cogido al señor Mitchell en un mal momento?*

BERNSTEIN: No lo sé.

MOORE: *Le has cogido con la guardia baja. Ha sido miembro del gobierno y todas esas cosas y, naturalmente, no desea ver publicadas sus palabras.*

BERNSTEIN: Yo me limito a repetir lo que él me ha dicho.

MOORE: *Si le cogiste en un mal momento, ¿crees que juegas limpio con él haciéndole responsable de lo que dijo? Yo dudo que lo sea. Se acuesta muy temprano y debía estar medio dormido. ¿No te lo pareció?*

BERNSTEIN: No podría decirlo. Pero sé que vosotros, muchachos, me consideráis responsable y me pedís cuentas de lo que escribo y digo. Así que yo pienso que no es de ningún modo absurdo que yo haga lo mismo con el señor Mitchell. No es la primera vez que trata con la Prensa.

MOORE: *Carl, no quiero ver publicado algo dicho en un momento en el que una persona normal no se encuentra alerta porque la han despertado a medianoche.*

BERNSTEIN: ¿A qué hora hablaste con él?

MOORE: *Hace ya bastante. Aproximadamente a eso de las nueve, creo. Carl ¿es demasiado tarde para quitarlo del periódico?*

BERNSTEIN: Ahora lo están picando. Pero el único modo de evitar que se publique es hablar con el director o el redactor jefe. Es su juicio el que prevalece y yo estoy de acuerdo en que sea así.

MOORE: *¿Con quién tengo que hablar para que no se publique? ¿Está Bill Brady ahí?*

BERNSTEIN: No. Para conseguir que se anule la publicación tendrás que hablar con Bradlee.

MOORE: *Bueno, yo no quiero tomar solo la decisión de llamar a Bradlee. Volveré a*

llamarte.

Cinco minutos más tarde, Moore le telefoneaba de nuevo y le preguntó cómo podía ponerse en contacto con Ben Bradlee. Bernstein le dijo que llamara a la centralita del *Post* dentro de cinco minutos. Mientras tanto, él hablaría con el director para que se pusiera al teléfono. Lo hizo así y avisó a su jefe de la llamada.

Siempre correcto, como un buen caballero del sur, Moore llamó más tarde a Bernstein para decirle que Bradlee se había negado a ordenar la suspensión de las declaraciones de Mitchell.

Posteriormente, Bradlee, imitando el tono de Moore, recordó que éste le pidió que suspendiera la publicación porque «estoy seguro de que es lo mejor que se puede hacer, porque probablemente despertamos al Fiscal General muy tarde y no tenía la cabeza en condiciones para poner en orden sus ideas».

—Y recuerdo que le respondí —continuó Bradlee—: Lo cual elimina la cuestión de si dijo esas cosas o no, señor Moore. Y como el reportero del *Washington Post* se identificó como tal, esto satisface todos los requisitos que exijo en una información.

A la mañana siguiente, en el periódico, la señora Graham, humorísticamente, le preguntó a Bernstein si no tenía ningún otro recado para ella.

La noche del 4 de octubre, Woodward se fue a casa a eso de las once. Cuando abrió la puerta de su piso, el teléfono estaba sonando.

—«As» —el redactor jefe de noche, Brady, llamaba al joven reportero «As» (Lo había llamado así la segunda noche que trabajó en el *Post*, y Woodward sintió arderle la cabeza de curiosidad, hasta que vio que Brady llamaba así también a un empleado del periódico, notorio por su incompetencia).

—«As» —le dijo—, *Los Angeles Times* publica una larga entrevista con un tipo llamado Baldwin.

Woodward, a regañadientes, le respondió que enseguida estaría allí.

Durante algún tiempo, Alfred C. Baldwin III pareció uno de los personajes clave del caso Watergate. Los reporteros se habían enterado de ello en el curso de algunas comprobaciones rutinarias.

Alguien le había dicho a Bernstein que un exagente del FBI había participado en la operación Watergate; que había informado a los investigadores de que el Cuartel General de los Demócratas estaba bajo vigilancia electrónica desde unas tres semanas antes del arresto que puso en marcha el asunto; y que había memorándums de las conversaciones grabadas que fueron enviados directamente al CRP. El hombre dijo también que se había infiltrado en la organización de los Veteranos del Vietnam contra la Guerra, siguiendo órdenes de McCord. El 11 de septiembre, Bernstein y Woodward escribieron un artículo sobre la participación del citado exagente del FBI.

Una semana más tarde, con la ayuda de la contable, logró identificar al exagente como Baldwin, un licenciado en derecho de 35 años de edad, que trabajaba como jefe

de seguridad en una empresa de transportes por carretera antes de convertirse en empleado del CRP pagado con billetes de cien dólares. Baldwin era el testigo principal del gobierno, la persona que desde dentro de la organización había contado toda la historia. Parecía guardar innumerables secretos y los periodistas hacían cola para asediarlo y Woodward se sumó a ella. Comenzó a llamar regularmente a John Cassidento, legislador demócrata de New Haven, Connecticut, y abogado de Baldwin.

—*Tenemos cientos de peticiones de entrevistas, cientos* —le dijo Cassidento a Woodward—. *Todo el mundo quiere hablar con Al. Hay dos reporteros de Los Angeles Times que parecen haber acampado a la puerta de casa... Feo oficio el de reportero. Gracias a Dios usted no nos está dando la lata.*

Dándose cuenta de la insinuación, Woodward añadió que él y Bernstein se sumarían a los latosos.

—*Bien* —dijo Cassidento haciéndose el tonto—. *Si Al tiene algo que decir, se lo comunicaremos.*

Algunos días más tarde Cassidento volvió a llamar a Woodward.

—*Hola* —le dijo—. *Al necesita algún dinero... Todos le están ofreciendo dinero por una entrevista. Quería hacérselo saber por si les interesa a ustedes entrar en la puja.*

Se rumoreaba que una importante revista le ofrecía 5 000 dólares a Baldwin por la exclusiva de sus primeras declaraciones, en un relato en primera persona.

Woodward le respondió que el *Post* jamás pagaba por las noticias.

—*De acuerdo, de acuerdo. Siento mucho que no les interese la historia* —comentó Cassidento—. *Pero no importa, tenemos otras ofertas.*

Woodward iba a decirle que sí, que les interesaba el relato, pero Cassidento colgó.

Woodward y Bernstein comunicaron a sus jefes la oferta que les habían hecho de la venta de la historia de Baldwin.

—*Ofrecedle esto* —dijo Bradlee, mostrándoles el dedo medio de su mano derecha en un gesto expresivo.

Dos semanas más tarde, y sin pagar un solo céntimo, *Los Angeles Times* conseguía el reportaje que la noche del 4 de octubre hizo que Woodward tuviera que volver a su mesa de redacción. El relato hecho en primera persona por Baldwin de la operación de espionaje electrónico, al reportero del *Times*, Jack Nelson, era una descripción muy realista y llena de vida del asalto al cuartel general de los demócratas y de los hombres que participaron en él.

Desde el Motel Howard Johnson, situado al otro lado de la calle, frente al Watergate, Baldwin había escuchado las conversaciones telefónicas de los demócratas. McCord le había dicho que tendría que hacer lo mismo en la Convención Demócrata de Miami. Cuando contrataron sus servicios le entregaron una pistola que pertenecía a Fred LaRue. Se refirió a un intento fracasado de entrar en el cuartel general de McGovern para instalar aparatos de escucha clandestina; Gordon Liddy había sugerido que disparasen contra una de las farolas de la calle para cubrir la

entrada. Baldwin describió las precauciones que se tomaron con Martha Mitchell y relató el pánico de Howard Hunt cuando llegó al Motel Howard Johnson, a las 2:30 de la mañana del 17 de junio, y vio que la policía sacaba del Watergate a cinco de sus asalariados esposados.

Bernstein y Woodward habían sido derrotados. El reportaje era un éxito sensacional, no sólo porque contenía una gran cantidad de nuevos datos e información, sino también porque daba un nuevo aire de realismo a la operación Watergate y al cerco mental que había tras ella.

—Me hubiera gustado que ese relato hubiese sido nuestro —dijo Bradlee al día siguiente. No se quejaba de los reporteros, pero estaba excitado, moviendo las manos de un lado a otro^[20].

En la entrevista grabada, de cinco horas de duración, Baldwin no había ofrecido a Jack Nelson el nombre de ninguna persona que pudiera haber visto los memorándums de las cintas magnetofónicas. Pero dos semanas antes de la entrevista publicada por el *Times* un investigador del Partido Demócrata le había dicho que Baldwin había mencionado a dos personas que pensaba los habían recibido: Robert Odle, el nervioso ayudante de Jeb Magruder tanto en la Casa Blanca como en el Comité, y William E. Timmons, ayudante del Presidente para las relaciones con el Congreso y jefe de enlace de la Casa Blanca con el CRP para la convención nacional republicana. Baldwin había visto a McCord poniendo la dirección en el envío.

Había una tercera persona que recibió las copias y Baldwin había dicho, al parecer, que era alguien cuyo nombre de pila parecía un apellido. Los investigadores federales le mostraron una lista de los miembros del CRP y Baldwin señaló el nombre de J. Glenn Sedam, el hombre que compartía el despacho con Gordon Liddy. Sin embargo se le dijo a Bernstein que Baldwin no estaba completamente seguro en lo que a Sedam se refería.

Bernstein le sugirió a Woodward que escribiese un artículo diciendo que Baldwin había mencionado a Odle y a Timmons y contando cómo había seleccionado el nombre de Sedam. Bernstein llamó a una fuente de información del Departamento de Justicia que le confirmó los detalles. Woodward se mostró de acuerdo en seguir adelante.

La historia fue un avance significativo de la entrevista publicada en el *Los Angeles Times*. Se publicó el día 6 de octubre. No hubo denuncias por parte del CRP ni de la Casa Blanca.

Y, sin embargo, el reportaje no era correcto y la decisión de darlo a la publicidad fue un error. Semanas más tarde, Woodward y Bernstein se enteraron de que el informe inicial del FBI no ponía en claro si los memorándums que vio Baldwin eran de las conversaciones grabadas o, simplemente, información rutinaria de los servicios de seguridad. Eventualmente, los periodistas quedaron convencidos de que se trataba de lo último y que no tenían nada que ver con las grabaciones clandestinas.

Se había informado, pues, erróneamente, sobre tres hombres. Habían sido acusados suciamente, en la página primera del *Washington Post*, el periódico de su ciudad, de sus familias, de sus vecinos y sus amigos.

Odle se quejó ante la acusación.

—*Estaba casi llorando* —dijo uno de los fiscales posteriormente—. *El estigma de Watergate iba con él, aunque fuese no sólo a causa de ese reportaje, y tenía grandes dificultades para encontrar un empleo. En 1973 fue contratado por el Departamento de Agricultura, pero pronto fue despedido porque su nombre continuaba implicado en la investigación.*

Timmons se había sentido abatido a causa de las acusaciones del *Post* y su mujer había insistido una y otra vez para que dejara su empleo en la Casa Blanca a cuyo personal pertenecía. Sólo después de una larga conversación con el Presidente Nixon se le pudo convencer de que no lo hiciera así y permaneciera en su cargo.

6

La noche del 28 de septiembre, Bernstein estaba aguantando algunas quejas bien intencionadas de los linotipistas por su nueva costumbre de hacer cambios a última hora en sus artículos o decidir insertar en ellos nuevos párrafos. El sonido del teléfono significó, pues, un cierto alivio, cuando interrumpió la conversación.

Quien llamaba se identificó como un abogado del Gobierno que no tenía nada que ver con la investigación del caso Watergate. Dijo que creía disponer de alguna información que podría tener, o no, algo que ver con las cosas sobre las que Bernstein y Woodward estaban escribiendo.

Tales llamadas se habían venido haciendo cada vez más frecuentes, aunque en la mayor parte de los casos los «informes» que recibían los periodistas eran más bien peticiones o insinuaciones de que el *Post* debía investigar determinadas teorías sobre las muertes de John Kennedy, Mary Jo Kopechne, Martin Luther King y otros.

En cuanto a las «informaciones» relacionadas con el caso Watergate, habían investigado sobre docenas de ellas que habían resultado inconsistentes o faltas de fundamento^[21].

El abogado que en esos momentos estaba al teléfono, le dijo que tenía un amigo al que se le había pedido «... *de modo poco usual que trabajara en pro de la campaña de Nixon*».

Bernstein puso una hoja de papel en la máquina de escribir y empezó a tomar notas.

El comunicante dijo que su amigo se llamaba Alex Shipley y era ayudante del Fiscal General del Estado de Tennessee y residía en Nashville. En el verano de 1971, un antiguo compañero del Ejército le pidió que se uniera a él para trabajar en la campaña de Nixon.

—*En esencia la propuesta era que se iba a formar un equipo de gente cuyo trabajo consistiría en crear desorden en la campaña de los Demócratas durante las elecciones primarias. El hombre le dijo a Shipley que había disponible una cantidad de dinero verdaderamente ilimitada.*

El informador no sabía cómo se llamaba el hombre que entró en contacto con Shipley.

—*Era abogado. La idea era ir de un lado para otro, a algunas ciudades y esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Por ejemplo, si los candidatos demócratas alquilaban una sala para celebrar un mitin, el contratado debía ponerse en contacto con el propietario de la sala y decir que el acto había sido aplazado y así, cuando llegaban los candidatos, se encontraban con la puerta cerrada.*

Shipley le había contado la historia «*en el curso de una conversación de borrachos con motivo de una excursión campestre*» y no recordaba más detalles. En la época que su amigo recibió la propuesta, seguía en el Ejército y estaba destinado en

Washington. Habló con gentes que habían trabajado para el exsenador Albert Gore, de Tennessee.

—Éstos le aconsejaron que siguiera en contacto con el tipo de la oferta para ver si podía descubrir dónde iba a parar todo eso.

El informador no sabía qué sucedió después.

Como a disgusto, le dio a Bernstein su nombre y su número de teléfono, pero con la condición de que nunca fuera identificado como fuente para ulterior investigación. Bernstein se lo prometió así, le dio las gracias y le rogó que siguiera en contacto con ellos.

Bernstein consiguió el número de teléfono de Alex Shipley en la centralita de información de Nashville, pero nadie contestó a su llamada.

Al día siguiente Bernstein le mostró sus notas a Howard Simons y le dijo que estaba convencido de que la información —aunque evidentemente sólo en esbozo— era importante. Por sí solo, aislado, el caso de la escucha clandestina en el Watergate tenía poco sentido, sobre todo si se tiene en cuenta que había sucedido cuando la campaña de Nixon se hallaba en su momento álgido. Pero si formaba parte de algo más extenso, la cosa era distinta; entonces sí podía tener sentido, dijo Bernstein. Y había pruebas de la existencia de un esquema más amplio, aun cuando la información resultaba inconexa.

Entre las cosas de que estaba enterado se contaba el intento de penetración en el cuartel general de McGovern, la investigación realizada por Hunt sobre Teddy Kennedy, otra investigación realizada por McCord sobre la vida de Jack Anderson, el esfuerzo de Baldwin por infiltrarse en la Asociación de «Veteranos del Vietnam contra la Guerra», la investigación de Hunt sobre las infiltraciones en los medios de información, y el hecho de que McCord alquilase una oficina cerca del cuartel general de la campaña de Muskie. Tal vez la Casa Blanca estaba mezclada de modo más profundo en estos asuntos de espionaje político y durante más tiempo de lo que la gente creía. El caso Watergate podía haber sido planeado antes de que la reelección presidencial tuviera tantas posibilidades de éxito. Y tal vez alguien descuidó conectar los aparatos de escucha.

Simons se mostró interesado y le pidió a Bernstein que tratara de encontrar a Shipley lo más pronto posible. El director compartía la afición de Bernstein a elaborar proyectos basándose en detalles casi esquemáticos. Al mismo tiempo iba con cuidado y se mostraba precavido sobre lo que se imprimía. En más de una ocasión les dijo a Woodward o a Bernstein que era mejor aplazar la publicación de una historia o, en caso necesario, retirarla en el último momento si existían dudas. «No me importa que sea una frase, una palabra, un párrafo, todo el reportaje o incluso una serie de reportajes —dijo—. En caso de duda, no publicarlo».

Como reportero científico, Simons había conseguido un importante premio periodístico, y se convirtió en el segundo de a bordo del *Post* un año antes. Era un hombre inteligente, sensible, con larga nariz, cara delgada y ojos hundidos, que tenía

más bien el aspecto de un profesor de Harvard, siempre con la regla de cálculo entre el cinturón y los pantalones. Pero era un hombre hábil, con una gran sensibilidad y un frágil humanismo que servía de adecuado contrapunto a Bradlee. Éste era más parecido a Woodward: le gustaba disponer cuanto antes de información consistente, sensacionalista, y se mostraba impaciente ante las teorías.

Bernstein trató de despertar el interés de Woodward en la historia de Shipley, pero su compañero se mostró escéptico.

Aquella misma noche, Bernstein fue a casa de Shipley. Éste pareció complacido y sorprendido de que un reportero mostrara tanto interés por el intento de que fuera objeto de reclutarlo para la campaña.

—*El trato que se me ofreció era bastante astuto* —dijo Shipley—. *Debíamos decir que estábamos trabajando para fulano de tal, con los demócratas, cuando en realidad lo estábamos haciendo en favor de Nixon. Por ejemplo, mi trabajo debía consistir en acudir a una de las reuniones de Kennedy, donde debía decirle a uno de sus partidarios: «Estoy con vosotros. Queremos colocarte en un empleo en la oficina de Muskie, y cuando sepas algo, me lo harás saber y yo se lo pasaré a Kennedy».*

En cierta ocasión le habían dicho a Bernstein que la CIA operaba de esta forma a gran escala. Se le llamaba «cambio de mente», pero en la Agencia se la conocía como «Operación Negra».

Shipley continuó:

—*Se me dijo que habría todo el dinero necesario* —continuó Shipley—. *Personalmente, me ofrecieron el cielo y la tierra. Gastos, dietas, un buen salario. Yo estuve trabajando para él.*

Shipley no quiso dar el nombre hasta después de decidirse a relatar toda la historia.

—*Estuve pensando en que alguna vez habría de contarle el asunto a alguien. Hace unos seis meses hice un pequeño resumen de todo lo ocurrido, para mí mismo, y lo tengo en mi despacho. Allí están las fechas. Y le diré todo lo que pueda recordar.*

Antes de hacerlo, sin embargo, deseaba obtener permiso de su jefe. Creía que éste lo aprobaría. El Fiscal General de Tennessee era demócrata como él. Esto, desde luego, era lo que daba un aspecto más extraño a la cuestión del intento de captación.

—*Cuando esa persona vino a mí, le dije que yo tenía una fotografía de Franklin Roosevelt en la pared de mi cuarto desde niño. ¿Por qué, pues, iba a trabajar para ellos? Me respondió que podía ser muy bien por una simple razón de conveniencia. «Podemos hacer mucho por ti». Como yo prefería a los demócratas, no le hice demasiado caso.*

Aparte de las palabras de aquel hombre, Shipley no tenía otras pruebas de que el ofrecimiento le hubiera sido hecho en nombre de las fuerzas que dirigían la campaña para la reelección de Richard Nixon. Había conocido al hombre en el Ejército.

—*Mi impresión era que no podía ser muy efectivo como espía y esas cosas. Pero me afirmó que trabajaba para Nixon.*

Bernstein no deseaba presionar, todavía, para conseguir el nombre del reclutador.

A la mañana siguiente volvió a llamarle. El Fiscal General, demócrata, de Tennessee, le había dicho a Shipley que hiciera lo que creyera justo y éste había tomado sus notas. Entonces mencionó el nombre de quien había entrado en contacto con él: Donald Segretti.

—El primer contacto conmigo lo tuvo, por teléfono, el 26 de junio de 1971. Me llamó y me dijo que estaría en Washington y lo invité a cenar en mi casa ese día. En esa noche no me dijo nada. El 27 nos encontramos a la hora del desayuno y fue entonces cuando me hizo la propuesta por primera vez. Me preguntó si me interesaba el asunto, ya que estaba a punto de dejar el ejército. Ambos estábamos a punto de licenciarnos. Éramos capitanes del Cuerpo Jurídico General y ninguno de nosotros había previsto nada para después. Él me dijo que el objeto de su viaje a Washington había sido celebrar una entrevista con el Departamento del Tesoro con miras a un empleo.

Bernstein escribió una nota para uso personal: «Tesorería-Liddy». Gordon Liddy, en efecto, había trabajado en ese departamento antes de incorporarse al personal de la Casa Blanca, más o menos por las fechas en que ocurrió lo que Shipley le estaba relatando.

La mañana del 27 de junio de 1971, Shipley acudió al Georgetown Inn a recoger a Segretti para llevarlo al aeropuerto Dulles.

—De camino hacia Dulles —dijo—, me preguntó: «¿Te gustaría trabajar en una operación haciendo un poco de espionaje político?». Le pregunté de qué me estaba hablando. Y explicó: «Supongamos que acudimos a una reunión política de Kennedy y nos encontramos con un ardiente defensor de su campaña. Le dices que tú también eres partidario de Kennedy, pero que trabajas entre bastidores y que necesitas que te ayude. Lo envías entonces a trabajar con Muskie, para llevar sobres de propaganda electoral o cualquier otra cosa parecida y lo utilizas para transmitir información. Las personas captadas así creerán que están haciendo algo en favor de Kennedy y contra Muskie, pero en realidad usarás la información conseguida para otros objetivos». Era algo extraño. Cuando llevábamos recorridas las tres cuartas partes del viaje al aeropuerto, le pregunté: «Bien, ¿y para quién estaremos trabajando nosotros?». Me respondió que para Nixon. Me sentí sorprendido, porque lo que me estaba describiendo debía llevarse a cabo durante las elecciones primarias de los Demócratas.

—El propósito principal —continuó Shipley— era que los demócratas no pudieran presentar un frente unido después de descubrirse una serie de trucos en la campaña para la elección de su candidato. Me dijo que lo que debíamos hacer era causarles los estragos suficientes como para que no pudieran reponerse. Le respondí: «Bien, la cosa parece interesante. Déjame pensar».

La semana siguiente, Segretti volvió a llamar a Shipley desde Fort Ord (California) para renovarle la oferta.

—El viernes 1 de julio —continuó Shipley—, fui y tuve una entrevista con un amigo que había trabajado para el ayudante administrativo del senador Albert Gore y le pregunté

qué debía hacer. Le dije que en realidad no tenía demasiado interés en ello, pero me preguntaba si podía servir de alguna ayuda a los demócratas haciéndoles el juego o si debía rechazar la oferta de inmediato. Su recomendación fue: «No te metas hasta el cuello en el asunto, pero tampoco digas que no; sigue hasta ver qué puedes sacar en claro». El 19 de julio Segretti me llamó y me dijo que pensara en otros cinco hombres con los que debiera entrar en contacto (para incorporarlos a la operación). No recuerdo si le di algún nombre o no. El domingo 25 de julio me llamó desde Chicago y me dijo que había hecho la misma propuesta que a mí a otro capitán del ejército, Roger Lee Nixt, que estaba destinado en el Cuartel General del v Ejército, con sede en Chicago, según creo recordar. Me dijo que quería tomar el avión y venir a Washington para hablar conmigo... ¿El motivo de la conversación? Quiero saber si estás conmigo o no.

—Cuando hablamos —siguió Shipley con su relato— le pregunté qué era lo que deseaba que hiciera y me respondió: «Reclutar gente... Ser imaginativo».

Subrayó que a las personas a quienes pudiera interesar debería preguntarles si estaban en condiciones de viajar. Me explicó también que si trataba de contar principalmente con abogados era para subrayar que no se trataba de nada ilegal.

—No presentó la cosa como una operación peligrosa y de gran alcance, y más bien subrayó lo mucho que nos divertiríamos...

Dijo que cuando estaba prevista Una reunión de un candidato, por ejemplo a las siete de la tarde en un teatro o sala de una ciudad:

—... puedes telefonar fingiendo que eres el director de la campaña del candidato en cuestión y que tienes noticias de que unos gamberros, hippies o lo que sea, intentan causar problemas, por lo que la reunión se aplaza de las siete, hora en que estaba prevista, a las nueve; así, cuando el candidato se presenta para pronunciar su discurso, se encuentra con la puerta cerrada...

El 28 de julio, Segretti telefoneó de nuevo a Shipley y le pidió que tomara el avión de Atlanta para ayudarle allí en el alistamiento de otro excapitán jurídico, Kenneth Griffiths. Pero Shipley no fue.

La última vez que tuvo noticias de Segretti fue el 23 de octubre de 1971.

—Me llamó desde California y me pidió que comprobara cómo le iban las cosas a Muskie en Tennessee... Cada vez que me pedía algo, yo le respondía que lo haría, pero jamás hice nada para él.

¿Sabía Shipley dónde entrar en contacto con Segretti, dónde vivía?

—Hace dos semanas traté de conseguir su número de teléfono en Los Ángeles, pero no figuraba en la guía. Me dijo que pensaba formar parte de una firma de abogados con el nombre de «Young y Segretti», que según él sólo sería una tapadera, pues en realidad pensaba dedicarse al trabajo político.

Shipley había terminado con sus notas. Bernstein le pidió que tratara de recordar sus conversaciones con Segretti con mayor detalle.

—En cierta ocasión, Segretti me dijo que resultaría conveniente tener una tarjeta de identidad falsa para viajar bajo otro nombre, cosa que haría más difícil que pudieran

encontrarnos. Me dijo que pensaba usar el seudónimo de Bill Mooney. Y de paso me preguntó por qué no pensaba yo un buen nombre para mí y me hacía con un carnet a ese nombre. Le respondí que yo no era precisamente un experto en ese tipo de cosas. Me dijo, también, que se ocuparía de mí después de la reelección de Nixon y que me buscaría un buen enchufe en el gobierno. Le pregunté: «¿Cómo se van a ocupar de ayudarnos después, si nadie sabe lo que estamos haciendo?». Y Segretti me respondió: «Nixon sabe que algo estamos haciendo. Se trata de un trato típicamente político: “No me digas nada y así no sabré nada”».

¿Hasta qué punto estaba seguro Shipley de que Segretti trabajaba para la campaña de Nixon?

—La verdad es que no sé siquiera si trabajaba para Nixon —dijo—; no tengo la menor prueba. Podría haber estado trabajando igualmente para Kennedy, Muskie o cualquier otro, por lo que sé.

Pero Segretti le había dicho a Shipley que si trabajaba con ellos en la operación esto le llevaría a conseguir un empleo permanente en la administración.

Bernstein le preguntó a Shipley si sabía algo de los otros con los que Segretti entró en contacto.

Peter Dixon, un abogado de San Francisco.

—Todos los demás, cuyos nombres tengo en la lista, estuvieron juntos en Vietnam como capitanes del Ejército, en el 68 o el 69. Nixt trabaja para una firma de abogados en Denison, Iowa, según creo. Griffiths sigue todavía en Atlanta.

¿Se acordaba de algún otro detalle?

—Bien, Segretti me dijo que los que entraron en contacto con él para incorporarlo a la operación eran de Los Ángeles. Podría tratarse de compañeros de la Escuela de Leyes o viejos amigos de la familia, no tengo la menor idea. Jamás me mencionó nombre alguno. Me dijo que yo tampoco tendría que decirle a él los nombres de los que colaborasen conmigo... Añadió que deseaba crear una red que cubriera todo el país. Francamente, no creo que pueda lograr una cosa semejante. No es un hombre capaz de eso: le falta la adecuada personalidad. Es un tipo pequeño, con una gran sonrisa permanente y aire inocente.

Bernstein le pidió una descripción física más amplia de Segretti:

—Enjuto, con cara de niño. Un metro setenta, y unos setenta kilos de peso.

Shipley no sabía mucho de las ideas políticas de Segretti.

—Siempre pensé que era liberal, pero lo cierto es que no recuerdo haber tenido con él ninguna discusión sobre política. Segretti dijo que él sería «más o menos el jefe coordinador para todo el país», pero un gran número de las cosas que se proponía hacer no me parecían tan efectivas. Dijo, por ejemplo, que tomaría un apartado de Correos en Massachusetts, bajo el nombre del «Comité de Seguridad en Carretera de Massachusetts», para conceder una medalla a Teddy Kennedy^[22].

»Una de las cosas que me llamaron la atención fue que siempre parecía estar muy bien de dinero. Se pasaba el tiempo volando de un extremo a otro del país. Me dijo que el dinero

no era problema, que la gente para la que trabajaríamos quería resultados y no les importaba pagar bien por ellos.

Shipleigh le preguntó quién financiaba todo eso, pero Segretti le había dicho:

—«No me preguntes nombres porque no voy a decírtelos». Me dio la impresión de que se trataba de un espléndido colaborador financiero, pero no un hombre del gobierno.

Bernstein le pidió a Shipleigh qué no hablara del asunto con nadie más y llamó a Woodward a su casa. Estaban en buen camino le dijo. Harían falta algunos días más, pero la historia presentaba un buen cariz. En esa ocasión, Woodward se mostró intrigado.

Los números de teléfono de Kenneth Griffiths, Roger Lee Nixt y Peter Dixon figuraban en las guías telefónicas correspondientes.

Nixt no quiso ni hablar del asunto.

—Todo lo que tuve fue una conversación al respecto con Don (Donald Segretti). Es un amigo y por consideración hacia él no estoy dispuesto a discutir el asunto... Yo no hice nada... Sí, me propuso realizar cierto trabajo en pro de la campaña de Nixon, pero le repito que no quiero hablar del asunto.

En casa de Griffiths, en Atlanta, nadie respondió al teléfono. Sólo quedaba Dixon en San Francisco. Su secretaria dijo que había salido de excursión campestre, pero que se esperaba que esa misma tarde llegara a Reno, Nevada, a casa de su amigo Paul Bible.

—¿El hijo del senador? —preguntó Bernstein.

—Sí —fue la respuesta.

Había sido una gran suerte. El senador Alan Bible, de Nevada, y su familia habían vivido puerta a puerta con la familia de Bernstein, en Silver Spring, Maryland, durante más de doce años. Paul tenía un par de años más que Bernstein, pero se conocían bien y de chavales habían jugado al fútbol juntos en la calle. Recordaba cuando Paul recibió su «Chevy Impala» modelo 58, un coche deportivo negro y bajo, que le había hecho sentir envidia.

Llamó a Bible en Reno y le explicó el asunto en que trabajaba. Estaba seguro de que Paul le ayudaría.

Bible se mostró más que sorprendido. ¿Segretti? No podía imaginarse nada semejante. También Bible había servido en el Ejército con Don y dijo que no le parecía hombre capaz de meterse en tales cosas. Le dijo que le diría a Dixon que le llamara en cuanto llegara y, mientras, le dio los nombres de otros oficiales que también habían servido con ellos en la unidad de Segretti.

Dixon lo llamó desde la casa de Bible.

—Don me llamó —le explicó— y me preguntó si estaba interesado en llevar a cabo un trabajo en favor de la reelección del Presidente... «Mira, Don», le respondí, «no me interesa nada la política. Y no soy republicano, desde luego». No volvió a insistir.

Dos personas que reconocían haber sido contactadas por Don Segretti. Bernstein

logró ponerse en contacto con Griffiths, después de dos intentos más. Tampoco éste quería hablar de sus tratos con Segretti. Habían comido juntos y habían hablado sobre la campaña. Segretti había tratado de reclutarlo para hacer algo por la reelección presidencial. En la conversación salió a relucir la palabra «subterráneo» o *underground*, no recordaba exactamente cuál de ellas.

—*Le dije* —terminó Griffiths— *que, aunque me gustaría mucho poder hacer algo por el presidente, no tenía tiempo para hacer otra cosa que enviar una contribución en dinero para su campaña.*

Entre una y otra llamada, Bernstein trató de hallar el número de Donald Segretti. No figuraba en los listines de Los Ángeles. Tampoco existía ninguna firma de abogados bajo el nombre «Young & Segretti». Había, sin embargo, algunos otros Segretti. Después de varias llamadas dio con la señora A. H. Segretti, en Culver City. Le dijo que era la madre de Don.

En esa ocasión Bernstein prescindió un poco de las reglas. El *Post* mantenía con toda firmeza la política de que sus reporteros jamás encubrieran su identidad. Pero en esta ocasión no le dijo a la madre de Segretti que trabajaba para el *Washington Post*. Le dejó dos números de teléfono, el de su apartamento y el de Woodward. Pero se olvidó de decírselo a éste.

Woodward estaba jugando una partida de cartas con un amigo, en su apartamento, cuando sonó el teléfono.

—*¿Está Carl Bernstein?*

Woodward dijo que no y preguntó quién llamaba.

—*Don Segretti.*

Woodward se quedó helado. ¿Por qué llamaba Segretti a Bernstein y precisamente a su casa? Bernstein sólo le había mencionado superficialmente su conversación con Shipley y Woodward no estaba lo suficientemente familiarizado con el asunto como para poder presionar sobre el que llamaba.

Hizo una pausa y sólo pudo apuntar una breve exclamación:

—*¡Oh!*

—*¿Dónde está Carl Bernstein?* —insistió Segretti.

Woodward se dio cuenta de que estaba perdiendo terreno y trató de recuperarlo. Le dijo que él y Carl eran compañeros, ambos reporteros del *Washington Post*. Sin dejar que Segretti le quitara la palabra, añadió que deseaban hacerle unas preguntas referentes a unos serios rumores que habían captado en torno a su participación en cierto trabajo subterráneo realizado para la campaña de reelección de Nixon.

—*¿El Washington Post?* —preguntó Segretti.

A continuación dijo que no tenía la menor idea sobre lo que Woodward estaba diciendo y que, además, estaba demasiado ocupado para perder el tiempo. Y colgó.

Woodward llamó a Bernstein a la redacción de periódico y le preguntó qué estaba ocurriendo. Bernstein estaba furioso consigo mismo. Había perdido una gran

oportunidad.

Los dos reporteros comenzaron a pensar qué podían hacer después de todo aquello. Uno de ellos, u otro reportero, debía ponerse inmediatamente tras la pista de Segretti. Llamaron a Sussman que estaba ya en su casa. Éste sugirió que utilizaran al corresponsal del periódico en la Costa Occidental o bien a un *stringer* recomendado por la redacción de «nacional», Robert Meyers, un joven de 29 años que antes había sido también *stringer* del *Newsweek*. El término *stringer* se usa para designar a un reportero al que contrata un periódico para realizar un trabajo especial en relación con un reportaje o información determinada.

Meyers tenía más aspecto de profesor que de periodista. Pipa, lentes sin montura. Cuando Bernstein fue a verlo a su casa lo encontró metido en el baño. Había seguido muy de cerca el asunto Watergate tal y como lo había publicado el *Post* y Bernstein le puso al corriente de lo que se refería a Segretti.

Bernstein tuvo que hacer dos llamadas más esa tarde. Una de ellas a la empleada del Hotel Georgetown Inn, para que mirara los archivos correspondientes a la semana del 21 de junio de 1971 y ver si había estado allí un tal Donald Segretti o Bill Mooney. La otra, a casa de Gordon Liddy.

Para hacer esta última Bernstein se fue a un despacho vacío situado cerca de la redacción. Estaba dispuesto a romper las reglas de conducta establecidas por el *Post* —al menos en esa ocasión— y no quería que Bradlee o cualquiera otro se acercara a su mesa y oyera lo que estaba haciendo. Por otra parte desde ese nuevo teléfono tenía la seguridad de que no estaba controlada su llamada.

Cerró la puerta y marcó el número.

—Gordon... aquí Don Segretti. Creo que estamos metidos en un lío...

Todo lo que deseaba era un destello de reconocimiento, algo así como «¿Qué problema es ése, Don...?».

Desgraciadamente, Bernstein no se había preparado para la posibilidad de que la señora Liddy respondiera al teléfono, como en realidad ocurrió. Preguntó que quién llamaba. Si la señora Liddy había oído con anterioridad el nombre de Segretti no dio muestras de ello. Y si su marido conocía a Segretti, lo más probable era que lo llamara a California y se encontrara con que quien había llamado a su casa haciéndose pasar por Segretti había sido un impostor, posiblemente del *Washington Post*, porque sus reporteros habían entrado en contacto con Segretti y su familia a primeras horas de ese día.

Bernstein colgó el teléfono a toda prisa.

La llamada siguiente, procedente del Georgetown Inn, confirmó que Donald H. Segretti se había registrado en el Hotel el 25 de junio de 1971 y estuvo allí hasta el 27. No había ficha de las llamadas telefónicas que pudiera haber hecho.

Bernstein renovó el contacto que hiciera en junio cuando trató de establecer los movimientos de los cinco hombres detenidos en el Watergate. Llamó a un empleado

de una de las compañías que facilitan tarjetas de crédito, éste, si se le prometía el anonimato, afirmó que podía obtener la ficha de pagos realizados por una determinada persona.

Una tarjeta de crédito deja una estela en hoteles, restaurantes, billetes de avión, etc., con datos sobre fecha, lugar, precio, transacciones. El FBI, cuando se trata de seguir los movimientos de alguien, utiliza generalmente esas fichas, exigiéndolas mediante orden judicial.

Segretti —cuyo nombre en italiano significa «secretos»— había cruzado el país de parte a parte más de diez veces durante la última mitad de 1971, según datos facilitados por su tarjeta de crédito; generalmente no se quedaba en una ciudad determinada más de una o dos noches. Entre las ciudades en las que se había detenido se contaban: Miami, Houston, Manchester, New Hampshire, Knoxville, Los Ángeles, Chicago, Portland, San Francisco, Nueva York, Fresno, Tucson, Albuquerque y, repetidas veces, Washington. La mayor parte de esas ciudades se encontraban en Estados claves para campaña electoral presidencial de 1972; principalmente estados en los que se habían celebrado importantes elecciones primarias. Segretti había ido de ciudad en ciudad, dejando su rastro en estados en los cuales las elecciones primarias de los demócratas se habían realizado en medio de una dura lucha. Así que el registro de sus viajes confirmaba el relato hecho por Shipley.

Bernstein pasó a Meyers la información conseguida sobre Segretti por los reporteros. Éste había rondado el apartamento de Segretti y entablado conversación con sus vecinos. Marina del Rey, donde según las apariencias vivía Segretti, significaba el no va más, el ideal del buen alojamiento para un soltero. Estaba a las orillas del río, tenía saunas, puerto turístico para veleros, campos de tenis, piscinas, había fiestas a la luz de las velas, buenas comidas, cuerpos bronceados, compañía animada y sin demasiados prejuicios. Todo el esplendor de un lugar para solteros acomodados que gustan de vivir lo mejor posible y para quienes el dinero no constituye problema.

Meyers logró subir a la terraza del apartamento de Segretti y echarle un vistazo. Sobre la mesa de la cocina y en el fregadero había platos sucios. El apartamento tenía un aspecto cómodo, confortable; con gruesas alfombras, una chimenea preparada para gas con troncos fingidos; un buen equipo estereofónico; libros, revistas y discos por todas partes. Había una bicicleta con cambio de diez piñones en una especie de *hall* que parecía conducir al dormitorio.

Dos de los vecinos de Segretti dijeron que éste pareció marcharse con muchas prisas, en su «Mercedes» deportivo blanco, el sábado por la tarde y que había dicho que era posible que no volviera en varios días. No sabían nada de su trabajo, salvo que era abogado y que viajaba mucho. No solía hablar de política.

El garaje, situado en el sótano del edificio en que vivía Segretti, parecía más bien la sala de exhibición de una firma especializada en la venta de coches deportivos, combinada con un garaje de preparación de coches de carrera. Siempre, a cualquier

hora del día o de la noche, había alguien que parecía hacer algo en un automóvil. Meyers se pasó mucho tiempo en ese garaje, controlando si volvía el «280 SL» de Segretti, vigilando la plaza reservada para él en el aparcamiento; quería descubrir manchas nuevas de aceite por si había regresado sin que él se hubiera apercebido de ello. Pero el suelo seguía seco: y el correo se acumulaba en el buzón de Segretti.

Por la mañana del jueves, Meyers vio que la cerilla que había colocado disimuladamente en un intersticio de la puerta del apartamento de Segretti, para que se cayese si se abría, estaba en el suelo. Pero no obtuvo respuesta a sus llamadas y el coche de Segretti no estaba en el garaje. Por la tarde Segretti regresó y cuando el periodista llamó a su puerta abrió. Meyers se presentó como reportero del *Post*. Su periódico, dijo, tenía información de cierto trabajo que Segretti había realizado por encargo de Teddy Kennedy o Hubert Humphrey. ¿Podían hablar sobre el asunto?

Segretti permaneció junto a la puerta y, por unos instante, en silencio. Parecía más joven que sus treinta y un años, como sí estuviera a la mitad de los veinte. Su rostro tenía una expresión amistosa, aunque no sonreía.

Meyers le preguntó si tuvo algún contacto con Kennedy o Humphrey. La respuesta fue: «¡No!».

¿Conocía a Alex Shipley?

—¿Por qué?

Porque el *Post* tenía información que relacionaba a Segretti con un intento de reclutar a Shipley para realizar un trabajo político encubierto.

—No lo creo —dijo Segretti.

Realmente, ¿no había intentado Segretti reclutar a Shipley durante un viaje en coche al aeropuerto de Dulles, el 27 de junio de 1971, para que hiciera cierto trabajo conectado con las elecciones primarias de Humphrey o de Muskie?

—No me acuerdo.

¿Conocía a Shipley?

—Sin comentarios.

¿No había llamado a Shipley desde Chicago y le había dicho que deseaba hablar con él respecto a un trabajo que estaba en condiciones de ofrecerle?

—No me acuerdo.

Posteriormente, ¿no había vuelto a telefonar a Shipley para pedirle que tomara el avión hacia Atlanta para reclutar a Kenneth Griffiths?

—No lo recuerdo.

Conocía a Shipley, ¿no era así?

—No tengo nada que comentar.

Había llamado a Shipley desde California el 23 de octubre para pedirle que informara sobre la operación de Muskie en Tennessee, ¿no era cierto?

El comportamiento de Segretti siguió siendo afable, suave.

—Eso es ridículo —le dijo a Meyers—. No sé nada en absoluto de lo que me habla. Todo me suena a fantasía de James Bond.

Meyers le preguntó sobre Dixon, Nixt y por qué el Departamento del Tesoro había observado algunos de sus manejos; volvió a preguntarle sobre su trabajo como abogado, sobre sus viajes y sobre Shipley.

Segretti permaneció impassible con una débil sonrisa en sus labios.

¿Qué sabía sobre el nombre de Bill Mooney, una falsa identidad que Segretti había dicho que tal vez usaría? ¿No despertaba ningún recuerdo en él?

—*iRidículo!*

Segretti se dirigió hacia la puerta. Meyers echó mano de su cámara de 35 mm, que llevaba detrás de la espalda, debajo de la chaqueta y le dijo que deseaba hacer unas fotografías antes de marcharse y sin más comenzó a disparar.

Segretti dio marcha atrás, hacia el *hall*, mientras gritaba:

—*iNada de fotografías!*

Un momento después regresaba y Meyers lo enfocó a la cara. Sólo una más, le dijo. Segretti trató de cogerlo pero el reportero se escabulló; sin embargo después de que el periodista hubiera apretado el obturador una vez más, logró tomarlo del brazo y lo empujó hacia la puerta mientras Meyers seguía fotografiando cuanto podía sin parar.

Meyers se dirigió a un teléfono público. Bernstein estaba hablando con Sussman en el despacho del redactor jefe. Las cosas estaban explotando. En una llamada telefónica de rutina a un funcionario del Departamento de Justicia, para comprobar su información, Bernstein le había preguntado si había oído hablar de Donald Segretti y si sabía algo de él. Había sido una pregunta lanzada al azar.

—*No puedo responder a su pregunta porque forma parte de la investigación* —le dijo el funcionario judicial.

Bernstein se excitó. Woodward y él habían pensado que eran los únicos que estaban tras Segretti.

No podía hablarse de Segretti, porque formaba parte de los involucrados en la investigación del caso Watergate, ¿era eso?

Exactamente. Pero el funcionario no estaba dispuesto a oír una sola pregunta más sobre Segretti. Bernstein, en vista de esa actitud, volvió a la lista de nombres que tenía que comprobar, escribiendo detrás de cada uno de ellos «no» o «nada».

¿Helbert W. Kalmbach?

—*También es parte de la investigación, por lo que tampoco puedo hablar sobre él* —dijo el funcionario.

Sloan se había negado a decir si Kalmbach estaba entre los autorizados para disponer de la cuenta depositada en la caja fuerte de Stans. Pero dado que esos fondos estaban destinados a «trabajos de los servicios de inteligencia», era muy posible que Segretti hubiera ido proveyéndose de fondos por ese medio. Shipley había tenido la impresión de que Segretti recibía el dinero de un «gran donante» que no formaba parte del gobierno. Eso podía aplicarse muy bien a Kalmbach que, aunque abogado

personal de Nixon, no formaba parte del gobierno.

¿Había alguna conexión entre Segretti y Kalmbach?

El funcionario repitió que no quería decir nada al respecto.

Todas esas cosas las estaban discutiendo Sussman y Bernstein cuando un ayudante de redacción entró en el despacho del redactor jefe para avisarles de que Meyers esperaba al teléfono y que parecía tan excitado como para no poder ni respirar tranquilo.

—¡Dios mío!, he estado a punto de que me peguen por querer tomar unas fotografías^[23] —le dijo a Bernstein.

Después logró recuperar el aliento y le pudo poner al corriente de la situación.

Bernstein dijo a Meyers que los agentes federales sabían de la existencia de Segretti. Sussman intervino para hablar con Meyers. Se mostró de acuerdo en que debía volver y tratar de hablar con alguien que conociera mejor a Segretti y enterarse de si los amigos o conocidos de Segretti habían sido visitados, interrogados o contactados de algún modo por el FBI; qué les habían preguntado los federales en el caso de que hubieran sido interrogados y todo aquello que pudieran saber de Segretti.

Parecía que lo más práctico era realizar una visita a la Universidad Southern de California, y a la Escuela de Leyes Boalt Hall, en la Universidad de Berkeley, donde Segretti había estudiado.

Al día siguiente Meyers llamó para decir que cuando Segretti se estaba preparando para su ingreso en la USC, había tenido contactos con algunas personas que posteriormente pasarían a formar parte de la Casa Blanca de Nixon. Entre los que habían acabado su graduación en la USC, se encontraban Ron Ziegler, el secretario de Prensa del Presidente; Dwight Chapin, el secretario particular de protocolo del Presidente, encargado de concertar las citas y entrevistas con éste. Bart Porter, que ocupaba un cargo de importancia en la Casa Blanca, formó parte del equipo de directores y había recibido dinero de los fondos en cuestión; Mike Guhin, un miembro del equipo del Consejo Nacional de Seguridad de Kissinger; Tim Elbourne, que fue ayudante de Ziegler en la secretaría de Prensa, y Gordon Strachan, ayudante político de Haldeman y enlace de la Casa Blanca con el CRP.

Bernstein comenzó a recorrer la redacción del *Post* en busca de alguien que tuviera un contacto que no fuera meramente superficial con miembros del equipo personal de la Casa Blanca.

Sus esperanzas no eran demasiado grandes teniendo en cuenta las relaciones existentes entre la administración Nixon y el *Washington Post*. Aquella época feliz, de buenos sentimientos, cuando los reporteros podían saludar con golpes cariñosos en la espalda y codazos de entendimiento a los hombres de Kennedy, en los partidos de fútbol o en los bares a media luz de Georgetown y Cleveland Park, eran cosa del pasado.

Pero Karlyn Barker, una exreportero de la UPI, que se había incorporado a la

redacción local del *Post* el mismo día que lo hiciera Woodward, le dijo que tenía un amigo que había asistido a la USC^[24] con algunos de los tipos que trabajaban en la Casa Blanca y se mantenía en estrecho contacto con ellos. Al cabo de algunas horas Barker le extendió una hoja de notas a Bernstein que estaba encabezada con el título:

«NOTAS DE LA GENTE DE LA USC»

Su amigo había conocido a Segretti, a Chapin y a Tim Elbourne desde el preuniversitario. Se refirió a la «Mafia de la USC» en la Casa Blanca y dijo que Segretti y Elbourne habían sido llamados por sus excompañeros de estudios Dwight Chapin y Ron Ziegler para ayudar en los asuntos de la elección de Nixon.

Todos ellos pertenecían a una organización política dentro del campus y se denominaban a sí mismos «Troyanos por un Gobierno Representativo». Los Troyanos llamaban a su sección para las elecciones los «esquiroles» y hacían de todo. Se rompían urnas, se situaban espías en el campo adversario y abundaba la literatura insultante. Ziegler y Chapin se habían incorporado a la campaña de 1962 de Richard Nixon, cuando se presentó para gobernador de California. La campaña estaba dirigida por Bob Haldeman. Después de su graduación, Ziegler, Chapin y Elbourne se incorporaron a la Agencia de Publicidad de J. Walter Thompson, en Los Ángeles, de la cual Haldeman era vicepresidente. Segretti fue convocado a Washington y entrenado para trabajar en la elección presidencial, según la información facilitada por el amigo de Karly Barker.

Bernstein volvió a llamar a su amigo del Departamento de Justicia, que fue el primero en decirle que el nombre de Segretti estaba incluido en la investigación del caso Watergate.

—No, no puedo hablar de él —le dijo el funcionario una vez más—. Así es, aun cuando no esté mezclado directamente en el allanamiento de Watergate... Pero es obvio que se ha tropezado con él en el curso de la investigación... Sí, Segretti supuestamente está asociado con el sabotaje político. He oído un término que lo describe: «*ratfucking*». Existe una poderosa información, especialmente sobre lo ocurrido antes del 7 de noviembre.

El 7 de noviembre había sido el día de las elecciones.

¿Esa información, involucraba a Dwight Chapin? ¿Había sido él quien contrató a Segretti? ¿O lo había hecho Ziegler? ¿O...?

—No quiero decir absolutamente nada de Ziegler ni de Chapin.

Bernstein sospechaba que había sido Chapin. El funcionario dijo que no trataba de apartar al *Washington Post* de ninguna de las direcciones que quisiera dar a su investigación.

En ese lenguaje de claves, rudo, que habían desarrollado en sus conversaciones, Bernstein interpretó la observación como confirmadora de que existía alguna conexión entre Segretti y Chapin.

Otra pregunta que hizo a su reservado informador fue: ¿Había tenido algo que ver

Segretti con el asunto de la «Carta Canuck^[25]»?

El funcionario dijo que tampoco podía hablar sobre esa «carta», pues también formaba parte de la investigación.

Bernstein rebuscó entre el montón de papeles que cubrían su mesa y por fin halló una carpeta de cartón fino sobre la que estaba escrito: «Teléfonos». En junio había comenzado a anotar todos los números de teléfono de las personas relacionadas con sus reportajes sobre el caso Watergate, colocando cada uno de ellos en una cuartilla en la que anotaba las llamadas y su resultado. Empezó a repasar esas hojas para ver quiénes de ellos podían saber algo de Donald Segretti, o el grupo de acción de las elecciones, Dwight Chapin, la «Mafia de la USC», o la «Carta Canuck».

Bernstein había estado leyendo antes los recortes que tenía sobre las elecciones primarias en busca de algunos ejemplos de trucos malintencionados realizados en ellas.

Finalmente se encontró con las notas de una llamada.

—*¿Ratfuckings?* —La palabra pareció haber tocado en un nervio sensible a un abogado del Departamento de Justicia—. *Creo que en ese terreno debes llegar hasta la misma cima. Yo me llevé una desagradable sorpresa cuando me enteré de ello. No podía creerlo. ¿Son éstos nuestros servidores públicos? ¡Dios mío!, resulta nauseabundo. Se está usted refiriendo a muchachos que provienen de las mejores escuelas y universidades del país. ¡Hombres que dirigen el gobierno!*

Bernstein se preguntó qué querría decir aquello de «hasta la misma cima». Pero no le dieron tiempo a preguntarlo. El abogado en cuestión parecía presa de un ataque de furia.

—*Si el Departamento de Justicia encuentra una Ley que poder aplicarles, un jurado podría condenarles por esos actos de gamberrismo y violencia. Es algo absolutamente despreciable. Sería conveniente que escribieras un artículo sobre el tema. Yo me sorprendí tanto que no podía comprenderlo. Se trata de una conducta totalmente inmoral. Increíble en gentes como éstas. Fíjate, por ejemplo, en Hunt. Yo no puedo creer que se encuentre envuelto en esos actos de los «esquiroles electorales». Pero realmente es capaz de todo. Y tiene acceso a la Casa Blanca.*

—Y la Prensa —continuó— *no ha publicado esas cosas. Se trata de gentes que actúan como si esto fuese Dodge City^[26] y no la capital de Estados Unidos. ¡Hunt estaba metiendo pistolas en la Casa Blanca!*

Bernstein estaba impresionado. Jamás había supuesto que aquel hombre pudiera sentirse tan indignado.

¿La conexión Chapin-Segretti?

—*Mira el asunto con la máxima atención para comprobar que los hechos son ciertos* —le aconsejó el abogado.

¿Habían servido los fondos secretos para financiar los actos de violencia de los

«esquiroles» en las elecciones?

—*Ése es un terreno que puede resultar muy fértil.*

Se calmó por un momento, pero su tranquilidad no duró mucho y pronto su voz volvió a sonar irritada:

—*¿Para qué demonio querían ese dinero siempre allí, sin control...? Es un escándalo. Pero todo se pondrá en claro en el transcurso del juicio...*

¿La «Carta Canuck»?

—*La carta de Muskie forma parte del asunto.*

¿Kalmbach?

—*No quiero mencionar nombres. Han pasado ya tantas cosas que ahora nada me extrañaría ya. Pero todo se aclarará en el juicio; eso es lo mejor que puede pasar, pues así la gente sabrá que se trata de algo cierto y cuál es la auténtica verdad. La fiscalía tiene la verdad y lo que desea es la oportunidad de ponerla al descubierto. Los que trabajan en ello son gente dispuesta a mantenerse firmes.*

¿John Mitchell?

—*¿Mitchell? No querían llamarlo. Pero estaba allí. No puede decir que no sabía lo que pasaba, porque la estrategia, la estrategia básica, exigía que todo llegara hasta la cabeza. Incluso más arriba del propio Mitchell.*

El abogado se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. *¿Más arriba del propio Mitchell?* Dwight Chapin no era más que un funcionario, un hombre que había hecho carrera, una especie de criado dignificado de Richard Nixon y de H. R. Haldeman. Pero al menos había tres personas, allí, que estaban más arriba que el propio John Mitchell: John Ehrlichman (tal vez), Haldeman y Richard Nixon.

La estrategia básica exigía que todo llegara hasta la cabeza. Esa frase enervaba a Bernstein. Por vez primera, empezó a considerar la posibilidad de que fuese el propio Presidente de los Estados Unidos quien estuviera al frente de aquellos «esquiroles» de la ilegalidad electoral.

«Cuando yo soy candidato soy yo quien dirijo la campaña», había dicho Nixon después de que sus ayudantes hubiesen actuado chapucestamente, con las elecciones a medio hacer, en 1970.

Sentado en su mesa de trabajo, Bernstein recordó la cita y hubiera deseado que Woodward estuviese allí en aquel momento, pero su compañero se había marchado a Nueva York para pasar el fin de semana. Después de casi cuatro meses de trabajar juntos, se había creado entre ellos una especie de afinidad espiritual. Algunos compañeros del periódico les gastaban bromas diciéndoles que serían ellos los que acabarían por conseguir la dimisión del presidente. ¿Y qué pasaría si ambos, verdaderamente, tenían que enfrentarse con tal situación —no la de *obligar a que se marchara el presidente*— pero sí obtener pruebas convincentes de que estaba involucrado en el caso?

Bernstein trató de pensar como lo hubiese hecho Woodward de estar en su lugar. ¿Cómo hubiera sido? Había tres abogados que afirmaban que fueron solicitados por Segretti. Pero no había otras pruebas, más que la reacción de enfado de los representantes del Departamento de Justicia. Los tres tenían antecedentes de haber viajado mucho... ¡Todo circunstancial! No había prueba alguna de que se hubiera violado una sola ley.

Todo lo que tenían era circunstancial, pero existían pruebas bastantes para tratar de escribir algo. La regla era: Montadlo todo pieza por pieza, escribid lo que se conozca sólidamente; la imagen conjunta, general, puede esperar.

Bernstein trató de escribir un borrador:

Tres abogados han comunicado al *Washington Post* que fueron preguntados si querían realizar espionaje político y sabotaje en favor de la campaña de reelección del presidente Nixon; la captación corrió a cargo de un hombre que se halla sometido a investigación por parte del FBI en conexión con las escuchas electrónicas ilegales en el Watergate.

Las palabras «espionaje» y «sabotaje», no debían elegirse a la ligera. Eran términos bélicos. A Bernstein y a Woodward se les había prevenido sobre ello: tanto la Casa Blanca como el CRP consideraban la campaña de reelección del Presidente como una guerra santa.

Bernstein estuvo escribiendo hasta muy entrada la noche. Por la mañana del domingo, regresó muy temprano y llamó a Sussman a su casa. Debía tener redactado el borrador de su artículo para el mediodía y mostrárselo a Sussman. Éste llegó al periódico a eso de las dos, leyó el borrador y, después, por teléfono, se lo leyó a Woodward que seguía en Nueva York.

Sussman y Bernstein querían publicar la historia. Woodward argüía que no poseían los suficientes detalles sobre las operaciones de sabotaje y que tanto sus objetivos como sus propósitos quedaban un poco oscuros. Y, además, las implicaciones no se debían insinuar hasta que se contara con una información más sólida.

Prevaleció el punto de vista de Woodward. Tomaría el primer avión para Washington y trataría de entrar en contacto con «Garganta Profunda».

Así lo hizo. Tomó el último avión que salía para el Este, y desde el Aeropuerto Nacional llamó a «Garganta Profunda» a su casa.

Hacia poco se habían puesto de acuerdo en un nuevo método mediante el cual Woodward podía solicitar encontrarse con él en el garaje sin necesidad de identificarse. Woodward puso su maleta en una taquilla del aeropuerto y comió una hamburguesa. Tomó un taxi hacia un hotel de la parte baja de la ciudad donde esperó

diez minutos. Después otro taxi, que le dejó un poco antes del garaje. Hizo a pie la última parte del recorrido y llegó a la 1:30 de la madrugada.

«Garganta Profunda» estaba ya allí y fumaba un cigarrillo. Se mostró satisfecho de ver a Woodward, le estrechó la mano. Woodward le dijo que él y Bernstein necesitaban ayuda, realmente ahora era una ocasión en que verdaderamente les hacía falta. Su amistad con «Garganta Profunda» era auténtica, genuina y no algo artificial o prefabricado. Mucho tiempo antes del Watergate, ya habían pasado muchas veladas hablando de Washington, del gobierno y del poder.

En noches como aquéllas, «Garganta Profunda» le había explicado que la política se había infiltrado en todos los rincones del gobierno, como un brazo fuerte, una mano que todo lo abarcaba y estaba metida dentro de todos los departamentos de la Casa Blanca de Nixon. Algunos ayudantes políticos jóvenes de la Casa Blanca daban órdenes al más alto nivel de la burocracia. Alguien llamó aquello «mentalidad de vergajo». Y se había referido también a la tendencia de los hombres del presidente a jugar sucio y sin reparos. No se preocupaban en absoluto de lo que de sus juegos podía resultar, no sólo para sus adversarios, sino ni para el gobierno mismo y la nación.

No había amargura por su parte. Woodward se dio cuenta de la resignación de un hombre cuyo espíritu de lucha había sido minado por demasiadas batallas, «Garganta Profunda», jamás trataba de inflar sus conocimientos o destacar excepcionalmente su importancia. Por regla general decía siempre menos de lo que sabía. Woodward lo consideraba como un sabio maestro. Era un tipo desapasionado y parecía siempre dispuesto a dar la mejor versión posible de la verdad.

La Casa Blanca de Nixon le estaba hastiando y aburriendo.

—*Todos ellos son difíciles de conocer e imposibles de predecir*—le había dicho numerosas veces. Pero también desconfiaba de la Prensa—. *No me gustan los periódicos*—se explicó francamente y sin tapujos. Odiaba la inexactitud y el que las cosas se presentaran veladas en su autenticidad.

Conocía su propia debilidad y estaba dispuesto a admitir sus defectos. Aunque parezca incongruente, era un chismoso incurable, aunque precavido para no lanzar rumores así porque sí, pero fascinado por ellos... Conocía mucha literatura y demasiado a fondo y dejaba que la influencia del pasado lo apartara de sus instintos. Podía ser violento, bebía mucho, más de lo que soportaba. No era bueno en el arte de disimular sus sentimientos y esto, desde luego, no le hacía el hombre ideal para la posición que ocupaba. Watergate le subyugaba; había hecho de él su juguete. Incluso en las sombras del garaje Woodward pudo darse cuenta de que estaba un tanto cargado y que sus ojos parecían inyectados en sangre.

Aquella noche, «Garganta Profunda» parecía más hablador que de costumbre.

—*Hay un medio de desanudar el nudo Watergate*—comenzó—. *Yo no puedo, ni quiero darte nuevos nombres, pero todo parece indicar en la dirección de lo que llaman «Seguridad Ofensiva»... Recuerda que no has sido tú quien ha hecho esas 1 500 entrevistas*

(del FBI)^[27] y no tienes en tus manos más que lo que se deriva de un simple allanamiento. Pero, por favor, mantente equilibrado y haz que tus reporteros lo comprueben todo, porque una gran parte del trabajo de inteligencia (del CRP) era pura rutina. No eran unos tipos demasiado brillantes y muchas cosas se escapaban de sus manos —dijo «Garganta Profunda»—. Ésa es la frase clave: el sentimiento de que todo se les fue de las manos... Muchos de los intentos de recoger información fueron efectuados sobre los propios contribuyentes que aportaron sus fondos a la campaña, mientras que otros se utilizaron para controlar a los contribuyentes que ayudaron a los Demócratas... Es decir, controlar a gente de un modo que sería como un chantaje a medias en el caso de que se descubriera algo interesante. Una operación, pues, bastante dura y vigorosamente controlada.

«Garganta Profunda» tenía acceso a información de la Casa Blanca, del Departamento de Justicia, del FBI y del CRP. Lo que sabía representaba una suma o compendio de los datos que llegaban a su conocimiento procedentes de distintos sectores. A disgusto, después de resistirse un tanto, acabó por conceder que Woodward y Bernstein coincidían con su idea de que había altas personalidades implicadas en el caso Watergate, así como en otras actividades igualmente ilegales.

¿Y Mitchell?

—Mitchell está involucrado.

¿Hasta qué punto?

—Sólo el Presidente y Mitchell lo saben —dijo—. Mitchell llevaba a cabo su propia investigación (o algo que él llamaba así) que duró como unos diez días después del 17 de junio. Y pareció que iba a volverse loco. Encontró cosas que incluso a él lo dejaron atónito. En cierto momento, Howard Hunt, para colmo de las ironías, fue asignado para ayudar a Mitchell en la obtención de determinadas informaciones. Fue despedido fulminantemente y tuvo que marchar a su mesa de trabajo, empaquetar sus papeles y dejar la ciudad para siempre. No menos de lo que le ocurrió a John Ehrlichman.

Woodward reaccionó con la misma medida de extrañeza que de escepticismo. Ehrlichman era el «buen chico», el hombre residente en la Casa Blanca encargado de la programación, que se ocupaba de la legislación, los conceptos ideológicos, las crisis internas. La política era asunto de Haldeman y Mitchell. Woodward subrayó la gravedad de la afirmación contenida en la observación de «Garganta Profunda» sobre que «sólo el Presidente y Mitchell lo sabían». Pero él no se volvía atrás.

Woodward preguntó si las escuchas electrónicas y el espionaje en Watergate eran un hecho aislado o formaban parte de una misma operación que incluía otras actividades. «Garganta Profunda» lo afirmó también.

—Controla hasta el menor dato —le confió «Garganta Profunda»—. Las operaciones abarcan todo el mapa y eso es muy importante. Podrías estar escribiendo historias sobre el tema desde ahora a Navidad o más todavía... Ni uno solo de los juegos (ése era el término que aplicaba a las operaciones *underground*) fue llevado a cabo por individuos contratados sólo para esa operación. Eso también es importante. Todos estaban mezclados en todo.

Pero no quiso referirse específicamente a la operación de Segretti. Woodward no podía entender el porqué de esa postura.

—*Basta con que recuerdes lo que estoy diciendo. Todo formaba parte de una acción conjunta. No había ni una sola operación contratada a alguien que sólo tuviera que ver con ella. Sé bien de qué estoy hablando.*

¿Los «esquiroles» para sabotear las elecciones?

Había oído hablar de ello y conocía el término. Lo utilizaban las fuerzas de Nixon para referirse a la infiltración en el terreno de los Demócratas.

«Garganta Profunda» volvió a referirse a Mitchell y a su propia declaración:

—*Definitivamente ese tipo aprendió algunas cosas en aquellos diez días que siguieron al descubrimiento del caso Watergate. Se sintió verdaderamente enfermo, y todo el mundo afirmaba que su propia gente había arruinado su carrera, en especial Mardian y LaRue; se la había arruinado además lo sucedido dentro de la Casa Blanca.*

—*Mitchell dijo: «Si todo esto se pone al descubierto, puede conducir a la ruina a la propia administración. Y lo digo textualmente». Mitchell se daba cuenta de que personalmente su carrera estaba arruinada y que no tenía más remedio que marcharse de allí.*

Woodward le preguntó sobre la Casa Blanca.

—*Había cuatro agrupaciones básicas de personal para llevar a cabo operaciones subterráneas —dijo «Garganta Profunda».*

Se trataba del «Grupo Noviembre» que manejaba la publicidad del CRP; un grupo de la Conexión que se ocupaba de las cuestiones de inteligencia y la planificación del espionaje tanto en las Convenciones Republicana como Demócrata; un grupo primario, que hacía lo mismo en las elecciones primarias de ambos partidos; y el grupo de Howard Hunt, que era «el equipo encargado de las operaciones difíciles».

—*El grupo de Howard Hunt informaba a Chuck Colson —continuó «Garganta Profunda»—, aunque es posible que él no supiera nada específico sobre el espionaje en Watergate. No hay pruebas de ello pero Colson recibía a diario relación de las actividades y la información. —Movi6 la cabeza—: Hay muchas historias al respecto por la ciudad. No dejes ninguna por examinar. Todas son buenas.*

¿Qué había con Martha Mitchell?

—*Aparentemente no sabe nada, pero esto no significa que no quiera hablar —no se rió de su propia ironía.*

«Garganta Profunda» había dicho que había «juegos» por toda la superficie del mapa. ¿D6nde, por ejemplo?

—*Conozco casos de interferencia de la inteligencia y de «juegos» en Illinois, Nueva York, New Hampshire, Massachusetts, California, Texas, Florida y el Distrito de Columbia.*

Las fuerzas del presidente, seg6n 6l, habían actuado en todos esos lugares para obstaculizar la campaña electoral tanto de los Demócratas como de los propios oponentes del Presidente en el seno de su propio Partido, como Paul McCloskey, de

California, y John Ashbrook, de Ohio.

—*Esa operación se llevó a cabo no sólo para cubrir la falta de información asequible en los periódicos, sino incluso para poder facilitar información a la Prensa. Era la operación de Hunt y Colson. Entre los que recibieron esa información prefabricada se incluyen todos tus tipos: Jack Anderson, Evans y Novak, el Post, el New York Times y el Chicago Tribune. En el asunto de la ficha de Eagleton por conducir borracho y la de su estado de salud se encuentran involucrados, de un modo u otro, la Casa Blanca y Hunt. Su objetivo era la manipulación total, para que todo el mundo, en un momento u otro, tuviera que bajar a comer a sus propias manos. Incluso la Prensa.*

«Garganta Profunda», pues, confirmaba lo que se les había insinuado a los periodistas por otras fuentes. El FBI y el gran jurado habían limitado sus investigaciones a la operación Watergate y habían ignorado otras operaciones de espionaje y sabotaje.

—*No se ha investigado ninguno de los «juegos» llevados a cabo fuera. Se limitaron sólo al caso Watergate propiamente dicho, porque de no ser así jamás hubieran terminado, créeme. Había, además, algunos casos de falta de colaboración y perjurio ante el gran jurado.*

¿Sally Harmony?

—*Sally y otros.*

«Garganta Profunda» le hizo una advertencia claramente explícita.

—*Intentan perseguir al Post. Desean recurrir a los Tribunales para conseguir saber cuáles son vuestras fuentes informativas.*

Eran las 3 de la madrugada. Siguió un poco más de conversación general en la que se discutió sobre la Casa Blanca, su ambiente, su estado, su atmósfera bélica. Woodward y «Garganta Profunda» estaban sentados en el suelo del garaje. Ninguno de los dos parecía desear dar por terminada la conversación. Tenían la espalda y la cabeza apoyadas contra el muro, pero se hallaban exhaustos. Woodward dijo que él y Bernstein no podrían ir mucho más lejos pues lo que tenían era demasiado vago. Watergate no pondría al descubierto lo que había hecho la Casa Blanca, al menos si no se contaba con información más específica.

De nuevo habló «Garganta Profunda» para decirle a Woodward que se concentrara en los demás «juegos» y no se limitara sólo al allanamiento del cuartel general de los Demócratas.

Aun así necesitarían ayuda, dijo Woodward. ¿Podían decir con certeza que aquellos «juegos» los había patrocinado la Casa Blanca?

—*Desde luego, desde luego, ¿es que no entiendes lo que te estoy diciendo?*
—«Garganta Profunda» estaba exasperado. Se levantó.

¿Qué «juegos»? preguntó Woodward. No podían publicarse reportajes ni artículos basados en vagas referencias a altas personalidades, a informaciones que pudieran haber sido filtradas, o quizá no, en la Prensa por Howard Hunt; en el caso de los archivos de Eagleton quizá se hallaban involucrados de un modo u otro Hunt y

la Casa Blanca...

—*No tengo nada más que decirte* —replicó «Garganta Profunda» y comenzó a andar.

Woodward insistió que él y Bernstein necesitaban algo más, algo que fuera más allá de las simples generalidades. ¿Qué había de la «Carta Canuck»?

«Garganta Profunda» se paró y dio la vuelta.

—*Fue una operación de la Casa Blanca... llevada a cabo dentro de las verjas que rodean la Casa Blanca y el Edificio de las oficinas de los ejecutivos. ¿No es bastante eso?*

No lo era. Necesitaban conocer la extensión de las operaciones llevadas a cabo por la inteligencia, la de los «juegos». ¿Habían sido llevados a cabo por ellos mismos o simplemente planeados?

Woodward tomó por el brazo a «Garganta Profunda». Había llegado el momento de presionarlo al máximo. Woodward se dio cuenta de que se estaba poniendo de mal humor. Le dijo a «Garganta Profunda» que estaban jugando entre sí un juego estúpido. «Garganta Profunda» por tratar de pretender, para sí mismo, que jamás facilitaba a Woodward información primaria, y él, Woodward, por portarse como una rata que se conforma con masticar los desperdicios que caen de la mesa del *picnic*, sin atreverse a escalarla para meterle mano al plato principal.

«Garganta Profunda» estaba también enfadado, pero no con su amigo.

—*Muy bien* —dijo con tono suave—. *Todo esto es muy peligroso. Puedes decir con seguridad y sin ponerte en peligro que cincuenta personas trabajaban para la Casa Blanca y el CRP para llevar a cabo operaciones de inteligencia, espionaje y sabotaje. Algunas de las cosas que hicieron están por encima de lo creíble, golpeando a la oposición por todos los medios imaginables. Tú ya conoces de sobra algunos de ellos.*

«Garganta Profunda» hizo un movimiento afirmativo de cabeza cuando Woodward le recitó una lista de las tácticas y acciones; eran las que Bernstein conocía como usadas contra la oposición política: escucha clandestina por medios electrónicos, seguir a la gente, dar a la prensa información falsa, falsificar cartas, cancelar reuniones políticas de los adversarios, investigar la vida privada de los que trabajaban en las campañas políticas, introducir espías en las líneas de la oposición, robo de documentos, introducir provocadores en el seno de las manifestaciones.

—*Todo eso está en los archivos* —dijo «Garganta Profunda»—. *El Departamento de Justicia y el FBI tienen noticia de ello, aunque no lo han investigado a fondo.*

Woodward estaba atónito. ¿Cincuenta personas dirigidas por la Casa Blanca y el CRP para destruir la oposición, sin limitación de medios?

«Garganta Profunda» asintió con la cabeza.

¿La Casa Blanca había estado dispuesta a corromper (¿no era ésa la palabra adecuada?) la totalidad del proceso electoral? ¿Realmente se había lanzado a ese intento?

Otra afirmación. «Garganta Profunda» parecía intranquilo.

¿Y contrató a cincuenta agentes para hacerlo?

—*Puedes decir con tranquilidad que fueron más de cincuenta* —dijo «Garganta Profunda». A continuación, dio la vuelta y comenzó a andar por la rampa de descenso y salió a la calle.

Eran casi las 6 de la mañana.

Woodward llegó a su periódico cuatro horas más tarde y pasó a máquina las notas de su conversación con «Garganta Profunda». Una copia de ellas estaba sobre la máquina de escribir de Bernstein cuando éste llegó a la redacción media hora más tarde. Woodward, Bernstein, Sussman y Rosenfeld se reunieron brevemente. Se harían tres reportajes: uno firmado por Bernstein y Woodward, explicando en líneas generales el programa de sabotaje y del trabajo de los «esquiroles» y el espionaje electoral, llevado a cabo por no menos de 50 agentes; otro de Bernstein sobre Segretti; y un relato de Woodward sobre la intervención de la Casa Blanca en el episodio de la «Carta Canuck».

Mientras Woodward estaba escribiendo la historia sobre la «Carta Canuck», Bernstein se hallaba en dificultades para delinear un relato general sobre el espionaje y el sabotaje dirigidos por la Casa Blanca. Había demasiadas generalizaciones y los detalles más significativos figuraban ya en los otros dos artículos.

Como solía hacer cuando se veía en dificultades con la redacción de un artículo, Bernstein se dirigió al otro extremo de la redacción donde estaba el refrigerador de agua. Marilyn Berger, una reportera de la sección de nacional, que se ocupaba de la información en el Departamento de Estado, se dirigió a él cuando estaba echando un vistazo al tablero de avisos. Le preguntó si él y Woodward sabían lo de la «Carta Canuck».

Cierto, le respondió, estaban escribiendo la historia para el periódico del día siguiente.

Tomó otro sorbo de agua antes de que se le ocurriera que la pregunta de la periodista era un tanto peculiar. En la redacción todo el mundo cuidaba de no hablar sobre lo que estaba escribiendo. Las únicas personas a las que Woodward o Bernstein habían hablado sobre la carta eran Sussman, Rosenfeld, Simons, Bradlee y David Broder, el decano de los reporteros políticos del *Post*.

¿Cómo se había enterado de ello?

—¿Es que no te lo ha dicho Dave (Broder)? —le preguntó la reportera.

—¿Qué debía decirme?

—Que fue Ken Clawson quien escribió la «Carta Canuck» —le respondió Marilyn.

La exclamación de Bernstein fue lo suficientemente alta para que volvieran la cabeza todos los que estaban en aquel rincón de la redacción.

Berger le explicó que Clawson, su antiguo colega en el *Post*, le había contado mientras tomaba una copa y como si se tratara de lo más natural que había sido él quien escribió la mencionada carta. Y lo dijo varias veces.

La coincidencia parecía demasiado obvia y Bernstein temió que se tratara de una encerrona. En la misma mañana que ellos se enteraban de que la Casa Blanca era

responsable de la carta en cuestión, Marilyn se dirigía a él en la redacción y le decía que fue Ken Clawson quien la escribió.

Pero Berger le explicó que Clawson se lo había dicho a ella hacía más de dos semanas, es decir antes de que Bernstein hubiera oído hablar de Segretti. Por otra parte, pensaba que Clawson era un tipo al que no le importaría recurrir a un truco tan sucio.

Bernstein tomó a Berger de un brazo y le pidió que fuera con él para repetirle a Woodward lo que le había dicho. Woodward había venido manifestando sus dudas de que Clawson se dejara mezclar en tales combinaciones sucias para la Casa Blanca, al poco tiempo de haber dejado la redacción del *Post* para incorporarse al equipo del Presidente. La historia de la «Carta Canuck» y este supuesto documento se publicaron menos de tres semanas después de que Clawson se uniera a la administración republicana. Woodward hizo esa objeción, pero después recordó algo: un amigo, que estaba en la Casa Blanca, le había hablado en cierta ocasión de una especie de rito de iniciación al que se sometía a todos los nuevos miembros del equipo del presidente a quienes se les exigía que mostraran su adhesión, descubriendo o destruyendo a un enemigo de la Casa Blanca. Era posible que la Carta hubiera sido el rito de iniciación de Clawson, con el que se ganaba el derecho a ser considerado como uno más bajo el Sello del Presidente, entre sus nuevos hermanos de la «Mafia» de la USC.

Bradlee, Simons, Rosenfeld y Sussman se sumaron a la discusión en torno a la máquina de escribir de Woodward. Se olvidaron todas las «disposiciones» de seguridad y el rumor se extendió por la redacción: Clawson había escrito la «Carta Canuck» y, consecuentemente, habría una serie de artículos que caerían sobre la Casa Blanca como una lluvia de cohetes. Se decidió que Berger almorzara ese mismo día con Clawson y viera si confirmaba lo que le dijo anteriormente.

Mientras tanto Marilyn escribió un memorándum describiendo su conversación con Clawson.

Memorándum de M. Berger (Sólo Ojos).

Por la tarde del 25 de septiembre de 1972, a eso de las 8:30, Ken Clawson me telefoneó a mi apartamento para invitarme a que fuese con él a tomar una copa. Le dije que acababa de cenar, que me encontraba muy cansada, pero que si deseaba venir a casa a tomar una copa podía hacerlo. Le invité porque me había llamado dos veces en el transcurso de las últimas semanas, con la misma invitación y siempre le había dicho «no». Cuando llegó Ken, le ofrecí una copa. Aceptó un *scotch* —no me acuerdo si fue con agua o con soda, pero sí recuerdo que le puse hielo—. Yo

tomé un Sanka. Nos sentamos para hablar y en el curso de la conversación (yo diría que fue durante los primeros diez minutos más o menos) comenzamos a cambiar nuestros puntos de vista sobre las diferencias entre ser un reportero o un funcionario del gobierno. Me dijo que nosotros, los periodistas, sólo conocíamos una parte mínima de lo que sucedía. Le pregunté si ahora que estaba en la Casa Blanca podría ser mejor reportero que cuando la dejara. Me dijo que anteriormente, como reportero, había informado sobre la Casa Blanca, pero que cuando realmente sabía lo que pasaba allí era ahora. Es posible que me dijera algo así como que «sé dónde están enterrados todos los cadáveres», pero no estoy del todo segura de ello.

Fue entonces cuando me dijo: «Fui yo quien escribió la carta...». Creo que me dijo la carta «Canuck», pero de todos modos anunció claramente que había escrito aquella carta (Muskie). Me sorprendió tanto que me sentí a disgusto. Le pregunté por qué lo había hecho. Me dijo que porque Muskie era el candidato que representaba la oposición más fuerte y deseaba eliminarlo. Cuando dije que era de esperar que la reacción de Muskie hubiera pasado más allá de todos los límites me dijo simplemente: «Sí».

Le pregunté, entonces, si hubiese hecho el mismo tipo de cosas cuando era reportero, es decir el mismo tipo de cosas deshonestas. Me respondió que no, que había sido un periodista honesto. Seguidamente le pregunté cómo era posible que hubiese sido capaz de algo semejante y fue entonces cuando me dijo que así era la política, que así era como se hacían las cosas en el terreno político. En el curso de la conversación de esa noche habló con enorme orgullo de Nixon, en particular sobre la estupenda persona que era, lo cordial, lo bromista, y me contó que el presidente siempre les estaba previniendo a él y a John Scali (en la actualidad embajador en las Naciones Unidas)^[28] de que se comportaran... Ésta es la parte de la conversación en la que se trató de la «Carta Canuck» y asuntos relacionados con ella. Naturalmente hablamos de muchas otras cosas.

Berger, una periodista de 37 años de edad, que anteriormente había trabajado como reportera del *Newsday*, estaba especializada en asuntos diplomáticos. Se daba cuenta de que se iba a convertir en parte de nuestra historia —una situación que generalmente no es del agrado de los periodistas—, pero reaccionó a su súbita aparición en medio del caso Watergate, cuando se hallaba en un momento de gran excitación, con una buena dosis de autodominio.

Clawson aceptó la invitación de la periodista para almorzar con ella a la una. Berger regresó a la redacción a las tres y escribió el siguiente resumen de su entrevista:

Almuerzo en Sans Souci (él eligió):

Le dije a Ken que Woodward y Bernstein estaban trabajando en un gran reportaje del cual formaba parte la «Carta Canuck», que habían seguido la pista hasta la Casa Blanca y que yo les había dicho: «No hay nada nuevo en eso. Ken dice que la escribió él». Ken se me quedó mirando con expresión muy seria, como la había mantenido durante todo el almuerzo. El Dr. Lukash (el médico personal del Presidente Nixon) le había dicho unos días antes que estaba muy alto de presión y que debía de vigilar lo que comía y lo que bebía. Actuó como si hubiese decidido dejar de beber totalmente y perder peso. Pidió sólo una «Ensalada Caesar» y ni siquiera la terminó.

Se refirió a lo mucho que le costaba tener que reprender a otros funcionarios, sobre todo si se trataba de funcionarios del Gabinete. Le pregunté si reprendía a funcionarios del gabinete y me dijo que sí, que lo hacía. En lo que se refiere a la «Carta Canuck», dijo que le hubiera gustado que no hubiese mencionado el asunto a los muchachos. Le dije que yo no sabía que trataba de algo nuevo. Me dijo también: «no es posible que Woodward y Bernstein hayan seguido su pista hasta la Casa Blanca», o tal vez, «no es posible que haya sido seguida su pista hasta la Casa Blanca». Con respecto a lo que me había declarado a mi dijo que «lo negaría aun cuando tuviese que jurar sobre un montón de Biblias y sobre la tumba de su madre». Dejó por un momento el tema, pero después volvió a él y me preguntó qué era lo que sabían. Le respondí que no estaba muy

segura, pero en la parte que se refería a la carta habían seguido la pista a un tipo de New England que fue a Florida para el asunto de Muskie, etc. Traté de ser muy vaga. Dijo que lo negaría todo.

Posteriormente aún volvió al tema y me preguntó si yo quería expresar lo que él deseaba decir sobre el tema o si prefería que fuesen ellos (Woodward y Bernstein) los que le llamaran. Dijo después que sería mejor que ellos le telefonearan.

Bradlee, los otros jefes, Bernstein y Woodward estudiaron la información de Berger. Clawson no negó que hubiera escrito la carta. Woodward llamó a Clawson a la Casa Blanca. Entonces Clawson afirmó que había rechazado ser el autor de la carta, en primer lugar, y que todo el asunto era una equivocación.

Woodward dijo que los directores del *Post* creían a Berger y que el periódico iba a utilizar su información.

Clawson dijo:

—Estás en tu derecho. Sólo confío en que incluyas mi negativa. Marilyn se equivocó. Es una buena profesional y deliberadamente no quiere hacer nada contra la ética de la profesión. Pero en nuestra conversación nos limitábamos a charlar sobre la elección. No nos encontrábamos en una entrevista.

Woodward le preguntó dónde había tenido lugar esa charla y Clawson dijo que no se acordaba.

Woodward le preguntó si Clawson había oído decir alguna vez que Marilyn Berger hubiera escrito algo equivocado o hubiera citado en falso a alguien. Clawson se enfadó aún más y explotó:

—No puedes preguntarme una mierda como ésa. No me vengas con esas tonterías. Eso está bien para un pueblerino. Ella escribe sobre asuntos exteriores y yo no suelo leer mucho sobre esos temas. Así que no sé cómo responder a tu pregunta.

Clawson afirmó que la primera vez que había oído hablar de la «Carta Canuck» fue cuando «*la vi en la Televisión a continuación de la aparición de Muskie del 26 de febrero. No sé nada sobre el asunto, aparte de eso*», insistió.

Poco después de la conversación con Clawson, Berger llegó corriendo a la mesa de Woodward.

—Ken Clawson está al teléfono —le dijo—. ¿Qué debo hacer?

Woodward pensó que Clawson tal vez iba a hacer una súplica personal a la periodista. Nadie en el *Post* dudaba de que Clawson le había dicho a Marilyn Berger que había sido él quien escribió la carta; pero todos tendían a creer que Clawson había estado faroleando y simplificando. Parecía más que posible que él sólo hubiese intervenido en el episodio y, después, se hubiera querido jactar de haberlo hecho todo

él. Ambas posibilidades cabían dentro del carácter de Clawson. Cuando Clawson estaba en la sección de «nacional», en el *Post*, tenía la costumbre de «olvidar» la firma de los reporteros locales que ocasionalmente trabajaban con él en sus reportajes.

Mientras Berger entretenía a Clawson, una secretaria se puso en una línea anexa para tomar una transcripción taquigráfica de la conversación.

Clawson parecía mucho menos preocupado sobre la «Carta Canuck» que con respecto a las circunstancias en que él y la periodista habían discutido el asunto.

—*Se me acaba de ocurrir, ¿dónde estábamos cuando tuvo lugar esa supuesta conversación?* —le preguntó Clawson a Berger.

—¿Supuesta conversación? ¿Es que estás negando...?

—*Mira. He dicho que se trata de una falsa interpretación. He dicho que tú eres una buena periodista y que probablemente hubo un mal entendimiento entre nosotros.*

Berger dijo que había sido tomando una copa.

—*¿No pudo haber sido en un restaurante?* —preguntó Clawson.

—No —dijo Berger—. Fue en mi apartamento.

—*¿Lo dices en serio? ¡No, por Dios! ¡No irás a decirles una cosa así!*

—Ya se lo he dicho.

—*¿Les has dicho una cosa así?*

—Bueno, viniste a tomar una copa.

—*Sí, pero ¡por el amor de Dios!*

—¿Qué hay de malo en venir a mi casa a tomar una copa?

—*¿Estás bromeando?*

—¡No! —dijo ella.

—*¡Tú y yo en tu apartamento...!*

—Y bien...

—*¿Y ya se lo has dicho a ellos?* —dijo Clawson—. *Dios mío, vas a acabar conmigo. Si sale en el periódico que yo estuve en tu apartamento tomando una copa contigo ¿sabes lo que pasará?*

—No veo por qué pueda perjudicarte.

—*¿No lo ves?*

—No. Tengo la conciencia tranquila.

—*¡Dios mío! ¿A quién se lo has dicho?*

—A los muchachos.

—*Resulta increíble. Realmente increíble* —repitió.

—No veo lo que pueda haber de malo en ello.

—*Marilyn, tengo esposa e hijos y un gato y un perro.*

—Bueno. A mi casa viene mucha gente a tomar una copa de vez en cuando.

—*Vaya, vaya... Ése es el más duro de todos los golpes.*

—No hay nada malo en ello.

—*Vaya si lo hay.*

—Yo francamente no lo veo —insistió Berger.

—*Increíble. Realmente increíble.*

—Lo que resulta increíble es que estés tan excitado sobre eso cuando la otra cuestión es lo que realmente importa —le dijo Marilyn.

Hubo un largo silencio.

—*De acuerdo. Es divertido.*

—Yo no tengo nada de que sentirme avergonzada —dijo Marilyn.

—*Eso es lo más vergonzoso de todo.*

Clawson cortó.

Pocos minutos después, Clawson telefoneó a Bradlee para pedirle que el *Post* no dijera que había estado en el apartamento de Berger durante esa conversación.

A Bradlee no le interesaba el lugar en que se hubiese realizado la conversación, excepto por el hecho de que le facilitaba un arma sobre Clawson. Ni siquiera tenía la intención de insinuar en letra impresa el contexto de conversación.

Clawson también le negó a Bradlee que se hubiese declarado autor de la carta o de tener algo que ver con ella.

A eso de las 6:00 de la tarde los directores y Bernstein y Woodward tuvieron la reunión final con Bradlee para discutir el asunto.

—¿Qué es lo que tienen y cómo lo dicen? —preguntó Bradlee.

Los periodistas habían abandonado su plan primitivo de escribir tres reportajes distintos. Woodward estaba escribiendo un relato sobre la «Carta Canuck», en el que se incluía el supuesto papel jugado por Clawson, y Bernstein estaba escribiendo un reportaje sobre el espionaje y sabotaje de Segretti. Le entregaron a Bradlee copias de los reportajes, aún sin terminar.

Bradlee acercó su sillón a la mesa oval, levantó la mano rogando silencio y comenzó a leer. Simons estaba leyendo otra copia. Rosenfeld, nervioso, hacía bascular su silla. De vez en cuando se intercambiaban algunos comentarios. Sussman permanecía sentado, tranquilo, con las piernas cruzadas.

—¡Muchachos —el silencio se rompió bajo la voz de Bradlee— habéis conseguido un buen reportaje! Ponedlo todo junto, en uno. Las cosas se complementan, forman parte de un mismo todo.

Hizo girar su silla 180 grados, hacia donde estaba su máquina de escribir, abrió un cajón y sacó de él un trozo de papel con copia.

—No importa que haya varios párrafos iniciales —dijo Bradlee—; eso es cosa que podréis arreglar.

Comenzó a escribir una sección que se refería a Clawson y a la carta. Escribió dos largos párrafos y después pasó la hoja a Woodward, al otro lado de la mesa. Mientras tanto, Bernstein se había marchado a su mesa donde escribió:

Agentes del FBI han establecido que el incidente de la escucha clandestina de Watergate forma parte de una campaña masiva de espionaje y sabotaje político llevada a cabo en nombre del Comité de Reelección del Presidente Nixon y dirigida por funcionarios de la Casa Blanca y de dicho Comité.

Esas actividades, de acuerdo con informaciones obtenidas en el FBI y en el Departamento de Justicia, estuvieron dirigidas contra los más destacados oponentes demócratas en la elección presidencial y —desde 1971— representó una estrategia básica del esfuerzo en pro de la reelección de Nixon.

Bernstein pasó el borrador en círculo, primero a Woodward y después a todos sus superiores sentados en torno a la mesa. Todos dieron su conformidad. No se cambió ni una sola palabra, lo cual resultaba poco corriente en casos como aquél de una historia tan delicada, y, más todavía, dado el gran número de jefes mezclados en el asunto.

Woodward añadió el tercer párrafo:

Durante la investigación del caso Watergate, agentes federales establecieron que cientos de miles de dólares aportados por los contribuyentes a la campaña de Nixon, fueron puestos aparte para pagar una campaña extensa y subterránea encaminada a desacreditar individualmente a los candidatos demócratas a la presidencia y causar disturbios en sus campañas.

De acuerdo con una sugerencia presentada en primer lugar por Sussman, se escribió el cuarto párrafo:

El trabajo del servicio de inteligencia es normal durante una campaña y se dice que fue llevado a cabo por ambos partidos políticos. Pero los investigadores federales dicen que las cosas que ellos han descubierto hechas por las fuerzas de Nixon no tiene precedentes ni en extensión ni en intensidad.

Pese a la falta de ejemplos específicos los cruciales párrafos quinto y sexto incluían los casos de espionaje y sabotaje tales como:

El seguimiento de miembros de las familias de los candidatos demócratas; reunir *dossiers* sobre sus vidas privadas; falsificar cartas y distribuir las como firmadas por los candidatos; hacer llegar a la Prensa comunicaciones falsas y expresamente manipuladas; hacer que las reuniones previstas para una determinada hora no pudieran tener lugar a tiempo; apoderarse de archivos confidenciales de la campaña, e investigar la vida privada de docenas de empleados que trabajaban para la campaña de los Demócratas.

Aparte de esto, los investigadores dicen que las actividades incluían la introducción de provocadores en las filas de las organizaciones que se esperaba se manifestasen en las Convenciones Demócrata y Republicana, e investigar la vida de los donantes en potencia para la campaña de Nixon antes de que éstos ofrecieran sus donativos.

Woodward llamó a Shumway, el portavoz principal del CRP, le leyó los seis primeros párrafos y le explicó en grandes líneas el asunto Segretti y las alegaciones que hacían referencia a Clawson y la carta.

—*Por favor, vuelva a leérmelo* —dijo Shumway aparentemente atónito.

Woodward repitió.

—*Esto es algo que tengo que devolverle* —dijo Shumway—. *Déjeme que pongamos las cosas en claro. ¿Está escribiendo eso para mañana...? Este asunto nunca deja de asombrarme.*

Shumway llamó una hora más tarde y dijo:

—*Bien, ¿está usted preparado? Tenemos que hacer una declaración:*

La historia del *Post* no sólo es una ficción sino una colección de absurdos.

Woodward se quedó esperando.

—*Eso es todo* —dijo Shumway.

Woodward le pidió que especificara algunos puntos.

—*No es necesario, Robert* —dijo Shumway—. *Eso es todo lo que tenemos que decir. El asunto, en su totalidad, está en manos de las autoridades.*

A Woodward y Bernstein les pareció que la falta de un mentís especificado confirmaba su relato.

Los dos primeros párrafos con sus nítidas declaraciones sobre espionaje y

sabotaje político masivo, dirigido por la Casa Blanca como parte de una estrategia reelectoral básica, eran esencialmente interpretativos y... arriesgados. Ninguna fuente les había comunicado explícitamente a los reporteros que sus afirmaciones, en substancia, representarían las conclusiones de los investigadores federales. Pero sabían que en los archivos del FBI y del Departamento de Justicia había datos que apoyaban sus conclusiones. El reportaje estaba basado en indicios de evidencia, declaraciones de distintas fuentes, deducciones, una comprensión parcial de lo que la Casa Blanca estaba haciendo, la familiaridad de los periodistas con la «mentalidad de vergajo» de los hombres del presidente y trozos dispares de información que los reporteros habían venido acumulando durante meses. Es posible que la gente de la Casa Blanca discutiera la interpretación del artículo y substituyeran la frase «espionaje y sabotaje político» por la de «trabajo de los servicios políticos de inteligencia», pero la verdad era que los hechos aprobaban el uso de un lenguaje agresivo. Ejemplos específicos de algunas de las tácticas, como se describían en los párrafos cinco y seis del artículo, brillaban por su ausencia, pero había fuertes pruebas de que la «Carta Canuck» y las actividades de Segretti entraban dentro de esas tácticas.

La declaración negativa de Shumway acompañaba al párrafo séptimo, así como la negativa de la Casa Blanca a comentar específicamente el artículo. Los diez párrafos siguientes se ocupaban del asunto de la «Carta Canuck». Informaban que Ken Clawson le había dicho a Marilyn Berger, el 25 de septiembre, que fue él quien escribió la carta, aunque se contaba también con su negativa a haber hecho tal declaración.

Los hallazgos en el caso de Segretti no se mencionaban hasta el párrafo número 18, cuando el artículo salía de la primera página para continuar en el interior.

La intervención de «al menos 50 colaboradores secretos de Nixon que viajaban por todo el país tratando de sabotear y espiar las campañas demócratas», no se mencionaba hasta el párrafo 19. Y el texto restante del artículo, que constaba de 65 párrafos, consistía en la descripción de los viajes de Segretti, sus intentos de captación de otros, conversaciones con Bob Meyers y detalles biográficos.

El título a cuatro columnas y doble línea, ocupaba la parte superior de la mitad de la página primera y decía así:

El FBI descubre que ayudantes de Nixon saboteaban a los Demócratas.

El reportaje se retransmitió por el Servicio de Noticias del *Washington Post-Los Angeles Times* a las 7 de la tarde. Más de 220 de los abonados a ese servicio utilizaron la historia para sus periódicos y gran parte de ellos en primera página. También fueron muchos los no abonados que adquirieron los derechos de

publicación. La difusión fue por lo tanto amplísima.

En la sala de redacción de la delegación en Washington del *New York Times*, que se hallaba situada a menos de cinco manzanas del *Post*, uno de los redactores jefes del servicio de noche comenzó a hacer llamadas telefónicas a sus jefes en Nueva York y a miembros de su equipo en Washington. En menos de dos horas, el *New York Times* había establecido contactos con Dixon y Nixt, y ambos confirmaron los intentos de captación llevados a cabo por Segretti. La última edición local del *Times* del 10 de octubre, publicaba en la parte inferior de la página primera un reportaje que se ocupaba del relato de Shipley, resumiendo las acusaciones del *Post* sobre una campaña de sabotaje y espionaje político a nivel nacional, dirigida por la Casa Blanca y el CRP.

Esa tarde, en la Casa Blanca, Ron Ziegler se enfrentó a una representación de la Prensa cada vez más escéptica y determinada a desafiar la negativa de la administración a discutir sustancialmente el caso Watergate. En el curso de 30 minutos de entrevista el secretario presidencial de Prensa, notablemente incómodo, se negó 29 veces a discutir los detalles de lo publicado por el *Post*. Su respuesta fue que el CRP y Clawson habían contestado «apropiadamente» y que la Casa Blanca no tenía nada más que agregar.

Mientras Ziegler se enfrentaba a esas cuestiones hostiles en el Ala Occidental de la Casa Blanca, Bradlee se aproximó a la mesa de Woodward, en la redacción del *Post*, y se dejó caer en una silla.

—Hola. Tú, Carl y yo tenemos que almorzar juntos hoy y tener una pequeña conversación —dijo.

Sin embargo Bernstein se hallaba fuera de la ciudad, asistiendo al funeral de una amiga, la esposa de su antiguo jefe.

—Entonces tú y yo solos —dijo Bradlee—. Tenemos que hablar.

Cruzaron la Calle 15 para dirigirse a la Montpelier Room del Hotel Madison, un lujoso restaurante francés. Bradlee pidió una mesa situada en un rincón y comenzó la conversación.

—Creo que debes ponerme al día sobre la historia del caso Watergate, porque... —hizo una pausa y se volvió al camarero para pedir la comida, en un francés perfecto, y después continuó—: Las cosas se están poniendo al rojo vivo y deseo conocer más sobre el tema.

Bradlee tenía una idea sobre quiénes formaban las «fuentes» de los reporteros «pero lo sé de segunda mano, por Sussman y Rosenfeld», le dijo.

—Me gustaría conocer de primera mano —continuó—, ahora, cómo se han podido conjuntar los reportajes y de dónde provienen las informaciones.

Bradlee tenía una auténtica formación de reportero y el instinto de ellos; comprendía lo a disgusto que se habla de las fuentes informativas con nadie, incluso con el director o los redactores jefe del propio periódico.

—Dime sólo lo que creas que puedes decirme —le animó—. Sólo te pido que des tus posiciones y que me repitas de nuevo que estás seguro, y que Carl también está seguro de ellas y que no se trata de personas que simplemente estaban ansiosas de aparecer en la primera página del *Post*.

Bradlee se reclinó en su silla. Él y Woodward hablaron de cómo se había conseguido la información para todos los reportajes publicados en el periódico, cómo los reporteros habían tratado con sus fuentes informativas y bajo qué circunstancias las habían hallado y se habían comunicado con ellas. La conversación llegó a un punto en que dio satisfacción al instinto periodístico de Bradlee y sus responsabilidades como director, sin que por eso se hubiesen roto las promesas de anonimato que Bernstein y Woodward habían hecho a sus informadores.

Después de más de una hora de charla, Bradlee dijo:

—De acuerdo, está bien. Me doy por satisfecho. ¿Qué tenéis para mañana?

Bradlee quería mantener la presión.

Los reporteros estaban trabajando en dos zonas muy amplias, le dijo Woodward: la conexión entre Segretti y la Casa Blanca y todo un catálogo de sucios trucos que habían venido empleándose contra la campaña de Muskie. Pero ninguno de los dos reportajes podría estar listo para el día siguiente.

A las 3 de la tarde, cuando todos los jefes de sección se congregaron en el despacho de Bradlee para la reunión diaria sobre lo que se publicaría en la próxima edición, se consideró la posibilidad de elegir entre dos temas como continuación, en primera página, de la historia del día: las reacciones de la Casa Blanca (o mejor dicho la falta de reacción) tal y como había sido expresada por Ron Ziegler y una demanda del senador Muskie, pidiendo que el Presidente Nixon, personalmente, respondiera a las acusaciones de la Prensa sobre la inadecuada actuación de los miembros de la Casa Blanca, puesto que la seriedad de las acusaciones, su gravedad, así lo requería. Muskie había insistido en que toda investigación sobre el caso fuera hecha al margen del Departamento de Justicia, pues resultaba inconcebible que «los abogados del Presidente» pudieran investigar objetivamente un supuesto caso de corrupción en el seno del personal de la Presidencia.

Ninguna de las dos informaciones despertó demasiado entusiasmo. Rosenfeld le dijo a Woodward que los directores se sentían preocupados por la falta de una continuación del reportaje del día anterior que fuera lo suficientemente fuerte, puesto que tal cosa podía ser considerada como una marcha atrás en el *Washington Post*. Y le urgió a Woodward para que tratara de conseguir algo importante a la mayor brevedad.

A eso de las seis, Frank Mankiewicz, uno de los directivos de la campaña de McGovern, llamó a Woodward. Tenía una lista de diez actos de supuestos sabotajes llevados a cabo contra la campaña de McGovern. Se trataba de «*hechos tan perfectamente preparados y maquinados que tienen que provenir de los republicanos*»,

dijo Mankiewicz.

Esos actos iban desde los muy serios —un intento de suplantar la personalidad de uno de los ayudantes más importantes de McGovern y crear un falso encuentro entre el candidato y el presidente de la AFL-CIO, George Meany— al acoso telefónico de la centralita del cuartel general de McGovern con llamadas inoportunas^[29].

Woodward preguntó si tenía alguna prueba que pudiera relacionar esos actos con la Casa Blanca o el Comité para la reelección de Nixon.

Mankiewicz le dijo que no, pero todos ellos tenían el claro aspecto de formar parte de la misma operación que el *Post* había descrito esa mañana.

Rosenfeld deseaba un reportaje de primera página con las acusaciones de Mankiewicz. Woodward arguyó, con fuerza, que el periódico carecía de pruebas de que esos incidentes formaran parte de la extensa campaña del CRP. Temía que los lectores llegaran a la conclusión, en cierto modo justificada, de que la campaña de McGovern se utilizaba como blanco de los supuestos sabotajes. Podían preguntarse por qué McGovern no había hecho las acusaciones anteriormente. La reacción de Ziegler formaba un fondo básico más legítimo para escribir un reportaje a continuación del anterior. Pero Woodward fue obligado a ceder ante la presión de Rosenfeld y los otros redactores jefe.

Woodward continuó protestando, incluso después de haber escrito el artículo, que comenzaba subrayando que Mankiewicz no había podido suministrar ninguna prueba que conectara esas actividades con la campaña del Presidente.

El reportaje se tituló:

Los demócratas hacen acusaciones de sabotaje

Serviría sólo para alimentar las acusaciones de la Casa Blanca de que el *Post* y los responsables de la campaña de McGovern conspiraban en los últimos días desesperados de la campaña de los Demócratas.

Bernstein, que llegó a Washington cuando se hallaba en plena efervescencia la discusión entre Woodward y los redactores jefe, venía doblemente preocupado. Sus llamadas telefónicas estaban bastante lejos de haber confirmado los últimos actos en una larga lista de intentos de sabotaje llevados a cabo contra la campaña de Muskie.

Al día siguiente del que habló con Alex Shipley, Bernstein había comenzado a llamar a distintos miembros del equipo de la campaña de Muskie. Uno tras otro, todos le habían relatado historias de horror sobre cómo su campaña había sido víctima, repetidas veces, de accidentes inexplicables, que al parecer únicamente podían ser el resultado de un esfuerzo organizado de sabotaje: robo de documentos, falsificación de literatura sobre la campaña, anulación de reuniones, llamadas

telefónicas ofensivas y amenazadoras a los votantes, hechas como en nombre de los que representaban la campaña de Muskie, interferencias en los mitines y —desde luego— el caso de la falsa «Carta Canuck».

Sin embargo todos, o casi todos, concedían que la campaña de Muskie había sido un fracaso, autodestructiva, debido a las vacilaciones del candidato en sus declaraciones y por lo que, a su juicio, constituía su ineptitud. No sabían quiénes eran los responsables de los hechos anormales que habían venido ocurriendo, pero quienquiera que fuese, era culpable. Algunos habían supuesto que se trataba de los partidarios de Hubert Humphrey, otros sospecharon de los seguidores de George Wallace.

Bernstein, en calidad de reportero, había viajado con Muskie durante una semana en el transcurso de la campaña de 1968, cuando el senador fue nominado como candidato a la vicepresidencia por el Partido Demócrata y conocía a Muskie ligeramente. Deseaba ponerse en contacto con él antes de que se publicara nada en el *Post* sugiriendo que su campaña para la Presidencia había sido objeto de sabotaje.

Woodward había sido informado por Roger Wilkins, uno de los editorialistas del *Post*^[30] de que Muskie había buscado consejo legal durante la campaña cuando sospechó que algunos de los miembros de su familia eran seguidos y vigilados. Wilkins, que había sido director del Servicio de Relaciones Comunitarias del Departamento de Justicia, cuando ocupaba la Fiscalía General Ramsey Clark^[31] y el sobrino del presidente del NAACP, Roy Wilkins, que contaba 40 años de edad, le había dicho: «*Muskie ha contratado los servicios de un abogado porque uno de sus hijos está siendo seguido y se han hecho investigaciones sobre él en la escuela*».

Bernstein se encontró con Muskie en Capitol Hill y la entrevista duró más de una hora. Sin rencor, Muskie le reveló que había venido sospechando durante mucho tiempo que las fuerzas de Nixon se hallaban detrás de «*una sistemática cadena de sabotajes*», que había perjudicado su campaña.

—*Nuestra campaña se vio constantemente afectada por fallos, molestias y disturbios que no parecían naturales* —dijo Muskie—, *pero no logramos nunca averiguar quién era el culpable... Había alguien que nos tendía emboscada tras emboscada. Presumimos que se trataba de la gente de Nixon, debido a que ésa es la naturaleza de la administración, carecen de sensibilidad, de respeto para la vida privada y de decencia política. Pero no teníamos pruebas de que fuesen ellos.*

Muskie describió más de una docena de incidentes que sospechaba hubieran sido obra de sabotaje y que abarcaban casi los mismos terrenos que habían mencionado los miembros de su equipo. Desde que en 1970 se enteró que algunos agentes del FBI habían sido destacados para informar sobre un discurso pronunciado por él, el 22 de abril de ese año, dijo el senador que «*llegué a suponer que estaba siendo seguido por los republicanos*».

¿Habían sido seguidos algunos miembros de su familia?

—*Pensamos que sí, que estábamos siendo seguidos, pero nunca estuvimos en*

condiciones de establecer conexión alguna entre ello y el espionaje republicano.

El senador se negó a ser más explícito o a hablar de lo que le había pasado a uno de sus hijos, si es que le había ocurrido algo.

—*Lo que se refiere a los sucesos relacionados con mi familia cae dentro del terreno privado.*

Su tono, malhumorado e insistente, reflejaba una amargura real. Bernstein siguió tratando de averiguar qué podía haber detrás de aquello. Le preguntó a Muskie si alguien había tratado de enterarse de algo concreto sobre alguno de sus hijos, como por ejemplo, si fumaba marihuana.

—*Le digo que no voy a hablar de ello, de ningún modo* —le respondió Muskie.

El 12 de octubre, Bernstein escribió un artículo sobre los sabotajes durante la campaña de Muskie, basándose en entrevistas y memorándums obtenidos de Muskie y su equipo antes de que se hubiera publicado el reportaje del 10 de octubre. Y estuvo en condiciones de confirmar que:

En el mes de julio de 1971 se utilizaron papeles con el membrete falsificado del senador Muskie para enviar cartas que hacían referencia al asunto del senador Edward Kennedy y su incidente en Chappaquiddick, dirigidas a miembros del Congreso pertenecientes al Partido Demócrata. El resultado de ello fueron quejas contra Muskie al que se acusó de realizar una campaña poco ética.

El 17 de abril de 1972, una de las cenas celebradas para recoger fondos para la campaña de Muskie fue objeto de sabotaje cuando se empezaron a servir licores, flores, pasteles, y otros lujos que no estaban incluidos en el menú y que fueron pedidos por alguien que se identificó como uno de los organizadores.

Varios días antes de las elecciones primarias en Florida se distribuyó una octavilla, escrita sobre papel con el membrete falsificado de Muskie. En ella se acusaba a los senadores Humphrey y Henry Jackson de conducta sexual ilícita.

Durante la campaña de las elecciones primarias en New Hampshire muchos votantes fueron despertados a media noche por llamadas telefónicas de personas que se proclamaban miembros del Comité pro Muskie de Harlem, pidiéndoles que votaran por Muskie «porque eso sería bueno para los negros».

Durante 1971 desaparecieron de las mesas de los expertos en elecciones de la campaña de Muskie datos relacionados con las votaciones por dos veces consecutivas. Esto convenció a Muskie de que había un espía metido dentro

de los cuadros medios de su organización, en su cuartel general. Miembros del equipo de Muskie afirman que, posteriormente, fueron advertidos por el columnista Rowland Evans de que había un espía en su campo.

Woodward estaba leyendo el relato sobre Muskie en el periódico del 12 de octubre, cuando Robert Meyers le telefoneó desde Los Ángeles. Había encontrado a Larry Young, uno de los miembros de la cofradía de Segretti durante su época de estudios en la USC, que posiblemente debía ser la otra mitad de la prevista firma «Young & Segretti». Segretti le había comunicado a Young muchas cosas sobre sus contactos con la campaña de Nixon. Woodward comenzó a tomar notas mecanografiadas de la conversación.

—*Segretti le dijo (a Young) que el FBI se había enterado de algunas cosas relacionadas con él, por las fichas de sus llamadas telefónicas en las que constaban las hechas a E. Howard Hunt; un gran número de llamadas, todas en una dirección, de Hunt a Segretti... En ellas Hunt le daba instrucciones específicas que estaban relacionadas con... no se trataba del caso de la escucha del Watergate...*

Woodward se asombró. No se les había ocurrido, ni a él ni a Bernstein, que la operación de Segretti estuviese ligada a los planes de Hunt.

—Segretti le dijo a Young: *«Estoy trabajando para un rico abogado republicano de California con relaciones a nivel nacional y se me paga de un fondo especial confiado a ese abogado».*

Kalmbach. Woodward le preguntó a Meyers si había probado con el nombre del abogado personal del Presidente, para ver si lo identificaba Young. Meyers dijo que Young no sabía quién era Kalmbach.

—Young está convencido de que Segretti se relacionaba con Dwight Chapin y con Hunt debido a que Segretti le hablaba de ir a Miami para encontrarse allí con *«todas las personas clave»* con las que había estado en contacto telefónico. Y anteriormente le había dicho a Young que se trataba de Hunt y que Chapin era el organizador general. Segretti repetía siempre: *«Tengo que hablar con DC. Tengo que encontrarme con DC».* Al principio pensó que se refería al Distrito de Columbia, pero después se convenció de que esas iniciales, DC, correspondían a Dwight Chapin... Según otros han informado a Young era también buen amigo de la «mafia» republicana de la USC y se mantenía en contacto con ella...

—En Miami —continuó Meyers—, según la creencia de Young, Segretti se encontró con Hunt y Chapin y se le pidió, él no sabe por cuál de los dos, que reclutara y organizara un grupo de cubanos para asaltar el Hotel Dora Beach y dejar rastros falsos que tendieran a indicar que estaban trabajando para McGovern. Segretti se negó porque pensó que eso sería flagrantemente ilegal y demasiado violento.

Durante meses los periodistas estuvieron recogiendo información que sugería que las fuerzas de Nixon habían hecho un uso rutinario de provocadores en las

manifestaciones y que tales actos habían sido planeados para que se ejecutaran durante las Convenciones. Pero presumieron que los más claros de ellos debieron haber tenido lugar después del Watergate. Sí, había habido un asalto al Hotel Dora Beach, en Miami, y había algunas pruebas de que entre las personas participantes en las manifestaciones hubo provocadores. Woodward recordó las palabras de «Garganta Profunda» en la noche anterior: «*No son tipos demasiado brillantes*». De algún modo esa afirmación parecía consoladora y temperaba las horribles implicaciones de lo lejos que estaban dispuestas a llegar las fuerzas de Nixon para lograr sus fines. ¿Hasta dónde hubieran llegado en sus esfuerzos de no haber sido tan estúpidamente sorprendidos los asaltantes de Watergate, cuando trataron de volver a cerrar la puerta de la escalera de salida, el 17 de junio, lo que hizo que uno de los vigilantes del Watergate llamara a la policía? ¿O si Howard Hunt, el supuesto «maestro de espías», hubiera tomado la elemental precaución de utilizar sólo teléfonos públicos?

Woodward se dirigió a la oficina de Sussman. El redactor jefe de la sección local y Bernstein estaban sufriendo al darse cuenta de lo cerca que se hallaban de establecer que entre Segretti y Chapin habían existido contactos. Era un suplicio de Tántalo el sentirse tan próximos al fin y sin llegar a él. La información de Meyers sobre Young establecía esta conexión, pero Young no estaba dispuesto a ser mencionado. Pasaron a estudiar las notas de Woodward.

Esa noche, Bernstein logró localizar a Young en su oficina de Los Ángeles. Charlaron durante más de una hora, por teléfono:

Young le dijo:

—*En agosto Segretti me llamó, presa de pánico. Fue unas dos semanas antes de la convención republicana. Me dijo que acababa de recibir la visita del FBI y deseaba hablar conmigo lo más pronto posible. Estaba preocupado porque no había recibido previo aviso de que el FBI lo iba a visitar. Pensaba que alguien había estado en condiciones de prevenirle de que iba a ser interrogado y aconsejarle qué debía responder. No quiso decir quién podía haberle avisado, sólo que se trataba de la gente para la que estaba trabajando. Tenía miedo de que lo abandonaran, que lo sacrificaran como chivo expiatorio, sin darle la menor protección o cobertura. Deseaba consejo sobre lo que debía hacer...*

—*Me dijo —continuó Young— que estaba siendo pagado por un fondo confiado a la custodia de un abogado. Dijo que ése abogado era un amigo del presidente, situado en un cargo muy elevado y que tenía instrucciones de guardar celosamente el secreto de su nombre... Afirmó que jamás divulgaría ningún nombre.*

Bernstein presionó en busca de cualquier cosa que Young pudiera recordar sobre el abogado en cuestión. Young reflexionó un poco.

—*iAh, sí! En cierta ocasión me dijo que vivía en la zona de Newport Beach.*

Kalmbach vivía en Newport Beach y mantenía sus oficinas allí.

Un amigo del presidente, situado en un cargo muy elevado, abogado; en Newport Beach...

Ante Young, ¿cómo había caracterizado Segretti sus actividades políticas?

—Me dijo Segretti que estaba metido en actividades que definió como «asuntos políticos» y que formaba parte de la campaña por la reelección del Presidente y que debía tratar de crear problemas y dificultades a los distintos candidatos demócratas...

—Cuando fue convocado ante el gran jurado, trató de entrar en contacto con sus asociados (que estaban) en Miami Beach (para la convención). Era presa del mayor pánico; estaba incluso más preocupado que cuando el FBI lo visitó. Seguía pensando que debieron advertirle previamente. Tratando de ponerse en contacto con un Chapin. Le pregunté: «¿Has hablado con Dwight sobre esto?». Me dio una respuesta evasiva y me dijo que no podía confiar en nadie, y que no deseaba mencionar ningún nombre. Le preocupó mucho la mención de Dwight.

—Poco después —siguió explicando Young— me volvió a telefonar, a medianoche, para decirme que se hallaba en Miami y que había establecido un contacto, no quiso decirme con quién, y que le habían pedido que se quedara en Miami. Me dijo que allí le habían mostrado el informe del FBI sobre su interrogatorio... sobre los dos interrogatorios... Y le pidieron que dijera la verdad (ante el gran jurado), que no cometiera perjurio, y que no se preocupara por nada.

—Debía sostener lo que había dicho al FBI, que no era nada perjudicial, pues se limitó a hablar de las llamadas telefónicas de Hunt y de algunas pequeñas actividades que había llevado a cabo, cosas inocuas, como la de estar involucrado en algunas de las actividades de la campaña, pero en ninguna de las que después publicaría el periódico. Cuando dijo a quién informaba, fue el Fiscal Federal quien lo interrogó con tiempo y hablaron de todo.

—Pero ante el gran jurado las preguntas resultaron mucho más sencillas, a escala más simple. Sólo las cosas inocuas y algunos detalles sobre sus conversaciones telefónicas con Hunt. Nadie le preguntó para quién trabajaba. Pero después, una mujer miembro del gran jurado le preguntó quién le pagaba y a quiénes conocía del personal de la Casa Blanca. Fue entonces cuando salieron a relucir nombres, especialmente el de Dwight Chapin. No mencionó otros nombres (en su conversación con Young). Dijo que le había comunicado al gran jurado el nombre del abogado de la Costa Occidental que le pagaba.

Así las cosas quedaban claras, definidas. El Departamento de Justicia sabía que el secretario de protocolo del presidente y su abogado personal estaban mezclados en el asunto y no había hecho nada para seguir adelante con la investigación. De nuevo Bernstein se preguntaba sorprendido cómo habían podido ser manipulados los fiscales para aceptar tal decisión. «Le había dicho a la fiscalía, fielmente, todo lo que sabía», le informó Young. Bernstein le preguntó algunos detalles específicos de lo que Segretti le había dicho a él.

—Mencionó una carta o panfleto que debía ser enviado por correo a los miembros del Comité Demócrata en el Estado de California. Se trataba de un ataque calumnioso contra Humphrey, acusándolo de la guerra, llamándole doble perdedor y dando la impresión de que era rechazado por las gentes de McGovern. Dijo que había otros que hicieron las mismas cosas. «Sólo soy un pez pequeño, uno de los muchos que estamos haciendo las

mismas cosas».

¿Y Chapin?

—*Mi impresión —respondió Young— es que Don y Dwight estaban muy unidos. Tan unidos como sólo pueden estarlo dos buenos amigos. Venían manteniendo contacto durante años. Mencionó que había telefoneado a Dwight a su casa sobre lo que estaba ocurriendo. Pero por lo demás se mostró siempre muy reservado conmigo.*

¿Qué le había dicho sobre Howard Hunt? ¿Hasta qué punto habían llegado sus confidencias?

—*Cuando el FBI fue a verlo por primera vez, se enteró de que su número de teléfono había aparecido en la ficha telefónica de Howard Hunt. Dijo que él conocía a Hunt por otro nombre, un nombre supuesto, un seudónimo, pero que supo que era él por su voz. Hunt hablaba siempre en un tono bajo, como de conspirador, dijo, y pensaba que era un tipo muy extraño. Dijo que parecía como si Hunt aportara todavía más intrigas de las que ya existían.*

La conversación estuvo condicionada a la garantía de que no fuera archivada, pero Young dijo que consideraría la posibilidad de que fuese utilizada, siempre y cuando se le confirmara legalmente que no había en ello ninguna violación del privilegio de secreto existente entre abogado y cliente. En realidad Segretti nunca había recurrido a él como abogado, sino que había hablado con él simplemente como amigo, dijo Young. Él, Bernstein, Meyers y Woodward se mantendrían en contacto diario.

El viernes 13 de octubre, Young se mostró conforme con que su información fuese utilizada. Woodward se ocupó de estudiar los detalles en una conversación final, presionando para enterarse de si existía alguna posibilidad de que Young pudiera estar equivocado o exagerase las relaciones y contactos de Segretti con Hunt y Chapin. La respuesta fue negativa.

Se envió a Meyers para que consiguiera una declaración jurada de Young afirmando que el contenido de sus entrevistas con Meyers, Bernstein y Woodward era un reflejo fiel de lo que Segretti le había dicho.

Por fin contaban, al menos, con un reportaje basado casi por entero en un relato registrado que no podía ser atacado por la Casa Blanca como procedente de fuentes anónimas.

Durante dos días Woodward estuvo tratando de ponerse en contacto telefónico con Chapin, en su oficina de la Casa Blanca, a pocos pasos del Despacho Oval, el despacho oficial del Presidente. La primera vez, su llamada fue recogida por la centralita, mientras se le preguntaba quién era y desde qué número llamaba. Al cabo de unos veinte segundos se pasó su llamada al despacho de Chapin donde una secretaria le dijo que Chapin estaba muy ocupado y tomó el recado. Pero no lo llamaron a él como había pedido se hiciera cuando Chapin tuviese tiempo.

Se presentó, también, otra pega: Meyers había descrito a Young como abogado

«defensor de radicales y asesinos de policías». No había otra frase que fuera más capaz de hacer que se encendiera el disco rojo en el despacho de Harry Rosenfeld. El redactor jefe de la sección metropolitana dijo, llanamente, que no estaba dispuesto a poner en juego su reputación o la del *Post* basándose simplemente en la palabra de «cualquier abogado *hippie*».

Por suerte, las referencias de Larry Young estaban en orden. Woodward hizo una docena de llamadas telefónicas a la Costa Occidental y se pasó horas hablando con miembros del Colegio de Abogados y de Procuradores, que garantizaron a Young, al que describieron como un representante de la abogacía, respetado y responsable. Woodward se enteró también de la forma de vestir de Young (ropas modernas pero de buen gusto) y de la longitud de su cabello (más corto que el de Bernstein). Después de eso Rosenfeld se mostró satisfecho.

Bernstein comenzó a escribir el artículo y Woodward salió del periódico para hacer una ronda de visitas por el Departamento de Justicia. Después de varios fracasos, encontró a un abogado enterado del caso que se hallaba solo en su despacho. Woodward fue invitado a pasar y a que tomara asiento. En la conversación reinó ese aire desprovisto de formalidad que prevalece en los fines de semana. Comenzaron hablando de lo publicado el martes sobre el espionaje y el sabotaje en las elecciones primarias.

—Sí, dimos con Segretti gracias a la ficha telefónica de las llamadas de Hunt —le dijo el abogado—. El *FBI* había decidido hacer una investigación a fondo sobre un buen número de las llamadas hechas por Hunt. Había más de setecientas en total. Una de ellas era a ese tipo, Segretti. Déjame subrayar que esos trucos sucios tal vez no constituyen nada ilegal y que aquí, en el Departamento de Justicia, lo que estamos tratando de poner en claro es el caso de las escuchas clandestinas y el allanamiento de Watergate... Pero me siento preocupado por el caso... El *FBI* está actuando de un modo raro... hay quien se interesa en el asunto desde la cumbre.

No quiso decir quién era esa «cumbre».

Quedó más claro que nunca por qué el caso Watergate había sido considerado con miras concretas y estrechas, que los fiscales no persiguieron otros delitos —que resultaban obvios— salvo que estuvieran relacionados directamente con él.

Woodward leyó en voz alta algunas notas sobre los contactos Chapin-Segretti y sugirió que tal vez debían explicar la existencia de ese interés a «alto nivel». No sabía si el abogado se mostraría sorprendido o no.

Después de una corta vacilación, el abogado dijo:

—En esencia eso es lo que nos han dicho.

Woodward dijo que le causaba un poco de miedo ese reportaje, porque conducía directamente a la Casa Blanca, «al hombre que guardaba la puerta de entrada al despacho de Nixon», pues ésta era una de las funciones de Chapin.

El abogado sonrió:

—Me he preguntado más de un vez por qué te preocupas tanto de Chapin, que está en

una posición inferior a la de Mitchell y Stans. Lo que te han dicho sobre Segretti y Chapin es lo mismo que nos han dicho a nosotros. Yo puedo hablar de esto con algo más de libertad porque realmente no tiene nada que ver con el caso Watergate. Es algo que forma parte de la investigación, técnicamente, pero se trata de algo marginal y no lo estamos siguiendo.

A eso de las 5 de la tarde, los reporteros y los redactores se reunieron para discutir el reportaje sobre Chapin. Iba a ser demasiado largo y, por lo tanto, no podía quedar terminado en unas dos o tres horas, así que se decidió dejarlo para el domingo. El Departamento de Justicia se había vuelto de espaldas a la investigación sobre la conspiración existente en el caso Watergate; sólo había fijado su atención en el allanamiento y la escucha en el cuartel general de los Demócratas —la IOC^[32] o «Interception of Oral Communications», como la llamaban los federales— e ignoraron la conspiración dirigida por los hombres del presidente para corromper el proceso electoral legal.

Woodward llamó a una persona, un conocido casual de la Casa Blanca, para conseguir alguna información sobre la forma de ser y detalles de la formación y la posición de Chapin.

—Se trata de uno de esos tipos parecidos a Haldeman y a Pat Buchanan (uno de los encargados de escribir los discursos del Presidente y redactor de los resúmenes diarios de noticias de la Casa Blanca), que se incorporaron al tren del Viejo muy pronto y lo siguieron en sus altibajos —le dijeron—. Chapin es el tipo que se ocupa de que el Viejo reciba a tiempo su traje de la tintorería durante la campaña... Hace que todos tengan su café y se encarga de presentar excusas en el caso de que el presidente se retrase; se encarga también de llamar a la señora Nixon o a sus hijas. Incluso pasa un buen cepillo por la espalda del presidente, cuando es necesario... como lo hizo ya en la campaña de 1968... Dwight es un tipo simpático que nunca se olvida de saludar a nadie.

La decisión de retrasar la publicación de esa historia hasta el domingo se tomó después de que Woodward telefonara a la Casa Blanca, el viernes, para saber cuál era su comentario. A eso de las 8:00, tres horas después de haber comunicado en esencia el contenido del artículo, el segundo secretario de Prensa, Gerald Warren, lo llamó para decirle:

—Tengo un comentario de Dwight Chapin —dijo. Y leyó:

Tal y como el reportero del *Washington Post* presenta la historia, está basada enteramente en rumores y es fundamentalmente inexacta. Por ejemplo: Yo no conocí, no me encontré, no vi ni hablé nunca con E. Howard Hunt. Conozco a Donald Segretti desde la época del «College», pero no me entrevisté con él en Florida como se sugiere en el reportaje y desde luego jamás discutí con él ninguna de las fases de procedimiento del

gran jurado en el caso Watergate. Fuera de esto no tengo el propósito de hacer ningún otro comentario.

Chapin se apresuraba a responder a acusaciones que no se habían formulado contra él e ignoraba el punto más importante: los contactos con Segretti. «*Fundamentalmente inexacta*» era una frase empleada como lo fuera «*colección de absurdos*» para describir la historia inicial sobre el sabotaje-espionaje de Segretti. Juntamente con esa bandera roja siempre agitada de los «*rumores*».

Pero en esta ocasión la acusación de «*rumores*» fallaba. El *Post* contaba con la declaración jurada de Larry Young.

A las 9:00 de la noche, cuando Bernstein se sentó para escribir el reportaje, tenía tres versiones de las entrevistas con Young: la suya propia, la de Woodward y la de Meyers. Su mesa estaba tan llena de papeles que resultaba imposible trabajar en ella, así que se fue cambiando a las tres mesas vecinas vacías, dejando tras sí una estela de notas. A las 7 de la mañana tenía escritas 15 páginas que referían ampliamente todo lo que Young había dicho. Sólo faltaban por escribir los detalles biográficos de Chapin.

Se dejó caer para descabezar un incómodo sueño de dos horas en un sofá de la sección de deportes y fue despertado transcurrido ese tiempo por un ayudante de redacción. Bernstein deseaba que su artículo estuviera listo temprano para que pudiesen revisarlo Rosenfeld, Simons y Bradlee sin pérdida de tiempo. Había buscado en los archivos del periódico cualquier cosa que le sirviera para ampliar la biografía de Chapin. Sólo había un recorte de media página, editado por la organización de la campaña de Nixon de 1968. En él se decía que Chapin se había graduado en la USC y había trabajado para la Agencia de Publicidad de Walter Thompson, a las órdenes de Haldeman. Bernstein añadió los detalles que ya conocía por las notas de Meyers.

A eso de las 9:30 llamó al exfuncionario de la administración con el que entró en contacto durante la semana siguiente a las detenciones de Watergate. El hombre conocía bien a Chapin.

—*Si Dwight tiene algo que ver con el asunto, Haldeman está detrás* —le dijo—. *Siempre hacía lo que le decían dos personas: Haldeman y Nixon.*

Según él, Chapin no era hombre que actuara normalmente por iniciativa propia.

Woodward y Sussman llegaron a la redacción este sábado a eso de las diez de la mañana y comenzaron a estudiar el borrador de Bernstein. No había problemas con el párrafo inicial. Era el mismo que se había leído a la Casa Blanca:

El Secretario de Protocolo de Nixon y un exayudante de la Casa Blanca, acusado en el caso del espionaje electrónico de

Watergate, sirvieron de «contactos» en una operación de sabotaje y espionaje contra los demócratas, ha declarado bajo juramento un abogado de California.

Sussman se mostró preocupado por creer que el párrafo inicial del artículo no subrayaba con el vigor necesario la posición de Chapin en la Casa Blanca, pues al presentarlo como secretario de protocolo del Presidente podía tenerse la impresión de que se limitaba a ser simplemente el encargado de recordar al Presidente las horas de sus citas. Así que se mecanografió un segundo párrafo:

El secretario de protocolo, Dwight L. Chapin, de 31 años de edad, se ve casi a diario con el Presidente. Es la persona que tiene a su cargo la distribución del horario del presidente para recibir visitas, incluso la coordinación de sus viajes por todas partes. Chapin es uno de los pocos miembros del personal de la Casa Blanca que tiene fácil acceso al presidente.

Bernstein se mostró satisfecho con tal añadidura. Pero protestó al ver que el párrafo siguiente describía a Chapin como un funcionario que respondía a las órdenes de Haldeman, lo que fue eliminado del borrador.

Su enfado se transformó en angustia cuando se eliminó el siguiente párrafo: la observación de que por la descripción hecha por Larry Young del abogado de Newport Beach, que se suponía pagaba a Segretti, «parecía corresponder a Herbert W. Kalmbach, el abogado personal del presidente y exvicepresidente de finanzas de la campaña de Nixon».

Woodward había, tratado de ponerse en contacto con Kalmbach el viernes y la secretaria de éste le dijo que ningún miembro de la firma quería comentar asunto alguno con ningún reportero. Bernstein estaba dispuesto a defender vigorosamente que el párrafo siguiera en el artículo, pero Woodward se unió a los jefes de redacción y dijo que era preferible anular el párrafo hasta que fuera posible entrar en contacto con Kalmbach, o hasta que otra fuente identificara específicamente a Kalmbach como el pagador de Segretti. Bernstein concedió que debían estar en condiciones de confirmar los lazos de Kalmbach con Segretti en el plazo de unos días, así como de identificar al abogado del Presidente como uno de las cinco personas que tenían control total sobre los fondos secretos que habían financiado la campaña de espionaje y sabotaje.

Se añadió un nuevo párrafo en el que se citaba a Young, que había dicho que el dinero de las actividades de Segretti, incluido su sueldo de 20 000 dólares anuales, era pagado de «una cuenta puesta a nombre de un abogado... un amigo del Presidente con una alta posición y cuyo nombre (Segretti) tenía instrucciones de mantener celosamente en secreto».

Pese a los recortes, el reportaje, que se tituló **Un ayudante clave de Nixon mencionado como contacto de sabotajes**, causó sensación. Casi a los cuatro meses del allanamiento del cuartel general de los Demócratas, las salpicaduras del Watergate comenzaron a llegar rápidamente a la Casa Blanca.

Bernstein salió de Washington ese sábado por la noche para pasar el resto del fin de semana en el campo, en Virginia, montando a caballo. Cuando Woodward se despertó el domingo por la mañana, la radio, en su servicio de noticias, citaba el reportaje del *Post* así como una información publicada por la revista *Time* que trataba también de la conexión Segretti-Chapin. El artículo del *Time* era mejor que el del *Post* en muchos aspectos. Aun cuando estaba basado en la información proporcionada por fuentes allegadas al gobierno, anónimas, y carecía de un relato personal como el hecho por Young, contenía algunos detalles adicionales que faltaban en el *Post*: Chapin había reclutado a Segretti y no se limitaba a ser su «contacto». Otro exalumno de la USC, Gordon Strachan, ayudante político de Haldeman, le había ayudado en ello. Segretti había recibido más de 35 000 dólares de manos de Herbert W. Kalmbach, el abogado privado del presidente.

Ese domingo, Woodward se sintió humillado por el *Time* —no por vez primera, ni última, estaba seguro de ello—, se dirigió furioso a la redacción y comenzó a hacer funcionar el teléfono.

Ya bien entrada la tarde, logró ponerse en contacto con un abogado del Departamento de Justicia cuyo mayor interés parecía consistir en interrumpir la conversación para regresar frente al televisor y seguir viendo su partido de rugby. A toda prisa confirmó que Kalmbach era, desde luego, el pagador de Segretti en sus actividades secretas. Woodward ni siquiera tuvo tiempo de preguntarle nada sobre Gordon Strachan.

Woodward llamó a Hug Sloan. Sin entrar de lleno en el asunto, estuvieron hablando unos minutos para después pasar a tratar de Kalmbach y el papel que había desempeñado en la campaña. Kalmbach había presentado la dimisión como vicepresidente de Finanzas el 7 de abril, el día que entró en vigor la nueva ley sobre las finanzas de las campañas. Hasta la dimisión de Maurice Stans como Secretario de Comercio, Kalmbach estuvo encargado de los fondos para la reelección del Presidente, mientras que Stans se dedicaba ya a la labor política, pese a seguir todavía ocupando el cargo de Secretario de Comercio. Había pocos aspectos de la cuestión financiera de la campaña de Nixon que Kalmbach no supiera, dijo Sloan. Incluso después de su dimisión.

En este caso, Kalmbach tenía que ser una de las cinco personas autorizadas para aprobar el desembolso de los fondos secretos de la caja de Stans, sugirió Woodward.

—Sí, claro —dijo Sloan—. *Pero además parte del dinero estaba en California.*

¿Dinero de la caja de caudales de Stans?

Sí, sólo se trataba de una misma caja, tanto si el dinero estaba en Washington como en California, dijo Sloan; todo estaba contabilizado en los mismos libros que se quemaron. Era un fondo para Proyectos Especiales.

¿Para espionaje y sabotaje políticos?

—Sí, así era, pero yo no lo sabía en aquel entonces —dijo Sloan.

Respondía a las preguntas con resignación, como un paciente que estuviera contando por cuarta vez un mal sueño a su psicoanalista.

Kalmbach había distribuido otras sumas de los fondos, quizá en exceso, más de lo que había recibido Segretti, dijo Sloan. Pero no explicó cuánto ni a quién.

—Los fondos en metálico parecen estar en el centro de todo el asunto —observó Sloan.

Woodward llamó por teléfono a Bernstein al campo y le dijo lo que había averiguado. Bernstein se mostró conforme con que el control de Kalmbach sobre los fondos secretos era más importante que los pagos hechos a Segretti y podía servir como línea temática de la nueva historia que Woodward pensaba escribir. En ella se incluiría también el material del *Time* sobre Strachan, que Woodward había sido incapaz de confirmar.

En esta ocasión, la Casa Blanca no se molestó en hacer ningún comentario y, al día siguiente, la primera página del *Washington Post* llevaba un título a dos columnas sobre la foto de Herbert Kalmbach: **Se dice que el abogado de Nixon utilizaba los fondos secretos para pagar a espías.**

Woodward se había tomado tiempo para ver la aparición de John D. Ehrlichman en el programa de la ABC-TV «Preguntas y respuestas». Ante la TV, Ehrlichman tenía el aspecto de una ciruela arrugada, pensó, con una ceja alzada y la otra baja, con expresión de enojo. Dijo que todo lo que los periódicos habían escrito sobre la campaña de Nixon y su programa de espionaje y sabotaje políticos incluía «*un gran número de acusaciones y no muchas pruebas, ninguna prueba...*». Sugirió que la campaña de McGovern era en algún modo el origen de las acusaciones que el público estaba leyendo en los periódicos y oyendo en la Televisión.

Recordó a su audiencia que sólo faltaban tres semanas para las elecciones y que, por lo tanto, seguían todavía en el «*mes turbio*», cuando debían llevarse a cabo los reproches y las acusaciones políticas. Él, personalmente, no se había dado cuenta en absoluto de que los Republicanos hubiesen organizado, ni dentro ni fuera del gobierno, campaña alguna de espionaje y sabotaje en el terreno político. Dijo, también, que nadie en la Casa Blanca había sabido nada sobre el caso Watergate antes de que ocurriera. No podía «*admitir ni negar*» la acusación de que Chapin estaba relacionado con Segretti. Pero, según él, era importante distinguir entre la escucha ilegal del Watergate, lo que «*significaba un delito*», y otras actividades como «*tratar de descubrir lo que los otros planeaban*». Esto era una travesura política, dijo Ehrlichman, de esas cosas «*que se dieron en la política norteamericana durante todo lo que alcanzan mis recuerdos*».

Woodward y Bernstein llegaron a la conclusión de que Ehrlichman era el único alto funcionario de la Casa Blanca que, posiblemente, estaba lo suficientemente poco

relacionado con el caso Watergate como para poder enfrentarse a las cámaras de la Televisión. Estaban seguros de que Haldeman no hubiera sido enviado... ¡No, desde luego que no, después de publicarse la historia sobre Chapin! Ambos sentían que la comparecencia de Ehrlichman ante la TV significaba que estaba limpio. Tal vez «Garganta Profunda» se equivocaba cuando afirmó que Ehrlichman había ordenado a Howard Hunt que se fuera de la ciudad.

Las observaciones de Ehrlichman en la Televisión fueron un suave prelude. La conexión de Chapin había llevado el caso Watergate a las puertas del Despacho Oval^[33]. La Casa Blanca, después de eso, estaba dispuesta a devolver los golpes. Aun cuando la revista *Time* había publicado y desarrollado una información tan perjudicial como la del *Washington Post*, fue este diario el elegido como blanco de la réplica.

Comenzó todo con la exposición de los puntos de vista de la Casa Blanca hecha por Ron Ziegler en la mañana del 16 de octubre, la siguiente a la publicación de dicho reportaje.

«El señor Chapin ha hecho ya un comentario al respecto y yo no tengo nada más que añadir» fue la respuesta de Ziegler a la primera pregunta con respecto a la conexión con Segretti.

PREGUNTA: ¿Está preocupado el Presidente por el reportaje?

ZIEGLER: *El Presidente está preocupado por la técnica usada por la oposición mediante los reportajes. Yo diría que su preocupación se basa en el hecho de que se han puesto en circulación artículos y reportajes que están basados en rumores e insinuaciones relacionados entre sí.*

PREGUNTA: ¿Quién es la oposición?

ZIEGLER: *Bien, yo creo que eso de la oposición está claro. Usted sabe que desde que estalló el caso Watergate, ha habido gente tratando de relacionarlo con la Casa Blanca... y no ha podido establecerse la existencia de tal relación, simplemente porque no existe. Desde entonces, la oposición ha venido haciendo acusaciones que no se han apoyado en una base substancial, se han escrito historias que están basadas en chismes y en fuentes que no quieren mostrarse al descubierto, y todo ello con el objetivo de acusar a esta Administración, desde el punto de vista de la oposición, de estar corrompida... Es a eso a lo que me refiero, y naturalmente no voy a hacer ningún comentario sobre ese tipo de reportajes.*

PREGUNTA: ¿Por qué no niegan ustedes las acusaciones?

ZIEGLER: *No voy a dignificar esas historias con un comentario... no es necesario decir que esta administración no aprueba el sabotaje, el espionaje, ni la vigilancia de individuos, pero tampoco aprueba insinuaciones calumniosas o reportajes basados en informaciones de fuentes anónimas que propagan graves acusaciones sobre el carácter y la integridad de algunas personas.*

La Casa Blanca había decidido que la conducta de la Prensa, y no la del Presidente, era la que debía ser juzgada.

—*El presidente tiene confianza en el señor Chapin* —terminó Ziegler.

Dirigiéndose a una asamblea de republicanos negros, en un hotel de la ciudad baja, en Washington, aquella misma tarde, el senador Bob Dole, jefe nacional del Partido Republicano, ofreció tres páginas de observaciones preparadas de antemano y destinadas a enlazar la investigación periodística del *Washington Post* con la fallida fortuna de la campaña del senador McGovern.

Menos comedido que Ziegler, Dole fue directamente al grano:

Durante la última semana, el Partido Republicano ha venido siendo víctima de multitud de acusaciones, infundadas y sin base, hechas por George McGovern y su socio en la difamación, el *Washington Post*. Dadas las limitaciones con que, en la actualidad, se encuentra la campaña de McGovern, el señor McGovern parece haber renunciado a la franqueza de los ataques en los medios informativos, en favor de los redactores responsables del *Washington Post*, que se han venido mostrando tan firmes y seguros, a lo largo del triste camino de esta campaña, como su candidato.

Mientras se amontonaban los artículos, comentarios y reportajes enviados por los teletipos de los servicios informativos basados en las declaraciones de Ziegler y Dole, los reporteros fueron informados de que Clark MacGregor, el sucesor de Mitchell en la dirección de la campaña para la reelección de Nixon, había convocado una conferencia de Prensa para las 5 de la tarde, con objeto de discutir las más recientes acusaciones de espionaje y sabotaje políticos. Los dos reporteros odiaban las conferencias de Prensa y raramente acudían a alguna de ellas, pero Bernstein decidió asistir a ésta. Jamás había visto a MacGregor y esperaba comprobar si su reputación de persona abierta con los periodistas era merecida. Cuando Bernstein llegó a la gran sala de conferencias del cuartel general del CRP, poco antes de las cinco, una multitud poco corriente, alrededor de unos cien reporteros, estaban ya esperando.

MacGregor entró en la sala por la parte posterior y se dirigió a un estrado situado en el centro. Un hombre alto, de más de un metro noventa, y cien kilos de peso. Se agarró con ambas manos al atril y dedicó a los asistentes una amplia sonrisa de cordialidad. Debido a «*los poco usuales acontecimientos desarrollados en los pasados días*», dijo MacGregor, no estaba en condiciones de responder a ninguna pregunta.

Clark Mollenhoff, un metro noventa y cinco centímetros de estatura y ciento

cinco kilos de peso, jefe de la redacción en Washington del *Des Moines Register* y el *Tribune Syndicate*^[34] se alzó con el rostro contraído por la rabia. Mollenhoff un reportero investigador, ganador del Premio Pulitzer, había trabajado brevemente en la Casa Blanca como representante de sus compañeros y encargado de mantener las relaciones con la Prensa en términos de honestidad. McGregor y Mollenhoff quedaron mirándose cara a cara, como dos gigantes dispuestos a lanzarse uno contra el otro.

—¿De qué pruebas dispone usted? —le gritó Mollenhoff. Su voz atronó la sala y los demás reporteros guardaron silencio—. ¿Qué documentos ha visto usted? —preguntó Mollenhoff—. Porque si usted no puede decírnoslo no tiene derecho a estar aquí.

Cuando MacGregor entró en la sala, se habían repartido copias de su declaración, preparada de antemano, de modo que los periodistas sabían ya lo que iba a ocurrir. Otros le gritaron también, pero no con la energía de Mollenhoff: «¿Por qué razón vamos a sentarnos aquí y escuchar lo que nos quiera decir? ¿Por qué vamos a publicar una sola palabra de lo que usted quiera decimos?», insistieron.

—Ése es un asunto que ustedes deberán decidir después de consultar con sus redactores jefe y directores —replicó MacGregor. Después, mirando a las cámaras de Televisión, empezó a leer:

De acuerdo con encuestas llevadas a cabo por Gallup, Harris, Sindlinger y Yankelovich, el movimiento político conocido por el nombre de McGovernismo está a punto de ser repudiado arrolladoramente por el pueblo norteamericano. Así debe ser. Pero, frustrados, 26 puntos por debajo en las encuestas preelectorales, con sólo tres semanas por delante, George McGovern y sus confederados se han lanzado a una «política de desesperación». Estamos siendo testigos de las más sucias tácticas y escuchando el más ofensivo lenguaje que jamás apareció en campaña presidencial alguna en Norteamérica.

Fustigando salvajemente, McGovern ha comparado al Presidente de los Estados Unidos con Adolf Hitler, al Partido Republicano con el Ku Klux Klan y al gobierno de los Estados Unidos con el Tercer Reich de la Alemania nazi... Y el crédito del *Washington Post* está hundido ahora todavía más profundamente que el de George McGovern.

Utilizando insinuaciones, rumores de tercera mano, acusaciones carentes de base, fuentes anónimas y titulares altamente ofensivos, el *Post*, maliciosamente, ha tratado de dar la sensación de que existe una conexión directa entre la Casa Blanca y el caso Watergate... Una acusación que, como el *Post* debe saber, una docena de investigadores han encontrado falsa.

El pilar característico de la campaña del *Post* es la hipocresía... y su tan celebrado «doble standard» es hoy visible para todo el que quiera verlo.

Acusaciones no probadas hechas por los ayudantes de McGovern o el senador Muskie, sobre supuestas interferencias en sus respectivas campañas, ocurridas hace más de seis meses, han recibido invariablemente un trato como el que normalmente se concede a una declaración de guerra... Mientras hechos probados, disturbios causados por la oposición contra la campaña del Presidente, se entierran en las páginas interiores del periódico. Cuando el cuartel general de McGovern en California se utilizó como sala de calderas para incitar a los militantes de los grupos opuestos a la guerra a manifestarse contra el Presidente, esto, aparentemente, careció de toda importancia para un periódico que ha desplazado todo un pelotón de sus reporteros para investigar la acusación de que un cualquiera envió doscientas *pizzas* a una reunión política de Muskie en la pasada primavera^[35].

Bernstein lanzó un gruñido. Era la segunda vez en ese día que los subordinados del presidente habían mencionado las *pizzas*. Él y Woodward habían pensado dejar eso fuera de su reportaje sobre los disturbios durante la campaña de Muskie, porque el asunto les pareció trivial. Pero lo habían incluido en la lista de los trucos que se habían empleado en el intento de estorbar el desarrollo de una cena organizada para conseguir fondos para la campaña de Muskie.

Partiendo de la implicación de que la campaña de McGovern era la responsable

de ello, seguidamente MacGregor se lanzó:

¿El cocktail Molotov descubierto el 8 de octubre en la puerta del Newhall, el cuartel general de Nixon en California?

¿Los grandes daños causados por un incendio, el 17 de septiembre, en el cuartel general de Nixon en Hollywood, California?

¿El incendio del 25 de septiembre, intencionado, que causó daños por valor de más de cien mil dólares en el cuartel general de Nixon en Phoenix, Arizona?

¿El gran número de ventanas rotas y otros daños semejantes causados en los locales de Nixon en Nueva York, Arlington y el Condado de Los Ángeles?

MacGregor mostró durante varios minutos más su indignación por los ánimos que dio McGovern a «*Daniel Ellsberg para que cometiera un acto que podría costarle 115 años en una penitenciaría federal*», y sobre la hipocresía del *Washington Post*. Cuando terminó de hablar estaba empapado en sudor y tembloroso. Mencionó de nuevo «*las circunstancias poco usuales*» que le impedían contestar preguntas y se marchó de la sala. Un buen número de periodistas, indignados, comenzaron a gritarle preguntas y, menos calmoso que cuando llegó, Bernstein se unió al grupo de los que gritaban. Cuando MacGregor pasó junto a él, Bernstein le gritó:

—¿Es usted capaz de negar el reportaje sobre Chapin?

MacGregor, simplemente, se limitó a mirarle inexpresivamente.

Cuando Bernstein regresó a la redacción, Ben Bradlee estaba examinando una copia de las declaraciones de Ziegler, Dole y MacGregor, y observó que todas ellas subrayaban las mismas cosas y usaban un lenguaje similar. En el *Post* había pocas dudas de que los ataques estaban orquestados y, si no ordenados por el Presidente, hechos con su conocimiento y aprobación.

Reporteros de otras organizaciones de Prensa empezaron a llamar a Bradlee para pedirle su respuesta. Puso una hoja de papel con copia en la máquina de escribir y redactó una declaración:

El tiempo juzgará sobre la declaración hecha a la Prensa por Clark MacGregor y sobre el *Washington Post*, que informó sobre las diversas actividades del CRP. Por el momento basta con decir que ni el más simple de los hechos contenidos en los reportajes sobre las investigaciones realizadas por este periódico en cuanto a tales actividades ha sido desmentido con éxito. MacGregor y los demás funcionarios de la administración han calificado esos artículos y reportajes como «una colección de absurdos» y han tachado al *Post* de malicioso, pero los hechos están ahí, registrados y sin que hayan sido desmentidos con pruebas.

Bradlee estaba dispuesto para la lucha. Tenía la sensación de que «los mentís no contienen nada». Semanas antes había dicho a Bernstein y a Woodward que no pensaba ponerse a la defensiva y les pidió que extremaran sus precauciones.

Ahora, en su despacho, les mostró su declaración y les ofreció un nuevo consejo:

—Ya me di cuenta antes —les dijo—. Éste es el juego más peligroso que jamás se registró en esta ciudad. Todos nosotros tenemos que ir con mucho cuidado, tanto en el periódico como fuera de él. Yo no quiero saber nada de vuestras vidas personales; eso es asunto vuestro.

Pero si los periodistas estaban haciendo algo que no querían que se supiera «debían cortarlo de inmediato» —les aconsejó Bradlee—. «Vigilad con quién habláis, con quién tratáis; id con cuidado en vuestras llamadas telefónicas; comenzad a preocuparos por los impuestos y a buscaros un abogado para que se ocupe en el futuro de todas vuestras cuestiones relacionadas con los impuestos; aseguraos de que nadie lleva drogas a vuestra casa; tened cuidado con lo que decís a los demás sobre el Presidente y el gobierno».

Bradlee no les estaba diciendo nada que los dos periodistas no hubiesen discutido ya entre ellos, y habían tomado ya todas esas precauciones.

—¿De acuerdo, muchachos? —les preguntó Bradlee retóricamente. Después cerró el puño y dio un relampagueante *uppercut* al aire. Y se tocó el bíceps con la otra mano.

Fuera del despacho de Bradlee, Harry Rosenfeld paseaba por la redacción y se iba poniendo cada vez más nervioso. Bernstein y Woodward se habían comprometido a escribir un reportaje de primera página, respondiendo a los ataques. Pocas informaciones causan a los directores de sección y responsables de un periódico mayor ansiedad que aquéllas de las que son protagonistas su propio periódico y sus reporteros. Rosenfeld quería estar seguro de que lo que escribieran trataría con limpieza a la administración y sería juego limpio. Lo mismo pensaban Bernstein y Woodward sinceramente, pero insistían en que también debían jugar limpio con su propia información.

Describieron los ataques como de todo punto inútiles como respuesta a las acusaciones. Rosenfeld anuló el párrafo por considerarlo «dialéctico», «argumentativo». Una cosa era jugar limpio con la Casa Blanca, dijeron los reporteros, y otra lo que estaba haciendo Rosenfeld, que no jugaba limpio con su trabajo ni con el periódico. Rosenfeld insistió, manteniendo su opinión de que el párrafo ofensivo tenía toda la apariencia de un predispuerto. Se estaba enfadando.

El artículo que apareció en la primera edición fue muy corto debido a esa discusión. Al escribir para la segunda edición, Bernstein y Woodward renovaron el debate, insistiendo en que ni Dole, ni Ziegler, ni MacGregor habían contrarrestado sustancialmente las acusaciones del *Post*.

Woodward y Rosenfeld daban prisa a Bernstein, que no hallaba la forma y seguía haciendo cambios idiomáticos en lo que Woodward ya había escrito y Rosenfeld aprobado, con lo que ponía a éstos al borde de un ataque de nervios. Costó cuatro horas de trabajo conseguir un artículo apenas satisfactorio: un monstruo de 52 pulgadas, que contenía un número infinito de citas y ofrecía al lector muy poca ayuda para que comprendiera las acusaciones y contraacusaciones. Fue una noche verdaderamente desastrosa.

Todos los periódicos, a lo largo y ancho del país, informaban al día siguiente de la ira de los hombres del Presidente. La Casa Blanca se estaba jugando su crédito contra el del *Washington Post* y la discusión estaba haciendo que las acusaciones del periódico adquiriesen mayor cuerpo.

El 18 de octubre, el *New York Times* publicó un artículo que minó severamente la posición de la Casa Blanca. El *Times* había obtenido fichas telefónicas que mostraban que el teléfono o la tarjeta de crédito de Donald Segretti se había usado al menos para media docena de llamadas a la Casa Blanca y al hogar de Dwight Chapin en Bethesda, Maryland. Además, la tarjeta de crédito o el teléfono de Segretti se habían usado por lo menos para 21 llamadas al hogar y la oficina de Howard Hunt.

La Casa Blanca, desde luego, tendría bastantes dificultades para borrar esa documentación calificándola de rumor, insinuación maliciosa o lluvia de falsa información. Bernstein y Woodward se hallaban en la redacción de noticias del *Post* a eso de las 11 de la noche del 17 cuando, a través de los teléfonos de la UPI, les enviaron el facsímil de la primera página del *Times*^[36]. Se quedaron extáticos y su instinto de competición se suavizó con el de la gratitud.

En la Casa Blanca, al mediodía siguiente. Ron Ziegler hubo de enfrentarse con una representación numerosa de la Prensa, hostil y agresiva. Se le pidió repetidas veces que negara específicamente las acusaciones y pruebas citadas por el *Post* y el *Times*, así como la revista *Time*, a partir del día 10 de octubre, pero vaciló y se anduvo por las ramas para volver siempre a referirse al allanamiento de Watergate.

—*Mi observación sobre él (el reportaje del *New York Times*) es, al leerlo, que sugiere cierta relación del señor Chapin con el caso Watergate... Debo repetir hoy que nadie que esté empleado actualmente en la Casa Blanca tiene el menor contacto, conocimiento o asociación con el caso Watergate.*

¿Y qué había del espionaje y el sabotaje político, aparte del allanamiento de Watergate del 17 de junio?

—*En la breve reunión de ayer y de anteayer ya puse en claro que nadie de la Casa Blanca dirigió nunca actividades de sabotaje o cualesquiera otras que lo relacione con el seguimiento de personas, establecimiento de fichas o algo semejante.*

Los reporteros trataron de presionar aún más con sus preguntas para conseguir una respuesta directa. Pero Ziegler cada vez daba la misma contestación, usando cuidadosamente la palabra «dirigir» y evitando «involucrar» o «estar, involucrado».

Un reportero insistente trató de atrapar al secretario de Prensa:

—Durante tres veces ha usado usted la palabra «dirigir». ¿Significa eso que, si bien no dirigían, sí estaban enterados de lo que ocurría?

—*Creo que «dirigir» define la cuestión con toda claridad. Como he dicho antes, cualquiera que estuviese involucrado en una de esas actividades ya no estaría aquí.*

—¿Está usted afirmando, sin embargo, que nadie de la Casa Blanca estuvo involucrado en estos asuntos?

—*Estoy diciendo que, si alguien hubiera estado involucrado en ese tipo de actividades a las que me he referido, ya no trabajaría aquí.*

¿Involucrados en qué? Algunos reporteros recordaron que el talento de Ziegler para la comunicación ya había sido probado, por vez primera, trabajando como «charlatán» en las vacaciones de verano, cuando todavía estudiaba el bachillerato. Trabajó en Disneyland, atrayendo turistas para una «Excursión en la selva»:

«¡Bienvenidos, amigos! Mi nombre es Ron y soy su barquero y guía por el Río de la Aventura... Observen los cocodrilos. Por favor, conserven sus manos dentro de la barca. Siempre están en busca de manos descuidadas. Ahora miren el muelle, quizá es la última vez que lo ven. Observen a aquellos indígenas de la orilla: siempre están al acecho, en espera de cazar una cabeza».

¿Es que en esta ocasión estaba Ron Ziegler dirigiendo la «Excursión en la Selva» del Presidente?

—¿Está preocupado el presidente por las acusaciones lanzadas contra sus ayudantes?

—*Su preocupación viene del hecho de que las historias publicadas están basadas en rumores, insinuaciones, etcétera, etcétera.*

Las respuestas de Ziegler y los descubrimientos del *Times* sobre las fichas de las llamadas telefónicas de Segretti ocuparon parte de la primera página del *Post* del día

siguiente.

Evitando lo más duro del ataque, el *New York Times* ofrecía además un análisis de la conducta de la Casa Blanca escrito, por Robert B. Semple, Jr., entonces corresponsal del *Times* en ella:

La esencia del reciente contraataque de la administración a las acusaciones de que algunos de los ayudantes del Presidente Nixon crearon o, al menos, apoyaron una red de espionaje y sabotaje político, así como para causar trastornos a los otros candidatos, ha estribado en denunciar a los periódicos que las han publicado, pero sin discutirlos explícitamente. Detrás de esa estrategia hay dos probabilidades que nos dicen mucho sobre el concepto que tiene la administración: tanto los votantes como los periódicos tienen que estar a su servicio. A juzgar por entrevistas recientemente celebradas con ayudantes del Presidente, existen dos presunciones que están extendidas ampliamente en el círculo interno de la Casa Blanca. La primera de ellas es que la supuesta conspiración se entiende por la mayor parte del público como una intriga remota, casi de aficionados, muy lejos del Despacho Oval y que, consecuentemente, un mentís o una discusión de las acusaciones por parte de la Casa Blanca daría a esas acusaciones un curso y una categoría que no merecen.

La segunda es que el público, suavizado por tres años de discursos del Vicepresidente Agnew, no cree que lo que lee y oye —particularmente en los medios de información llamados del *Eastern Establishment*— sea la verdad y no esté distorsionado por prejuicios políticos. De ahí los recientes ataques al *Washington Post*, que ha venido presentando en su primera página las acusaciones de corrupción... Repetidas peticiones dirigidas a funcionarios de alta posición en la Casa Blanca para que ofrecieran un relato completo no han recibido respuesta. Esto lo deja todo en manos del señor Ziegler, que parece cada vez más inquieto y molesto cuando se le hacen preguntas sobre el señor Chapin y el señor Segretti.

«¿Sabe usted por qué no nos preocupamos por esta cuestión

del espionaje y la Prensa?», preguntó retóricamente, el otro día, uno de los ayudantes de la Casa Blanca —que no era el señor Ziegler—. Y su respuesta fue: «Porque creemos que el público cree que la Prensa del Este es verdaderamente lo que Agnew dijo que era: de élite anti-Nixon y definitivamente pro-McGovern».

A través de Hugh Sloan, los dos periodistas sabían que la quinta persona que tenía control sobre los fondos secretos era un funcionario de la Casa Blanca. Había muchas razones para suponer que se trataba de H. R. Haldeman, el jefe de personal de la Casa Blanca. Y, además, había razones para sospechar que tras el caso Watergate se encontraba la personalidad de Harry Robbin Haldeman.

Atildado, engallado y poderoso, Haldeman, a los 46 años de edad, había pasado de dirigir la oficina de Los Ángeles de la Agencia de Publicidad de J. Walter Thompson, a dirigir los asuntos del presidente de los Estados Unidos.

Pese a que John Mitchell había sido el director de la campaña de Nixon en 1972, el CRP era mucho más una creación de Bob Haldeman, su director ejecutivo en la Casa Blanca. Cuando se organizó el CRP en marzo de 1971, Haldeman eligió a Jeb Magruder y Hugh Sloan para que se hicieran cargo de la política cotidiana y de las operaciones financieras. Ambos habían sido miembros de la llamada «Patrulla de los Castores», compuesta por jóvenes brillantes, extremadamente leales, llevados a la Casa Blanca por Haldeman, y procedentes del mundo de la publicidad y el *marketing*.

Dwight Chapin era el más digno de confianza de todos los primeros «Castores» de Haldeman. Gordon Strachan, que desempeñó un papel importante también en el reclutamiento de Donald Segretti, era el «Castor» que servía de enlace de Haldeman con el CRP. Bart Porter, otro miembro de la «Patrulla», había dejado su elevada posición en la Casa Blanca para convertirse en jefe contable del CRP.

Con la excepción de John Mitchell y sus dos lugartenientes, Fred LaRue y Robert Mardian, los hombres más elevados de Nixon que figuraron, aun cuando fuera de lejos, en los descubrimientos del Watergate, sólo se sentían leales al Presidente y a Haldeman (Maurice Stans, normalmente, sólo tenía que rendir cuentas al Presidente, pero había trabajado muy unido a Haldeman en las anteriores campañas electorales de Nixon).

Herbert W. Kalmbach había sido presentado al vicepresidente Richard Nixon, a mediados de la década de los cincuenta, por Haldeman. En su trabajo con los asuntos legales personales del presidente y recoger fondos para la campaña, Kalmbach actuaba generalmente a través de Haldeman.

Charles W. Colson comenzó su carrera en la Casa Blanca en 1969, cuando tenía 37 años de edad. Informaba al presidente y a Haldeman, en su calidad de enlace de la administración con grupos externos políticos o de especial interés y como abogado en funciones de la Casa Blanca, sobre las fuerzas políticas que actuaban marginalmente.

Algunos funcionarios de nivel medio de la Casa Blanca, habían asegurado a Bernstein y Woodward que en la Mansión Ejecutiva apenas si existían dudas de que la operación Segretti-Chapin había sido aprobada por Haldeman.

Durante semanas, Sloan se había mantenido firme en su negativa de identificar la quinta persona que controlaba los fondos secretos, repitiendo, cada vez que se le mencionaba un nombre, que formaba parte de sus razones para «suponer lo peor».

Haldeman era temido por todos los miembros de la administración. Cuando se mencionaba su nombre los funcionarios del Gabinete se quedaban silenciosos y atemorizados. Los pocos que podían hablar de él con conocimiento de causa decían que perderían su empleo si él se enteraba de que lo hacían. Lo definían como: «firme, pragmático... desconsiderado... devoto sólo de Richard Nixon... incapaz de detenerse ante nada...».

Las descripciones coincidían frecuentemente y varios citaron la celebrada autodescripción de Haldeman: «Soy como el “hijo de perra” del Presidente», es decir el hombre destinado a cargar con lo peor. Pero lo cierto es que Haldeman era bastante más complicado de lo que todas esas descripciones podían dar a entender.

Las reacciones de Haldeman le recordaron a Woodward su pasado militar y su formación en la Armada. Haldeman era como el primer oficial de un buque, el segundo en el mando, siempre el más ambicioso, celoso del deber, de que todos cumplieran con su obligación y capaz de hacer cualquier cosa por el capitán.

Uno de los métodos de Haldeman, los reporteros lo sabían, era la «negabilidad». Éste era el instrumento del que se valía para aislarse a sí mismo de la toma de decisiones discutibles; hacía que las tomaran otros, así, si las cosas salían mal, él podía negar más tarde su implicación en el asunto. Por ello los reporteros estaban convencidos de que Haldeman nunca emplearía por sí mismo a Howard Hunt como consejero de la Casa Blanca. Haría que fuese cualquier otro, Colson o Ehrlichman, quien figurase en los archivos como el que contrató. Aunque Haldeman estuviera detrás de la Operación Segretti, jamás habría entrado en contacto directo con él.

Por Sloan y otros, los periodistas estaban enterados de que Haldeman raramente trataba de modo directo con el CRP. Ése era el trabajo de Gordon Strachan. «Negabilidad» era la norma operacional del personal de la Casa Blanca: los jefes permanecían aislados por un impenetrable muro de fieltro. Si Haldeman estaba detrás del caso Watergate era poco probable que hubiera dejado alguna huella. Hubiera sido algo totalmente al margen de su carácter el mantener control directo sobre los fondos que se empleaban para pagar operaciones clandestinas. Y así era. Si lo había hecho, nadie pudo decírselo a los dos reporteros. No obstante, algunas fuentes del Departamento de Justicia y en el FBI no lo negaban. Guiados por las experiencias exteriores, Bernstein y Woodward venían interpretando esta reticencia como un signo de que sus sospechas eran correctas.

El 19 de octubre, Woodward cambió hacia atrás su maceta en el balcón, colocándola en posición de señal para «Garganta Profunda». Y a eso de la una de la madrugada dejó su apartamento para hacer el largo viaje hasta el garaje subterráneo. Llegó a eso de las dos y media. «Garganta Profunda» no estaba. Pasaron quince

minutos, media hora. Una hora. «Garganta Profunda» no apareció. Woodward comenzó a sentirse preocupado.

«Garganta Profunda» raramente faltaba a una cita. En la penumbra del frío garaje, Woodward comenzó a pensar lo impensable. No habría sido difícil para Haldeman enterarse de que los periodistas estaban haciendo averiguaciones sobre él. ¿Era posible que «Garganta Profunda» hubiera sido descubierto? ¿O Woodward seguido? Personas lo bastante locas como para contratar a Gordon Liddy y Howard Hunt eran capaces también de hacer otras cosas. Woodward se indignaba consigo mismo por comportarse de un modo irracional y trató de apartar de su mente la visión de una pandilla de pistoleros asustando a «Garganta Profunda». ¿Habrían dejado un guante negro, con un puñal clavado en su palma, dentro del coche de «Garganta Profunda^[37]»? ¿Qué sería capaz de hacer en 1972 una pandilla de éstas, sobre todo si trabajaba para la Casa Blanca?

Woodward salió del garaje para dar un vistazo y seguidamente regresó a la oscuridad del interior. Pasó otra media hora esperando, asustándose cada vez más — no estaba exactamente seguro de qué— y finalmente se marchó del garaje e hizo a pie la mayor parte del camino hasta su casa. Más tarde le dijo a Bernstein que «Garganta Profunda» no había acudido a la cita. Había, desde luego, cientos de explicaciones posibles, pero ambos se mostraron preocupados.

Al día siguiente, el ejemplar del *New York Times* de Woodward llegó con un círculo en la página veinte y una esfera de reloj indicando las 3:00. Esto significaba una cita para esa hora.

Woodward tomó el camino que ya le era familiar y llegó con casi quince minutos de anticipación. Descendió hasta el piso donde tenían lugar sus encuentros. Y, allí, fumándose un cigarrillo, estaba «Garganta Profunda». Woodward se sintió al mismo tiempo aliviado y enfadado. Se dijo que su amigo no había apreciado la ansiedad que le produjo la otra noche. «Garganta Profunda» le explicó que no había tenido la oportunidad de observar el balcón el día anterior y que no le había telefonado porque las cosas se estaban poniendo al rojo vivo. Woodward protestó más de lo necesario, confiando en que eso podría ayudarle a sacar de «Garganta Profunda» algo de información sobre Haldeman.

Aunque no era cierto, Woodward le dijo a «Garganta Profunda» que él y Bernstein preparaban para la semana siguiente un reportaje en el que dirían que Haldeman era la quinta persona que ejercía el control sobre los fondos secretos.

—*Tendréis que hacerlo solos* —le dijo «Garganta Profunda».

Woodward trató de presionarle desde otro ángulo. Le preguntó a su amigo si se creería en la obligación de prevenirles en el caso de que la información no fuese cierta.

«Garganta Profunda» dijo que sí, que lo haría.

—Entonces ¿estás verificando que Haldeman controlaba los fondos? —le preguntó Woodward.

—*Yo no. Si lo decís, debéis hacerlo por vuestra propia cuenta.*

La distinción parecía demasiado sutil.

—*No podéis utilizarme como fuente de información* —dijo «Garganta Profunda»—. *No quiero ser fuente de información en ninguna historia sobre Haldeman.*

Como siempre ocurría, los obstáculos parecían multiplicarse cuando salía a relucir el nombre de Haldeman.

—*Chapin se ha tomado las cosas muy en serio y hay mucha tensión* —explicó «Garganta Profunda»—. *Y eso por decirlo del modo más suave posible. Debes ir con cuidado. En torno a Haldeman hay mucha tensión.*

Estaba cansado y parecía tener prisa. Dijo que trataría de evitarles molestias a los dos reporteros.

Woodward le preguntó si se encontraban en apuros a causa de Haldeman.

—*Os mantendré libres de ellos* —le dijo «Garganta Profunda».

Dado que no les prevenía contra Haldeman, estaba confirmando la historia. Woodward le hizo ver que esperaba una señal suya si consideraba que debía dar marcha atrás en la publicación de su reportaje.

«Garganta Profunda» replicó que el dejar de prevenirles contra la publicación de un relato erróneo *«sería una mala interpretación de nuestra amistad»*. Pero él, por su parte, no quería nombrar a Haldeman. Le estrechó la mano a Woodward y se marchó. El periodista, en esos momentos, estaba seguro de dos cosas: Haldeman era el nombre correcto y había acumulado en sus manos un poder terrible. «Garganta Profunda» no se asustaba fácilmente.

El lunes 23 de octubre, Woodward le explicó su encuentro a Bernstein. Éste se sintió incómodo por la «confirmación». ¿Se trataba realmente de una auténtica confirmación? Sí y no, le respondió Woodward.

Esa noche los reporteros visitaron a Hugh Sloan. Había luz cuando llegaron. Woodward golpeó con el gigantesco aldabón de metal dos o tres veces. Sloan abrió la puerta y salió.

—*Esta noche me es imposible hablar* —dijo. Su tono era amistoso y suave.

Los periodistas le dijeron que se trataba sólo de unas pocas preguntas sobre una información que habían recibido y que tal vez él estuviese en condiciones de confirmarla. Se dieron cuenta de que estaban aprovechándose de sus buenas maneras; Hugh Sloan sería incapaz de darle a nadie con la puerta en las narices. Pero tenían que hacerlo. Haldeman era importante.

Se refirieron a los fondos secretos y Sloan se mostró poco dispuesto a hablar de las cantidades expedidas.

Había cinco personas que tenían autoridad para aprobar los pagos, ¿no era sí?, le preguntó Bernstein.

—*Sí, ya lo dije. Cinco* —respondió Sloan.

Magruder, Stans, Mitchell, Kalmbach y alguien en la Casa Blanca, insistió

Woodward.

—*Así es* —confirmó Sloan, que se había apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Mencionó usted los nombres ante el gran jurado? —preguntó Woodward.

Sloan vaciló unos segundos antes de responder.

—*¡Sí!* —dijo.

—Sabemos que es Haldeman —le dijo Bernstein. Y lo hizo de un modo que parecía combinar en sus palabras seguridad y convicción. Quería que Sloan pensara que no descubría nada nuevo al confirmarlo—. ¿Haldeman, verdad?

—*Puede ser, pero yo no quiero ser vuestra fuente de información en este asunto* —respondió Sloan encogiéndose de hombros.

Todo lo que necesitaban eran una confirmación, insistieron los periodistas. No tenía necesidad de decir el nombre. Sólo «sí».

—*No aquí* —respondió Sloan.

Entonces Woodward le preguntó si era Ehrlichman.

—*No* —dijo Sloan—; *puedo decirles que no era John Ehrlichman.*

—¿Colson? —preguntó Bernstein.

—*No* —respondió Sloan.

Salvo que estuvieran partiendo de una base falsa, esto sólo dejaba a un candidato: Haldeman... o el propio Presidente, dijo Bernstein. Ciertamente no debía ser el Presidente.

—*No, no era el Presidente* —dijo Sloan.

—En ese caso tenía forzosamente que ser Haldeman —repitió Bernstein—. Mire, vamos a escribir la historia y necesitamos su ayuda, si es que hay algo equivocado en ella.

Sloan hizo una pausa.

—*Bien, hagámoslo de ese modo. No tendré ningún problema si ustedes escriben eso.*

—¿Quiere decir que es correcto? —preguntó Woodward.

—*Sí* —respondió Sloan.

Los periodistas trataron de disimular su excitación. Hicieron algunas preguntas más de pura fórmula y apenas si prestaron atención a las respuestas. Estrecharon la mano de Sloan y se dirigieron a donde habían dejado aparcado el automóvil de Woodward.

Eso casi bastaba, dijo Bernstein. Aún se sentía incómodo. Woodward se sentía más optimista, pero estuvo de acuerdo en que debían buscar otra confirmación más.

Los periodistas llegaron a la redacción a las diez de la noche. Hicieron una lista de las personas que estaban en posición de confirmar o negar que Haldeman era el último de los cinco. Sólo quedaban dos personas a las que no habían preguntado.

Uno de ellos era un agente del FBI con el que Bernstein había hablado durante la primera semana de octubre. Había sido un encuentro extraño. Bernstein había llamado al agente a su despacho. Éste tomó el teléfono y le respondió que no tenía nada de qué hablar con periodista. Unos diez minutos después fue él quien llamó a

Bernstein y le dijo que se encontraría con él en un *drugstore*, a unas ocho manzanas del *Post*. Estaría sentado en la barra leyendo un periódico.

Bernstein se sentó en un taburete a su lado. El agente hizo algunos comentarios sobre la bolsa y terminó el café.

—*Debemos irnos* —le dijo a Bernstein, como si fuera un compañero de trabajo.

Los dos hombres salieron del *drugstore* y comenzaron a caminar hacia el Oeste.

—*Muchachos, estáis creando muchas complicaciones* —le dijo el agente—. *Nuestros informes están apareciendo en el periódico casi, textualmente.*

Bernstein se animó. Él y Woodward no estaban seguros de que su información fuese la misma que tenía el FBI, aunque había muchos que pensaban que ésta era la fuente de información del *Post*.

—*Ustedes han dado en el clavo en todo... excepto en lo que a Mitchell se refiere. No nos consta que él fuese también uno de los que controlaban los fondos. Pero es posible que eso haya quedado al descubierto ante el gran jurado. Si es así, nosotros no lo sabemos. Vamos a empezar de nuevo a investigar por si dejamos algún cabo suelto.*

Bernstein se sintió confundido. Él y Woodward estaban casi seguros de que el FBI sabía lo de Mitchell. Pensaban que tenían la información en sus ficheros.

—*Eso es lo que ha hecho que: algunos de nosotros se sientan preocupados* —dijo—. *No estamos seguros de tener todos los datos. Nuestros agentes han estado investigando a fondo, pero siempre cabe la posibilidad de que se les haya pasado algo por alto.*

El hombre del FBI seguía preguntando cosas sobre Mitchell. Bernstein no estaba seguro de sus propósitos. El agente, alternativamente, le estaba interrogando y expresando dudas sobre las investigaciones del FBI («*Nadie cree que el caso termine con los siete que están acusados. La cuestión es saber por qué se han detenido ahí*») y después se mostró enfadado con los periodistas. Caminaban en dirección a la Casa Blanca.

—*Mire* —le dijo el agente—, *la única persona que sabe que estoy hablando con usted es mi jefe. Nos gusta nuestro trabajo. No queremos que nos trasladen. No es justo que al llegar por la mañana al despacho nos encontremos allí una copia casi textual de nuestros informes publicada en vuestro periódico.*

El agente le confirmó que el FBI tenía información sobre la existencia del espionaje y el sabotaje político y que no había hecho nada en ese terreno.

—*Sobre este asunto debería hablar con el Departamento de Justicia* —le dijo el agente—. *Nosotros les pasamos a ellos nuestra información por canales oficiales y no hemos vuelto a oír hablar de ello.*

Dieron la vuelta hacia el norte, por la East Executive Av., caminando por la acera donde está el Departamento del Tesoro, directamente enfrente del Ala Este de la Casa Blanca. El agente se detuvo un momento para atarse el cordón de un zapato y colocó un pie sobre una de las rejas del edificio oficial. Bernstein echó una ojeada a su alrededor. Había una larga fila de turistas, algunos de ellos con cámaras fotográficas, que esperaban para entrar en la Casa Blanca. El agente se ató también el cordón del

otro zapato. Tal vez Bernstein se estaba volviendo histérico, pero se le ocurrió que el agente se había detenido allí adrede para que alguien, disimuladamente, tomara su fotografía. Era el lugar más apropiado, con todos esos turistas con sus cámaras. Pero ¿por qué preocuparse por ello? Todo el mundo podía conseguir su foto en los archivos del *Post*. La conducta del agente, sin embargo, no era la más apropiada para disipar sus sospechas. Se detuvo durante otros treinta segundos para hacerle algunas preguntas sobre Mitchell mientras se mantenía apoyado con una mano en la verja como de modo casual. Finalmente reanudaron su camino hacia Lafayette, donde se sentaron en un banco para charlar unos minutos antes de despedirse.

Mientras Bernstein volvía a llamar al agente a su casa de los suburbios, para preguntarle qué sabía de Haldeman, Woodward tomó otra extensión telefónica para escuchar la conversación.

Bernstein sabía que jamás conseguiría la información deseada si se limitaba a hacer preguntas directas. Estaba decidido a provocar al agente diciéndole que estaban trabajando en un reportaje sobre lo inadecuadamente que el FBI había trabajado en ese caso. Tal vez había alguna explicación que justificara esa actuación negativa. Por eso le llamaba.

Woodward, en el teléfono supletorio, tomaba nota de la conversación:

AGENTE: *No nos hemos perdido muchas cosas.*

BERNSTEIN: Entonces, ¿tienen ustedes el nombre de Haldeman en relación con el control de los fondos secretos?

AGENTE: *Sí.*

BERNSTEIN: Pero también ha salido a relucir en el gran jurado, ¿no es así?

AGENTE: *Desde luego.*

BERNSTEIN: Es decir que se pronunció el nombre tanto cuando el FBI interrogó a Sloan como ante el gran jurado.

AGENTE: *Sí.*

BERNSTEIN: Sólo queríamos asegurarnos de ello porque nos habían dicho que ese nombre sólo se pronunció ante el gran jurado y que vuestros hombres no tenían idea de ello.

AGENTE: *También nosotros tenemos ese nombre. Hemos entrado en contacto con todos los que estuvieron mezclados en el manejo de los fondos secretos... y sabemos que el noventa por ciento de la información de que ustedes disponen proviene de nuestros archivos. O es que pueden verlos, o hay alguien que se los lee por teléfono.*

Bernstein le dijo que no quería hablar en absoluto sobre sus fuentes de información. Volvió al tema de Haldeman y le preguntó si éste había sido mencionado como la quinta persona que manejaba los fondos secretos.

—*Sí Haldeman. John Haldeman* —confirmó el agente.

Bernstein terminó la conversación y levantó el pulgar haciéndole a Woodward una señal de triunfo. Pero enseguida se dieron cuenta de que el agente había dicho

John y no Bob. En esos días parecía como si todo el mundo en Washington estuviera confundiendo a Bob Haldeman con John Ehrlichman «*los pastores alemanes*», «*los Prusianos*», «*el Muro de Berlín*», como se les llamaba. Los periodistas no podían dejar que persistiera esa confusión y Bernstein volvió a llamar al agente del FBI.

—Sí, Haldeman. Bob Haldeman. Yo nunca recuerdo los nombres de pila.

«Garganta Profunda», Sloan y el agente del FBI. Los tres habían confirmado el nombre de Haldeman. Los periodistas llegaron a la conclusión de que, finalmente, tenían la historia firmemente sujeta en sus manos. Se marcharon a casa a eso de la medianoche, más seguros de sí mismos.

A la mañana siguiente le dijeron a Sussman lo que tenían y no ocultaron su júbilo. Su nuevo artículo sería distinto a todos los precedentes sobre los fondos secretos. En vez de fuentes anónimas, en esta ocasión podía decirse que el nombre había sido mencionado en el testimonio secreto ante el gran jurado por Hugh Sloan, extesorero del CRP y exayudante en la Casa Blanca de H. R. Haldeman.

Durante meses el caso Watergate había ido alcanzando cada vez mayor tensión. Ahora, con la entrada en el escenario de H. R. Haldeman, el juego se hacía terrorífico. H. R. Haldeman era el principal colaborador del Presidente de los Estados Unidos. Cuando actuaba lo hacía en nombre del primer magistrado de la nación. Dada la índole de sus relaciones con Richard Nixon, parecía improbable que Haldeman se mezclara en acuerdos y componendas para llevar a cabo operaciones clandestinas sin contar con la aprobación explícita o implícita del Presidente. Y en especial si esa operación representaba la estrategia básica de la campaña de reelección.

Bernstein casi no pudo dormir aquella noche, pensando en las implicaciones que podría tener lo que habían escrito y lo que estaban a punto de escribir. ¿Y si estaban portándose mal con el Presidente de los Estados Unidos? ¿Y si no estaban jugando limpio con él y perjudicaban no sólo al Presidente como hombre, sino a toda la institución que representaba? ¿Y por extensión al país? Suponiendo que las estimaciones de los periodistas fueran erróneas, que de un modo u otro hubieran sido arrastrados a una horrible equivocación: ¿Qué les pasaría a dos pobres periodistas de poca categoría, que habían precipitado al país por tal tobogán de excitación y crítica? ¿No era posible que los fondos en metálico de la caja de Stans no hubieran sido más que fondos discrecionales malversados por algunos subordinados excesivamente celosos? ¿Y si los reporteros y sus fuentes hubieran estado facilitándose mutuamente sospechas y especulaciones? No menos horrible resultaba el pensamiento de que los periodistas podían haber sido utilizados para una campaña de calumnias. ¿Y si la Casa Blanca había visto una oportunidad de acabar con el *Washington Post*, preparando ella misma el terreno para una campaña que después se había de mostrar falsa y calumniosa? Indudablemente con ello se minaría el crédito de la Prensa en general. ¿Y si Haldeman jamás hubiera pedido el control sobre los fondos, si nunca

hubiera ejercido su autoridad sobre ellos?

Posiblemente todos esos temores eran exagerados e irracionales. Tal vez Nixon no leía jamás su condenado periódico. Tal vez nadie prestaba atención a lo que escribían (en ocasiones casi era un alivio ver que las encuestas sobre las próximas elecciones mostraban que el Caso Watergate no estaba haciendo demasiado impacto sobre ellas).

Bernstein estaba hecho una ruina cuando llegó a la redacción a la mañana siguiente: muerto de sueño, lleno de dudas, vacilante. Se confió a Woodward. No era la primera vez que uno de los dos se sentía en esa situación moral. Frecuentemente se cambiaban los papeles. Woodward tenía fama de ser el más precavido, el más conservador de los dos y antes de Watergate tal vez lo había sido. Pero con el paso del tiempo cada uno de ellos había actuado como compensador del otro. Si uno de ellos tenía dudas, se ponía al habla con su redactor jefe y le decía que estaba de acuerdo en no publicar determinada información, por mucho que, privadamente, le desagradara dejar de hacerlo. O no le decía nada y se guardaba lo que sabía.

También Woodward había pasado por momentos de aprensión sobre si los fundamentos de sus reportajes —invisibles por completo para los lectores— eran lo suficientemente sólidos como para mantener visibles las implicaciones. Antes de informar a Sussman de que habían establecido sólidamente la implicación de Haldeman, los dos periodistas revisaron las bases. El ejercicio les sirvió para reforzar su seguridad... Sintieron lo mismo que deben sentir los astronautas cuando comprueban el funcionamiento de sus sistemas antes del lanzamiento, controlan las luces verdes una por una, y ven que todo funciona como es debido.

La tarde del 24 de octubre escribieron el artículo de Haldeman. En lo esencial contenía sólo un hecho nuevo... que la quinta persona que había dispuesto del control de los fondos de la campaña para el espionaje y sabotaje políticos era el jefe de la Casa del Presidente.

—El juego se está poniendo duro, terriblemente duro —dijo Ben Bradlee—, tanto que asusta.

Bradlee lo definió como una escalada a la cumbre. En vista de eso convocó a su despacho a Simons, Rosenfeld, Sussman, Bernstein y Woodward.

—Yo estaba absolutamente convencido, en el fondo, de que no había posibilidad de que todo eso hubiera sucedido sin la valoración o el consentimiento de Haldeman —dijo a los reporteros—. Pero tenía que hacer todo lo que estaba en mis manos para asegurarme de que no lo citábamos sin tener las pruebas. Tenía la sensación de que estábamos apuntando muy alto y sospeché que vosotros, muchachos, lo teníais en vuestro objetivo mucho antes de lo debido. Que tal vez lo sabíais, pero no estabais en condiciones de poderlo probar. Estaba decidido a no mencionarlo en el periódico hasta que pudierais probarlo.

Durante la reunión de esa tarde, a las siete, poco antes de la hora del cierre,

Bradlee, representando el papel de fiscal, exigió saber con exactitud lo que cada informador había dicho.

—¿Qué dijo el tipo del FBI? —preguntó.

Los periodistas le hicieron un breve resumen.

—No, no es eso —dijo Bradlee—. Lo que quiero es oír exactamente lo que le preguntasteis y lo que él os respondió.

Hizo lo mismo con «Garganta Profunda» y con la entrevista en la puerta de la casa de Sloan.

—Yo recomiendo la publicación —dijo Rosenfeld.

Sussman lo aprobó.

Simons hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Adelante! —decidió Bradlee.

Cuando salían, Simons dijo a los dos reporteros que se sentiría más tranquilo si encontraban una cuarta fuente que lo confirmara. Eran las 7:30 y el artículo no podía estar en la imprenta después de las 7:50. Bernstein dijo que sólo cabía otra posibilidad: un abogado del Ministerio de Justicia que tal vez se mostraría dispuesto a confirmarlo. Tomó un teléfono cerca del despacho de Rosenfeld y le llamó. Woodward, Simons y Sussman estaban dando los toques finales al reportaje.

Por su parte, Bernstein le preguntó al abogado, directamente, si Haldeman era la quinta persona del control de los fondos secretos, el nombre que faltaba en la lista de Sloan.

La respuesta fue que no podía decirlo.

Bernstein le explicó que iban a publicarlo así. Lo habían confirmado ya tres fuentes distintas. Sabían que Sloan lo había dicho ante el gran jurado. Lo único que le pedían era que les advirtiera si veía alguna razón para dar marcha atrás y no publicarlo.

—*Me gustaría mucho poder ayudaros, realmente me gustaría* —dijo el abogado—. *Pero, de verdad, no puedo decir nada.*

Bernstein meditó un momento y le dijo que, efectivamente, comprendía muy bien que no pudiera hablar.

Bernstein pensó otra forma de hacerlo. Se lo explicó: contaría hasta diez. Si había alguna razón para que los reporteros retiraran su artículo, el abogado debía colgar el teléfono antes de que la cuenta llegara a ese número. Si después de contar hasta diez seguía en la línea, eso significaba que la cosa estaba en orden y podía publicarse.

—*¿Comienzas ahora?* —preguntó el abogado.

—De acuerdo —dijo el periodista, y comenzó a contar. Llegó hasta diez. El abogado seguía al teléfono—. Muy bien —dijo Bernstein, y le dio las gracias efusivamente.

Les dijo a los redactores jefe y a Woodward que tenía la cuarta confirmación y se sintió satisfecho de su muestra de inteligencia, del método que había utilizado para conseguir la confirmación sin que el abogado tuviera necesidad de decir nada.

Simons seguía nervioso. Con un cigarrillo en los labios, cruzó la redacción y fue a sentarse frente a la máquina de escribir de Woodward.

—¿Qué opinas? —le preguntó—. Podemos aplazar la publicación un día más si crees que hay motivo para ello...

Woodward le dijo a Simons que estaba seguro de que la historia tenía una base suficientemente sólida y no había razón para retrasar la publicación.

Poco después fue Rosenfeld quien se aproximó a la mesa de Woodward, para preguntarle si tenía dudas. Ninguna, le respondió el reportero.

Rosenfeld sugirió una modificación del párrafo de entrada del reportaje. Deseaba que dijera que la confirmación de que Haldeman controlaba los fondos secretos se debía no sólo al «conocimiento de una declaración jurada ante el gran jurado encargado del caso Watergate» sino también a los investigadores federales. Woodward dijo que estaba de acuerdo; el agente del FBI lo había confirmado y «Garganta Profunda» le había dicho que los investigadores lo sabían. Se hizo el cambio.

Las mismas dos fuentes fueron la base de otra adición que expresaba que los cinco que controlaban los fondos habían sido interrogados por el FBI.

El reportaje se envió a la linotipia cuando sólo faltaban cinco minutos para la hora de cierre. Se dio orden de que dejaran espacio en blanco para el ritual mentís de la Casa Blanca.

Woodward llamó a la oficina de Prensa de la Casa Blanca y leyó el reportaje al subsecretario Gerald Warren, preguntándole a continuación si lo negaba o lo confirmaba.

Una hora más tarde, Warren le llamaba.

—*Vuestra encuesta está basada en información errónea, porque la referencia a Bob Haldeman es falsa* —dijo el representante de la oficina de Prensa de la Casa Blanca.

—¿Qué demonio significa eso? —quiso saber Woodward.

—*Es cuanto tenemos que decir* —le replicó Warren.

Woodward y Bernstein estuvieron tratando de descifrar el significado oculto, si es que lo había, de la declaración. Llegaron a la conclusión de que era un mentís débil e inseguro. Lo insertaron en el artículo.

Poco antes de las nueve de la noche, Woodward recibió una llamada telefónica de Kirby Jones, secretario de Prensa de la campaña de McGovern.

—*He oído decir que tenéis un buen artículo para mañana* —le dijo Jones—. *¿Qué tal si nos enviáis una copia?*

Woodward se indignó y le replicó que el *Post* no escribía sus reportajes para los demócratas de McGovern ni para cualquier otra persona en particular. Añadió que lamentaba mucho que se le hubiera hecho tal petición. Jones se quedó atónito. No veía nada fuera de razón en su demanda, sobre todo dado que el periódico estaría a la venta dentro de unas horas.

Woodward le explicó que él y Bernstein tenían bastantes problemas con las

acusaciones que se les hacían de estar en relación con los adversarios del Presidente. Le dijo a Jones que comprara el periódico en un quiosco, como todo el mundo, y colgó el teléfono.

Antes de que dejaran la redacción, el redactor jefe de la sección local del turno de noche les mostró una extensa información recibida por teletipo de la AP desde Maryland. El senador Robert Dole había lanzado un duro ataque, de veinte minutos de duración, contra el *Washington Post* delante de algunos miembros del Comité Central del Estado de Maryland, en Baltimore, el discurso contenía nada menos que 57 referencias al *Post*^[38].

Finalmente los periodistas se marcharon del periódico olvidando hacer una llamada cortés de advertencia a Hugh Sloan, indicándole que el reportaje aparecería en la próxima edición. No cabía duda de que, tan pronto el periódico estuviera en la calle, se vería asediado por otros periodistas y debían haberle avisado de lo que se le avecinaba. Pero tenían mucho trabajo tratando de establecer las directrices de un libro que pensaban escribir sobre el caso Watergate. La línea general debía estar lista para el día siguiente y ser discutida durante el almuerzo.

Estuvieron escribiendo hasta casi el amanecer y se encontraron a la mañana siguiente, a las nueve, en la cafetería del Hotel Madison. Mientras desayunaban leyeron rápidamente su reportaje en la última edición del *Post*. A eso de las 10:30, Bernstein y Woodward cruzaron la Calle 15 para ir al *Post* y se dirigieron al despacho de Sussman para una discusión general sobre cómo proseguir con la historia de Haldeman. Fue una reunión muy cordial. Ahora sí que, verdaderamente, tenían cogida a la Casa Blanca. La referencia a la declaración de Sloan ante el gran jurado, un testimonio bajo juramento, era algo que Ziegler no podía rechazar por las buenas. No se trataba de un rumor, ni de un chisme. Hugh Sloan era el hombre que había manejado el dinero y había declarado bajo juramento quiénes eran los que lo controlaban.

En sus mesas, Bernstein y Woodward estaban estudiando sus notas para ver a quiénes debían ver esa tarde. Eric Wentworth, un reportero de la sección de enseñanza, se dirigió a Woodward.

—¡Hola! —le saludó Wentworth—. ¿Has oído lo que dice el abogado de Sloan?

Woodward no sabía nada.

—Dice que Sloan no mencionó a Haldeman ante el gran jurado. Y lo afirma inequívocamente.

Woodward se quedó atónito, sin habla.

Wentworth repitió sus palabras y después volvió a su mesa, donde mecanografió para Woodward lo que podía recordar de lo oído en una información de la Radio CBS mientras se dirigía en coche al trabajo. Woodward lo siguió. Cuando terminó le entregó la cuartilla a su compañero. Woodward regresó a su mesa, pues tenía necesidad de sentarse.

Telefonó a Sloan. Nadie respondió al teléfono. Después trató de localizar a James Stoner, el abogado de Sloan. No estaba en su despacho. Le dijo a su secretaria que lo llamara con la máxima urgencia tan pronto apareciera por su oficina.

Woodward se dirigió a la mesa de Bernstein y le dio un suave golpecito en el hombro. «Vamos a tener un pequeño problema», le dijo con voz calmada y le pasó la hoja que le había escrito Wentworth. Bernstein, de repente, se sintió enfermo y pensó que iba a devolver. Durante un buen rato se quedó en la silla, sin fuerzas para moverse.

Cuando todo pasó, él y Woodward se presentaron en el despacho de Sussman y le entregaron la nota. Los tres se dirigieron seguidamente al despacho de Rosenfeld y pusieron la Televisión. Lo que vieron en la pantalla era algo que jamás podrían olvidar. Sloan y su abogado Stoner se dirigían a un Juzgado donde Sloan iba a prestar declaración. Daniel Schorr, el veterano corresponsal de la CBS, estaba esperando allí con su equipo de *cameramen*. Schorr se aproximó a Sloan y le preguntó qué tenía que decir sobre el informe del *Post* con respecto a su testimonio ante el gran jurado. Sloan dijo que su abogado haría el oportuno comentario. Schorr dirigió el micrófono a Stoner:

—*Nuestra respuesta a eso es un rotundo no* —dijo—. *Nosotros... El señor Sloan no implicó al señor Haldeman en su testimonio en modo alguno.*

Sussman, Woodward y Bernstein se miraron entre sí. ¿Qué había ido mal? ¡Estaban tan seguros!

Pocos minutos más tarde, Bernstein, Woodward, Sussman, Rosenfeld y Simons se reunieron con Bradlee en el despacho de éste. Bradlee había visto la entrevista de la CBS.

Bradlee recordaría posteriormente:

—¿Queréis saber cuál fue mi momento más deprimente en todo el asunto Watergate? Cuando contemplé a Dan Schorr que ponía un micrófono ante Sloan y después frente a su abogado a la mañana siguiente y le preguntó: «*El Washington Post dice que usted ha declarado ante el gran jurado que Haldeman tenía el control de los fondos, ¿es cierto?*», y el abogado de Sloan respondió que *no*... Esos bastardos con la Televisión dirigiéndose calle abajo y allí Dan, el gran y peligroso Dan Schorr, al que sólo conozco desde hace treinta años, arremetiendo contra ellos para después volverse contra nosotros.

Bernstein y Woodward decidieron no cancelar su cita para almorzar con Dick Snyder, su editor, pero abreviarla lo más posible. Mientras caminaban hacia el Hotel Hay-Adams, comenzaron a darse cuenta de la enorme magnitud de lo que les había caído encima. Habían cometido un grave error. Hugh Sloan no mentiría nunca. Pero ¿cómo lo hizo? ¿Cuál era la equivocación? No había duda de que Sloan había confirmado que Haldeman era el quinto hombre en el control de los fondos secretos.

Lo mismo había dicho el agente del FBI. Y «Garganta Profunda». Por lo visto el asunto tenía algo que ver con la afirmación en sí, sobre el testimonio de Sloan ante el gran jurado. Era ahí donde habían cometido, no sabían cómo, un terrible error. Estaban tratando de estudiar cuál pudo ser éste mientras caminaron las cuatro manzanas que los separaban del Hotel Hay-Adams, situado en la Plaza Lafayette, exactamente enfrente de la Casa Blanca.

Mientras se dirigían al hotel, Ron Ziegler estaba dando su conferencia de prensa regular, cotidiana, en la Mansión Ejecutiva. Comenzó a las 11:48 de la mañana. Después de diez minutos, más o menos, de discusiones y del anuncio de los discursos de la campaña electoral, un reportero preguntó:

—Ron, ¿ha hablado el FBI con Bob Haldeman sobre su supuesta participación en el control de los fondos secretos destinados al sabotaje político?

Entonces comenzaron treinta minutos de acusaciones contra el *Washington Post*.

ZIEGLER:

La respuesta a tu pregunta es no, no lo han hecho... Personalmente pienso que el *Washington Post* está haciendo una forma despreciable de periodismo... Creo que esos esfuerzos por parte del *Post* están llegando a un punto realmente absurdo...

»El reportaje y su título (**Un testigo relaciona a un elevado ayudante de Nixon con los fondos secretos**) se refieren a unos fondos secretos, un término que se ha hecho exclusivo, realmente exclusivo del *Washington Post*, que lo adoptó basándose sólo en rumores o en informaciones obtenidas de individuos que se niegan a identificar, de fuentes anónimas. Se me ha dicho (por John W. Dean III) que no existen tales fondos secretos... el artículo fue desmentido y ahora, sin embargo, presentan esta nueva historia en primera página con unos titulares desorbitados y que falsean la verdad, basados exclusivamente en rumores, insinuaciones... se trata de un clarísimo esfuerzo con una tendencia tan criminal como no creo haber presenciado jamás en todo el proceso político de cualquier época...

»...No estoy atacando a la Prensa, de ningún modo. Jamás lo he hecho desde mi cargo, pero sí que estoy haciendo observaciones muy directas sobre el *Washington Post* y sugiriendo que todo es una maniobra política... Digo que se trata de un esfuerzo político por parte del *Washington Post*, muy bien concebido y coordinado para desacreditar a la administración y a algunos de sus miembros en particular.

»... Ahora ya hemos tenido bastante con ese tipo de reportajes sórdidos presentados por ese periódico en particular, un diario que antaño fue considerado como un gran periódico. He de reafirmar lo que ya dije antes: que las tácticas periodísticas usadas en este asunto son miserables y bajas y que se trata de un abuso del procedimiento periodístico...

»... No pretendo, en modo alguno, responder a ese tipo de historias de manera distinta a como he venido reaccionando y respondiendo hasta ahora, y éste es un mentís inequívoco a todas las alegaciones...».

Jamás Ziegler había pronunciado una negativa tan rotunda e inequívoca sobre la información del *Washington Post* acerca del caso Watergate, dijo uno de los periodistas presentes, que añadió:

—Creo que acabas de hacer el comentario más extenso que jamás hizo un secretario de Prensa de la Casa Blanca.

Hubo, después, un intercambio de preguntas y respuestas:

PREGUNTA: Si todos esos hombres —Haldeman, Chapin y Colson— están limpios y son inocentes, ¿por qué no se ponen al alcance de la Prensa para ser entrevistados? Cuando le hemos hecho a usted preguntas para que fueran contestadas por ellos directamente, no hemos tenido tales respuestas directas.

ZIEGLER: *No vamos a ponemos en las manos del Washington Post de ese modo ni a prestarnos al juego que ellos particularmente desean...*

PREGUNTA: Muchos de los mentís han sido demasiado ambiguos y otros muy vagos. En el caso del señor Chapin, se dijo solamente que la información «*era fundamentalmente incorrecta*», pero si hay algo más que deba decirse para aclarar las

cosas desde su punto de vista, ¿por qué no lo ha hecho así?

ZIEGLER: *Creo que ya lo hemos hecho esta mañana.*

PREGUNTA: Ya que estamos refiriéndonos al tema, ¿fue el señor Donald Segretti reclutado por la Casa Blanca o por el Comité para llevar a cabo espionaje político y era su enlace Dwight Chapin?

ZIEGLER: *Creo que ya he anticipado la respuesta esta mañana.*

PREGUNTA: Pero no ha dado la respuesta.

ZIEGLER: *... Si ahora volviera a referirme a todas las fuentes, a todas las historias basadas en rumores, y me dedicara a cada una de ellas de modo específico, esto sería no sólo un intento fútil sino inútil, porque sería difícil volver a enderezar todo lo que ha sido distorsionado, incluso confundido, y no valdría la pena a causa (de)... el tipo de técnica periodística que se ha venido usando.*

PREGUNTA: Ron, la revista *Time* y el *New York Times* también han publicado varios artículos sobre los incidentes que se supone han tenido lugar. ¿Los incluyes también en tu condena general como periodismo indigno y miserable?

ZIEGLER: Francamente creo que no pondría a esas publicaciones a la altura del *Washington Post*... No, no creo que deba hacerlo.

Seguidamente, alguien preguntó a Ziegler cuáles eran las razones que movían al *Post* para publicar tales historias.

ZIEGLER: *No conozco sus razones. Tengo algunas ideas personales sobre cuáles podrían ser sus motivos. Todos sabemos que el director que manda en el Washington Post es un hombre llamado Ben Bradlee. Creo que cualquiera que quiera responder con honestidad a la pregunta de cuáles son sus sentimientos políticos, llegará fácilmente a la conclusión de que no se trata precisamente de un partidario de Richard Nixon...*

»... el otro día leí que el señor Bradlee había pronunciado un discurso, en el que dijo que la administración de Nixon estaba llevándonos a la destrucción (se refería a la destrucción de la Prensa)... Que el gobierno de Nixon está decidido a destruir a la Prensa libre.

»... En todo el tiempo que llevo de secretario de Prensa no ha habido nada que ofrezca motivos para suponer que estamos involucrados en un programa de destrucción de la Prensa libre. Respetamos la libertad de Prensa. Yo respeto la Prensa libre. Lo que no respeto es el tipo de miserable periodismo que está practicando el *Washington Post*. Y creo que con esto ya os he expuesto claramente mi punto de vista».

El almuerzo tuvo lugar en medio de una gran tensión nerviosa.

Woodward y Bernstein estaban demasiado preocupados para poder discutir cualquier asunto de modo coherente y mucho menos uno tan complicado como la forma de escribir un libro. Si la situación empeoraba tan terriblemente como ellos esperaban, no les quedaría más remedio que presentar su dimisión al periódico. Y hay muy pocas ofertas de trabajo, en la prensa o en las editoriales para un par de

reporteros desacreditados. Apenas si tocaron su comida y, por el contrario, bebieron café tras café.

Cuando terminó la reunión, se dirigieron al viejo ascensor de paneles de madera de roble del Hotel. Herbert Klein, el director de Comunicaciones de la Casa Blanca, estaba dentro. Mientras el ascensor bajaba, los tres tuvieron los ojos fijos en el suelo. Cuando llegaron a la planta baja, Klein salió del ascensor rápidamente y se precipitó en un coche oficial de la Casa Blanca que esperaba junto a la acera.

Bernstein y Woodward, cubriéndose la cabeza con ejemplares del *Washington Post*, corrieron de regreso a la redacción bajo la lluvia.

Cuando regresaron encontraron unos compendios, enviados por teletipo, de la rueda de Prensa de Ziegler en su bandeja de papeles. La autoconfianza y la ferocidad del ataque de Ziegler y el tajante mentís a la historia de Haldeman eran un signo más de que algo iba mal para ellos, horriblemente mal.

Ni física ni mentalmente estaban los dos periodistas en condiciones de enfrentarse con eficacia a la crisis. Se sentían fatigados, asustados y confusos.

Sudando y temblando, Woodward volvió a llamar al abogado de Sloan. En esta ocasión lo encontró y pudo preguntarle cuál era el significado de su negativa.

—*Su artículo está equivocado* —le respondió Stoner con helada frialdad—. *Equivocado en lo del gran jurado.*

Woodward se hallaba en desventaja. No podía traicionar a Sloan y decirle a su abogado que su propio cliente había sido su fuente de información.

¿Estaba seguro de que Sloan no había mencionado a Haldeman ante el gran jurado?, le preguntó Woodward tratando de que sus palabras sonaran sugestivamente.

—*Sí* —fue la respuesta del abogado—, *absolutamente seguro.*

Se anticipó a la siguiente pregunta:

—*El mentís se dirige en especial a esa parte de su reportaje. No, mi cliente no se lo ha dicho al FBI. No ha mencionado el nombre de Haldeman ante ningún investigador federal.*

Woodward tenía sudores fríos. ¿Había sido todo una trampa? No había esperado un antagonismo así por parte del abogado de Hugh Sloan.

Probó otro modo de aproximación. Dejando a un lado a quién se lo había dicho Sloan, ¿era el reportaje correcto en lo esencial? Es decir, ¿había tenido Haldeman verdaderamente control sobre los fondos secretos?

—*Sin comentarios.*

¿No era ésa la cuestión verdaderamente importante?

—*No hay comentarios. No voy a hablar sobre información que mi cliente pueda o no pueda tener.*

Agitándose en su silla, Woodward consideraba hasta dónde le ligaba su promesa. Dios mío, ¿qué iban a hacer? Le preguntó a Stoner si podía ofrecerle alguna guía que le ayudara a salir del callejón sin salida en que se hallaban metidos. Pero Stoner no estaba dispuesto a ofrecerles nada.

Woodward trató de dirigir la atención de Stoner al reconocimiento, diferentes

veces repetido en el *Post*, de que Sloan no estaba implicado criminalmente en el caso Watergate. Había sido el primer periódico que lo había dicho así. Habían escrito explícitamente que Sloan había dejado su cargo porque era un hombre honrado.

Stoner dijo que agradecía el hecho, pero Woodward tuvo la impresión de que el abogado se estaba impacientando. Woodward, por su parte, necesitaba tiempo para pensar. Continuó hablando:

¿Debía el *Post* presentar disculpas a Sloan por haber expresado erróneamente lo que había dicho al gran jurado?

Stoner dijo que no era necesario.

Woodward hizo una pausa. Tal vez debía preguntarle si Haldeman merecía una disculpa. Pero supongamos que Stoner dijera que sí. Tendría que aparecer una disculpa en el periódico, en letra impresa. Sólo pensarlo era algo terrible.

Temiendo la respuesta, Woodward preguntó si lo adecuado sería una disculpa a Haldeman. No se le ocurría ninguna otra pregunta:

—*No tengo nada que comentar.*

Woodward le dijo a Stoner que el *Post* se creía obligado, que tenía la responsabilidad de corregir un error.

—*Sin comentarios.*

Woodward alzó la voz para convencer a Stoner de lo serio que era que un periódico reconociese un error.

Finalmente Stoner dijo que él no recomendaría que se le pidieran disculpas a Haldeman.

Por vez primera desde que oyó hablar de lo que había dicho la radio sobre el mentís de Sloan se sintió un poco relajado.

Preguntó si Sloan había sido interrogado por el gran jurado o por los investigadores, sobre si Haldeman controlaba los fondos.

Sin comentarios.

¿Podría haber sido tan mala la investigación del FBI, se preguntó en voz alta, y la investigación del gran jurado tan inadecuada que Sloan no hubiera sido interrogado sobre Haldeman?

Sin comentarios.

Esto los dejaba en el aire, dijo Woodward.

Stoner dijo que comprendía lo precario de su situación.

Woodward no respondió nada a esa observación. En realidad ¿qué le quedaba por decir? Los dos reporteros estaban perdiendo su compostura. Woodward no podía ponerse en contacto con «Garganta Profunda» hasta la noche como muy pronto. Bernstein no daba con Sloan. Toda la oficina parecía sumida en el limbo, como si un sudario hubiese caído sobre la redacción. Otros reporteros observaban en silencio cómo aumentaba la tensión. Bradlee y Simons salían de vez en cuando de sus despachos para decirles a los periodistas que se mantuvieran tranquilos, fríos, firmes en sus bases. Sussman parecía estar en la agonía. Rosenfeld no dejaba de ir de su

despacho a las mesas de los dos reporteros insistiendo en ser informado de cualquier cosa, del más leve matiz que lograra descubrir cuando volvieran a ponerse en contacto con sus fuentes de información.

A las 3 de la tarde, Bernstein y Woodward salieron del periódico para buscar al agente del FBI que dos noches antes les había confirmado la historia de Haldeman. Lo hallaron en un pasillo, fuera de su despacho. Bernstein se acercó a él y trató de preguntarle si es que la noche anterior había entendido mal.

—*No hablaré con usted* —le dijo el policía alejándose.

Bernstein le siguió cuando el agente retrocedió por el pasillo.

Inexplicablemente, el agente parecía sonreír. No es una maldita broma, le dijo Bernstein. El agente dio una vuelta y dejó el corredor para perderse en otro.

Bernstein y Woodward habían tomado una determinación y expresaron su plan de acción. Si el agente no les daba una explicación, se dirigirían a su jefe y se la pedirían a él. De momento parecía claro que Sloan no había hablado, ni al FBI ni al jurado, de Haldeman.

Bernstein esperó un momento y después se precipitó rápidamente en persecución del agente, al que alcanzó a la mitad del pasillo. Se trataba de un asunto de importancia vital, le dijo, y no estaba para jugar al escondite. Deseaba una respuesta inmediata. Woodward se aproximó a ellos y se sumó a la discusión. Tenía en la mano una copia de las notas que había tomado de la conversación del agente con su compañero. Había llegado el momento de obtener una respuesta concreta, directa o, en caso contrario, pasarían a hablar con su jefe, le dijo Woodward.

El agente había dejado de sonreír. Parecía verdaderamente asustado, lleno de pánico.

—*¿De qué demonios están ustedes hablando?* —dijo—. *Lo negaré todo. Lo negaré absolutamente todo.*

Woodward desplegó la copia de las notas y se las mostró al policía. No querían crear problemas a nadie, dijo. Lo único que deseaban saber era qué error habían cometido, si es que habían cometido alguno. Y tenían que saberlo en ese mismo momento.

—*Yo no voy a hablar con ustedes sobre Haldeman ni de ninguna otra cosa* —dijo el agente—. *No quiero que me vean hablando con dos bastardos como ustedes.*

Bernstein trató de calmarlo. Algo se había torcido y necesitaban saber qué era; no había razón para que nadie sospechase de que alguien hubiera obrado intencionadamente de mala fe.

El agente estaba sudando y sus manos temblaban.

—*¡Podéis marcharos a la mierda!* —les dijo el agente, que dio la vuelta y se metió en su despacho.

Los reporteros vieron en el pasillo a uno de los superiores del funcionario. Su próximo movimiento representaba la más difícil decisión profesional —realmente

poco profesional— que habían tenido que tomar en su vida. Iban a descubrir a una de sus fuentes confidenciales. Ninguno de los dos lo había hecho anteriormente; ambos sabían, por instinto, que obraban equivocadamente. Pero se creían justificados por la necesidad. Creían que habían caído en una trampa; su rabia era lógica, su autoconservación estaba en juego, se dijeron mutuamente.

Woodward y Bernstein se dirigieron al superior del agente y le estrecharon la mano. Necesitaban ir a algún sitio para poder charlar los tres, le dijo Woodward.

¿Cuál era el problema?

El reportero les habló de la conversación telefónica de Bernstein con su agente sobre Haldeman. Ambos habían estado en la línea. Woodward le mostró las notas.

El policía las leyó con rapidez. Pudieron ver cómo se iba indignando a medida que leía.

—*¿Se dan cuenta ustedes de que es contrario a la Ley que otra persona escuche una conversación telefónica que se está llevando a cabo desde un teléfono oficial?* —les previno.

Los dos reporteros afirmaron que estaban dispuestos a aceptar la responsabilidad, si verdaderamente habían violado alguna ley. Pero lo que de inmediato les interesaba era la cuestión de Haldeman y saber si se habían equivocado o habían sido engañados.

El superior se fue sin decirles una sola palabra más.

Pocos minutos después llegó el agente y se dirigió a toda prisa a los reporteros.

—*Les ordeno a ustedes que se queden en este edificio* —les dijo agitando en el aire un dedo amenazador—. *No deben salir de aquí.*

Después de esto se marchó a toda prisa. Bernstein y Woodward estuvieron de acuerdo en que el agente no tenía autoridad para prohibirles salir de allí, salvo en el caso de que los detuviera formalmente. Decidieron que lo mejor que podían hacer era llamar a Sussman y pedirle consejo. Woodward pensó que tal vez sería una buena idea llamar a un abogado.

Salieron del edificio del FBI y se dirigieron a un teléfono público, al otro lado de la calle, desde donde llamaron a Sussman. Éste sugirió que regresaran al *Post*, observando que era absurdo que obedecieran las órdenes del agente.

—¿Os ha arrestado? —preguntó Sussman.

Bernstein dijo que no.

Rosenfeld estaba también en la línea dedicando al agente epítetos nada agradables y afirmaba que ya le enseñaría a no meterse con la gente del *Washington Post*.

Los reporteros decidieron ignorar el consejo de Sussman y volvieron a ver al jefe del agente con el que antes habían hablado. Tal vez hubiera un modo de arreglar las cosas. El jefe estaba en su oficina. Una secretaria les dio entrada de inmediato.

El jefe estaba tras su mesa de despacho y el agente de pie frente a él. Su superior le ordenó que saliera.

—*Bien, ¿qué es, exactamente, todo esto?* —les preguntó una vez estuvo cerrada la

puerta.

Mientras no pudieran determinar la certeza o falsedad de la historia de Haldeman, era posible que se vieran obligados a usar los nombres de las fuentes confidenciales que, a sabiendas, les hablan engañado. Querían saber si el agente les había dado a propósito una falsa información.

Más importante todavía, añadió Bernstein. Tenían que saber cómo habían podido cometer tal error. Aún seguían sin comprender. ¿Era Haldeman uno de los cinco o no lo era? ¿Había dicho Sloan que lo era o no lo había dicho? Pensaban que su problema no era lo sustancial del reportaje, sino la mención del testimonio de Sloan ante el gran jurado.

—*No podemos discutir esa cuestión* —les dijo el policía.

Los periodistas lo intentaron de nuevo. Si estaban equivocados se hacía necesaria una rectificación y ofrecer disculpas. ¿Con quién debían disculparse? ¿Qué debían decir?

—*Aquí no encontrarán ustedes la menor respuesta* —les dijo su interlocutor.

Media hora más tarde, los periodistas estaban en el despacho de Bradlee, una vez más, con Sussman, Rosenfeld y Simons.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bradlee adelantándose hacia la mesa y tendiéndoles la mano. Bernstein y Woodward le respondieron que todavía no lo sabían.

Woodward observó que tenían la opción de nombrar a sus fuentes informativas porque todo acuerdo con una fuente se considera roto si ésta da falsa información de manera intencionada. Rosenfeld no estaba seguro de ello y Bernstein se mostraba contrario.

Bradlee pidió un momento de calma.

—Ni siquiera estáis seguros de si la información obtenida es falsa o correcta.

Estaba excitado pero no daba muestra de mal humor o de estar disgustado con ellos.

—Supongamos que nombráis a vuestras fuentes... ellos se limitarán a negarlo y entonces, ¿cómo quedáis? Mirad, muchachos, nosotros jamás mencionamos a nuestros informantes y no vamos a empezar a hacerlo ahora.

Bernstein se mostró aliviado. Rosenfeld tenía un aspecto muy decaído, pero conservaba la calma. Sugirió que volvieran a ponerse en contacto con las fuentes, una por una; que hablaran con «Garganta Profunda» y Sloan y cualquier otra persona que pudieran encontrar.

Los reporteros dijeron que estaban casi seguros de que Sloan no había prestado declaración ante el gran jurado con respecto a Haldeman. Woodward sugirió que al menos debían escribir eso y reconocer su error.

Bradlee hizo una mueca.

—No sabéis por dónde vais. No habéis conseguido descubrir los hechos. Manteneos a flote por un tiempo. No sé por qué hemos de creer las palabras del

abogado de Sloan. Tenemos que esperar para ver en qué queda todo esto.

Bradlee, seguidamente, se dirigió a su máquina de escribir y se puso a redactar una declaración para todos los medios informativos que se habían pasado la tarde llamando en demanda de un comentario. El papel con copia cayó de la máquina al suelo como en una escena de película de los hermanos Marx. Después de varios intentos fallidos de dar con un buen principio, Bradlee se limitó a escribir el siguiente comentario: «Mantenemos lo dicho en nuestro reportaje»^[39].

Bernstein y Woodward se pasaron la tarde sentados, pero no escribieron nada para el día siguiente. Otros lo hicieron por ellos. Algunos periódicos, que no habían publicado nada sobre el reportaje de Haldeman, dieron noticia del mentís de la Casa Blanca. Ben Bagdikian escribió más tarde en la *Columbia Journalism Review* que «la primera información dada por *Chicago Tribune* de la historia de Haldeman publicada por el *Post* no fue la mañana en que se publicó... sino al día siguiente y en la página 7, bajo el título: **Ziegler denuncia las historias de espías del “Post”. Niega toda relación**».

Peter Osnos, que recientemente había regresado a Washington tras prestar servicios como corresponsal del *Post* en Vietnam, publicó un reportaje de primera página sobre la declaración del abogado de Sloan y la negativa de la Casa Blanca.

A las 8:45 de la tarde, Bernstein logró finalmente localizar a Hugh Sloan. Bernstein le explicó el dilema: se daban cuenta de que habían cometido un error, pero no estaban seguros de dónde se hallaba.

Sloan mostró su simpatía.

—*El problema es que no estoy de acuerdo con sus conclusiones, en la forma como las han escrito.*

Haldeman había, pues, controlado los fondos, pero el asunto no se planteó ante el gran jurado, ¿era así?

—*El nombre de Haldeman jamás se mencionó en mis entrevistas con el gran jurado. Nuestro mentís se limita estrictamente al reportaje publicado por ustedes. No refleja fielmente los hechos. Yo jamás lo dije ante el gran jurado. Jamás me preguntaron nada al respecto. No estoy tratando de influir en la continuación de vuestra historia. El mentís se limita expresamente sólo a eso.*

El mensaje de Sloan pareció claro, aunque no explícito. Haldeman había controlado los fondos, pero el asunto no se había ventilado ante el gran jurado cuando Sloan prestó testimonio. O bien los periodistas habían entendido mal lo que Sloan les había dicho sobre su testimonio ante el gran jurado la semana anterior o Sloan había interpretado mal su pregunta.

Aquella conversación telefónica con Sloan fue, al menos, un rayo de esperanza; si los periodistas podían probar por encima de toda duda que Haldeman había

controlado los fondos y explicar el error, la confianza en la veracidad de los periodistas no quedaría totalmente destruida. Bernstein y Woodward estaban exhaustos. Trataron de analizar los pasos por los que habían llegado a ese monumental lío.

Se habían precipitado. Persuadidos por sus fuentes y por sus propias deducciones de que Haldeman se encontraba detrás del caso Watergate, habían buscado el lazo que lo unía a él encontrándose con los fondos secretos. La decisión tenía cierta justificación. Los fondos de la campaña de Nixon constituían la clave con la que se abrieron las actividades secretas. Pero habían tomado un atajo cuando se convencieron de que Haldeman controlaba los fondos. Escucharon cuanto quisieron. La noche en que Sloan les confirmó que Haldeman era uno de los cinco, ni siquiera se habían molestado en preguntarle si Haldeman había utilizado esa autoridad, si realmente había autorizado algún pago. No habían indagado concretamente cerca de Sloan qué era lo que el Gran Jurado le había preguntado y menos todavía cuál fue su respuesta. Cuando Sloan pronunció las palabras mágicas que esperaban, lo habían dejado sin volver a llamarle. No le habían pedido que repitiera sus palabras para asegurarse de que se habían comprendido perfectamente. En su conversación con el agente del FBI, ellos habían sido los culpables de su equivocación, los únicos culpables del malentendido. Las preguntas de Bernstein habían sido incisivas y tendenciosas. Tenían que haber intentado que fuera el propio agente quien mencionara el nombre por sí mismo, por propia voluntad. Si el policía lo hubiera hecho así, el camino seguido para obtener la confirmación hubiera podido ser aceptable. La confusión del nombre de pila de Haldeman con el de Ehrlichman debió haberles servido de advertencia de que el agente tal vez estaba diciendo más de lo que realmente sabía. La astucia de Bernstein al acusar al FBI de negligencia o ineptitud para provocar al funcionario, había sido una mala idea. Bernstein no había tenido suficiente trato con él para saber hasta qué punto era merecedor de confianza o cuáles eran sus reacciones.

Se dieron cuenta de que el hecho de ponerse en contacto con el jefe del agente había sido un acto falto de ética. Lo advirtieron apenas lo hicieron. Habían puesto una mala nota en la carrera del agente, traicionaron su confianza y arriesgaron su crédito ante las demás fuentes.

Se dieron también cuenta de otros errores de cálculo. Bernstein no debía haber usado el silencio como confirmación, ni debía colgar el teléfono como método para lograr la confirmación del funcionario del Departamento de Justicia. Las instrucciones eran demasiado complicadas. (Más tarde se enteraron de que el abogado había entendido la explicación al revés y lo que había querido hacer era prevenirles de que no publicaran la información). Con «Garganta Profunda» habían puesto demasiada confianza en un código de confirmación, en vez de aceptar sólo una declaración clara y explícita.

La tarde siguiente, 26 de octubre, unas horas después de que Henry Kissinger se reuniera con la Prensa para declarar que en el Sudeste Asiático la «paz estaba al alcance de mano», Clark MacGregor entró en los Estudios en Washington del Centro de Televisión para Asuntos Públicos, para someterse a una entrevista. Desde el punto de vista de la administración, se trataba de una oportunidad perfecta para poner en claro su postura ante las duras realidades, así como corregir algunas de las erróneas declaraciones que más tarde perjudicarían a la Casa Blanca. Sobre todo teniendo en cuenta que cualquier cosa que MacGregor pudiera decir, quedaría mitigada ante el anuncio hecho poco antes por Henry Kissinger.

MacGregor confirmó la existencia de unos fondos en metálico del CRP destinados al pago de actividades clandestinas; sin embargo, no aceptó el calificativo de «secretos» e insistió en que los desembolsos de esos fondos no se habían hecho a sabiendas de que financiaban actividades ilegales. Sostuvo que el dinero de la caja de Stans se había utilizado para determinar si había alguien que estuviera organizando sabotajes contra la campaña de Nixon en las elecciones primarias. Nombró cinco personas que habían autorizado el pago o habían recibido dinero de tales fondos: Mitchell, Stans, Magruder, Porter y Liddy.

Pareció que las observaciones de MacGregor salvaban algo del crédito perdido por los reporteros en la debacle de Haldeman. El día anterior, Ron Ziegler había negado la existencia de tales fondos.

Bradlee retiró esa información de la primera página, donde ya iba otro reportaje sobre el caso Watergate. «Podía parecer que estábamos haciéndoles muecas el día en que la paz estaba al alcance de la mano», le dijo Bradlee a Woodward, que había insistido en que esa información se pusiera en la primera página.

El *New York Times* sí publicó la declaración de MacGregor en la primera página. Y añadió algo más: declaraciones juradas de individuos conectados con el comité de Nixon relataban que se habían pagado 900 000 dólares en metálico procedentes de dicho fondo.

Esa mañana Woodward movió la maceta con la bandera roja en su balcón. Sabía que iba a ser el peor de todos sus encuentros con «Garganta Profunda».

Cuando llegó a casa, a eso de las nueve de la noche, Woodward se preparó un batido de leche con Ovaltine y, de inmediato le invadió el sueño. No se despertó hasta la una y treinta de la madrugada. Angustiado porque iba a llegar tarde, pensó en tomar el coche, pero desechó la idea considerándola demasiado arriesgada. Él y Bernstein ya habían sido excesivamente incautos con demasiada frecuencia.

Woodward se puso ropa de invierno y descendió por las escaleras posteriores hasta salir al callejón. Anduvo quince manzanas, encontró un taxi y llegó al aparcamiento subterráneo poco antes de las 3 de la madrugada. «Garganta Profunda» lo estaba esperando en un rincón oscuro, apoyado contra el muro, medio escondido

en la sombra.

Los dos reporteros necesitaban ayuda urgente, le dijo Woodward, y después dio rienda suelta a sus sentimientos de inseguridad, confusión, pesar y rabia. Habló casi sin interrupción durante quince o veinte minutos.

«Garganta Profunda» le hizo alguna que otra pregunta ocasional y parecía profundamente preocupado, con más tristeza que remordimientos. Woodward quería hacerle comprender lo desesperado de su situación. Pensaba que el error había estropeado todo el éxito conseguido por sus anteriores reportajes. Cabía la suposición de que todo se construyó sin base sólida. Si las cosas hubieran seguido como hasta entonces, posiblemente la Casa Blanca tendría que ceder. Ahora las presiones ya no caían sobre la Casa Blanca: todo el peso de la carga había pasado al *Post*.

Bien. Haldeman se os escapó, comenzó a hablar «Garganta Profunda». Apoyó el tacón de su zapato contra el muro del garaje sin molestarse en disimular su desencanto. El relato completo ya no podría llegar a conocerse jamás. El error con Haldeman había sellado el caso.

«Garganta Profunda» se aproximó a Woodward. Dijo:

—*Deja que te cuente algo: cuando se persigue a alguien como Haldeman hay que estar seguro de que se pisa el más firme de los terrenos. ¡Mierda, que follón tan fenomenal!*

Se le aproximó aún más y siguió hablando casi en un susurro:

—*Posiblemente no te estoy diciendo nada que no sepas, pero en lo esencial los hechos que relatáis son ciertos. Desde la base a la cúspide, todo el asunto ha sido una operación planeada por Haldeman. Él manejaba el dinero. Se aislaba en apariencia, colocando a todos esos funcionarios en torno suyo. Pero ahora, ¿cómo vais a llegar hasta él?*

«Garganta Profunda» describió la operación de Haldeman:

—*Es un tipo muy brillante y puede ser suave si lo cree necesario, aun cuando durante el resto del tiempo es cualquier cosa menos eso. Es el ayudante principal del Presidente y abre las puertas del despacho oval a quien quiere. Él es quien da las órdenes y puede ser muy desagradable cuando lo hace. Haldeman tiene cuatro ayudantes a quienes imparte algunas órdenes, pero no delega ni la menor responsabilidad: Lawrence Higby, «un joven malévolo, un don nadie que hace todo lo que se le ordena»; Chapin, «elegante y más espabilado que Higby, menos pueblerino y también servidor fiel y dedicado, de los que siempre dicen sí a todo»; Strachan «un tipo militarista y capaz»; y Alexander Butterfield «un excoronel de las Fuerzas Aéreas que sabe cómo tratar a la gente y a la Prensa».*

—*Todo el mundo se ha quedado más acobardado todavía, después del error que habéis cometido, muchachos* —continuó «Garganta Profunda»—. *Ha contribuido a aumentar el mito de la invencibilidad de Haldeman y de su fortaleza. Parece que verdaderamente os hubiera dado un puñetazo en un ojo, como si estuviera en condiciones de manejar los hilos hasta el punto de poder mandar al cuerno al *Washington Post*.*

El reportaje había sido «el peor de los retrocesos. Habéis conseguido incluso que haya quien se sienta compadecido de Haldeman. Jamás pensé que pudiera ocurrir una cosa así».

«Garganta Profunda» golpeó el suelo con el pie.

—Una conspiración como ésta... una investigación sobre una conspiración..., la cuerda debe quedar firmemente amarrada, poco a poco, en torno al cuello de todo implicado. Podríais montar un edificio de pruebas suficientes, todas las que necesitarais, contra los Hunts o los Liddys. Éstos están irremediabilmente perdidos, terminados; quizá aún no hablan, pero ya sienten la presión de los grilletes. Estando así las cosas, hacéis otro movimiento similar, pero al más alto nivel. Cuando uno apunta muy alto y falla, los demás se sienten aliviados, más seguros. Así es como trabajan los abogados. Y estoy seguro de que los reporteros listos lo hacen también así. Vosotros habéis conseguido que la investigación retroceda meses. Habéis puesto a todo el mundo a la defensiva: a los periodistas, a los agentes del FBI; después de lo ocurrido, ahora todo el mundo tiene que humillarse.

Woodward suspiró profundamente y hubo de tragarse el sermón. Lo tenía merecido.

Esa misma tarde, Woodward le dijo a Bernstein lo que le había contado «Garganta Profunda». Estuvieron conformes en que debían escribir un reportaje diciendo que Haldeman no había sido mencionado por Sloan ante el gran jurado, pero volviendo a decir que fuentes dignas de crédito confirmaban la autoridad de Haldeman sobre los fondos secretos.

Bradlee y los demás jefes desecharon ese relato. Las llamas se estaban apagando y no deseaban añadir más leña al fuego.

El domingo el senador McGovern apareció en el programa de la NBC-Televisión, «Encuentro con la Prensa», y aprovechó la oportunidad para dictar su mensaje sobre el caso Watergate. Todo era verdad, dijo McGovern, porque dos respetados reporteros del *Washington Post* así lo habían afirmado^[40].

Esa misma tarde, Spiro Agnew, en el programa de la ABC-Televisión «Preguntas y Respuestas», hizo una declaración totalmente distinta: «Algo reprehensible desde el punto de vista periodístico», dijo refiriéndose en general a lo publicado por el *Post*. En particular describió el reportaje sobre Haldeman como «una historia amañada, construida sobre dos mentiras, en un intento de mezclar al Presidente en esos asuntos».

Minutos más tarde, Simons habló por teléfono con Rosenfeld para decirle que el periódico no tendría más remedio que corregir lo publicado sobre Haldeman. Resultaba intolerable que el candidato demócrata a la Presidencia recorriera el país citando una información del *Washington Post* que no era del todo verdadera.

Se pidió a Woodward y a Bernstein un artículo que aclarara la controversia. Estaban cambiando impresiones en torno a la mesa de Bernstein cuando un ordenanza de la sala de teletipos les ofreció copia de una información aparecida en la revista *Time*.

El artículo decía que el *Time* había obtenido información procedente de los

archivos del FBI, que mostraba que Dwight Chapin había admitido ante los agentes del FBI su implicación en el contrato de Daniel Segretti «*para sabotear la campaña de los demócratas*»; que «*Chapin había confesado también al FBI que los pagos de Segretti se habían acordado por el abogado personal de Nixon, el jurista de California Herbert Kalmbach*». Y que el abogado personal del Presidente había admitido haber pagado a Segretti.

Pero el *Time* continuaba diciendo que «*no había podido conseguirse evidencia convincente para apoyar las acusaciones, hechas por el Washington Post, de que H. R. Haldeman, jefe de personal de la Casa Blanca, fuese uno de los que tenían control sobre los fondos que se habían utilizado para el pago del espionaje y el sabotaje*».

Woodward y Bernstein sabían que era incuestionable que el *Time* tenía acceso a los archivos del FBI. Escribieron, pues, un artículo de rutina que comenzaba con la información del *Time* sobre Chapin y Kalmbach y las conclusiones a las que había llegado la revista con respecto al asunto de Haldeman. En el artículo decían que los reporteros del *Post* habían preguntado a Sloan si Haldeman era uno de los cinco autorizados a hacer pagos de los citados fondos... aun cuando Sloan no hubiera dado esa información al gran jurado. Y añadían la respuesta de Sloan: «*Nuestro mentís estaba estrictamente limitado*».

Y añadían:

Seguidamente los reporteros del «*Post*» volvieron a sus fuentes federales donde se les comunicó que su relato era incorrecto, al identificar el testimonio de Sloan ante el Gran Jurado como fuente de información que relacionara a Haldeman con los fondos.

Sin embargo, la misma fuente, que ha facilitado información detallada en otras ocasiones sobre la investigación del caso Watergate, confirmó una vez más que Haldeman estaba autorizado para hacer pagos del dinero del fondo.

Una fuente informativa fue tan lejos que llegó a decir: «*Ésa es una operación de Haldeman*». Según esta misma fuente, «*Haldeman se ha aislado así mismo, manejando los fondos a través de un intermediario*».

Durante varias semanas, Bernstein y Woodward no hicieron más que esperar el día de las elecciones. El período final de la campaña fue la época de mayor frustración desde el 17 de junio, fecha en que se inició el caso Watergate.

La debacle provocada por el caso Haldeman, fue como ver derrumbarse todo el edificio tan pacientemente levantado piedra a piedra. Después de la autosatisfacción y el entusiasmo generado por el relato inicial de las operaciones de Segretti y la conexión Chapin-Kalmbach, el *Post* organizó una gigantesca investigación bajo la dirección y el mando de Sussman. Participaron en ella intermitentemente más de una docena de reporteros: investigaron, analizaron los fallos políticos, escribieron pequeñas biografías de las figuras centrales, siguieron la actuación de los tribunales, del Capitol Hill y de la Casa Blanca. Sin embargo, surgieron pocas novedades en lo que a información se refiere: se descubrieron algunos nuevos contactos de Segretti, algunos incidentes de sabotaje llevados a cabo por las fuerzas de Nixon, ejemplos adicionales de la estrechez de la actuación seguida por el FBI y los fiscales federales.

Bernstein y Woodward continuaron con sus visitas nocturnas. Nada. Las elecciones se avecinaban, estaban ya demasiado próximas. Hubo mucha gente que insinuó que tal vez estarían más dispuestos a hablar después de la victoria de Nixon.

La promesa de un acceso más fácil a la información después del 7 de noviembre no era la única razón por la que los periodistas esperaban que quedaran detrás las elecciones. Cuando Nixon fuera reelegido, la Casa Blanca tendría que abandonar la política de acusar al *Post* de estar trabajando en favor de la elección de McGovern.

Woodward se pasó idílicamente el día de la elección observando el entusiasmo de Sussman por el acontecimiento. Soplando y aspirando su pipa, Sussman estaba tratando de descubrir si había algo raro en las elecciones, calculando que si George McGovern llegaba a ganar debía de ser a base de la abstención de tantos y tantos millones de votantes. Las últimas observaciones se tradujeron en largas multiplicaciones, divisiones, sumas y restas y una serie de complicados símbolos que sólo podía entender el propio Sussman. Llegó a la conclusión de que resultaba matemáticamente imposible que Nixon perdiera.

Woodward, pese a ser un miembro registrado del Partido Republicano, no votó. No pudo llegar a decidirse si le gustaba menos la desorganización y el inocente idealismo de la campaña de McGovern, o la conducta de Richard Nixon. Creía, además, que el no votar le permitía ser más objetivo en la información sobre el Watergate, un punto de vista que Bernstein consideraba estúpido. Bernstein votó por McGovern, con entusiasmo y sin vacilación, pero después se fue a una casa de apuestas y se jugó su dinero a que Nixon ganaría por un margen del 54%^[41].

Al día siguiente de la elección Bradlee y Simons pidieron a Sussman que expresara en un memorándum cómo pensaban proseguir su investigación Woodward y Bernstein y en qué terreno pensaban concentrarse. Sussman constató que los periodistas eran centro de una considerable presión: se les pedía un reportaje, una historia tan larga como resultara posible sin perder interés; algo que apartara la idea de que el periódico había estado promocionando la campaña de George McGovern.

A Woodward le molestó la petición. No sin arrogancia, Bernstein y él le aconsejaron a Sussman que escribiera el memorándum poniendo lo primero que se le ocurriera.

Sussman lo escribió en una sola página y lo terminó así:

... Woodward y Bernstein volverán a revisar todas las antiguas fuentes y algunas otras nuevas que han mostrado interés en hablar ahora que las elecciones ya han pasado. Muchos de nuestros mejores artículos no procedieron de una línea de encuesta previamente trazada, sino que surgieron de modo inesperado, y es posible que suceda lo mismo ahora.

A las cinco de la mañana del 11 de noviembre, una de las telefonistas del *Post* localizó a Bernstein en casa de un amigo. Le dijo que llevaba desde la medianoche tratando de localizarle por toda la ciudad.

—Estupendo —respondió Bernstein, y preguntó en una voz alta que no ocultaba su sorpresa, cómo le había localizado la telefonista y quién demonios le estaba llamando tan insistentemente.

La telefonista le respondió bromeando:

—No descubrimos nuestras fuentes de información, señor.

Le dijo que llamara a Sussman a su casa inmediatamente. No era la primera vez que Bernstein recibía a medianoche llamadas del periódico. Generalmente señalaban calamidades o tragedias: el asesinato de Robert Kennedy, bombas en el Pentágono o el Capitolio, o cosas semejantes.

Sussman respondió al teléfono.

—Segretti ha regresado a su casa. Bob Meyers ha hablado con él brevemente.

Sussman quería que Bernstein tomara el primer avión para Los Ángeles y hablara con Segretti, si éste quería hablar. Segretti, como se recordará, desapareció de inmediato tras la publicación del reportaje del 10 de octubre.

Bernstein llegó al aeropuerto de Dulles cinco minutos antes del vuelo y con menos de veinte dólares en la cartera.

Meyers esperaba a Bernstein en el aeropuerto de Los Ángeles y se fueron en

automóvil al apartamento de Segretti en Marina del Rey, a unos veinte minutos de allí. Segretti no estaba en casa y Meyers puso, como era su costumbre, una cerilla en la puerta para que cayera si se abría.

Por la tarde a última hora, Bernstein logró localizar telefónicamente a Segretti.

—*¡Hola Carl!* —le respondió—. *Ya me preguntaba cuándo llegaríamos a vernos...*

Su tono era amable y superficial pero sin jactancia. Se mostró conforme con recibir en su casa a Bernstein y Meyers.

—*No quiero discutir sobre nada específico y no debe registrarse nada.*

Segretti vestía pantalones de pana y un jersey escandinavo; los recibió con una amplia sonrisa. Estrechó calurosamente la mano de Bernstein.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó Bernstein sorprendido al ver que Segretti apenas si medía un metro sesenta centímetros. ¿Era éste el «maestro de espías»? ¿El agente secreto de gala de la Casa Blanca? Segretti tenía cara de bebé, una sonrisa de dientes un poco salidos y el pelo arremolinado.

Segretti invitó a Bernstein y Meyers a que tomaran asiento en el diván de la sala de estar y charlaron durante unos minutos sobre su instalación estereofónica de alta fidelidad.

Al cabo de un rato dijo:

—*El hecho es que estoy casi en la ruina, sin trabajo y con varios plazos del coche todavía pendientes... y aún me quedará por pagar la factura de los gastos legales.*

De su relato se deducía que Segretti se hallaba confuso, asustado, enfadado y sin amigos. Bernstein encontró su situación patética.

—*Realmente deseo relatar toda la historia y librarme de esto de una vez para siempre. No comprendo cómo me metí de cabeza en el asunto. No sabía realmente de qué se trataba. Jamás me informaban de nada, salvo de mi propio papel. Para enterarme de lo que ocurría tenía que leer los periódicos.*

¿Quiénes? ¿A quiénes se refería al decir que jamás le informaban, así, en plural?

—*La Casa Blanca.*

Segretti estaba agitado, disgustado por las investigaciones a que habían sido sometidos su familia, amigos y conocidos, asediados todos por la Prensa y por los investigadores del subcomité del senador Edward Kennedy^[42].

—*Kennedy va a la caza de sangre y yo voy dejando una estela mientras me desangro* —dijo Segretti—. *Kennedy quiere hacerme pedazos. Ha habido quienes han llegado a preguntar a mis amigos si yo conocía a Arthur Bremer^[43].* —Los ojos de Segretti se llenaron de lágrimas—. *¿Cómo es posible preguntar una cosa así? Es horrible, horrible. Yo no he hecho nada para merecer eso. ¿Quién cree la gente que soy? Si éstas son las cosas que Kennedy cree de mí, tal vez ha llegado ya el momento de mandarlo todo a la mierda y salir de aquí para que me metan en la cárcel... Se me ha lanzado maliciosamente a los dientes de los lobos. Tú crees que yo estaba fabricando bombas o algo semejante, pero no hay nada de eso. No he hecho nada ilegal y menos algo tan grave. Mis amigos, mis padres, mis chavalas, todos han sido sonsacados; han invadido mi vida privada, mi teléfono está*

controlado, cada vez que alguien llama se oye el click de la escucha; hay gente que me sigue; basta con que trate de telefonar a un amigo para que éste se sienta confuso y preocupado.

La inocencia infantil de Segretti casi era conmovedora. Culpaba a la Prensa de la mayor parte de sus problemas y dificultades. Estaba particularmente furioso con el *New York Times* y el *Newsweek* porque habían conseguido su ficha telefónica y porque habían molestado a su familia. Así, calculadamente, era como Meyers y Bernstein estaban de su lado.

El proceso de captación resultaba sumamente lento, como un tormento. Segretti, voluntariamente, no facilitaría información; iba a ser necesario agujijonearle, y se negaría a hablar de sus actividades si no era en términos generales.

—Lo que yo hice eran trabajos pequeños, cosas sin importancia —dijo—. Apenas nada que valga la pena mencionar.

Finalmente Segretti admitió que había sido contratado por Chapin. Strachan también había discutido con él las condiciones de su trabajo. Kalmbach le pagaba. El primer contacto corrió a cargo de Dwight Chapin, quien le había llamado a él y no al revés, como se había dicho.

—No estaba en condiciones de elegir el trabajo, pero yo no busqué ése —dijo Segretti con amargura—. ¿Qué harías tú si acabaras de salir del Ejército, si hubieras estado apartado del mundo real durante cuatro años y no supieras qué tipo de especialidad legal vas a practicar y recibes una llamada telefónica de alguien que te propone trabajar para el Presidente de los Estados Unidos? Si esas cosas siniestras que se cuentan sucedieron realmente, no creo que Dwight estuviera enterado de ellas —dijo Segretti—. Dwight se limitaba a hacer lo que se le ordenaba.

¿Por quién?

—Bien, yo creo que eso nos llevaría a Haldeman —sugirió.

¿Tenía Segretti alguna prueba importante de que se trataba realmente de Haldeman? ¿Lo había dicho Chapin en alguna ocasión?

—No, pero yo creí entender que Chapin recibía órdenes de Haldeman.

Segretti confirmó que se había encontrado varias veces con Howard Hunt y con un hombre al que creía reconocer como Gordon Liddy, en Miami; Hunt le pidió que organizara una manifestación anti-Nixon para causar dificultades a McGovern. No podía decir en qué consistía la trama del plan, *«pero a mis ojos había algo ilegal y yo no quise tener nada que ver con violencias ni con nada contrario a la Ley»*.

Después de cada entrevista con el FBI, reconoció Segretti, había telefonado a Chapin pidiéndole consejo, pero no podía decir lo que éste le aconsejó antes de su comparecencia ante el Gran Jurado. Negó que su testimonio hubiera sido inducido o ensayado, o que se le hubieran mostrado informes del FBI.

—Ése es un ejemplo de muchas de las porquerías que se han escrito —dijo—. Esto es casi tan malo como la escucha ilegal de Watergate.

Había «discutido» su próximo testimonio con alguien de la Casa Blanca; se habían

puesto de acuerdo en que debía contestar con la pura verdad a cualquier pregunta que le hiciera el Gran Jurado. Bernstein sacó la impresión de que la persona con quien había cambiado impresiones sobre el asunto era John Dean. Segretti pensaba que el interrogatorio a que fue sometido era para «la investigación Dean». Pero no podía decir si la entrevista la dirigía el propio Dean o bien otra gente de su equipo, ni siquiera si había tenido lugar inmediatamente antes de su comparecencia ante el gran jurado.

—*No quiero discutir nada relacionado con John Dean* —dijo. Y añadió que no estaba dispuesto ni a decir si le había visto alguna vez en su vida.

Segretti dijo que pensaba que no volvería a ser nunca más un instrumento de la Casa Blanca.

—*Tendrían que echar abajo la puerta para obligarme a salir de aquí de nuevo y trabajar para ellos. Todo lo que quiero es que mi vida vuelva a ser como era antes. Creo que el momento peor, en todo este tiempo, fue cuando la madre de una chica que salía conmigo en serio y a la que conocía desde hacía mucho tiempo, me llamó para decirme que no quería que su hija volviera a verme. La gente, verdaderamente, puede llegar a ser muy cruel.*

De nuevo los ojos de Segretti brillaron y se llenaron de lágrimas.

—*Parece que todo el mundo esté deseando despedazarme y crucificarme: Kennedy, la Casa Blanca, la Prensa. Yo lo único que quiero es quedarme aquí por algún tiempo, navegar a vela, nadar, tumbarme al sol, ver a algunas chicas.*

Durante la entrevista, que duró varias horas, Segretti pareció tan interesado, al menos, en conocer lo que Bernstein sabía, como éste por enterarse de lo que Segretti conocía. Tendrían que verse alguna otra vez, dijo Bernstein, ocurrirían más cosas, y no demasiado suaves, previno a Segretti. Le dijo que debía ir con cuidado si no registraba pronto su historia. Contrariamente a sus superiores, él no contaba con la protección que tiene quien ocupa un elevado cargo oficial. A Segretti le pareció bien, pero deseaba disponer de un poco de tiempo antes de hablar. Quedaron en que volverían a encontrarse el día siguiente.

Desde su motel, Bernstein llamó al periódico. Woodward, Sussman, Rosenfeld y Bradlee se agarraron a las extensiones telefónicas supletorias.

—*¡Por amor de Dios... consigue que te autorice a publicar sus declaraciones y regístralas!* —le dijo Bradlee. En la declaración de Segretti había la información suficiente para contrarrestar seriamente las apologías de la Casa Blanca.

Bernstein se quedó cinco días más en Marina del Rey, convenciendo a sus colegas del *Post* —y a sí mismo— de que Segretti iba a hablar y les dejaría informar de ello; que permitiría que se publicaran sus declaraciones y se incluyeran en los archivos. Pero no fue así.

—Bien, muchachos, olvidémonos de eso —fue la réplica de Bradlee cuando

Bernstein regresó a la redacción. Había escrito un memorándum de 12 páginas a un espacio en el que detallaba todos los aspectos de sus conversaciones con Segretti.

Bradlee echó un vistazo al escrito e hizo un gesto de desolación con los brazos.

—Bien, muchacho, tendrás que esforzarte y conseguir alguna información —le dijo a Bernstein.

La frustración que sentía Bradlee era comprensible. El triunfo electoral no había suavizado los disparos de la artillería de la Casa Blanca. La autoconfianza subsiguiente al triunfo electoral había envalentonado a los hombres del presidente. La ofensiva postelectoral estaba dirigida por Charles Wendell Colson^[44], un excapitán del Cuerpo de Infantería de Marina, 41 años de edad, y comandante en jefe de la guerra política de la Casa Blanca.

Al cabo de una semana de las elecciones, Colson se trasladó a Kennebunkport, Maine, muy cerca de donde Edmund Muskie tenía su casa de verano, para dirigirse a la Sociedad de Periodistas de Nueva Inglaterra. Comenzó su discurso diciendo que su estado natal, Massachusetts, había sido el único que había votado mayoritariamente en favor de George McGovern. El presidente, dijo bromeando, había decidido remendar algunas verjas y situar una nueva instalación federal en Massachusetts: ¡Un centro para el aprovechamiento de desperdicios atómicos en la Haward Square!

Después de asegurar a su audiencia que «*la Primera Enmienda de la Constitución sigue viva y en buen estado en Washington*», acusó al *Washington Post* de mccarthismo y llamó a Bradlee «*el autonominado líder de lo que Teddy White^[45], de Boston, describió como “esa estrecha franja de élite arrogante que afecta a la saludable corriente del periodismo norteamericano con sus puntos de vista peculiares sobre el mundo...”*».

«*Si Bradlee sale alguna vez de círculo de las cocktail-parties de Georgetown, donde él y sus camaradas almuerzan mientras tratan de conseguir información de tercera mano y chismes y rumores, tal vez podrá descubrir la Norteamérica verdadera que hay fuera de aquellos lugares. Y podrá aprender que toda la verdad, todo el conocimiento y toda la sabiduría superior no emanan exclusivamente de esa pequeña claqué de Georgetown y que el resto del país no se limita a quedarse sentado esperando que se le ordene qué es lo que debe pensar*».

Bradlee leyó el discurso de Colson en su despacho y se dirigió a la mesa de Woodward.

—Me están atacando fuerte. Aquí tienes un poco de la porquería que me está destinada personalmente.

Woodward vio que estaba irritado.

—Eso es culpa nuestra —dijo Bradlee.

Woodward creyó ver en las palabras de su jefe una insinuación de que debían hurgar más profundamente.

Posteriormente, en una entrevista, Bradlee dijo que «había estado dispuesto a mantener las cabezas de Bernstein y Woodward bajo el agua hasta que llegaran con

alguna otra historia que valiera la pena». La angustia era el denominador común.

Verdaderamente durante las cuatro semanas que siguieron a las elecciones los dos reporteros estuvieron buscando algo importante como si, en efecto, tuvieran su cabeza bajo el agua y sólo pudieran sacarla para respirar cuando lo hallaran. Se estaban enterando de muchas cosas pero no resultaban capaces de elaborar ningún relato importante con el material de estas informaciones... La secretaria de Magruder dijo a Bernstein que no comprendía por qué no había sido interrogada por el FBI... John Dean había estado presente en los interrogatorios que realizó el FBI a todo el personal de la Casa Blanca, dijo un abogado del Ministerio de Justicia, y ello había molestado a los fiscales. Dean había recibido, además, copia de todos los informes del FBI en relación con el Caso Watergate... Una secretaria de la empresa Mullen dijo a Woodward que Dorothy Hunt, la esposa de Howard Hunt, había proclamado que «*Howard estaba siendo utilizado como chivo expiatorio...*». Un funcionario de categoría media de la Casa Blanca dijo: «*Dwight Chapin va de un lado para otro como si estuviera a punto de hacer las maletas...*». La gran victoria electoral pareció poner sordina a todo, decían otros funcionarios de la Casa Blanca, quienes situaban el caso Watergate en la prioridad del Presidente, de Haldeman, Ehrlichman y Colson... Otros ayudantes presidenciales, que generalmente estaban muy enterados de todo, afirmaban desconocer qué se estaba preparando...

En la Casa Blanca se discutió la posibilidad de publicar un informe sobre el Watergate, una especie de pequeño «Libro Blanco» que pusiera al descubierto los hechos, pero la idea fue rechazada como algo demasiado arriesgado... Un destacado abogado de Washington, que tenía contactos políticos a alto nivel, dijo a Woodward: «Comprendo perfectamente que alguien está cuidando de Hunt y McCord, bien por medio del CRP o de la Casa Blanca; alguien de la Casa Blanca fue a ver al juez Richey por la puerta trasera y ha conseguido que éste se decida a ayudar a la administración; un gobernador republicano dijo que podía llegar hasta Richey y recibió la contestación de que ya no era necesario, que ya se había hecho^[46]». Un amigo íntimo de John Mitchell describió al ex-Fiscal General^[47] como «*hombre esencialmente honrado que no iba a ser de ninguna utilidad si se le empleaba en ese tipo de cosas a lo Mickey Mouse, que Haldeman y Colson y los demás soñaban con llevar a cabo...*». Uno de los más destacados ayudantes del Presidente argüyó que Haldeman «*quizás había delinquido*» al poner en movimiento un procedimiento que consiguiera información política secreta para el Presidente... Un funcionario de categoría del Departamento de Justicia observó: «*De lo que he oído deduzco que algunos de mis mejores amigos debían estar en la cárcel...*». Por lo menos una docena de personas afirmaban que Jeb Magruder estaba acabado y que jamás podría conseguir un cargo que requiriese la confirmación del Senado... Un ayudante del Fiscal General estaba convencido de que la investigación de Dean era «*un fraude, un oleoducto que conduce a Haldeman...*». Un íntimo amigo que tenía contactos con el gobierno le dijo a la señora Graham (la propietaria del *Post*) que los teléfonos de algunos ejecutivos y periodistas de su

diario estaban controlados. El periódico se gastó 5 000 dólares en pagar a unos expertos en electrónica que no encontraron nada... Inexplicablemente las autoridades gubernamentales habían descuidado la ejecución de las órdenes de registro en las casas de los cinco detenidos por el allanamiento de Watergate... Un funcionario del «Internal Revenue Service», mencionó el interés de la Casa Blanca en ciertas investigaciones sobre los impuestos de algunos amigos del presidente: «*No puedo mencionar nada concreto, tangible, pero el mensaje llegó desde arriba*». Algunos de los empleados que trabajaron en la campaña del CRP se refirieron a cierta información «*de tapadera*» relatada a los fiscales que se ocupaban del caso... Hunt y Liddy habían sido miembros de un equipo secreto, llamado los «*Plumbers*»^[48] que investigaba las infiltraciones en los medios informativos. (La Casa Blanca no hizo ningún comentario, en verano, cuando la revista *Time* mencionó la existencia de ese grupo).

Un domingo de noviembre, ya entrada la noche, uno de los redactores responsables del *Post* dijo a Woodward que deseaba tener una breve conversación con él. Se dirigieron a un lugar desierto de la redacción. El redactor contó que uno de sus vecinos le había dicho que una tía suya formaba parte de un gran jurado y que él creía que se trataba del Gran Jurado del caso Watergate; la mujer había hecho algunas observaciones tales como que «*sabía todo lo relacionado con ese asunto*».

—Es republicana —había dicho su vecino— pero ahora no se cansa de decir que ha llegado a odiar a Nixon. Mi vecino cree que desea hablar.

Pocos días después, el compañero le entregaba un pedazo de papel con el nombre y la dirección de la señora. Woodward y Bernstein se dirigieron a Rosenfeld, al que pareció gustarle la idea de hacer una visita a dicha señora. Pero creyó conveniente aplazar la decisión definitiva, hasta que hubiera comprobado con Bradlee si ésta no marginaba la ley. Bradlee consultó con los abogados del *Post*.

Bernstein y Woodward consultaron en la biblioteca del *Post* un ejemplar de las *Normas Federales en Procedimientos Criminales*. Los miembros de un Gran Jurado prestaban juramento de mantener en secreto sus deliberaciones y los testimonios depositados ante ellos; pero el peso de la Ley parecía limitarse a los jurados. No había nada en la Ley que prohibiera a nadie hacer preguntas. Los abogados se mostraron conformes, pero pidieron que todo cuanto se tratara de establecer en contacto con la jurado se llevara a cabo con la máxima precaución. Lo mejor era que los periodistas preguntaran a la mujer si deseaba hablar.

Bradlee estaba muy nervioso.

—No machaquéis a nadie, no presionéis... Nada de trucos ni de amenazas —instruyó a Woodward y Bernstein. Se puso detrás de su mesa y señalándoles con el dedo continuó—: Estoy hablando en serio. Sobre todo usted, Bernstein: sea sutil por una vez en su vida.

Les ordenó que se pusieran en contacto con él tan pronto como concluyera la

visita.

—Meteos en un teléfono público y llámame, cualquiera que haya sido el resultado.

Los dos reporteros se dirigieron a la casa de la señora. No estaba allí. Woodward telefoneó a Sussman y le pidió que se lo retransmitiera a Bradlee.

A la mañana siguiente los reporteros atravesaron la ciudad, llamaron a la puerta y la señora abrió. Se identificaron como periodistas del *Post* y la señora les invitó a pasar. No mencionaron para nada el gran jurado y le dijeron simplemente que habían oído decir que ella sabía algo sobre el caso Watergate.

—*Una porquería es lo que sé* —afirmó la mujer—. *Pero ¿cómo podría saber yo cualquier otra cosa excepto lo que he leído en los periódicos?*

Fueron necesarios diez minutos para llegar a la conclusión de que la mujer formaba parte de un gran jurado en el Tribunal de Justicia, pero no del Watergate. Le dieron las gracias y se marcharon.

El episodio excitó su interés, tenían ya las líneas generales de la información que necesitaban. Faltaban los detalles que un miembro del Gran Jurado, dispuesto a cooperar, podría facilitarles. Esa tarde, Bernstein telefoneó al fiscal jefe del caso Watergate, Earl Silbert, y le pidió la lista de los 23 miembros del jurado. Silbert se negó rotundamente, rechazando el alegato del periodista de que el nombre de los jurados era asunto de interés público.

Woodward preguntó a un amigo que tenía en las oficinas del Palacio de Justicia, si no había modo de hacerse con una lista de los miembros del gran jurado del caso Watergate.

—En absoluto —fue la respuesta—. Los archivos son secretos.

A la mañana siguiente, Woodward tomó un taxi y se dirigió al Palacio de Justicia.

La oficina de archivos empleaba a unas noventa personas. Woodward comenzó por uno de los extremos de un complejo de varios despachos dedicados a guardar los ficheros y al cabo de media hora encontró a alguien dispuesto a dirigirle a un rincón remoto de la zona principal de los archivos donde se conservaban las listas de los procesos, juicios y miembros de los jurados. Se identificó ante otro empleado como reportero del *Post* y le dijo que deseaba echar un vistazo a esos archivos. El empleado se quedó mirando a Woodward de modo sospechoso.

—¡De acuerdo! —dijo al cabo de un momento de vacilación—. Puede mirar, pero no le está permitido copiar nada. No puede anotar ningún nombre ni tomar notas de ninguna clase. ¡Estaré vigilando!

Woodward comenzó a examinar los ficheros y, finalmente, encontró la lista principal de los grandes jurados de 1972. Los miembros de dos de ellos habían prestado juramento el día 5 de junio. Recordó que el presidente del gran jurado del caso Watergate tenía un apellido del Este europeo y trabajaba para el gobierno como economista o algo semejante. Encontró su nombre en el Gran Jurado Número Uno que había prestado juramento el 5 de junio de 1972.

Habían abierto una pequeña ficha de color naranja a cada uno de los miembros del jurado y en ella se indicaba su nombre y apellido, su edad, ocupación, dirección particular y profesional y los correspondientes números de teléfono. Woodward comenzó a revisar las fichas y dirigió la mirada por encima del hombro. El empleado que le había autorizado a mirar el fichero estaba sentado junto a su mesa de trabajo, a unos cinco metros de distancia y lo miraba con atención. Woodward tomó las primeras cuatro fichas y empezó a estudiarlas a fondo, memorizando los nombres, las direcciones y los números de teléfono, así como la profesión. Le costó diez minutos aprenderse de memoria las cuatro fichas. Seguidamente le preguntó al empleado dónde estaba el lavabo de caballeros.

Una vez dentro, encerrado en uno de los retretes, Woodward sacó un cuaderno de notas del bolsillo y empezó a escribir lo que había memorizado:

Priscilla L. Woodruff, 28 años, sus labores. Trató de figurarse el aspecto de cada uno de aquellos jurados, como si esto pudiera ayudarle a determinar cuál estaría más dispuesto a darle información. *Naomi R. Williams, 56 años, maestro jubilado y ascensorista.* *Julian L. White, 37 años, bedel en la Universidad George Washington.*

Al escribir el próximo nombre Woodward imaginó un escudo de armas y el nombre de Haldeman grabado debajo de un par de dagas cruzadas que guardaban el trono: *George W. Stockton*, escribió en su libro de notas. *Instituto de Heráldica. Departamento del Ejército. Técnico. Edad 53 años.* Se guardó el libro en el bolsillo del pantalón. Ya tenía 4 nombres. Le faltaban 19.

Woodward se aprendió de memoria las siguientes cinco fichas. Tratando de no parecer sospechoso, se dirigió de nuevo al empleado y le preguntó dónde estaba el despacho del decano de los jueces.

El hombre se mostró vacilante:

—Está usted dedicando demasiado tiempo a examinar esas fichas. Ya no estoy seguro de poder permitirle que las siga mirando.

Woodward dijo que volvería tan pronto consultara algo con el juez decano.

Subió al lavabo del tercer piso y escribió los cinco nombres que había memorizado y las demás informaciones que constaban en sus fichas. Le faltaban todavía catorce fichas. Al ritmo que llevaba el trabajo se le iba a llevar toda la mañana.

En el tercer intento logró aprenderse de memoria seis fichas. Al regresar del lavabo al archivo le preguntó al empleado dónde almorzaba.

—No salgo de aquí para almorzar —fue la respuesta.

«El chupatintas perfecto», pensó Woodward, que incluso come en su mesa. En esta ocasión necesitaba aprenderse las restantes ocho fichas porque el empleado se estaba impacientando. Le costó casi 45 minutos aprenderse los últimos ocho nombres y demás detalles.

En la redacción, pasó a máquina la lista de los jurados y los datos subsiguientes. En el despacho de Bradlee, los redactores jefes, Bernstein y Woodward eliminaron a casi la mitad de los miembros por considerar demasiado arriesgado intentar un acercamiento a ellos: a los funcionarios de poca categoría —en especial los de más edad— que estaban acostumbrados a actuar siguiendo las normas burocráticas, consultándolo todo con sus superiores y sin fiarse casi nunca de su propio juicio. Lo mismo se hizo con los militares. Buscaron aquellos que aparentemente estaban menos predispuestos a dirigirse al fiscal jefe para informarle de que acababan de recibir la visita de un periodista. Los candidatos, además, debían ser lo suficientemente inteligentes y abiertos como para darse cuenta de que el sistema de Gran Jurado había sido objeto de abuso en el caso Watergate, y con capacidad para apreciar los distintos matices de las pruebas.

La persona ideal debía ser capaz de saltarse el respeto a la Casa Blanca, a la Fiscalía, o a ambos; alguien acostumbrado a sortear las normas, el tipo de persona que concede más valor a la práctica que a los procedimientos. El trabajo continuó con Woodward, Bernstein y sus jefes, intentando conseguir un retrato psicológico de unos extraños, sin más base que su nombre y apellidos, dirección, edad, ocupación, origen étnico, religión, nivel de ingresos. Se decidió que fueran los dos reporteros los que realizaran la elección final.

Todos los presentes tenían sus dudas sobre el resultado de esa nueva aventura. Bradlee buscaba desesperado un buen artículo y, al mismo tiempo, tranquilizado por los abogados, volvió a ser el de siempre. Simons protestó en voz alta sobre la utilidad de ese trabajo de selección de gente desconocida y se sentía preocupado por el periódico. Rosenfeld se preocupaba sobre todo por el procedimiento que se debía seguir para evitar que los reporteros pudieran ser cogidos en falso. Sussman temía que alguno de los dos, posiblemente Bernstein, presionara con demasiada fuerza y se metiera en algún callejón que bordeara la ilegalidad. Woodward se preguntaba si en realidad había justificación para enviar a un reportero a una operación que podía salirse de la estricta legalidad mientras los demás se quedaban tranquilamente al otro lado de la línea. Bernstein, que vagamente aprobaba la desobediencia civil, no se mostraba preocupado por algo que sólo pudiera implicar una violación de la Ley, en abstracto. La cuestión era cuál era esa Ley, y estaba convencido de que el procedimiento del Gran Jurado debía continuar inviolado. En el planeamiento de la operación se decidió hacer todo lo necesario para mantenerse dentro de la Ley. Los reporteros debían identificarse de inmediato, decir a los jurados que se habían enterado por una fuente anónima que era posible que él, o ella, supiera algo sobre el caso Watergate y deseaban saber si estaban dispuestos a discutir con ellos el asunto. Se marcharían sin insistir salvo en el caso de que el jurado ofreciera información voluntariamente. No se mencionaría para nada la palabra Gran Jurado, salvó que la persona visitada lo hiciera por su cuenta.

Bradlee se dirigió a los reporteros con sus instrucciones finales como el general que revista a sus soldados antes de enviarlos a la batalla y les repitió las órdenes de campaña:

—Nada de tácticas de mano dura, muchachos. ¿De acuerdo?

Se pasaron el primer fin de semana de diciembre trabajando por separado, tratando de resolver la pesada charada con media docena de miembros del gran jurado. Regresaron sin la menor información y con la clara impresión de que la fiscalía había prevenido a los jurados contra las visitas de inoportunos provistos de un carnet de Prensa. Sólo una persona confesó voluntariamente que formaba parte del Gran Jurado y explicó a Woodward que únicamente había hecho dos juramentos en su vida: el de *boy scout* y el del Gran Jurado, y que ambos eran sagrados para él. Todos los demás les dijeron que sobre el caso Watergate no sabían absolutamente nada más que lo que habían leído u oído en los medios informativos.

Uno de ellos aún fue más lejos.

—¿Watergate...? —le preguntó a Bernstein—. ¡Ah, sí!... Ese edificio de apartamentos allá abajo en el Foggy Botom... He oído algo en la televisión, que alguien intentó robar en una tienda y no sé qué más. Ya, ya... No queda lugar seguro en toda la ciudad.

Hasta que oyó hablar del juramento del *boy scout*, Bernstein llegó a temer que el compañero y su fantástica memoria hubiesen estado perdiendo el tiempo al memorizar una lista que no era la del Watergate.

El lunes Bradlee convocó a los reporteros en su despacho para una reunión de urgencia. Cerró la puerta, una medida sólo reservada para cuando iban a tratar los asuntos más delicados.

—La bomba está a punto de estallar —dijo.

Cuando menos uno de los miembros del jurado había comunicado a la Fiscalía que había recibido la visita de un reportero del *Washington Post*. Uno de los fiscales había telefonado a Edward Bennet Williams, jefe de los abogados del periódico. La fiscalía había acudido a presencia del juez Sirica con el jurado visitado por el periodista. Por eso Williams avisaba a Bradlee para que éste advirtiera a sus reporteros que anduvieran con tiento.

Éstos preguntaron a Bradlee hasta qué punto pensaba Williams que se hallaban metidos en un lío y cuál era su gravedad.

—No van a recibir una condecoración por ello —dijo Bradlee—. Williams me ha dicho que todo depende del juez.

Era una razón más para preocuparse: John Sirica, el Juez Jefe de la Audiencia de Distrito de los Estados Unidos para el Distrito de Columbia (es decir, un juez federal) era conocido como «Máximo John»: imponía siempre la ley en su máximo grado.

Esa misma tarde, Bradlee dijo a los dos reporteros que se personaran en el bufete de Williams a la mañana siguiente.

—Las cosas parece que se han arreglado un poco —les dijo—. Williams ha hablado con Sirica y la Fiscalía y cree que os puede mantener al margen del asunto.

A la mañana siguiente Williams estaba paseando de arriba a abajo por su elegante y bello despacho.

—John Sirica está deseando echaros la mano encima —les dijo—. Hemos tenido que hablar mucho para convencerle de que no os pusiera a la sombra.

Williams dijo que era absolutamente necesario desistir de cualquier otro intento de contacto del *Post* con miembros del Gran Jurado. Hasta la Fiscalía había tenido que intervenir en favor de los periodistas, recomendando al juez que no tomara ninguna medida contra ellos, ya que ninguno de los jurados había compartido la menor información. Pero Sirica seguía enfadado, y les haría sentir el peso de la Ley con el menor motivo.

—Seguid en contacto conmigo y mantened la nariz fuera de cualquier asunto turbio —les advirtió.

El Juez Sirica no era un hombre cuya conducta pudiera predecirse.

Los periodistas volvieron a dedicarse a la búsqueda de fuentes más convencionales. Unas noches después, Bernstein firmó la tarjeta para utilizar uno de los coches del periódico y se dirigió a un apartamento situado a bastantes millas de distancia. Eran aproximadamente las ocho cuando llamó a la puerta de su lugar de destino. La mujer que buscaba le respondió, pero cuando oyó su nombre no quiso ni abrirle la puerta. Metió una hoja de papel por debajo de la puerta, en el cual había escrito su número de teléfono que no figuraba en la guía. Además le dedicaba unas palabras:

«Lámeme esta noche, algo más tarde. Sus artículos han sido excelentes».

La mujer estaba en inmejorable posición para tener conocimiento de las actividades secretas de la Casa Blanca y del CRP. Bernstein ya había tratado anteriormente de entrar en contacto con ella, pero se había negado a toda aproximación. Bernstein regresó a la redacción y marcó el número. La voz sonó inquieta, nerviosa.

—*A estas alturas ya no, confío en nadie* —dijo—, *pero respeto su postura.*

Le preguntó a continuación si la estaba llamando desde un teléfono seguro. Estaba en el aparato de una mesa de la redacción que correspondía a un reportero de Maryland. Pensaba, pues, que sí.

—*Tengo que estar absolutamente de acuerdo con Ben Bradlee: la verdad no ha salido a relucir* —dijo.

Bernstein trazó una gran «Z» mayúscula sobre un cuaderno de notas. La «X» había servido para designar a la tenedora de libros.

—*Mi jefe llama a lo que está ocurriendo una «limpieza»* —dijo «Z»—. *Dos años antes jamás me hubiera atrevido a creer nada semejante, pero los hechos son indiscutibles,*

abrumadores.

Le recomendó, seguidamente, que leyera cuidadosamente todo lo que anteriormente había escrito, sus propios reportajes.

—Hay mucho más de verdad en ellos de lo que puede suponer... Tiene usted muchas claves para descifrar el asunto. Lo estaba haciendo muy bien, pero podía haberlo hecho todavía mejor. Hay que presionar más. Mucho más.

Se negó en absoluto a ser interrogada y fue ella la que estableció las reglas que debían gobernar sus contactos: ella orientaría a los periodistas en la dirección adecuada para ayudarles a dar con algunos nombres y lugares adecuados... Les facilitaría algunos indicios, ciertas claves para utilizar como punto de partida. En todo caso, y si lo hacía, respondería sólo de un modo general a sus preguntas. Muchas de las cosas que ella llamaba «mensajes» podrían ser vagos, en parte porque ella misma no las comprendía totalmente y porque la elección de la información era difícil.

—Su perseverancia ha sido admirable —dijo la mujer—. Aplíquenla de ahora en adelante a lo que yo les diga.

Bernstein no tenía idea de lo que podía esperar, pese a que la voz de la mujer sonaba como la de un místico.

De pronto, la mujer comenzó a hablar de Haldeman:

—Tiene que haber alguien que mueva los hilos. Son muchos los que, como usted, piensan que se trata de Haldeman... John Dean resulta muy interesante. Resultaría también interesante saber a fondo en qué consistió realmente la investigación de Dean. Su implicación en el asunto va muy por encima... Pero Magruder y Mitchell están definitivamente mezclados en él... Mitchell requiere mayor perseverancia.

Bernstein la había interrumpido varias veces, pero ella estaba decidida a no ser más explícita. ¿En qué estaban involucrados? ¿En trucos sucios? ¿En espionaje de las comunicaciones orales?

La mujer le aconsejó que tomara en consideración a Haldeman, Ehrlichman, Colson y Mardian como si formaran un grupo.

—Descifre cuál es el lazo común —le dijo.

Y también:

—... y ha de conseguir información grabada.

¿Quería decir que habían recibido información de las grabaciones conseguidas en el Watergate?

—El encubrimiento es el lazo común. Cuando alguien tiene un cargo importante que puede perder, hará todo lo que pueda, lo que sea, por conservarlo. El lema general es: «No destapar el asunto», ni siquiera ahora. En estos momentos están mejor organizados que lo estaban antes del 17 de junio. Son buenos organizadores, pero un tanto sucios. El estudio de las finanzas es el mejor camino para averiguar quién está involucrado. Hay que descubrir otros Segrettis. Kalmbach era el pagador. En torno a los «Plumbers», se han desarrollado múltiples actividades. Todo va mucho más lejos que los «Documentos del Pentágono». Los «Plumbers» son un elemento importante; dos de los miembros del grupo

están acusados en el caso Watergate. Me gustaría saber cuántos más forman parte de ese grupo.

Bernstein trataría de averiguarlo.

«Z» le dijo que no habría más mensajes. Y le prohibía totalmente que la telefonara.

A la noche siguiente Woodward y Bernstein hicieron el camino familiar hasta la casa de Hugh Sloan. Tal vez él podía ayudar a descifrar el mensaje de «Z». Como sabían que Sloan estaba deseoso de todo menos de verles, no le telefonaron previniendo su visita. Como era norma en él, fue lo suficientemente correcto como para no darles con la puerta en las narices. Había adelgazado. Les dejó entrar en el *hall*. Les dijo que la busca de empleo iba por mal camino: gracias a la sombra del Watergate. Y lo que era peor: no se veía el fin del juicio ni del pleito civil, ni de las declaraciones que parecían haberle transformado en una especie de testigo profesional por 20 dólares al día. Los periodistas no supieron qué responder. Cada vez que visitaban a Sloan acababan sintiéndose como una pareja de buitres.

Los periodistas le describieron en líneas generales lo que les había dicho «Z», pero Sloan contestó que no veía en todo aquello mucho más de lo que ellos podían ver. Seguidamente les pidió disculpas por el asunto de Haldeman que terminó en catástrofe y, finalmente, quedó en claro lo que había ocurrido en aquella noche de lluvia. Sloan había entendido mal la pregunta de Woodward. Creyó que Woodward le había preguntado si hubiera mencionado a Haldeman ante el gran jurado, en caso de ser interrogado sobre ello.

Ahora sabía mucho más que antes sobre las relaciones de Haldeman con el fondo y con el CRP.

—Bob manejaba el comité por medio de Magruder, hasta que Mitchell y el secretario Stans se le unieron en la primera mitad de 1972. Jeb fue quien autorizó los primeros pagos a Liddy. Creo que Liddy trabajaba ya por entonces, en el verano del 71, en la Casa Blanca. Realmente Haldeman estaba detrás de los cuatro que recibieron grandes pagos del fondo: Kalmbach, Liddy, Magruder y Porter.

Haldeman estaba aislado de los fondos. Magruder, Kalmbach, Stans e incluso Mitchell habían actuado, efectivamente, en nombre suyo, explicó Sloan. Haldeman jamás se puso en contacto personal con Sloan para ordenarle que hiciera un pago. Pero el terreno económico era patrimonio del jefe de personal de la Casa Blanca.

—Maury (Stans) se quejaba con frecuencia de que se estaba sacando demasiado dinero de los fondos —dijo.

Woodward le preguntó algunas cosas más sobre la estructura de la oficina de Haldeman. Chapin era el secretario de protocolo del presidente, el encargado de fijar sus citas; Strachan, el asistente político; Larry Higby, una especie de jefe de personal y mayordomo; Alexander Butterfield supervisaba *«la seguridad interna y controlaba el*

flujo de periódicos que debía llegar al presidente».

Al pasar a máquina sus notas, aquella noche, Woodward subrayó las palabras «*seguridad interna*». Así se llamaba la División del Departamento de Justicia encargada de obtener la grabación de conversaciones por encargo del gobierno. Anteriormente estuvo dirigida por Robert Mardian.

Mientras Woodward pasaba a máquina sus notas, Bernstein sacó una carpeta de casi diez centímetros de espesor, llena de documentos, en la que se leía «Para comprobar». Varios días antes, Lawrence Meyer, un reportero del equipo local, cuyo terreno era la Audiencia Federal, había obtenido una copia confidencial del acuerdo legal rutinario entre los acusadores y los abogados defensores de los siete acusados en el caso Watergate, cuyo juicio debía comenzar el 8 de enero. Bernstein leyó las «estipulaciones», que ocupaban 12 páginas. En ellas constaban los registros de viajes, llamadas telefónicas y cuentas bancarias que la acusación y la defensa habían acordado dar por fidedignas. La mayor parte de toda esa información la conocían ya los reporteros. Sin embargo, aún quedaban dos asuntos inquietantes: uno de ellos era la confirmación de que Gordon Liddy y Howard Hunt habían hecho juntos varios viajes a Los Ángeles, utilizando nombres falsos, el 4 de septiembre de 1971, el 7 de enero de 1972 y el 17 de febrero de 1972. Esas fechas estaban dentro del periodo en el que ambos habían trabajado para la Casa Blanca, meses antes del allanamiento del Watergate. Encontraron también nota de que un teléfono fue instalado «el 16 de agosto de 1971 en el despacho 16 del “Executive Office Building”, situado en la esquina de la calle 17 con la Avenida Pennsylvania N. W., en Washington D. C. y... desconectado el 15 de marzo de 1972». Figuraba en la lista con el nombre y dirección de Kathlee Chenow, de Alexandria, Virginia.

No figuraba ninguna Kathlee Chenow en el listín telefónico pero, usando el de calles, Bernstein encontró a alguien que ocupaba aquel domicilio; llamó y le contestaron que la señorita Chenow se había trasladado a Milwaukee. La localizó allí. Le costó unos pocos minutos determinar que Kathlee Chenow había sido la secretaria del grupo de los «*Plumbers*». No parecía experimentar la menor vacilación al hablar. Bernstein, que ya casi no se acordaba de la última vez en que había encontrado una fuente de información dispuesta a hablar voluntariamente, no sabía cómo empezar. Finalmente se lanzó preguntando qué y quiénes eran los «*Plumbers*». Su respuesta fue directa y concreta: los «*Plumbers*» eran Howard Hunt, Gordon Liddy, David Young y Egil (Bud) Krogh. Se dedicaban a investigar las «filtraciones» hacia los medios de información y debían informar de ello a John Ehrlichman. Su oficina se hallaba en el sótano del «Executive Office Building», enfrente de la Casa Blanca. Técnicamente ella había sido la secretaria de David Young, pero fue cedida por la oficina del Dr. Henry Kissinger al equipo de Ehrlichman.

Young enviaba regularmente informes a Ehrlichman sobre los progresos conseguidos por los «*Plumbers*» en su investigación. Krogh era uno de los principales lugartenientes de Ehrlichman.

—Al principio, el gobierno había deseado obtener un estudio de hasta qué punto coincidía la versión de los «Documentos del Pentágono» en el *New York Times* con los documentos en sí. Después trataron de descubrir cómo habían llegado a manos del periódico tales documentos. Más tarde se dedicaron, en general, a estudiar todas las infiltraciones que llegaban a los medios de información. Durante un tiempo trataron de descubrir las que procedían del Departamento de Estado. Controlaron los cablegramas de las embajadas y trataron de ver por qué manos pasaban tales cables antes de llegar a su destino. La mayor parte del trabajo realizado por el señor Hunt, por lo que yo vi, se dedicaba a asuntos relacionados con el Departamento de Estado. Cablegramas que había revisado mientras estudiaba el fondo de los «Documentos del Pentágono».

Bernstein preguntó si recordaba alguna filtración específica investigada.

—Naturalmente, los «Documentos del Pentágono». Hubo también una época en la que Jack Anderson dirigía el personal de la administración, en diciembre; los controlaron también en busca de posibles filtraciones. El señor Mardian del Departamento de Justicia bajó al sótano dos o tres veces durante ese período.

—En otra ocasión el señor Mardian acudió a una importante reunión que tuvo lugar en el despacho del señor Krogh, conjuntamente con Liddy, Hunt y tres o cuatro personas más que no conocía —dijo Chenow—. Y David Young hablaba con mucha frecuencia con John Mitchell... No sé sobre qué; ni tampoco sé la frecuencia con que se encontraban.

Le preguntó sobre el teléfono listado en las «estipulaciones».

—Se trataba del teléfono del señor Hunt. Lo pusieron a mi disposición para que yo respondiera y tomara los recados para él. El señor Barker llamaba siempre a ese teléfono; casi diría que era el único que llamaba allí con cierta asiduidad. Lo hacía normalmente una vez por semana, aunque algunas semanas lo hizo dos o tres veces...

Añadió que Hunt y Bernard Barker «Estaban casi siempre murmurando por teléfono. El señor Hunt solía decir: “¿Cómo estás? ¿Qué has estado haciendo en...?”. Algunas veces, cuando hablaba con Barker lo hacía en español; al parecer le gustaba hablar en ese idioma, aunque no sé la razón... No, yo no hablo español... Me acuerdo de que el señor Hunt llamaba al señor Barker y a nadie más. A veces el señor Liddy también utilizaba el teléfono para hablar con alguien a quién había contactado el señor Hunt. Supongo que también debía de llamar al señor Barker. La mayoría de las llamadas se hicieron entre agosto y noviembre. El teléfono se dio de baja el 15 de marzo, pero para aquel entonces ya hacía mucho tiempo que no se usaba».

Bernstein le preguntó algo obvio. ¿Por qué razón un teléfono perteneciente al complejo de la Casa Blanca, que contaba con el sistema de comunicación más sofisticado del mundo, tenía que estar registrado a nombre y con el domicilio de un particular de Alexandria?

—Una buena pregunta —concedió la mujer—. Creo que deseaban que estuviera a

mi nombre precisamente para que nadie pudiera relacionarlo con la Casa Blanca... los motivos los ignoro.

Los recibos del teléfono eran enviados por correo a su domicilio^[49] y ella los entregaba a otro de los ayudantes del Ehrlichman, John Campbell...

—... de modo que los recibos los pagaba la Casa Blanca. Al parecer así se había acordado por el señor Hunt, el señor Young y el señor Liddy. Éstos hablaron con Campbell, quien se hizo cargo del asunto.

La señorita Chenow dejó el equipo de la Casa Blanca el 30 de marzo de 1972 y se hallaba de viaje por Europa cuando acaecieron los arrestos del Watergate. Unas dos semanas más tarde, Fred Fielding, ayudante de John Dean, la localizó en Birmingham, Inglaterra.

—Éste había ido a Europa a recogerme —dijo—. Me explicó que el FBI estaba interrogando a los empleados de la Casa Blanca y que tanto el FBI como la Casa Blanca iban a realizar una investigación. Al parecer el FBI le había pedido al señor Dean que me buscara. El señor Fielding me pidió que regresara y me dijo que debía recordar mi trabajo, pues me preguntarían cosas sobre él y el teléfono...

»... En el viaje de regreso, el señor Fielding me entregó un ejemplar de la revista Time y trató de ponerme al día de lo ocurrido. Me preguntó: “¿Conoce usted a alguien de los que se mencionan en el artículo sobre el allanamiento?”. Y yo respondí: “Naturalmente. Al señor Hunt”».

Se presentó en la oficina de John Dean a las 8:45 de la mañana del día siguiente a su llegada; era la primera semana de julio. Fielding y David Young estaban allí.

—El señor Dean me dijo que a las nueve iba a ser entrevistada por el FBI; que debía explicar en qué había consistido mi trabajo y si conocía algo sobre la escucha clandestina. Tenía que contestar directamente, de acuerdo con mi mejor conocimiento.

El interrogatorio duró unos cuarenta minutos y Dean, Fielding y Young estuvieron presentes, sentados en silencio.

—El señor Dean no hizo ninguna pregunta ni tampoco tomó notas.

Posteriormente tuvo una breve conversación con Young:

—Parecía verdaderamente sorprendido de que hubiera podido darse un caso semejante de escuchas electrónicas clandestinas. Sabía que lo del teléfono estaba relacionado con ello, de un modo u otro. Una vez que las cosas se fueron aclarando, me llegué a dar cuenta de que estaba atando cabos.

Esa misma semana Chenow se entrevistó con los fiscales del caso Watergate y tuvo que prestar declaración ante el Gran Jurado. Silbert jamás le preguntó por Ehrlichman —dijo—. Sólo por Colson, Hunt, Liddy y Young.

La conversación de Bernstein con Chenow duró más de hora y media.

La mañana siguiente, el día del Aniversario de Pearl Harbor, Woodward llamó a Jack Harrington, el funcionario de la Chesapeake and Potomac Telephone Company encargado de los servicios de la Casa Blanca, quien confirmó que la oficina de Ehrlichman había ordenado la colocación del teléfono de la señorita Chenow y

arreglado lo del pago de los recibos de un modo totalmente insólito en sus 25 años de servicio.

Mientras tanto, fuentes próximas a la Casa Blanca informaron a los dos reporteros que John Campbell había sido el jefe de las oficinas de Ehrlichman. No había, pues, posibilidad de que tal teléfono hubiese sido instalado sin la autorización de Ehrlichman. Eso dijo el informador.

Ya bien entrada la tarde, Bernstein había completado su reportaje de 2 000 palabras (unos seis folios) sobre la instalación secreta del citado teléfono, sobre el relato de Chenow con respecto a los «*Plumbers*» y su entrevista con John Dean. Gerald Warren, segundo secretario de Prensa de la Casa Blanca, le dijo a Woodward que por parte de ésta no habría comentario alguno, porque podría incidir en el próximo juicio sobre el asunto Watergate.

«Al no comentar», escribió en su artículo, párrafo quinto, Bernstein, «La Casa Blanca deja sin respuesta la pregunta de por qué los deberes oficiales de Hunt requerían un teléfono camuflado y registrado a nombre de otra persona; por qué la oficina de Ehrlichman había aprobado su instalación».

Para complicar más las cosas, Bernstein estaba solo con su entusiasmo. Era la primera vez que alguien le había dicho, con vistas a su publicación, que existían «los Plumbers», que Ehrlichman y su oficina estaban implicados en sus actividades y que Hunt y otros ayudantes del presidente habían estado investigando cómo se producían las «filtraciones».

Rosenfeld no parecía muy interesado en la historia y se la pasó a Sussman. Éste y Woodward, sin tanta frialdad, tampoco estaban demasiado entusiasmados y pensaron que aquello «no probaba nada». Bradlee, por su parte, expresó más alivio que otra cosa; pese a sus defectos era el primer artículo un poco fuerte del *Post* desde el reportaje sobre Haldeman. Se sentía inclinado a darle una calificación mediana, pero se la dio superior, debido a qué era la primera vez que se mencionaba una fuente por su nombre. La Casa Blanca podía discutir su significado, pero no los hechos. Dijo que el artículo debía publicarse en primera página aunque sólo fuera para probar que, cinco semanas después de la derrota de McGovern, el *Post* seguía todavía metido en el asunto Watergate.

Esta misma noche Bernstein y Woodward salieron a bordo de un «747» para Los Ángeles con la esperanza de que, si tenían suerte, Donald Segretti sería menos evasivo que en su entrevista anterior. Llevaban en sus maletas copia de las fichas de los viajes de Hunt y Liddy. Y Woodward había hablado por teléfono con una secretaria del bufete de los abogados de Herbert Kalmbach que se había manifestado

bastante amistosa.

Durante el viaje, Bernstein comenzó una partida de póquer bastante fuerte. Ganaba 35 dólares cuando Woodward regresó. Movidado por sus instintos protectores, le pidió que se uniera a la partida. A veces Bernstein se preocupaba porque su amigo no tenía la suficiente mundología para mantenerse al margen de los problemas y frecuentemente se veía metido en líos. (Por su parte Woodward se preocupaba, también con mucha frecuencia, porque Bernstein podía hacer tan rápidas amistades y se sentía a gusto en compañía de gente a la que acababa de conocer). Woodward jugó y perdió. Bernstein ganó treinta y cinco dólares. Lo que Bernstein no sabía era que Woodward había pasado muchos fines de semana en Las Vegas, durante su época de marino destinado en la Base Naval de San Diego.

Por la noche, ya en Marina del Rey, alquilaron una habitación en una residencia de turistas a 9 dólares por día. Tuvieron que hacerlo así por no encontrar nada mejor pues todos los hoteles de aquel centro de vacaciones estaban ocupados. Y Segretti, por su parte, no se hallaba en casa.

Al día siguiente se dirigieron al Beverly Wilshire Hotel, un elefante de mármol y terciopelo rojo falso, donde Hunt y Liddy se habían alojado en septiembre de 1971. Los periodistas hablaron con el detective jefe de seguridad, un hombre mayor que había sido antes capitán de la Policía y que no tenía idea de dónde se guardaban los registros de las llamadas telefónicas del hotel. El jefe de contabilidad del hotel, un hombre cuyo aspecto confesaba sus noches de juerga, tampoco pudo ofrecerles mayor colaboración. Rodeado de montones de facturas y documentos financieros en su oficina, informó resueltamente a los periodistas que había dado su palabra a los hombres del FBI de no comentar nada sobre la estancia en el Hotel de Hunt y Liddy. Bernstein le preguntó a la secretaria del contable si aceptaba tomar una copa con él en el bar, «ahora o después».

—¡Está de broma...! —Fue la respuesta de la secretaria, que siguió caminando lentamente.

Bernstein le dijo que no, que hablaba en serio. Nada de bromas.

—Sería mejor si fuera broma —comentó.

Después Woodward consiguió hablar por teléfono con uno de los supuestos enlaces de Segretti y le propuso un encuentro.

—Si viene usted por aquí le pego un tiro —fue la respuesta.

Woodward tomó un coche y se dirigió a las oficinas de Kalmbach en Newport Beach. El abogado personal del presidente estaba fuera de la ciudad. La secretaria que había sido amable con él por teléfono le ofreció a Woodward una taza de café y su opinión:

—*El señor Kalmbach es uno de los mejores hombres que conozco. Es una persona honesta y cuando todo esto haya pasado usted lo comprenderá todo.*

No estaba dispuesta a decir nada más.

En el hogar de Kalmbach una mujer le abrió la puerta y cuando le preguntó si

podía hablar con ella unos minutos le respondió.

—*En absoluto. No.*

Le acompañó hasta la verja y le despidió con un portazo en sus espaldas.

Los dos reporteros comieron con Larry Young, el examigo de Segretti que les había ayudado tanto en el mes de octubre. El hombre no sabía nada nuevo. Al cabo de cuatro días lograron dar con Segretti por teléfono y acordaron encontrarse en una cafetería. Mientras se tomaban unos batidos de fruta charlaron durante casi una hora. Segretti no estaba dispuesto a hablar de cara a la publicación de sus palabras en un futuro previsible.

Los periodistas regresaron a Washington el 11 de diciembre por la noche. En la conferencia de Prensa en la Casa Blanca de la mañana siguiente Ron Ziegler, presionado de nuevo por los que querían una respuesta sobre el asunto del teléfono secreto de Hunt y el asunto de «los Plumbers», ofreció por vez primera el reconocimiento de la Casa Blanca: efectivamente, «los Plumbers» habían estado investigando casos de infiltraciones en los medios informativos. Pero negó que Howard Hunt o Gordon Liddy hubieran pertenecido al grupo.

Ni Bernstein ni Woodward acudieron a la conferencia de Prensa de Ziegler. Estaban convencidos de que podían enterarse de más cosas en cualquier otra parte y puesto que, además, temían que su presencia diera lugar a unas respuestas de Ziegler más personalizadas, acostumbraban a evitar la sala de Prensa de la Casa Blanca^[50].

Por esa época, la Casa Blanca comenzó a excluir al *Post* de la asistencia a los acontecimientos sociales que se celebraban en la Mansión Ejecutiva: primero un banquete de los Republicanos; después otra cena en honor de los miembros del gabinete entrantes y salientes; posteriormente los servicios religiosos del domingo; finalmente una fiesta dada a los hijos de los diplomáticos extranjeros. El blanco inmediato de esta discriminación fue la reportera Dorothy McCardle, una gentil señora de 68 años, la abuela de toda la redacción del *Post* que en él venía informando sobre los acontecimientos sociales de la Casa Blanca desde las últimas cinco presidencias.

El mismo día en que se impidió a la señora McCardle la asistencia a la ceremonia religiosa de la Casa Blanca, Bernstein tenía una cena con varios amigos, entre ellos un colega del *Washington Star*.

El reportero del *Star* le contó una interesante historia de una conversación que mantuvo con Colson pocos días antes del 7 de noviembre; recuérdese que ésta fue la fecha de la celebración de las elecciones presidenciales de las que salió reelegido Richard Nixon.

«*Tan pronto como hayan pasado las elecciones vamos a emprenderla con el Post — citó las palabras de Colson—. Los detalles no han sido elaborados todavía pero se ha tomado ya la decisión básica... en una reunión con el Presidente.*»

Colson aconsejó al reportero del *Star* que no dejara de acudir con la mayor

frecuencia por allí «con una gran cesta» porque «vamos a llenársela de noticias». Eso haría que la lectura del *Star* resultara indispensable mientras que al *Post* se le dejaría en la inopia e iría perdiendo sus lectores.

«Esto será sólo el principio. Después empezaremos a ser realmente duros. Puede estar seguro de que en la Calle L (en la que está el edificio del *Washington Post*), llegarán a desear no haber oído hablar jamás del caso Watergate».

Muy pronto la Federal Communications Commission^[51] puso reparos a la posesión por parte del *Post* de dos emisoras de Televisión en Florida. El precio de las acciones del *Post* en la Bolsa bajó casi en un cincuenta por ciento. Entre los que habían alegado contra la propiedad de las estaciones de televisión por el *Post* —que formaban una organización de ciudadanos que propusieron que la FCC les concediera a ellos las nuevas licencias de las emisoras— había varias personas relacionadas desde hacía mucho tiempo con el Presidente.

El Juez Sirica convocó a Bernstein y a Woodward en su Sala para el 19 de diciembre a las 10 de la mañana. Se celebraba una audiencia judicial en otro asunto relacionado con la Prensa (una moción de la defensa para forzar a *Los Angeles Times* a entregar las cintas magnetofónicas y las notas de una entrevista con Alfred C. Baldwin).

Los dos reporteros se pusieron sus mejores ropas para acudir ante el tribunal. Woodward hasta se arregló el pelo. La sala estaba atestada, principalmente con gente relacionada con los medios de información interesados en ver cómo se resolvía la lucha por las cintas. Bernstein y Woodward se sentaron en la segunda fila.

Sirica, que hizo su entrada en la sala exactamente a las diez en punto, era capaz de expresar su desagrado frunciendo el ceño tan profundamente como para no dejar la menor duda sobre la reputación de su severidad. Estaba decidido a meter en cintura a los reporteros. El gran jurado entró en la sala. Los presentes obedecieron la orden: «¡En pie!». El juez frunció el ceño aún más.

—¡Muchacho...! —murmuró Woodward a Bernstein, aguantando la respiración, de modo que las palabras sonaron como quien ordena a un caballo que se detenga. Bernstein estaba meditando sobre qué destino prefería: la ignominia de ser desnudado delante de sus colegas por su conducta semiindigna o el mitigado honor de ser tratado por «Máximo John».

—Recientemente me ha llamado la atención —comenzó Sirica relatando los desgraciados hechos...

Durante el primer fin de semana, algunos miembros de un Gran Jurado habían sido solicitados por reporteros que buscaban información. Sin embargo se puso en claro posteriormente y en un cambio de impresiones con dichos miembros y la Fiscalía, que no se había infiltrado la menor información; por ese motivo la investigación no había ido más lejos. Debía alabar a los jurados por su silencio.

Quería robustecer su resolución recordándoles el juramento que hacía que sus deliberaciones fueran «sagradas y secretas».

El juez dirigió la vista a la audiencia:

—Ahora quiero que esas personas que intentaron sonsacar a los miembros de un gran jurado sepan que este Tribunal considera el asunto como extremadamente serio.

Los reporteros estaban pendientes de cada palabra del juez, y perdían la confianza en que Ed Williams y los fiscales hubieran sido convincentes en sus argumentos.

El juez tenía el rostro serio y contraído. Observó con tono reflexivo que la persona que había intentado sonsacar al gran jurado no era un abogado defensor ni un acusado, sino... «un representante de los medios de información». Se oyó un murmullo entre los periodistas que se hallaban presentes. ¿A quién de entre ellos se refería el juez? Bernstein y Woodward esperaban que el juez los desenmascarara y, tal vez, les preguntara si deseaban pedir disculpas y solicitar la gracia del Tribunal.

Lo que hizo Sirica en primer lugar, actuando según un propósito previsto de antemano, fue señalar las complicaciones y ramificaciones legales del asunto y recordó a los presentes que el intento de conseguir información de un jurado es, al menos potencialmente, un delito de desacato al tribunal. Después pidió excusas al Gran Jurado y se marchó de la Sala. El escribano anunció una pausa.

A los dos periodistas les costó algún tiempo comprender lo que había ocurrido y que aquello significaba el fin de todo. Estaban libres.

Bernstein y Woodward trataron de adoptar un aire indiferente y tranquilo cuando se mezclaron con sus colegas. Todos andaban preguntándose mutuamente con curiosidad quién sería el culpable. Ellos dijeron que, personalmente, no deseaban especular. Dan Schorr, de la CBS, que tenía una vista de águila para divisar cualquier anomalía, fue el primero en sugerir en privado que los aludidos debían de ser Bernstein y Woodward. Eso es una calumnia, una acusación sin base, una ofensa profesional, protestó Bernstein. Schorr le respondió con una sonrisa de suficiencia, como si lo supiera todo. Durante una escapada al pasillo, los dos periodistas se habían puesto de acuerdo en que sólo negarían la acusación de modo directo en caso de extrema necesidad. Confiaban en poder escapar sin necesidad de hacerlo, empleando la astucia y mostrando una indignación bien dosificada.

La confusa escena que se estaba desarrollando en el pasillo no les permitió que pudieran concentrarse atentamente en sus pensamientos personales. Dos docenas de colegas estaban lanzando teorías particulares, tratando de sonsacar a alguien en busca de la identificación del culpable. Acosado de nuevo, Woodward dijo lo primero que le vino a la mente: el contacto con el gran jurado había tenido lugar en el primer fin de semana de diciembre. Es decir seis semanas antes de que Bernstein hubiese escrito su reportaje más importante. De un modo u otro la forzada falta de lógica del silogismo dio resultado. Bernstein, que se sentía preocupado, oyó con satisfacción cómo otro periodista explicaba que el culpable tenía que ser, probablemente, un miembro de los servicios de la Radio o la Televisión.

—Sirica ha utilizado expresamente el término «medio de información», es decir el que se emplea por regla general para referirse a los reporteros de estos servicios. Cuando la gente se refiere a un reportero de un diario o revista dice «la Prensa» —se expresó el periodista que se pasaba de listo.

¡Oh sí!, afirmó Bernstein asíéndose a la ocasión, él también se había dado cuenta de ello.

Woodward y Bernstein trataron de evitar a un colega que estaba realizando una especie de interrogatorio a los reporteros presentes sobre qué opinaban de la sesión en la Sala del juez Sirica. Alcanzó a Woodward cerca del ascensor, y directamente, sin ambages, le preguntó si el juez se había estado refiriendo a él o a su compañero Bernstein.

—¡Vamos, hombre...! ¿Pero qué te has creído...? —le respondió Woodward indignado.

El periodista insistió: ¿Había sido uno de ellos, sí o no?

—Escucha —le respondió Woodward—. ¿Quieres una respuesta precisa? ¿Me estás preguntando en una entrevista oficial, para publicar mi respuesta? ¿Estás trabajando el asunto en serio? Porque si es así te daré una respuesta concreta... ¡que tal vez no te guste...!

El periodista se quedó atónito:

—Lo siento Bob. No pensé que te pusieras así conmigo, que te lo tomaras tan en serio —le dijo a Woodward.

El peligro pasó. La visión de pesadilla que les había aterrorizado durante todo el día (Ron Ziegler en el podio pidiendo que se les sometiera a una completa investigación por parte de las autoridades federales) desapareció. Intentaron imaginarse los términos que Ziegler hubiera utilizado («¿intento de soborno a un jurado?») y advirtieron que no tenían suficiente estómago para resistir algo semejante. Se vieron miserables. No habían violado la Ley al visitar a los miembros del Gran Jurado, esto al menos parecía cierto. Pero la habían esquivado y habían puesto a otros en peligro de hacerlo. Habían elegido la eficacia por encima del principio y su acción había sido descubierta. Habían atentado contra la ética, se habían escabullido, evadido, habían sugerido e intimidado, aun cuando no hubieran mentido directamente.

Por la tarde Woodward regresó a la Sala del juez Sirica para presenciar la continuación del juicio oral en el caso del material del *Los Angeles Times* sobre Baldwin. Las notas, las grabaciones y una lista de documentos de los reporteros Jack Nelson y Ronald Ostrow debían ser requisados a petición de los abogados defensores en el Caso Watergate.

La entrevista del *Times* con Baldwin, fue la muestra más viva de periodismo en todo el caso Watergate y en ella quedó verdaderamente retratada la diferencia entre

un «*intento de allanamiento de tercera categoría*» y la clase de guerra política de gangsters realizada por los hombres del presidente. Woodward recordó sus contactos con los abogados de Alfred Baldwin y dudaba de que éstos hubieran accedido a la celebración de cualquier entrevista sin contar con la seguridad de que las cintas y las notas quedarían en poder del *Times*. Ciertamente la historia que él y Bernstein escribieron, nunca hubiera sido posible sin tales garantías.

El juez ordenó a John F. Lawrence de *Los Angeles Times* que entregara las cintas que había recibido del periódico para su custodia. Lawrence era el jefe de la delegación del *Los Angeles Times* en Washington.

—Respetuosamente debo negarme a ello —respondió Lawrence con voz suave. Era un hombre delgado cercano a los cuarenta.

Sirica le acusó de desacato y ordenó su encarcelamiento.

El abogado de Lawrence arguyó que encarcelar a su defendido mientras se estaba considerando una apelación basada en la Primera Enmienda de la Constitución, no serviría de nada ni tenía razón de ser. Señaló que estaban en plenas navidades y que el señor Lawrence tenía esposa y un hijo pequeño. Pero Sirica no se dejó enternecer y los alguaciles condujeron a Lawrence a los calabozos sin permitirle siquiera despedirse de su esposa^[52].

Bernstein jamás había visto tan conmovido a Woodward. Los dos se dieron cuenta, dolorosamente, del contraste: Lawrence, cuyo único delito consistía en actuar profesionalmente y seguir los dictados de su conciencia, estaba en la cárcel. Ellos se habían librado con una amonestación secreta, nadie se había metido con ellos y ni siquiera se les puso en evidencia.

La aventura del Gran Jurado no fue el último tropiezo de los dos reporteros con el juez Sirica y los fiscales.

Varios días después de su aparición ante el Tribunal, Woodward telefoneó a una exsecretaria de la oficina de Morton B. Jackson, un abogado de Los Ángeles con quien Hunt había residido durante la semana que ocurrió el allanamiento de Watergate. Woodward se identificó y dijo que sabía que ella fue interrogada por el FBI.

—*¡Déjeme en paz!* —le respondió la secretaria—. *Quiero vivir mi vida. No puedo resistir todo esto. ¿Qué interés tiene usted por fastidiarme?*

Woodward le dijo que intentaba cerciorarse de cierta información llegada a su poder, que indicaba que ella conocía alguna de las intenciones de Howard Hunt y Gordon Liddy, en sus viajes a la Costa Occidental.

—*Yo no soy nadie... No soy absolutamente nadie... Déjeme en paz...* —La mujer comenzó a llorar y Woodward cortó la comunicación.

Al día siguiente, Bradlee llamó a Bernstein y Woodward a su despacho.

—La fiscalía del caso Watergate ha vuelto a llamar a Williams... Cierta mujer de

California se ha quejado de que uno de vosotros la telefoneó y se hizo pasar por agente del FBI.

Bernstein se echó a reír ante el solo pensamiento de Woodward presentándose como agente del FBI. Pero Bradlee estaba serio. Mientras se celebraba la audiencia relacionada con las cintas de Baldwin, Sirica se dirigió a todos los testigos potenciales en el caso, pidiéndoles que no hablaran con los periodistas hasta después de celebrado el juicio.

—Ahora tenemos que vérnoslas otra vez con Sirica —dijo Bradlee—. Ha convocado a la fiscalía. Claro está que no creen que te hicieras pasar por agente del FBI. Pero piensan que tal vez habéis cometido una violación de las normas sobre los testigos.

Bradlee dijo que Williams volvería a visitar al juez. Bernstein se quejó de que sería de todo punto imposible para ellos continuar con la investigación si se les prohibía hablar con los testigos. Bradlee aceptó esa opinión, pero ordenó:

—Sin embargo, mientras no hayamos llegado a un acuerdo, deberéis permanecer alejados de ellos.

Los periodistas preguntaron a su jefe cómo podían saber quién era un testigo o no.

—No hay manera. Por lo tanto —añadió Bradlee— debéis parar vuestras informaciones... Es decir, dejad de escarbar en terreno nuevo... hasta que se haya logrado un acuerdo.

Por primera vez en seis meses, se imponía la inactividad de Woodward y Bernstein.

Dos días después, Bradlee les comunicó las nuevas normas que debían regir su información. Se envió copia de las instrucciones a Rosenfeld, Sussman, Woodward y Bernstein:

Williams ha hablado con Sirica esta mañana. Podemos hablar con los testigos... SIEMPRE Y CUANDO recordemos que, en el mismo instante en que un testigo nos diga que el tribunal le ha prohibido hablar con nosotros, debemos retirarnos por el foro. Y en el mismo *instante* significa esto: en el mismo *instante*. En otras palabras, no podemos intentar hacer hablar a un testigo si éste nos dice que ha comprendido que el Tribunal espera de él, o de ella, su silencio. Tenemos que cumplir esta norma en su espíritu y su letra.

Unos días después, pasaron por el despacho de Earl Silbert para discutir las líneas directrices. Eran más o menos las nueve de la mañana y la audiencia estaba todavía casi desierta. Silbert parecía de buen humor. Como era normal en tales reuniones, se negó a comentar el caso de modo concreto y estuvieron charlando de las elecciones. El fiscal jefe pertenecía al Partido Demócrata y su esposa, una artista, había trabajado

voluntariamente en la campaña de McGovern, aunque lo hizo empleando su nombre de soltera, para que no pudieran hacerse interpretaciones erróneas sobre sus actividades políticas y su relación con los acusadores en el caso Watergate.

Como casi todo lo relacionado con Silbert, su despacho estaba meticulosamente ordenado. (La madre del fiscal principal del caso Watergate había dicho en cierta ocasión, en una entrevista con los periodistas, que su hijo fue siempre tan meticuloso que, cuando dejaba sus zapatos en el armario los alineaba sin que un tacón sobresaliera ni un milímetro más que el otro). Los montones de carpetas y papeles que cubrían casi toda pulgada disponible, estaban colocados en un orden perfecto. Woodward se dio cuenta de que sobre la mesa había una carta y reconoció en ella el membrete de la Compañía Watkins-Johnson de Rockville, Maryland. Woodward sabía que se trataba de la compañía en que McCord había comprado parte del equipo de escucha electrónica clandestina en el Watergate.

Se lo dijo así a Bernstein cuando, en un taxi, regresaban a la redacción...

Bien, ¿y qué?, dijo Bernstein. Woodward no podía saber de qué se trataba, pero al día siguiente llamó por teléfono a la Compañía y se enteró de que McCord había presentado allí su documento de identidad como miembro del CRP cuando compró el equipo y que pagó con billetes de a cien dólares: 35 de ellos.

Woodward escribió una breve información sobre esta transacción y se publicó el 23 de diciembre en las páginas interiores del periódico.

El lunes siguiente, Bernstein recibió una llamada de Silbert en la que pedía que él y Woodward se presentaran de inmediato en el despacho del Fiscal. Bernstein no tenía la menor idea de cuáles serían los deseos de Silbert. Woodward se imaginó que el fiscal había relacionado el reportaje sobre la compra de equipo electrónico por valor de 3 500 dólares y la carta que estaba sobre su mesa. Bernstein dijo que consideraba inconcebible que Silbert los llamara por un asunto tan trivial, sobre todo porque ellos ya tenían, anteriormente, documentos que probaban las compras de McCord.

Cuando llegaron al despacho de Silbert, éste y su asociado Seymour Glanzer los recibieron con una expresión seca y seria. Silbert dijo que deseaba conocer cuál era la fuente que les había informado de las compras. La carta estaba sobre la mesa en la misma posición que antes, en el ángulo izquierdo, más alejado y claramente visible frente a Woodward. Éste dijo que había visto la carta y se decidió a llamar a «Watkins-Johnson» a ver si había algo nuevo sobre el equipo desde que los reporteros habían hablado con ellos la última vez.

—Para que crea eso —dijo Silbert— tienen que decirme ustedes quién fue su fuente original de información.

Los periodistas se negaron.

Silbert estaba convencido que los reporteros habían obtenido la información de su carta y sólo de su carta. Les amenazó con hacer correr una circular por toda la Oficina Fiscal de los Estados Unidos contando a todo el mundo el incidente y recomendando,

en consecuencia, que nadie recibiera ni hablara en el futuro con Woodward o Bernstein. También pensaría en la posibilidad de emprender una acción judicial contra ellos. Si él hubiera dejado caer algo en su conversación, concedió Silbert, le parecería lógico que los periodistas se hubieran aprovechado. Eso sería correcto y adecuado. Pero conseguir información de la mesa de alguien era «ofensivo y mezquino». Glanzer dijo que era una acción deshonestas.

Bernstein había aprendido, ya hacía muchos años, que la habilidad de leer de abajo para arriba podía ser de utilidad en la labor reporteril, pero no podía por menos de estar conforme, en parte por lo menos, con la actitud de los fiscales. Pidió excusas sincera y profundamente... Woodward también se excusó, pero pensaba que Silbert y Glanzer estaban portándose de modo irracional y lo dijo así.

Silbert dijo que en adelante no estaba seguro de poder volver a confiar ya en ellos.

Si los fiscales emprendieron alguna acción sobre el asunto, Woodward y Bernstein nunca tuvieron noticias de ella.

En diciembre, unas pocas semanas antes del comienzo del juicio contra los siete acusados del Watergate, Woodward estuvo almorzando con Sussman y Rosenfeld en el Jefferson Hotel. Los redactores jefe —fraternal pero insistentemente— deseaban conocer con más detalle cómo se iba desarrollando la investigación del *Post* sobre el asunto Watergate.

Woodward tenía algunas ideas fantásticas sobre la prosecución del asunto. Una de ellas era la de que Gordon Liddy les invitara a él y a Bernstein a tomar una copa en su casa; se pasarían la noche bebiendo mientras Liddy les contaba la historia completa y les autorizaba a que la grabaran en su magnetófono.

A los jefes, sin embargo, no les interesaban estas fantasías. Deseaban algo más práctico y concreto. Woodward preguntó a quién enviaría el *Post* a informar sobre las sesiones del juicio. Rosenfeld dijo que todavía no lo había decidido. Woodward opinó que, a su juicio, eran él y Bernstein quienes debían hacerlo. Rosenfeld no se mostró de acuerdo. Resultaba más importante que nunca que el *Post* tuviera una información objetiva e irreprochable. Podía destinar a otros reporteros que habían trabajado el asunto y ya no estaban en él. Woodward insistió en que él y Bernstein se habían ganado el derecho a ser los informadores. Rosenfeld le dirigió una mirada penetrante y reafirmó que todavía no había decidido nada.

Varios días más tarde, Rosenfeld informó a los dos reporteros que había designado para cubrir la información del juicio a Lawrence Meyer, el reportero que normalmente se encargaba de la información sobre los asuntos de los tribunales federales. Woodward y Bernstein debían continuar su investigación. Cada uno de ellos asistiría en días alternos al juicio para ver si de los testimonios se deducía alguna filtración o indicio que resultara útil para su trabajo.

Rosenfeld tenía razón en su manera de ver las cosas y en su decisión, pero los periodistas no lo vieron así en aquellos momentos. Dieron entrada al resentimiento. El caso parecía entrar en una nueva fase y temían que el *Post* fuera a acabar con la publicación de sus trabajos sobre el caso Watergate; con ello, todo lo que hasta entonces habían escrito no pasaría a ser más que un exceso de entusiasmo juvenil.

Sus temores aumentaron cuando, justamente antes del comienzo del juicio, Bernstein y Woodward redactaron un amplio «análisis informativo». Se basaba en investigaciones realizadas durante varios días e incluía largas entrevistas con funcionarios del Ministerio de Justicia. El tema central de su reportaje defendía que el juicio dejaría sin respuesta la mayor parte de las cuestiones relacionadas con la financiación y el patrocinio de la operación Watergate. Se ignoraría la extensa campaña de espionaje y sabotaje políticos. Rosenfeld rechazó la publicación del artículo:

—Veamos primero lo que ocurre. Esperemos y después podremos informar.

Dos días antes del comienzo de la vista, Bernstein oyó que los acusados de Miami estaban residiendo en un lujoso edificio de apartamentos en Arlington, Virginia, con sus familiares y abogados. Esa noche visitó a uno de los hombres, quien le habló de la defensa con la que esperaban apoyar su declaración de inocencia. Iban a afirmar que se les había asegurado que el asalto al Watergate había sido aprobado por altos funcionarios del gobierno y que, por lo tanto, ellos habían estado trabajando recientemente en una misión oficialmente autorizada. Había una pega, le dijo a Bernstein: Howard Hunt, aunque partidario de una defensa común, se oponía vehementemente a cualquier tipo de estrategia defensiva frente al Tribunal, que pudiera sugerir que la conspiración se extendía más allá de los siete acusados.

Por la mañana del 8 de enero se abrió la vista. Hunt, con aspecto cansado y el pelo canoso, llegó a la audiencia vestido con un abrigo de paño negro adornado con un aristocrático, aunque un poco deteriorado, cuello de piel. Fumando su pipa, empezó a pasear de un lado a otro del corredor, hablando frecuentemente en voz baja con su acompañante, Gordon Liddy. Los dos cruzaron el *hall* sin dejar de hablar. Hunt, cuya esposa había muerto en un accidente de aviación pocas semanas antes, se apoyaba sobre el hombro de Liddy como buscando protección.

Liddy había llegado con un gran cigarro puro entre los labios, sonriendo, saludando con la mano a todo el mundo y radiando confianza. Más tarde, cuando fue presentado a los respectivos jurados, se alzó sobre las puntas de sus pies y agitó la mano derecha triunfalmente, como el político que saluda a la multitud. Los cuatro hombres de Miami aparentaban hallarse bajo una gran tensión y llegaron acompañados de su abogado, Henry B. Rothblatt. Éste llevaba tupé y lucía un pequeño bigote que parecía haber sido subrayado con rimel. McCord, con aspecto serio, llegó pocos minutos después. Rechazó las preguntas de los periodistas que lo asediaron con un «*sin comentarios*».

Los componentes del equipo de la acusación fiscal (Earl Silbert, de 36 años;

Seymour Glanzer, de 46, y Donald E. Campbell, de 35) llegaron muy pulcros y aseados. Cada uno de ellos llevaba un montón de carpetas y documentos. Cuando se dirigieron al ascensor se vieron agobiados por los reporteros.

—Todas vuestras preguntas tendrán respuesta —les dijo Glanzer—. No tenéis más que esperar.

El juez jefe del Distrito Federal U. S. John J. Sirica, que se había asignado el caso a sí mismo, sentábase en el estrado situado por encima del resto de la sala. Su pelo negro y ondulado le hacía parecer mucho más joven de sus 68 años. Durante una audiencia previa celebrada en el diciembre anterior, había expresado claramente sus intenciones:

—Este jurado deberá intentar conocer: ¿Por qué entraron estos hombres en el cuartel general (del Partido Demócrata)? ¿Era su único objetivo realizar espionaje político? ¿Lo hacían por dinero? ¿Cuáles iban a ser sus beneficios económicos? ¿Quiénes les habían contratado? ¿Quién puso en marcha el asunto?

Los críticos de Sirica, y tenía muchos en los círculos profesionales legales más conocidos, incluso entre los propios fiscales, oponían que un juicio no es el lugar adecuado para llevar a cabo una investigación, puesto que esa misión correspondía propiamente al Gran Jurado^[53].

Woodward y Bernstein acudieron juntos para asistir a la primera sesión del juicio y escucharon el discurso de dos horas con el que Silbert presentó el caso. El fiscal jefe parecía exasperado cuando dijo que sólo podría estar en condiciones de exponer en qué se habían gastado 50 000 de los 235 000 dólares entregados a Gordon Liddy, en billetes de a cien y que procedían de los fondos de la campaña presidencial. Basando su teoría principalmente en las declaraciones de Jeb Magruder y Herbert L. Porter, Silbert dijo que los fondos habían sido entregados a Liddy para dirigir actividades de inteligencia legítimas y legales. Silbert dijo que Liddy había actuado por propia iniciativa y que fue así como organizó y ejecutó la ilegal operación de Watergate. Ésta era la versión de «cobertura» del CRP tal y como había sido descrita a los reporteros meses antes, en el transcurso de sus visitas nocturnas.

Mientras Silbert iba exponiendo su tesis de una conspiración delictiva de poco nivel, Woodward estaba sentado entre los demás periodistas que tomaban notas furiosamente. No tenía que escribir la información del juicio y, por tanto, podía dedicarse exclusivamente a reflexionar sobre lo que Silbert estaba diciendo.

Recordó una lección aprendida en su año de novato en Yale. Su profesor había ordenado a los estudiantes que leyeran determinados documentos medievales sobre la famosa visita de Enrique IV a Canossa para pedir perdón al Papa Gregorio. De acuerdo con esos documentos, el rey había esperado descalzo, sobre la nieve, fuera del Vaticano, durante varios días. Woodward se había tragado todos los documentos, tomó notas y basó su escrito en los hechos en los que coincidían la mayor parte de los testigos. Todos atestiguaron que Enrique IV había estado allí, con los pies descalzos sobre la nieve, durante varios días. El profesor suspendió a Woodward porque no

había dado muestras de sentido común. Ningún ser humano podía estar durante días con los pies descalzos sobre la nieve sin que éstos se le congelaran, dijo el profesor. «El Derecho divino de los reyes no llega hasta el extremo de violar las leyes de la naturaleza y del sentido común».

Mientras Silbert se estaba dejando arrastrar a sí mismo a un estado de indignación contra Liddy —el jefe de toda la operación según dijo—, Woodward se preguntó si Silbert habría hecho también un curso de historia en Harvard. Todo parecía indicarlo así. Silbert tenía todas las pruebas: sesenta testigos, un caso claro como el agua. Sólo había una cosa falsa: todo aquello no tenía sentido. El CRP no iba a gastar 235 000 dólares por una información inconsecuente que podía obtener gratuitamente del FBI y de la policía local. Además, antes de hacer un pago de tal cuantía, los directores responsables del CRP tenían forzosamente que haberse informado de los presupuestos exactos y de los resultados precisos.

Silbert había dicho a Bernstein y Woodward que no esperaba satisfacer a nadie con su investigación sobre el caso Watergate. Y lo iba a conseguir, eso estaba claro. Había repetido con insistencia que no había pruebas para acusar a nadie aparte de los siete hombres que habían sido atrapados.

—*Hay una regla no escrita en el Departamento de Justicia que dice que mientras más importante es la gente contra quien se actúa, más seguro hay que estar de tenerlos bien cogidos por los c... Y creo que es una regla acertada.*

En la declaración inicial Howard Hunt cambió su declaración anterior de inocencia por la admisión de su culpabilidad. Fuera de la sala del tribunal declaró a unos periodistas que «*por lo que personalmente sabía*» no había ninguna persona «*más alta*» mezclada en la conspiración.

El día anterior, uno de los miembros del contingente de Miami había dicho a Bernstein que tal vez los cuatro hombres de Florida se declararan culpables si Hunt lo hacía. Los rumores en este sentido persistían. Por la tarde del viernes, tras el fin de la sesión, Bernstein y Woodward estaban en la puerta de la Audiencia con Nicholas von Hoffman, columnista del *Post* y el editorialista del diario, Roger Wilkins. Henry Rothblatt, el abogado de los hombres de Miami, estaba con sus clientes en la esquina próxima tratando de conseguir un taxi.

Vamos a perderlos si uno de nosotros no se va con ellos, dijo Bernstein. Woodward estaba de acuerdo. Bernstein dijo que iría él.

Woodward le entregó 20 dólares. Rothblatt y sus clientes encontraron un taxi en el momento en que Bernstein se dirigía hacia ellos a toda prisa. El abogado, el robusto Frank Sturgis y los otros tres llenaron el coche, pero Bernstein sin ser invitado se metió también en él, se sentó encima del más próximo y cerró la puerta de un portazo. Von Hoffman y Wilkins se troncharon de risa. Woodward escribió una nota recordatoria de que Bernstein le debía 20 dólares.

Por la tarde del sábado, Bernstein regresó a la oficina ojeroso y con aspecto cansado. Había ido al aeropuerto con Rothblatt y sus clientes, compró un billete para

un vuelo en el que se marchaba uno de los hombres, se acercó a éste y le ofreció a ayudarlo con la maleta y comenzaron a hablar amistosamente y una vez dentro del avión se sentó en el asiento a su lado. Bernstein no tuvo que presionar demasiado al hombre para llevar la conversación al tema del juicio. El reportaje surgió en una tranquila conversación mientras el avión calentaba sus reactores sobre la pista. La entrevista, pensó Bernstein, le estaba costando al *Post* más de un dólar por minuto.

De acuerdo con la versión del hombre del avión, Hunt había ido visitando a los cuatro hombres de Miami durante una semana insistiendo en que debían declararse culpables; si lo hacían así sus familias recibirían ayuda financiera y ellos podían contar con un indulto del poder ejecutivo después de pocos meses de cárcel. En la confraternidad típica de la CIA, Hunt, el funcionario experimentado y veterano, estaba transmitiendo órdenes a los que trabajaban a nivel inferior al suyo. Durante más de una década, los hombres se habían mantenido absolutamente fieles a Hunt, incluso después de que éste supervisara su participación en la operación de la Bahía de Cochinos. Era su jefe, el lazo entre sus propios proyectos y la causa del patriotismo norteamericano. Rothblatt, según supo Bernstein, se había puesto furioso y dio instrucciones a sus clientes de «mantenerse alejados de ese hijo de perra de Hunt», pero fue demasiado tarde. La declaración de culpabilidad se hizo a la semana siguiente.

Al teléfono, respondiendo una llamada de Woodward, William Bittman, el abogado de Hunt, negó en absoluto que su cliente hubiera estado presionando sobre los hombres de Miami:

—Creo que esa sugerencia es absurda... No puedo ni pensar una cosa así —dijo.

Los dos reporteros y el subdirector del *Post*, Howard Simons, cambiaron impresiones sobre la historia. Les inquietaba su publicación. Si lo hacían, tal vez el juez Sirica convocara de nuevo a los dos periodistas ante el Tribunal, para tratar de conocer la fuente de su información y ordenar una investigación sobre lo que parecía ser un caso de obstrucción a la justicia. Simons consultó a varios de los abogados del *Post* sobre las posibilidades de que John Sirica ordenara tal investigación. Cuando se aproximaba la hora de cierre las opiniones seguían divididas. Prevalció la precaución decisiva y la historia sobre Hunt se dejó sin publicar para reconsiderarla al día siguiente. Una cosa era cierta: si el reportaje se publicaba, llevaría sólo la firma de uno de los dos periodistas. Así, si Sirica ordenaba que se le informara de las fuentes, sólo uno de ellos tenía posibilidad de dar con los huesos en la cárcel, por desacato, al negarse a identificar su fuente informativa.

Por la noche se convocó por teléfono a Woodward y Bernstein que ya estaban en su domicilio. Un reportaje del *New York Times* decía que los cuatro hombres de Miami aún seguían cobrando de personas no mencionadas. El reportaje, firmado por Seymour M. Hersh decía también que Sturgis, uno de los acusados del allanamiento de Watergate, había admitido que se le había dicho que John Mitchell estaba enterado de la operación Watergate y que había animado al equipo para que la realizara. Al día siguiente, la revista *Time* anunció una próxima serie en la que se diría que a cada

uno de los cuatro hombres de Miami se le habían prometido mil dólares por cada mes que se pasaran en la cárcel. Un relato escrito por Jack Anderson llevaba el asunto aún más lejos: «La mayor parte del dinero para los acusados ha sido manejada por Hunt, quien entregó parte de él a Bernard Barker».

Estos relatos apagaron los temores de Simons.

—El juez Sirica tendrá que llevar a la cárcel, con vosotros, a los reporteros del *Time* y del *New York Times*, así como a Jack Anderson —les dijo.

Al día siguiente, lunes, la historia de las maniobras de Hunt apareció en el *Post*. Por la mañana del mismo día, ante el tribunal, los cuatro hombres de Miami despidieron a Rothblatt como abogado y se les asignó otro. Éste lo primero que hizo fue presentar la declaración de culpabilidad de sus defendidos.

Sirica estaba muy agitado. Después de aceptar la nueva declaración, hizo que los cuatro hombres de Miami se acercaran al estrado. Lo hicieron despacio. El acusado Barker se balanceaba sobre las puntas de los pies, con las manos cruzadas detrás de la espalda. Al parecer, presa de la ansiedad del momento, sentía que las rodillas le flaqueaban. Respondió a las preguntas del juez moviendo la cabeza de un lado a otro y con palabras entrecortadas como si tuviera la garganta contraída.

El juez Sirica preguntó qué había de «esos billetes de 100 dólares que parecían flotar por doquier como hojas en el viento».

Barker replicó que no sabía su procedencia. Los otros hicieron gestos de confirmación.

—*Recibía el dinero por correo en un sobre negro* —dijo.

—Lo siento mucho —replicó el juez Sirica— pero no le creo.

Sirica estuvo interrogando a los cuatro hombres durante casi una hora.

Las cabezas de los cuatro acusados parecían estar manejadas por los mismos hilos: se movían de un lado para otro, al unísono. Afirmaron que la decisión de declararse culpables la habían tomado sin haber sido sometidos a presión alguna en ese sentido. El Juez les preguntó si alguien les había mencionado la posibilidad de conseguir un indulto del poder ejecutivo.

—*No, señorita* —respondieron.

El ceño del juez se fruncía cada vez más.

¿Alguno de ellos había trabajado en alguna ocasión para la CIA?

—*No, que yo sepa* —respondió el acusado Martínez que había sido un colaborador de la CIA y que recibió 100 dólares mensuales de este organismo hasta el día siguiente de su detención en Watergate. Entre los que soltaron una carcajada se contó Gordon Liddy que había estado descabezando un pequeño sueñecito en la mesa de la defensa cuando Sirica comenzó a interrogar a los cuatro hombres.

—¿Por qué llevó usted a cabo este allanamiento del Watergate? —preguntó el juez Sirica.

—*Todo está relacionado con la situación en Cuba* —respondió Martínez—. *Cuando se trata de Cuba y de una conspiración comunista contra los Estados Unidos, haré siempre*

todo lo que esté en mis manos para proteger este país contra cualquier conspiración comunista.

Sirica movió los ojos de un lado a otro con incredulidad.

—¿Qué tiene que ver el cuartel general del Partido Demócrata con una conspiración comunista? —preguntó.

—*No lo sé* —respondió Martínez, que añadió que eso era lo que Barker y Hunt le habían dicho.

Seguidamente los cuatro negaron haber recibido ningún dinero por la realización de aquel trabajo.

—*No somos hombres capaces de vendernos por dinero* —dijo Barker orgullosamente.

—¿Trabajaban ustedes bajo la dirección del señor Hunt o de otras personas, en la tarea que estaban realizando? —preguntó Sirica a Barker.

—*Yo trabajaba con el señor Hunt y quiero hacer constar que estaba identificado completamente con él... Fue para mí una distinción y un gran honor* —dijo Barker.

Mientras el juez Sirica los estaba interrogando, el jefe fiscal Silbert movía la cabeza con aire de disgusto y tenía los ojos fijos en el montón de papeles legales que tenía frente a él. Glanzer estaba retrepado en su silla y se rascaba un lado de la cara. Las afirmaciones de la Fiscalía de que todo se aclararía en el juicio se estaban desvaneciendo a medida que los acusados se metían más profundamente en su propia declaración de culpabilidad.

Sirica le preguntó a Barker sobre los 114 000 dólares en cheques de la campaña de Nixon que habían sido ingresados en su cuenta corriente. Barker afirmó que no sabía de dónde provenía el dinero.

—¿No le resultaba extraña una cosa así? —preguntó el juez.

—*No veo nada raro en ello, Señoría* —replicó Barker—. *Antes de esto ya he estado involucrado en otras operaciones que me han acostumbrado a no ver, por mi parte, nada raro en tales cosas.*

Los cuatro de Miami fueron conducidos a la cárcel.

Al mediodía Woodward tomó un taxi de regreso al *Post* para almorzar con Katharine Graham y Howard Simons.

—Katharine desea conocer algo más sobre vuestro trabajo y las fuentes de información —dijo Simons.

La señora Graham, la editora del periódico, era la hija de Eugene Meyer, quien compró el periódico en 1933. Cuando su marido, Philip Graham, que era el propietario, se suicidó en 1963, ella se hizo cargo del control del diario.

Woodward se sintió halagado al ver que la señora Graham había esperado a que transcurriera el período de los reportajes que habían requerido trabajo más intenso de investigación y los ataques de la Casa Blanca, del otoño anterior, antes de convocar aquella reunión. Tomó el ascensor hasta el octavo piso y atravesó la doble puerta de

cristal hasta una gruesa alfombra blanca que conducía a la oficina de la propietaria. Simons estaba allí, con una copa en la mano. Pronto los tres estuvieron sentados en un rincón del despacho.

—¿Qué ha pasado en el juicio hoy? —preguntó la señora Graham.

Woodward le explicó la declaración de culpabilidad de los cuatro hombres de Miami y el interrogatorio a que los había sometido el juez Sirica. El juicio se estaba convirtiendo en algo cada vez más ridículo, dijo Woodward, que describió la escena de los cuatro acusados hablando y moviendo la cabeza al unísono, como marionetas movidas por una misma mano.

La señora Graham le hizo varias preguntas sobre lo que todo aquello podía significar y su opinión sobre lo que sucedería en el futuro.

—¿Saldrá a relucir la verdad? —preguntó con cierto tono de aprehensión—. Lo que quiero decir es si alguna vez llegaremos a saber todo lo que hay detrás del asunto.

Woodward pensó que ésa era la manera más delicada de preguntar: «Muchachos, ¿qué habéis estado haciendo con mi periódico?». Respondió que él y Bernstein no estaban seguros de que las cosas llegaran a ponerse en claro.

El rostro de Katharine Graham expresó cierta depresión y movió la cabeza.

—¿Nunca? —preguntó—. No quiero oír esa palabra.

Se echó a reír y movía hacia atrás la cabeza con una amplia sonrisa en el rostro.

—Bueno, vamos a comer —dijo levantándose y conduciendo a sus invitados al comedor, que se hallaba directamente detrás de su despacho.

Una mujer, con el tradicional uniforme de las doncellas de casa grande, uniforme negro y delantal y cofia blancos, les sirvió unos deliciosos «huevos a la benedictina».

Howard Simons explicó los motivos de aquel almuerzo de trabajo: una conversación confidencial sobre las fuentes de información de los reportajes sobre el caso Watergate^[54]. Woodward, que había acabado de tomar dos bocados de sus sabrosos huevos, se dio cuenta de que tendría que mantener un monólogo. Habló, principalmente a la señora Graham, de Martin Dardis, en Florida, de los distintos abogados del Departamento de Justicia, de un agente del FBI, de un ayudante de la Casa Blanca, de la contable, de Hugh Sloan. La editora del *Post* le dijo que estaba menos interesada en los nombres que en las posiciones que cada uno de ellos ocupaban.

Woodward le dijo que él no había dicho a nadie el nombre de «Garganta Profunda».

La señora Graham hizo una pausa y después dijo:

—¡Dígamelo a mí!

Woodward se quedó helado. Dijo que le diría el nombre si de veras se lo exigía. Estaba pidiéndole a Dios que no le presionara. La señora Graham se echó a reír, le puso la mano en el brazo y le dijo que sólo estaba bromeando, que en realidad no deseaba cargar esa responsabilidad sobre sus hombros. Woodward volvió a tomar un bocado de los huevos. Ya estaban fríos.

—Ahora hablemos del asunto de Haldeman —dijo la señora Graham, mirando a Woodward como si en realidad no estuviera segura de si quería oír hablar del asunto.

Woodward dejó su tenedor sobre el plato y comenzó a relatar la historia del error que él y Bernstein habían cometido con respecto al testimonio de Sloan ante el gran jurado.

—Pero ¿están ustedes seguros de que tenemos razón? —La pregunta llevaba consigo una tensión e intensidad que no había estado presente en la conversación anterior—. Recuerdo haber hablado con Henry Kissinger —continuó—, quien me dijo: «¿Es qué no cree usted que vamos a resultar reelegidos? ¿Pero qué es lo que pasa? Ustedes se han equivocado con respecto a Haldeman». Pareció bastante disgustado y añadió que se trataba de algo terrible, muy poco noble con respecto a Haldeman.

Si hay alguien con quien no hemos sido injustos, es con Bob Haldeman, dijo Woodward. Fue la declaración más concreta que el reportero hizo en el curso del almuerzo.

—¡Oh...! —exclamó la señora Graham—. ¿Es realmente así? Estoy satisfecha de oírsele decir porque verdaderamente estaba preocupada...

Hizo una pausa y continuó:

—Me ha tranquilizado, realmente lo ha hecho.

Se quedó mirando a Woodward fijamente. Su rostro decía claramente: «Siga haciéndolo aún mejor».

El juicio duró otras dos semanas. Woodward y Bernstein continuaron acudiendo a sus sesiones, observando las declaraciones y la montaña de documentos que se exhibieron ante el Tribunal. Woodward tomó nota de los números de teléfono que constaban en las agendas de los acusados, que fueron presentadas como pruebas y una noche empezó a llamar a algunos de esos números.

—¿El FBI? —dijo uno de los hombres a quienes telefoneó—. No, el FBI jamás me interrogó. Nunca se pusieron en contacto conmigo.

Woodward dejó caer el auricular sobre su horquilla de un golpe. En la investigación más amplia, más extensa, de las llevadas a cabo desde el asesinato del presidente Kennedy, el FBI ni siquiera había llamado a los números de teléfono que constaban en las agendas de los detenidos. ¿Cómo era posible una cosa así?

Mientras controlaba la lista de los testigos, dio con uno de ellos que conocía a Hunt bastante bien. Lo llamó a su despacho y le preguntó sobre qué iba a testificar. El testigo le respondió:

—Le diré gustosamente sobre lo que me gustaría declarar y podría hacerlo, pero Silbert no me preguntará sobre ello. Si el Juez o los abogados me preguntan se lo diré, puede estar seguro.

Woodward se puso tenso en la silla azul situada junto a su mesa y le preguntó qué incluiría su testimonio.

—Howard siempre usaba el término «ellos» o «la Casa Blanca» cuando se refería a sus actividades. Pero un día me acuerdo bien de que se estaba quejando de Ehrlichman y dijo que Ehrlichman era un «aficionado», pues ponía inconvenientes y pegas a muchas de las operaciones de «inteligencia», secretas, que Howard estaba realizando. Alguna operación hubo de ser aplazada dos o tres semanas debido a que Ehrlichman no se decidía a autorizar los pagos.

Ehrlichman. Woodward rompió en dos el lápiz que tenía entre los dedos.

—Howard siguió diciendo que era por eso por lo que le gustaba Colson, porque éste sabía que esas cosas eran necesarias. Colson era un hombre práctico que no vacilaba en dar autorización inmediata. Él se las arreglaba para conseguir rápidamente el dinero necesario del presupuesto.

Colson... bueno, en ese caso la cosa tenía sentido, pero ¿con Ehrlichman? Woodward se entretuvo en alinear sobre su mesa una serie de clips sujetapapeles mientras el testigo seguía hablando.

—De los comentarios hechos por Howard parece deducirse que Mitchell estaba recibiendo informes mecanografiados de las grabaciones obtenidas en las operaciones de escucha.

¡Eso concuerda!, pensó Woodward. ¡Parece tener sentido!

—Después de las detenciones de Watergate, cuando Howard dejó la ciudad para esconderse y tuvo necesidad de un abogado, buscó a John Dean y dijo: «Haz que me busquen un abogado».

La mano de Woodward destruyó la simetría de la formación que había construido con los clips.

—¿John Dean? —preguntó.

—Así sonó, exactamente igual, la voz de Silbert cuando se lo dije —comentó el testigo—. Me dijo: «Ésta es la primera vez que sus huellas aparecen en este asunto».

Woodward tomó uno de sus enormes clips sujetapapeles y lo dobló hasta formar con él una «L» mayúscula que siguió torciendo entre sus dedos a medida que releía sus notas. En esos momentos, Bradlee se dirigió a su mesa y le preguntó qué era lo que estaba ocurriendo. Tal vez mucho y tal vez nada en absoluto, le dijo Woodward, pero al menos habían dado con un testigo que podía perjudicar de algún modo a John Mitchell, Colson, Ehrlichman y John Dean. Los ojos de Bradlee relucían. Bromeó, fingiendo que bailaba una danza hawaiana con una toalla en torno a su trasero, antes de marcharse.

Woodward, aunque trataba de eludir toda posibilidad de volver a entrar en contacto con el juez Sirica, pensó en el modo de poner en su conocimiento, en el de alguno de sus subordinados que intervenían en el juicio, que aquel testigo podía responder a preguntas muy interesantes. Pero rechazó de pleno el proyecto.

Realmente el testigo no tuvo que responder a tales preguntas, pero,

posteriormente, en otra conversación con Woodward le explicó por qué Hunt mantenía silencio sobre sus relaciones con personajes situados a más alto nivel.

—*En su escala de valores —dijo el testigo—. Howard cree estar realizando un acto heroico. Se siente como un monje medieval que hace de mediador con altos personajes con la esperanza de que éstos le ayuden a alcanzar el cielo... Howard iba a convertirse en el Alger Hiss de las Derechas.*

El juicio seguía adelante. Durante los descansos Liddy y McCord eran accesibles a los periodistas y charlaban frecuentemente con ellos en los pasillos, Liddy se divertía contando pequeñas anécdotas, como la de un avión militar que accidentalmente dejó caer por error una bomba en el barrio chino de una ciudad fronteriza mexicana. Los funcionarios de la ciudad realizaron una visita a la base militar —les contó Liddy a los periodistas— y dijeron a los jefes que no era necesario que siguieran bombardeando los burdeles, que ya los cerrarían ellos.

Liddy relacionaba este chiste con su propia historia y se reía tan convulsivamente que su rostro se ponía rojo como un tomate.

En una ocasión, después de que el abogado de Liddy, Peter Maroulis, presentara otra de sus frecuentes objeciones rechazadas por Sirica, Liddy se dirigió a Woodward cuando ambos se encontraron en el pasillo.

—*¿Sabe usted jugar al ajedrez?* —le preguntó Liddy con tono de conspirador.

Woodward le dijo que sí.

—*Bien, entonces ha podido ver como Peter (su abogado) les acaba de matar la reina* —le aclaró Liddy.

Woodward le preguntó qué quería decir realmente.

—*Oiga, eso es todo lo que puedo decirle: han perdido su reina.*

El periodista le preguntó si con ello quería dar a entender que el Juez había cometido un error, en base al cual un tribunal superior podía intervenir y anular toda convicción.

—*Es usted un buen jugador de ajedrez dijo Liddy, paseándose de un lado para otro con las manos metidas en los bolsillos.*

El día 23 de enero fueron llamados a declinar los únicos testigos del comité de Nixon: Jeb Magruder, Bart Porter, Rob Odle y Hugh Sloan. El excomerciante de productos cosméticos faciales y géneros de punto para mujeres, llevaba una bandera norteamericana en el ojal de la solapa de su traje de corte conservador. Magruder echó una mirada a su reloj y después se dirigió a Silbert.

—*¡Hola Earl!* —le dijo tuteando al Fiscal General—. *¿Cuánto tiempo crees que tendré que esperar todavía?*

Silbert sonrió con deferencia y le dijo algo así como que los tribunales no regulaban sus sesiones de acuerdo con las necesidades de los testigos. Magruder, un hombre alto, de 38 años, se sintió exasperado. En ese momento Liddy se acercó a él y lo saludó con una amplia mueca en el rostro. Los reporteros que se hallaban en el

pasillo se echaron a reír y Magruder, enfadado, dio la vuelta y se dirigió al patio de la audiencia, en el piso bajo.

Woodward decidió que ya había llegado el momento de abordar a Magruder. Se dirigió a él y se presentó. Magruder se mostró más amistoso de lo que había esperado.

—*Sólo tengo una objeción a lo que hicieron usted y ese compañero suyo, Bernstein: la visita de ustedes a unos familiares míos, llamando a su puerta y sin querer identificarse.*

Woodward dijo que tanto él como Bernstein siempre se habían identificado y siempre se mostraron corteses y educados.

—*Una sucia forma de hacer información* —dijo Magruder—. *Bueno, quizá no fuera usted, pero Bernstein lo hizo: lo sé.*

La típica conducta de un político. Magruder no estaba dispuesto a enfrentarse con él y cargaba las culpas a Bernstein, que no estaba presente. Woodward dijo que ir a visitar a la gente después de las horas de trabajo no tenía nada de sucio y que era una necesidad debido precisamente a la falta de espíritu cooperativo de Magruder y de muchos como él, que se negaban a responder a las preguntas sobre el caso Watergate. Magruder dio la vuelta para seguir su camino y volvió la vista hacia Woodward:

—*Éste no es asunto suyo* —dijo, compendiando así el punto de vista del CRP.

Durante 33 minutos, Silbert estuvo haciendo a Magruder preguntas respetuosas y suaves. Magruder testificó que, en su calidad de primer ayudante de John Mitchell, se hallaba muy ocupado supervisando a 25 jefes de división y 250 empleados fijos y controlando el empleo de unos 30 o 35 millones de dólares, por lo cual, era lógico que no pudiera dedicar su tiempo a ocuparse sólo de lo que hacía Liddy. Dijo que jamás había colaborado con Liddy. Éste tenía un estilo propio de dirigir, Magruder dijo que precisamente las divergencias en el modo de ver cómo debe llevarse a cabo una función directiva es una de las cosas más serias que pueden separar a dos personas y que Liddy, en una ocasión, incluso amenazó con matarlo. Mientras Magruder hablaba, Liddy se balanceaba adelante y atrás en su asiento.

Hugh Sloan, el extesorero de la campaña de Nixon, entró nerviosamente en la sala y pasó a ocupar el estrado de los testigos. Parecía más delgado que nunca.

—*Se ha quedado en el pellejo y los huesos* —le dijo su madre a un reportero del *New York Times*.

Silbert, al interrogarle, se mostró frío y distante. Sloan dijo que había pagado a Liddy unos 199 000 dólares en billetes. Silbert no preguntó quién le había ordenado hacer los pagos.

Cuando Silbert terminó el interrogatorio, el juez Sirica ordenó al jurado que abandonara la sala y le hizo a Sloan 41 preguntas por su cuenta. A una de ellas Sloan respondió diciendo que, en efecto, se había sentido preocupado por la gran cantidad de dinero entregada a Liddy. En vista de eso consultó con Maurice Stans quien, a su vez, comprobó los gastos con John Mitchell. Éste confirmó que el dinero debía entregarse en billetes, a Liddy.

—¿Con quién comprobó usted? —preguntó Sirica.

Sloan eludió la respuesta.

Antes de completar su interrogatorio, Sirica puso en claro que no creía en la veracidad del testimonio de Sloan, la entrega de una cantidad de dinero tan grande sin preguntar cuál era su destino. Divertido y sorprendido por la aparente ingenuidad de Sloan le preguntó:

—¿Usted es graduado universitario, no es así^[55]?

Mientras duró el interrogatorio de Silbert, Liddy seguía en su silla, meciéndose lentamente, con una sonrisa en los labios, cuando el fiscal le describió como el «señor Grande» del Watergate. Liddy, el exagente del FBI, el exfiscal que había hecho carrera jugando a policías y ladrones. El que antaño jugara a policía ahora estaba en el papel de ladrón. Silbert hizo una pausa, obviamente complacido con el sonido de sus propias palabras. Liddy movió las manos como si saludara triunfalmente al jurado, exactamente como hizo el primer día del juicio.

Los jurados sólo necesitaron 90 minutos para determinar que Liddy y McCord eran culpables de todos los cargos que se hacían contra ellos. Liddy se mantuvo firme, impenetrable, con los brazos cruzados sobre el pecho, y una actitud desafiante cuando el escribano leyó el veredicto del tribunal y repitió seis veces la palabra «culpable». McCord se mantuvo en actitud heroica cuando se pronunció la palabra «culpable» ocho veces, una para cada una de las acusaciones hechas contra él. Sirica ordenó que ambos fueran encarcelados sin fianza. Antes de ser sacado de la audiencia, Liddy abrazó afectuosamente a su abogado y le dio unos golpecitos cariñosos en la espalda; seguidamente saludó agitando las manos a los espectadores y a la prensa.

Bernstein y Woodward escribieron un extenso «análisis de la situación» compendiando lo que había sido el juicio. Bajo el título «**Lo que aún sigue en secreto: ¿Quién contrató a los espías y por qué?**» observaron que los dieciséis días que duró el juicio se caracterizaron por preguntas sin respuesta, preguntas que no se hicieron, testigos que no fueron llamados a declarar y muchos lapsos de memoria en los que lo fueron.

Los dos reporteros estaban convencidos de que los fiscales no habían apurado el caso. Más bien parecía que ellos mismos fueran también víctimas de las sutiles presiones ejercidas desde la Casa Blanca y el Departamento de Justicia. Principalmente no parecían haber sido capaces de comprender el trabajo del CRP y la Casa Blanca y el estilo de los hombres del presidente.

Tres días después del veredicto, el juez Sirica tuvo una audiencia en su sala y determinó una fianza de 100 000 dólares cada uno, para Liddy y McCord.

Aprovechó la ocasión para criticar duramente a Silbert con palabras claras y concisas:

—No quedé satisfecho, ni tampoco lo estoy ahora. Creo que no se han puesto al

descubierto todos los hechos pertinentes que debían haberse presentado —dijo que *debían* haberse presentado— ante un jurado norteamericano.

Defendiendo su propia conducta añadió:

—No creo que debamos seguir sentados aquí como si fuéramos bobos. Lo voy a exponer de este modo: tengo grandes dudas de que el señor Sloan nos haya dicho toda la verdad en el caso. Lo repito ahora como ya lo indiqué durante el transcurso del juicio.

—Tengo la impresión —añadió— de que ninguno de ustedes, ni la acusación ni la defensa, preguntaron al señor Sloan nada verdaderamente importante. Yo tenía derecho a interrogarle y ver de poner al descubierto todos los hechos.

—Todo el mundo sabe —terminó— que va a haber una investigación del Congreso sobre el caso. Yo francamente confío en ello, y no sólo como juez, sino como ciudadano de un gran país y uno de los millones de norteamericanos que desearían conocer ciertas respuestas. Confío y espero que se le dé al Comité del Senado el poder suficiente, garantizado por el Congreso con una amplia mayoría, para que trate de llegar al fondo de lo que realmente ha sucedido en este asunto. Confío en ello. Eso es todo lo que tengo que decir.

Llegó el momento en que Woodward precisó hacer a «Garganta Profunda» la señal de que necesitaba ponerse en contacto con él. Poco después de las elecciones habíase mudado de su pequeño y poco eficiente apartamento a otro mayor de dos dormitorios, un edificio restaurado que se hallaba a sólo dos manzanas del periódico. Le había dicho a «Garganta Profunda» que su nuevo apartamento no tenía balcón a la calle donde colocar la maceta con la bandera. Y lo que era peor, los habitantes de aquella casa se quejaban de que les robaban los periódicos que les dejaban en las puertas de sus pisos. Woodward sólo alquiló el apartamento después de un examen previo del edificio: tenía escalera posterior de salida de incendios y ventanas con antepecho. Después de su desgraciada entrevista en la que discutieron el tema Haldeman, adoptaron un nuevo sistema de señales para fijar una entrevista. Sería un sistema de comunicaciones en un solo sentido, iniciado por Woodward, que colocaría la papelería amarilla de su cocina fuera, en la salida de incendios.

Pero el sistema no había sido probado siquiera cuando surgieron serios problemas. Los vecinos del piso de arriba de Woodward acostumbraban a bailar en su apartamento, muchas veces entre la una y las cuatro de la mañana. Golpeaba con el mango de la escoba en el delgado techo y les pedía que al menos bailaran algo más suave, pero esto lo único que conseguía era excitar más a sus bailarines nocturnos. Woodward no era supersticioso, pero llegó a creer que en la vida de una persona hay ciclos perniciosos que deben ser detenidos aunque sea a la fuerza. Su mal ciclo había comenzado con el reportaje sobre Haldeman; sus frustraciones se habían ido agigantando durante los meses de noviembre y diciembre. Resultaba, pues, más conveniente volver a mudarse que seguir tentando al destino. Así, la única vez que puso fuera la papelería fue a finales de diciembre y sólo con la intención de decirle a «Garganta Profunda» que se iba a mudar de nuevo. «Garganta Profunda» se mostró poco comunicativo en el breve encuentro y le aconsejó que anduviera con pies de plomo y esperara a ver cómo se desarrollaba el juicio contra los acusados del Watergate.

Woodward encontró un nuevo apartamento en el piso superior de un alto templo de formica y *parquet*, una casa muy lujosa en el suroeste de Washington, cerca del río Potomac. Se compró una nueva maceta, «plantó» en ella la bandera y las cosas volvieron a ser como antes.

El primer contacto desde su nuevo domicilio tuvo lugar el 24 de enero, cuando Woodward había ya pasado varias noches gozando del silencio y la paz de su nueva vivienda. Bajó por una salida posterior al patio trasero y saltando un muro salió a un callejón lateral, preocupado por la advertencia de la señora Graham sobre una posible vigilancia y la aprehensión creciente de «Garganta Profunda». Le costó media hora encontrar un taxi y cuando al fin lo encontró a media milla del garaje, resultó que el taxista no podía cambiarle diez dólares. Enfadado tuvo que decirle que se quedara

con la vuelta.

«Garganta Profunda» estaba ya esperando. Tenía aspecto cansado y preocupado, pero sonreía.

—*¿Qué te ha pasado?* —le preguntó levantando las manos con gesto exagerado mientras daba una profunda chupada a su cigarrillo. Por una vez, Woodward deseó que «Garganta Profunda» fuera comunicativo. Debía ser él quien le dijera lo que pasaba sin necesidad de tener que ir haciéndole pregunta tras pregunta, sonsacándolo, estableciendo un estado de cosas falso y sólo para llegar a conocer detalles mínimos y espaciados. Los dos reporteros se habían preguntado por qué «Garganta Profunda» sólo soltaba tan despacio lo que sabía, a retazos. Tenían varias teorías para explicarlo: si les decía de una vez todo lo que sabía, un buen «Plumber» podía averiguar de dónde procedía la información. Haciendo que los periodistas tuvieran que recurrir a otras fuentes informativas para completar o comprobar lo que él les decía, minimizaba sus riesgos. Tal vez ésa era la razón, pero podía haber otras. Podía ser que creyera que el efecto de dos grandes reportajes, devastadores o no, podía ser compensado por la Casa Blanca. ¿Se trataba, tal vez, de que quería hacer la partida más interesante, subiendo las apuestas poco a poco? Los reporteros tendían a pensar que no era lógico que alguien en su posición tratara de mostrarse tan caballeroso con asuntos que podían afectar a Richard Nixon o la misma Presidencia. Pensaban, más bien, que «Garganta Profunda» trataba de proteger a su Departamento, de conseguir un cambio de actitud antes de que todo estuviera perdido. Cada vez que Woodward le hizo la pregunta de por qué actuaba así, «Garganta Profunda» insistía:

—*Debo hacerlo a mi manera.*

Aquella noche todo se desarrolló del mismo modo. Dijo que únicamente respondería a las preguntas relacionadas con nuevas informaciones; no deseaba verse envuelto en una expedición de pesca contra los «*Plumbers*», la declaración de culpabilidad en el juicio, o las declaraciones de «Z».

Temeroso de tener que salir del garaje con las manos vacías, Woodward pasó a referirse a un tema sobre el cual dijo que él y Bernstein estaban empezando a escribir un artículo: Mitchell y Colson. Rápidamente revisó las pistas y detalles circunstanciales que parecían establecer cierta relación entre esos dos hombres y la conspiración.

«Garganta Profunda» pareció impresionado por el trabajo básico que los dos reporteros habían llevado a cabo. De repente se dirigió hacia uno de los coches que había en el garaje y se plantó delante de él, erguido, con la cabeza alta y las manos apoyadas autoritariamente en la manilla de la portezuela del auto. Comenzó a declamar:

—*¡Desde este podio, estoy dispuesto a denunciar esta pregunta relacionada con el gentil Colson y el noble Mitchell calificándola de calumnia, de falsa insinuación, difamación y producto de un asqueroso periodismo! ¡Las cuestiones no son más que pura elucubración, ficción y un montón de absurdos y provienen de una fuente de información*

totalmente equivocada o falseadora!

Woodward, que se hallaba muy cansado, comenzó a reírse y a duras penas pudo contenerse. «Garganta Profunda», en su imitación de Ziegler, continuó con la denuncia:

—... *no es más que una ficción de esos snobs de Georgetown que se han nombrado a sí mismos guardianes de la desconfianza pública y que sólo buscan la destrucción de la voluntad del pueblo...*

La broma fue interrumpida por un ruido. «Garganta Profunda» se ocultó tras el auto, mientras que Woodward subía por la rampa de salida para ver de qué se trataba. Un viejo borracho, con aspecto muy convincente, estaba apoyado contra uno de los muros temblando de frío. Woodward se acercó a él y después de convencerse de que verdaderamente se trataba de un infeliz, le entregó diez dólares y le dijo que se buscara un hotel y se acostara. La noche era brutalmente fría. Woodward regresó a la planta baja del aparcamiento.

La interrupción había calmado los nervios de «Garganta Profunda».

—*Colson y Mitchell estuvieron detrás de toda la operación Watergate* —dijo con calma—. *Todo el mundo en el FBI está convencido de ello, incluso Gray (L. Patrick Gray, director en funciones del FBI). El papel de Colson era activo. El de Mitchell, más «inmoral y menos activo», daba la señal de partida pero no se molestaba en trazar el esquema de la acción.*

—*Desde luego* —continuó—, *no hay nada que pueda ser considerado como algo más que una débil prueba circunstancial. Pero tampoco hay la menor duda de su intervención. «Aislamiento», es la palabra clave para comprender por qué es difícil poder hallar pruebas.*

Describió a continuación cuatro factores que podían llevar a la «inevitable conclusión» de que Mitchell y Colson se contaban entre los conspiradores:

—*Uno: la personalidad y lo que en el pasado habían realizado los dos. Esas cosas no eran nuevas para ellos. Segundo: había habido encuentros y llamadas telefónicas en momentos cruciales, pero Mitchell y Colson dicen que estaban relacionadas con otros asuntos. Tercero: el estrecho control ejercido sobre el dinero, especialmente por Mitchell, que en los demás asuntos incluso daba detalles de los más mínimos gastos, lápices y gomas de borrar, y que aquí parecía no haberse preocupado de cómo se gastaba. Cuarto: el hecho indiscutible de que los siete acusados estaban convencidos de que alguien iba a cuidar de ellos. Esto sólo podía haberse conseguido mediante la seguridad de la intervención de algún personaje situado muy arriba y que había actuado de modo convincente.*

¿Hasta qué punto se había extendido la creencia de que Colson y Mitchell estaban involucrados en el caso?

—*Nadie lo duda* —dijo «Garganta Profunda»—. *La Casa Blanca lo sabe, los jefes del FBI también.*

Se pasó la mano por la garganta y después se acarició la barbilla.

—*Están metidos hasta aquí* —la mano ascendió más arriba todavía—. *Pero no está probado. Y si el FBI no ha podido probarlo dudo mucho de que el Washington Post*

pueda hacerlo.

»Lo que obviamente define esta operación como obra de Mitchell y Colson estriba en que contrataran a Liddy y Hunt. Ésa es la clave. Mitchell y Colson eran sus protectores. Si uno investiga a fondo no tarda en enterarse de que la reputación de Hunt y Liddy estaba por los suelos. Tirada. Contratar a esos dos tipos era inmoral. Para ellos se trataba del trabajo soñado. Liddy deseaba someter a escucha electrónica los teléfonos del *New York Times*, eso lo saben todos^[56]. Y ahora todo el mundo lo toma a risa. A Mitchell sobre todo le gustaba la idea.

«Garganta Profunda» se sintió un tanto analítico:

—Liddy y McCord debieran darse cuenta de que nadie puede ayudarles porque quien lo hiciera así se colocaría obviamente al descubierto. Cualquier investigación del Congreso se encontrará con graves problemas a no ser que consigan que alguien de dentro tire de la manta. Sin ello se descubrirá que existe un montón de dinero y planes para llevar a cabo sucios trucos, pero faltará un relato de primera mano o detalles de cuanto ocurría en las altas esferas.

Continuó diciendo que la Casa Blanca estaba desarrollando un plan para asegurarse de que no pudiera tener éxito ninguna investigación llevada a cabo por parte del Congreso. Parte de la estrategia incluía el hacer valer ampliamente los privilegios ejecutivos, es decir del Presidente, para evitar que los investigadores pudieran pedir la entrega de cintas y grabaciones de la Casa Blanca y del Departamento de Justicia^[57].

¿Y qué había de las manipulaciones llevadas a cabo con la investigación original del caso Watergate?

—El intento de separar el caso Watergate de la operación conjunta de sabotaje y espionaje, no es más que una marranada —dijo «Garganta Profunda»—. Forman una cosa y tienen un objetivo único. Si todas las demás maniobras, por ejemplo la actuación de Segretti, hubiesen continuado, no hubiera podido por menos de manifestarse como algo ilegal.

Woodward le preguntó a «Garganta Profunda» si creía que él y Bernstein tenían material y conocimientos suficientes para escribir un reportaje sobre Mitchell o Colson.

—Eso es cosa que deben decidir los jefes del periódico y no yo —dijo—. Pero si vais a escribirlo tenéis que hacerlo rápidamente, cuanto antes mejor. Cuanto más tiempo esperéis más confianza irán adquiriendo en la impunidad de sus ataques.

Este encuentro con «Garganta Profunda» produjo el más serio de los desacuerdos entre Woodward y Bernstein desde que habían comenzado a trabajar conjuntamente siete meses antes. Se discutió la cuestión de si estaban en condiciones de escribir un relato convincente y bien documentado sobre los papeles desempeñados por Mitchell y Colson. Woodward redactó un reportaje sobre la siguiente base expresada en el párrafo de entrada:

Los investigadores federales han llegado a la conclusión de que el ex-Fiscal General^[58] John N. Mitchell y Charles W. Colson, consejero especial del Presidente, tenían conocimiento directo de la operación general de espionaje político llevada a cabo por los hombres acusados en el caso Watergate. La información procede de fuentes dignas de confianza.

Bernstein rehizo el relato tres veces, detallando virtualmente todo lo que habían llegado a saber en siete meses sobre Mitchell y Colson y la naturaleza de la investigación Federal. Se insinuaba que un ex-Fiscal General y un consejero especial del presidente habían podido eludir la acusación de conspiración porque lograron aislarse, mantenerse separados de los demás por una barrera inteligentemente trazada y porque la investigación había sido pensada con el objetivo de dejar la conspiración reducida a sus más estrechos términos.

Cada vez que Bernstein terminaba una versión, Woodward decía que no creía que debiera publicarse hasta que tuvieran pruebas mejores de lo que allí decían. Bernstein arguyó que la historia estaba justificada y era legítima, que un periódico no tenía por qué ofrecer pruebas definitivas, sino que debía informar sobre las conclusiones de investigadores que ocupaban puestos tan altos como, por ejemplo, L. Patrick Gray.

La discusión se hizo tan ardiente, que a veces tenían que refugiarse en un rincón apartado de la redacción de noticias para gritarse mutuamente. Bernstein acusaba a Woodward de jugar en favor de la Casa Blanca al retener la publicación del reportaje. Woodward, por su parte, le acusaba de lo mismo, alegando que la publicación de ese artículo podía desencadenar un ataque muy duro y perjudicial de la Casa Blanca. Pero siguió imperando la norma que decidieron aceptar desde el principio: si uno de los dos objetaba algo contra un reportaje, éste no se publicaría.

Poco después de este encuentro con «Garganta Profunda», Woodward recibió una llamada de la oficina del senador Sam J. Ervin, de Carolina del Norte. El senador era un hombre de 76 años, un antiguo profesor muy buen conocedor de la Constitución y con un formidable poder en el Capitolio. Ervin dijo que quería hablar con él sobre el caso Watergate y ayudarles.

El día 11 de enero, Ervin había accedido a la petición del presidente de la mayoría en el Senado, Mike Mansfield, de que presidiera una investigación sobre el caso Watergate y la campaña presidencial de 1972. El acuerdo parecía indicar que en el Capitolio iba a ponerse en marcha algún mecanismo investigador, aparte de la encuesta preliminar que el Subcomité Judicial de Práctica y Procedimiento Administrativo, del senador Edward Kennedy, venía realizando desde octubre de 1972.

Poco después de la publicación del reportaje con la historia de Segretti, Kennedy

dijo a Bernstein que un subcomité del Congreso debía ejercer rápidamente el derecho a ordenar la entrega de los documentos que los investigadores federales parecían haber olvidado. En caso contrario, quedaría probablemente descartada la oportunidad de llevar a cabo una investigación completa y fidedigna. El senador Kennedy estaba decidido a llevar a cabo esa investigación. Confesó tener muy pocos conocimientos sobre el caso, apenas si algo más de lo que había leído en los periódicos. «*Pero conozco la gente que rodea a Nixon*», dijo, «*y eso es suficiente. Son unos gamberros capaces de todo*».

La Casa Blanca hizo circular la noticia de que Kennedy estaba intentando hacer olvidar cosas pasadas a fin de preparar su candidatura presidencial para 1976. Kennedy, con el rostro bronceado, el pelo un poco largo sobre el cuello, se echó hacia atrás el mechón que le caía sobre la frente. Su encuesta sería una «*acción de contención*», dijo. La investigación preliminar sería conducida por representantes de la mayoría y de la minoría en el Senado, a puerta cerrada. Se evitaría cuanto pudiera hacer creer que aquella acción era una caza de brujas o una cruzada de los Kennedy. Él no tenía nada que ganar con ello; la Casa Blanca sacaría a relucir todo lo que tuviera en sus manos para utilizarlo contra él. Naturalmente se mencionaría de nuevo, interminablemente, el asunto de Chappaquiddick. Estaba convencido de que los hombres del presidente ya tenían preparada una nueva historia con otra información sobre él, una «*minucia*», dijo con cierta incomodidad. «*Realmente no han podido dar con nada nuevo*».

Cuando el subcomité de Kennedy comenzó formalmente su investigación, los reporteros trataron de mantenerse en estrecho contacto con los senadores que lo componían y su equipo. Pero no había infiltraciones y no pudieron enterarse de nada.

Woodward confiaba conseguir algo más con el senador Ervin, pero resultó que el senador estaba más interesado en conocer cuanto sabían Bernstein y Woodward, que en facilitarles información a ellos.

De camino hacia el despacho de Ervin, Woodward vio sobre la mesa de una secretaria una hoja de papel escrita a máquina con la lista de las personas que el senador iba a recibir o había recibido durante el día. Sy Hersh, del *New York Times*, había estado allí varias horas antes. Woodward se preguntó cómo habría manejado la situación su colega. ¿En qué caso podía considerarse justificado que un reportero entregara información a un comité de investigación? ¿O poner sobre aviso a un senador? Si un reportero estaba convencido de que él no podía hacer uso de una importante información, ¿era correcto hacer un trato?

Bernstein y él parecían haber perdido todas sus fuerzas. ¿Podían ayudar en su trabajo a otros ofreciéndoles su información?

El senador Ervin estaba sentado detrás de una pesada mesa de madera que ocupaba el centro de su despacho: una figura pesada y arrugada con un jamón por rostro. Daba la impresión de que se encontraría más cómodo sentado en una mecedora, en el porche de su casa, que en aquel sillón *standard*, de plástico marrón,

que llenaba por completo. Había grandes montañas de papel distribuidas desordenadamente sobre la mesa. Se retrepó en su asiento y empezó a hablar, moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras le temblaba la papada y torcía las espesas cejas. Parecía un ave de rapiña tratando de levantar el vuelo sin perder su presa.

El momento de la verdad llegó después de unos escasos minutos de comentarios insustanciales.

—*Apreciaré personalmente cualquier fuente de información o conocimiento que quieran compartir con nosotros y, naturalmente, todo será considerado como estrictamente confidencial. Les doy mi palabra de honor sobre ello. Les quedaremos sumamente agradecidos por su ayuda.*

La información de «Garganta Profunda» y «Z», y algunos otros «bocados», podían ayudar a la investigación de manera considerable si llegaba a su conocimiento, pensó Woodward. Pero no podía dársela. Lo más que podía hacer era sugerirle algunas directrices para que siguiera adelante con la encuesta.

Dijo al senador que la identificación de sus fuentes informativas era algo que quedaba desechado desde el primer momento. Había una persona —y no tenía por qué ser necesariamente una de sus fuentes informativas— que le había dicho que cooperaría con cualquier investigación legal legítimamente constituida: Hugh Sloan. Un miembro de su equipo tenía nota de ello. Los reportajes y artículos de los dos reporteros contenían muchos nombres e incidentes que necesitaban una investigación más profunda. La clave de todo estaba en la caja secreta para la campaña y debía averiguarse todo lo posible sobre ella. Lo mismo había que hacer con cualquier indicación que señalara hacia una operación masiva y encubierta de Haldeman, de la cual el allanamiento de Watergate y los sucios trucos descubiertos en las primarias de 1972 sólo eran partes componentes. En tanto que ni uno de los siete condenados del caso Watergate se mostrara dispuesto a cooperar, no podría salir a relucir la historia en toda su extensión; los artículos de los reporteros solamente habían arañado la superficie; ellos no comprendían completamente qué es lo que había ocurrido y lo que estaba ocurriendo, pero la enormidad de lo que habían hecho los hombres del presidente causaba vértigo.

—*Me daría por satisfecho si descubriéramos el papel del señor Magruder* —dijo Ervin con tono vacilante. El senador era un experto luchador contra el vandalismo del gobierno sobre los derechos humanos, especialmente sobre el derecho al respeto a la vida privada.

Ervin comenzó a hablar de la separación de poderes, de su creencia en que cierto artículo y cierta sección de la Constitución expresaban exactamente cuáles podían ser los poderes del Congreso. Era con tales poderes con los que intentaría investigar el caso Watergate: debía conseguir que se aprobara una resolución que concediera a un comité especialmente elegido, el máximo de poderes para poder exigir la entrega de documentos y someter a interrogatorio a las personas. Entonces el comité requisaría

todos los documentos, grabaciones, etcétera, etcétera, que fueran necesarios y sometería a interrogatorio a cualquiera que hubiera tenido relación o conocimiento del caso... Tanto si pertenecía a la rama del Ejecutivo, como a cualquier otro departamento.

¿A quiénes, por ejemplo?, quiso saber Woodward.

—*Bien, yo creo que a cuantos han mencionado en sus reportajes, debe dárseles la oportunidad de presentarse ante nosotros y exonerarse* —dijo Ervin—. *Y si se niegan, nosotros los citaremos obligatoriamente para asegurarles la oportunidad de que limpien sus nombres.*

Sonrió incapaz de contenerse. Sus cejas bailaban.

¿Incluso a la CIA?

Con los codos descansando en los brazos del sillón, Ervin hizo un rotundo gesto afirmativo.

¿Y la Casa Blanca? ¿Haldeman? Eso sería algo que pasaría a la Historia: el jefe de personal, el ayudante más importante del Presidente, obligado a comparecer ante el Congreso al que tanto despreciaba.

—*El señor Haldeman o el señor «Quien-quiera-que-sea».* *Todo el mundo a excepción del Presidente.*

Hablaba en serio. Woodward estaba seguro de ello. Como de que la Casa Blanca se lo tomaba igualmente en serio. La primera pregunta era si podía conseguir que se aprobara una resolución que concediera tan amplios poderes, Ervin pensaba que sí. Woodward le preguntó si podía publicar que el Senado planeaba citar a declarar a varios de los más allegados ayudantes del presidente.

—*Si no menciona nombres y se limita a decir que conoce mis pensamientos, no tengo la menor objeción* —le dijo Ervin—. *Sólo le pido que no me cite directamente*^[59].

Woodward escribió un artículo sobre la intención de Ervin de convocar a los ayudantes del presidente para que prestaran declaración y desafiar el privilegio de inmunidad del poder ejecutivo. Con ello se trazaron las líneas de la próxima batalla.

El 5 de febrero, el senador Ervin, presentó una resolución por la cual se pedían 500 000 dólares para un Comité del Senado que investigara la campaña Presidencial, el allanamiento del Watergate y otras acusaciones relacionadas con ambos extremos. El Poderoso Comité senatorial de Política Democrática dio a la resolución un apoyo incondicional y el último impedimento que podría oponerse a esa resolución quedó reducido a una maniobra, de último momento, realizada por los republicanos de la Casa Blanca. El día de la votación, 7 de febrero, Woodward acudió al Capitolio, a eso de las 8:30 de la mañana, para ver cuál era el resultado. En la cafetería del Senado habló con el ayudante administrativo de un senador republicano.

—¿Cuál es la estrategia de la Casa Blanca? —preguntó Woodward.

—*¿Qué es lo que le hace pensar que tenemos alguna?* —preguntó el interrogado—.

No sé quién puede haber puesto en circulación esa idea. Lo cierto es que nosotros sólo deseamos presentar una enmienda en el sentido de que deben investigarse, también, las campañas de 1964 y 1968.

Eso significaba una respuesta típica de la Casa Blanca: presentar la investigación como estandarizada.

—*Se han lanzado a una empresa muy dura* —dijo otro ayudante republicano—. *Harán todo lo posible por conseguir algo grande.*

Woodward llamó a la Casa Blanca desde uno de los teléfonos públicos de la sección de Prensa:

—*Desde luego vamos a colaborar* —le dijo su fuente informativa—. *No puede creer que esas marionetas del Capitolio (el Senado) tengan el suficiente sentido común como para hacer una cosa así por sí solas, ellas jamás podrán hallar el camino. Haldeman ha colocado a la mitad de su equipo en el asunto. Es la orden del día. Se supone que tendremos que ponernos en contacto telefónico con toda la gente que conocemos en el Senado.*

Hug Scott, de Pennsylvania, el jefe de la minoría, se levantó para declarar que Ervin había presentado la «*más amplia resolución que jamás había visto en su vida*». Declaró que la autoridad que reclamaba «era inconcebible» y dijo que su aprobación podría conducir a un «*chantaje*» de los miembros del Comité Senatorial del Watergate. «*Hay también una evidencia notable de que se han efectuado grabaciones contra los republicanos*» en la campaña de 1968, acusó Scott, sin citar cuáles eran. John Tower de Texas y Barry Goldwater de Arizona se unieron a él, pero nadie ofreció un ejemplo concreto ni hizo, tampoco, una acusación específica.

Los Demócratas votaron en contra de la enmienda a la resolución de Ervin propuesta por la minoría. Cuando se llegó a la votación final, los senadores republicanos se unieron a sus colegas demócratas y la resolución fue aprobada unánimemente, 77 votos a favor y cero en contra. Los reporteros más veteranos en la información del Senado dijeron a Woodward que esa unanimidad sólo significaba el reconocimiento republicano del poder de la mayoría demócrata. Woodward no estaba convencido de ello. Los senadores solían ser intérpretes muy agudos de hacia dónde soplaban los vientos políticos.

Woodward estaba enormemente satisfecho. El sistema daba muestras de que podía funcionar. Cuando dejó el Capitolio, le preguntó a un senador republicano que quién era una persona que había visto en las proximidades de la sala en el momento crucial en que la enmienda estaba siendo sometida a prueba. ¡Oh!, dijo el senador, el abogado del Departamento de Justicia que la Casa Blanca ha enviado para redactar el texto de la enmienda.

El juicio, la declaración de «Z» y el último encuentro con «Garganta Profunda» habían hecho que Woodward y Bernstein volvieran al cuadro número uno, es decir, a

Liddy y a Hunt. Si podían descubrir lo que Hunt y Liddy habían estado haciendo en la Casa Blanca y en qué consistía, con exactitud, la misión de los «*Plumbers*», quizá podrían comprender por qué Hunt y Liddy estaban dispuestos, voluntariamente, a ir a la cárcel.

Varios días antes de la votación en el Senado, Woodward almorzó con un amigo de Howard Hunt en el Hay-Adams Hotel. Se encontraron en el *hall* y seguidamente se dirigieron al comedor principal. Woodward había estado tratando, durante meses, de conseguir que aquel hombre aceptara comer con él. Por fin lo había conseguido y creía que debía aprovecharlo aun cuando tuviera que ejercer una presión excesiva. Su valor como fuente informativa resultaba, en esos momentos, de incalculable valor.

Woodward pidió una cerveza y una hamburguesa.

Los personajes de las novelas de Hunt siempre pedían platos de los que Woodward ni siquiera había oído hablar y, por si fuera poco, aún le explicaban al jefe de cocina cómo debía prepararlos. El amigo de Hunt parecía compartir los mismos gustos de *gourmet*: le preguntó al camarero cómo se hacían las tortillas en el Hay-Adams. Woodward resistió la tentación de responder «con huevos». El camarero se fue a consultar en la cocina y trajo su información que, por lo visto, no resultó del todo satisfactoria. En vista de eso, el hombre ordenó cordero a la brasa y brécol con salsa holandesa, si la col y la salsa eran frescas.

Seguidamente, empezó por aclarar que lo sucedido con Howard Hunt resultaba ridículo.

—*En cierta ocasión, durante las primarias de Florida, Howard mandó imprimir unas octavillas en las que se decía que el alcalde de Nueva York (John V.) Lindsay, convocaba una reunión en la que la cerveza sería libre y gratuita. Hizo circular tales octavillas por los barrios negros; desde luego, no hubo cerveza gratuita y los negros abandonaron el lugar odiando a Lindsay. Howard pensó que había sido una gran maniobra política, una especie de engaño chino que habría de volver a un gran número de votantes contra el alcalde.*

Llegó el cordero y el invitado lo consideró correctamente cocinado y servido.

—*Ahora —continuó explicando el invitado—, sabemos lo que era verdaderamente el equipo de grabaciones de Howard: un simple grupo de aficionados. Pues bien, él me dijo que había logrado reunir un grupo de hombres realmente duros que podían llevar a cabo cualquier tipo de vigilancia y control electrónico. Me afirmó que podían instalar en los teléfonos y en los hogares unos micrófonos superpotentes que eran activados por la simple voz humana, que no podían ser localizados y cuyas transmisiones podían oírse a cien metros de distancia. Como usted sabe, el equipo de escucha electrónica del Watergate era una especie de equipo a cristal, activado por pilas de flashes, muy potente, desde luego, de eso puede estar seguro... ¡Oh, esta salsa holandesa no está fresca...!* —enfadado, dejó su tenedor sobre la mesa y llamó al camarero y continuó—: *Desde el 17 de junio, siempre decía «ellos» cuando se refería a la Casa Blanca y al Watergate. «Ellos» me ordenaron que dejara la ciudad. «Ellos deseaban que llevara a cabo este proyecto». «Ellos me ordenaron regresar». Howard lo aceptaba, pero Dorothy (la*

difunta esposa de Hunt) se sentía furiosa y decía continuamente: «Si ellos le ordenaron hacer lo que hizo no es justo que ahora sea él el único acusado».

¿Cuáles fueron los proyectos de la Casa Blanca en los que Hunt trabajó?, preguntó Woodward.

—¿Además del Watergate? Bien, en cierta ocasión Hunt se refirió a entrar en contacto con..., ¿cómo se llamaba...?, ¿esa mujer mezclada en los asuntos de la ITT...? ¡Ah..., sí... Dita Beard...! ¿Dónde estaba...?

En Denver, le aclaró Woodward.

—Sí, en Denver. Howard se marchó a Denver. Eso formaba parte de un proyecto de la Casa Blanca destinado a demostrar que el memorándum de la ITT era una falsificación. Dita Beard se hallaba en el Hospital, en Denver, y Howard se desplazó allí para hablar con ella.

¿Otros proyectos?, insistió Woodward.

—No había pasado mucho tiempo desde que empezó a trabajar en la Casa Blanca, cuando Howard me dijo que Colson y los demás tenían grandes proyectos para dejar fuera de combate a Ed Muskie, para eliminarlo de la carrera electoral.

El amigo de Hunt se estaba poniendo bastante nervioso. Sugirió que debían conocerse más profundamente antes de transmitirse información más compleja.

¿Qué había sobre las investigaciones en torno a Teddy Kennedy?, preguntó Woodward. Él ya había publicado un reportaje sobre el asunto en el pasado julio.

—Bien, Howard dijo que a poco de empezar a trabajar para la Casa Blanca, estuvo en Massachusetts —creo que en la zona de Boston, si no me equivoco— y vio a un hombre que se suponía que sabía algo sobre Kennedy. No puedo acordarme en este momento de su nombre. Howard estuvo hablando con él y, al parecer, sabía algo sobre las «escapadas» sexuales de Kennedy. Howard utilizó en esas entrevistas su nombre falso, Ed Warren, me acuerdo bien, y también de que se grabaron cintas de sus entrevistas con aquel hombre.

El amigo de Hunt pidió un plato de natillas y, cuando le devolvía el menú al camarero tiró el vaso de agua. Se quedó mirando al camarero como si hubiese sido culpa de éste y no suya y le señaló dónde podía meterse el Hay-Adams aquella salsa holandesa pasada.

Mientras se tomaba el café, chasqueó los dedos como si de repente recordara:

—¡Cliff DeMotte! —dijo—. Ése era el nombre del tipo de Boston con el que habló Howard. Trabajaba para el gobierno federal allí... en algún departamento. D. E. M. O. T. T. E... —deletreó.

Woodward se pasó más de dos horas en la redacción tratando de localizar a un tal Cliff DeMotte. Hizo que la oficina de la telefónica de Boston comprobara todas sus guías telefónicas dos veces; después empezó a llamar a distintos departamentos federales. Por fin una mujer de la oficina de personal de la GSA lo encontró: Cliff DeMotte, GS-12^[60], destinado a un batallón de Construcción de la Armada en Davisville, Rhode Island. Woodward logró ponerse en comunicación con él en su

lugar de trabajo a la mañana siguiente y resultó que sus suposiciones eran ciertas: el FBI ya había interrogado a DeMotte después de haber encontrado su número de teléfono en la ficha de las llamadas hechas por Hunt.

—*Se trata de una entrevista confidencial* —dijo DeMotte, cuya voz sonaba un tanto intranquila, conmovida—. *Se supone que yo no debo hablar con la Prensa.*

Woodward dijo que ya tenía casi toda la información que necesitaba y que sólo quería hacer una revisión, porque el FBI muchas veces retorció las cosas.

—*Cuando hablé con él yo no sabía que se trataba de Hunt* —dijo DeMotte—. *Utilizó el nombre de Ed Warren. Sólo supe que se trataba de Hunt cuando vino el FBI y me mostró sus fotografías. Yo afirmé que aquel tipo era Warren, pero ellos me dijeron que no, que su verdadero nombre era Hunt.*

DeMotte, un hombre de 41 años, había sido jefe de relaciones públicas del «Yachtman Motor Inn», un Hotel de Hyannis Port, en 1960, cuando el candidato a la presidencia John Kennedy lo utilizó como cuartel general y de Prensa para su campaña presidencial.

—*Hunt quería saber si yo recordaba si hubo por aquí alguna chica tratando de pescar a los Kennedy, a cualquiera de ellos... Si había oído hablar de algún escándalo en el que éstos estuvieran envueltos. Quería que trabajara en el caso de Chappaquiddick. Me dio un libro y me dijo que deseaba que lo leyera para ver si me traía alguna cosa a la memoria. Pero no lo hice. El libro se llamaba *The Bridge at Chappaquiddick*, y su autor era Jack Olsen.*

El mismo libro que Hunt leyó en la biblioteca de la Casa Blanca. Había visitado a DeMotte en junio de 1971, una semana o dos después de ser contratado por la Casa Blanca.

DeMotte le dio a Hunt informes de algunos «rumores» sobre cómo se divertían los miembros del equipo Kennedy.

—*Era ya sabido, desde 1956* —dijo DeMotte—. *(John) Kennedy organizaba fiestas realmente animadas y utilizaba los coches de la policía para el transporte de sus invitados. Un día incluso utilizaron un coche de la policía para ir a buscar repuesto para las bebidas alcohólicas que se habían acabado.*

—*Traté de persuadir a Hunt* —continuó— *de que se trataba de una pérdida de tiempo... que no había nada que averiguar. Pero me dijo que representaba a determinado grupo cuya identidad no podía decirme. También que era escritor. Pensé que era una especie de James Bond de segunda fila... Cenó y tomó algunas copas en el motel. Parecía muy entregado a su misión, como si para él no hubiera cosa más importante que su entrega en cuerpo y alma a su país o al grupo que servía... Yo pasé una noche muy inquieta, casi sin dormir, y traté de verlo por la mañana para tomar con él una taza de café, pero ya se había marchado.*

Las distintas ediciones del *Post* del día 10 de febrero publicaron un reportaje en el que se decía que Howard Hunt estuvo tratando de investigar la vida personal de

Edward Kennedy durante un período en el cual la Casa Blanca temió más que nada que Kennedy presentara su candidatura. En esta ocasión, Bradlee no vaciló en colocar el reportaje en la primera página^[61].

El relato de DeMotte fue sólo un pequeño paso tendente a establecer lo que Hunt y Liddy habían hecho en la Casa Blanca. Los reporteros estaban más interesados en el viaje de Hunt a Denver para ver a Dita Beard. Esta mujer era la autora del famoso memorándum que mostraba que existía una conexión entre la promesa de la ITT de entregar varios cientos de miles de dólares para ayudar a la convención republicana, y la oferta de un arreglo favorable en la cuestión *antitrust*.

Varios días después de su almuerzo con el amigo de Hunt, Woodward se dirigió al Departamento de Justicia para tomar una taza de café y llevar a cabo una conversación sobre el caso Watergate. Después de una hora de charla, Woodward preguntó qué había del viaje de Hunt a Denver. Ya se habían aclarado varias cosas al respecto. El periódico de Long Island *Newsday* acababa de informar que Chuck Colson había enviado a Hunt a visitar a la señora Beard en el Hospital de Denver cuando el escándalo de la ITT, en 1972, se hallaba en su mayor apogeo. El *Newsday* no tenía explicación para el viaje.

El funcionario del Departamento de Justicia cruzó su despacho para dirigirse a un fichero del que sacó una carpeta de cartulina. La abrió y comenzó a leer en voz alta. Bajo juramento, Colson había reconocido, ante los fiscales del caso Watergate, que había enviado a Hunt hacia Denver antes del 17 de marzo de 1972 para que visitara a Dita Beard. El funcionario estaba leyendo parte de una declaración que los fiscales habían tomado a Colson, en privado, para ahorrarle al consejero especial del Presidente el embarazo de tener que testimoniar ante el gran jurado, dijo.

Woodward trató de disimular su sorpresa. Afortunadamente, el hombre estaba estudiando otra sección de la declaración de Colson. Levantó la cabeza y se quedó mirando a Woodward.

Nunca le preguntaron a Colson las razones por las cuales había enviado Hunt a ver a Dita Beard —explicó—. El Consejero presidencial dijo que el viaje no tenía nada que ver con el Watergate y con ello todo quedó solucionado y se olvidó el asunto. Pero lo cierto es que Hunt usó el mismo alias que utilizó en Watergate —Edward Hamilton— cuando visitó a la mujer en el Hospital. *¡Y llevaba... seguro que no me va a creer...!* —El funcionario hizo una pausa para soltar una risita—. *Una peluca barata, de las que pueden comprarse en unos grandes almacenes, de color rojizo.* Aparentemente es la misma peluca que fue hallada en el Hotel Watergate el día después de los arrestos.

En la redacción, aquella noche, Woodward estuvo leyendo los recortes de lo publicado sobre el asunto de la ITT. El 29 de febrero de 1972, el columnista Jack Anderson había publicado el memorándum de Dita Beard, enviando una oleada de choque a la Casa Blanca mientras el presidente se hallaba de visita oficial en China.

El 17 de marzo, exactamente poco después de que Colson enviara a Hunt a Denver, la señora Beard hizo una declaración, desde su lecho en el Hospital Osteopático de las Montañas Rocosas, calificando al memorándum de «falsificación» y «calumnioso». Su declaración fue el indicio de que el documento no era auténtico, pero no daba ninguna explicación de por qué había esperado casi tres semanas para desautorizarlo, un tiempo durante el cual estuvo en duda el nombramiento de Richard Kleindienst como Fiscal General.

La señora Beard confirmó posteriormente la autenticidad del memorándum, línea por línea, ante el ayudante de Anderson, Brit Hume.

Woodward encontró tres personas que le dieron una nueva perspectiva sobre la negativa de la autenticidad del documento: un funcionario de la Casa Blanca, un político republicano con lazos muy estrechos con la Casa Blanca y un ejecutivo de la agencia de investigación privada Intertel. Todos ellos contaron, esencialmente, la misma historia:

Colson había coordinado la estrategia común de la Casa Blanca con la ITT. Inicialmente, ambos, la administración y la corporación industrial trataron, por una parte, de dar la imagen de que Dita Beard era una borracha irresponsable y, por otra, de desacreditar a Jack Anderson. Sus esfuerzos no dieron resultado. La ITT contrató a la Intertel, que también trabajaba para la organización de Howard Hughes, para que realizara una inspección técnica del memorándum. Intertel afirmaba que el memorándum había sido escrito, probablemente en una máquina de escribir de la oficina de la señora Beard, en la parte baja de la ciudad de Washington, pero que resultaría casi imposible probarlo. Robert Bennett, que representaba los intereses de Howard Hughes en Washington, pasó la información a Howard Hunt, su empleado, para que éste la hiciera llegar a Colson.

Se repetía una vez más la vieja historia del «aislamiento». Los hallazgos de Intertel habían aclarado el camino para que el memorándum fuera declarado como una falsificación. Colson, el otro patrón de Hunt, lo envió a Denver. La señora Beard hizo pública, poco después, su declaración de que no había escrito tal memorándum: «Yo, y en general todo el gobierno norteamericano, somos víctimas de fraude cruel...».

Sus palabras llegaron a la Casa Blanca transmitidas por Hunt a Bennett y de éste a Colson. Este mismo día, Hugh Scott leyó la negativa de la señora Beard ante el Senado.

Había otra persona que podía dar a Woodward más detalles sobre lo sucedido: Dita Beard. Pero no había forma de dar con ella. Woodward pudo localizar a su abogado, quien dijo que haría llegar sus preguntas a su cliente. Pocas horas después, el abogado telefoneaba al periodista para decirle que la señora Beard había sufrido una recaída del ataque cardíaco que la envió al hospital en pleno asunto de la ITT. Woodward recordó que también había sufrido otra recaída cuando fue interrogada, en la cama, por los senadores del Comité Judicial del Senado en 1972.

Poco antes de la llamada del abogado, Woodward había dado con Robert, el hijo

de la señora Beard, que tenía 24 años. Residía también en Denver.

Woodward le preguntó si recordaba la visita que le hizo a su madre Howard Hunt. Beard dijo que un hombre misterioso, que llevaba una peluca muy barata, había visitado a su madre en el hospital poco antes de que ésta hiciera su declaración.

—*De las fotos que he visto creo que podría haber sido Howard Hunt, pero no podría asegurarlo. El hombre se negó a identificarse. Parecía tener cierta información sobre algo que iba a ocurrir en el futuro... Era un tipo extraño, con aquella peluca roja, torcida, mal colocada, como si se la hubiese puesto en el interior de un coche a oscuras. No podría identificar con esa peluca ni a mi propio hermano.*

Beard dijo que le transmitiría a su madre el recado de Woodward de que le llamara al periódico. Si Robert conocía algo de la «recaída» de su madre, no lo mencionó.

Poco antes de la hora del cierre del periódico, la noche siguiente, Woodward leyó a Gerald Warren el texto de un artículo de dos columnas en que se sometía a un nuevo examen el asunto de Dita Beard basado en nuevas informaciones. La reapertura de la controversia de la ITT, tanto tiempo después de que la Casa Blanca dejara de lado el asunto, a los hombres del presidente les dejó, momentáneamente y de modo insólito, privados de la palabra. Warren tardó tres horas en responder: «*Sin comentarios*». Colson estaba en Rusia formando parte de una misión comercial. Al día siguiente, Robert G. Kaiser, el corresponsal del *Post* en Moscú, se encontró con Colson y le contó lo que su periódico había publicado.

—*Un buen reportaje* —dijo Colson. Le hizo un guiño y continuó su camino.

Si los reporteros deseaban conocer con más detalle lo relativo a lo que Hunt y Liddy habían hecho en la Casa Blanca, necesitarían comprender mejor cuál era la misión de los «*Plumbers*». El primer paso en tal sentido era estudiar a Egil (Bud) Krogh. Bernstein se había encontrado con Krogh una vez en una fiesta. En aquella época Krogh era consejero presidencial para los asuntos relacionados con el capital nacional. En cierta ocasión Bernstein le encontró en el Elipse, en traje de entrenamiento, haciendo ejercicio antes de marchar a su trabajo. Bernstein le preguntó por qué no encontraba la administración un hueco en el presupuesto del distrito para construir algunas pistas o caminos especiales para ciclistas y corredores pedestres. Krogh le respondió con una característica respuesta burocrática sobre «*prioridades*». Bernstein tuvo la impresión de que se trataba de un tipo simpático. Un tanto melifluo, pensó. Un buen chico, fue un calificativo que se les ocurrió a los periodistas cuando buscaban las razones por las que un hombre como Krogh había podido rodearse de tipos como Hunt o Liddy. Egil Krogh era el prototipo de la rectitud en la Casa Blanca, tan recto como una flecha, hasta tal punto que, medio en broma, sus amigos le llamaban «Evil» Krogh^[62]. Había sido miembro de la firma de abogados de John Ehrlichman en Seattle; después había formado parte del Consejo

para Asuntos Internos de la Casa Blanca y coordinó la extensa campaña, a nivel mundial, desarrollada por la administración Nixon contra el tráfico de drogas.

A los 33 años de edad Krogh era el más joven de los secretarios del gabinete de Nixon —en el Ministerio de Transportes— cargo para el que fue nombrado en febrero de 1973.

Woodward hizo una llamada telefónica al Capitolio para averiguar si había habido alguna filtración de la declaración confirmatoria de Krogh. No era así, pero uno de los investigadores del Congreso que había actuado en la audiencia, facilitó a Woodward los nombres de algunos de los amigos y conocidos de Krogh.

Los reporteros empezaron a hacer sus llamadas. Pronto tuvieron una confidencia:

—*Bud dijo... que Hunt y Liddy estaban distribuyendo información procedente de las cintas grabadas por la seguridad nacional.*

Aquel amigo de Krogh dijo a Woodward, además, que no recordaba detalles, pero que Krogh lo había mencionado poco después de que Hunt y Liddy fueran acusados.

Trabajando con una guía telefónica de la Casa Blanca de 1972, los reporteros comenzaron a llamar a gentes que se hallaban bajo la jurisdicción de Ehrlichman. Un exmiembro del equipo de la Casa Blanca y otra persona que aún seguía perteneciendo a ella, le dieron la misma información sobre el próximo eslabón de la cadena. David Young, el exsecretario de protocolo de Henry Kissinger y representante de Krogh en el proyecto de los «*Plumbers*», había transmitido regularmente copia de conversaciones grabadas por Hunt y Liddy en 1971 y 1972. Ambos informadores pensaban que los reporteros y las otras personas sospechosas de infiltrar información, tal vez habían quedado también sometidos a la escucha electrónica.

Woodward llamó a Kathleen Chenow, la exsecretaria de los «*Plumbers*», y le preguntó sobre los datos grabados que Young había hecho llegar a Hunt y Liddy.

—*No puedo hablar de eso* —le respondió en esta ocasión.

La grabación de conversaciones telefónicas —real o supuesta— por parte de la administración Nixon, siempre fue polémica. De acuerdo con las normas de «seguridad nacional», que regulaban esta cuestión, y la llamada «doctrina de Mitchell», los hombres del presidente reclamaron una autoridad sin precedentes para poder llevar a cabo una vigilancia electrónica de las comunicaciones. Hasta que el Tribunal Supremo declaró que esta vigilancia era ilegal, el 19 de junio de 1972 —es decir, dos días después de las detenciones en Watergate—, el Departamento de Justicia estuvo utilizando instrumentos electrónicos de escucha. Carecía de autorización judicial y se dirigía contra algunas personas acusadas de actividades subversivas radicales^[63], así como contra los partidarios de los derechos de libertad civil. Durante mucho tiempo el Departamento había machacado que el término «subversivo» era un eufemismo aplicable a cuantos disintieran con demasiado vigor de la política de gobierno de Nixon. En vista de ello, los reporteros intentaron averiguar si sus colegas de los medios informativos se encontraban entre aquellos «subversivos»; en tal raso, el Departamento de Justicia se atribuiría el derecho a

vigilarles electrónicamente, a escuchar sus conversaciones privadas.

La acogida que obtuvieron sus intentos de investigación les hizo creer que estaban muy cerca de su objetivo. Algunos funcionarios parecieron poco convincentes en su negativa; otros se negaron a discutir el asunto; hubo algunos que compartieron las sospechas de los periodistas. Después de ello, Woodward y Bernstein llegaron a un punto muerto, más allá del cual no podían avanzar.

Woodward redactó un artículo basado en los detalles desnudos de lo que sabían. Informaba que Hunt y Liddy habían recibido información de las grabaciones efectuadas por los servicios de «seguridad nacional»; que estas grabaciones pasaban a David Young, que también era un «*Plumber*» y ayudante del señor Henry Kissinger. El reportaje informaba que los «*Plumbers*» seguían trabajando, tratando de descubrir nuevas filtraciones. Se dejaba que los lectores sacaran sus propias conclusiones.

En esta ocasión, Gerald Warren se tomó varias horas para responder con la negativa de la Casa Blanca: «*Después de comprobar todos los alegatos, encontramos que no existe la menor base en la que fundamentar el reportaje*». Cansado ya de ese juego, Woodward le preguntó si se trataba de una negativa rotunda.

Warren, que en tales ocasiones se situaba en una posición de absoluta frialdad oficial, dijo:

—*No puedo decir nada más...*

Y seguidamente pidió al periodista que tuviera un poco de comprensión. El reportaje incluyó, por tanto, una nota en la que se especificaba que Warren no había negado concretamente lo alegado en él.

Dos semanas más tarde, el *Time* publicaba un informe muy detallado sobre la celosa campaña llevada a cabo por la administración de Nixon para descubrir nuevas filtraciones mediante el control de teléfonos de periodistas y funcionarios del gobierno. Según el relato del *Time*, el teléfono de media docena de reporteros y casi del doble número de funcionarios de la Casa Blanca y del gobierno, estaban sometidos a control y escucha por el FBI por motivos de «seguridad» interna. Las grabaciones habían comenzado en 1969, pese a que J. Edgar Hoover no estaba de acuerdo con ello y sólo dio su autorización a regañadientes... Pero el espionaje telefónico había continuado bajo su sucesor, el director en funciones del FBI, L. Patrick Gray III, hasta que el Tribunal Supremo, en junio de 1972, declaró que se trataba de una acción ilegal. Hoover, según dijo el *Time*, sólo permitió a sus agentes la instalación de los sistemas de grabación y escucha cuando Mitchell había autorizado cada instalación individualmente y por escrito. En 1971, cuando la administración trató de forzar la dimisión de Hoover, añadía el *Time*, el veterano director del FBI, el hombre de la cara de bulldog, se resistió con éxito a la campaña en contra suya, amenazando con revelar los detalles de las operaciones de escucha y control de las conversaciones telefónicas.

El 26 de febrero, fecha en que la edición del *Time* apareció en los kioscos, Bernstein se pasó la mayor parte de la mañana en el Departamento de Justicia

tratando de confirmar los detalles del artículo. Fue de una oficina a otra tratando de pescar detalles sobre el trabajo del *Time*. Hay que decirlo todo: aquello resultaba cualquier cosa menos agradable y Bernstein no podía sacar nada en claro, por tanto, tomó un taxi para volver a la redacción. Desilusionado, iba a tomar el ascensor en el *hall* de entrada del periódico cuando notó que alguien le asía fuertemente del brazo y lo sacaba del ascensor en el que estaba a punto de entrar. Intentó defenderse hasta que oyó una voz femenina.

—¡Muchacho, me alegro de verte! —Era la voz de Laura Kiernan, una joven que trabajaba como ayudante de redacción en la sección de noticias y que recientemente había ascendido a reportero del equipo destinado a la información local.

—Allá arriba, en la redacción, hay un tipo con una citación judicial para ti y de requisita para tus anotaciones. Bradlee no quiere que subas para que no puedan entregarte la orden. Desea que te quites de enmedio lo antes posible^[64].

Bernstein tomó otro ascensor que conducía directamente al piso séptimo, donde se hallaba el departamento de contabilidad. Una vez allí se metió en un despacho en el que no había más que una máquina sumadora y marcó el número de la extensión telefónica de Bradlee. Woodward estaba tomándose unos días de descanso en el Caribe, pero anteriormente se habían puesto de acuerdo sobre lo que debía hacerse en el caso de que alguno de ellos fuera citado judicialmente. La entrega de notas o el mencionar los nombres de las fuentes informativas, tanto ante un gran jurado como ante una comisión de encuesta, era algo que quedaba fuera de cuestión. Habría tiempo más que suficiente para luchar ante los tribunales. Lo primero que había que hacer era trasladar los ficheros a un lugar seguro, fuera del alcance de los investigadores. Bernstein le preguntó a Bradlee dónde se hallaban los archivos. El director le contestó que se habían cambiado de lugar inmediatamente.

El CRP había pedido la citación judicial de cinco miembros del *Post*: Bernstein, Woodward, Jim Mann (que escribió algunas de las informaciones iniciales sobre el caso Watergate), Howard Simons y Katharine Graham. También se había pedido la citación de otros periodistas del *Star-News*, del *New York Times* y de la revista *Time*. Simons y la señora Graham, las dos únicas personas que no eran reporteros, se presentaron. La citación exigía que los convocados declararan en una demanda civil presentada por el CRP y presentaran todas las anotaciones, cintas y demás documentos que obraran en su poder, relacionados con el caso Watergate. Bradlee dijo a Bernstein que no tratara de ponerse en contacto con los abogados del periódico, pues no quería que éstos intervinieran hasta después de haber oído su opinión.

—Vete del periódico, métete en un cine y llámame después de las cinco.

Bernstein se metió en un cine para ver la película «*Deep Throat*» —«Garganta Profunda»—, la versión cinematográfica que había inspirado el alias de su confidente. Cuando volvió a llamar a las cinco, Bradlee le dijo que volviera a la redacción y le explicó la estrategia a seguir. Bernstein aceptaría la citación. La custodia de las notas más importantes de los reporteros sería confiada a la señora

Graham.

—Vamos a luchar hasta el fin, siguiendo esta estrategia, y así, si el juez quiere enviar a alguien a la cárcel por desacato, tendrá que ser a la señora Graham. Y, ¡Dios mío!, la señora está dispuesta a dejarse encerrar. El juez tendrá ese peso sobre su conciencia. ¿Puedes figurarte la fotografía de su enorme coche parado ante el centro de Detención de Mujeres y a la señora Graham descendiendo de él para entrar en la cárcel y, desde allí, apelar pidiendo la aplicación de la Primera Enmienda de la Constitución? Es una foto que se publicará en todos los periódicos del mundo. Una auténtica revolución.

Por la noche, Bernstein estaba trabajando todavía en su mesa, cuando vio llegar al alguacil del CRP, que corría hacia él con los brazos extendidos. Bernstein se hizo el impasible y continuó escribiendo.

—¿Carl Bernstein?

Sin levantar la cabeza de su trabajo, Bernstein alzó la mano y tomó la citación judicial. Pero el enviado se quedó delante de él, en silencio, como si esperase algo. Finalmente, Bernstein alzó los ojos de su máquina de escribir.

El muchacho que le había entregado la citación parecía tener unos 21 años, el pelo largo y rubio, y un jersey con el cuello en «V». Un aspecto de estudiante claramente definido.

—¡Hola...! —dijo—. *Realmente me apesadumbra tener que hacer una cosa así. Me han elegido a mí porque han pensado que con mi aspecto de estudiante me sería más fácil llegar hasta aquí sin levantar sospechas.*

Era un estudiante de leyes que trabajaba por horas en la firma dirigida por Kenneth Wells Parkinson, el abogado jefe del CRP. Le prometió a Bernstein que le mantendría alerta sobre cualquier información que pudiera ser de utilidad al *Post* y le dio a Bernstein su número de teléfono.

Cuando Woodward regresó del Caribe, un hombre de pequeña estatura, muy robusto y macizo, con una barba poco poblada y unas gafas de montura delgada se acercó a su mesa.

—Tim Butz —dijo, presentándose, con voz que tenía un tono de conspiración.

Explicó, después, que había trabajado para el servicio de Inteligencia del Ejército. En la actualidad formaba parte de un grupo de voluntarios, formado por antiguos miembros del servicio de espionaje, que investigaba a la gente sospechosa de estar mezclada en asuntos de espionaje interno.

—Creo que hemos encontrado en la Universidad de George Washington a un estudiante que espía en favor del CRP —le dijo Butz—. Estaría dispuesto a hacerse cargo de otro trabajo...

A continuación le contó una historia poco hilvanada y sin consistencia. Woodward le pidió que continuara sus investigaciones y durante los días siguientes recibió casi una docena de llamadas telefónicas que le informaban sobre los progresos de la investigación. Al cabo de una semana aproximadamente, Butz lo llamó y le dijo que había encontrado un camarada y compañero sospechoso de espionaje, quien le dijo que estaba dispuesto a contárselo todo. Se pusieron de acuerdo para cenar juntos por la noche en la cafetería del Hotel Madison. Cuando Woodward llegó, Butz estaba ya en el *hall* con un joven al que presento como «su fuente». Se trataba de un estudiante alto, nervioso, llamado Craig Hillegas. Los tres se dirigieron a una mesa aislada en un rincón.

Hillegas explicó cómo su compañero de Hermandad en la Kappa Sigma le había dicho que recibió 150 dólares semanales del CRP para infiltrarse en el grupo de cuáqueros que ejerció una vigilancia de 24 horas diarias sobre la Casa Blanca durante muchos meses, la obligación de Brill era, simplemente, enviar informes regulares al CRP sobre la vida personal y los planes de los manifestantes y, además, colaborar para que algunos de ellos pudieran ser detenidos y acusados de posesión y uso de drogas. Al parecer la policía ya había hecho una *razzia*, pero no pudo encontrar nada.

Brill era el presidente de la Juventud Republicana en la Universidad George Washington. Su trabajo para el CRP terminó dos días antes de que se llevaran a cabo las detenciones en el caso Watergate.

—*La idea era* —dijo Hillegas, que tiró su vaso de agua sobre la mesa, tan excitado estaba—, *causar las mayores molestias a los demócratas, porque cualquier dificultad que se causara a los grupos radicales se consideraría como un obstáculo para la política liberal y la del senador McGovern.*

Con ilimitada satisfacción siguió explicando cómo Brill recibía su paga a lo James Bond.

—Ted me dijo que le pidieron que se encontrara con una mujer que llevaría un

vestido rojo, un clavel blanco sobre el pecho y un periódico. Debía entregar el informe a la mujer y recibir de ella un sobre que contenía el dinero. En otra ocasión tuvo que dirigirse a una librería, en la esquina de calle 17 y la Avenida Pensilvania, donde alguien le entregó un libro en el interior del cual estaba su dinero.

—*Brill formaba parte de una extensa red. Según me dijo había, por lo menos, otras 25 personas más... Añadió que la información que todos facilitaban llegaba a gente situada muy arriba en la jerarquía del CRP.*

Woodward empezó a recordar y reflexionar en las reclamaciones continuas de Rosenfeld para que encontrara los restantes 50 espías mencionados en el reportaje sobre Segretti publicado el 10 de octubre.

—¿Dónde están los otros 49? —preguntaba Rosenfeld cada semana o cada quince días a lo sumo. Pensó que quizá, con la declaración ya podía presentar, por lo menos, otros veinticinco. Theodor Brill no parecía ser un personaje importante, un hombre que controlara nada destacable, pero si su camarada estaba diciendo la verdad, formaba parte del grupo.

La Universidad George Washington estaba situada a sólo cinco manzanas de la Casa Blanca. Por la noche, Woodward visitó a Brill en su apartamento de River Edge, Nueva Jersey. Tener que hacerse el «duro» con un muchacho de 20 años, estudiante de Historia, no fue agradable para Woodward, pero Brill pareció una de las personas con las que vale la pena emplear esa táctica y en seguida se abrió. Confirmó el relato de su cofrade y añadió algunos detalles complementarios. Había sido contratado y pagado por George K. Gorton, de 25 años de edad y jefe de la fracción estudiantil del CRP.

—*Cobré cinco semanas en mayo y junio, una vez en billetes y otras cuatro con cheques personales de Gorton. Después me enteré de que esto había sido un error de su parte, porque se suponía que no debía quedar rastro de nuestros contactos. De mis tratos con Gorton saqué la impresión de que había algunos otros que estaban haciendo mi mismo trabajo... y Gorton me dijo que había alguien más, mucho más importante, que sabía lo que estábamos haciendo. Se había pensado que se me enviaría a la Convención de Miami para hacer lo mismo que hice aquí con otros grupos radicales.*

—¿Por qué no se le envió? —preguntó Woodward.

—*Mi trabajo se dio por terminado dos días después de las detenciones en el Watergate. Gorton me invitó a comer con él, al mediodía, y me comunicó que debía parar debido a lo ocurrido en Watergate. Me dijo que la operación se había previsto como supersecreta. Había gente en la Casa Blanca que se hallaba muy disgustada* —dijo Brill dando a entender claramente que existía una conexión entre la Casa Blanca y el CRP, conexión que nadie debía establecer con el Watergate, ni con otras operaciones de espionaje y sabotaje.

¿No se le había ocurrido pensar en la parte ética de su trabajo?, le preguntó Woodward.

—*¿Ética...?* —dudó Brill—. *Bien, tal vez aquello no era del todo ético, pero desde*

luego no había nada ilegal.

Woodward se compadeció, le dio las gracias y colgó el teléfono. Seguidamente encontró el número de teléfono de la casa de Gorton y lo llamó. Cuando descolgaron el aparato pudo oír un fondo de música *rock* y la voz de un joven le dijo que Gorton había salido. Woodward se marchó a su casa y desde allí probó de nuevo. La música continuaba, pese a que era casi la una de la madrugada. Gorton se puso al teléfono y Woodward le explicó lo que quería.

—*¿Está usted loco?* —le replicó Gorton—. *Un reportero del Post no llamaría a la una de la mañana.*

Woodward se sorprendió un tanto. ¿Por qué había siempre gente que respondía lo mismo, tanto a él o a Bernstein, cuando llamaban por la noche? Woodward deletreó su nombre y le dio su número de teléfono, el de su casa y el de la redacción.

—*Veremos* —le respondió Gorton hablando en voz muy alta—. *Ahora tengo una reunión aquí.*

Woodward estaba sentado en su mesa mirando por la ventana las luces de la ciudad nocturna, «hormiguero luminoso», la había llamado Nicholas von Hoffman, columnista iconoclasta del *Post*. Siguió mirándolas hasta que su rabia se disipó.

A la mañana siguiente le despertó el timbre del teléfono.

—*Aquí habla George Gorton* —dijo la VOZ—. *No podía creer que fuera usted, a esas horas de la noche.*

Woodward le hizo algunas preguntas.

—*Sí, desde luego. Ted Brill hizo algunos trabajos sin importancia para mí... Espiar... bueno ésa es una forma un tanto extraña de llamarlo. Lo que le pedí a Brill fue, solamente, que se enterara de qué era lo que estaban haciendo los elementos radicales. Forma parte de mi trabajo saber lo que los jóvenes piensan.*

Woodward dijo que se trataba de una forma singular de llevar a cabo estudios psicológicos del comportamiento... ¡colocar a un agente disimulado, sobre todo si se trataba de un agente provocador!

Gorton negó que Brill hubiese ayudado a organizar la manifestación de los cuáqueros y le señaló el hecho de que el trabajo de Brill había terminado *casualmente* dos días después del descubrimiento del allanamiento del Watergate.

Seguidamente, Gorton, que había sido director del Baile Juvenil para la inauguración de la Campaña del Presidente, declaró con orgullo que tenía gente consiguiendo información de los elementos radicales en treinta y ocho estados.

—*Fue idea mía* —dijo Gorton con un tono no demasiado convincente. Se la había comunicado a Kenneth Rietz, director de División del Voto Juvenil del CRP—. *Rietz sabía que yo podía facilitarle información de lo que pensaban los radicales. Yo le di esa información pero Rietz no me preguntó cómo la había conseguido.*

Sin embargo, después cambió la versión y dijo que Brill había sido su único operador.

Haldeman había elegido a Ken Rietz, de 32 años de edad, para que fuera presidente nacional de los Republicanos. Había dejado el CRP para pasar al Comité Nacional y presidir, en 1964, la campaña electoral para el Congreso.

Brill, con sus 150 dólares de sueldo semanal, no tenía por qué quedar inscrito bajo la nueva ley reguladora de la campaña electoral. Cuando se publicó el relato de la intervención de Brill, la Oficina General de Impuestos volvió a consultar los libros del CRP. Eso ayudó a establecer que Rietz había presidido un «Cuerpo Juvenil» de espías en favor del presidente.

Por esos días Woodward acudió a visitar a un funcionario del CRP que ocupaba un cargo bastante bien situado. El hombre parecía poco satisfecho, disgustado con la Casa Blanca y las tácticas que se habían usado para asegurar la reelección del presidente.

—*Si existen dos caminos, uno honesto y otro deshonesto para hacer cualquier cosa — dijo—; si ambos conducen a los mismos resultados y elegimos el deshonesto... ¿puede usted explicarme la razón?*

—¿Qué sugiere?

—*Es difícil pensar en algo específico —dijo el hombre del CRP. Reflexionó un momento antes de continuar—. ¿Recuerda la decisión de minar el puerto de Haifong, tomada unos cinco meses antes de las elecciones? Muchos de nosotros creímos que aquello significaba la caída del presidente. Gastamos 8 400 dólares en falsos telegramas y tarjetas de adhesión y apoyo a la decisión presidencial. Se gastó mucho dinero en enviar telegramas a la Casa Blanca en los que se felicitaba al presidente y se le decía que había tomado una magnífica y gran decisión. Así Ziegler pudo anunciar a la Prensa que los telegramas de apoyo al presidente estaban alcanzando un importante porcentaje. El dinero sirvió también para publicar un falso anuncio en el *New York Times*.*

Tomó una copia del anuncio, que sacó de un cajón de su mesa y se la tendió a Woodward. El título era: **El pueblo contra el «New York Times»**. El anuncio criticaba un editorial del *Times* que se oponía al minado del citado puerto.

—*Fíjese —le dijo el hombre del CRP— en que está firmado por unas diez personas supuestamente independientes, para dar la impresión de que el pueblo se alzaba en armas contra el editorial y estaba dispuesto a gastarse varios miles de dólares —el precio del anuncio— para expresar su opinión. Pues no había nada de eso. El anuncio fue pagado con cuarenta de esos billetes de cien dólares procedentes de la caja secreta de Stans.*

Un párrafo del anuncio preguntaba: ¿A quién van ustedes a creer, al «New York Times» o al pueblo norteamericano?

De vuelta a su despacho, Woodward telefoneó a otro funcionario del CRP. Éste le dijo que el esfuerzo para conseguir apoyo popular a la decisión de minar Haifong les costó mucho trabajo...

—... tuvimos que poner a todo el equipo en el asunto, haciendo horas extras durante dos semanas... El trabajo consistió en hacer visitas y viajes en busca de peticiones, organizar manifestaciones, llevar a la gente a Washington en autobuses, acosar con llamadas telefónicas a la Casa Blanca, lograr que los electores llamaran a sus congresistas, etc. etc.

Bernstein recordó algo que parecía acorde con lo que le decía. En mayo de 1972, Barker y Sturgis aparecieron, sin ser invitados, en una reunión de los exilados cubanos en Miami y trataron de planear una manifestación en apoyo de la decisión de minar Haifong. Sturgis condujo el primero de los camiones que encabezó el desfile de apoyo.

Sussman pidió a los periodistas que escribieran un artículo sobre la campaña de decepción que rodeó a la decisión de Haifong.

—Eso puede ser un golpe que duela —dijo—. La gente odia esos intentos de manipulación de la opinión pública.

El día en que se publicó el artículo, James Dooley, un joven de 19 años que había sido jefe de la oficina postal del CRP, se presentó en la redacción de noticias y pidió hablar con alguien sobre la operación de minado de Haifong. Woodward lo introdujo en la oficina de Sussman.

—Ustedes no saben todo lo que se hizo cuando el minado de Haifong —dijo Dooley—. Convocamos una encuesta para saber si la gente estaba de acuerdo con la decisión presidencial o, por el contrario, la rechazaba.

La estación local de televisión pidió a sus televidentes que enviaran una tarjeta indicando si estaban de acuerdo o no con la decisión presidencial. Se publicaron, como anuncios, en el *Post* y en el *Star*, boletines que había que rellenar y enviar a la Casa blanca.

—Fue la oficina de Prensa la que dirigió el proyecto —explicó Dooley— y lo llevó a cabo a fondo. Cada uno de nosotros debía enviar quince tarjetas. Muchas personas estuvieron trabajando durante diez días comprando distintos tipos de sellos y postales y consiguiendo que distintas personas falsificaran la escritura... Se compraron millares de periódicos en los kioscos, se recortaron los boletines de respuesta y se enviaron.

Como mínimo se falsificaron 4 000 boletines apoyando la decisión de Nixon, que fueron enviados al organismo que realizaba la encuesta. Según éste, se recibieron en total 5 157 boletines en favor de la decisión presidencial y 1 158 en contra. Es decir —dijo Dooley— que si no se hubieran enviado esas tarjetas falseadas por el CRP, el presidente hubiera perdido aunque, en el mejor de los casos, sólo fuera por un voto: 1 158 contra 1 157.

—Cuando todos los boletines quedaron separados de los periódicos —continuó Dooley— tuvimos miedo de que éstos fuesen descubiertos, así que alguien pidió que los tiráramos. McCord estaba a cargo de los depósitos y se sentía verdaderamente molesto con esas toneladas de papel que llenaban todas las estanterías... Destruimos, pues, los periódicos y después los tiramos, tal como se nos había ordenado.

Woodward llamó al portavoz del CRP y le preguntó si la encuesta había sido

trucada.

—*Cuando uno se halla involucrado en un proceso electoral se hace lo que se puede — le replicó Shumway—. Partimos de la conclusión de que los otros también lo harían. Partimos de esa presunción. No sé si lo hicieron o no.*

Woodward preguntó, con ironía, si al decir *los otros* se refería a los vietnamitas del norte.

—*No —respondió Shumway—; quiero decir las fuerzas de McGovern.*

Siguiendo el asunto hasta el fin, Woodward llamó a Frank Mankiewicz, antiguo jefe de la campaña de McGovern.

—*No, no hicimos nada de eso —dijo con tono incrédulo—. Ni se nos ocurrió, puede creerme. Por lo visto suponen que tenemos el mismo resbaladizo sentido ético que ellos.*

No hubo otra decisión presidencial que se considerase peor aconsejada y que dejara más perplejos a los dos reporteros, que el anuncio de la Casa Blanca, hecho en el mes de febrero, de que el nombre de L. Patrick Gray sería presentado al Senado para que se le confirmara como sucesor permanente de Edgar Hoover al frente del FBI. Gray, como ya hemos visto, llevaba bastante tiempo actuando como director en funciones; su proyecto de confirmación definitiva en el cargo, no cabía duda de que motivaría una encuesta del Congreso sobre la actitud del FBI en el caso Watergate, sobre el modo como había llevado a cabo su investigación. ¿Por qué arriesgarse a las posibles consecuencias de una expedición de pesca organizada por el Senado simplemente para dar carácter permanente a su cargo? Los funcionarios del gobierno a los que los periodistas plantearon la cuestión no parecían menos perplejos que ellos. Algunos de los que estaban muy introducidos, sólo creían saber que existía una gigantesca lucha en los círculos más próximos a Nixon. Se decía que John Ehrlichman se oponía vehementemente al nombramiento, pero que el presidente, en última instancia, había prescindido de su consejo. A nadie se le ocurrió la idea de que Gray fuera a ser nombrado por su habilidad ni, tampoco, porque la Casa Blanca considerara que la encuesta del Congreso daría ocasión a que el asunto Watergate se examinara a fondo y sin tapujos.

Poco antes de que tuviera lugar la audiencia del Senado, los reporteros decidieron que ya era tiempo de que Woodward volviera a cambiar de sitio la maceta de su balcón. Esa noche hizo el camino al garaje a pie y en taxi. «Garganta Profunda» no estaba allí. Habían quedado en que, si por alguna razón uno de ellos no podía acudir a la cita, dejaría una nota en cierto lugar. Woodward, que medía más de un metro setenta y cinco no pudo, sin embargo, alcanzar el lugar donde estaba oculto, así que tuvo que buscar un trozo de cañería vieja y con su ayuda logró sacarlo.

Era un trozo de papel en el que «Garganta Profunda» le informaba que se encontrase con él a la noche siguiente en un determinado bar del que Woodward jamás había oído hablar. ¿Un bar? ¿Es que «Garganta Profunda» se había vuelto

loco? Woodward estaba sorprendido. Algo debía de ir mal, tenía que haber un error en alguna parte. Cuando llegó a casa, empezó a consultar la guía telefónica. No existía ningún bar a ese nombre. Salió y desde un teléfono público marcó el número de información. Una operadora le dio el número y la dirección del bar, que estaba situado en las afueras de la ciudad.

La noche siguiente, a las nueve, Woodward anduvo unas manzanas desde su casa antes de tomar un taxi en la dirección opuesta a la del bar. Lo dejó, anduvo otros quince minutos y tomó otro coche del que salió a poca distancia del bar. Realmente era más bien una taberna, una vieja casa de madera convertida en una tasca para camioneros y obreros de la construcción. Woodward, que iba vestido de manera sencilla, entró y nadie pareció fijarse en él. Vio a «Garganta Profunda» sentado en un rincón y, un tanto nervioso, fue a sentarse frente a él.

—¿Por qué aquí? —le preguntó.

—*Hay que cambiar* —dijo «Garganta Profunda»—. *Ninguno de mis amigos ni de los tuyos tendrán la ocurrencia de venir por aquí, a un bar soñoliento y oscuro, eso es todo.*

Se acercó un camarero. Los dos pidieron *whisky* escocés.

Tenía que haber algo más, para que se hubiera decidido a buscar un nuevo sitio de reunión, sugirió Woodward.

—*Un ambiente más acogedor* —le respondió «Garganta Profunda»—. *¿Estás seguro de que no te ha seguido nadie? ¿Cambiaste de taxi y todas esas cosas?*

Woodward hizo un gesto afirmativo.

—¿Cómo le han caído al *Post* las citas?

Estupendamente, dijo Woodward.

—*Ése es sólo el primer paso. Nuestro Presidente parece haber sufrido un ataque de nervios con respecto a la filtración de noticias del caso Watergate. Hay gente apropiada, que le ha dicho: «Llegue hasta el límite para detenerlos». Y cuando dicen una cosa así, realmente sus palabras deben ser tomadas textualmente. Se van a lanzar a ello. Habrá una investigación interna y, además, utilizará a los Tribunales. Se ha discutido si presentar una demanda criminal o un pleito civil, primero. En una reunión, Nixon ha dicho que los 5 millones, más o menos, que han sobrado de la campaña, pueden utilizarse para acabar con el *Washington Post*. Ésta es la razón de tu citación y de los demás. También se discutió en esa reunión la posibilidad de que se llevara a cabo una investigación por un Gran Jurado, pero eso se prevé para más tarde.*

»*Nixon estaba furioso, indignado. Y dijo a voces: “No podemos soportar una cosa así y vamos a detenerla. No me importa nada lo que cueste”. Su teoría es que los medios informativos han ido demasiado lejos y que esa presión debe ser detenida... Parecía que estaba hablando sobre los gastos federales. Se ha emperrado en el asunto y no parece importarle el tiempo que le cueste. Quiere que se haga. Para él la cuestión no es, ni más ni menos, que la defensa de la integridad del gobierno y de la lealtad básica. Piensa que la Prensa se ha lanzado a acabar con él y que, por ese motivo, es desleal; los que hablan con la Prensa aún son peores; enemigos infiltrados o algo parecido.*

Woodward respiró profundamente. «Garganta Profunda» se bebió su *whisky* a sorbos guturales y después, groseramente, se limpió la boca con el dorso de la mano.

Woodward le preguntó hasta qué punto se sentía preocupado.

—¿Preocupado? —«Garganta Profunda» se retrepó en su silla y pasó el brazo sobre el respaldo—. *No podrán conseguirlo. Jamás cogerán a nadie. Nunca. Están ocultando demasiadas cosas que acabarán por descubrirse y que aún les desacreditarán más en su guerra contra las filtraciones. La marea se aproxima, te lo digo yo. La Casa Blanca quiere devorar al Washington Post; bien ¿y qué? Se lanzarán sobre él, pero el resultado final ya se vislumbra. Se está edificando ya y ellos lo ven y saben que no pueden detenerlo. Por esto están tan desesperados. Lo que tenéis que hacer es ir con cuidado, vosotros particularmente y el periódico. Y esperar. No tratéis de andar a saltos ni demasiado deprisa. Tened cuidado y no seáis demasiado ambiciosos.*

Woodward distaba mucho de quedarse tranquilo con las afirmaciones de su amigo. Dijo que necesitaba más detalles si quería comunicarlo todo a los demás del periódico que, aunque también estaban incluidos en el menú, no llegarían a ser devorados. «Garganta Profunda» movió la cabeza indicando que no podía decir mucho más.

¿Qué había del nombramiento de Gray? ¿Tenía algún sentido?

«Garganta Profunda» dijo que sí, y muchísimo, pese a que significaba un gran riesgo.

—A principios de febrero, Gray fue a la Casa Blanca y dijo efectivamente que «estoy aguantando el golpe de Watergate». Estaba muy enfadado y dijo que había cumplido a la perfección con su trabajo y que había contenido la investigación dentro de límites juiciosos, que jugaban limpio con él colocándolo allí para que lo aguantara todo. Dio a entender que todo podía irse al diablo si no estaba en condiciones de permanecer constantemente en su cargo y, consecuentemente, las riendas podían escapar un día de su mano. Nixon pudo llegar a pensar que se trataba de una amenaza, aunque Gray no es de ese tipo de personas. Pero por la razón que sea, el caso es que el Presidente accedió rápidamente y envió el nombre de Gray al Senado. Muchas personas de la Casa Blanca se oponían a ello, pero no pudieron evitar que el Presidente cumpliera su voluntad.

Así que el bueno de Pat Gray había montado un chantaje sobre el Presidente.

—Yo jamás he dicho eso —se echó a reír «Garganta Profunda». Dio a sus ojos un exagerado aire de inocencia^[65].

¿Qué sabía sobre el reportaje de la revista *Time*? ¿Sabía Gray lo del control y las grabaciones de las conversaciones telefónicas de algunos reporteros y funcionarios de alta categoría de la Casa Blanca?

—La respuesta es afirmativa —dijo «Garganta Profunda» que, precavidamente, añadió que ni siquiera él sabía todo lo que tenía que saber sobre el asunto—. *Había un grupo de vigilancia, de entrada y salida de información, que controlaba las grabaciones de las llamadas que llegaban y las que se hacían afuera. Entre las grabaciones se cuentan algunas tomadas a Hedrick Smith y a Neil Sheehan, del*

New York Times, después de la publicación de los «Documentos del Pentágono». Pero las cosas habían comenzado ya con anterioridad. Se suponía que todas las grabaciones y ficheros habían sido destruidos.

Explicó que las grabaciones de las conversaciones telefónicas las habían llevado a cabo exagentes del FBI y de la CIA, cedidos o contratados al margen de los canales oficiales. Mardian había dirigido la parte final de la operación del Departamento de Justicia para la Casa Blanca. El caso Watergate no era nada nuevo para la administración, continuó «Garganta Profunda».

Hubo una reunión, en la que se discutió la estrategia a elegir, en la cual Haldeman presionó a Mitchell para que pusiera en marcha una acción de control de teléfonos al servicio de la campaña. Mitchell vaciló, pero Haldeman insistió. Mitchell recibió instrucciones del Jefe de Personal de la Casa Blanca para que traspasara parte de la operación de vigilancia de la Casa Blanca a la campaña electoral. Con esto se refería a Hunt y Liddy.

—En 1969 el principal objetivo de esta agresiva campaña de controles telefónicos y grabaciones fueron los reporteros y los miembros de la administración sospechosos de deslealtad —dijo «Garganta Profunda»—. Después, el énfasis se trasladó a la oposición política más radical durante la oleada de protestas antibélicas. Cuando se aproximó la época de las elecciones, resultó ya natural controlar a los Demócratas. Las detenciones de Watergate sacaron de sus casillas a todos, porque ello podía poner al descubierto la totalidad del programa.

«Garganta Profunda» y Woodward saborearon otro *scotch*, cada uno aprovechando el confort poco familiar de su nuevo lugar de cita. Woodward se preguntó si su amigo, realmente, no estaba flirteando intencionadamente con el peligro de ser descubierto. ¿Deseaba que le cogieran para así tener la oportunidad de poder hablar públicamente? ¿Había una de esas raras relaciones odio-amor con su servicio al gobierno? Woodward fue a iniciar la pregunta pero se contuvo. Le bastaba con saber que «Garganta Profunda» jamás trataría falsamente con él. Algún día todo se podría explicar.

Las bebidas eran baratas en ese bar. Woodward dejó un billete de 5 dólares sobre la mesa y fue el primero en salir.

A la mañana siguiente los dos reporteros estudiaron las notas de Woodward. Estaban pensando en la posibilidad de un reportaje que, como el del 10 de octubre, fuese el relato de la masiva campaña de espionaje, con el caso Watergate en el fondo de la perspectiva. Algo así como que el allanamiento del Watergate sólo había sido un pequeño detalle, una parte ínfima de una campaña masiva, en el año electoral; espionaje y sabotaje, esfuerzo encubierto para conseguir la reelección presidencial; todo esto, a su vez, formando parte de un programa aún más amplio, dirigido por los hombres del Presidente casi desde el principio, contra aquéllos que a su juicio

resultaban peligrosos para la administración.

Pero para hacerlo, los periodistas necesitaban más detalles, ejemplos y otras fuentes que pudieran confirmar lo sucedido.

La audiencia para la confirmación de Gray en su cargo se fijó para comenzar el 28 de febrero.

La noche anterior, Bernstein estuvo hablando con Tom Hart, un joven colaborador del Senador Robert Byrd, de Virginia Occidental, que era el encargado de velar por la disciplina de la fracción Demócrata en el Senado y, también, miembro del Comité Judicial. Hart había establecido un archivo con todos los reportajes y artículos publicados en revistas y diarios y de ellos había entresacado una lista de contradicciones y preguntas sin respuesta sobre el Caso Watergate.

Esas cuestiones se hicieron circular entre miembros destacados de Comité. Se dijo que mientras no fueran contestadas satisfactoriamente, y confirmadas por pruebas procedentes de los archivos del FBI sobre el caso Watergate, Gray debería permanecer en el estrado de los testigos. Incluso aunque el Comité Judicial informara favorablemente sobre el nombramiento, Byrd estaba dispuesto a usar su gran influencia en el Senado para oponerse a él en tanto que las contradicciones no se aclararan.

La audiencia comenzó el 28 de febrero, con la declaración de Gray, que insistía en que la investigación del caso Watergate había sido *especial y masiva*, abierta por completo a la prensa y sin *barreras de contención*. Después, sin ser preguntado, declaró voluntariamente que había entregado los archivos de la investigación a John Dean y que no estaba en condiciones de asegurar que Dean no se los hubiese mostrado a Segretti.

Los senadores se quedaron atónitos. Woodward se alegró enormemente de que Bernstein no estuviera allí para oír el testimonio de Gray. Bernstein había venido defendiendo la idea, durante meses, de que debían escribir un reportaje contando que Dean había recibido esos ficheros del FBI. Woodward no había creído que eso resultara importante y esto precisamente era lo que Gray estaba tratando de demostrar con poco resultado. Ofreció entregar los ficheros del caso Watergate a los senadores. Pero la impresión de que Gray había actuado como una especie de ayuda de cámara de Dean, un hombre veinte años más joven que él, ya no pudo ser alejada. Se vio claro desde el primer momento que el interrogatorio de Gray iba a convertirse al mismo tiempo en un interrogatorio, aun cuando fuese indirecto, de Dean.

Al día siguiente, jueves, Bernstein leyó la ficha personal de Dean. Éste, que había pasado a hacerse cargo del contenido de la caja de caudales de Howard Hunt después del 17 de junio, tardó al menos siete días en entregárselo al FBI. Había una anotación que indicaba que dos agendas, propiedad de Hunt, no figuraban en la lista del inventario hecho por Dean. Un abogado del Ministerio de Justicia dijo a Bernstein que la fiscalía sólo oyó hablar de ellas el 11 de octubre, cuando Hunt pidió por escrito que le devolvieran las pertenencias personales que había dejado en la oficina.

Se lo dijo a Bernstein:

—*La Casa Blanca afirma que jamás se vieron allí tales agendas. No sabíamos qué pensar. Ni lo sabemos todavía.*

Bernstein llamó al abogado de Hunt, William Bittman. Éste confirmó la historia y dijo a Bernstein que las agendas contenían nombres y direcciones que, según habían dicho los fiscales, podrían conducir a otras personas implicadas en la conspiración del Watergate.

—*Creíamos que el FBI tenía tales agendas y que las había usado en su investigación. Se iba a proceder a una apelación basada en que el caso había sido manipulado por el gobierno, ya que la información procedía de material (las agendas) obtenido en un registro ilegal. Iba a llamar a Dean y otras personas de la Casa Blanca para demostrar que Hunt estaba usando su oficina todavía en el mes de junio y que no había abandonado sus pertenencias en la Casa Blanca.*

—*Cuando nos dimos cuenta de que el FBI jamás había tenido las agendas —continuó—, el asunto perdió su sentido y significado. Todo lo que puedo decir es que... aquel jaleo resultaba extraño. No sabía a dónde quería ir a parar —terminó William Bittman.*

Bernstein le preguntó si Hunt creía que las agendas podían resultar tan importantes como para fundamentar una acusación contra algunos altos personajes.

—*Supóngalo usted mismo —le respondió Bittman—. Suficientemente valiosas para que alguien deseara su desaparición.*

El día 2 de marzo, en una conferencia de Prensa convocada de forma imprevista por el Presidente, Nixon declaró que haría uso del privilegio del ejecutivo para oponerse a la petición de que Dean declarara ante Gray. Así la historia de las agendas desaparecidas y del papel que representó Dean al entregar el material de la caja de caudales de Hunt, quedaba al margen del asunto.

Cuatro días después, Gray dijo a los senadores que estaba «*convencido de manera inalterable*» de que Dean no se había quedado con nada de la caja de Hunt. Casi simultáneamente, la Casa Blanca hacía una declaración confirmando que Dean había entregado todo su contenido^[66]. Pero el asunto quedó pronto eclipsado por el desarrollo posterior de los interrogatorios que pusieron al descubierto cosas muy interesantes.

Por la tarde, un grupo de reporteros entre los que estaba Woodward, entraron en la antesala de Tom Hart y recogieron copias de algunos documentos que Gray había suministrado; respondían a requerimientos anteriores del senador. Uno de ellos llevaba el título: «*Interrogatorio de Herbert W. Kalmbach*».

«*El señor Kalmbach dijo que en agosto o septiembre de 1971 el señor Dwight Chapin entró en contacto con él y le informó que el capitán Donald H. Segretti, estaba a punto de licenciarse del servicio militar y que tal vez podría ser de utilidad al Partido Republicano*».

Todo figuraba allí. En el interrogatorio, Kalmbach admitió que había pagado a Segretti para que llevara a cabo actividades clandestinas, siguiendo instrucciones de

Chapin. Con un paso que no cabía desandar, Gray había minado la rotunda afirmación de inocencia de la Casa Blanca. Y, al mismo tiempo, ayudaba a restablecer el crédito de la veracidad del *Washington Post*.

Bernstein y Woodward tuvieron dificultades para terminar el artículo sobre Gray antes de la hora de cierre de su periódico. Periódicos, agencias de información, estaciones de radio y televisión no cesaban de telefonar pidiendo los comentarios del periódico sobre la reivindicación de que había sido objeto. Reivindicación fue la palabra usada por casi todos los que llamaron al *Washington Post*.

El artículo de Bernstein y Woodward reflejaba diez meses de continua rabia y frustración creciente. Fueron citando, una tras otra, textualmente, todas las negativas de la Casa Blanca siempre que se mencionaba a uno de los hombres del Presidente. Aunque inintencionadamente, el artículo era mortal como el hacha de un asesino. En la parte superior de la primera página del periódico, a tres columnas, aparecía el título:

EL JEFE DEL FBI DICE QUE LOS AYUDANTES DE NIXON PAGARON A SEGRETTI...

En el texto se intercalaron grandes fotografías de Chapin, Kalmbach y Segretti. La desafortunada combinación de su colocación y los pies que acompañaban a las fotos, daban la impresión de llevar la peor intención del mundo:

Chapin: informó que podía contarse con Segretti... Kalmbach, un simple agente pagador... Segretti: relacionado con el equipo de Nixon.

Con la excitación del momento, el efecto pasó desapercibido para el *Post* pero no en la Casa Blanca. Sus funcionarios y los de otros departamentos dijeron a los reporteros que la forma con que el periódico había presentado la información se había granjeado para el *Post* más odio que cualquier otra cosa.

Bradlee generalmente era muy sensible para este tipo de cosas; pero se había complacido demasiado con los acontecimientos del día y lo demás se le fue de las manos.

Entre una y otra llamada, que se sucedían de continuo, pidiendo entrevistas y declaraciones, iba de un lado para otro de la redacción, golpeando satisfecho y alegre en la espalda a Rosenfeld; trató de estrechar la mano a Sussman (que estuvo a punto de perder su pipa) y proclamó a los cuatro vientos y con toda ironía, que Pat Gray acababa de rescatar a la Prensa libre.

Durante las dos semanas siguientes, los reporteros observaron sorprendidos cómo,

día tras día, Gray estaba testificando la ineptitud —cuando no la negligencia criminal— de su supervisión de la investigación del FBI. La implícita sugestión de «Garganta Profunda» de que Nixon había temido presentar el nombramiento de Gray se fue haciendo cada vez más plausible a medida que el designado iba dando muestras de un candor verdaderamente peligroso.

El día 22 de marzo, Gray testificó que John Dean *probablemente* había mentido cuando dijo al FBI, el 22 de junio del año anterior, que no sabía si Howard Hunt tenía un despacho en la Casa Blanca. La Casa Blanca pronunció una declaración que negaba *inequívocamente* la acusación de Gray; y Dean, por su parte, pidió una *corrección*.

El día antes, las citaciones y demandas presentadas por el CRP contra los reporteros del *Washington Post*, habían sido rechazadas por el Tribunal.

La mañana del 23 de marzo, Woodward marchaba por un pasillo próximo a la redacción de la página editorial cuando Herblock, el caricaturista del *Post* lo detuvo.

—¡Hola! —le saludó—. ¿No has oído lo de la carta de McCord al juez? Acabo de escucharlo por la Radio.

La última vez que alguien le había traído noticias radiofónicas sobre el caso Watergate, Woodward pensó que el caso Haldeman explotaba sobre su cabeza.

No, no había oído nada y esperó.

—Bien, McCord afirma que ha habido perjurio y presiones para que se guarde silencio y hay otros que están también involucrados en ello.

Cuando Woodward se precipitaba como una tromba en la redacción, Howard Simons estaba junto a la mesa de información nacional. Tenía en la mano una hoja de papel recién arrancada del teletipo y gritaba presa de la mayor excitación.

Era una copia del texto de la carta de McCord al juez Sirica:

«Varios miembros de mi familia han expresado temor por mi vida si descubro lo que sé sobre este asunto... En el interés de la justicia... para restaurar la fe en el sistema de justicia penal...». McCord estaba decidido a decir lo que sabía. Woodward estudió las acusaciones que se hacían en la carta: presiones políticas ejercidas sobre los acusados para que se declarasen culpables y guardaran silencio. En el curso del juicio había habido casos de perjurio. Otras personas mezcladas en el asunto Watergate no fueron identificadas en las declaraciones.

McCord *«pedía ser recibido por el juez Sirica después de pronunciada sentencia... dado que no tenía confianza suficiente para hablar con un agente del FBI o prestar declaración ante el gran jurado cuyos fiscales federales trabajaban para el Departamento de Justicia, ni tampoco para hablar con otros representantes del Gobierno».*

Woodward se preguntaba si McCord podría probar sus acusaciones. La imagen de John Mitchell saliendo de la sala del tribunal escoltado por los alguaciles pasó por su mente como un relámpago.

Simons, rebosante de júbilo, dijo a Woodward:

—Descubre de qué demonio está hablando, quién cometió perjurio, quiénes más estaban involucrados, quién presionó sobre ellos...

Seguidamente llamó por teléfono a la señora Graham que se encontraba en Singapur.

Por su parte Bradlee estaba como subyugado. La carta podía significar un paso gigantesco hacia adelante, pero era un tanto vaga.

—Nombres, muchachos, queremos nombres —les dijo.

Los dos reporteros se encontraron el domingo en la redacción y comprobaron que

las directrices dadas por Howard Simons eran más que difíciles de cumplir. Si McCord había dicho a alguien lo que tenía en la mente al escribir la carta, sus confidentes guardaban bien el secreto. La acusación del caso Watergate dudaba de que McCord conociera demasiadas cosas. Estaba en juego la reputación de la Casa Blanca. Los pocos funcionarios de la Casa Blanca que respondieron a las llamadas de los periodistas no sabían nada; si respondían, o si incluso volvían a llamar después, era para ver si eran ellos quienes podían enterarse de algo.

A media tarde Woodward supo que Samuel Dash, el consejero jefe del Comité del Senado para el Caso Watergate, iba a dar una conferencia de Prensa al cabo de una hora. Bernstein tomó un taxi para dirigirse al Capitolio. Dash estaba en su oficina sentado en su mesa de trabajo de acero gris, esperando que los equipos de cámaras hicieran los ajustes finales. Leyendo unas notas, dijo que había interrogado a McCord, en largas sesiones grabadas con magnetófono durante el fin de semana. McCord había «*mencionado varios nombres*» y comenzó a «*facilitar una declaración honesta*» sobre la operación Watergate. Bernstein no comprendió la razón de esa Conferencia de Prensa. No estaba ofreciendo detalles concretos, sino simplemente suposiciones, con más o menos base, sobre lo que McCord le había dicho a él. Iba a haber audiencias públicas por el Comité Watergate en las cuales McCord prestaría declaración. La Prensa podría dar un duro golpe al Comité Watergate, y atacar su investigación, si las acusaciones de McCord se filtraban y no se podían probar.

Bernstein regresó a su despacho y sin entusiasmo comenzó a tratar de encontrar alguna fuente que le dijera lo que McCord había dicho. Hizo media docena de llamadas sin el menor éxito, cuando recibió una información de los teletipos del *Los Angeles Times*. McCord había dicho a Dash que Jeb Magruder y John Dean habían conocido de antemano la operación de escucha del Watergate y estaban implicados en su planificación. Si el hombre designado por el Presidente para investigar tal operación había sido uno de los que la habían ideado, las consecuencias eran incalculables. Ya anteriormente la Casa Blanca había pronunciado una declaración negando categóricamente los cargos contra Dean. No se mencionaba en esa negativa a Magruder. Los hombres de Nixon se estaban distanciando de él.

Por la noche, Bernstein había llamado ya a más de 40 personas: senadores, miembros del equipo del Comité Watergate, abogados, fuentes del CRP y de la Casa Blanca, funcionarios del Departamento de Justicia, amigos de McCord, e incluso al Secretario de Justicia. Nada de nada. Él y Simons decidieron escribir un artículo citando al *Times* de Los Ángeles sin poner nada de su propia cosecha; ni siquiera que el *Post* no había logrado confirmar tales alegaciones de McCord. Después Simons recibió una llamada telefónica de un abogado que dijo representar a John Dean. Amenazó con denunciar al *Post* por difamación si el periódico publicaba las supuestas alegaciones de McCord, relacionadas con Dean. Simons dijo a Bernstein que mencionara la amenaza indicando el nombre del abogado.

Simons se daba cuenta de las frustraciones de Bernstein a medida que se iban

desarrollando los acontecimientos cotidianos. Le dijo que debía irse acostumbrando a que, a veces, se le adelantaran otros en la información. Habían pasado los días en los que el *Post* dominaba casi por completo el caso Watergate.

Por la mañana siguiente Bernstein y Woodward trataron frenéticamente de confirmar el relato del *Times* y finalmente dieron con tres personas de la Colina Capitolina, quienes afirmaron la veracidad de la información. Una de estas personas, un político republicano, dijo que las alegaciones de McCord eran «*convincientes, turbadoras y estaban apoyadas en cierta documentación*».

En la Casa Blanca Ron Ziegler anunció que el presidente había telefonado personalmente a Dean expresándole su «*absoluta y total confianza*» en él.

El caso Watergate iba a estallar. Las acusaciones de McCord no eran más que una parte de las presiones que se venían ejerciendo contra la presa de contención a la que se había referido «Garganta Profunda». Su derrumbamiento aún estaba distante, pero se aproximaba ya la avalancha que habría de hundirla: Dean, Magruder, Mardian, Mitchell y —lo que era más importante— el propio H. R. Haldeman, iban a ser arrastrados por las aguas.

Woodward decidió pedir al segundo secretario de Prensa de la Casa Blanca que le facilitara una entrevista con el Presidente. Era un disparo a larga distancia, quizá demasiado ambicioso y embarazoso, pero Woodward siempre se había sentido extrañado e intrigado por la tendencia de Nixon hacia lo inesperado. Si el presidente podía abrir negociaciones con la China Roja, ¿por qué no con el *Washington Post*?

Woodward le telefoneó y le preguntó si podía ir a verle para mantener con él un abierto cambio de impresiones. Warren vaciló un momento pero después dijo:

—Muy bien.

Woodward no tenía pase de Prensa para entrar en la Casa Blanca. Warren le dijo que daría su nombre a la puerta para que lo dejaran pasar.

El 27 de marzo era un día soleado y cálido y Woodward sudó moderadamente al hacer a pie las cinco manzanas que separaban el periódico de la Casa Blanca. La Sala de Prensa en el Ala Occidental estaba desierta. Esperó, sentado en una silla incómoda, de alto respaldo y sin acolchar. Al cabo de diez minutos se presentó Warren y condujo a Woodward a su despacho, que no era mayor que el pequeño camerino de un teatro. Apenas si cabían el sillón, la mesa y otra silla para el visitante. Warren, un hombre alto, con gafas y atildado, tenía todas las apariencias y todas las maneras de un profesor universitario.

—¿No le importa si tomo notas? —le preguntó Warren preparando una libreta de hojas amarillas.

Naturalmente Woodward no puso la menor objeción. Le explicó que él y Bernstein tenían información indicadora de que el Watergate era una conspiración mucho más amplia de lo que hasta ahora nadie había sugerido públicamente. La

información iba a ser publicada, dijo Woodward, y el *Post* no iba a ser el único órgano informativo que la descubriera. Tal vez la Casa Blanca conocía algo que pudiera mitigar el efecto de tal publicación. El *Post* deseaba explorar esos factores. La situación había alcanzado un nivel de gravedad que sólo las respuestas directas del Presidente podrían, tal vez, aminorar el daño.

De vez en cuando Warren levantaba los ojos de su cuaderno de notas y preguntaba por datos específicos. Woodward dijo que él y Bernstein sólo hablarían con el Presidente de los hechos y esperaba que Warren considerase eso como una petición formal de una entrevista con Nixon. Warren dijo que lo tendría en cuenta, pero que presentía que la petición sería denegada.

—Le advierto que no seré yo quien tome la decisión —dijo Warren—. Pasaré su petición siguiendo la línea oficial de jerarquías.

Woodward podía imaginarse que su petición llegaría sólo hasta Ziegler, al que no había acudido adrede. Insistió.

Juzgando por la valoración personal de la información, dijo Woodward, el presidente no iba a tener más remedio que intervenir directamente en el Caso Watergate y en un momento que estaba ya próximo. El *Post* se sentía ansioso por discutir algunos detalles específicos antes de que eso ocurriera. Woodward dijo que contaban con información sobre otras escuchas clandestinas y grabaciones ilegales, allanamientos y otras operaciones secretas, todas las cuales iban a llegar al público.

Warren parpadeó un poco y después le lanzó una mirada de incredulidad.

—Si usted pudiera ser algo más específico —le dijo—, eso quizá le ayudaría.

Woodward dijo que no estaba dispuesto a entrar en detalles específicos en ese momento, pero que si el presidente accedía a la entrevista, las preguntas se le darían por adelantado. No existía el menor interés en saltar de improviso sobre él.

Woodward se iba sintiendo un poco nervioso. Las cosas no salían bien, se daba cuenta de ello. Su temor por el Presidente le iba agarrotando: era una mezcla de temor y de respeto a su alto cargo. Y otra de las razones por las que estaba allí, sentado en aquel pequeño despacho: lo que realmente quería era prevenirle, y Warren también se dio cuenta de ello. No se sentía amenazado, Woodward trató de que eso quedara claro. Lo que buscaba era un camino de solución, se mostraba amistoso, ofreciendo respetuosamente una salida. Woodward buscaba un arreglo. Deseaba utilizar al periódico para persuadir con hechos y buena información, pero no deseaba levantar una muralla de hostilidad.

Warren sonrió como si quisiera decir: Las cosas no resultan como usted esperaba. Pero habló con tono comprensivo y amistoso como si deseara demostrar que él no era un obstáculo y estaba como prometiendo: «Volveremos a hablar sobre el asunto». Pero tal vez eso no era más que un espejismo, producto de la imaginación de Woodward y de las maneras amables de Warren.

Cuando Woodward terminó la presentación de su demanda, Warren dejó la pluma sobre su cuaderno de notas y le tendió la mano.

—Bien, ya le llamaré —le dijo.

Woodward replicó que no había prisa y se encogió de hombros como dando a entender que ya sabía cuál iba a ser la respuesta. Cuando salió a la calle, fuera de aquel pequeño cubículo, y notó de nuevo el calor del sol respiró satisfecho. Al menos lo había intentado.

Bernstein y él se daban cuenta de que a partir de este momento, en adelante no tendrían que dedicarse tanto a descubrir acontecimientos como lo hicieron antes. Fuerzas poderosas se encargarían de ello. Las investigaciones del gobierno estaban en camino, y el instinto de supervivencia podría convertir a algunos de los hombres del Presidente en informadores.

El 28 de marzo, miércoles, fue citado McCord para prestar su primera declaración jurada, a puerta cerrada, ante los siete senadores que componían el Comité del Senado para el Watergate. Bernstein se unió a las docenas de periodistas que esperaron en la puerta de la sala de la audiencia. Los reporteros empezaron a discutir sobre las «filtraciones» o «indiscreciones» que pronto acabarían por producirse y estuvieron de acuerdo en que resultaba peligroso informar sobre lo que estaba sucediendo «dentro». Ya no era cuestión de información «investigadora», es decir de evaluar una información, poner juntas las piezas de un rompecabezas, iluminar lo que estaba oscurecido. Deberían limitarse a enterarse, por adelantado, del testimonio del testigo que eventualmente acabaría por declarar en público. Era necesario juzgar qué alegaciones estaban simplemente basadas en rumores y cuáles eran producto de un conocimiento directo; luego había que ponerlas en relación y esto iba a ser muy difícil. Podía haber acusaciones sensacionales y filtraciones deliberadas preparadas por las partes interesadas, que serían muy difíciles de evaluar. Si algunos periódicos o redes informativas se lanzaban a la búsqueda de filtraciones, todos los demás reporteros se verían obligados a meterse en una lucha de competencia.

La sesión del Comité con McCord duró cuatro horas y media. Después, el senador Howard Baker, de Tennessee, vicepresidente republicano del Comité, anunció que McCord había ofrecido *«información muy significativa... que abarcaba muchos terrenos»*.

Bernstein y Woodward iniciaron las llamadas telefónicas de ritual, comenzando por los senadores.

—*De acuerdo, voy a ayudaros en este caso* —le dijo uno de ellos a Woodward—. *McCord testificó que Liddy le había comunicado que los planes y los presupuestos para la operación Watergate habían sido aprobados por Mitchell en febrero, cuando todavía era Secretario de Justicia. Y dijo que Colson tenía noticias adelantadas sobre lo que ocurría en Watergate.*

Pero respondiendo a las preguntas de Woodward, añadió que McCord sólo tenía información secundaria para sus alegaciones, como sucedió con anteriores

acusaciones, de que Dean y Magruder habían tenido conocimiento anterior del Watergate.

—*Sin embargo*—dijo el senador—, *resultaba bastante convincente*.

Bradlee pudo conseguir que un segundo senador corroborara la historia y Bernstein recibió la misma versión de un miembro del equipo auxiliar del Comité.

El artículo del día siguiente, después de llamar la atención sobre la naturaleza poco firme del testimonio de McCord, citaba la opinión crítica del senador al que no se nombraba.

Continuó la serie de artículos que comenzaban con el típico «McCord dice...». Éste compareció de nuevo el jueves y los reporteros se vieron obligados a repetir los mismos ejercicios del día anterior.

McCord declaró que Liddy le había dicho que los planes que dibujaban las líneas de la operación Watergate habían sido mostrados a Mitchell en febrero. Tres fuentes distintas dieron la misma versión de su declaración.

Fue en estos momentos cuando el secretario de Prensa de la presidencia, Ronald Ziegler, anunció que el presidente, «*en un intento de acabar con el mito... de que nosotros intentamos encubrir*», había ordenado a los miembros de su equipo que, en caso de que fueran citados, comparecieran ante el gran jurado y declarasen. El *Star-News* interpretó esto como un cambio de política y publicó un reportaje en el que decía: «Significa una notable relajación de la firme política de Nixon de proteger a sus ayudantes bajo la sombrilla de los privilegios del poder ejecutivo».

Temerosos de que el *Post* fuese a cometer el mismo error, Bernstein y Woodward se dirigieron a Dick Harwood, el redactor jefe de la sección nacional. Ziegler había dicho que no había nada nuevo en esa actitud de la Casa Blanca. Algunos miembros de su personal habían declarado ya anteriormente o presentaron testimonios jurados ante el gran jurado. El presidente jamás había reclamado la aplicación del privilegio de inmunidad ejecutiva en beneficio de sus ayudantes para protegerlos y evitar que tuvieran que declarar en una investigación penal; solamente lo había hecho cuando se trataba de audiencias ante comités del Congreso.

Los dos reporteros opusieron sus reservas, con gran fuerza, por un artículo de Lou Cannon, un reportero de la sección nacional del *Post*, en el que se decía que el nuevo anuncio de Ziegler no representaba un cambio de política. Las fuentes con que contaba Cannon dentro de las filas republicanas eran considerables, y había logrado escribir muchos de los mejores artículos del *Post* sobre los efectos del caso Watergate en la Casa Blanca. Se sentían furiosos. Habían discutido el asunto con los miembros más experimentados de los periodistas acreditados en la Casa Blanca y todos ellos estaban de acuerdo con que el presidente había relajado su posición al prescindir parcialmente del privilegio ejecutivo.

Watergate había sido durante varios meses una fuente de discordia en las relaciones, nunca demasiado cordiales, entre las secciones nacional y local de la

redacción del *Post*. Bernstein y Woodward se sintieron ofendidos por el tono de la información de Cannon, así como por su postura rectora en el periódico del siguiente día.

En efecto, este día, fuentes de la Casa Blanca confirmaron que la declaración de Ziegler no era nada más que un gesto propio de un jefe de relaciones públicas. Pero el comité del Senado alegó algo más importante: que se trataba de apartar la atención de la reclamación hecha por el Presidente del privilegio del ejecutivo en la investigación del Senado. Algunas fuentes de este último organismo sugirieron una razón más, adicional, para justificar sus quejas sobre la buena disposición del Presidente para cooperar con determinadas encuestas o investigaciones y no con otras: el procedimiento del gran jurado se mantendría en secreto y bajo la supervisión de la administración del Departamento de Justicia, mientras que las declaraciones ante el Senado serían públicas e independientes del poder ejecutivo.

Nueve meses después de las detenciones de Watergate, la Casa Blanca demostraba una vez más que conocía mejor los asuntos de la Prensa, que la Prensa los de la Casa Blanca.

Si había un reportero en todo Washington que difícilmente podría caer en el truco de esas manipulaciones de la Casa Blanca, a juicio de Bernstein y Woodward, éste era Seymour Hersh, del *New York Times*. Un amigo común se las arregló para organizar una cena en la que se encontraran los tres. Ocurrió el 8 de abril.

Hersh, 36 años, rechoncho y con gafas de gruesa montura de cuerno, se presentó en la cena con unos viejos zapatos de tenis, camisa abierta de rayas llamativas, que debía de poseer desde su época de estudiante, y pantalones caqui. No se parecía en nada a ninguno de los reporteros que habían conocido hasta entonces. Era un tipo que no vacilaba en calificar públicamente a Henry Kissinger de criminal de guerra y se sentía, abiertamente, atraído y repelido al mismo tiempo por el poder que representaba el *New York Times*. Hersh había sido el primero en romper el fuego con la información sobre los sucesos de My Lai y se había pasado años informando sobre asuntos de la burocracia de la seguridad nacional y la seguridad militar. No había nadie mejor que él para poder comprender las ramificaciones del caso Watergate.

—Conozco perfectamente a esos tipos —dijo Hersh—. La más típica característica de esta administración son sus mentiras.

Podía ser igualmente rudo en sus artículos en el *New York Times*. «Mentiras, mentiras, mentiras», había observado refiriéndose a un artículo escrito por un colega.

Durante la cena, Bernstein y Woodward mencionaron a uno de los hombres del Presidente que sospechaban estaba involucrado también en el caso Watergate.

—Realmente, me gustaría poderle echar la mano a ese hijo de puta... Ya le conozco desde mucho antes de lo del Watergate —dijo Hersh—. Pero no lo voy a

atacar con balas de fogueo. O lo tengo bien cogido, con hechos, información sólida, pruebas, la verdad, o no le tocaré.

Los tres periodistas intercambiaron sus impresiones sobre algunos de los testigos y actores principales del caso Watergate, cuidando de no pillarse los dedos. Ya bastante tarde, Bernstein le preguntó bromeando qué nuevo relato sobre el Watergate sería descifrado cuando la primera página del *Times* llegara a la redacción del *Post* por la noche.

—Sólo algo poco importante —le respondió Hersh.

Bernstein y Woodward no estaban seguros de si bromeaba o no. Woodward llamó a la redacción. Hersh no había bromeado. Aquello «poco importante» era nada menos que la primera información de que McCord había declarado que los pagos en metálico hechos a los conspiradores del Watergate procedían directamente del CRP. Esta conexión era una de las claves que estaban esperando. Desde enero, todo el mundo había supuesto que el CRP había comprado el silencio de los conspiradores, pero ahora había alguien que, desde dentro, lo afirmaba así.

Meses antes, Hugh Sloan había dicho a los reporteros que los famosos fondos secretos seguían existiendo, incluso después de las detenciones de Watergate. Bernstein y Woodward se quedaron sorprendidos. Sloan les dijo que el dinero había sido transferido de la caja de caudales de Stans a la de Fred LaRue. No habían escrito nada sobre ello, porque no estaban en condiciones de comprobarlo y además no sabían cómo se había invertido o gastado el dinero. Sloan se había negado a hablar de la suma envuelta en el asunto. Ahora parecía posible que esta suma hubiera servido para comprar el silencio de los acusados. LaRue había sido el lugarteniente de Mitchell y codirector de «*la limpieza casera de Watergate*». Él y Mardian eran los dos funcionarios del CRP que habían supervisado a Kenneth Parkinson y los otros abogados del Comité. El testimonio de McCord había identificado a Parkinson y a la difunta Dorothy Hunt, la esposa de Howard Hunt, como los enlaces que habían llevado los fondos para pagar a los conspiradores.

Woodward llamó a un funcionario del CRP que había sido amable con él, aunque anteriormente no se mostrara dispuesto a hablar sobre nada específico.

El hombre vomitó sobre el teléfono el terrible estado de cosas de la víspera de las revelaciones de McCord.

—*John Mitchel seguía sentado allí, fumando su pipa y sin decir nada... Yo solía tomar su actitud por una sabia precaución. Ahora me doy cuenta de que no era más que ignorancia... ¡Dios mío, jamás pensé que llegaría a decirnos que no odio lo que estáis haciendo!... Lo que ha minado a la presidencia es el modo con que la Casa Blanca está tratando esta porquería... Tengo amigos que cuando me ven se me quedan mirando y me preguntan: «¿Cómo puedes conservar tu dignidad y seguir trabajando para el CRP?»... Verdaderamente me siento asqueado, enfermo.*

Se vislumbraba en el estado de ánimo del interlocutor una oportunidad poco corriente. Woodward le dijo que él y Bernstein sabían que LaRue estaba mezclado en

el asunto del pago a los conspiradores. Woodward no conocía personalmente a LaRue, sólo le había visto en fotografías. Era un hombre pequeño, calvo, con gafas redondas; anteriormente había sido dueño de un casino en Las Vegas y millonario en el negocio del petróleo. El perfecto negociante, había pensado Woodward.

—*No puedo responder a ninguna pregunta, pero os voy a decir algo que tal vez os cueste trabajo creer* —les dijo el hombre del CRP—. *Fred LaRue no mentará si se le hace declarar bajo juramento. Si se lo preguntan, dirá que colaboró en el pago de aquellos hombres.*

Woodward llamó a Hugh Sloan. Le dijo que LaRue había pagado a los detenidos y casi de inmediato se dio cuenta de lo estúpida que sonaba esa afirmación. Sloan no se sorprendió. Siempre había supuesto lo peor, fuera lo que fuera.

¿Cuánto dinero se había transferido de los fondos? Woodward buscaba una cifra redonda.

Sloan no la dijo.

Hicieron el juego de siempre, como si se tratara de dos viejos *sparings* que habían estado ya en el *ring* muchas veces. ¿Más de 100 000 dólares? ¿Más de 50 000? ¿Entre 50 000 y 100 000? ¿Por encima o por debajo de los 75 000?

—*A unos 5 000 dólares de esa cifra.*

Eso estaba bien. Probablemente serían 80 000 dólares, pero para no pecar por exceso dirían 70 000.

¿Cómo pudo el CRP continuar manteniendo los fondos secretos después de las detenciones del Watergate y seguir sirviéndose de ellos?

—*La transferencia se hizo en julio* —dijo Sloan—. *Hasta entonces no había salido a relucir nada relacionado con el dinero y el secretario Stans la aprobó (la transferencia). Era el mejor modo de seguir interviniendo en el asunto: disponer de dinero en metálico.*

Sloan presumía que alguien se lo había ordenado así a Stans pero no estaba seguro de ello, ni sabía quién había sido. Pero también a este respecto sospechaba lo peor.

¿Estaba la fiscalía enterada de ello?, preguntó Woodward.

—*No lo creo. A mí nunca me preguntaron nada sobre este asunto*^[67].

Woodward llamó a un funcionario del Departamento de Justicia. ¿La fiscalía estaba tratando de determinar si los conspiradores habían sido pagados con los 70 000 dólares que LaRue consiguió de Stans después de las detenciones de Watergate?

—*Los fiscales están localizando hasta el último céntimo del dinero del Comité para ver si se utilizó para pagos. ¡Hasta el último céntimo que puedan localizar!*

—¿Incluso el dinero que estaba en la caja de Stans? —insistió el periodista.

—*Exactamente.*

Esto anudaba el lazo. Los reporteros vieron que los fondos secretos habían abarcado todo su círculo: primero pagar para la escucha ilegal y, después, para encubrir la verdad de lo ocurrido.

La cena anual de la Asociación de Corresponsales en la Casa Blanca es un acontecimiento formalista, presuntuoso, saturado de alcohol y al que asisten todos aquellos que tienen influencia y poder —o pretenden tenerlo— en los medios informativos y en el gobierno. Tuvo lugar el 14 de abril en el Hilton de Washington. Haldeman, Ehrlichman, Kissinger y el Presidente (que llegó después de la cena con un grupo de ex prisioneros de guerra) se contaban entre los que presenciaron un espectáculo de variedades, en el que se incluían los más fuertes chistes sobre el caso Watergate.

Bernstein y Woodward habían sido invitados porque recientemente habían recibido dos premios destacados del periodismo. Se pasaron toda la noche fingiendo que jamás habían visto a muchos de los funcionarios del alto personal de la Casa Blanca que figuraban entre sus fuentes de información desde hacía mucho tiempo. Muchos habían sido difíciles de encontrar y se mostraron poco dispuestos a hablar. Pero ahora un buen número de ellos se encontraba a oscuras y deseaban que los periodistas les dijeran qué era lo que estaba ocurriendo.

«¿Qué pasa?». «¿Hasta qué punto es grave?». «¿Qué creen ustedes que debe hacer el presidente?», eran las preguntas que Bernstein y Woodward oyeron con mayor frecuencia.

En el vestíbulo del Hotel, después de la cena, los reporteros vieron a Kleindienst, el Ministro de Justicia, rodeado de una corte de amigos. La declaración pública de Kleindienst había sido la médula espinal de la defensa de la administración con respecto a su investigación. Woodward y Bernstein jamás tuvieron acceso a él. En esa ocasión se aproximaron y se presentaron ellos mismos.

—Vosotros dos defendéis con valor vuestras convicciones —les dijo Kleindienst.

—¿Qué es lo que va a pasar? —preguntó Woodward.

—El caso Watergate va a hacer explosión —se limitó a decir el ministro, simplemente.

Woodward dijo que en ese caso sería conveniente que tuvieran una conversación. ¿Qué le parecía al día siguiente?

—Mañana tengo que ir a la iglesia —fue la respuesta.

Woodward y Bernstein insistieron en que estaban ansiosos por tener una conversación con él.

—Muy bien. Venid conmigo mañana a la iglesia y después volveremos a casa para desayunar.

Algunas de las organizaciones periodísticas o informativas habían alquilado *suites* en el hotel, en las que se estuvieron sirviendo bebidas hasta la salida del sol. Woodward llegó al *party* ofrecida por el *Wall Street Journal* a eso de las 2 de la madrugada. Unas 20 personas, vaso en mano, estaban en una de las esquinas de la sala y una voz familiar se oía en el centro del círculo:

—Tú, hijo de perra...

Era la voz inconfundible de Bradlee, que estaba discutiendo con su antiguo empleado y ahora funcionario de la Casa Blanca, Ken Clawson. El motivo inicial de la discusión fue la declaración, después negada, de Clawson de que él había escrito la «Carta Canuck», pero habían pasado a otros temas más amplios; a las viejas batallas, la Prensa contra el gobierno, el *Washington Post* contra el presidente Nixon. Clawson había dicho a unos amigos, en cierta ocasión, que Bradlee era el hombre a quien más admiraba. Ahora parecía despreciarlo y lo consideraba personalmente culpable del disgusto que le había ocasionado el asunto de la «Carta Canuck».

Llenos de alcohol, la discusión se fue haciendo cada vez más fuerte, agresiva, personal. Los dos hombres, vestidos de *smoking*, rechazaban a todo el que quería intervenir en la discusión. Finalmente, en un ridículo intento de quedarse a solas, se fueron a un pequeño guardarropa y dejaron la puerta abierta.

—¿Han empezado ya a pegarse? —preguntó una mujer con voz llena de esperanza.

En el bar había otra discusión a causa del Watergate. Edward Bennet William, el abogado del *Post* y presidente de los *Redskins*^[68], el equipo de rugby favorito del presidente Nixon, estaba discutiendo con Patrick J. Buchanan, uno de los que escribían los discursos de la Casa Blanca. La firma de abogados de William representaba también al Partido Demócrata. Estaba hablando con mucha amargura y mala intención sobre las elecciones de 1972.

—Eres un mal perdedor, Ed —le estaba diciendo Buchanan.

—Es que jugasteis sucio, Pat —dijo William echando hacia un lado su pesado cuerpo—. Tuvisteis que hacerlo así. Ganasteis, es cierto, pero tuvisteis que robar la victoria.

—El caso Watergate es todo lo que tenéis que decir en contra nuestra —alegó Buchanan—. Simplemente porque unos cuantos cubanos entraron allí para echar un vistazo al correo de Larry O'Brien... Habéis inflado el asunto hasta desproporcionarlo.

—Sucias, Pat, fueron unas elecciones sucias —dijo William—. ¿No te da vergüenza? Eres un conservador y todo esto significa una violación de la Ley. Y el *Washington Post* os ha cantado las verdades. ¡Oh, estoy seguro que eso es lo que más os ha dolido! —William pasó el brazo por encima de los hombros de Woodward—: El *Washington Post* tratándoos a patadas.

—Sesenta y uno por ciento, Ed —le respondió Buchanan—. Sesenta y uno por ciento. La victoria más amplia de toda la historia reciente. Y de no haber sido por el Watergate, el porcentaje hubiese sido aún mayor.

—Jugasteis sucio.

—Un poco de espionaje, Ed. Así es la política.

—Ganasteis, Pat, es cierto, pero ahora todo el mundo sabe dónde huele a podrido. Willian se tambaleó ligeramente y sostuvo la copa con ambas manos.

—¿Y qué me dices de algunos de tus clientes, Ed? —le respondió Buchanan,

refiriéndose posiblemente al expresidente del *Teamster* James Hoffa y al exayudante del senador Bobby Baker—. Has representado a tipos realmente buenos, Ed.

—Pat —dijo William adelantándose y plantando su poderosa figura ante Buchanan—. Me sorprendes, Pat... Hay una gran diferencia...

—¿Qué me dices sobre algunos de esos bandidos a los que defiendes? —dijo Buchanan con aire insultante.

—Hay una gran diferencia —gritó William—. Una enorme diferencia.

Levantó la cabeza con aire desafiante y se apoyó, en el bar. Miró a su interlocutor con aire apacible y tranquilo, esperando la reacción de éste.

—¿Y cuál es esa diferencia, Ed?

—Que yo no presento la candidatura de ninguno de mis clientes para la presidencia.

Por la mañana, Woodward y Bernstein se durmieron a la hora en que tenían que estar en la iglesia y, después, en coche se dirigieron a la casa de Kleindienst en Virginia, para el desayuno que se les había prometido.

La señora Kleindienst les abrió la puerta.

—Le han llamado a la Casa Blanca y no podrá discutir con ustedes el asunto Watergate —les dijo—. Asistió en la Casa Blanca a los servicios religiosos y ha tenido que quedarse allí para una reunión. Lo siente mucho.

Por la tarde, casi al anochecer, Woodward estaba con un amigo sentado sobre el césped del Montrose Park, en Georgetown. A poca distancia, una pareja enfrascada en una intensa conversación se encaminaba hacia donde ellos estaban.

—Es Haldeman —le dijo su amigo a Woodward.

Sí, era realmente Haldeman, con un jersey de color claro, pantalones de franela deportivos y una pelliza beige. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos. Su esposa, también vestida con la misma sencillez descuidada, le hablaba con tal emoción y convicción que saltaban a la vista. Haldeman escuchaba en silencio y, de vez en cuando, volvía la cabeza hacia ella. El sol se estaba ocultando.

Woodward vio una ocasión estupenda para saltarse el protocolo. Estaban en un parque público, sin guardianes ni policías, sin automóviles oficiales de la Casa Blanca esperando. Haldeman tenía un aspecto sumiso.

Woodward comenzó a levantarse, al tiempo que se preguntaba si Haldeman le daría un puñetazo cuándo se acercara a él y le dijera quién era.

—Déjale en paz, no le molestes —le aconsejó tranquilamente su amigo. La pareja pasó junto a ellos enfrascada en su conversación. Woodward no acabó de levantarse y se quedó inmóvil.

El lunes por la mañana Kleindienst telefoneó a los dos periodistas a la redacción para disculparse por el anulado desayuno. Le habían llamado para una reunión

urgente en la Casa Blanca, dijo enigmáticamente. Todo quedaría aclarado en unos pocos días.

Aquella noche, el redactor jefe local de noche llamó a Woodward a su casa. *Los Angeles Times* predecía en su primera página que la Casa Blanca iba a hacer un dramático reconocimiento de su participación en el caso Watergate dentro de pocos días. Uno o varios funcionarios de alta categoría, no identificados por el periódico, serían culpados de dirigir o apoyar actividades de espionaje y sabotaje político, sin contar con la aprobación del presidente.

Woodward hizo una llamada telefónica de emergencia a «Garganta Profunda». El procedimiento consistía en hacer una llamada desde un teléfono público previamente determinado, no decir nada y colgar al cabo de diez segundos. Woodward tuvo que esperar casi una hora en la cabina telefónica hasta que «Garganta Profunda» volvió a llamarle.

No había posibilidad de una reunión esta noche.

—*No tienes que decirme por qué me llamas.*

—*Toda la ciudad parece estar volviéndose loca. ¿Qué es lo que está pasando?* —preguntó Woodward.

—*Debes aceptar lo que te digo* —le explicó «Garganta Profunda»—. *Dean y Haldeman van a ser despedidos... ¡seguro!*

—*¿Echados...?* —repitió Woodward incrédulo, atontado.

—*Sí. Oficialmente van a dimitir. No hay forma de que el presidente pueda evitarlo.*

—*¿Podemos publicarlo en el Post?* —preguntó Woodward.

—*Desde luego. Es seguro.* —Dijo «Garganta Profunda».

—*¿Qué hemos de decir?* —preguntó Woodward.

—*Alguien ha hablado. Mejor dicho, han sido varios... y siguen hablando. Trata de averiguarlo. Yo tengo que irme. Pero es cierto, trata de investigar.*

«Garganta Profunda» cortó la comunicación.

Cuando Woodward llegó a la redacción a eso de las once de la mañana siguiente, 17 de abril, Bernstein, Sussman, Rosenfeld, Simons y Bradlee, se hallaban en el despacho de este último estudiando lo que debían hacer de inmediato. Bernstein acababa de hablar con un funcionario de la Casa Blanca que le había dicho que allí reinaba un gran caos, pero que nadie parecía saber lo que iba a ocurrir, ni cuándo.

Woodward se precipitó en el despacho y les soltó a bocajarro el mensaje que le había transmitido «Garganta Profunda». Los otros se quedaron atónitos.

Era una información consistente, sólida, dijo Woodward. «Garganta Profunda» había dicho que lo sabía con certeza. Todos se dieron cuenta de que el asunto estaba al borde de derrumbarse como un castillo de naipes.

—*¿Podemos publicarlo?* —preguntó Bradlee.

—*Sí* —dijo Woodward, pero expresó, seguidamente, su preocupación de que el reportaje pudiera retrasar las dimisiones.

Bernstein, por su parte, pensaba que tal vez la publicación en el *Post* podría

empujar las decisiones por otros caminos.

Rosenfeld sugirió, cortésmente, que tal vez los dos reporteros, así como el *Post*, estaban sobrevalorando su importancia. Si Dean y Haldeman tenían que marcharse, el presidente tendría más cosas en que ocuparse, fuera de si había sido o no el *Post* el primero en dar la noticia.

Bradlee recordó que en cierta ocasión se había pillado los dedos con una de esas noticias sobre dimisiones y la experiencia le había dejado un temor saludable a tales asuntos.

—Escribí una historia de primera página para el *Newsweek* —explicó— sobre J. Edgar Hoover, en la que decía que se estaba buscando ya a la persona que habría de sucederle al frente del FBI. Moyers (Bill D. Moyers, secretario de Prensa de Johnson), había dicho: «*Por fin nos cargamos a ese bastardo. Johnson me ha pedido que le busque un sustituto*». Ése fue el tema del artículo, aunque sin citar el nombre de Moyers: «Finalmente se está buscando un sucesor para J. Edgar Hoover». Creo que al día siguiente de la publicación del artículo, Johnson dio una conferencia de prensa ¡en la que comunicó el nombramiento de Hoover como director vitalicio del FBI! Cuando éste se presentó ante las cámaras de televisión, le dijo a Moyers: «Puede volver a llamar a Bradlee y decirle que se vaya a la m...». Bien, durante años ha habido gente que me ha repetido: «Usted lo hizo, Bradlee. Fue usted quien hizo que lo nombraran director vitalicio, para toda su vida».

Seguidamente, Bradlee dijo que no sabía qué hacer con la noticia de la dimisión de Dean y Haldeman. Deseaba publicarla, pero tenía miedo.

Seguidamente ocurrió algo que por el momento hizo innecesario tomar una decisión. Un ayudante de redacción llevó al despacho copia de un mensaje que acababa de llegar por teletipo. El Presidente había anunciado que haría un anuncio importante esta tarde en la sala de Prensa de la Casa Blanca.

Los reporteros decidieron que Bernstein debía asistir para el caso de que el Presidente se mostrara conforme con responder a preguntas de los periodistas. Tuvo que llamar a la oficina de Ziegler para conseguir la autorización. Bernstein tampoco disponía de un pase de prensa para la Casa Blanca.

Cuando Bernstein llegó, la sala de prensa estaba ya abarrotada. Se mostró sorprendido ante lo que a su juicio significaba una actitud muy distinta entre los varios componentes del cuerpo de informadores de la Casa Blanca, los viejos y los jóvenes. Había muchos tipos que estaban enfadados y agresivos: el humor negro a la orden del día. El presidente estaba retrasándose.

—Debe de haber ido a comprar un *cocker spaniel* y un abrigo de paño para Pat —dijo un veterano reportero^[69].

—Nixon le va a retirar el privilegio de inmunidad a Manolo y, finalmente, lo echará también de pasto para los lobos —dijo otro.

Manolo Sánchez era el ayuda de cámara del Presidente.

Alguien teorizó que estaban a punto de oír el mensaje presidencial sobre la ley de

reformas en las prisiones.

—Sí —admitió otro—, van a trasladar la Casa Blanca a Leavenworth^[70].

Unos cuantos miembros del cuerpo de corresponsales acreditados en la Casa Blanca, entre ellos Helen Thomas, de la UPI, creían que el Presidente iba a anunciar la dimisión de Bob Haldeman. Pasó una hora y las luces de la televisión se apagaron. Garry Warren se presentó y dijo que el presidente saldría tan pronto como le fuera posible. Tenía un aspecto desolado.

Se discutió si la presencia de Warren significaba que Ziegler había terminado e iba a ser sustituido. Si el Presidente admitía la menor relación de la Casa Blanca con el caso Watergate, Ziegler se merecía la destitución. Se la merecía en cualquier caso, admitió otro y su observación fue acogida con carcajadas.

Helen Thomas creía que el presidente estaba tan emocionado, que se veía en la necesidad de anunciar que no lograba la serenidad y el control necesario para salir a hacerlo. Eso explicaría el retraso, dijo.

Warren volvió a aparecer y dijo que ya no tardaría mucho en llegar el Presidente. Las luces se encendieron de nuevo.

A las 4:40 de la tarde, Ziegler, con un aspecto aún más descompuesto que el de Warren, apareció procedente del pasillo que llegaba del Ala Occidental.

—¡Señoras y señores —anunció—, el Presidente de los Estados Unidos!

El Presidente estaba muy bronceado por el sol, pero parecía más viejo que en las fotografías. Bernstein se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—*El 21 de marzo —dijo—, como consecuencia de acusaciones muy graves que despertaron mi atención, algunas de las cuales han sido hechas públicas, comencé a realizar nuevas investigaciones sobre el caso Watergate en general que abarcaban todo lo relacionado con él... Hoy estoy en condiciones de informar que se han producido acontecimientos importantes a este respecto, de los que sería impropio hablar más específicamente en estos momentos. Únicamente quiero decir que se han realizado auténticos progresos en el camino de la verdad.*

No iba a haber dimisiones este día. En vez de ello, el presidente anunció que suspendería de su empleo a «*toda persona del Ejecutivo o del Gobierno*» que fuera acusada en el caso.

El presidente se había convertido en el investigador que haría justicia allí donde los demás habían fallado. Ésos eran los tan anunciados «acontecimientos importantes». El domingo Nixon se había reunido con el Ministro de Justicia, Kleindienst y su lugarteniente Henry E. Petersen «*para revisar los hechos que llegaron a mi conocimiento en el curso de mi investigación y también para revisar los progresos realizados en la otra investigación llevada a cabo por el Departamento de Justicia*».

Ahí estaba la explicación de por qué Kleindienst no pudo desayunar con ellos el domingo por la mañana.

Richard Nixon, pues, se había convertido en el fiscal, en el acusador y había expresado «*a las autoridades pertinentes mis puntos de vista de que ninguna*

consideración de tipo personal, ningún cargo o posición, pasado o presente, de la importancia que sea en la administración, dará inmunidad a nadie contra la acusación».

El Presidente, cambiando su anterior actitud, permitía a sus ayudantes y alto personal que prestaran declaración bajo juramento ante el comité senatorial del caso Watergate. Sin embargo, éstos podían reclamar su privilegio de inmunidad en determinadas preguntas. John Ehrlichman estaba ultimando los detalles con el comité.

El anuncio del Presidente duró unos tres minutos. En todo ese tiempo sus manos no dejaron de temblar. La mayor parte del tiempo sus ojos estuvieron fijos, por encima de los periodistas que tenía frente a él, en las cámaras de televisión que se hallaban en una plataforma al otro extremo de la sala de prensa, o en los papeles de notas de su declaración.

Al terminar frunció una sonrisa, que más bien era una mueca, y salió apresuradamente de la sala. Bernstein preguntó a varios de los habituales de la información en la Casa Blanca si las manos de Nixon solían temblar. Sólo recientemente, fue la respuesta.

El humor en la sala de Prensa se hizo aún más agrio cuando el Presidente salió. Los reporteros estaban dispuestos a obligar a Ziegler a que se sometiera a sus preguntas. A que reconociera que la Casa Blanca había dado un giro.

Al principio, la resistencia de Ziegler fue firme. No había contradicción entre la declaración del Presidente y lo que él mismo había venido diciendo previamente, insistió el jefe de Prensa de la Casa Blanca. Las declaraciones previas de la Casa Blanca habían estado basadas en «*investigaciones anteriores a la acción del Presidente*», en «*las investigaciones previas*» y en «*informaciones disponibles en aquellos momentos*». Ahora, «*nuevas informaciones*» habían conducido a esa reciente declaración de «*toma de posición*».

Pero los periodistas querían explicaciones más amplias. Tras muchos ataques, Ziegler se rindió:

—*Ésta es la declaración en vigor —dijo—. Las otras son inoperantes.*

Durante un momento se hizo un silencio impresionante.

Eran más de las seis cuando Bernstein llegó a la redacción y comenzó a escribir. El relato sobre la dimisión de Haldeman y la de Dean tendría que esperar hasta que se consiguieran nuevas confirmaciones. Ziegler había llenado muchas páginas esquivando la pregunta. Pero Woodward había escrito ya unas notas que ayudaban a dar perspectiva a la declaración del Presidente. Varios funcionarios del Departamento de Justicia y de la Casa Blanca, le habían dicho que algunos ayudantes de ella iban a ser acusados por el gran jurado del Caso Watergate. Mitchell, Magruder y Dean eran los candidatos más posibles. Pero sus nombres no se mencionaron en el artículo.

Cuando leyó el artículo, Harry Rosenfeld dirigió a Bernstein una mirada benevolente mientras le decía:

—Ya tendría que saber lo que no debe publicarse.
Y borró del artículo la referencia a las manos temblorosas del Presidente.

Los reporteros comenzaron a buscar las razones exactas que se encubrían tras el repentino cambio de posición del Presidente. A la mañana siguiente, 18 de abril, Woodward telefoneó a un hombre del CRP y le preguntó quién había sido el que habló a la fiscalía.

—*¿Por qué no se pasa por mi despacho esta tarde a eso de las cuatro? Es posible que tenga algo para usted.*

Fue un paseo largo, demasiado caluroso y poco agradable, porque la construcción del Metro había forzado a levantar muchas calles y aceras por el camino. El ruido de los martillos neumáticos, los *bulldozers* y otras máquinas de construcción resultaba ensordecedor. Woodward aún podía oír el ruido exterior cuando estaba sentado en una silla frente a la mesa de despacho del funcionario del CRP.

—*Magruder es el próximo McCord* —le dijo—. *Fue él quien dirigió a los fiscales el sábado pasado (14 de abril) y delató a Dean y Mitchell.*

Woodward se sintió verdaderamente sorprendido. Siempre había considerado a Magruder como un tipo superleal. Las cosas debían de haberse puesto muy mal, comentó.

—*¿Mal...? ¡Mierda!* —Exclamó el hombre—. *Las paredes se le estaban cayendo sobre la cabeza... No sólo las paredes, el techo, el suelo, el tejado... todo.*

Alzó las manos por encima de la cabeza para dar mayor énfasis a su declaración.

Woodward preguntó qué había revelado Magruder sobre Dean y Mitchell.

—*Toda la basura* —dijo el hombre—, *los planes de escucha clandestina, el esquema de pago... sus entrevistas. Cuando menos una, que tuvo lugar en el despacho de Mitchell y en la cual se discutieron todos los detalles, con Liddy, antes de instalar los sistemas de escucha.*

Woodward tomó un taxi de regreso al periódico y llamó a un funcionario de la Casa Blanca.

—Sabemos que Magruder ha hablado —le dijo Woodward.

—*Pues tienen ustedes una buena información* —le respondió el funcionario.

¿Qué importancia tenía lo que Magruder había dicho a la acusación?

—*Los trabajos... todos los proyectos para las escuchas telefónicas, los planos, el sistema de pagos... Aquí no se trata de simples rumores como en el caso de McCord. Su declaración hará que Dean y Mitchell acaben en la cárcel.*

Woodward llamó por teléfono a James J. Bierbower, el abogado de Magruder y le dijo que el *Post* estaba enterado de que cliente había ido a hablar con la Fiscalía.

—*Un momento, un momento* —dijo Bierbower—. *Ni siquiera estoy confirmando*

que sea mi cliente.

Woodward le dijo que el *Post* iba a informar de que Magruder había acusado a Dean y Mitchell, tanto de las operaciones de escucha clandestina como del encubrimiento.

—*Le llamaré en un cuarto de hora* —le dijo Bierbower.

Seguidamente Woodward llamó a un funcionario del Ministerio de Justicia y le dijo lo que tenía.

—*Eso no es todo* —el funcionario sonaba positivamente ansioso—. *Otras personas han testificado que Mitchell y Dean estaban mezclados con los pagos.*

Bernstein se puso en comunicación con otra fuente de la Casa Blanca que confirmó la información de «Garganta Profunda» sobre que Dean y Haldeman estaban acabados. La dimisión de Dean ya había sido pasada a máquina y Haldeman estaba trabajando en la suya.

Woodward estaba terminando la primera página de su artículo cuando Bradlee se acercó a su mesa. Traía consigo una de sus hojas dobles de papel y copia y se sentó junto a una máquina de escribir que había detrás de Woodward. Estaban sentados espalda contra espalda. Woodward oyó que Bradlee decía algo así como «el relato que estaba esperando». Después, Woodward oyó el ruido de la máquina de escribir que utilizaba Bradlee. El director tardó como un minuto en terminar el primer párrafo. Después se volvió a Woodward y le pidió que se volviese y le diera un vistazo.

Woodward protestó suavemente de que Bradlee había dejado de expresar de qué fuentes procedía la historia. El párrafo sonaba como si las denuncias de Magruder no vinieran de ninguna parte y hubieran caído directamente, llovidas del cielo, en la redacción del *Post*.

Bradlee no se dejó detener por la observación.

—Eso puede usted ponerlo después —dijo, y continuó escribiendo su artículo.

Cuando terminó su tercer párrafo había resuelto más o menos el problema de las atribuciones y había llenado su página con copia.

Con la excepción de los títulos, los nombres y las iniciales introducidas posteriormente, los tres primeros párrafos del artículo se debían a la máquina de Bradlee:

El ex Ministro de Justicia John N. Mitchell y el consejero de la Casa Blanca, John W. Dean III, aprobaron y ayudaron a llevar a cabo el plan de escucha clandestina de Watergate, de acuerdo con las declaraciones del exayudante especial de Nixon, Jeb Stuart Magruder.

Mitchell y Dean se las arreglaron más tarde para comprar

el silencio de los siete convictos de conspiración en el Caso Watergate, dijo también Magruder.

Magruder, Vicepresidente de la campaña del Presidente, hizo estas declaraciones ante los fiscales federales el pasado sábado, de acuerdo con tres distintas fuentes informativas de la Casa Blanca y el Comité de Reelección del Presidente.

El reportaje, en su totalidad, ocupaba la mitad de la primera página, el mayor espacio que jamás se dedicó a un artículo o reportaje sobre el caso Watergate en primera página.

En la edición de este mismo día, 19 de abril, el *New York Times* publicaba un reportaje, titulado a cinco columnas, sobre el Watergate:

El Ministro de Justicia Kleindienst no se consideraba calificado para dirigir por sí mismo el caso, debido «a las persistentes informaciones» de que tres o más de sus colegas iban a ser acusados

Hersh escribía que la encuesta del Gran Jurado había traspasado la mayor parte de su interés por el caso Watergate en sí, hacia la obstrucción de la justicia por parte de funcionarios de la administración, de los que se sospechaba estaban implicados en un intento de encubrimiento. Se decía que John Dean había afirmado que, si se le acusaba a él, estaba dispuesto a implicar a otros.

Por la mañana, Bernstein llamó a la oficina de Dean. La secretaria estaba llorando. No sabía dónde se encontraba su jefe ni tampoco si seguía trabajando en la Casa Blanca. Dio a Bernstein el nombre de varios amigos y asociados de Dean, que podían servirle de ayuda. No pudo ponerse en comunicación con ninguno de ellos.

Ya más entrada la mañana, cuando recuperó su compostura, fue la secretaria de Dean quien volvió a llamar a Bernstein para leerle una declaración hecha en nombre de Dean:

Hasta este momento me había abstenido de hacer ningún comentario público sobre el caso Watergate. Continuaré con la misma actitud en el futuro... Tengo esperanzas, sin embargo, de que aquellos que verdaderamente están interesados en ver... que se hace justicia, irán con cuidado antes de llegar a una conclusión sobre la culpabilidad o participación de cualquier persona... Finalmente, puede haber quienes esperen, o piensen, que voy a convertirme en chivo expiatorio en el caso Watergate. Quienquiera que así lo piense, no me conoce; no conoce los hechos reales y no comprende nuestro sistema de justicia.

Bernstein leyó por dos veces la declaración. Un John Dean amenazante, desafiante, era algo nuevo. Llamó a la Casa Blanca, Oficina de Prensa, para comprobar la autenticidad de la declaración. La Casa Blanca no haría ningún comentario sobre una declaración «no autorizada» de John Dean.

El reportero del *Post* en la Casa Blanca, Carroll Kilpatrick, llamó a Bernstein desde la Sala de Prensa. Ziegler, en su conferencia diaria, no había hecho el menor esfuerzo por defender a Dean. El consejero presidencial estaba en «su despacho»... «atendiendo algunos asuntos». El Presidente estaba buscando la verdad y no «chivos expiatorios».

Bernstein localizó a un amigo de Dean con el que ya había hablado una vez con anterioridad. Su previa conversación, breve y poco amistosa, parecía olvidada. En esta ocasión dijo a Bernstein:

—*La verdad sobre el asunto es mucho más larga y ancha, y sube y baja, a los más altos lugares y a los más bajos... No puede hacerse un caso único de ello... ni pensar que sólo estaban mezclados Mitchell y Dean. Si Jeb dice que Dean tenía conocimiento previo de la escucha electrónica del Watergate, John, por su parte, cuenta otra historia que ahora se le ofrece de poder dar su versión al gran jurado. No está dispuesto a dejarse abrasar en las llamas por las actividades de otros.*

El amigo no mencionaría a qué otros se refería. Pero el mensaje, fuerte y claro, confirmaba que aquellos que una vez sirvieron a Richard Nixon y olvidaban la superestructura de rígida disciplina de la Casa Blanca y del autocontrol, acababan en guerra con los demás.

Bernstein se puso en contacto con uno de los asociados de Dean que le sugirió la secretaria. El hombre le respondió cordialmente cuando Bernstein se presentó. Le dijo que estaba dispuesto a hacerle una propuesta.

El *Post* había sido muy rudo con John Dean, dijo, pero los hechos lo justificaban. Ahora el caso se estaba desplegando públicamente: Dean había estado en una posición única para saber todo lo relacionado con el Watergate. Otras personas, dentro y fuera de la Casa Blanca, lo habían convertido en objetivo de sus disparos: por ejemplo Ziegler, hoy, y Magruder ayer. Todos ellos tratarían de desacreditar a Dean antes de que éste pudiera causarles a ellos daño alguno. Si el *Post* sabía lo que Dean podía decir, si Dean hablaba con los reporteros y ellos opinaban que les estaba diciendo la verdad, el periódico podía contrarrestar esos ataques. Pero sólo con hechos. Los reporteros tenían fuentes suficientes para comprobar sus acusaciones y ver si estaban o no fundamentadas. Esto podía beneficiar a Dean. Si no, mentía.

El asociado le dijo que Dean respetaba el modo como el *Post* había tratado el caso Watergate. «Vaya, vaya... Eso era precisamente lo que a ellos les faltaba: la aprobación de Dean», pensó Bernstein.

El hombre continuó diciendo: *«Dean no cree que ustedes jueguen sucio con él. No había razón alguna para que tomara las cosas personalmente. ¡Diablo...! La verdad es que jamás dio un paso sin que alguien le dijera lo que tenía que hacer en este asunto. Jamás intentó tomar ninguna decisión que tendiera a derrotarles a ustedes. Estaba en contra de ello. Nada le hubiera gustado más que sentarse con ustedes y contarles toda la historia. Pero no es eso precisamente lo que ahora necesita. Si llega a testificar, tendrá que estar en condiciones de declarar bajo juramento que no habló del asunto con la Prensa anteriormente. Pero eso no significa que usted y yo no podamos lograr nada si cambiamos impresiones de vez en cuando. Cuando usted haya comprobado algunas cositas y resulte que son ciertas, tal vez se pueda establecer una confianza mutua y entonces ambos sabremos mejor a dónde vamos».*

Sin saber qué podía esperar, Bernstein le preguntó que por dónde empezaba.

—*Puede usted empezar con la declaración de «P»* —le dijo el asociado (a Bernstein le costó algún tiempo darse cuenta de que «P» significaba el Presidente)—. *Descubra lo que ocurrió el 21 de marzo, quién fue el que presentó todas esas «serias acusaciones» a la atención de «P».*

—¿Fue John Dean?

—*Bien, yo no estoy diciendo quién fue, pero usted va por buen camino. Compruébelo. Es seguro que no fue John Ehrlichman quien entró en el Despacho Oval en aquella ocasión y dijo: «En el caso Watergate ha habido encubrimiento y es mucho peor de lo que usted piensa, señor Presidente». Habría más de una buena razón para convertir a alguien en chivo expiatorio, si uno fuera «H», por ejemplo, ¿no lo cree usted así?*

—¿Haldeman?

—*Y otros. Desde el 17 de junio, John Dean no hizo absolutamente nada sin que alguien se lo ordenara anteriormente... incluso lo del dinero secreto.*

—¿Qué otros?

—*Veamos primero cómo se las arregla para comprobar esto.*

—¿Qué pasaba antes del 17 de junio?

—*John Dean se lo dirá al Gran Jurado. Dean estuvo en una reunión en la que se discutió la escucha clandestina, y en esa reunión dijo que no quería tener nada que ver con ello; añadió que cualquiera que hiciera una cosa así, debía de estar loco.*

John Dean parecía tener respuesta para todo. ¿Si había estado en esa reunión, cómo explicaba el «informe Dean»? ¿Y la afirmación del presidente de que Dean y su informe le habían convencido de que sus colaboradores más próximos no tenían conocimiento previo de la operación de escucha?

—*El llamado «informe» de la investigación no es nada real, sólo un concepto, una teoría, que fue pasada a Nixon.*

—¿Por quién?

—*No por John Dean. Él jamás discutió el asunto Watergate con el Presidente hasta el 29 de agosto.*

—¿En qué consistía el informe?

—*¡Maldita sea! Yo suponía que vosotros, los chicos de la Prensa, erais más despabilados —dijo echándose a reír—. Jamás existió ese informe. Pidieron a Dean que ocultara ciertos hechos. Debía manipularlos y torcerlos para ayudar a algunas personas que se hallaban detrás de él. Ahora esas personas planean cortar todos sus lazos con él e implicar a John Mitchell y a Dean en el asunto. Sería un pensamiento que demuestra su ambición, si creen que pueden seguir adelante con esa maniobra.*

—¿Por qué ha esperado tanto para hablar públicamente, si Dean verdaderamente estaba tan interesado en la verdad?

—*En primer lugar porque nadie le creería si ahora mismo dijera todo lo que sabe. El asunto no comenzó con Watergate. Era algo consustancial con la vida cotidiana de la Casa Blanca. Tiene que ir probando, poco a poco, que es digno de confianza, que no va a mentir. Porque conoce cosas de las que nadie hablaría gustosamente. Y casi todo lo que sabe puede comprobarse. Pero antes de hablar tiene que convencer a todo el mundo; a la fiscalía, a la Prensa y a la gente del senador Sam en el Capitolio... Tiene que convencerles de que está diciendo la verdad. De otro modo la Casa Blanca acabará con sus vuelos antes de que adquieran la menor oportunidad.*

—Era por esto por lo que John Dean quería entrar en tratos con el *Washington Post*, ¿verdad?

—*Mire, usted me hace las preguntas adecuadas y yo le ofrezco ciertas indiscreciones. Comprendo que el Washington Post no va a arriesgarse por John Dean. Así que compruebe mis «filtraciones» y llámeme de nuevo mañana.*

Bernstein no sabía qué pensar. De todos los personajes principales del caso Watergate, el que menos consideración le merecía era sin duda John Dean. Por lo menos, John Mitchell había sido su hombre. En cuanto a Colson, su intelecto era de primera magnitud, alguien al que había que respetar en la mesa de póker,

independientemente de lo que se pensara de él. Haldeman era un enigma, a veces brillante, otras digno de compasión por lo corto de sus miras, frecuentemente cruel y en otras ocasiones conmovedoramente humano. Pero en lo que respecta a Dean, siempre le había parecido un hombre vacío, un tipo con suerte que había sabido abrirse camino a la cumbre, aunque ni siquiera había parecido demasiado imaginativo en él. Pero, por otra parte, Dean era el tipo de persona en la que Haldeman confiaría y con el que se uniría en determinados asuntos. Por lo tanto debía de saber mucho.

Bernstein volvió a telefonar al socio de Dean. Lo que le iba a preguntar era algo poco corriente, pero podría ser una buena prueba para descubrir hasta qué punto estaba dispuesto a colaborar su interlocutor. Bernstein le preguntó por qué había de confiar en él, quiénes eran sus amigos, con quién había hablado, cuáles eran sus ideas políticas, cómo había conocido a Dean, por qué estaba tan convencido de que Dean estaba diciendo la verdad, qué personas le disgustaban e, incluso, qué solía hacer en su tiempo libre.

Hablaron durante más de media hora y Bernstein se dio cuenta de que él también estaba respondiendo a algunas preguntas sobre sí mismo. Parecía un hombre que podría llegar a caerle bien. Y descubrieron que tenían un amigo común, alguien cuyos inicios eran respetados por Bernstein.

El periodista llamó al amigo común. Los informes que le dio sobre el socio de Dean eran altamente recomendables, especialmente en lo que se refería a su honestidad y la confianza que su palabra merecía.

Bernstein se sintió aliviado. Si Woodward, o él mismo, podían encontrar a alguien a quien Dean le hubiera hecho las mismas alegaciones, podían escribir el reportaje.

Woodward llamó al hombre del CRP.

Resultó que Dean no sólo le había dicho a él lo mismo, sino que conocía, de modo directo, algunas de las acusaciones.

—Jamás se llevó a cabo ninguna investigación por parte del Presidente hasta que John Dean le dijo aquel día (21 de marzo) todo lo que sabía —explicó el hombre—. Dean no había sido más que un peón en el encubrimiento del Watergate. No tuvo nada que ver con él, ni con el pago a los conspiradores, que no había sido aprobado por Haldeman. Dean estaba dispuesto a contárselo todo al Gran Jurado si podía conseguir hacer un trato con la Fiscalía.

Bernstein llamó al otro amigo de Dean, al primero con el que había hablado brevemente esta tarde a primera hora. Dean le había contado la misma historia.

Bradlee no parecía muy dispuesto a publicar unas acusaciones que Dean no estuviera dispuesto a hacer públicamente o a confirmar personalmente. Los dos reporteros, con la ayuda de Rosenfeld y Sussman, trataron de convencerlo de que se trataba de algo tan importante que el periódico no lo podía ignorar. Por otra parte, la declaración que presentaba a Dean como un chivo expiatorio parecía no tener demasiado sentido. Le explicaron todas las precauciones que habían tomado.

Pero la decisión final de Bradlee, estuvo basada primariamente en algo que ellos habían olvidado: la llamada telefónica de «Garganta Profunda» a Woodward. Si Haldeman estaba fuera, dijo Bradlee, es porque debe hallarse en tan graves problemas que ni el propio Presidente puede permitirse el seguir protegiéndolo.

—De acuerdo, adelante —dijo finalmente.

La misma mañana que el *Washington Post* informaba de las acusaciones de Dean, los titulares más importantes del *New York Times* señalaban que las alegres negativas de Mitchell sobre su complicidad podían darse por acabadas. Tan sólo unos pocos días antes, cuando aparecieron en el *Post* los alegatos de Magruder Mitchell, había dicho:

Las cosas están resultando un poco estúpidas, ¿no es así? Pero yo he dormido maravillosamente esta noche y no he oído ni una sola de esas tonterías.

Pero ahora, informaba el *Times*, Mitchell había dicho a algunos «amigos» que en tres reuniones celebradas durante 1972, había escuchado la propuesta de someter a escucha los teléfonos de los demócratas y que en cada ocasión rechazó el asunto. También Dean había rechazado la idea, había dicho Mitchell a esos «amigos», pero tenía ciertas dudas con respecto a Jeb Magruder.

Para los reporteros, el nuevo juego en la ciudad era encontrar un «socio» o «amigo» de uno de los personajes del Watergate, dispuesto a exponer, anónimamente, su versión de los acontecimientos. Aquella mañana Bernstein localizó a un «socio» de Mitchell que confirmó el relato del *Times*. Mitchell debía comparecer ante el gran jurado a las 12:30. Bernstein le preguntó cuál era su estado de ánimo.

—*Para ser un hombre que ve arruinada su carrera, se está portando muy bien —dijo el «SOCIO»—. Se ha resignado a la idea de que acabará en la cárcel. No puede escabullirse a causa de la actitud de la Prensa. Éste es el problema principal. Se pasa el día encerrado en su apartamento viendo la televisión o trabajando en su defensa. De vez en cuando se siente decaído y nervioso, pero por lo general conserva su fortaleza. Martha se pasa todo el tiempo diciéndole que debe hundirlos a todos, incluyendo a Nixon. Pero si sabe algo que pueda indicar que el Presidente está implicado, lo guarda para sí. Dice que la respuesta es no, pero eso es lo que diría en cualquier caso. Es demasiado orgulloso, incluso para telefonar a Nixon y, más aún, para pedirle ayuda o consejo. «Esas cosas las pueden hacer Haldeman o Ehrlichman, pero no yo», dice. Quiere seguir siendo leal a toda costa, sin que le importen ni el precio que tenga que pagar por ello, ni el odio que siente por los demás.*

—¿Qué demás...?

—*Ehrlichman en primer lugar, por encima de todos. Y Colson también, aunque en este*

caso es distinto. Cree que Colson está loco, con todos esos esquemas que no convencen a nadie y que presenta en las noticias de las seis de la televisión, criticando a Nixon.

—El odio que siente por Ehrlichman y Haldeman se basa en distintas razones — continuó— y es todavía mayor. Cree que ellos han arruinado al Presidente, que han envenenado su mente. En especial Ehrlichman. Una gran parte de sus sentimientos son de tipo personal porque ellos lo alejaron de Nixon. Ahora sostiene que anduvieron detrás de él durante meses y que el caso Watergate es simplemente la excusa que esperaban. Y han mezclado a Martha. De un modo u otro Pat (Nixon) intervino también en contra suya: en enero, tras una fiesta, habló con su esposo y comentó que su ayudante Mitchell «olía terriblemente a alcohol». Otto y Fritz (Haldeman y Ehrlichman) se enteraron de lo que ocurría y los tres se apresuraron a lanzarse sobre el pobre muchacho diciendo al presidente que bebía demasiado y que tenía que despedirle.

Mitchell, canoso y delgado, salió de la sala donde estaba reunido el Gran Jurado poco después de las tres y se enfrentó a los reporteros fuera de la audiencia federal. Por primera vez reconoció públicamente que había asistido a algunas reuniones en las que se discutieron algunos planes para someter a los Demócratas a escucha electrónica. Esto ocurría cuando todavía era Secretario de Justicia.

He oído discusiones sobre tales proyectos, que siempre interrumpí y me hubiera gustado saber quién era el que siempre hacía que el tema se pusiera sobre el tapete... Rechacé una y otra vez la vigilancia electrónica...

Sin embargo, había aprobado...

Un programa completo de vigilancia por los servicios de Inteligencia...

... destinados a obtener...

... la mayor información posible sobre los candidatos de la oposición y sus operaciones.

¿Mediante la escucha electrónica?, se le preguntó de nuevo.

No, no y no. La escucha telefónica y el grabado de conversaciones es ilegal, como ustedes saben y nosotros, desde luego, no autorizamos ninguna actividad ilegal.

Woodward llamó a otro de los socios de Mitchell del que sabía que era digno de confianza. Según éste, Mitchell había declarado ante el Gran Jurado que aprobó el pago de los siete primeros acusados del caso Watergate con fondos del CRP. Pero había insistido, declarando bajo juramento, que el dinero estaba destinado al pago de los gastos legales de los acusados y no para comprar su silencio. Había testificado que vetó las propuestas de espionaje electrónico, por tercera y última vez, durante una reunión con Magruder en Cayo Bizcaino. Pero creía que Magruder había pasado por encima de él y había obtenido la aprobación para la operación Watergate, por alguien de la Casa Blanca.

—¿Quién?

—*Él cree que fue Colson, pero no ha mencionado ningún nombre ante el Gran Jurado. No está ofreciendo pruebas convincentes.*

Bernstein seguía tratando de encontrar a Dean. El socio de éste le había comunicado por teléfono que Dean había escondido la «prueba documental» que, entre otras cosas, serviría para establecer que sus superiores estaban involucrados tanto en la operación de control telefónico como su posterior encubrimiento.

—*Hasta ahora John Dean había sido un soldado fiel a la Casa Blanca y ahora la Casa Blanca parece haber decidido que, precisamente por esto, puede cargarlo todo sobre él. Pero está dispuesto a llevarse consigo a algunos capitanes y tenientes si él se hunde.*

Un abogado mezclado en el caso dijo a Bernstein que había visto a Chuck Colson en el Departamento de la Fiscalía por la tarde de este mismo viernes. Woodward pudo deducir que Colson había presentado unos documentos de sus archivos que implicaban a John Dean en el encubrimiento. Las cosas se estaban precipitando. Le entregaron a Bernstein un recorte con la columna de Jack Anderson del último domingo. Anderson estaba consiguiendo copias textuales de las declaraciones hechas ante el gran jurado. Gordon Strachan, el ayudante político de Haldeman, había testificado que, inmediatamente después de la elección, Haldeman le había ordenado que entregara a Fred LaRue 350 000 dólares procedentes de los fondos del CRP, que se guardaban en una caja de caudales de un Banco de Virginia desde abril.

Seguidamente, Woodward localizó a un «socio» de LaRue.

Éste confirmó que se trataba del dinero de los pagos sumado a los 80 000 dólares originales que LaRue había recibido de Sloan y con que pagó a los conspiradores. Un funcionario del Departamento de Justicia confirmó a Bernstein que el Gran Jurado estaba actuando partiendo de la estimación de que tanto los 350 000 dólares como los otros 80 000, todos ellos en fajos de billetes de a cien, se habían usado para pagar a los conspiradores.

Un reportero de la ABC abordó a Haldeman en la puerta de su casa y le pidió que confirmara o negara las informaciones que corrían sobre su dimisión.

—*Puedo negarlo —dijo.*

¿Plenamente?

—*Sí, señor, totalmente.*

Respondiendo a una llamada, un funcionario de nivel medio de la Casa Blanca describió la situación a Woodward del siguiente modo: antiguas fidelidades se tambaleaban, se trabajaba poco, reinaba gran confusión y nadie sabía quiénes de entre el alto personal acabarían por ser acusados; y nadie sabía quién había ordenado esto o aquello, quién mandó a quién hacer qué, quién iba a dimitir y quién podría salvarse...

—*Cada uno se preocupa por sí mismo. Es un «sálvese quien pueda»... Todos buscan abogado y tratan de echar las culpas a los demás.*

El Presidente se había reunido con su gabinete.

—Ya hemos tenido antes nuestros Camboyas —fue su comentario. Seguidamente, acompañado por Ziegler, tomó el avión para Cayo Bizcaino.

Bernstein y Woodward necesitaban recuperar algo del sueño perdido y el domingo ninguno de ellos llegó al periódico hasta después del mediodía. La redacción estaba tranquila, con sólo una docena de periodistas por allí. Leyeron la edición dominical de algunos periódicos. Hersh también decía que el Gran Jurado estaba pendiente de la conexión Haldeman-Strachan-LaRue, así como de la posibilidad de que Haldeman hubiera recibido las cintas magnetofónicas grabadas.

Woodward y Bernstein habían explicado la última acusación hecha por el socio de Dean sobre que Ehrlichman estaba implicado en el encubrimiento de la realidad del caso Watergate. («E era el funcionario en acción y no H», le había dicho). Haldeman y Erlichman habían contratado al mismo abogado, que se había entrevistado con el Presidente. Algunas noticias, que sólo unas pocas semanas antes hubieran constituido titulares sensacionales, ahora sólo eran mencionadas en el interior del texto de un largo reportaje: Gordon Strachan había testificado que Haldeman había aprobado la contratación de Donald Segretti. Sólo escribieron un simple párrafo sobre el tema.

Los dos reporteros comenzaron a llamar por todas partes de la ciudad, en busca de «socios» de los tres principales personajes de los que hasta ahora no se había hablado: Colson, Haldeman y Ehrlichman. Woodward localizó a un subordinado de Colson que daba la impresión de estar dispuesto a hablar. Se sentía un tanto preocupado:

—*John Dean se dirigió a Sam Ervin y a los fiscales como alma que lleva el diablo y trató de ponernos a todos en evidencia. Entre otras cosas dijo que entregaría a Colson, si le ofrecían inmunidad.*

—¿Qué dijo Dean sobre Colson? —preguntó Woodward.

—*¿Quién lo sabe? No soy tan presuntuoso como para suponer que voy a convencerle a*

usted de que Colson es un santo. No lo es y este lugar no es la Capilla Sixtina. Pero Colson no quebrantó la Ley.

En vez de descubrir el caso Watergate, insistió, Colson había tratado de dar con la verdad. Fue entonces cuando sonó la señal de alarma.

—*Colson se dirigió directamente al Presidente, ya a principios de diciembre, y le dijo todo lo que pasaba. Advirtió a Richard Nixon de que algunos de sus hombres habían tomado parte en el caso Watergate, de modo muy principal, y que estaban organizando el encubrimiento de la verdad de lo sucedido. Previno al Presidente contra Dean y Mitchell. El Presidente le dijo: «Ese hombre (Mitchell) lo ha negado; deme algunas pruebas». Hubo otras dos personas más que fueron a verle y le dijeron que se apartara de Dean y Mitchell. Pero no pasó nada. Es verdaderamente absurdo y no deja en muy buen lugar al Presidente. Se le había avisado de que John Dean y John Mitchell le estaban traicionando.*

Woodward llamó a una de sus fuentes informativas de la Casa Blanca. Por lo menos en tres distintas ocasiones, Colson había dicho al Presidente durante el invierno, que debía «*librarse de algunas personas*» porque estaban involucradas en el caso Watergate. Y lo mismo hicieron otros. La mayoría de las advertencias estaban dirigidas contra Dean y Mitchell, le dijo su informador.

Woodward llamó a Colson. Éste negó «*haber prevenido*» al Presidente contra Dean o Mitchell, así como haber encubierto el caso Watergate.

—En ese caso, ¿qué le comunicó usted al Presidente? —inquirió Woodward.

—*No discutiré mis comunicaciones privadas con el Presidente —dijo Colson—. ¡Con nadie...! Ni con usted, ni con la prensa en general, ni con el Gran Jurado, ni con el comité del Senado.*

Pocos minutos después Woodward recibía una llamada telefónica de otro socio de Colson.

—*No haga demasiado caso a la negativa de Colson —le aconsejó.*

También éste confirmó que Colson había dicho explícitamente al Presidente que poseía pruebas de que aquellos hombres estaban metidos tanto en la operación de escucha electrónica de Watergate como en su intento de encubrir la verdad a los ojos de la justicia. El socio dijo que había dos razones para el mentís de Colson: evitar el reconocimiento de que el Presidente había sido advertido previamente, y el temor de que John Dean se «*vengara*» acusando a Colson ante el gran jurado.

La Casa Blanca no hizo ningún comentario sobre el reportaje publicado el lunes en el *Post* y que llevaba por título:

Nixon alertado sobre el encubrimiento en diciembre

El jueves siguiente, 26 de abril, Bernstein hizo su llamada cotidiana al principal socio de John Dean, a primera hora de la tarde: una vez más preguntó qué era lo que

había ocurrido en el período comprendido entre la reunión de Dean con el Presidente, el 21 de marzo, y el anuncio del Presidente del 17 de abril.

—*Creo que perdimos la partida de póker más sonora de toda la historia de la ciudad.*

Bernstein habló en voz alta de la posibilidad de que el Presidente lanzara a Haldeman y Ehrlichman contra John Dean.

—*Así lo parece ahora. Pero nadie querrá decir nada con seguridad. Es como un prisionero... John se sintió muy afectado durante algún tiempo porque tenía la impresión de que estaba cumpliendo con su deber, haciendo lo correcto. Creo que se había llegado a un acuerdo. Después se derrumbó todo porque los «pastores alemanes» dijeron que ellos no estimaban oportuno marcharse a la perrera con John Dean.*

¿Es que Haldeman y Ehrlichman pensaban...?

—... *Que ellos podían ser acusados para salvar la situación...*

¿Qué fue exactamente lo que Dean dijo al Presidente el día 21?

—*John se acercó y le dijo: «Señor Presidente, existe un cáncer que está corroyendo todo el departamento y que debe ser extirpado. Para salvar a la presidencia, Haldeman, Ehrlichman y yo, debemos presentarnos y decirlo todo a los fiscales y enfrentarnos con las consecuencias y, por tanto, la posibilidad de acabar en la cárcel». Eso fue, en resumen. El Presidente estaba sentado en su sillón y se quedó atónito, como alguien a quien le cae una piedra sobre la cabeza.*

—¿Y qué pasó después?

—*Lo dijo todo... incluso le dio una lista de los que posiblemente tendrían que ir a la cárcel. Era una lista muy extensa. John le dijo que «los pastores alemanes» habían estado enterados de toda la historia desde el principio, que los había mantenido informados de todo lo que debían de saber y que había cumplido sus órdenes. Desde el primer momento le dijeron que no hablara para nada del asunto con el Presidente, que ellos se encargarían de hacerlo cuando todo hubiera terminado.*

—¿Cuál fue la reacción del Presidente?

—*Al principio se limitó a escuchar. Después le dijo que suponía que debía de encontrarse sometido a una gran tensión. Le dijo que se fuera a la «Cumbre de la Montaña» a poner en orden sus pensamientos y que después los pasara todos al papel... John regresó de Camp David esperando que todos se levantarían y dirían: «Sí, nosotros somos responsables y el Presidente no sabe nada en absoluto del asunto. Estamos preparados para aceptar las consecuencias y a colaborar con el Gran Jurado en su investigación».*

—*Pero no ocurrió así. Cuando John regresó a la Casa Blanca resultó obvio que «los alemanes» habían persuadido al Presidente para que mantuviera reducidas al mínimo sus pérdidas... Que sacrificara a John Dean mientras trataba de evitar el procesamiento de Haldeman y Ehrlichman. En vez de mostrarse dispuestos a cooperar, lo que estos dos hicieron fue decirle al Presidente que era John quien debía pagar los platos rotos, por todos. Y ahora parece que el Presidente está dispuesto a dar a John el último empujón.*

Bernstein le preguntó si Dean creía ahora que el propio Presidente estaba

involucrado en el encubrimiento.

—*Primero debe ver qué dicen los demás al respecto* —le respondió—. *Después podremos volver a hablar sobre ello.*

Woodward llamó a su hombre en el CRP.

—*Dean dijo en marzo que deseaba hacer estallar todo el asunto. Dean intentaba ser honrado, pero estaba recibiendo órdenes de Haldeman y Ehrlichman. La honestidad y el cumplimiento de esas órdenes estaban en desacuerdo, así que Dean rompió la disciplina.*

El periodista comenzó otra ronda de llamadas a la Casa Blanca. Le resultó sorprendentemente fácil comprobar la versión de Dean sobre los acontecimientos ocurridos desde el 21 de marzo. El temor era que Haldeman y Ehrlichman hubiesen autorizado amplias actividades clandestinas y estuviesen enterados de que se había pagado a los conspiradores convictos; pero seguían manteniendo que nunca habían aprobado u ordenado nada específicamente ilegal.

A eso de las 7:45 de la tarde, Woodward recibió una llamada telefónica de una de sus fuentes en el Capitolio que le dio base para un reportaje aún más importante: «*El New York Daily News, estará en la calle dentro de unos minutos* —le explicó— *y en él se dice que el director en funciones del FBI, Gray, destruyó documentos procedentes de la caja fuerte de Howard Hunt en la Casa Blanca*». Los documentos que, según este reportaje, se destruyeron, consistían en dos carpetas. Una de ellas contenía falsos cablegramas del Departamento de Estado^[71], «*fabricados*» por Hunt para implicar al presidente John F. Kennedy en el asesinato del Presidente del Vietnam del Sur, Ngo Dinh Diem, en 1953. La segunda era un *dossier*, lleno de información recogida por Hunt sobre el senador Edward Kennedy. La fuente dijo que el reportaje del *News* reflejaba la verdad.

Woodward llamó a un funcionario del Senado que formaba parte del equipo de ayudantes del Comité Watergate, quien confirmó lo publicado por el *News*. John Dean había hablado con el ayudante del fiscal general, Henry Petersen, unos diez días antes.

A eso de las nueve y media sonó el teléfono de la mesa de trabajo de Woodward.

—*Dame un número para que te pueda llamar* —le dijo «Garganta Profunda».

Woodward le dio el número de una de las líneas principales de la sección local de la redacción. La llamada llegó casi de inmediato.

—*¿Has oído ya la historia de Gray?* —le preguntó «Garganta Profunda»—. *Pues bien, es cierta. El 28 de junio, en una reunión con Ehrlichman y Dean, le dijeron que aquellas carpetas eran «dinamita política» (fueron sus propias palabras) y «jamás debían ver la luz del día» (sus propias palabras). Se le dijo, también con estas mismas palabras, que «podían causar más daño que toda la operación de escucha clandestina del Watergate por sí misma». De hecho, Ehrlichman había dicho a Dean a primera hora: «Estás en mayor peligro cada día, John. ¿Por qué no tiras la manta de una vez?».*

Gray conservó las carpetas como una semana y después las metió en una bolsa de

basura para que fueran incineradas. No se le había ordenado exactamente la destrucción de tales documentos, pero se dio cuenta inmediatamente de que era lo que Dean y Ehrlichman deseaban^[72]. La cosa estaba completamente clara.

Bernstein telefoneó al socio de Dean.

—*¿No has oído nunca la expresión «reducidas a cenizas»?* —le preguntó—. *Esto es lo que Ehrlichman deseaba que se hiciera con aquellos dossiers.*

La historia tenía una base sólida. Howard dijo que se le reservara la primera página de la segunda edición.

Bernstein estaba conmovido y asustado por todas esas cosas; nunca lo había estado tanto antes del 17 de junio. El lenguaje y el conjunto de las observaciones de Ehrlichman a Dean era algo que le preocupaba. Como si fuesen una pareja de mafiosos charlando en un restaurante, el segundo de los ayudantes del Presidente, le había dicho al *consigliere* del Presidente: *Hala, Joe, vamos a tirar todas estas cosas al fuego antes de que el jefe pueda resultar herido.*

Howard Simons se dejó caer en su silla fumando con fruición su cigarrillo. El color se le había ido del rostro.

—¿Un director del FBI destruyendo pruebas? ¡Jamás creí que una cosa así pudiera llegar a suceder!

Lo dijo con calma.

A última hora de la tarde del 27 de abril, un redactor llamó a Woodward y Bernstein para que echaran un vistazo a un informe de la Associated Press que acababa de llegar al teletipo.

Se trataba de otro Watergate. En Los Ángeles, en el juicio de Daniel Ellsberg, el juez Matthew Byrne había anunciado que habían supervisado la escucha telefónica clandestina del despacho del psiquiatra de Ellsberg en 1971.

Bernstein llamó al socio de John Dean para su conversación diaria. Al cabo de tanto tiempo ya habían llegado a tutearse.

—*Carl, ¿cómo crees que se han enterado de esa pequeña operación de la costa?* —le preguntó el socio.

¿También por Dean?

—*Pregúntaselo a los fiscales... John tiene muchas cosas que contar. Pregúntales a ellos si merece crédito. Todo lo que ha dicho se ha comprobado... y hay muchas cosas que todavía no ha dicho, que no ha contado a los fiscales y que éstos están deseando saber. No olvides que John Dean ha estado en la Casa Blanca mucho tiempo y que se han realizado muchos planes y elaborado muchos proyectos. John tiene conocimiento de actividades ilegales que tuvieron lugar hace ya mucho tiempo.*

¿Cuánto tiempo?

—*Mucho... desde el principio.*

¿Más grabaciones telefónicas clandestinas?

—No me atrevería a negarlo.

¿Allanamientos?

—¿Es que iban a tener contratada a toda una banda de ladrones durante todos esos años si sólo los iban a utilizar en uno o dos trabajos...? «E» y «H» estaban fuera de sí porque las cosas habían ido demasiado lejos. Existen documentos...

¿Con respecto a allanamientos y robos?

—Sobre muchas cosas. Piensa en lo que se ha dicho de Patrick Gray, destructor de todos esos documentos. Sólo hay una forma de que la historia se haga pública... No puedes suponer que «E» correrá a la fiscalía para decirles que ha violado la ley. ¿Estuvo allí «H»? Tampoco puedo suponer que el Presidente baje a la Pennsylvania Avenue, a la Audiencia, para contar lo ocurrido. Queda una sola persona. Otra vez John Dean... Estamos poniendo los cimientos para nuestra propia protección. Haldeman y Ehrlichman han tratado de colgar todas las culpas sobre John y han convencido al Presidente de que salve el pellejo de ellos y lo cargue todo sobre las espaldas de John. Y el Presidente ha accedido —añadió.

¿Va John Dean a complicar al «P»?

—Hubo muchas reuniones en las que se discutió cómo encubrir el Watergate. Y el Presidente asistió a ellas.

A la noche siguiente, Woodward se dirigió a la Casa Blanca. Había pedido una entrevista con uno de los ayudantes más importantes de Nixon para discutir el caso de John Dean. Woodward esperó en una de las oficinas decoradas con colores brillantes, en el antiguo edificio del Ejecutivo, y se tomó un café en una taza decorada con el sello del Presidente de los Estados Unidos.

Haldeman y Ehrlichman estaban terminados, le dijo el hombre.

Y, además, parecía cierto que John Dean iba a mezclar al Presidente en el asunto del encubrimiento del caso Watergate. El ayudante tenía una expresión de tristeza y desánimo.

¿Qué pruebas tiene Dean?

—No estoy seguro de que las tenga... Creo que el exabogado del Presidente va a acusarle... de felonía.

El hombre temblaba de pies a cabeza. Le pidió a Woodward que se marchara.

En la redacción, Bernstein y Woodward discutieron las declaraciones de los dos informadores. Estaban convencidos de que Dean iba a acusar al Presidente. Bradlee y Simons opinaban que era prematuro publicar una cosa así. Deseaban conocer datos más específicos, poder echar un vistazo a los documentos que, supuestamente, poseía Dean, las notas de las conversaciones de Dean con el Presidente... en resumen, algo que le sirviera para poder comprobar si Dean estaba diciendo la verdad o no.

En vez de publicar el reportaje de la posible implicación del Presidente por parte de Dean, los reporteros escribieron un artículo para la edición dominical en el que decían que un funcionario de alta categoría de la Casa Blanca, muy próximo al Presidente, había llegado a la conclusión de que Ehrlichman y Haldeman estaban involucrados en el intento de encubrir el caso Watergate.

A la mañana siguiente, 30 de abril, la información les fue llegando poco a poco. Primero hubo una llamada del Capitolio, después un intento de confirmación de un reportero en la Casa Blanca. Bradlee salió de su oficina para decírselo a Woodward: había llegado el día del gran suceso. No uno, cuatro: Haldeman y Ehrlichman habían dimitido; Dean había sido despedido; Kleindienst^[73] también había presentado la dimisión; Elliot Richardson iba a ser trasladado del Ministerio de Defensa al de Justicia, en sustitución de Kleindienst. Bernstein llegó unos minutos después y Simons le dijo lo que ocurría. El reportero se apresuró a dirigirse a su mesa y tomó asiento. James McCartney, un corresponsal de la cadena de periódicos de Knight que casualmente estaba allí escribiendo un artículo sobre el *Post* para la *Columbia Journalism Review*, se acercó y le dijo que quería hablar con él un momento. Bernstein le dijo que en esos momentos no estaba para hablar con nadie.

Poco después del mediodía, la Casa Blanca hizo su comunicado y las cartas de dimisión llegaron a la redacción y se fotocopiaron. La cosa era cierta. La carta de Haldeman se refería a varias «insinuaciones y calumnias» y a una «marea de relatos» que hacían «*virtualmente imposible, en tales circunstancias, que pueda seguir haciéndome cargo de mis responsabilidades regulares en la Casa Blanca*». Ehrlichman decía que «*con independencia de los hechos reales, he sido objeto del ataque público... de repetidos rumores, acusaciones infundadas o implicaciones, repetidas por los medios informativos*».

El artículo de McCartney, que apareció en el número de julio-agosto de 1973 de la *Columbia Journalism Review*, recogía la reacción de Bradlee ante la noticia oficial.

Eran las 11:55 de la mañana y Benjamin Crowninshield Bradlee, director del *Washington Post*, charlaba con un visitante. Tenía los pies sobre la mesa y trataba de introducir una pequeña pelota de baloncesto de plástico, en

un aro colgado de su ventana a unos cuatro metros de distancia.

Tema de conversación: el inevitable caso Watergate. Howard Simons, el subdirector del *Post*, se deslizó en su despacho interrumpiendo la conversación:

—Nixon aceptó la dimisión de Ehrlichman y Haldeman y de Dean —dijo—. Kleindienst se ha ido y Richardson es el nuevo Ministro de Justicia.

Por un momento Bradlee se quedó con la boca abierta y una expresión de inmenso deleite. Después apoyó la cara en la mesa, con los ojos cerrados, y comenzó a golpear sobre la mesa con el puño derecho. En un momento se recobró.

—Vaya, ¿cómo quieres el guisado? —le dijo a Simons, que tenía una mueca de satisfacción en el rostro—. No es un mal principio.

Bradlee no podía contenerse. Corrió a la inmensa redacción del periódico, en el quinto piso, y desde la entrada, por encima de la hilera de mesas se dirigió a... Woodward... «¡No está mal... No está mal, Bob, nada mal!».

Howard Simons introdujo una nota de precaución:

—No gocemos con el mal del prójimo —murmuró cuando un grupo de reporteros del equipo del *Post* comenzó a regocijarse—. ¡Ése es un lujo que no podemos permitirnos!

Bradlee cruzó la redacción del local gritando:

—Nunca, nunca, nunca... jamás pensé que las cosas se precipitaran así.

Bernstein y Woodward estaban en su mesa de trabajo y éste último sugirió dar un paseo.

Por la noche, a las nueve, el Presidente se dirigió a la nación en un mensaje televisado para todo el país. Woodward y Bernstein se dirigieron al despacho de Howard Simons para contemplar y oír el discurso con Simons y la señora Graham.

«El Presidente de los Estados Unidos», dijo el presentador con aire solemne. Nixon apareció en la pantalla, sentado en su mesa, una fotografía de su familia a un lado y, al otro, un busto de Abraham Lincoln.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Graham—. ¡Esto es demasiado!

El Presidente comenzó a hablar:

Esta noche deseo hablarles desde el fondo de mi corazón... Se ha venido realizando un esfuerzo para ocultar los hechos, tanto al público, a ustedes, como a mí... Quiero ser sincero... Hoy, en una de las decisiones más difíciles de mi presidencia, he aceptado la dimisión de dos de mis colaboradores... Bob Haldeman y John Ehrlichman, dos de los mejores funcionarios y servidores del Estado que he tenido el privilegio de conocer... Lo más fácil para mí, sería culpar a aquéllos en los que delegué la responsabilidad de dirigir la campaña. Pero hacer eso sería cobarde... En toda organización el hombre que ocupa el lugar más alto debe llevar la responsabilidad. Esa responsabilidad, por lo tanto, está aquí, en este departamento. Yo la acepto... Ha sido el sistema lo que ha hecho posible que los hechos salgan a la luz... un sistema que en este caso ha estado representado por un Gran Jurado lleno de rectitud, unos fiscales honestos, un juez valeroso, y una prensa libre, fuerte y vigorosa... Ahora voy a volver toda mi atención, una vez más, a los deberes de la Presidencia. Esto es algo que debo a la gran dignidad que ocupé y que les debo a ustedes, a nuestro país.

No habrá una limpieza general en la Casa Blanca... Dos errores no significan una verdad... Yo amo a América... ¡Que Dios bendiga a América y bendiga a todos y cada uno de ustedes!

Al día siguiente del discurso del Presidente, Bernstein estaba en su mesa leyendo el *New York Times* y el *Washington Star*. Un ordenanza le puso sobre la mesa una copia de un artículo de la UPI recibido por télex:

El secretario de Prensa de la Casa Blanca, Ronald Ziegler, se ha disculpado públicamente ante dos reporteros del *Washington Post* por sus anteriores críticas a la investigación y subsiguientes reportajes relacionados con el caso Watergate.

Uno de los informadores acreditados ante la Casa Blanca le preguntó a Ziegler si la Casa Blanca no debía también disculparse ante el *Post*.

—Si las cosas se miran desde la posición actual creo que debo responder «sí» —dijo Ziegler—. Pediré disculpas al *Post* y pido disculpas también a los señores Bernstein y Woodward... Todos nosotros hemos de reconocer que hemos cometido errores en los términos de nuestros comentarios. Yo, particularmente, me mostré demasiado impulsivo en mis comentarios sobre el *Post*, sobre todo si ahora se analizan esos comentarios en relación con el contexto en que se han venido desarrollando los acontecimientos... Cuando nos equivocamos, no podemos hacer otra cosa que reconocer que nos equivocamos. Y en este caso nos equivocamos.

Cuando Ziegler terminó, comenzaba de nuevo con un «Sin embargo...», más un reportero le interrumpió diciéndole:

—¡Vamos, Ron, no te vuelvas atrás...!

Bernstein tomó la copia y la puso sobre la mesa de Woodward. Más tarde, éste llamó por teléfono a Ziegler, en la Casa Blanca, para darle las gracias por sus disculpas.

—*Cada uno de nosotros tiene su trabajo* —le replicó Ziegler.

Bernstein y Woodward habían meditado y planeado el reportaje sobre Dean durante una semana; no habían sido capaces de desarrollar el informe sobre lo que Dean iba a decir con respecto a la intervención del Presidente en el encubrimiento del caso Watergate.

El sábado 5 de mayo, habían acabado de escribir un artículo sobre el estado de incertidumbre y la falta de moral que reinaba en la Casa Blanca, cuando recibieron un

mensaje por teletipo. Era un recorte de Prensa de la revista *Newsweek*. Woodward previó lo peor, pues las revistas de información general no ofrecen nunca esos recortes los sábados por la noche, a no ser que tengan una información de excepcional importancia.

La noticia de *Newsweek* decía que Dean estaba dispuesto a describir dos incidentes del año anterior que le habían llevado a la conclusión de que Nixon estaba enterado de la obstrucción a la justicia y el encubrimiento que se estaba realizando con el caso Watergate. El primero ocurrió en septiembre de 1972, después de los procesos del Watergate, cuando no fue procesado nadie de más alta categoría que Liddy. Dean fue convocado al Despacho Oval por Haldeman y se encontró allí con el Presidente y su jefe de personal, «muy sonrientes». Dean menciona que el presidente dijo:

«Buen trabajo, John; Bob me ha dicho el estupendo trabajo que estás realizando».

El segundo ocurrió en diciembre, explicaba Dean: Ehrlichman le dijo que el Presidente se había mostrado conforme en aprobar la concesión de Amnistía del Ejecutivo para Howard Hunt.

Simons, Rosenfeld, Sussman y Woodward estaban sentados junto a la mesa de éste último. Bernstein se hallaba fuera de la ciudad. Woodward dijo que pensaba que podía confirmar la historia. Llamó a un funcionario de alta categoría de la Casa Blanca. A regañadientes éste confirmó que Dean le había hecho el mismo relato. Un poco más tarde, uno de los funcionarios del Comité senatorial le dijo: «Éste es el relato de Dean, o al menos parte de él».

El descubrimiento de que Hunt y Liddy habían supervisado la escucha telefónica en la casa del siquiatra de Daniel Ellsberg, enlazaba indiscutiblemente el Watergate con el proceso de Ellsberg en Los Ángeles. En la redacción del *Post*, cuando se hablaba de ellos se les mencionaba, frecuentemente, como el Watergate Este y el Watergate Oeste.

A principios de mayo, Bernstein y Woodward decidieron publicar un reportaje en el que se decía que los teléfonos de dos de los reporteros del *New York Times* habían estado controlados como parte de la investigación realizada para descubrir de dónde provenía la «filtración» que llevó a la publicación de los «Documentos del Pentágono». Meses antes, «Garganta Profunda» había dado sus nombres —Neil Sheehan y Hedrick Smith— pero ni siquiera ahora los dos reporteros del *Post* pudieron encontrar una nueva fuente que confirmara la historia, así que no se citaron los nombres. Hallaron, sin embargo, que había una posibilidad de que Ellsberg hubiese sido también espiado y sus conversaciones grabadas. Eso parecía tener sentido puesto que había sido Ellsberg quien pasó los documentos a Sheehan.

En el juicio contra Ellsberg la acusación insistía en que no había ninguna grabación que involucrara a Ellsberg. El juez Matthew Byrne se dirigió al gobierno

pidiendo que revisara sus archivos en busca de una prueba de que Ellsberg pudiera haber sido objeto de esas escuchas y que sus conversaciones estuvieran grabadas en cinta.

El nuevo director en funciones del FBI, William D. Ruckelshaus, encontró una prueba. Las cintas se habían perdido, pero Ruckelshaus había sido informado por uno de sus colaboradores de que Ellsberg había sido escuchado por lo menos una vez, y no en el teléfono de Sheehan, como parecía más posible, sino en el de la casa de Morton Halperin, un antiguo miembro del Consejo de Seguridad Nacional del Dr. Henry Kissinger. La declaración de Ruckelshaus de que el teléfono de Halperin había estado controlado y sus conversaciones grabadas durante más de 21 meses, fue la primera confirmación de que la administración había venido usando el espionaje y las grabaciones telefónicas para investigar de dónde provenían las «filtraciones» de noticias. Más aún: establecía que el gobierno había actuado ilegalmente al no informar a los abogados de Ellsberg de la grabación de sus conversaciones.

Unos días más tarde, el juez Byrne rechazó todas las acusaciones contra Ellsberg. La incorrecta conducta del gobierno, dijo, «había infectado incurablemente a la acusación».

El lunes siguiente, 14 de mayo, Ruckelshaus anunció que, como parte de la búsqueda por la administración de las filtraciones e indiscreciones, se habían ordenado entre 1969-1971, unos 17 controles de teléfonos. Las anotaciones perdidas se habían hallado: se encontraban en la caja fuerte de John Ehrlichman, en la Casa Blanca. Pero Ruckelshaus no daba los nombres de los 13 funcionarios del gobierno y de los cuatro periodistas cuyos teléfonos habían quedado sometidos a escucha. La pregunta que interesaba era: ¿quién lo había autorizado?

Woodward hizo una llamada directa a un alto funcionario del FBI. El oficial fue claro: muchas de las autorizaciones para el control y grabación de las llamadas telefónicas vinieron directamente, o bien oralmente o por carta, de Henry Kissinger.

Sin poderlo creer, Woodward llamó a un exagente del FBI.

—*Sí, sé que Kissinger dio algunas de las autorizaciones* —dijo.

La centralita de la Casa Blanca pasó su llamada, directamente, a la oficina de Kissinger. Eran las 6 de la tarde.

—*¡Hola...!* —respondió la voz familiar con su marcado acento alemán.

Woodward le explicó que tenían informes de dos fuentes procedentes del FBI, de que Kissinger había autorizado la grabación clandestina de las conversaciones de algunos de sus propios colaboradores.

Kissinger hizo una pausa antes de responder.

—*Es posible que fuera Haldeman quien autorizara las grabaciones* —respondió Kissinger.

¿Y qué había de Kissinger?, preguntó Woodward.

—*No creo que sea cierto* —fue la respuesta.

¿Es un mentís formal?

Otra pausa.

—*Francamente no me acuerdo.*

Era posible que hubiera facilitado al FBI los nombres de algunos individuos que habían visto o manejado determinados documentos que habían pasado a ser conocidos por la prensa de modo no autorizado.

—*Es muy posible que ellos (el FBI) hayan tomado esto como una autorización... En determinados casos es posible que yo señalara a mi lugarteniente (el general Alexander Haig) quién manejó los documentos; él, a su vez, tal vez podía haber sido quien pasara la información al FBI.*

Woodward insistió diciendo que las dos fuentes afirmaban, específicamente, que había sido Kissinger quien, personalmente, había autorizado la toma de grabaciones.

Otra breve pausa.

—*Casi nunca* —dijo por fin.

Woodward sugirió que ese «casi nunca» significaba «algunas veces». ¿Estaba, pues, confirmando, la información de las otras fuentes?

Kissinger alzó la voz enfadado:

—*No tengo por qué someterme a un interrogatorio policíaco a este respecto* —dijo. Se calmó y continuó en un tono de voz más tranquilo—. *Es posible que fuera así, y si ocurrió de ese modo tendré que aceptar la responsabilidad por ello... Soy el responsable de este departamento.*

¿Lo hizo usted?, preguntó Woodward.

—*¿Va usted a mencionarme? No lo hará, ¿verdad?* —preguntó Kissinger.

Claro que sí, respondió Woodward.

—*¡Cómo!* —gritó Kissinger—. *Yo le he estado diciendo estas cosas sólo para que le sirvan como fondo a su información.*

Woodward le dijo que no habían llegado a tal acuerdo.

—*He tratado de ser honesto con usted y ahora me va a castigar por ello* —dijo Kissinger.

No, no intentaba castigar a nadie, dijo Woodward, pero no podía aceptar una limitación de sus palabras para servir sólo de fondo del reportaje, no podía hacer ahora un trato con carácter retrospectivo.

—*En los cinco años que llevo en Washington, jamás caí en una trampa que me hiciera hablar como lo he hecho en esta ocasión.*

Woodward se preguntó qué tipo de trato estaba acostumbrado Kissinger a esperar de los periodistas.

Kissinger tenía una forma muy efectiva de pasar del enfado a la tranquilidad.

—*He hablado tratando de ayudar* —dijo seguidamente. Y después, de nuevo con rabia—: *¿Qué motivo podría haber tenido para concederle una entrevista?*

Woodward le dijo que comprobaría con los reporteros del *Post* especializados en asuntos diplomáticos, pura ver si había cometido alguna violación de las reglas que

hacen que una conversación pueda ser utilizada como referencia o sólo como fondo de una información.

—*Usted ha violado totalmente todas las formas de procedimiento* —le advirtió Kissinger y se despidió.

Woodward consultó a Murrey, el jefe de reporteros de la sección diplomática del *Post*. Woodward tenía razón, pero muchos de los reporteros que hablaban regularmente con Kissinger dejaban a «Henry» que dijera al terminar la conversación lo que debía citarse y lo que debía quedar como fondo. Media hora más tarde Marder se acercó a la mesa de Woodward para decirle que «Henry» le había llamado para quejarse duramente sobre la forma en que le había entrevistado Woodward. Marder, Bernstein y Woodward fueron al despacho de Simons para discutir lo ocurrido.

Marder tomó la línea central y, bromeando, dijo:

—¡Tal vez Henry quiera acabar por echamos la culpa del fracaso de las negociaciones de París!

Sonó el teléfono de Simons. Tomó el auricular, respondió con algunos gruñidos y conectó el teléfono con el altavoz para que los presentes pudieran oír la conversación.

—Díselo a la multitud aquí congregada, Bennie —dijo Simons.

Era Bradlee que hablaba desde su casa, con fingido acento alemán:

—¿Qué están haciendo sus muchachos? —preguntó—. Acabo de recibir una llamada de Henry. Está como loco.

Simons se lo explicó.

—Decide tú lo que hay que hacer —le dijo Bradlee—. Voy a jugar a reportero y te voy a leer lo que Henry dijo y puedes usarlo si crees que te sirve de ayuda.

—¿Es para publicarlo, o sólo para que nos sirva de base? —dijo sonriendo Simons.

Kissinger, después de haber telefoneado a Marder, se hizo poner en comunicación con Bradlee. Estaba haciendo lo que en círculos diplomáticos se llama «endurecer su posición». Su declaración a Bradlee era que resultaba «*casi inconcebible*» que él hubiera autorizado la grabación de las conversaciones telefónicas.

—«Casi inconcebible» no es una negativa —observó Woodward y se puso a argüir en defensa de la publicación del reportaje.

Pero eran casi las ocho, demasiado tarde ya para la primera edición. Simons, pues, decidió esperar un día.

Woodward se enfadó. Tenía el presentimiento de que los jefes estaban reteniendo su artículo sólo por la posición de Kissinger. Bernstein no estaba de acuerdo con él. La información del FBI se había conseguido demasiado fácilmente... Tal vez esto formara parte de un esfuerzo para trasladar la responsabilidad de Haldeman y Ehrlichman a Kissinger. Valía la pena esperar un día para ver qué sucedía.

Como se puso en claro, el artículo no podía demorarse un día. Sy Hersh lo tenía también. Al día siguiente, escribió en el *New York Times* que Kissinger había

desempeñado un papel importante al hacer vigilar y someter a escucha electrónica a algunos de sus colaboradores, para ver si eran ellos los que dejaban escapar las indiscreciones. Un día después, Marder escribió la historia para el *Post*.

En el *Post*, casi todos los que estaban volcados de un modo u otro sobre la cobertura del caso Watergate, se hallaban en un estado de agotamiento perenne. Ninguno se sentía entusiasmado por una información ambigua que necesitaba toda una noche para ser ordenada y escrita.

El 17 de mayo era el día designado para el comienzo de la audiencia del Watergate. Durante la semana precedente, los dos periodistas conjuntaron un largo artículo que incluía detalles que ellos habían venido recogiendo desde hacía meses. El descubrimiento de las 17 cintas magnetofónicas y el allanamiento a la casa del psiquiatra de Ellsberg eran dos incidentes más que probaban los métodos empleados por la Casa Blanca en sus actividades de vigilancia, de los que «Garganta Profunda» había hablado a Woodward.

Estas actividades clandestinas habían empezado ya en 1969 e incluían las siguientes operaciones: el Servicio Secreto había facilitado información sobre la vida privada de un candidato demócrata a la Presidencia a la Casa Blanca; las fichas del médico del senador Eagleton, sobre su estado de salud, llegaron a la oficina de John Ehrlichman antes de que se filtraran a la prensa; Haldeman, personalmente, había ordenado al FBI que hiciera una investigación sobre el corresponsal de noticias de la CBS, Daniel Schorr, en 1971. Éstos eran detalles que agregar a una larga lista de una campaña de operaciones ilegales o paralegales. El relato apareció el 17 de mayo.

La noche del 16 de mayo, víspera de la audiencia, Woodward se puso en camino para una reunión con «Garganta Profunda». Iba a ser la primera después de que Haldeman y Ehrlichman presentaran la dimisión y, por lo tanto, Woodward creía que su amigo estaría de buen humor. En su anterior encuentro «Garganta Profunda» le había dicho que, en el futuro, podrían encontrarse más temprano, a eso de las once.

A esta hora resultaba más fácil dar con un taxi y, por lo tanto su camino no duró tanto como de costumbre. Sin embargo, «Garganta Profunda» estaba ya en el garaje cuando llegó Woodward. Se paseaba de un lado a otro nerviosamente. Tenía la mandíbula caída y temblorosa. «Garganta Profunda» comenzó a hablar casi en un monólogo. Sólo tenía unos minutos; y se lanzó a una serie de razonamientos y declaraciones que Woodward escuchó atentamente, obedientemente. Estaba claro que en su amigo se había llevado a cabo una transformación. Woodward tenía docenas de preguntas que hacerle, pero «Garganta Profunda» levantó las manos con un gesto claro:

—*Ésta es la situación. Ahora tengo que irme. Inmediatamente. Debes comprenderlo. Ve... bueno, ya te lo he dicho, ve con cuidado.*

Empezó a andar sin más y, rápidamente, se alejó del garaje.

Woodward tomó su libreta y anotó con suma atención todo lo que «Garganta

Profunda» le había dicho. Cuando regresó a su apartamento, poco después de la medianoche, llamó a Bernstein.

—¿Puedes venir? —le preguntó.

—Seguro —fue la respuesta.

Bernstein llamó al timbre exterior del apartamento de su colega. Woodward lo esperaba en el ascensor.

—¿Qué pasa? —preguntó Bernstein.

Woodward se puso el dedo sobre los labios indicando silencio.

Bernstein se preguntó si Woodward se había vuelto loco o si estaba haciendo una escena. Entraron en el apartamento. Una vez en él, Woodward puso un poco de música: un concierto para piano de Rachmaninoff. Bernstein observó el mal gusto que tenía Woodward en lo que a música clásica se refería. Woodward, seguidamente, se acercó a una de las ventanas que tenían una vista panorámica excelente sobre la parte Este de la ciudad y corrió las cortinas. Se sentó a la mesa de comedor y escribió una nota que pasó a Bernstein.

La vida de todos está en peligro.

Bernstein se lo quedó mirando. ¿Se estaba volviendo loco?, le preguntó.

Woodward movió la cabeza rápidamente, indicando a Bernstein que no hablara. Escribió otra nota:

«Garganta Profunda» me ha dicho que estamos sometidos a vigilancia y control electrónico y que debemos tener cuidado.

Bernstein hizo un gesto indicando que quería algo para escribir. Woodward le pasó su pluma.

¿Quién lo está haciendo?, escribió.

—CIA —dijo Woodward moviendo los labios en silencio.

Bernstein se sentía incrédulo. Mientras el concierto de piano de Rachmaninoff seguía sonando, Woodward comenzó a escribir en su máquina. Detrás de él, Bernstein iba leyendo sobre sus hombros:

Dean había hablado con el senador Baker después de formarse el Comité del Watergate. Baker está en el bote e informaba directamente a la Casa Blanca...

El Presidente amenazó a Dean personalmente y le dijo que si alguna vez revelaba sus actividades en la seguridad nacional, el Presidente se ocuparía de que diera con sus huesos en la cárcel.

Mitchell comenzó a cubrir los asuntos nacionales e internacionales muy pronto y en ellos estaba mezclada

mucha gente. La lista es más larga de lo que nadie podría figurarse.

Caulfield^[74] se encontró con McCord y le amenazó: «*Tu vida no valdrá nada en este país si no cooperas*».

Caulfield, con anterioridad, le había dicho: «*El Presidente sabe que nos encontramos y te ofrece clemencia en uso de sus poderes ejecutivos; así que sólo pasarás 11 meses en la cárcel*».

Las operaciones de vigilancia involucraban a toda la comunidad de la inteligencia USA y son increíbles. «Garganta Profunda» se negó a darme detalles específicos porque dice que eso iría contra la Ley.

El encubrimiento no sólo se ha aplicado al Watergate, sino que se ha utilizado para proteger todas las operaciones de espionaje.

Incluso el propio Presidente ha sido sometido a chantaje. Cuando Hunt decidió que los conspiradores debían obtener algún dinero por ello, Hunt comenzó a llevar a cabo la «extorsión», un chantaje de la más baja clase.

La operación de encubrimiento ha costado aproximadamente un millón de dólares. Todo el mundo está involucrado en ella: Haldeman, Ehrlichman, el Presidente, Dean, Mardian, Caulfield y Mitchell. Todos ellos tenían el problema del dinero y no podían fiarse de nadie, así que empezaron a sacar fondos y colocarlos en sus propias cuentas...

Los hombres de la CIA pueden testificar que Haldeman y Ehrlichman habían dicho que tenían órdenes del Presidente y les ordenaban llevar a cabo aquello —se refería al encubrimiento del Watergate—. Walters y Helms^[75] estaban también en el ajo... y tal vez otros.

Aparentemente, aunque no estaba claro del todo, esos tipos

de la Casa Blanca querían hacer dinero y, algunos de ellos se volvían locos en el intento.

Dean actuaba de enlace entre Haldeman-Ehrlichman y Mitchell-LaRue.

Los documentos de Dean eran mucho más importantes y detallados de lo que nadie había imaginado.

Liddy dijo a Dean que podían matarlo o hacer que se suicidara, pero que no hablaría jamás y se comportaría siempre como un soldado leal.

Hunt era la clave de la mayor parte de esas operaciones estúpidas y utilizó los arrestos del Watergate para conseguir dinero. Primero fueron cien mil dólares y después volvió para pedir más.

Una atmósfera irreal en torno a la Casa Blanca... Todos se daban cuenta de que era como cortarse una mano y tratar de seguir riendo y metiéndose en el asunto. El Presidente había tenido una «peligrosa» depresión.

Bernstein estaba sentado junto a la mesa fumándose un cigarrillo. Aquella semana, una de sus fuentes del Departamento de Justicia le había dicho que tuvieran cuidado con la «vigilancia». Él y Woodward se hicieron señas de que les convenía salir fuera del apartamento y dar un paseo. En el *hall* de la casa de Woodward se detuvieron un momento y decidieron que era mejor que se lo comunicaran a alguien.

¿A quién?, preguntó Woodward.

Bernstein dijo que lo mejor que podían hacer era dirigirse directamente a Bradlee. En ese instante. Eran las 2 de la madrugada.

Subieron al coche de Woodward. Decidieron no hablar tampoco en el coche. A unas cuantas manzanas de distancia de la casa de Bradlee le llamaron desde un teléfono público. Dice que subamos, informó Bernstein.

Los reporteros jamás habían estado en casa de Bradlee y se preguntaban cómo viviría su jefe. Las luces de las farolas de la calle creaban una atmósfera de semipenumbra. Cuando se aproximaban al porche de la casa un perro comenzó a ladrar. La silueta de un hombre se destacó en la oscuridad del *hall*. Era Bradlee, con el pelo alisado y los ojos y la voz cargados de sueño.

—¡Pasad, por favor! —les dijo el director del *Post*. Una sala de estar confortable

con muchos libros y antigüedades rústicas.

Woodward pasó al jefe una copia del memorándum que había redactado poco antes en su casa. Bradlee empezó a leer y, de inmediato, quiso hacer algunas preguntas. Los dos reporteros le rogaron que siguiera leyendo primero.

Bradlee lo hizo así y cuando terminó se les quedó mirando.

—Salgamos fuera —sugirió Bernstein.

Bradlee dirigió una mirada divertida en torno a su sala de estar, después se levantó y se dirigió a la puerta principal. Los tres se colocaron en el centro del pequeño patio anterior, al aire libre. Hacía mucho frío. Ninguno de ellos se había puesto abrigo o jersey.

Bradlee dijo con un tono irónico que no era muy probable que su patio también estuviera lleno de micrófonos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Bernstein dijo que lo mejor era movilizar un buen equipo de reporteros para comprobar cada uno de los apartados del memorándum. Woodward sugirió que el *Post* contratara los servicios de un detective privado para que los ayudara. Se pasaron media hora en el patio, a la intemperie, moviéndose de continuo para entrar en calor, revisando las declaraciones de «Garganta Profunda». Bradlee dijo que jamás en su vida había visto nada semejante. Escéptico, pero conmovido, dijo que el problema había dejado ya de ser una cuestión periodística. Mencionó algo sobre el estado y el futuro del país. Dijo que al día siguiente convocaría una reunión de los redactores jefes y reporteros relacionados con el caso.

Por una vez Bradlee no dio muestra de su acostumbrada impaciencia. Fue él quien prolongó la discusión, repitiendo las cosas y haciendo que los dos reporteros las repitieran.

—Está bien —dijo finalmente mirando a Woodward.

Los dos periodistas dejaron la casa de su jefe a las cuatro de la madrugada.

A la mañana siguiente, en la redacción, pasaron copias del memorándum a Simons, Rosenfeld y Sussman, haciendo señas de que no discutieran sobre ello en la redacción.

Poco antes del mediodía, Bradlee convocó la anunciada reunión en el jardín de la terraza superior del *Post*, fuera del despacho de la señora Graham. Estaban presentes Bradlee, Simons, Rosenfeld, Sussman, el redactor jefe de la sección nacional Richard Harwood, Bernstein y Woodward. Tomaron asiento en torno a una mesa de jardín de hierro forjado bajo una gran sombrilla. Harwood dijo que la historia le parecía increíble. Su observación y sus preguntas indicaban su preocupación de que todo ese asunto del Watergate estuviera llevando al *Post* al borde de la fantasía.

Bradlee dijo que no estaba interesado en discutir la lógica del asunto.

—Ya vimos muchas cosas ilógicas el año pasado —dijo. Añadió que lo que le importaba era hallar lo que había de verdad en la advertencia.

La reunión terminó sin llegar a ninguna conclusión. Bernstein y Woodward tenían una cita para almorzar con uno de los colaboradores de Dean que creía podía saber algo de la información recibida. Se encontraron con él en un restaurante un poco alejado de la ciudad, y durante el almuerzo, abundante y tranquilo, el «colaborador» confirmó la mayor parte de los puntos especificados en el memorándum de «Garganta Profunda».

De acuerdo con las notas que tomaron del cambio de impresiones, la fuente dijo: «No creo que RMN (Nixon) usara la palabra “cárcel” cuando amenazó a Dean si hablaba de los asuntos de la seguridad nacional», pero confirmó que, efectivamente, la conversación se celebró y el Presidente le hizo ver claro «en los términos más fuertes» que no le apoyaría si Dean descubría las actividades secretas. Dean se sintió muy conmovido después de esa reunión...

Confirmó, también, que Dean creía que el senador Baker estaba en el asunto y ayudaba a la Casa Blanca y que Hunt estaba haciendo chantaje a la Casa Blanca.

—Fue en febrero cuando RMN comenzó a tratar directamente con Dean. Para aquel entonces, el esquema del chantaje ya había entrado en acción y el juego se iba haciendo cada vez más fuerte. En una de las reuniones RMN le preguntó a Dean cuánto estimaba que costaría el comprar el silencio. Dean dijo que un millón de dólares y el Presidente respondió que podría conseguirse, que no habría el menor problema en lo que al dinero se refería... pero no creía que ya se hubiera entregado tanto dinero y que el millón tenía que servir para cubrir todo el asunto.

Bradlee convocó otra reunión que tuvo lugar en un salón vacío, en la parte antigua y reconstruida del edificio del *Post*. El mismo grupo que asistió a la reunión anterior se reunió tras una mampara de cristal que los separaba de la sección de Estilo del periódico.

Los directores y los periodistas se pasearon de un lado a otro mientras Bernstein y Woodward les contaban lo que habían sabido de su confidente durante el almuerzo. Era una prueba concreta de que el Presidente estaba enterado del encubrimiento y había participado voluntariamente en él.

Harwood dio gas. Pensaba que la historia era importante y debía ser publicada. Bradlee y Simons estaban nerviosos.

—Era algo nuevo para nosotros —aclararía posteriormente Simons—. Se nos había dicho que nuestra redacción estaba siendo sometida a vigilancia y escucha electrónica clandestina, que nuestras vidas podían estar en peligro. Alguien, que estaba dispuesto a ir tan lejos, tampoco vacilaría en tendernos la trampa de darnos informes falsos para hacernos publicar un reportaje comprometedor que nos hundiera a todos. Había que tener cuidado con resbalar.

Tuvieron que pasar dos semanas para que Bernstein y Woodward pudieran escribir su reportaje sobre las acusaciones de Dean, referentes a la intervención del Presidente en la discusión de las costas estimadas, un millón, para pagar el encubrimiento; y otras dos semanas para confirmar y escribir el reportaje en el que

decían que Hunt había estado haciendo chantaje a la Casa Blanca. Pero en los meses siguientes, casi todos los apartados que componían el memorándum de «Garganta Profunda» aparecieron al público como resultado del trabajo de las organizaciones de información: Prensa, Radio, TV., el Comité del Senado y las propias declaraciones de la Casa Blanca.

Durante varios días, después de la reunión de Woodward con «Garganta Profunda», Bernstein y Woodward anduvieron con pies de plomo. Cambiaron impresiones en la calle, se pasaban notas cuando estaban en la redacción, evitaban hablar por teléfono. Pero todo aquello les pareció un poco tonto y melodramático y pronto volvieron a sus hábitos de rutina. No encontraron nunca la menor prueba de que sus teléfonos estuvieran intervenidos ni de que la vida de nadie estuviese en peligro.

En el juicio, en enero, el Departamento de Justicia negó que funcionarios de tan poca categoría como Gordon Liddy pudieran haber estado moviendo otras fuerzas tras la conspiración del caso Watergate. El primer indicio de que la justicia estaba tomando en consideración la intervención del Presidente lo tuvieron en el curso de un almuerzo con un alto funcionario de dicho departamento en mayo.

Durante la semana que precedió a la declaración del Presidente de 17 de abril, este funcionario había dicho a Bernstein que los fiscales habían informado al Ministro de Justicia, Petersen, de que estaban en vísperas de procesar a varios de los más íntimos colaboradores del Presidente, algunos ya dimitidos y otros todavía en activo. La fiscalía insistió en que el Presidente fuera informado personalmente de los probables procesos futuros. Petersen lo hizo así. Los fiscales habían esperado que el Presidente anunciara de inmediato la destitución de Haldeman y Ehrlichman. Pero en vez de hacerlo así, aún se resistió casi dos semanas. Esperaron que el Presidente ordenara a los miembros de su equipo que colaboraran, pero esa orden jamás se dio. Los fiscales se quedaron definitivamente confusos y molestos por la actitud del Presidente.

A fines de mayo, Bernstein habló de esto por teléfono con otro de los fiscales del Departamento de Justicia. Había decidido que el mejor modo de conseguir que éste hablara era decirle que el Departamento se estaba dejando llevar en la investigación sin profundizar en ella. ¿Por qué no hacía nada con respecto a las alegaciones contra el Presidente?

—¿Qué le hace suponer que no lo estamos haciendo? —le replicó el abogado irritado.

—Sabemos que su teoría sobre el caso es que se trata de una conspiración limitada que termina en Haldeman —dijo Bernstein.

—Me acaba de demostrar que no sabe nada —dijo el fiscal. Hizo una pausa y después continuó—: *Si está usted tomando notas sepa que no me estoy decantando en*

un sentido o en otro.

—Entonces, ¿están ustedes investigando al Presidente?

—*¡Vamos, hombre...! No esperará conseguir que le de una respuesta a esa pregunta.*

Bernstein le relacionó algunas de las pruebas que parecían existir contra el Presidente.

—*No sabe de lo que está hablando* —dijo el abogado con tono de impaciencia—. *La evidencia no tiene nada que ver con este asunto. Hable con un abogado, o con varios. ¿Qué dice la Constitución con respecto al Presidente? Piense sobre ello. ¿Puede ser procesado? ¿Incluso suponiendo que uno pudiera presentar contra él un caso que probara que era culpable de obstrucción a la justicia?*

Bernstein le preguntó por qué los fiscales no querían llevar al presidente a declarar ante el Gran Jurado.

—*¿Quién dice que no lo harán?*

—*No lo habéis hecho* —dijo Bernstein.

—*Hable con algunos abogados* —le dijo el fiscal disgustado.

Bernstein lo hizo y cuando terminó su conversación comprendió lo que había sucedido. La cuestión de la implicación del Presidente se había discutido con cierta intensidad por parte de la justicia. Los fiscales, estudiando el problema, habían llegado a la conclusión de que la Constitución no permitía el procesamiento de un Presidente en funciones. Y sí el Presidente no podía ser encausado, no se le podía citar ante el Gran Jurado.

Bernstein se dirigió a una fuente informativa bien situada que le dijo:

—No se trata de una bomba de relojería que pueda explotar en un momento determinado. Hay ciertos indicios, unas pruebas no substanciales que ponen sobre el tapete la cuestión de una posible intervención directa del Presidente.

Bernstein sugirió a otro abogado que si esas mismas pruebas en vez de referirse al Presidente se hubiesen referido a cualquier otra persona, ésta hubiera sido citada ante el Gran Jurado. El abogado dijo que, en efecto, hubiera sido así.

Estudiando la guía telefónica del Departamento de Justicia, Woodward halló el teléfono de un abogado de la División Penal que le dijo:

—*La investigación del caso Watergate nos ha llevado a topar con la Constitución. Tenemos que estudiar la cuestión de cómo puede ser sometido a investigación el Presidente de la nación.*

Bernstein volvió a llamar al enfadado fiscal, que fue el primero en sugerir la existencia de un problema constitucional.

—*Desde luego, el Presidente no puede ser citado* —admitió—. *Aunque, desde luego, su citación podría justificarse.*

Añadió que ése era también el punto de vista de los demás fiscales.

El reportaje se tituló: **Los fiscales afirman que el interrogatorio de Nixon podría estar justificado.** La Casa Blanca se sintió ultrajada. Ziegler dijo que el Presidente no testificaría ante el Gran Jurado o el Comité del Senado porque

«resultaría inapropiado de acuerdo con la Constitución» y «violaría la separación de poderes». El reportaje del *Post*, añadió Ziegler, relata un «sorprendente e irresponsable abuso de autoridad por parte de los fiscales federales. De acuerdo con la Ley, la actuación del Gran Jurado es secreta».

La Casa Blanca ordenó al Fiscal General Richardson y al profesor de Harvard, Archibald Cox, que había sido nombrado fiscal especial en mayo, que buscara las fuentes de las que había partido la información en que se basó el reportaje de Bernstein y Woodward. Pero si se abrió alguna investigación al respecto, las fuentes no se hallaron.

Un día de la primera semana de junio, Bernstein habló con un informador al que no había llamado desde hacía varias semanas. Le preguntó si había habido otros allanamientos e instalaciones de sistemas de escucha.

—*Se propuso uno... pero no creo que se llevara nunca a cabo. Contra la «Brookings Institution».* John Dean lo rechazó.

Bernstein llamó al colaborador de Dean.

—*No estoy seguro de que le hayan pasado la información apropiada, amigo* —le dijo—. *Alguien se ha engañado a sí mismo. Chuck Colson quería provocar un incendio.*

Tal vez la mente de Bernstein estaba trabajando demasiado de prisa. ¿Deseaba Colson incendiar algo?

—*Puedes decirlo.*

No pudo tratarse de nada demasiado serio, dijo Bernstein.

—*Lo suficiente como para que John Caulfield se fuera a toda prisa del despacho de Colson lleno de pánico. Se dirigió de inmediato a ver a John Dean y le dijo que no quería volver a ver ni hablar en su vida con Colson porque el tipo estaba loco. Y creía que John debía hacer algo para pararlo antes de que fuera demasiado tarde. John tomó el primer vuelo oficial a San Clemente para ver a Ehrlichman. Figúrese si sería una cosa seria.*

¿Por qué a Ehrlichman?

—Porque él era el único con suficiente influencia para parar el asunto. Y Ehrlichman no se mostró demasiado contento de ver a Dean. Se suponía que Dean no se debía enterar del asunto. Pero puesto que había hecho el vuelo hasta allí para llegar a un acuerdo, «E» no tenía más remedio que escucharlo. John estaba presente en el despacho mientras Ehrlichman hablaba por teléfono con Colson. Mientras estuvo hablando no hacía más que mirar a Dean con una expresión que indicaba claramente que lo consideraba como un traidor.

El colaborador de Dean explicó a Bernstein cuáles eran los objetivos de aquella operación: Morton Halperin, el amigo de Daniel Ellsberg, cuyo teléfono se encontraba entre los controlados durante la «operación Kissinger», era sospechoso de poseer algunos documentos clasificados como alto secreto, que se llevó cuando dejó el equipo de Kissinger para pasar a la «Brookings Institution» (un centro para el

estudio de cuestiones relacionadas con la política pública). La Casa Blanca deseaba recuperar esos documentos y como el sistema de seguridad de la institución era demasiado bueno para poderse arriesgar a un allanamiento simple, se pensó en algo especial: provocar un incendio que diera pretexto para entrar en el despacho de Halperin.

Bernstein localizó a alguien que había oído la misma historia de labios de Caulfield.

—*No un simple incendio. Una bomba incendiaria* —le dijo el hombre—. *Eso fue lo que Colson creía que daría el pretexto para entrar en el despacho y buscar los documentos. Caulfield añadió que «las cosas van demasiado lejos» y que, por esta razón, jamás en su vida quería volver a tener nada que ver con Colson.*

Añadió también que, tanto Dean como Caulfield, habían contado la historia a los investigadores.

Woodward tenía miedo de que aquello fuese una trampa para hacerles escribir algo falso.

Bernstein, de nuevo, comprobó el relato con sus fuentes y con los investigadores. Absolutamente cierto. Querían provocar un incendio con una bomba.

Woodward llamó a Colson.

—No hay nada de eso —le dijo Colson—. Se trata de una equivocación... No se trataba de la «Brookings», sino del *Washington Post*. Les dije que alquilaran un *bazooka* y fueran al *Post* y derrumbaran el edificio. Y también el del *Newsweek*.

Woodward le dijo que hablaba en serio, que la acusación era mortalmente seria y no una broma.

—*Se trataba del Washington Post, ya se lo estoy diciendo. Di la orden explícita de derrumbar el Washington Post* —respondió Colson sin perder su tono de ironía y firmeza—. *Quería que se demoliera el Washington Post.*

Woodward dijo que no dudaba de que le hubiera gustado mucho poderlo hacer, pero que la acusación sobre el intento de un incendio en la «Brookings Institution» se publicaría.

—*Hablando en serio y explícitamente* —replicó Colson— *todo eso no es más que un gran montón de estiércol. Niego en absoluto haber hecho tal declaración o sugerencia. Es infame. El relato que me ha contado es un vuelo de la fantasía, se escapa de los límites del espacio... Esta vez han ido demasiado lejos.*

Colson volvió a llamar a Woodward varias horas después.

—¿Habla en serio sobre esa historia que contó antes?

Woodward le dijo que sí.

El tono de Colson se alteró.

—*Los fiscales federales me preguntaron sobre este asunto. Me parecía recordar que hubo una discusión sobre cómo recuperar algunos documentos clasificados de alto*

secreto... Existe la posibilidad de que dijera algo así... Es característico de mi forma de ser... pero jamás lo hice y, desde luego, nunca llegué a pensar en serio en algo semejante.

El reportaje con la historia se publicó el 9 de junio.

Aproximadamente una semana después, John Dean testificó ante el Comité del Senado. Woodward estaba hablando de Howard Hunt con uno de los abogados del senado. Éste le dijo que Hunt aún mantenía la clave de otras operaciones ilegales. Hunt fue llevado de la cárcel al Capitolio para un largo interrogatorio. Y reveló ciertas instrucciones que dijo haber recibido de Colson una hora después de que el gobernador Wallace de Alabama fuera herido en el atentado.

—Hunt dijo que Colson quería que emprendiera el vuelo de inmediato para Milwaukee, que entrara en el apartamento de Arthur Bremer —dijo el abogado— y que sacara de allí y entregara cuanto encontrara y pudiera relacionar el atentado con un movimiento extremista de izquierdas, o a Bremer con estas ideas.

Wallace fue herido a tiros por Bremer en un centro de compras de Maryland, el 15 de mayo de 1972 a eso de las 4 de la tarde. A las 6:30, un redactor del *Post* recibía el nombre del que había intentado el asesinato por boca de Ken Clawson, ya funcionario de la Casa Blanca. Clawson dijo que de la literatura hallada en el apartamento de Bremer en Milwaukee, se desprendía que el asesino estaba en conexión con los izquierdistas y, posiblemente, con la campaña del senador George S. McGovern. Woodward estuvo trabajando sobre el asunto y rechazó la idea. Realmente en el apartamento se había hallado propaganda izquierdista, pero también derechista. Varios reporteros de Milwaukee le habían dicho que se les permitió la entrada en el apartamento de Bremer durante un período de 90 minutos, inmediatamente después del intento de asesinato en Maryland. Muchos periodistas se llevaron papeles y otros efectos. Dos reporteros de un periódico de Milwaukee dijeron a Woodward que ellos habían entrado en el apartamento después de que los agentes del FBI estuvieran allí y se marcharan. Hora y media más tarde, los agentes volvieron y sellaron judicialmente el apartamento. El FBI jamás dio una explicación por haber permitido el saqueo de las posesiones de Bremer.

Volviendo a 1972, antes del primer juicio del caso Watergate, Howard Simons citó a Bernstein, Woodward y a algunos de los redactores jefes, en su despacho.

—¿Sabéis...? Hay una cosa sobre la que tenemos que pensar —les dijo—. El truco más sucio de todos.

Bernstein y Woodward se lo habían mencionado mutuamente más de una vez. Woodward había recibido una llamada anónima en la que se le dijo que uno de los sospechosos del Watergate había ido a Milwaukee para encontrarse con Arthur Bremer. Y que se rumoreaba que Bremer llevaba un buen montón de billetes de cien dólares cuando atentó contra Wallace. Simons deseaba que se comprobaran estos rumores.

Woodward y Bernstein se habían mostrado escépticos y Simons estuvo de

acuerdo con ellos. Pero, como subrayó, ya había ocurrido más de una cosa que parecía inimaginable. Los reporteros jamás encontraron prueba alguna que estableciera conexión entre Bremer y los acusados del caso Watergate. Meses después, un reportero del *Post* fue enviado a Milwaukee pero igualmente regresó sin nada.

Ahora se le decía a Woodward que Colson había ordenado a Hunt que entrara a la fuerza en el apartamento de Bremer. A la mañana siguiente llamó al abogado de Hunt, William O. Bittman.

—*No hay la menor duda de que se ha testimoniado algo así* —dijo Bittman—. *Colson le pidió a Hunt que fuese a Milwaukee y entrara en el apartamento de Bremer... No tengo idea exacta de las razones por las que debían de hacerlo. No recuerdo que se pronunciara la palabra «allanamiento».*

Por la tarde, a eso de las cuatro (19 de junio de 1973), Woodward se dirigió al bufete de Colson para ver a David Shapiro, compañero de Colson en la empresa y su consejero jefe legal en el caso Watergate. La nueva firma legal Colson y Shapiro tenía sus oficinas en un edificio moderno, a pocas manzanas de la Casa Blanca. Shapiro saludó a Woodward con mucha cordialidad, le ofreció su mano, gruesa, de dedos cortos, y un cómodo sillón de cuero beige. Resultaba ridículo, dijo Shapiro, pensar siquiera que Colson fuera a hacer una locura así. Shapiro le presentó a un joven abogado, con gafas, llamado Judah Best^[76].

Éste le dijo que sería poco noble escribir un reportaje en el que simplemente se mencionara una acusación como ésa. Moviendo las manos continuamente, Best gesticulaba y hacía muecas mientras mantenía que Howard Hunt estaba actuando bajo presiones y que por lo tanto su actitud era claramente comprensible. Shapiro y Best «trabajaron» a Woodward durante 45 minutos, intentando poner la semilla de la duda en su mente. Después Shapiro se dirigió a su mesa, tomó el teléfono y dio instrucciones a su secretaria para que le dijera «a él» que viniera. Al poco rato se abrió la puerta y entró Colson, vestido con unos pantalones azules a rayas, camisa azul oscura y corbata de lunares. Su aspecto era cansado y dolorido. Tenía una gran barriga. Estrechó la mano de Woodward. Apenas si dijo nada y se limitó a mirar fijamente al reportero.

—*Usted no puede hacerle una cosa así a este hombre* —dijo Shapiro de pie detrás de su mesa. Colson no dijo nada. Daba la impresión de que iba a echarse a llorar. No quedaba nada de sus maneras arrogantes—. *Si lo hace así, lo destruirá.*

Woodward dijo que no era su intención destruir a nadie.

—*Vamos, vamos, puede usted admitirlo* —dijo Shapiro.

Los abogados argüyeron que hubiera sido ilógico que Colson ordenara a Hunt allanar el apartamento de Bremer, porque Colson había estado aquella noche en contacto directo con el FBI, pidiéndole que se apresurara en su investigación.

—*¿Hubiera sido lógico, por mi parte, empujar al FBI y al mismo tiempo ordenar a Hunt*

que se fuera a Milwaukee? —preguntó Colson.

Woodward suponía que en alguna parte había un magnetófono funcionando y por lo tanto elegía cada palabra cuidadosamente. Observó que el caso Watergate estaba lleno hasta rebosar de cosas ilógicas.

—*La acusación es absolutamente falsa y así lo declararé bajo juramento* —dijo Colson.

Colson parecía ofendido porque Woodward se negaba a aceptar sus alegatos como prueba definitiva.

Woodward tomó nota textual, en su agenda, de la negativa de Colson.

Seguidamente Shapiro le mostró copias de un informe de la prueba del detector de mentiras al que voluntariamente se había sometido Colson y que lo libraba de complicidad en el allanamiento del Watergate. Igualmente le entregó a Woodward un «Memorándum para los archivos», fechado el 20 de junio de 1972, día en que el *Post* había identificado a Hunt como uno de los sospechosos. Ese tipo de documentos se suele llamar vulgarmente «memorándums para limpiarse el culo». Él que recibió Woodward llevaba el título: «*Howard Hunt*» y decía en parte: «*Hablé con él (con Hunt) por teléfono la noche en que el senador Wallace resultó herido en el atentado, simplemente para preguntarle cuál era la impresión que tenía sobre la causa del asesinato frustrado. A Hunt se le reconocía como una especie de experto en guerra psicológica y sus motivaciones desde que trabajó en la CIA*». Para cubrirse de cualquier posibilidad, Colson había anotado: «*No estoy del todo seguro de que mi memoria sea totalmente fidedigna*».

Shapiro le entregó otros dos memorándums que no tenían nada que ver con la historia que relacionaba a Colson-Hunt y Bremer. Uno de ellos estaba fechado el 11 de octubre de 1972, el día después de que Bernstein y Woodward publicaran su reportaje más importante sobre la existencia de sabotaje y espionaje políticos. El memorándum había sido redactado por Ken Clawson y dirigido a Colson. Al referirse a la mención de su nombre en conexión con la «Carta Canuck» supuestamente de Muskie, Clawson decía que utilizaría toda la segunda presidencia de Nixon «*para hacerle pagar esto al Washington Post*». El otro memorándum indicaba que Haldeman había tratado de culpar a Colson, no a Clawson, de ser autor de la citada carta.

Woodward pidió copias de los dos memorándums, relacionados con la «Carta Canuck».

Hubo un largo silencio.

Woodward repitió la petición.

Otro silencio. Después, uno de los abogados dijo algo como que podría estar en condiciones de trabajar el asunto y que Woodward podría tener copia de los memorándums en un futuro próximo.

¿Le estaban proponiendo un trato? No se había dicho, pero la sugerencia estaba en el aire. ¿Qué pasaría si Woodward decía que publicaría el reportaje con las alegaciones del caso Bremer? ¿Diría alguno de los abogados que podrían dejarle las

copias de los memorándums? Tal vez Woodward estaba escuchando porque estaba seguro de que éste era el modo en que Colson realizaba sus negocios. Woodward quería rechazar toda sugestión. Dijo que todo aquello sonaba como si se le estuviera ofreciendo algo, pero que no sabía lo que era.

Los tres hablaron al mismo tiempo. Naturalmente que no habían pensado en nada semejante. Jamás harían una cosa semejante, era un insulto pensar algo así, imaginarlo siquiera.

Woodward vio cómo operaban. Si él no hubiera estado esperando oírlo, no se hubiera dado cuenta de que se le estaba ofreciendo un trato. Ése es el modo como se trabajan los cohechos, los sobornos, pensó Woodward, de modo que sólo captan la idea aquellos que están deseando oírlos. Él no podía someter la situación a prueba. Si diera un paso hacia un trato con ellos, acabarían por destruirle.

Shapiro y Colson siguieron hablando con Woodward. Éste era el precio que había que pagar, supuso él. Tenía que oír, tal vez había una razón, un argumento, quizá podría ser convencido. De vez en cuando planteaba una cuestión. ¿Por qué estaba usted en contacto tan frecuente con el FBI?, le preguntó a Colson.

—*El presidente estaba muy agitado y deseaba conocer el fondo político de la acción de Bremer* —dijo Colson—. *Al ser informado del atentado, el presidente se sintió enormemente deprimido y excitado e inmediatamente preocupado por la posibilidad de que el asesino pudiera haber tenido alguna relación con el Partido Republicano, o, peor todavía, con el Comité para la Reelección del Presidente.*

La reunión con Shapiro y Colson duró casi dos horas y ya no había tiempo para que su reportaje se publicara en la próxima edición. Al día siguiente, por la tarde, antes de la hora de cierre del periódico, Woodward llamó de nuevo a Shapiro y le dijo que iba a publicar el reportaje. Woodward le había prometido que le informaría.

Por la noche, ya tarde, Colson llamó a Bernstein para protestar. La acusación era «*injuriosa en extremo*», insistió, y añadió que no había creído «*que pudiera hacerse un reportaje fundamentado sobre cada testimonio recibido por el comité del Senado*».

Bernstein le dijo que el reportaje estaba comprobado.

Aun estando comprobado, dijo Colson, no hacía más que reflejar el testimonio de Hunt. Resultaba irresponsable publicarlo porque Hunt había sido sometido a «*grandes presiones*» cuando fue interrogado por el comité del Senado.

Bernstein dijo que incluiría las observaciones de Colson en el artículo.

Colson intentó sacar provecho de lo que él llamó el gran instinto civil liberal de Bernstein, tratando de convencerle de que no publicara el artículo. Cuando Bernstein dijo «no», Colson le llamó «*hipócrita vicioso*».

Desde el 17 de junio de 1972, los reporteros habían venido archivando todas sus notas y memorándums, revisándolos periódicamente para hacer una lista de las indicaciones que no habían sido investigadas a fondo. Muchos de los inscritos en la

lista eran nombres de miembros del CRP o de la Casa Blanca, que los reporteros pensaban que tal vez estaban en posesión de información útil. Para el 17 de mayo, 1973, cuando se abrió la audiencia del Senado, Bernstein y Woodward se habían vuelto un tanto perezosos. Sus visitas nocturnas se fueron haciendo cada vez menos numerosas y se limitaron a los miembros del comité del Senado, investigadores y abogados, que resultaban de más fácil acceso. Había, sin embargo, un nombre que no habían comprobado y que estaba en la lista de ambos: el ayudante presidencial Alexander P. Butterfield. Tanto «Garganta Profunda» como Hugh Sloan le habían mencionado y Sloan había dicho, como de pasada, que estaba al cargo de la «seguridad interna». En enero Woodward había ido a visitar a Butterfield a su casa, en Virginia, pero nadie abrió cuando llamó a la puerta.

En mayo, Woodward le preguntó a un miembro del comité del Senado si se había interrogado a Butterfield.

—No —fue la respuesta—. *Estamos demasiado ocupados.*

Algunas semanas más tarde le preguntó a otro miembro del comité si sabía por qué los deberes de Butterfield en el departamento de Haldeman estaban definidos como «seguridad interna».

Este miembro del equipo del comité senatorial dijo que el Comité no lo sabía y que tal vez sería una buena idea interrogar a Butterfield. Le preguntaría a Sam Dash, el consejero jefe del Comité. Dash planteó la cuestión. El miembro del comité le dijo a Woodward que presionaría otra vez a Dash. Finalmente dio su conformidad a un interrogatorio de Butterfield para el viernes 13 de julio de 1973.

El sábado 14 Woodward recibió una llamada telefónica en su casa, procedente de uno de los miembros de alta categoría del equipo investigador del Comité.

—*Felicidades —dijo—. Hemos interrogado a Butterfield. Nos ha contado toda la historia.*

¿Qué era toda la historia?

—*El propio Nixon estaba sometido a escucha electrónica.*

Le contó a Woodward que sólo algunos miembros jóvenes del equipo investigador habían estado presentes en la entrevista. Alguien leyó un resumen de la declaración de John Dean en su reunión con el presidente del 15 de abril.

«*Lo más interesante de todo lo sucedido en el transcurso de la conversación, ocurrió casi al final*», había dicho Dean. «*Nixon se levantó de su sillón, se puso detrás de su silla en un rincón de la oficina del Edificio del Ejecutivo, y en un tono apenas audible me dijo que probablemente había hecho una tontería al discutir el asunto de la clemencia de Hunt con Colson. Dean pensó, en su interior, que era posible que también hubiera aparatos de escucha en esa habitación*».

Butterfield fue un testigo difícil. Hablaba de mala gana. Dijo que sabía que ésa era una cosa que probablemente el presidente jamás hubiera revelado. Los interrogadores presionaron... Y así fue saliendo un relato que causaría mayor conmoción que cualquier otro en el universo presidencial.

La existencia de un sistema de escucha que recogía las conversaciones del Presidente, era algo que sólo debía conocer el propio presidente, Haldeman, Larry Higby, Alexander Haig, Butterfield y los pocos agentes del servicio secreto que lo manejaban. De momento la información no podía utilizarse oficialmente.

Los reporteros se sintieron preocupados por esa instalación de la Casa Blanca. Un sistema de grabación podía ser manipulado, razonaron, y el Presidente podía prefabricar cintas que lo exculparan a él y a sus hombres. O sabiendo, como sabía, que el magnetófono estaba en marcha, el Presidente podía haber inducido a Dean, o a cualquier otro, a decir cosas que resultaran incriminatorias para él y, después, fingir ignorancia. Así que decidieron no meterse con el asunto de momento.

Toda la noche del sábado Woodward estuvo rumiando el asunto. Butterfield había dicho que incluso Kissinger y Ehrlichman ignoraban la existencia de ese sistema de escucha. El comité del senado y el fiscal especial, ciertamente, tenían que obtener las cintas, quizá incluso podrían dictar una orden judicial de embargo.

Woodward reflexionó sobre el hecho de que Kissinger no supiera que el despacho del Presidente estaba sometido a escucha electrónica. Y pensaba: Kissinger lo conocía *casi* todo y no le gustaría nada la idea de un sistema secreto de grabación que repitiera en el aire y conservara sus sobrias palabras y consejos, tanto si eran para la posteridad como para el Gran Jurado. ¿Qué pensarían los líderes extranjeros al enterarse de la existencia de estos micrófonos ocultos? Woodward vio lo divertido que resultaba saber algo que Kissinger ignoraba. Ziegler, aparentemente, también estaba en las tinieblas.

Woodward llamó a Bradlee. Eran las nueve de la noche y la voz de Bradlee sonaba como si acabara de despertarse. Woodward le hizo un resumen de lo que Butterfield había declarado. A medida que iba leyendo su voz se le entrecortó varias veces. Tal vez estaba reaccionando con excesiva emoción. Bradlee siguió en silencio.

—Sólo deseaba que lo supiera porque me ha parecido importante —dijo Woodward—. Trabajaremos en eso si lo desea.

—Bien, la verdad es que no lo sé —dijo Bradlee con ligera irritación.

—¿Cómo calificaría usted el reportaje?

—Con simple aprobado —respondió Bradlee rápidamente.

«Aprobado...», pensó Woodward, bueno, no es mucho.

—Mira a ver si encuentras más detalles, pero no te compliques demasiado.

Woodward se excusó por haberle llamado en sábado por la noche.

—No te preocupes por eso. No es problema —dijo Bradlee amistosamente—. Siempre me alegra saber cómo van las cosas.

Colgó el teléfono. Woodward llegó a la conclusión de que había estado demasiado ansioso.

El Comité del Senado actuó rápidamente. El lunes, en la red nacional de la

televisión, Butterfield, a disgusto, contó la historia completa de las cintas delante del Comité del Senado... ¡y de toda la nación!

—¡De acuerdo —dijo Bradlee la mañana siguiente—, el reportaje merece mucho más que un simple aprobado!

En la primera semana de noviembre, Woodward cambió de sitio la maceta y se dirigió por la noche al garaje. Dos semanas antes, el Presidente había despedido al fiscal especial del Watergate, Archibald Cox, que había ordenado el embargo judicial de nueve cintas magnetofónicas presidenciales. El Fiscal General Elliot Richardson y William Ruckelshaus, su secretario, habían dimitido. En el círculo más íntimo de la Casa Blanca, los ayudantes más allegados al Presidente decían que el fiscal especial había sido despedido de su cargo porque el Presidente temía que, de seguir en él, hubiera intentado procesarlo. Después de la marcha de Cox, el Presidente se doblegó ante la opinión pública y a una orden judicial y entregó siete de las cintas. Las otras dos no habían existido nunca.

«Garganta Profunda» le dio un mensaje breve y simple: una o varias de las cintas contenían enmiendas intencionadas.

Bernstein comenzó a llamar a sus fuentes de la Casa Blanca. Cuatro de ellas dijeron que sabían que las cintas eran de poca calidad y que había pausas y fallos en las conversaciones grabadas. Pero no sabían si esos fallos se debían a que habían sido borradas intencionadamente. Ron Ziegler le dijo a Bernstein que no había lapsus ni borraduras en las cintas. Un reportaje que afirmara lo contrario estaría equivocado. Bernstein le dijo que no publicaría el reportaje si Ziegler le prometía, por su honor, que estaba absolutamente seguro de ello.

—*Estamos tratando de hechos, no de honor* —le respondió Ziegler.

El artículo, pues, citó anónimamente la observación de «Garganta Profunda» de que en las cintas había fallos de «naturaleza sospechosa», que «podían llevar a cualquiera a la conclusión de que las cintas habían sido manipuladas».

Por la tarde del 21 de noviembre, Ziegler telefoneó a Woodward. Los abogados del Presidente habían advertido al juez Sirica que una de las cintas tenía un espacio sin grabar de 18,5 minutos.

—*Le doy a usted mi palabra de que no sabía nada de eso cuando mantuvimos la conversación anterior.*

Woodward y Bernstein lo creyeron. Sabían, por informaciones procedentes de muchas fuentes, que el Presidente se había venido negando durante meses a dejar que los ayudantes de la Casa Blanca oyeran todas las cintas... aun cuando afirmaba que su reproducción total no haría más que reivindicar su inocencia.

Richard Nixon lo estaba demostrando claramente a sus subordinados: se había convertido en un prisionero en su propia casa, desconfiado, actuando siempre en secreto, sin fiarse ni siquiera de aquéllos que intentaban defender su causa, combativo. Sufría de insomnio. Uno de los hombres más próximos al Presidente durante todo el tiempo que ocupaba la presidencia, le dijo a Woodward descorazonado:

—Las dos únicas personas con las que habla cándidamente del caso Watergate

son Bebe Rebozo y Bob Abplanalp.

(Se trataba de dos hombres de negocios, millonarios, y amigos personales suyos desde hacía mucho tiempo).

En Disneyworld, Florida, el presidente dijo ante una audiencia de redactores de la televisión nacional:

No soy un bribón.

Él 28 de diciembre, el general Alexander Haig, jefe de la Casa Militar de la Casa Blanca, se puso en contacto telefónico con Katharine Graham, cuando ésta se hallaba en un restaurante de Washington. La llamaba desde San Clemente para cambiar impresiones sobre dos de los reportajes publicados en la primera página de su periódico. El primero decía que la «Operación Candor», el nombre que el Presidente había dado a su propia campaña de defensa, había sido anulada y que dos de los consejeros más fieles del Presidente, que habían mantenido su inocencia contra viento y marea, ya no estaban tan convencidos de ella. El segundo artículo decía que los abogados del Presidente habían facilitado a los defensores de H. R. Haldeman y John Ehrlichman copias de documentos y de otras pruebas que la Casa Blanca entregaba también a la oficina del Fiscal Especial del caso Watergate.

Haig definió esos reportajes como provocadores y acusó al *Post* de «*hacer un mal servicio*» a la nación y apelaba a la señora Graham para que detuviera la publicación de tales relatos.

El propio Haig, los reporteros se enteraron pronto de ello, había empezado ya a dudar de lo adecuado de la conducta del Presidente. Durante más de seis meses, él y Henry Kissinger le habían pedido con urgencia que cortara sus lazos con los tres exayudantes que habían estado tan próximos a él y que en esos momentos se habían convertido en los objetivos primordiales de la investigación del fiscal especial: Haldeman, Ehrlichman y Colson.

En vez de hacerlo así, el Presidente había edificado su defensa legal en concierto con la de los tres y había continuado viéndose con ellos, hablando con ellos por teléfono. Durante el verano de 1973, Kissinger trató de persuadir al presidente de que desautorizara la publicidad de sus exayudantes y aceptara una mesurada responsabilidad en el caso Watergate. La sugerencia la rechazó Ron Ziegler de forma destemplada.

—*La contribución es pura basura, mierda de estercolero* —contestó al funcionario encargado de escribir los discursos presidenciales cuando le hizo saber la recomendación de Kissinger al Presidente.

A finales de febrero de 1974 las fuerzas de la acusación especial en el Caso Watergate habían obtenido la declaración de culpabilidad de Jeb Magruder, Bart Porter, Donald Segretti, Herbert Kalmbach, Fred LaRue, Egil Krogh y John Dean.

Ocho grandes corporaciones industriales y sus jefes habían sido declaradas culpables de haber otorgado contribuciones financieras ilegales al CRP. En Washington, Dwight Chapin era procesado por perjurio. En Nueva York, John Mitchell y Maurice Stans estaban sometidos a juicio acusados de obstrucción a la justicia y perjurio.

El 1 de marzo de 1974, el gran jurado de Washington, que había procesado a los conspiradores y asaltantes del inicial caso Watergate, por el allanamiento del Cuartel General de los Demócratas, en 1972, comunicó el mayor proceso al caso del encubrimiento del Watergate. Siete ayudantes del Presidente en la Casa Blanca y en la campaña electoral, fueron acusados de conspiración para obstruir la acción de la justicia. Los procesados fueron: Haldeman, Ehrlichman, Colson, Mitchell, Strachan, Mardian y el abogado Kenneth Parkinson^[77].

Una semana más tarde, el Gran Jurado de Washington dictó auto de procesamiento por conspiración para allanamiento de morada y la escucha electrónica clandestina del despacho del psiquiatra de Daniel Ellsberg. Los acusados fueron: Ehrlichman, Colson, Liddy y tres cubano-norteamericanos, entre ellos Bernard Barker y Eugenio Martínez, ya condenados en el caso Watergate original.

Actuando en nombre del pleno de las dos Cámaras, únicas que de acuerdo con la Constitución tienen el poder de *impeach*^[78], el Comité Judicial de la Cámara comenzó la investigación años antes para estudiar la posibilidad de emprender una acción judicial penal contra un Presidente.

El presidente del Gran Jurado del caso Watergate le entregó al juez Sirica, aparte de su orden de procesamiento contra los siete acusados, una cartera de documentos conteniendo informes sobre las pruebas subsidiarias de lo que «Garganta Profunda» y otros afirmaban que eran las bases para poder presentar un encausamiento judicial contra el presidente.

Desde el momento en que la fiscalía defendió enérgicamente la teoría de que la Constitución excluía la posibilidad de acusar a un presidente en funciones, el Gran Jurado recomendaba que esas pruebas se entregaran al Comité Judicial de las dos Cámaras.

El 30 de enero, el Presidente pronunció su mensaje anual sobre el Estado de la Unión, ante los miembros reunidos de las dos Cámaras, el Congreso y el Senado, los jueces del Tribunal Supremo, los miembros del Gobierno, demás invitados y toda la amplia audiencia de la red nacional de Televisión.

—Ya hay suficiente con un año de Watergate —declaró, al término del discurso. E imploró al país y al Congreso que pasaran a ocuparse de otros asuntos más urgentes.

A los que deben decidir si será juzgado por «altos delitos y conducta inadecuada»: la Cámara de Representantes...

Y para aquellos que deben sentarse para juzgar, en caso de que las Cámaras concedan el *impeachment*: el Senado...

Y al hombre que deberá presidir, en razón de su cargo, el juicio de *impeachment*: el magistrado del Tribunal Supremo de Justicia, juez Warren Burger...

Y a la nación...

El presidente dijo:

Quiero que sepan ustedes que no tengo la menor intención de dejar en ningún momento el cargo para el cual el pueblo norteamericano me eligió a fin de que lo desempeñara en bien del pueblo de los Estados Unidos.



«Nixon dimite»

Una ciudadana lee la edición del Washington Post correspondiente al viernes 9 de agosto de 1974



El presidente con sus hombres en 1970
De izquierda a derecha: Haldeman, Chapin y Ehrlichman
Richard Nixon de espaldas



Comparecencia de Howard Hunt

Las audiencias del Comité Watergate fueron retransmitidas por la televisión, el pueblo norteamericano las siguió con atención



John Lennon y Yoko Ono en la audiencia del 26 de junio de 1973



Conforme las investigaciones avanzaron, los hombres del presidente empezaron a culparse los unos a los otros, llegando al grado del chantaje y la extorsión

«El Watergate se destapa»
La caricatura es de Jack Davis, en la edición del 30 de abril de 1973 de la revista *Time*



«Los tres principales ayudantes de Nixon son sentenciados»

Nixon's 3 Top Aides Sentenced



Mitchell, Haldeman, Ehrlichman Face 2½ Years in Prison

Boxers on Watergate Cover-up Cases—Page 2.

WASHINGTON (AP) — Three of former President Richard M. Nixon's closest and most powerful political and administration aides were sentenced yesterday to spend at least two and one half years in prison for the Watergate cover-up conspiracy.

John H. Mitchell, H. R. Haldeman and John D. Ehrlichman stood impassively as their identical 2½-to-3-year jail terms were imposed by U.S. District Court Judge John J. Sirica.

Robert C. Mardian, a fourth defendant also convicted in the three-month-long cover-up trial, received a 10-month-to-three-year prison sentence.

Appeals to higher courts are planned by all four, who remain free under bond. Appeals are likely to take two years.

Ehrlichman, a former White House domestic affairs adviser, had asked Sirica that he be allowed to do legal work with Puerto Ricans in New York.

Drawing by Raoul Muro shows Judge Sirica as he sentenced, from left, John Mitchell, John Ehrlichman, H. R. Haldeman and Robert Mardian.

Los hombres del presidente fueron juzgados y condenados por conspiración, obstrucción de la justicia y perjurio
Pasaron entre 7 y 19 meses en prisión

Los «ladrones» que irrumpieron en las oficinas del Partido Demócrata ubicadas en el Watergate la madrugada del 17 de junio de 1972



De izquierda a derecha: James W. McCord, Virgilio González, Frank Sturgis, Eugenio Rolando Martínez y Bernard Barker
Todos fueron sentenciados a pasar 40 años en prisión aunque en realidad estuvieron entre 2 y 18 meses



Ante la posibilidad real de que el Senado votara a favor del *impeachment*, la tarde del 8 de agosto de 1974, el presidente Nixon se dirigió al pueblo norteamericano, a través de la televisión, informando que al siguiente día dejaría la presidencia



«En todas las decisiones que tomé en mi vida pública, siempre traté de hacer lo que era mejor para la Nación»



THE WHITE HOUSE
WASHINGTON

August 9, 1974

Dear Mr. Secretary:

I hereby resign the Office of President of the
United States.

Sincerely,

The Honorable Henry A. Kissinger
The Secretary of State
Washington, D. C. 20520

11.35 AM

HK

Carta de renuncia de Richard M. Nixon

Estimado Señor Secretario:

Por la presente renuncio a la Oficina de la Presidencia de los Estados Unidos.

Sinceramente,

Richard Nixon

El Washington Post



De izquierda a derecha: Katharine Graham (propietaria), Carl Bernstein, Bob Woodward (periodistas), Howard Simons (gerente) y Benjamin Bradlee (director) en tiempos del Watergate



Junio de 1974
Woodward y Bernstein presentan su libro



Detalle de la portada
de la primera edición

Con el tiempo, diversos elementos del *Washington Post* harían comentarios que llevarían a concluir que los también llamados «Woodstein» se habrían tomado «licencias literarias» en la redacción final de su libro

Algunos documentos interesantes

①

5 men
arrested
port chair
at Dow

Nat headquarters
2nd Dist. w/ apts. photo
group

Stan ~~Stacy~~ Greg

229-1408

01. 333-0133

Apuntes en el block de Woodward, cuando fue enviado a cubrir la nota de los cinco hombres arrestados por allanamiento en el Watergate, 17 de junio de 1972

El cheque
Dahlberg



6 interview with X oct 3 6

"there is a way to untie the watergate knot" ---can't give you any new names and "I won't" but everything points in direction of what called "offensive security."

***** "You don't do these 1200 interviews and not have something on your hands" it's a lot, "but please be balanced and send out men to check everything---let of it is routine."

"these not brilliant guys" and much of Rep. intelligence-gathering activities was routine stuff---see check out everyone working for candidates---some of that reports directly to Stan or someone in "that shop" ---very concerned w. fund raising, check to see if any Dems out spending money every indication show this is from talk and limited region report reading" that half of rep. security fund was an intelligence gathering for fund raising

some of this was "offensive" believe to check people out and sort of "send-back mail" to get money."

Greg has said "that Mitchell involved and knew" but a what extent he is unclear. "things got out of hand" was Felt's statement from hearing (at fig). If Felt, involved in any illegal "then only Felt, and Mitchell know that."

Mitchell conducted his invest for 10 days and "was going crazy---had guys assigned to him to help" w. Rep. invest. funds all sorts of new things. (Greg that must assigned to invest. for 7 days---then pulled off and fired (June 16) "told to pack his desk and leave town forever." by Callahan "no less a person than that."

keeps saying to check every lead " could write stories next week," or ***** well beyond that.

** four basic personnel groupings for the operation: 1. "front" 2. "back" group but stopped early---must know when but "early" 3. convention group 4. primary aides.

"the names but everyone in the book"

** have established that not one of "guys" we unearthed was free lance---this too. every one was tied in. some that operating a grand jury on "not want to be involved in watergate things."

last fucking ones should sense---be careful, be cautious. it a reference to infiltration into a *****

Notas de Woodward sobre la reunión sostenida con Mark Felt, identificado aquí como X y conocido como «Garganta Profunda», el 10 de octubre de 1972 en un estacionamiento

En ella se explica que el allanamiento del Watergate es parte de un programa «más amplio»



«Yo soy el tipo al que ellos llamaban *Garganta Profunda*»

Mark Felt, que era el segundo al mando del FBI a principios de la década de los setentas del siglo pasado, reveló a la revista *Vanity Fair* su identidad.

En la edición del 31 de mayo de 2005, 30 años después del escándalo Watergate, se develó por fin el secreto mejor guardado del periodismo norteamericano.



Bernstein, Felt y Woodward alrededor de 2005

Weather

Today: Partly sunny.
High 79, Low 60.
Thursday: Mostly cloudy,
showers. High 68, Low 50.

Details: B10

WASH. POST, June 1, 2005

The Washington Post

NORTHERN VIRGINIA FINAL

35¢

WEDNESDAY, JUNE 1, 2005

Justices Overturn Andersen Conviction

Advice to Enron Jury On Accountants' Intent Is Faulted

By CHARLES LANE
Washington Post Staff Writer

The Supreme Court overturned the 2002 criminal conviction of Enron Corp.'s accounting firm yesterday, nullifying with a single stroke one of the government's biggest victories in the corporate scandals that climaxed the bull market of the 1990s.

The court ruled unanimously that the Houston jury that found Arthur Andersen LLP guilty of obstruction of justice was given overly broad instructions by the federal judge who presided at the trial.

As a result of the faulty instructions, the justices ruled, the firm was convicted without proof that its shredding of documents was deliberately intended to undermine a looming Securities and Exchange Commission inquiry in fall 2001. U.S. District Judge Melissa Blumstein should have instructed the jury that the law required the government to prove that Andersen knew it was breaking the law, the court ruled.

"Indeed, it is striking how little culpability the [judge's] instructions required," Chief Justice William H. Rehnquist wrote in the opinion for the court. "For example, the jury was told that, even if [Andersen] honestly and sincerely believed that its conduct was lawful, you may find [it] guilty." Legal analysts said the decision was a major setback to the Justice Department's

FBI's No. 2 Was 'Deep Throat'

Mark Felt Ends 30-Year Mystery of The Post's Watergate Source



W. Mark Felt, 91, with daughter Jean at home in Santa Rosa, Calif., acknowledged his role in The Washington Post's coverage of Watergate.



By DAVID VON DRETTLE
Washington Post Staff Writer

Deep Throat, the secret source whose insider guidance was vital to The Washington Post's groundbreaking coverage of the Watergate scandal, was a pillar of the FBI named W. Mark Felt, The Post confirmed yesterday.

As the bureau's second- and third-ranking official during a period when the FBI was battling for its independence against the administration of President Richard M. Nixon, Felt had the means and the motive to help uncover the web of internal spies, secret surveillance, dirty tricks and cover-ups that led to Nixon's unprecedented resignation on Aug. 9, 1974, and to prison sentences for some of Nixon's high-ranking aides.

Felt's identity as Washington's most celebrated secret source had been an object of speculation for more than 30 years until yesterday, when his role was revealed by his family in a Vanity Fair magazine article. Even Nixon was caught on tape speculating that Felt was "an informer" as early as February 1973, at a time when Deep Throat was supplying confirmation and context for some of The Post's most explosive Watergate stories.

But Felt's repeated denials, and the staunch silence of the reporters he aided — Bob Woodward and Carl Bernstein — kept the cloak of mystery

See DEEP THROAT, A6, Col. 2

Conflicted And Mum For Decades

«El número dos del FBI era Garganta Profunda»

A pesar de que elementos del *Washington Post* señalaron que la participación como fuente de «Garganta Profunda» no habría sido tan relevante para escribir los artículos del Watergate, en la primera plana de la edición del 1 de junio de 2005, el diario haría eco del artículo publicado en *Vanity Fair*



De acuerdo con el AFI (American Film Institute), en 1974 Robert Redford consiguió que los estudios Warner compraran los derechos de libro *All the President's Men* en 450 000 dólares a cambio de que el actor se comprometiera a participar en dos películas más para esa compañía

All The
President's
Men

El director y el elenco de la película *All the President's Men* (*Todos los hombres del presidente*) posan frente a la fachada del *Washington Post*, en 1975



De izquierda a derecha: Robert Redford (Bob Wooward), Jason Robards (Benjamin Bradlee), Jack Warden (Harry Rosenfeld), Dustin Hoffman (Carl Bernstein), Alan J. Pakula (Director del film) y Martin Balsam (Howard Simons)



La película se estrenó en abril de 1976 y se convirtió en éxito de audiencia y crítica



Carl Bernstein y Bob Woodward caminan frente a la Casa Blanca
4 de noviembre de 1976

Más allá de las «licencias literarias» que se hubieren tomado en la redacción de su libro, lo real es que Woodward y Bernstein realizaron un extraordinario ejercicio periodístico con la serie de reportajes sobre el Watergate que en 1973 llevaron al *Washington Post* a ganar el premio Pulitzer en la categoría de Servicio Público

For Washington Post

THE BULLETIN 16
Bend, Ore., Tuesday, May 8, 1973

Watergate probe nets Pulitzer Prize



NEW YORK (UPI) — The Washington Post won the 1973 Pulitzer Prize for public service Monday for its investigation of the Watergate scandal.

It was one of 11 prizes awarded in journalism, eight in letters and one in music. There was no prize this year for editorial cartoons.

Among the other winners was a second Pulitzer for the Post, to political reporter and columnist David S. Broder in the category of commentary. Max Frankel, Sunday editor of The New York Times, won



Nixon, Bernstein y Woodward



Carl Bernstein y Bob Woodward en la redacción del Washington Post

CARL BERNSTEIN (Washington D. C., EE. UU. 1944). Empezó su carrera como periodista a la edad de 16 años cuando entró a trabajar al *Washington Star*. Inició como ayudante, sacando fotocopias y escaló rápidamente hacia otras posiciones. Sin embargo, el *Star* requería que sus reporteros tuvieran un grado académico, el cual no poseía Bernstein ya que abandonó sus estudios en la Universidad de Maryland mismos que nunca tuvo la intención de terminar. Así que en 1965 dejó el *Star* y se convirtió en reportero de tiempo completo para el *Elizabeth Daily Journal* de New Jersey. Aquí ganó su primer premio por reportaje de investigación.

En 1966 abandonó New Jersey y empezó a trabajar para el *Washington Post* donde cubría las noticias locales y rápidamente fue reconocido como uno de los mejores escritores del periódico.

En 1972, junto a Bob Woodward realizó la serie de reportajes que descubrieron el entramado del caso Watergate. El libro *Todos los hombres del presidente*, publicado en 1974, es el testimonio de esa investigación. Además escribieron juntos un segundo libro: *The Final Days*, que es la crónica de los últimos días de Nixon en la Casa Blanca.

Bernstein abandonó el *Washington Post* en 1977 para dedicarse de tiempo completo a investigar la relación entre la CIA y los medios de información durante la Guerra Fría. Su investigación duró un año y fue publicada por la revista *Rolling Stone*.

Más tarde entró a trabajar a *ABC News*. Entre 1980 y 1984 fue el Jefe de corresponsales en Washington. Como corresponsal para esta cadena, en 1982, fue el primero en reportar los acontecimientos de la invasión de Israel a Líbano.

Después de dejar *ABC News*, Bernstein publicó el libro *Loyalties: A Son's Memoir*, en el que revelaba que sus padres habían sido miembros del Partido Comunista. El contenido de este libro sorprendió a muchos ya que por más de 30 años el FBI había investigado a los Bernstein sin poder probar su militancia. El libro fue aclamado por la crítica.

Durante la invasión a Kuwait en 1990, Bernstein viajó a Iraq y realizó la cobertura para la revista *Time*. Semanas antes de que iniciara la Guerra del Golfo, Bernstein reveló que existía un fuerte descontento en contra de Saddam Hussein por muchos en Iraq, razón por la cual fue expulsado de ese país.

En 1992, también para la revista *Time*, Bernstein escribió un artículo que dio a conocer la alianza entre el Papa Juan Pablo II y el presidente Ronald Reagan. Más tarde, junto con el experto en asuntos del Vaticano, Marco Politi, publicó una biografía del Papa titulada *His Holiness. John Paul II and the Hidden History of Our Time*. Bernstein escribió en el libro, publicado en 1996, que el apoyo que el Papa dio al Sindicato Solidaridad en su Polonia natal, y su destreza geopolítica combinada con una enorme influencia espiritual, fueron factores importantes en la caída del comunismo en Europa.

Bernstein escribió también un artículo para la revista *The New Republic* en el que acusa al periodismo moderno por su sensacionalismo y por celebrar los chismes o cotilleos antes que a las noticias reales. El artículo se tituló «The Idiot Culture».

En el 2007 publicó la biografía: *A Woman In Charge: The Life of Hillary Rodham Clinton* que rápidamente se convirtió en un superventas.

Bernstein es invitado con frecuencia como analista en diversos programas de televisión y actualmente es Profesor visitante en la Stony Brook University.



Bob Woodward y Carl Bernstein frente al Watergate en 2012

ROBERT UPSHUR «BOB» WOODWARD (Geneva, EE. UU. 1943). Estudió en la Universidad de Yale con una beca de la reserva de oficiales de la marina norteamericana. Se graduó en Historia y Literatura Inglesa. Mientras estuvo en Yale fue miembro de la fraternidad *Phi Gamma Delta* y de la prestigiosa sociedad secreta *Book and Snake*. Después de graduarse, en 1965, sirvió durante cinco años en la Oficina Naval de Inteligencia. Evidentemente durante sus épocas de universitario y de marino, Woodward creó una importante red de contactos y, probablemente, de fuentes.

Al concluir su servicio, Woodward decidió dedicarse al periodismo y consiguió una prueba con el *Washington Post* por dos semanas. No se quedó debido a su falta de experiencia, así que mientras estudiaba un posgrado en la Universidad George Washington, trabajó en el *Montgomery Sentinel*, un diario semanal de Washington D. C. Finalmente en 1971 el *Post* lo contrató definitivamente.

En 1972, junto a Carl Bernstein realizó la serie de reportajes que descubrieron el entramado del caso Watergate. El libro *Todos los hombres del presidente*, publicado en 1974, es el testimonio de esa investigación. Además escribieron juntos un segundo libro: *The Final Days*, que es la crónica de los últimos días de Nixon en la Casa Blanca.

Las contribuciones periodísticas de Woodward fueron determinantes en la obtención de dos premios Pulitzer para el *Washington Post*. El primero data de 1973, obtenido en la categoría de Servicio Público, por la serie de reportajes sobre el

Watergate. El segundo en 2002, Premio Pulitzer al Reportaje Nacional, por las historias sobre los ataques del 11 de septiembre de 2001. Woodward fue el reportero principal en esta cobertura.

Woodward ha recibido casi todos los premios importantes del periodismo norteamericano: Heywood Broun Award (1972), Worth Bingham Prize (1972 y 1986), Sigma Delta Chi Award (1973), George Polk Award (1972), la medalla William Allen White (2000), y el Gerald R. Ford Prize (2002). En 2012, el Colby College entregó a Woodward el premio Elijah Parish Lovejoy Award por su valor como periodista además de un doctorado honorario.

Woodward ha escrito o colaborado en 16 libros a lo largo de 35 años de carrera, todos ellos del género no ficción y todos han sido superventas.

En 1995 el respetado exdirector y editor ejecutivo del *Washington Post*, Benjamin Bradlee, se refirió a Woodward como «el mejor de su generación en lo que a reportaje de investigación se refiere, el mejor que he conocido».

David Gergen que trabajó en la Casa Blanca durante la administración de Nixon y en otras tres administraciones señaló, en sus memorias publicadas en el año 2000, que Woodward es «una de las fuerzas que mantiene a los gobiernos honestos».

Woodward también ha sido criticado por exageración, fabricación, inconsistencias y falta de crítica con tal de mantener el acceso a los actores políticos de alto nivel, y ha sido acusado de haber pertenecido a la CIA.

A pesar de lo anterior, Bob Woodward es considerado una autoridad en el periodismo a nivel internacional que siempre ha guardado celosamente la identidad de sus fuentes, jamás reveló por ejemplo la identidad de «Garganta Profunda».

Actualmente sigue trabajando para el *Washington Post* en donde es además editor asociado.

Notas

[1] El cargo de Fiscal General equivale al de Ministro de Justicia. (NT). <<

[2] Grito nazi. <<

[3] Intercomunicador radiofónico. (NT). <<

[4] Las áreas suburbanas son generalmente, en Estados Unidos, las zonas de habitación de las ciudades. (NT). <<

[5] «W. House», White House o Casa Blanca. Las iniciales W. H. también indican lo mismo. Era el teléfono de Hunt, Consejero de la Casa Blanca en la residencia del Presidente. (NT). <<

[6] *El puente de Chappaquiddick*. Un relato sobre el accidente de Kennedy que le costó la vida a su secretaria. (NT). <<

[7] Esas fantasías sobre una aventura del Caribe llevaron al *Washington Star* a informar, en su edición del 7 de julio: «Un grupo del ala derecha de los cubanos anticastristas financió el allanamiento del Cuartel General del Partido Nacional Demócrata, según fuentes próximas a los investigadores. Estas fuentes dicen que el grupo anticastrista financió ese allanamiento en el complejo Watergate, como parte de un esfuerzo continuado para mantener a los Demócratas bajo vigilancia, debido al temor que sienten esos grupos de que los candidatos principales del Partido Demócrata a la nominación para la candidatura a la presidencia sean procastristas».

El *New York Times* había destinado a Tad Szulc, el especialista del periódico en cuestiones latinoamericanas y españolas, para ocuparse del caso. Durante casi toda una semana estuvo informando sobre las organizaciones anticastristas cuyos miembros tuvieron relación con algunos de los sospechosos de Miami. Sin embargo, el 26 de junio el *Times* publicó una información conjunta, de unas 3 000 palabras, realizada bajo la dirección de Walter Rugaber. Esa información daba un mentís a la posibilidad del complot anticastrista y revisaba algunas cuestiones que habían quedado sin respuesta sobre la posibilidad de que la Casa Blanca y el Comité para la campaña electoral de Nixon estuviesen implicados en el asunto. <<

[8] La Bell System es una compañía telefónica, privada, que cubre una parte del territorio de los Estados Unidos. (NT). <<

[9] Esos 89 000 dólares fueron mencionados por Silbert, por primera vez, durante una audiencia para la determinación de fianzas de los sospechosos del caso Watergate, a principios de julio. Durante la audiencia, el abogado de Barker dijo que los 89 000 dólares habían pasado por la cuenta corriente de Barker, como resultado de una transacción inmobiliaria en la cual había representado a un grupo de inversionistas chilenos. Éstos no podían ser identificados, dijo el abogado de Barker, porque eso podría significar represalias políticas contra ellos. El negocio no pudo llevarse a cabo y Barker devolvió a los inversionistas en cuestión sus 89 000 dólares, explicó el abogado. <<

[10] El 20 de abril de ese año, 89 000 dólares fueron depositados en la cuenta de Barker en forma de cuatro cheques extendidos a nombre de Ogarrio, en la Ciudad de México, y endosados por éste y depositados en Miami, según informaba el *Times*. Los cheques eran de 15 000, 18 000, 24 000 y 32 000 dólares respectivamente. Barker, posteriormente, sacó el dinero de su cuenta. Un hijo de Ogarrio, de 28 años de edad, había dicho al *Times* que ni él ni su padre habían visto aquellos cheques del Banco Internacional y que ninguna de las firmas que aparecían en el dorso de los citados documentos bancarios tenía el menor parecido con la firma de su padre. <<

[11] La señora Piper, una dama distinguida de la sociedad de Minneapolis, acababa de ser encontrada atada a un árbol en medio de un bosque después de que su marido pagó un millón de dólares por su rescate, la suma más elevada que jamás se pagó en un secuestro en la historia de Estados Unidos. (Hasta la fecha en que se escribió el libro). <<

[12] Había sido tratado de alcoholismo y trastornos mentales. <<

[13] Creemos oportuno dejar las iniciales originales del General Account Office que podríamos traducir por Departamento General de Finanzas o de Impuestos, para referimos a este Departamento y evitar confusiones. (NT). <<

[14] En castellano en el original (NT). <<

[15] William P. Ruckelshaus, el Director Jefe de la Agencia para del Protección del Medio Ambiente. <<

[16] John Osborne, el tan altamente respetado crítico de Nixon en *New Republic*, escribiría una semana más tarde: «Lo que siempre recordaré de la primera conferencia de Prensa política de Nixon en 1972 es su forma de tratar el asunto de los fondos y del espionaje electrónico y nuestro fracaso al tratarlo como debe ser tratado un candidato vulnerable. Fue una lección sobre el poder de sugestión hipnótica de la presidencia». <<

[17] Sloan nunca fue identificado en los reportajes del *Post* como una de sus fuentes informativas, pues se le había garantizado el anonimato. Por vez primera autorizó el uso de su nombre con motivo de este libro. <<

[18] A finales de mayo de 1974, Magruder fue condenado por un tribunal a diez meses de prisión. (NT). <<

[19] Edward Bennett Williams, el principal de los abogados del *Washington Post*.

<<

[20] «El ego es muy delicado en este negocio del periodismo —diría Bradlee meses después—. Uno lo halaga, lo masajea y no permite que se deshinche. Se le quita a uno de un trabajo y se siente uno frustrado y herido. Yo no puedo obligar a patadas a los demás a que me traigan información, pero no puedo menos que hacerles saber que me siento frustrado si no es así, y que odio el sentimiento de frustración. No deben olvidar que lo odio». <<

[21] Se sentían cada vez más desolados por la falta de información de primera mano que les llegara por correo o a través de llamadas telefónicas de desconocidos. La red de fuentes burocráticas anónimas de Jack Anderson era legendaria y con mucha frecuencia, gracias a ellas, se publicaron reportajes sensacionales, particularmente escándalos. El caso Watergate parecía ser la excepción. Ni un solo agente del FBI descontento ni ningún empleado del CRP desilusionado se presentaron ante Woodward o Bernstein para ofrecerles información de primera mano. Cuando más cerca estuvieron de una de esas legendarias fuentes de información fue como una semana después de que se hiciera público el auto de procesamiento. El informador les dijo que trabajaba en el Departamento de Justicia y había visto registros en los que se ponía de manifiesto que Jeb Magruder y Bart Porter, conjuntamente con otros, habían mentido al gran jurado. La persona encargada de la investigación sabía que mentían. Una política de presiones poco corriente se venía ejerciendo, principalmente desde la Casa Blanca, para que la investigación no llevara a ninguna parte. Pero los periodistas no lograron que la informante siguiera al teléfono ni que les propusiera la forma de seguir hablando con ella. Estaba demasiado asustada y nunca más volvió a ponerse en comunicación con ellos. <<

[22] Recuérdese que Edward (Teddy) Kennedy tuvo un accidente de coche que le costó la vida a su secretaria. <<

[23] Ninguna de ellas salió porque el carrete había sido mal colocado en la cámara. <<

[24] Universidad Southern de California. La hemos representado generalmente por dichas siglas, como se hace en el original. (NT). <<

[25] La llamada «Carta Canuck», había constituido el principio del fin de la campaña de Muskie, al menos así lo expresaron varios de los ayudantes del Senador en su campaña. El 24 de febrero, dos días antes del plazo fijado para el comienzo de la campaña de Muskie, en Manchester, New Hampshire, el periódico de derechas de William Loeb, el *Manchester Union Leader*, había publicado en primera página un editorial en la que se atacaba a Muskie. Se titulaba: «El Senador Muskie insulta a los franco-norteamericanos». Acusaba a Muskie de hipocresía pues, mientras apoyaba a los negros, utilizaba el nombre de «Canuck», un calificativo despreciativo para los norteamericanos de origen franco-canadiense, decenas de miles de los cuales tendrían que votar en New Hampshire.

La «prueba» de ello había sido una carta semiliteraria que ostensiblemente había sido enviada por correo a Loeb desde Deertield Beach, Florida, y publicada por el *Union Leader* el mismo día en que publicó el mencionado editorial. El firmante de la carta afirmaba que uno de los colaboradores de la campaña de Muskie había dicho en una reunión política en Fort Lauderdale que «nosotros no tenemos negros, pero tenemos “cannocks” (sic)», y el senador, según la carta, había sonreído con complicidad y dijo: «Iré a New England y lo veremos». La campaña de Muskie había alegado que la carta era una falsificación y había establecido una investigación que no sirvió para dar con el autor.

El 25 de febrero, Loeb había reproducido un artículo publicado dos meses antes en *Newsweek* sobre la esposa del senador. Se titulaba: «Jane, la del gran papaíto» y en él se describía a Jane como fumadora de marihuana, gran bebedora y que usaba un idioma demasiado «colorido» para el plano de la Prensa.

A la mañana siguiente, en un rápido discurso político que debía pronunciar desde la caja de un camión descubierto, Muskie abandonó el texto que tenía preparado para su discurso y atacó a Loeb al que llamó un «cobarde sin riñones». Después, defendiendo a su esposa de los duros ataques que se habían hecho contra ella, perdió el control y comenzó a llorar. Nadie entre los partidarios de Muskie, como entre sus adversarios o la Prensa, se atrevió a discutir que aquel incidente causó un efecto desastroso en su campaña. Derrumbó la imagen de calma, frialdad y capacidad de raciocinio, que había sido la llamada básica que atrajo a los eventuales votantes en favor de Muskie y, además, atraía la atención en el último minuto de los votantes de New Hampshire sobre la supuesta palabra despectiva utilizada por Muskie contra los franco-canadienses, lo que le privaría de una gran cantidad de votos en la primaria Demócrata. <<

[26] Ciudad famosa por su violencia (NT). <<

[27] La Casa Blanca y el Departamento de Justicia mencionaron el número de entrevistas e interrogatorios llevados a cabo por el FBI, como prueba de lo intenso de la investigación en el caso Watergate. <<

[28] En la época en que se escribió este libro. (NT). <<

[29] De acuerdo con Mankiewicz, en una ocasión alguien había intentado suplantarlo en una llamada telefónica a Walter Cronkite, de la cadena de televisión CBS y se había referido a un pacto en el cual Cronkite supuestamente había accedido a conceder a McGovern el 80 por ciento del espacio de noticias de la tarde de la CBS y sólo el 20 por ciento a Nixon. El hombre que suplantó a Mankiewicz le dijo a Cronkite (que posteriormente confirmó la existencia de la llamada): «Como muchos sospechan un pacto, es mejor que le dé más tiempo a Nixon». Mankiewicz afirmó que Cronkite le había dicho después que se trató de una buena imitación. <<

[30] Fue este hombre, Roger Wilkins quien escribió la mayor parte de los editoriales que el *Washington Post* dedicó al caso de Watergate. <<

[31] Recuérdese que el cargo de Fiscal General, en EE. UU. es equivalente al de Ministro de Justicia. (NT). <<

[32] Interferencia de las Comunicaciones Orales. (NT). <<

[33] El despacho del Presidente en la Casa Blanca. (NT). <<

[34] Dos agencias de prensa. (NT). <<

[35] Un reportero del *Post* pasó dos días investigando las acusaciones, pero no encontró confirmación de que la Policía Local o el FBI encontraran pruebas de la menor conexión entre esos incidentes y la campaña de McGovern. <<

[36] El *Post* recibe cada noche, a eso de las once, una telefoto de la primera página de la edición del *Times* de la mañana siguiente. <<

[37] Ese era el signo de la célebre «Mano Negra», una peligrosa sociedad secreta.
(NT). <<

[38] Entre ellas se contaban: «El mayor escándalo político de esta campaña es la manera tan desvergonzada como el *Washington Post*, falto de imparcialidad, se ha confabulado con la campaña de McGovern. Con su campaña que se derrumba sobre él desde hace unas semanas, el señor McGovern se ha beneficiado de la operación periodística de salvamento y rescate más extensa y salvaje que jamás se ha llevado a cabo en toda la historia política de Norteamérica.

La reputación del *Post*, de objetividad y crédito, se ha hundido tanto que este periódico está a punto de desaparecer de entre los de gran tirada y categoría.

Hay cierta afinidad cultural y social entre los partidarios de McGovern y los directores y redactores responsables del *Post*. Todos ellos pertenecen a la misma “élite”; todos ellos viven en los mismos barrios residenciales, son vecinos y comparten las mismas fiestas elegantes y *snobs* de Georgetown.

Está presente la histórica hostilidad del *Post* hacia la persona y la fortuna política del Presidente de los Estados Unidos, que data de los días de Alger Hiss, cuando se demostró que el Presidente tenía razón y el *Washington Post* y sus amigos fueron desenmascarados como despistados y excesivamente crédulos.

Ha sido sólo el *Washington Post* el que, deliberadamente, ha combinado episodios ilegales y faltos de ética, como la cabriola del caso Watergate, que ha sido la puesta en escena de una maniobra política como jamás he visto otra en todos los días que llevo dedicándome a la política.

El señor Bradlee, un antiguo tiralevistas de Kennedy, tiene derecho a sus puntos de vista. Pero si permite que su periódico se emplee como instrumento político de la campaña de los partidarios de McGovern, si él mismo se dedica a cruzar el país convertido en un pequeño subordinado de McGovern, entonces él y su publicación pueden esperar que se les trate del modo apropiado... un trato que ciertamente recibirán». <<

[39] Recordaría más tarde: «En un año me vi en la necesidad de hacer dos declaraciones... y ambas sobre el caso Watergate... ¿Qué otra opción me quedaba? En esa ocasión me encontraba en la misma nave que los dos reporteros. Me acuerdo que me senté a la máquina y empecé a escribir como unas treinta declaraciones y después acabé por pensar: “¡Que se vayan todos al cuerno! Yo debo estar al lado de mis muchachos”». <<

[40] McGovern dijo: «Tenemos el reportaje escrito por dos respetados periodistas: mencionan el testimonio (bajo juramento) presentado por el tesorero del comité para la reelección del Presidente ante el gran jurado. Según él, había 700 000 dólares colocados en un fondo especial y controlado en primer lugar por el señor Mitchell, posteriormente por el señor Ehrlichman y el señor Haldeman, el ayudante principal del Presidente y jefe de su Casa. Constaba también que ese dinero se había separado especialmente para propósitos de espionaje político, sabotaje político y todos los sucios trucos planeados para causar disturbios en el proceso democrático». <<

[41] El presidente Richard Nixon resultó reelegido, como se recordará, por el 61 % de los votos. <<

[42] Dos días después de la publicación del reportaje del 10 de octubre en el *Post*, el senador Edward Kennedy ordenó a su Subcomité de Prácticas y Procedimientos Administrativos abrir una investigación sobre las insinuaciones de que la Casa Blanca patrocinaba sabotaje y espionaje políticos. <<

[43] Arthur Bremer fue el hombre que intentó asesinar al gobernador George Wallace de Alabama. <<

[44] A principios de junio de 1974, Colson se declaró culpable de obstrucción a la justicia. (NT). <<

[45] Theodore H. White, autor de la serie «The Making of the President». (NT). <<

[46] Dean, Mitchell y Haldeman testificaron posteriormente que un abogado de Washington, Roemer McPhee había mantenido una discusión privada con el juez Richey sobre el caso civil. Dean testificó que McPhee inició la discusión con el juez intentando que concediera a la Administración un trato de favor en el proceso civil. Finalmente Mitchell hubo de reconocer que durante el verano de 1972 tuvo al menos nueve encuentros con el abogado McPhee, que había sido amigo personal de Richey durante muchos años. Sin embargo, Mitchell dijo que resultaba «inconcebible» pensar que McPhee hubiera intentado una aproximación «impropia» con el juez.

Por su parte, el juez Richey negó en absoluto cualquier conducta impropia y dijo que él y McPhee jamás habían discutido ninguno de los aspectos substanciales del caso.

<<

[47] Ministro de Justicia. (NT). <<

[48] «Fontaneros», «plomeros», «lampistas». (NT). <<

[49] Una forma de pago del teléfono no usual en EE. UU. (NT). <<

[50] Esa tarde, Bernstein y Woodward escribieron un artículo sobre las observaciones de Ziegler, basándose en las notas tomadas por Carroll Kilpatrick, el veterano corresponsal del *Post* en la Casa Blanca. Los reporteros tenían una especial predilección por Kilpatrick que llevaba más de la mitad de sus sesenta años como reportero en Washington e informaba sobre la Casa Blanca desde la administración Kennedy. Si alguien del *Post* había sufrido profesionalmente como consecuencia de lo que el periódico iba publicando sobre el caso Watergate, era él. Desde el 7 de noviembre, la mayor parte de los informadores del equipo de Nixon se negaron a hablar con él, salvo que ello sirviera a sus propios intereses. Kilpatrick había llegado a una situación en la que ya no sabía en quién confiar, si podía confiar en alguien. Era una experiencia desilusionante para todo reportero que trató de buena fe a todos aquellos sobre los que informó. Kilpatrick, al igual que muchos de sus compañeros que informaban desde la Casa Blanca, se sentía escéptico con respecto a muchas de las cosas que su periódico había publicado. Pero jamás trató de imponer su opinión sobre estos reportajes. Parece ser que el reportaje sobre Kathlee Chenow y los «*Plumbers*» suavizó su primer escepticismo. «En este reportaje hay algo mucho más significativo de lo que a primera vista parece», dijo. <<

[51] Organismo federal que controla las comunicaciones, así como los medios de información, en Estados Unidos. (NT). <<

[52] Lawrence se pasó varias horas en las celdas del sótano de la Audiencia hasta que el Tribunal de Apelación de EE. UU. determinó su libertad en tanto que se viera la apelación. Tres días más tarde, los abogados de Alfred Baldwin anunciaron que éste, voluntariamente, liberaba al *Los Angeles Times* de conservar el secreto de las cintas y notas confidenciales. Sólo entonces el periódico entregó las cintas al Tribunal. <<

[53] Hay que recordar que existe una gran diferencia entre el procedimiento judicial, tanto penal como civil, de Estados Unidos con el español, donde no existe el sistema de jurados. (NT). <<

[54] Meses más tarde, Howard Simons comprendió sus sentimientos particulares sobre la posición del *Post* durante el juicio:

«Tenía el mal presentimiento de que el Watergate podría tergiversarse como ocurrió con el incendio del Reichstag. Ya sabe lo que quiero decir. Al cabo de cuarenta años, la gente aún se pregunta, y seguirá preguntándose quizá dentro de otros cuarenta más, si el Reichstag fue incendiado por aquel tipo, si era un alemán o si, solamente era, de veras, un holandés perturbado... Es como estar en una bañera en la que, científicamente, ¿sabe usted?, se va poniendo el agua cada vez un poco más caliente, poco a poco, y uno se cuece sin que se vaya dando cuenta de ello porque el aumento del calor es cada vez tan insignificante que el cuerpo no lo siente, ni lo advierte. Ésa es la diferencia entre el caso Watergate y el asunto de los “Documentos del Pentágono”. En este último caso, los abogados ya intervinieron desde el primer momento... aconsejando, y Katharine tomó la decisión de publicarlos.

»En el caso Watergate no ha ocurrido nada parecido. Jamás llamamos a los abogados para consultarlos como debiéramos haberlo hecho quizá. Nadie les preguntó: ¿Estamos actuando correctamente, cuál es el punto de vista legal de este asunto? No, no nos precipitamos directamente en él sino que fuimos entrando poco a poco, eso es lo que creo». <<

[55] Varias semanas más tarde, en una audiencia posterior al juicio, Sirica dijo con toda claridad que no había creído que Sloan dijera la verdad. Pero lo cierto es que se enfrentaba con la persona errónea. Sloan era el único testigo del CRP que había cooperado de manera total con la investigación. Sirica no hizo ni una sola pregunta relativa a Magruder o a Bart Porter, el director en funciones del CRP. Los dos reconocerían posteriormente que habían cometido perjurio en sus declaraciones durante el juicio. <<

[56] El diario *Los Angeles Times* había informado con anterioridad que Liddy había sugerido a sus colegas de la Casa Blanca que el *New York Times* fuera sometido a una operación de escucha electrónica de sus teléfonos, para averiguar cómo habían conseguido obtener los «Documentos del Pentágono». De acuerdo con el *Los Angeles Times*, la sugestión hecha por Liddy fue rechazada con la alegación de que era una locura o una broma. <<

[57] La actitud del Presidente Nixon, posterior a la redacción de este libro, ha probado lo fundado de la suposición de «Garganta Profunda». (NT). <<

[58] Recuérdese que el cargo es equivalente al de Ministro de Justicia. (NT). <<

[59] La conversación de Woodward con el senador se utilizó sólo como base del reportaje, sin citas concretas. Pero el senador Ervin, dio permiso posteriormente para que su nombre se mencionara en este libro. <<

[60] Un grado en el Servicio de Funcionarios Civiles. DeMotte perteneció al servicio civil, funcionario del Estado, con esa categoría, por cierto bastante elevada, pues comienza con el GS-1 y termina con GS-18. <<

[61] Un mes antes había llegado a conocimiento de los reporteros otra indicación aparente de la seriedad con que las fuerzas de Nixon consideraban la amenaza de que Kennedy presentara su candidatura. Woodward recibió una llamada telefónica de una mujer que le dijo que ella y un amigo habían apostado una cena muy cara y lujosa sobre si Howard Hunt había sido arrestado dentro del Watergate. No lo había sido, por lo que la mujer ganó la apuesta. Woodward fue invitado a compartirla, pero el periodista no aceptó.

Unos diez días más tarde, la mujer en cuestión lo visitó en la redacción del periódico. Un comandante retirado del Ejército le había dicho que en marzo de 1972, en uno de los cuarteles generales de los republicanos del área de Washington, «había visto dos *spots* comerciales de propaganda para la campaña republicana en los que se veía a Teddy Kennedy con una rubia muy llamativa y de grandes pechos, sentada sobre sus rodillas». El nombre del comandante, le dijo la señora, era Morrison J. Hosley, y añadió que poseía actualmente unos almacenes en las afueras de Nueva York.

Al día siguiente, Woodward se puso en contacto telefónico con Hosley.

—Sí —le dijo éste—, vi algunos de esos *spots* hace como unos siete meses y se me dijo que estaban destinados a ser mostrados en el curso de los diez últimos días de la campaña en el caso de que Kennedy decidiera presentarse... Las escenas de esas películas eran bastante insinuantes, pero no había nada realista en ellas, sino que el espectador tenía que unir los retazos entre sí, en su propia mente, como ocurrió con el caso Goldwater en 1964... con aquellos *spots* que mostraban un niño caminando sobre la hierba y después la provocación de una explosión nuclear. En este caso se mostraba a Kennedy pronunciando un discurso y, de repente, salía la mujer de los enormes pechos en la pantalla... Sería un buen *spot* para la TV... Pero no voy a decirle a usted si lo vi en el cuartel general republicano o no fue allí. Supóngase usted lo que quiera.

Woodward volvió a llamarlo por teléfono varios días después y oyó al hombre que le decía:

—Voy a decir que jamás le conté nada y que no fui yo quien le explicó la existencia de ese film. Su fuente se ha secado.

Fue Bernstein quien intentó sonsacarlo más tarde.

—Lo que les dije es ya historia pasada. Yo vi una copia, pero es posible que no desee informarles a ustedes de ello. <<

[62] «Krogh, el Malo». (NT). <<

[63] Recuérdese que el adjetivo radical aplicado a la política en Estados Unidos, tiene un sentido extremo muy distinto del usual en los partidos políticos europeos. Se emplea más bien con el significado de extremista. (NT). <<

[64] De acuerdo con las normas de la justicia norteamericana las citaciones judiciales tienen que ser entregadas en propia mano al personaje demandado para que éste se vea obligado a comparecer ante el juez o tribunal que lo cita. Mientras la citación no obre en su poder, entregada personalmente por un agente judicial, no está obligado a «saber oficialmente» que se le cita y, consecuentemente, no puede ser perseguido por desacato si no acude a la citación. (NT). <<

[65] Stephen Sachs, el abogado de Gray, dijo a Woodward a principios de 1974 que la sugerencia de que Gray había ejercido presión o un chantaje sobre el presidente era «ultrajante y falsa». «Él (Gray) fue a la Casa Blanca sin esperar para nada que se le fuera a dar el cargo». Sachs continuó: «Nixon le dijo que debía ser tan rudo y desconsiderado como Hoover en la lucha contra las filtraciones de secretos de estado y agresivo en el uso de los polígrafos (detectores de mentiras)...». Sachs dijo que la presión sobre la Casa Blanca «no entraba en el comportamiento de Gray. En la mayor parte de los casos, los que pensaban así era porque tenían miedo. Por otra parte es lógico que muchos de ellos pensarán que Gray presionó a la Casa Blanca, porque ésta era su propia forma de comportamiento, pero en modo alguno la de Gray». <<

[66] A finales de 1973, John Dean reconoció que había destruido las agendas en cuestión, que encontró el mes de enero anterior en la carpeta financiera personal del Presidente. La Casa Blanca dijo: «El presidente no sabía que las agendas estaban en su carpeta». Y declinó dar una explicación más detallada. <<

[67] Sloan, sin embargo, dijo que había sido interrogado sobre importantes cuestiones relacionadas con los fondos secretos, cuando unas semanas antes prestó declaración ante el gran jurado federal en Nueva York, que estaba investigando las contribuciones en metálico por parte de Robert L. Vesco, el financiero internacional acusado de estafa. Vesco aportó entre 180 y 200 000 dólares, según averiguó el comité, a la caja fuerte. Esta cantidad incrementó el fondo de Stans y financió la operación Watergate, así como otras actividades clandestinas. <<

[68] Los «Pielés rojas». (NT). <<

[69] La observación se refiere al famoso discurso pronunciado por Nixon en 1952, cuando se presentaba como candidato a la vicepresidencia y en el cual defendió las finanzas de su campaña y la necesidad de disponer de fondos secretos. <<

[70] Una famosa prisión. (NT). <<

[71] Ministerio del Exterior. (NT). <<

[72] Ante el Comité del Senado para el estudio del caso Watergate, Gray corrigió esa afirmación. Dijo que había conservado las carpetas en su casa de Connecticut durante casi medio año y que después las quemó con las basuras de los días de Navidad, en diciembre de 1972. <<

[73] En junio de 1974, Kleindienst fue condenado a un mes de cárcel y 100 dólares de multa. Por vez primera en la historia de EE. UU. un exministro de Justicia era condenado por un delito criminal. (NT). <<

[74] John J. Caulfield, un expolicía de la ciudad de Nueva York, empleado por la Casa Blanca como agente e investigador. <<

[75] Richard M. Helms y el general Vernon A. Walters eran el director y el subdirector de la CIA. <<

[76] En menos de dos meses Best habría de tener un nuevo cliente importante: el vicepresidente Spiro T. Agnew y manejaría con éxito el asunto, logrando el acuerdo de que Agnew no fuera a la cárcel si sacrificaba voluntariamente la vicepresidencia.

<<

[77] Posteriormente también Kleindienst, Fiscal General de los Estados Unidos, fue sentenciado por un tribunal a un mes de cárcel. <<

[78] El verbo *impeach* significa acusar a un funcionario público en funciones, en este caso al Presidente, de un delito del que no puede ser acusado por los tribunales ordinarios a causa de su inmunidad ejecutiva. <<